3 1761 08166255 3

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO

JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

España moderna

AÑO III. NÚM. XXV.

LA ESPAÑA MODERNA

(REVISTA IBERO-AMERICANA)

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LÁZARO

ENERO—1891

MADRID
IMPRENTA DE ANTONIO PÉREZ DUBRULL
Flor Baja, 22
1891

462610

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

AP
60
E8
año 3
no. 25-27

Sección Española.

LAS TAPIAS DEL CAMPO SANTO

Entre todas las tiendas de que se compone el comercio marinedino, la más humilde, anticuada y estacionaria es la de Bonaret el quincallero. Increíble parece que el patrón de aquel zaquizamí sea un mestizo de francés y catalán, dos razas tan mercantiles y emprendedoras. Acaso la explicación del problema consista en que dos fuerzas iguales, al encontrarse, se neutralizan.

Para el observador no carece de interés,—de interés simpático,—la tienda de Bonaret. Contrastando con los magníficos vidrios abiselados, los relucientes bronces, las claras bombas de cristal raspado y las barnizadas anaquelerías, que poco á poco van echándose los industriales de Marineda, la quincallería conserva sus maderas pintadas toscamente de azul, sus turbios vidrios de á cuarta, su piso de baldosa fría y húmeda, sus sillas de Vitoria y su papel, despegado en parte, de un color barquillo, que el tiempo trueca en tono arcilloso indefinible. El escaparate (si con tanta pompa ha de calificarse la delantera de Bonaret), luce,—en lugar de crujientes sedas

y muelles terciopelos, cacharros artísticos ó sombreros recargados de plumas, — algunas sartas de cuentas verdes, cajitas de cartón llenas de abalorio, naipes bastos, tijeras enferruzadas, navajillas tomadas de orín, madejas de felpa y estambre para bordar...., todo atrasado de fecha medio siglo, cubierto de un tul gris por el polvo; en términos, que los ojos perspicaces y burlones de los ociosos marinedinos comprobaban diariamente los progresos del tapiz que tejía una gruesa araña, muy pacífica, en el ángulo izquierdo del escaparate.

La impresión que produce la tienda de Bonaret es la de un lugar solitario, donde no entra alma viviente; y, en efecto; rarísima vez se acerca la clientela al mostrador. Cuando las señoras de Marineda inventan una labor caprichosa, ó necesitan para un disfraz carnavalesco algún objeto pasado de moda desde hace treinta años lo menos, se acuerdan de Bonaret, y van á revolverle la casa. Son días nefastos para la araña tejedora; días en que el polvo y las correderas ven comprometida su tranquilidad. Que á la magistrada, la brigadiera ó la cónsula le entra antojo de tal cachivache....; pues Bonaret sea con nosotros. Es indecible los tesoros que puede esconder una quincallería entre su complicado y heteróclito surtido. ¿Que se estilan hebillas de acero en los cinturones? Bonaret desentierra tres ó cuatro. ¿Que se bordan de canutillo las blondas? Lo tiene Bonaret. ¿Que vuelven á llevarse los abanicos antiguos de medio paso? Bonaret saca del fondo de una alacena cajitas de cartón dorado, y allí están los abanicos de nácar chapeado de oro, con paisajes de la época imperial.

Bonaret era un hombre enfermizo y triste. Dormilón para el negocio, vendía, al parecer, por condescendencia ; al recoger en el cajón el dinero, suspiraba. No sostenía regateo; no defendía el género, y tan pronto daba por

tres pesetas un abanico de estimación, como reclamaba un duro por un ovillo de algodón encarnado. En su rostro marcara indelebles señales la ictericia; y ni en tiempo de verano riguroso prescindía de la gorra de seda y las babuchas de abrigo. Vivía con sus dos hijas; su mujer había muerto de tisis pulmonar.

La hija mayor, Joaquina, ya talluda, ofrecía, en lo largo, insulso y verdoso del semblante, cierta semejanza con un calabacín; y por lo desgarbado del talle, era un palo vestido. De su bondad se hacía lenguas la gente. Con todo, ignorábase que hubiese ejecutado ninguna acción reveladora de excepcional virtud, y probablemente su buena fama procedía de su resignada fealdad y soltería incurable. La menor, Clara, sin dejar de parecerse á Joaquina, tendría singular atractivo para un artista delicado, de la escuela mística anterior á Rafael. El óvalo muy prolongado de su cara exangüe descansaba en un cuello finísimo, verdadero tallo de azucena. Sus ojos, asombrados y cándidos, eran pensativos y profundos á fuerza de ser puros. La inmensa frente ostentaba el bruñido del marfil y la luz de la inocencia. Sobre un cuerpo delgado y de rígidas líneas, el seno virginal, redondo y diminuto, campeaba muy alto, como el de las madonas que en las tablas del siglo xv lactan al Niño Jesús.

En Marineda no se le había ocurrido á nadie que fuese bonita Clara; y, en realidad, no lo era, sino vista su figura al través de la imaginación excitada por recuerdos artísticos y convencionalismos estéticos. Además, la hermosura, en Marineda, abunda como antaño el dinero en la Habana, y sobran muchachas frescas, guapetonas y airosillas á quien hacer guiños. Por otra parte, ni Joaquina ni Clara se dejaban ver en parte alguna: su tienda les servía de claustro: ni bajaban los domingos al paseo de las Filas,

cuando toca la música militar, ni jamás compraban dos asientos de *galería* en el Coliseo, ni asistían á los bailes del Casino de Industriales, ni siquiera iban á Misa de tropa. Vivían lo mismo que en su concha el caracol. Á nadie trataban. Su recreación dominical consistía en leer —mientras su padre hacía solitarios sobre el desteñido tapete de la mesa — cuadernos de folletines franceses, todos sucios y destrozados, recortados de este y aquél periódico, cosidos de cualquier manera por no gastar en encuadernación, y á lo mejor faltosos del primer capítulo ó del desenlace.

Aquellas dos arrinconadas criaturas, cuya existencia equivalía á un somnambulismo incoloro, melancólico á fuerza de monotonía; aquellas dos plantas que se ahilaban en la atmósfera polvorienta del mísero tenducho, no pudiendo alzar su copa hacia el sol, se volvían afanosas hacia las luces de Bengala de la fantasía novelesca. Las aventureras damiselas de Walter Scott; los castísimos amantes de Bernardino de Saint-Pierre; las altivas é independientes heroínas de Jorge Sand; las perseguidas y galantes reinas de Dumas, les tenían devanados los sesos á ambas hermanas. Creían todo sin examen; mejor dicho, *sentían* todo, y no se les ocurría ni reflexionar en si las cosas pasaban así en el mundo en general, y particularmente en la capital marinedina. El resto de la semana, mientras las dos doncellas, por modo automático, ayudaban á su padre á despachar tres adarmes de torzal ó un papel de alfileres con cabeza de vidrio, su mente, y casi pudiera decir que toda su alma, la tenían, ¡vaya V. á saber si en algún lago de Escocia, debajo de un latanero en la isla de Francia, ó colgada del manto del duque de Buckingham! Y era lo peor de esta guilladura que las dos hermanas ni aun entre sí hablaban de ella. Cada cual se archivaba

sus pensamientos, y seguía, en apariencia, tranquila y apática, sentada en su rincón al lado del silencioso padre.

Á bien que por allí no andaban galanes escoceses de pluma en gorra. Los ojos de Clara y Joaquina, al fijarse en los transeuntes por la calle Mayor, reconocían perfectamente á cada burgués marinedino: éste que pasa ahora es Realdo, el lampista; síguele Taconer, el armero; el otro, Casaverde, concejal y fabricante de cerillas; aquél, Baltasar Sobrado, antes militar, hoy de reemplazo y al frente de su casa de comercio; éste, Castro Quintás, que expende petróleo y aguardiente de caña al por mayor. ¡Imposible representarse á Edgardo de Ravenswood en figura de alguno de tan apreciables convecinos!

Menos tipo de héroe de novela, si cabe, era el de Don Atilano Bujía, tendero de ultramarinos establecido frente por frente al tugurio de Bonaret. Chiquito, arrebolado de cutis, bigotudo, peludo, de voz atiplada y muy tripón, D. Atilano pasaba, no obstante, por furioso Tenorio, y ni casadas ni solteras se veían libres de sus empresas galantes. Hubo una temporada en que no se sabe qué viento le llevó con suma frecuencia á casa de Bonaret. Siempre encontraba pretextos á la visita, y en presencia del mismo padre se familiarizaba groseramente con las muchachas, en especial con Clara, objeto de sus baboseos lascivos. Las muchachas se apartaban de su contacto como del de un sapo venenoso, y el padre, indiferente al principio, agarró un día una silleta para rompérsela en las espaldas. La causa no se supo jamás: hubo sospechas de que Bujía ofreciera á Bonaret algún dinero «para salir de hambres». Fuese lo que fuese, Bujía no aportó más por el tenducho, y ahora se le achacaban libertinos propósitos respecto de una zapatera muy guapa, rubia como

unas candelas, y legítima esposa de un esposo joven y buen mozo por añadidura.

La desaparición de Bujía satisfizo á las dos hermanas, que sentían por él aversión y el miedo indefinible que causan á las doncellas absolutamente castas los hombres disolutos, por más grotescos é inofensivos que sean. Y desde entonces cuanto veían que les suscitase una idea cómica, —el bombo de la murga, el faldero de la Brigadiera,—lo comparaban á D. Atilano.—¡Qué facha! Parece Bujía,—murmuraba Clara sonriendo pálidamente.

Poco tardó, sin embargo, en borrarse el recuerdo del ridículo industrial ante un suceso gravísimo, único, que señalaba honda huella de luz en el alma juvenil de Clara. Vió á un hombre, cuyas prendas exteriores podían servir de cimiento al palacio de cristal de la ilusión...., y se enamoró de él, mejor dicho, cayó en el amor como en un pozo, atada de pies y manos, indefensa, loca.

No nos importa su nombre.... Clara no lo supo tampoco hasta meses después de haberle rendido á discreción la voluntad. ¿Quién había de decirle aquellas dulces sílabas? Con nadie hablaba Clara ; nunca salía ; y *él* era forastero, recién llegado á formar parte de la guarnición de Marineda. Todas las tardes, la hija de Bonaret veía á su ídolo, ya ceñido por el brillante uniforme, ya elegantemente vestido con chaqueta de terciopelo y calzón de punto gris, al trote de su caballo bayo de pura sangre ; y sin poder detallar las facciones del gallardo oficial, la deslumbraba el relámpago de sus ojos, que al paso se clavaban rápidamente en el rostro de la niña. Vierais entonces á ésta cambiar su tez de marfil por otra de encendidísima amapola: y este rubor ardiente, instantáneo, que ascendía como ola vital á aquella frente tan honesta, sería para el jinete—si lo pudiese comprender

—cosa más dulce y lisonjera que todos los triunfos obtenidos sobre adversarios duchos en rendirse y contra fortalezas que rabiaban por facilitar al sitiador sus llaves.

¿Adivinó algo de esto el jinete? ¿Fué tan sólo efecto de la inveterada costumbre de no dejar hembra sin ojeada, por si acaso? Lo cierto es que sus miradas eran intensas, constantes, fascinadoras. Clara aguardaba aquel mirar como el pan de cada día. La alimentaban los ojos de su absoluto dueño. Esperaba, con la fe mesianista de los seres humildes y olvidados, que el jinete, parando el generoso corcel, le dijese: «Pues nada, que ahora te encaramas á la grupa y te vienes conmigo». ¿Adónde? ¡Bah! adonde él mandare: á Melilla, á Filipinas, á Fernando Póo.... siempre sería á la gloria.

Tan tenaz se hizo en Clara esta obsesión, que, secretamente, con fuerza de voluntad espantosa, realizó sus preparativos de viaje. Del mísero presupuesto de la familia ahorró real tras real una irrisoria suma, y la cosió entre el forro de un abrigo que tenía siempre colgado al pie de su lecho. Destinaba aquel caudal á la adquisición del indispensable saquillo y á la de un velo tupido para cubrirse el rostro. Lo que no se presentaba era la ocasión de salir de *ocultis* á todas esas compras urgentes. Sin embargo, acechándola bien....

Aracne silenciosa que labrabas tu tapicería en el rincón del tenducho, ¡cómo te avergonzarías si pudieses ver los bordados de seda, plata, perlas y orientales rubíes, que una labrandera rival tuya, la ilusión, recamaba en el cerebro de Clara Bonaret! Misterioso abrazo; fusión de dos espíritus simbolizada por dos cuerpos juveniles y hermosos; abrazo que nunca te manchas con el barro de la sensualidad, poema de estrofas rimadas por caricias de ángeles, viaje á la tierra donde la materia no existe,

donde no hay prosa, donde se anda sin tocar el suelo, donde las flores narran consejas á la luna.... Ensueño divino que unge y mata al que en sí lo lleva, ¡cómo hervías, cómo te elevabas en columna de oro del espíritu de Clara Bonaret al cielo, tu verdadera patria!

Un día el jinete no pasó. Clara se acostó febril. No cabía duda, ocupaciones ó enfermedad.... Tampoco al siguiente se oyó el trote del caballo arrancando chispas de las piedras y del corazón de Clara. Ni al otro, ni al otro.... Una semana había transcurrido.

La niña no se tomó el trabajo de inventar pretextos. Así que no pudo más, cogió las vueltas á su padre y hermana; atravesó rápidamente, sin avergonzarse, la calle Mayor, donde algunos transeuntes, conociéndola, la miraban con extrañeza; bajó hacia el Páramo de Solares, y se fué derecha como un dardo al cuartel. ¿Al cuartel? ¡Vaya! Á peores sitios iría ella sin vacilar. El centinela la detuvo, preguntando un instante, medio guasón y medio solícito, qué quería. «Saber dónde vive....» (Aquí el nombre, que no nos importa.) Como el soldado no acertase á responder y pasase por allí un sargento, fué éste quien sacó de dudas á la enamorada: «Ese señorito hace más de ocho días que largó de Marineda. Siempre quiso ir destinado á Sevilla, y, tanto trabajó, que lo consiguió por fin. Si tiene algo que decirle.... escriba.»

¡Escribir!

Clara no articuló palabra alguna. Dió media vuelta, se echó á la cara instintivamente el velo del manto, y rodeó el lado derecho del cuartel, en dirección opuesta á su casa.

Volver á ella, no lo pensó ni un segundo. En medio del caos de su pobre meollo, quizá la única idea concreta y dominante era huir, alejarse mucho de su casa. Su

casa era un limbo gris, una tumba de vivos. Su casa...., ¿y no ver pasar al jinete? Para ella todo se había concluido, todo; no encontraba fondo en que asentar la existencia, ni razón para continuarla. Esto no lo discurría : lo sentía dentro, bajo el dolorido seno izquierdo, en la apretada garganta, en la vertiginosa cabeza.

Iba andando lentamente, lo mismo que si se recrease en pasear. Era, en realidad, hora de gozar plenamente la hermosura y calma de la tarde. En las callejuelas que siguen al cuartel, la proximidad de la noche infundía paz: los chiquillos se recogían á cenar y acostarse ; un soplo fresco y salitroso venía de la costa, y en la capillita pobre, frecuentada únicamente por pescadores, el esquilón convocaba al Rosario....

Clara andaba y andaba maquinalmente. No sentía, al avanzar, la flexión de sus piernas. Tenía la sensación de caminar sobre algodón en rama, con la frente hecha un horno y la boca seca y untada de hiel.

De súbito se paró. Había recorrido toda la calle del Faro, y al concluirse las casas, se le aparecía la extensión sin límites del Océano.

En aquel punto no estaba azul, sino verde, de un verde negro casi, pero sereno, con admirable serenidad. Sobre la cima de los montes fronterizos asomaba una encendida luna, envuelta en rosados vapores. Clara permanecía quieta, paralizada, invadida de repente por un dolor agudísimo. No acudieron á sus ojos las lágrimas, pero sí á su garganta un sollozo ronco, un anhelo de ave herida de muerte por el plomo del cazador.

Sus ojos se fijaban en el disco saliente de la luna. El hermoso astro, al asomar, relucía enorme, incandescente, glorioso. Á medida que iba ascendiendo, su inflamado color palidecía. Al fin se convirtió en placa de oro páli-

do, y poco después, en la blanca faz de un muerto. Tal le parecía por lo menos á Clara, que no pudo menos de establecer, sin expresarla ó darle forma, una comparación instintiva entre la suerte de sus afectos y aquella poética decadencia sideral.

Así eran las cosas: extinguido el fuego, la dicha borrada, el único interés de la vida suprimido como aquel fugitivo resplandor de la luna. La existencia ya obscura y tétrica eternamente: un mar sombrío, sin límites, sin esperanza....

¡Cuán veloz germinó la idea en su cerebro! ¡Cómo prendió, á modo de chispa en seca paja! ¡Decir que no se le había ocurrido antes! ¡Un remedio tan pronto, tan seguro, tan eficaz!

Con alegría pueril echó á correr hacia la costa. No veía: la vereda era pedregosa, costanera, abierta entre los sembrados, y á lo mejor interrumpida por charcos y zanjas, en que Clara tropezaba frecuentemente. Una vez hasta cayó. Soltando carcajada convulsiva, volvió á levantarse, y siguió su camino después de recogerse las faldas, procurando, por hábito de pudor, y como si alguien la viese, que no pasase el remango más arriba del tobillo. Ya distaba poco del mar...., cuando advirtió que no podía llegar hasta él. Agrios peñascales, picudos y resbaladizos, la separaban del Océano. Cien veces se rompería las piernas antes de acercarse al agua salvadora.

¿Qué hacemos?

Miró alrededor. La luna, enmascarada ya por nubes grises, alumbraba poco el paisaje; sin embargo, Clara pudo ver que el sendero, á la izquierda, se torcía bajando hacia el mar. Por allí debía de haber salida. Sólo que, para tomar aquella ruta, era preciso pasar rozando con las

tapias del camposanto. Y Clara—resuelta á morir—tenía miedo á las tapias.

¿Miedo á los espantos de ultratumba? ¿Miedo á algún ánima del purgatorio? No, por cierto; ni se le ocurrió siquiera. Miedo al sitio, muy sospechoso y de fatal reputación en la capital marinedina. No obstante lo retraídas que vivían las hijas de Bonaret, habían llegado á sus oídos historias trágicas, relacionadas con las tapias malditas. Allí se recogían suicidas con el cráneo roto ó mujeres asesinadas con un puñal clavado en el pecho; allí se dirimían las cuestiones á garrotazos, y allí, por último, buscaban infame seguridad las parejas sospechosas. Clara temblaba á las tapias del campo santo. ¿Qué podría sucederla peor de lo que ya tenía resuelto? Nada en verdad; pero...., enigmas de nuestro ser: temblaba.

Al fin se decidió. El corazón le pegaba grandes brincos. El sendero faldeaba precisamente la tapia, revolviendo junto al ángulo, donde un vallado lo guarnecía. Clara se deslizaba, llena de ansiedad, deseando llegar al final de su carrera....

Disponíase á dar la vuelta al ángulo de la tapia, cuando tuvo que detenerse, ó, mejor dicho, el terror la inmovilizó de golpe. Por el otro lado de la tapia sonaban voces, un cuchicheo entrecortado y singular.

Aproximóse el grupo, y se detuvo precisamente en el ángulo, antes de salvarlo y encontrarse faz á faz con Clara. En vez de proseguir, sentáronse en el vallado, tan juntos, que hacían una sola mancha oscura sobre el fondo del cielo. Fija, muda, reprimiendo el aliento, dominada por la malsana curiosidad de las doncellas, Clara los devoraba con los ojos. Eran dos amantes, no cabía duda; así estarían ella y su ídolo, si lo hubiese permitido la triste suerte.... ¡Dos amantes, dos futuros esposos! ¿Qué

otra cosa habían de ser, cuando así se acariciaban y estrechaban y fundían? No obstante, á los dos ó tres minutos de espectáculo, Clara sintió una especie de náusea moral, algo parecido á la sensación de la primer chupada de cigarro para un chiquillo. Y esta náusea se convirtió en horror al salir la luna recogiendo su velo de nubes, y distinguir claramente, en la enlazada pareja, las figuras y rostros de D. Atilano Bujía y la hermosa zapatera vecina de Clara, rubia como unas candelas, y mujer de un marido joven y buen mozo!

Clara miraba al grupo, sin hacer un movimiento, cortada hasta la respiración por el asco.... Su misma repugnancia la impedía huir, librarse del cuadro grotesco y lúgubre. También el asco fascina, prende los ojos, prende la imaginación, y fuerza la atención, quizá con más energía que el gusto.... Clara no quería ver, y miraba; no quería oír, y oía distinta y sutilmente; no quería entender, y en su alma de virgen se rasgaba un velo blanco....

. . . . . .

Hacía diez minutos que se había alejado la pareja, dando, sin duda, vuelta á las tapias por el lado opuesto, y aún Clara no tuviera ánimos para arrancarse de allí.... Sentía un hielo, una anestesia interior, la congelación de su novelesco ideal. Una voz mofadora repetía á su oído: «Ahí tienes tú lo que es el amor, chiquilla....»

Una ráfaga de aire muy vivo, marino, delicioso, la despertó. Exhalando un suspiro, volvió pies atrás, se ciñó el velo y tomó á buen paso el camino de la ciudad, impulsada por el temor de que su padre y su hermana estarían vueltos locos, echándola de menos y haciendo mil conjeturas.

EMILIA PARDO BAZÁN.

CONSIDERACIONES HISTÓRICO-CRÍTICAS

ACERCA DEL

NOVÍSIMO ASPECTO DE LA CUESTIÓN OBRERA

II.

No entiendo que la cuestión obrera pueda engendrar fácilmente *la anarquía*, ó sea una confusión bárbara en que naufrague una vez más, para salir de nuevo á la orilla, Dios sabe cómo y cuándo, la civilización universal. Pero no es, en suma, el socialismo utopista, comunista-colectivista, revolucionario, que intenta destruir de arriba abajo el estado social para construir uno quimérico, el que más solicita la atención ahora. Tales propósitos, por su manifiesta imposibilidad y su brutal violencia, excluyen otra resolución del estado que no sea la de combatirlos á todo trance, empleando en ello cuantos medios depositan en sus manos las naciones. Lo que alcanza mucha mayor importancia es que, enterados ya los proletarios de su igualdad jurídica, y próximos á enterarse del reciente poder que la igualdad electoral les da por dondequiera, piden y aun exigen cosas que, si no son siempre realizables, parece á primera vista que

pueden serlo, hecho que á sus ojos excusa lo que pretenden. Para decirlo de una vez, que el sufragio universal tiende á hacer del socialismo una tendencia, si bien amenazadora, indisputablemente legal.

Las últimas elecciones del Imperio alemán fueron sobre este particular un grande aviso, que allí no se echa en saco roto, ni debe echarse en parte alguna. Ningún pensador de aquel país puede ya dudar que si allá no se apela á violencias ó falsificaciones que reduzcan el sufragio universal á la simple apariencia que en Francia fué durante el Imperio napoleónico, llegará día en que, con plena conciencia el proletarismo alemán de su poder político, y gracias á la organización perfeccionada que va adquiriendo, perturbe profundamente, cuando menos, el ejercicio del gobierno. ¿Hay delirio como pensar que las pasiones y las ideas falsas de los más sin comparación, salgan perpetuamente de los comicios en minoría? Si aquí ó allá se da esto al pronto, no hay que confiar que dependerá de causas transitorias el hecho, por ser anormal y hasta contra naturaleza. No, no ha de existir, como existirá ya por indefinido tiempo, el sufragio universal, sin que un poco antes ó un poco después el socialismo del Estado, que hoy tanto se anatematiza por algunos demócratas inocentes, se ensaye, por medio de cualquiera de sus fórmulas conocidas ó de otras nuevas. Tal es la situación; y no es hora de cambiarla, en muchas partes del mundo, ni de desconocerla, sino de contemplarla cara á cara, según he dicho, y con entereza varonil. Ni es otra cosa lo que ha hecho á mi juicio el Imperio alemán, por lo cual no es la primera vez ésta que le excuse yo y aun le defienda contra sus superficiales detractores. Ninguno de ellos puede pretender seriamente que las dificultades de tamaña empresa como aco-

mete se hayan escondido á los perspicaces ojos de un Estado que en tan pocos años ha sabido ascender al preeminente lugar que en el mundo ocupa. Lo que hay es que, por justificar, mediante el procedimiento revolucionario que Napoleón III había puesto á la moda, las anexiones de territorios ajenos, y sin reparar, por de pronto, en los medios, Guillermo I y su gran ministro Bismarck abandonaron la orgánica legislación prusiana, estableciendo el sufragio universal igualitario para el Imperio. No ha tardado el socialismo mucho, estimulado á la par por la nueva dirección de la ciencia económica dentro de las universidades germánicas, en aprovechar este instrumento utilísimo para disputar el poder á las demás clases del Estado y á la monarquía misma. Temerario sería suponer que, por su parte, se deje el Imperio alemán morir de mal de lógica, aunque la siga bastante trecho, y mientras no tropiece con la imposibilidad manifiesta de ir adelante. No ya las tentativas violentas de los proletarios socialistas, que eso dicho se está, sino hasta el ejercicio de su derecho electoral, cuando de veras amenace la propiedad, el trabajo y el principio de autoridad, serán sólo un nuevo nudo que cortar para la tajente espada del Imperio, que sobrada fuerza tiene para arrepentirse de cualquier error cuando le haga falta. Mas no podrían, aunque quisieran, los consejeros federales suizos ; ni fué Guillermo I de Alemania, ni el Emperador actual es hombre, según yo pienso, de apelar, sobre este caso, sin cargarse de razón, á la fuerza. ¿Y no se ve ya aquí patente el segundo de los cardinales motivos porque, á mi juicio, los referidos gobiernos y tantos otros tratan actualmente al proletariado como verdadero poder legal, procurando con ansia satisfacer cuanto hay de hacedero, ó práctico, y compatible en sus aspira-

ciones, con la civilización general? Porque poder llega, ¿quién negará que el mayor número lo es donde las leyes constitutivas por todos aceptadas le han dado el derecho de crear los cuerpos legislativos, ó la rama en ellos predominante? No se trata en el mundo moderno ya de que deje de votar ningún hombre sobre los negocios públicos, que á todos interesan realmente más ó menos, sino de que los votos obtengan igual peso, por manera que preponderen en principio los proletarios. Novedad grandísima es ésta, que no debe servir de tema á esparcimientos retóricos, pues exige en lugar de eso, de los hombres de Estado, bajo cualquiera forma política, constantes y profundas meditaciones.

Observad bien, señores, lo que este cambio singular importa. Había hasta ahora estado el poder público adherido á la propiedad en las naciones herederas de Roma donde la victoria de la plebe contra el patriciado no produjo más que el cesarismo infame. Durante la Edad Media, los señores laicos ó eclesiásticos, con más ó menos extensa jurisdicción de soberanos, poseyeron al par la tierra, y aun por medio de aquella facultad práctica, que naciones civilizadas echan hoy menos de saquear á los judíos, el capital también cuando les convenía. La clase media, en tanto, desde su origen industriosa y comerciante, ora judía, ora cristiana, lentamente comenzó á influir en la cosa pública; pero al mismo tiempo que con mayor ó menor dificultad y riesgo creaba capitales ó adquiría propiedades libres, primero en poblaciones importantes, realengas, ó con régimen peculiar, después en los pueblos de señorío, todos rurales, hízose igualmente que de las haciendas, señora al fin del Estado. Ni fué otro el sueño de la monarquía absoluta que juntar en uno el poder sobre vidas y haciendas,

cuando se dejaba guiar por los juristas justiniáneos, contra la opinión de los teólogos católicos. Y si el sistema parlamentario de nuestros días se engendró más tarde en Inglaterra, para ser allí lo que ha sido y tal vez deje de ser pronto, necesitó ante todo una combinación estrechísima de la propiedad con la autoridad pública, perteneciéndole á la primera una Cámara total, la alta, é influyendo en la formación de la baja, ó de los Comunes, de un modo decisivo. Todo esto en mucha parte de los pueblos civilizados notorio es que se viene, ó ya ha venido abajo. Por peculiar derecho, ni la propiedad ni el capital suelen tener participación hoy en la formación del poder público. Repútanse, pues, tales instituciones y mantiénense sólo en pie, como instrumentos económicos de producción. Preocupóse, ya lo he dicho, primero que nadie de las consecuencias sucesivas de novedad tamaña, la más completa de las democracias existentes, la suiza, que, persuadida del riesgo, y sin recurso para regular ó retardar la carrera emprendida, ni menos ya para sustraerse á las tempestuosas tinieblas de lo desconocido, prefirió y prefiere anticiparse á lo inevitable. Por modo parecido, la Monarquía alemana, fuerte, vencedora y llena de prestigio, siente, con todo, el peligro común y hace por conjurarlo con procedimientos de razón, adelantándose á lo posible, para reñir mejor con lo imposible, cuando le presente inexcusables batallas. Así es como concibo yo, en resumen, que faltos de soluciones científicas de un lado, dada la demostrada ineficacia, ó divergencia, de la Economía política, y de otro oprimidos por el exigente espíritu de las masas electorales y legisladoras, gobiernos de tan distinta índole hayan venido á plantear en términos casi idénticos la cuestión social.

Pero aunque tenga tan general origen el novísimo

movimiento político-social, lo que en esto ha preocupado más, y preocupa, á la opinión pública, no cabe duda que es el que se pusiera el emperador Guillermo I á la cabeza, valiéndose, como hasta poco ha su sucesor, del príncipe de Bismarck. Al par que este hombre de Estado combatía implacablemente por leyes excepcionales al socialismo revolucionario, decidióse un buen día á asumir para la imperial corona germánica la empresa, no hay ya que decir atrevidísima, de contener, dentro de lo razonable, la desbordada corriente del socialista proletariado alemán. Comenzó por de contado estableciendo, al tiempo mismo que el sistema de libre concurrencia entre alemanes, patrocinado por List, los diques externos que juzgaba este último indispensables para la conservación del mercado propio, dando espacio además á una preparación suficiente, para conseguir á la larga una ventajosa competencia con el extranjero. Por todos caminos atendió al objeto dicho: primas, facilidades á la exportación, colonizaciones lejanas, asidua protección diplomática, cuanto imaginó, en suma, su espíritu fértil, convertido á las ideas de List sobre Economía nacional. Y una vez hecho esto, fijó por igual su vista rápida, sin curarse de inconsecuencias ni contradicciones personales, en el socialismo de la cátedra, y hasta en las anti-economistas pretensiones de Lassalle, para aprovechar cuanto le convino de todo ello, á fin de mitigar juntamente los combinados excesos de la libre concurrencia internacional é individual. ¿Sabía Bismarck bien, á los principios, lo que quería y podía lograr? Probable es; mas no se le injuriaría dudándolo, por la oscuridad de la materia. El problema que se propuso hubo de ser éste, en sustancia. ¿Aun dejando del todo fuera las razones del orden religioso y moral, en estos países modernos

donde el poder legislativo, si no entero, por tanta parte está en manos de los más pobres y más necesitados, como, v. gr., en el Imperio alemán, es ya hacedero conservar, sin modificaciones, el *jus utendi atque abutendi,* ni tratar al trabajo humano como á las mercancías insensibles? Lo que á los eclécticos de la Economía política les sugirió la especulación, cual se ha visto, al hombre de Estado de quien hablo se lo inspiró la política. Cavour ha pasado por rival suyo, á juicio de alguno, en cuanto á agrandar naciones ; pero sin duda se quedó lejos de él en la cuestión social. La caridad legal de este último permaneció en idea, y la del primero ha penetrado en los hechos. No pienso tampoco que se fijase Cavour tanto como Bismarck en la dificultad extrema de que, dentro de la igualdad de derechos políticos que existe ahora, se mantengan íntegras y sin prudentes transacciones, así la desigualdad excesiva y egoista de los bienes, como las relaciones, puramente mecánicas, del capital con el trabajo. El Ministro imperial debió de decirse á sí mismo: pues que se torna á los malogrados ensayos de las repúblicas helénicas , peor repetidos por la plebe de Roma; pues que la propiedad y el capital dejan de tener á su devoción el poder público, tras tantos siglos de progreso, bajo aquella condición que parecía esencial ; pues que el mayor número de los ciudadanos ha de ejercitar dicho poder en tamaña parte, precisa mirar el problema frente á frente y con valor para hacer pronto cualquiera de estas dos cosas : ó destruir por sus fundamentos las instituciones y las leyes democráticas, restableciendo el antiguo sistema jerárquico de las sociedades europeas, y volviendo á aunar el poder público con la riqueza; ó intervenir en los crecientes conflictos entre el capital y el trabajo para ir aplazando, cuanto quepa al menos, las fina-

les soluciones anárquicas ó cesaristas, adelantándose de buena gracia á conceder cuanto, mejorando la suerte individual del nuevo soberano ó semi-soberano, temple sus irreflexivas impaciencias con la satisfacción de sus más urgentes y racionales reclamaciones. Y dado el dilema, continuaría quizá diciéndose el Gran Canciller, parece lo menos malo acceder á aquellas, hasta donde resulten compatibles con el organismo social y sus inevitables bases, el capital y la apropiación de la tierra, y también con la concurrencia, que, por entero desterrada, ó restringida con exceso, enfriaría demasiado el trabajo individual y el cambio internacional, desapareciendo así el progreso de nuestra especie. Lo que acaso no observó el insigne Ministro, y perdóneme la sospecha, fué que la solución más humana, más prudente, más simpática de las dos, y hasta más justa, requiere el concurso del tiempo, y que el Estado se reserve facultades suficientes para ir midiendo el paso, y evitar que se despeñe en inconsiderada carrera la muchedumbre engreída con su nuevo poder.

Previendo desde largos años antes todo esto la ciencia política, desinteresada y serena, había reprobado en Alemania, con el sabio Dr. José Held, el sufragio universal francés. Partía aquel pensador de que el objeto de la representación política pura y simplemente consiste en provocar el crecimiento de la inteligencia y la energía del Estado, excitando su vida orgánica, y dirigiendo hacia él *las mejores* fuerzas políticas de cada pueblo, las más elevadas miras y los más firmes caracteres, por todo lo cual debía, á su juicio, depender el derecho al voto de aquellos conocimientos y aquellas iniciativas que representen la mayor potencia orgánica de un Estado, y sean más adecuadas para facilitar su progreso orgá-

nico (1). Con la ligereza que ciertos polemistas acostumbran, ha dicho recientemente alguno que esta doctrina de Held, planteada, y todavía vigente, en el especial régimen prusiano, contaba como adversario á Bismarck, que le creía dañoso á las ideas conservadoras. Lo que parece cierto es que para la preparación de sus gigantescas empresas de política externa, debióle de convenir mejor al imperioso Ministro en ciertos días el sufragio de la muchedumbre, por más fácil de atraer á sus miras patrióticas, que un sistema electoral apoyado en los intereses, siempre más tímidos, del capital y la propiedad. Mas obsérvese que lo que pretendía entonces no era de carácter conservador, ni mucho menos. Hombre de acción antes que nada, y preocupado con la dificilísima que traía entre manos, concíbese que no percibiera desde lejos la superioridad permanente de aquel sufragio orgánico, de que el reino de Prusia aún goza, aunque no hayan faltado demócratas que lo combatan. Semejante sufragio orgánico no facilita, en verdad, la sistemática anulación de los Parlamentos ante un poder que necesita ó quiere ser dictatorial, como todo poder conquistador; mas, en cambio, ofrece un antemural robusto contra el posible despotismo de la muchedumbre proletaria, salvando de sus cálculos equivocados, y sus precitadas y utópicas resoluciones, los cimientos sociales. La marcha misma de la democracia, llévenos adonde nos lleve en lo futuro, para ser segura y definitiva, exigiría meditados y lentos pasos. Nunca, pues, por consejo de la ciencia hubiera entrado el voto igualitario en el Imperio alemán, ni tampoco sin las conveniencias inmediatas

(1) Véase la *Colección de cuatro tratados políticos*, publicados por el Barón de Haxthaussen (Leipzig, 1863), cuyos autores fueron José Held, de quien son las palabras citadas; Rodolfo Gneist, Jorge Waitz y Guillermo Kosegarten. Todos estos autores célebres eran liberales y de ideas muy progresistas, en el sentido recto de la voz.

de la política de anexión. Quizá fuera para su éxito instrumento ventajosísimo ; mas querrá esto decir que no cabe conseguirlo todo á un tiempo. Ello es, en suma, que si no compró caro, compró á buen precio el tal sufragio el Imperio, con los inconvenientes que ya le trae, y le traerá en lo futuro más y más. Y eso que el cesarismo, medicina amarga de la demagogia en todos los siglos, no será en Alemania indispensable, porque cuanto aquél suele ejecutar desautorizada é irregularmente, cumpliríalo allá un trono que, sin asombro de nadie, reclama aún su derecho divino, como nadie ignora. Con constitución tan sólida, que origen tal le permite atribuirse, mediata é inmediatamente, en estos tiempos, permitido le es al Imperio proseguir, con una lealtad que á ningún poder débil fuera dada, las complexas dificultades de su empresa, tratando primero con el proletariado de poder á poder; llevando las reformas sociales más lejos que nadie, y esperando para reprimir, no como hasta aquí parcialmente, sino de un modo total y decisivo, á que llegue la aciaga hora, si llega, de que apelen las masas socialistas á la violencia, ó ejerciten sus derechos políticos en una dirección irracional que de veras amenace á la civilización. Dios quiera apartar momento tan triste de Alemania, y aun de todo el mundo moderno; pero séame lícito insistir con tal motivo en que el sistema orgánico á que obedece la ley vigente en Prusia de 30 de Mayo de 1848, por toda Alemania extendido en esta ocasión, llevaría por mucho más llanos caminos á la posible resolución de la cuestión planteada. Bastarían de cierto á impedir un desencadenamiento fatal á todos los términos de la ley citada, según la cual todos los varones de veinticuatro años de edad, que no viven de la asistencia publica, ni se hallan privados de sus derechos civiles, apa-

recen divididos para votar en tres clases : una que encierra á los mayores contribuyentes, que juntos pagan en cada distrito la tercera parte del impuesto; otra, á los que satisfacen los dos tercios; la última, en fin, á los que nada pagan. Cada cual de las dichas clases nombra luego una tercera parte de los electores de segundo grado, que, reunidos, eligen á los diputados de la nación. Bien cabe, así como ha advertido el Dr. Kosegarten, que haya distritos en que la primera clase se componga de solos tres electores (número que convendría sin duda aumentar), de ciento la segunda, y de mil la tercera; cosa irritante, por ejemplo, para cualquier francés, pero que nunca ha impedido á los electores prusianos sobreponerse en los comicios á la influencia oficial (1). Lejos de eso, semejante ley ha dado, por consecuencia, muy independientes Cámaras, y no es difícil que á tal combinación se deba que el cuerpo electoral prusiano haya mostrado voluntad propia desde tan pronto; ventaja que Inglaterra misma no ha gozado hasta bien entrado el siglo presente, y que no existe todavía en naciones de mucho más antigua historia parlamentaria.

Mas, sea esto que antecede exacto ó no, partamos de que el emperador Guillermo I y su sucesor se han encontrado en el Imperio con un sufragio igualitario donde no existe representación alguna de la desigualdad de intereses entre las distintas clases sociales. Para todos sus planes, pues, con el estado social y político, por tal situación engendrado, han debido contar. Volver la espalda al problema para no ver sus dificultades y peligros, como si por eso no existieran, de todo Gobierno habría sido impropio, y lamentable en cualquiera; pero mucho más

(1) Véanse sobre estas discusiones principalmente los tomos IX, XI y XV de la gran colección intitulada *Les discours de M. le Prince de Bismarck :* Berlín, 1889.

en una Monarquía de derecho divino, y de tan pronunciado carácter militar. Así es que lo que en Alemania se califica de socialismo arbitrario, no aparezca á mis ojos sino como un previsor concepto de las necesidades políticas creadas por la impotencia de los antiguos dogmas económicos, combinada con la dirección de la nueva ciencia, la agitación del proletariado, y el vigente sistema electoral. No sé yo, en el ínterin, si por ingenua expresión de un sentimiento religioso que jamás ocultara, ó por mero arte político, ha puesto á un lado Bismarck siempre esas necesidades y esos peligros á que su política económica y social responde, derivándola de mucho más desinteresados móviles, y apellidando ante el Reichstag *cristianismo práctico* sus dos leyes en favor de los obreros. Propúsose con la primera sustituir en gran parte la asistencia ó beneficencia local por un *seguro nacional* contra los accidentes temporales ó mortales que, de resultas de sus faenas, suelen sobrevenir á los obreros, quedando la responsabilidad pecuniaria del seguro á cargo de los patronos, y en ciertos casos de las municipalidades. La segunda tuvo por objeto fundar una especie de retiro en pro de los ancianos de más de setenta años y de aquellos obreros industriales ó agrícolas que los varios accidentes del trabajo dejan inválidos, sobrellevándose este nuevo gasto por tercias partes entre el Imperio, los patronos y los mismos obreros cotizados. Naturalmente ofrecieron controversia, y no escasa, novedades tales, dentro y fuera del Reichstag, y hasta el 24 de Mayo del pasado año de 1889 no vió el Canciller realizado por fin, con la aprobación de la postrera de dichas leyes, la primera parte de su *cristianismo práctico ó política social.* Durante la discusión que ambas ocasionaron, hubo de desplegar aquél á un tiempo con-

tra los demócratas socialistas, los progresistas, los particularistas, que encuentran malo cuanto el Imperio hace, y aun la casi totalidad del llamado partido del centro ó católico, por bien diferentes motivos coligados, los recursos todos de su clara, firme y cáustica elocuencia (1). Del lado de los católicos la oposición del primer momento, tan modificada después, era ilógica, puesto que á los proyectos de que se trata no podía en realidad negárseles un espíritu conforme con las tradicionales, numerosísimas y admirables instituciones de la caridad cristiana. Pero allí, como en Bélgica y Francia, desconfiaban los católicos del Estado por las frecuentes luchas mantenidas con él de cien años á esta parte; y sólo se han prestado más tarde á secundar la acción de sus Gobiernos en la cuestión obrera, cuando la voz altísima del sabio Pontífice que rige la Iglesia ha hecho entender al mundo que la marea viva del proletariado, miserable y legislador á un tiempo, necesita de todos los diques sociales juntamente: del de la religión hasta donde influya todavía; del de la ciencia económica, aunque tan disminuido, y del de las potestades civiles. Y, entretanto, conviene recordar que la idea de que el Estado no debe ser indiferente á la situación aflictiva de sus individuos, era de procedencia antigua en Alemania. Porque el Código civil prusiano, sin ir más lejos, tenía inscrita ya en sus artículos la obligación pública de dar sustento á los ciudadanos incapaces de procurárselo por sí mismos, así como la de buscarles trabajo, y la de sustentar instituciones eficaces contra la miseria y la prodigalidad que la origina. Lo que el Canciller alemán hizo, en resumen, fué encarnar esos

(1) Véase en la *Colección* antecitada el tratado de KOSEGARTEN, que se intitula *Précis historique des effets politiques et sociaux des élections populaires*, etc.

preceptos en especiales leyes, con procedimiento más eficaz y mayor sanción. Pero á las indicadas medidas hay que sumar otras más personales por aquél iniciadas, tocantes al restablecimiento de los gremios ó corporaciones de oficios, con deberes también de protección recíproca. Y con esto quedó clarísimo que no pensaba renunciar á que entre sí se ayudaran también por una ú otra manera los trabajadores mismos, pues ni él ni hombre de Estado alguno ha de querer, según dejo repetido, que la intervención del Estado empiece sino tan sólo allí, donde resulte inexcusable.

Notorio es, señores, que esa cooperación gremial, forzosa en Austria, aunque en su organismo autónoma, mediante el previo establecimiento de corporaciones municipales de trabajadores, da ya buenos resultados; y que la pacífica federación obrera que tiene en acción Suiza y hoy cuenta hasta ciento treinta mil individuos, gracias á dos fundadores insignes, católico uno y librepensador el otro, en estrechas relaciones siempre con el Gobierno federal, y sin otra mira que el mutuo auxilio, está asimismo siendo notabilísimo *specimen* de institución social. No, nunca afirmaré bastante que todo eso es útil, y que no hay que soñar en que el Estado monopolice, sino en que complete la protección social. Ni fuera imposible que las instituciones antiguas y nuevas, ora nacidas de la particular iniciativa, ora de su combinación con la del Estado, remediasen al fin lo más, si el proletariado tuviese resignación, ó se hallase forzado á esperar, faltándole medios para abrir igual camino á sus justas ó injustas demandas. Pero ni Bismarck, á quien siempre nombro el primero, porque nunca dejará de ser el iniciador del *cristianismo práctico,* haya disentido ó no en tal cuál resolución aislada, que yo en verdad lo

dudo, ni su sucesor en el gobierno, contaban con las necesarias treguas, como lo han demostrado las elecciones últimas y tantos otros hechos palpables. Tampoco pudo escondérsele al primer Canciller del Imperio que cualquiera protección del Estado á los obreros, que disminuya el trabajo y de un modo ú otro aumente su precio, perjudica á la competencia de sus patronos con aquellos extranjeros que sin sacrificios ni límites explotan el trabajo; por lo cual únicamente es dable allí donde á las producciones de un país les sea dado defenderse de sus rivales mediante las tarifas de aduanas, mientras no se llegue, si se llega al cabo, sobre tales materias á una común inteligencia internacional. Pocos osan decir que agricultores ni industriales, ni aun los comerciantes mismos, hayan perdido nada con el cambio de ideas económicas del referido hombre de Estado; pero los que menos pueden condenarlo, á no dudar, son los trabajadores del Imperio. De seguro que no podrían soportar sus patronos las cargas que las leyes de protección obrera les van imponiendo, si hubiesen de tomar parte en una competencia libérrima con naciones donde ninguna obligación exista de contribuir al alivio de los accidentes y de la invalidez, prematura ó no, que la edad ó el trabajo ocasionan. Las dos protecciones son, pues, una en substancia (1).

Y por lo demás, harto sé yo que los socialistas alemanes, por lo general, no agradecieron al glorioso emperador Guillermo I, ni á su consejero el Gran Canciller, las leyes protectoras, como tampoco agradecerán al presente Emperador su iniciativa internacional, porque á todo *paliativo* tienen declarada guerra sin cuartel, levan-

(1) Sobre las discusiones á que el cambio de opiniones económicas de Bismarck dió ocasión, véase el tomo VIII de la citada colección de sus discursos.

tando la fácil, pero estúpida bandera *del todo ó nada,* que jamás ha aprovechado en este mundo á nadie, ni siquiera á su pretendido autor César Borja. Mas quien espere gratitud inmediata por sus servicios reales y posibles, no merece llamarse hombre de Estado. Por demás se sabe que el común de las gentes ni agradece ni aplaude sino lo que lisonjea sus vecinos intereses ó la satisfacción total, que no sujeta á medida alguna, de sus pasiones. Desde que, bajo el régimen del sufragio universal igualitario, floreció en Alemania el socialismo, húbose bien de observar que la antimonia de Cavour no era ya la única planteada, ni quizá la más temible. El derecho á la mera subsistencia, en discordia con el de usar y abusar de la fortuna, si interesa más generalmente al obrero, no le estimula, sin embargo, á tan ardientes reclamaciones, como su absoluta igualdad jurírida y política, paralela á la desigualdad inmensa de goces y al multiplicado anhelo de ellos que á modo de sed hidrópica le atormenta. Podrán ser siempre los menos los que esto experimenten; pero como los que lo experimentan son de ordinario los más inteligentes y cultos y mejor enterados de los goces que echan menos, bien pueden conducir al mayor número á rebelarse contra el orden social. De seguro, los peores enemigos de éste saldrán de ahí; que la miseria suele inclinar á la humildad, mientras la mera satisfacción de las necesidades físicas, cuando las siente intelectuales y pasionales, no hace sino prestar al hombre osadía para exigir á cada instante más. Dícese, y lo creo, que muchos obreros alemanes adscritos al socialismo no son de los que luchan por la vida precisamente, sino por igualarse con los más en bienandanza. ¡Cuán sin razón ha escrito poco hace M. Taine, sin ser oscurantista, que de todas las creaciones de 1789 no queda íntegra y viva sino el

sistema métrico decimal! (1). El sarcasmo es muy merecido, pero inexacto. Queda aún en su pleno vigor lo que él á seguida califica de *preocupación igualitaria y niveladora;* preocupación que por sí sola agrava singularmente hoy en día la cuestión obrera. Dondequiera que ella prepondere, será del todo irresoluble la cuestión. En el entretanto, patente está que en toda Europa, y en la propia España por supuesto, hay de sobra socialistas, colectivistas ó comunistas revolucionarios, que no aspiran á la mejora sucesiva, pacífica, con carácter relativo, limitada á lo hacedero, y sin mengua de los comunes principios jurídicos de los trabajadores en general, sino á todo cuanto apetecen de un golpe. Otros hay felizmente que piensan mucho mejor, como, por ejemplo, los obreros catalanes que compusieron cierta comisión poco hace enviada á Inglaterra para estudiar las condiciones de la industria fabril, los cuales han rechazado con indignación la idea de reemplazar el presente estado de cosas por un estado salvaje, anárquico, antihumano, en el que perezca á la par el orden que el progreso social. Con tales ilusos, que, según dijeron con frase exacta los antecitados obreros de Barcelona, *deliran por el conseguimiento del todo* (2), no hay, por desgracia, camino alguno de llegar á acuerdos razonables. Pero, con todo, es un deber de los Gobiernos del día, hasta de los más fuertes, ya lo he dicho, el poner de su parte la razón. Nada más necesario que demostrar á los obreros pacíficos é inteligentes, que sólo aspiran á lo justo y posible, que no se les mide á todos por igual rasero. Toca, además, á los ricos de

(1) «Lettre de M. H. Taine à M. Alexis Delaire, secrétaire général de la Société d'Economie sociale et des unions de la paix sociale», en la obra intitulada *La Réforme Sociale et le centenaire de la Révolution:* París, 1890.

(2) Memoria descriptiva redactada por la comisión obrera catalana nombrada para estudiar el estado de las fábricas de hilados y tejidos de algodón en Inglaterra: Barcelona, 1889.

buena voluntad ayudar sin egoismo, ni alarmas ya inútiles, á los Gobiernos, contribuyendo á abrir anchas puertas por donde penetren y á todos lleguen más ó menos los beneficios de la moderna civilización. ¿Por ventura el que la charlatanería de 1793, que apenas encerraba realidad ninguna, reclamase absurdos temperamentos políticos, con que todo gobierno era imposible, impidió que los más prudentes y sabios de nuestros inmediatos antecesores se declarasen decididos partidarios del régimen constitucional y parlamentario, sacrificando tantos y tantos, por establecerlo en aceptables condiciones, fortuna y vida? ¿Las deficiencias posteriores del sistema democrático, han estorbado tampoco que se consiga alguna vez organizar con buen éxito democracias casi absolutas, como en Suiza? ¿Y porque en materia de libertad neciamente lo pidieran todo á un tiempo, ahora los ignorantes adeptos de Rousseau, ahora sus comentaristas los verdugos franceses, habría de haber abandonado el siglo XIX la ardua, pero realizable empresa, de conciliar el orden social con la libertad política? Hase, pues, de proceder en la nueva cuestión como en las ya antiguas de derecho público, ni más, ni menos. Un periodista francés (1), de los más escuchados por su sensatez actualmente, preguntaba no ha mucho lo siguiente: «¿Es posible la resistencia á todo trance á las pretensiones de los obreros? ¿No valdría más que se procurase conjurar el mal, aun á costa de sacrificios importantes, mucho más importantes que generalmente se desea? No quiero decidirlo; mas urge pensarlo». Y, con efecto: de tal manera se va el asunto pensando en Francia, que hay preparado allí ya para las Cámaras un proyecto de *Caisse de retraite des ouvriers*, por el cual los trabajadores que de veinticinco á cincuenta y cinco

(1) M. Magnard.

años se coticen para sostenerla tendrán derecho además á una subvención del Estado, correspondiente al tercio del capital que así se acumule, aumentando el propio Estado, por otra parte, un nuevo tercio en cada pensión que á los obreros ofrezcan las sociedades de socorros mutuos y de auxilios á la ancianidad. Por cierto que entre nueve millones de obreros no cuenta Francia aún sino veintiocho mil adscritos á tales sociedades voluntarias ; cosa que prueba los insignificantes efectos que ha producido allí hasta ahora el ahorro individual. Pero, en resumen, si el proyecto de M. Constans pasa adelante, que harto probable es que pase, pudiera el estímulo ofrecido á la asociación de los obreros por el Estado francés obligar á éste á sacrificios iguales ó superiores á los que ha de exigir la famosa *trilogía social* por Bismarck ideada, y que ahora completa la nueva ley de seguros contra la invalidez y la ancianidad que en Alemania se pondrá en vigor á 1.° de Enero del año próximo. También en Austria-Hungría los seguros obligatorios de índole varia están á la orden del día ; y por no hacer tales noticias interminables, limitaréme á decir ya que una nueva y recientísima reforma en la Constitución nacional suiza concede facultades al Consejo federal para hacer igualmente obligatorios seguros semejantes, todo ello á imitación de Alemania. En esta senda había precedido á la Confederación el cantón de Ginebra. Está allí siendo objeto de grandes debates legislativos, tres años ha, el establecimiento de dicha institución, como obligatoria para todos los obreros, subvencionada por el Estado cantonal, y no tan sólo aplicable á las enfermedades, sino á la falta involuntaria de trabajo. Ciertamente que no todos se han encontrado por allá conformes en que tal obligación se decrete, invocando el principio jurídico y económico de la independencia indi-

vidual; pero nadie ha contradicho que las instituciones de esa índole las subvencione el Estado (1). Tampoco ha faltado, en cambio, quien pretenda imponer exclusivamente á los patronos la obligación de atender en todos los casos á sus trabajadores. De resultas de la divergencia, no ha sido aún aprobada la ley ginebrina; pero todo el mundo está convencido en Suiza de que el principio obligatorio y la subvención cantonal serán al cabo votadas por la Cámara próxima, hasta para atender á la involuntaria falta de trabajo. ¿Y qué mucho, en fin, si el anciano y elocuente jefe del radicalismo político inglés, Gladstone, el apóstol de todas las libertades humanas, al propio tiempo que ahora del sufragio universal, y quizá por consecuencia de ello, acaba de declararse partidario en un discurso del límite de ocho horas de trabajo para los mineros, y de que atentamente se estudie la aplicación de un límite para el de todo género de industrias? Cuanto precede anda bien distante de ser particular manía del Imperio alemán.

Fuerza es que deje para otra ocasión el tratar del estado en que entre nosotros se encuentra esta cuestión obrera. Básteme ampliar algo que al principio indiqué. No cabe duda que economistas muy distinguidos de la titulada escuela clásica, ora han tomado la iniciativa, ora han trabajado con inteligente ardor para que en España también haya leyes que, respetando los dogmas jurídicos, indemnicen á los obreros de los accidentes que sin culpa propia ocasione su trabajo, y fijen al de los niños prudentes reglas, que por igual modo necesita el de las mujeres. Sabéislo de sobra, por los proyectos derivados de una Comisión que he tenido yo el honor de presidir, pendien-

(1) *Projets de lois relatifs à l'Assurance contre la maladie,* Junio de 1888: Ginebra, 1888.

tes hoy de la aprobación de las Cortes. Más que lo iniciado, hace, á mi juicio, falta; y será preciso pensar en ello, aunque nuestra situación sea realmente mejor que la de ningún otro gran país tocante al asunto que he tratado. Justísimo parece añadir que no tan sólo el mundo oficial se interesa por acá en la cuestión obrera. Así como antes cité palabras de ciertos obreros catalanes enviados á Londres en comisión, de suma cordura llenas, quiero concluir repitiéndoos otras dirigidas á fabricantes y capitalistas de Barcelona, y que responden á ellas noblemente. Con motivo de la inauguración de un nuevo local, en 12 de Febrero del presente año, el Presidente de la *Sociedad de Fomento del Trabajo nacional,* tan autorizado para llevar allí la voz de los patronos, dijo lo siguiente: «No podemos, señores, olvidar la suerte de la clase obrera. La vida moderna ha encarecido de tal manera el presupuesto de las familias, que no ya la de los obreros, sino hasta la existencia de las clases acomodadas, se hace cada vez más difícil. Como consecuencia de esto, las enfermedades crecen al par de las necesidades, y la suerte del que carece de trabajo, y sobre todo del inválido, es por todo extremo angustiosa. No es fácil acudir al remedio de todos los sufrimientos, porque, sobre ser muchos los que sufren, no habría modo de organizar tan vasto servicio, dado que se recogieran fondos para ello; pero á quienes no debemos ni podemos desamparar es á estos inválidos que por accidentes desgraciados, por enfermedades crónicas de que no son culpables, ó por razón de su edad, no les es ya posible ganar su sustento (1).» Por donde se ve que no se trata ya sólo allí

(1) *Fomento del Trabajo nacional.* Discurso leído por el señor presidente, D. Pablo Sadó, con motivo de la inauguración del nuevo local de la Sociedad: Barcelona, 1890.

de reconocer al obrero aquello que jurídicamente le corresponde, porque no basta, sino de proporcionarle asimismo favores que tantos países le van ahora acordando. Obra de espontánea y voluntaria acción social, si la institución en Barcelona anunciada llega, como espero, á florecer, tendrá indudables ventajas sobre cualquiera en que el Estado intervenga; bien sabido es que no lo niego. Sin duda que el patronazgo que cortó de raíz en Inglaterra la Economía política individualista, y que ha obligado tanto al Estado á intervenir en la organización moral del trabajo, no obstante el individualismo británico, nunca ha perdido en España toda su fuerza, y creo yo que aún puede revivir, como en Cataluña se intenta, fácilmente. Mas no hay que hacerse ilusiones: el sentimiento de la caridad y sus similares, no son ya suficientes por sí solos para atender á las exigencias del día. Necesítase por lo menos una organización supletoria de la iniciativa individual, que emane de los grandes poderes sociales; y de alto, de muy alto, de mano regia, le han venido ya á España en eso la iniciativa y el ejemplo. No dudo que haya quien prefiera las amenazadoras *Trades Unions* de Inglaterra, dueñas ya de fijar el salario arbitrariamente, y muy próximas á serlo de determinar la duración del trabajo, sin el menor concurso de los patronos. Por mi parte, opino que, á la larga, será más ventajoso el concierto entre patronos y obreros, con ó sin intervención del Estado, pero llegando éste siempre hasta donde haga falta. Prudencia, toda será poca, principalmente de parte de los obreros, que acá, como dondequiera, irían á su perdición propia por el camino de la violencia.

A. Cánovas del Castillo.

ESTUDIOS

SOBRE LOS ORÍGENES DEL ROMANTICISMO FRANCÉS.

LOS INICIADORES

Mad. de Staël, Chateaubriand y sus respectivos grupos.

Por el fondo de sus ideas y por su primera cultura, Mad. de Staël (1) pertenecía aún al siglo XVIII. Se había educado en el sentimentalismo de Rousseau, y su primer ensayo crítico fué una especie de himno en alabanza de aquel gran dominador de las imaginaciones de su tiempo. Este primer fondo no desaparece nunca, ni en el carácter ni en los escritos de Mad. de Staël. Su sensibilidad, que era muy real, pero también muy estrepitosa, y que ella además violentaba y excitaba artificialmente á ejemplo de su maestro, es el numen inspirador de las cartas de *Delfina,* del libro acerca *del influjo de las pa-*

(1) *Œuvres complètes de Mme. la Baronne de Staël Holstein:* París, Didot, 1843: 3 tomos 4.° En el tomo I pueden verse las *Cartas sobre el carácter y escritos de Juan Jacobo Rousseau*, el *Ensayo sobre las ficciones*, el libro *De la influencia de las pasiones en la felicidad de los individuos y de las naciones*, el de *La Literatura considerada en sus relaciones con las instituciones sociales*, y la novela *Corina*, en que tienen especial interés para nuestro objeto los libros V, VI, VII, VIII y IX, que tratan de la literatura y de las artes en Italia. *La Alemania* está en el segundo tomo.

Es imposible recordar todo lo que se ha escrito acerca de Mad. de Staël. Nos limitaremos á mencionar las lecciones 59 y 60 del curso de Villemain sobre el siglo XVIII, el extenso estudio de Sainte-Beuve en los

siones, y de cuanto pensó y escribió Mad. de Staël antes de sus viajes por Italia y Alemania. Aun en las producciones de su madurez se siente el contagio de la *Nueva Heloísa,* que nunca llegó, sin embargo, á perturbar por completo la sana y generosa naturaleza de Mad. de Staël, aunque la condujese con frecuencia á la declamación y al énfasis. La tendencia disolvente y anárquica del individualismo de Rousseau se vió además contrastada en el ánimo de nuestra escritora por el espíritu positivo, filantrópico y religioso de su padre Necker, á cuya memoria tributó siempre verdadero culto. Necker no era un grande hombre, ni aun como hacendista, pero conservaba mucho de la rígida disciplina moral de los calvinistas de Ginebra, y su libro *sobre la importancia de las opiniones religiosas* prueba que se preocupaba del problema teológico más de lo que era costumbre entonces, y que, no sólo por razones de moral social, sino por sentimiento íntimo, estaba más próximo al cristianismo que al frío deismo de su época. Estos gérmenes, sembrados á tiempo en el ánimo de su hija, mantuvieron siempre en ella una ardiente y sincera exaltación espiritualista, que

Portraits de Femmes, dos artículos del mismo en el tomo II de los *Nuevos Lunes,* y por incidencia en otras muchas partes, especialmente en el tomo XII de los mismos *Nuevos Lunes,* y en el libro acerca de *Chateaubriand y su grupo literario.* Sainte-Beuve es, sin duda, quien más á fondo ha comprendido el espíritu y el carácter de Mad. de Staël; pero todavía puede leerse con interés un reciente estudio de E. Faguet, publicado en la *Revue des Deux Mondes.* Véase además E. Caro, *La fin du dix-huitième siècle,* tomo II, páginas 119 á 189, donde se contienen interesantes detalles sobre Mad. de Staël y sus amigos; P. Albert, *Les Origines du Romantisme,* pág. 191; Merlet, en su obra ya citada sobre la literatura de la época imperial, y, en suma, todos los que más ó menos han discurrido sobre el movimiento de las ideas literarias en nuestro siglo, especialmente Brandes. Es riquísima fuente de noticias el libro de lady Blennerhasset, *Frau von Staël* (Berlín, 1888 y 89), traducido al francés por Dietrich con el título de *Mad. de Staël y su tiempo.* Escrito ya este artículo, llega á mis manos otro interesante estudio de Alberto Sorel *(Mad. de Staël),* que forma parte de la serie de biografías titulada *Les Grandes Ecrivains Français.*

con el transcurso de los años fué adquiriendo más sólida consistencia y acercándose más á la creencia positiva, si bien nunca pasó de cierto cristianismo humanitario con algunos reflejos de teosofía alemana. Del siglo XVIII recibió además Mad. de Staël la única doctrina de sabor un tanto religioso que encerraba aquella filosofía, cual es la creencia en el progreso y perfectibilidad humana, que fué el primero y principal artículo de su fe social y filosófica, y el sostén y fundamento de su inquebrantable optimismo, no menoscabado, ni por el espectáculo de la Revolución, ni por las tiranías del Imperio.

Mad. de Staël había nacido para reina de salón, y lo fué desde sus primeros años. Aunque discípula de Juan Jacobo, carecía de todo amor á la naturaleza, y no podía vivir sino en medio del choque de las ideas y en el tráfago mundano. Aun en sus destierros encontró siempre modo de reunir en torno suyo una porción de espíritus selectos que vivían en íntima comunicación con el suyo, y excitaban la energía de su pensamiento, que, por ser al fin pensamiento de mujer, necesitaba siempre ajeno estímulo que despertase sus latentes energías. La capacidad receptiva del espíritu de Mad. de Staël no tenía límites : singular era su virtud para transformar en idea propia y vivificar con su propio calor cuanto oía. Rápidamente se hacía cargo de lo esencial de un sistema, y en brillante improvisación lo devolvía á su auditorio extasiado. Decían los que la conocieron que sus escritos no eran ni sombra de su conversación; pero ¿qué son sus escritos sino conversaciones trasladadas al papel con el mismo ardor de la producción instantánea, con la misma sucesión rápida de afectos y de ideas que pasaban por su espíritu, dejando un rastro luminoso? Corina improvisaba siempre, y aunque no tenía mucho artificio de

estilo, puso en sus obras toda la vida que reinaba en sus palabras, y aquella extraña y deliciosa mezcla de reflexión y de petulante ligereza, de afectación y de candor que en ella había, y que parece inseparable del alma femenina, tal como la presenta la sociedad en sus tipos más refinados y selectos.

Tal fué esta mujer, que después de haber encantado á sus contemporáneos y de haber sido por muchos años la gran sacerdotisa del ideal, todavía influye en nosotros, si no por sus libros apenas leídos ya, por el jugo y la médula que estos libros contenían, y que se ha incorporado de tal modo con la cultura moderna, que muchos que no han leído página alguna de esas obras, están penetrados y saturados de su espíritu, y, en rigor, podrían adivinarlas. Todo el mundo es plagiario de Mad. de Staël sin saberlo. El espiritualismo y el liberalismo de este siglo han estado viviendo á los pechos de esa madre Cibeles, que Enrique Heine llamaba, con perversa intención satírica, *la abuela de los doctrinarios*.

Quizá la razón de esta universal influencia deba buscarse en que Mad. de Staël presenta combinadas todas las ideas de los diversos medios intelectuales que recorrió: las de su padre, las de Rousseau, las de Condorcet, las de Schiller, las de Schlegel, las de Benjamín Constant, las de Sismondi. Todo el mundo influyó en ella, pero ella conservó siempre su originalidad y dió en Francia el primer modelo de simpatía universal é inteligente por todas las manifestaciones del arte y del espíritu filosófico. Hizo el descubrimiento de Italia y el descubrimiento de Alemania, dos grandes conquistas para el romanticismo. No diremos que su Italia sea más verdadera que la muy divertida Italia del presidente De Brosses, única que los franceses del siglo XVIII conocían; pero es verdadera de otro

modo más ideal y elevado. Mad. de Staël no tenía en muy alto grado el sentimiento de la belleza plástica, y en esto no aventaja mucho al erudito y cínico Presidente, pero tenía el presentimiento de la emoción artística, lo cual ya es algo, aunque no sea la emoción misma, que es mucho menos vulgar de lo que suele creerse y afectarse. Mad. de Staël, á pesar de haber compuesto dos novelas, nunca pasó del *dilettantismo* artístico: no era artista en el rigor de la palabra, á pesar de la opinión, siempre formidable, de Sainte-Beuve, que sostiene lo contrario, apoyándose cabalmente en el libro de *Corina,* que llama «un poema inmortal». El libro es ciertamente de los que parecen destinados á vivir, aunque ya muchos de sus encantos resultan bastante marchitos; pero no vivirá á título de poema, sino de conversación elegante y animada sobre Italia. Y sobre Italia hemos leído después tales maravillas, que *Corina,* vista hoy, y admirando, como es justo, la noble pureza de sus líneas, resulta un cuadro muy apagado de color, y de una luz tan tibia y mortecina, que más bien parece la modesta luz de Coppet, filtrada entre nieblas grises, que no la radiante y triunfadora luz del cabo Miseno ni del *Agro Romano.* Mad. de Staël había recibido altísimos dones intelectuales, y podía simular hasta los que la faltaban; pero vivió demasiado en escena para que la fuera posible recogerse nunca en la pura contemplación estética. Hasta en literatura solía entusiasmarse con el entusiasmo ajeno. Su organización viva y nerviosa sentía la sacudida eléctrica del arte; pero la sentía casi siempre de rechazo, y la devolvía en el momento mismo, sin pausa alguna de recogimiento ni de silencio. Todas sus admiraciones son sinceras, pero hay casos en que no lo parecen. Su misma rapidez de comprensión era el mayor enemigo de su talento crítico y de su profundidad filosófica. Como realmente

veía bien las cosas en el primer momento, no solía pasar de esta superficial consideración, y cuando llegaba más adentro era por un prodigioso instinto de adivinación, del que ella propia no se daba cuenta, y del que hay en su libro de *Alemania* ejemplos que verdaderamente suspenden y maravillan. Por otra parte, la educación social había desarrollado en ella grandemente la aptitud para todas las delicadezas del análisis psicológico, y como al mismo tiempo era mujer vehemente y apasionadísima, esta mezcla de psicología y de pasión da á sus novelas un interés tan penetrante, que apenas deja percibir lo mucho que las falta bajo el concepto imaginativo. Y, sin embargo, basta comparar *Delfina* con *Julia*, para comprender que Rousseau era artista (sea cualquiera el juicio que formemos de su arte) y que Mad. de Staël no lo era, aunque fuese una inteligencia cien veces más abierta y más simpática que su detestable modelo.

Pero, artista ó no, Mad. de Staël fué una gran iniciadora, y si no llegó á la tierra de promisión, á lo menos alcanzó á verla desde la montaña. Es fácil reirse hoy de su turbante, de su rama de laurel y de sus viajes de *sultana del pensamiento*. Enrique Heine escribió sobre esto algunas de sus mejores páginas. Cada época tiene sus ridiculeces, y no serán pequeñas las que en nosotros descubran los venideros. Es cierto que el tipo del hombre de letras durante el primer tercio de nuestro siglo adoleció constantemente de cierta afectación y falsedad, de cierta *pose* y aparato teatral, que en Chateaubriand, en Byron y en otros muchos llega á ser intolerable. No sostendremos que Mad. de Staël estuviese enteramente inmune de tal artificio, que aspiraba á convertir la vida en una representación amañada para el efecto; pero dentro de su época, puede sostenerse que tuvo sinceridad

y sencillez relativas. Á esto contribuyó la elevación de su pensamiento político y la firmeza de sus aspiraciones sociales. Ellas le dictaron su tratado *De la literatura* (1800), que pertenece más bien á la filosofía de la historia que á la preceptiva literaria; pero que en esta misma hizo una verdadera revolución, siendo en rigor el primer libro crítico que en Francia se escribió con espíritu moderno, y la primera aplicación sistemática del principio de perfectibilidad, vislumbrado por Perrault en el siglo XVII y definitivamente formulado por Condorcet en su famosa *Esquisse,* que estaba en el apogeo de su celebridad cuando Mad. de Staël tomó la pluma para examinar cuál ha sido la influencia de la religión, de las costumbres y de las leyes en la literatura, y recíprocamente cómo ha influido la literatura en la religión, en las leyes y en las costumbres. No se trata, por consiguiente, de una poética nueva, sino de un ensayo de explicación de las causas morales y políticas que modifican el espíritu literario. Este punto de vista de Mad. de Staël no debe olvidarse nunca, si hemos de comprender el verdadero carácter de su libro, que sólo toca al arte de un modo secundario, y sólo influyó en el romanticismo por un camino indirecto. Chateaubriand y Víctor Hugo eran poetas, y procedieron por motivos principalmente estéticos : Mad. de Staël no lo era, y procedió por motivos principalmente sociales. Después de las catástrofes de la Revolución francesa, quiso llamar los espíritus á una nueva literatura que respondiese á un estado social en gran parte nuevo, y formuló, aunque de un modo vago, el programa de esta literatura republicana, que en rigor no llegó á existir, por haberse sobrepuesto á ella el movimiento de reacción cristiana y caballeresca, que Mad. de Staël no contrarió, pero que tampoco favoreció plena-

mente. Su espíritu flotaba entre los nuevos ideales y las reminiscencias del siglo XVIII. Éstas predominan en el libro *De la literatura:* los otros, en el libro de *Alemania*. Pero aun en el primero hay muchas cosas que ningún hombre del siglo pasado hubiera escrito. El siglo XVIII creyó en el progreso científico, y hasta soñó con la posibilidad de eternizar la vida, no ya la colectiva, sino hasta la individual; pero no creyó en el progreso artístico, y respetó los que tenía, bien ó mal, por tipos inmutables del arte. Mad. de Staël da un paso más é intenta explicar «cómo las facultades humanas se han desarrollado gradualmente merced á las obras maestras de todo género que se han compuesto desde Homero hasta nuestros días»; «dar cuenta de la marcha lenta, pero continua, del espíritu humano en la filosofía y de sus triunfos rápidos, pero interrumpidos, en las artes». El don poético no se considera ya como exclusivo de ciertas épocas y razas privilegiadas, sino como don universal del género humano, y con esto solo, el horizonte de la consideración crítica se ensancha hasta convertir la antigua literatura preceptiva en ciencia de las literaturas comparadas y en rama principalísima de la historia. «Observando las diferencias características que se notan entre los escritos de los italianos, de los ingleses, de los alemanes y de los franceses, creo poder demostrar (dice Mad. de Staël) que las instituciones políticas y religiosas han tenido la mayor parte en estas diversidades constantes.» Todo esto nos parece hoy un lugar común, que de puro evidente resulta superfluo, pero en 1800 era novísimo: sólo nuestros jesuítas Andrés y Arteaga lo habían formulado claramente; pero es sabido que los libros españoles no tenían ni tienen eco alguno en Francia.

Hay en la *Literatura* de Mad. de Staël una parte que

pudiéramos decir *parenética* ó exhortatoria al estudio de las letras por sus relaciones con la virtud, con la gloria, con la libertad y con la dicha humana; otra parte histórica que comprende un rápido análisis moral y filosófico de las literaturas griega y latina, algunas consideraciones elevadas, y para entonces poco vulgares, sobre el establecimiento de la religión cristiana, sobre la invasión de los pueblos del Norte, y sobre el Renacimiento; algunos juicios extraordinariamente superficiales sobre las literaturas italiana, inglesa, alemana y francesa; y, por último, una parte que pudiéramos decir hipotética ó conjetural sobre la literatura del porvenir, sobre «lo que deben ser y serán las letras, si algún día poseemos la moral y la libertad republicana». No se olvide que esta obra fué pensada y escrita en tiempo del Directorio.

La parte histórica no tiene de notable más que el intento. «Mostrar el carácter que tal ó cuál forma de gobierno imprime á la elocuencia, las ideas de moral que las diversas creencias religiosas desarrollan en el espíritu humano, los efectos de imaginación que produce la credulidad popular, las bellezas poéticas que dependen del clima, el grado de civilización más favorable al apogeo ó á la perfección de la literatura, los diferentes cambios que ha introducido el modo de vivir, y la condición social de las mujeres antes y después del establecimiento del Cristianismo, en suma, *el progreso universal de las luces por el simple efecto de la sucesión de los tiempos*», era, sin duda, un plan grandioso y hasta cierto punto nuevo (1); pero Mad. de Staël no tenía fuerzas ni preparación suficiente para realizarle. No sabía griego y sabía muy poco latín; no podía juzgar de las literatu-

(1) Salvo el ejemplo del insigne Jesuíta español, autor *Dell'Origine, Progressi ed stato attuale d'ogni letteratura.*

ras antiguas, sino muy imperfectamente y de segunda mano. De las lenguas modernas sólo conocía en aquella fecha el inglés, y sólo de los ingleses y de los franceses habló con verdadero conocimiento de causa y penetración de sus peculiares condiciones. Pero sería ridículo juzgar la obra de Mad. de Staël como un libro de erudición; Mad. de Staël leía poco, escribía de prisa, y recibía casi todas sus ideas por medio de la conversación; lo extraño es que no cayera en errores todavía más graves. Muchos de los que cometió, ya fueron notados por los críticos de su tiempo. Fauriel, que estaba más adelantado que ninguno de ellos, y que había leído los *Prolegómenos* de Wolf, se admiró de que la egregia escritora comenzase admitiendo sin la menor duda ni discusión la personalidad de Homero, y que descartase con tanto desenfado todas las gravísimas cuestiones relativas al origen de las sociedades y á la formación de las lenguas.

No digamos nada de la preferencia dada á los latinos sobre los griegos bajo el aspecto *filosófico,* que ciertamente parece el más inesperado aspecto tratándose del genio romano. Mad. de Staël tuvo siempre una noción bastante confusa de lo que es filosofía, y además la idea de la *perfectibilidad* la extraviaba como á tantos otros, llevándola á violentar los hechos para encontrar la confirmación de su sistema en todas partes. Procedía en esto con toda la intrepidez de su juvenil ignorancia. «Sócrates y *Platón* se ocuparon *únicamente* en los preceptos de la virtud; Aristóteles hizo dar un paso inverso á la ciencia del análisis.» Esto es todo lo que dice del desarrollo filosófico de los griegos, que, según ella, es *muy fácil de seguir*. Los griegos eran «cabezas ardorosas, en que todo se confundía : los placeres, la voluntad de los dioses, los deberes del hombre....; entendían por virtud el

arte de triunfar en las carreras de los juegos olímpicos.... Todo les apartaba de la meditación...., *tenían pocas ideas filosóficas*». Las tragedias griegas le parecen muy inferiores á las modernas, porque «el talento dramático consiste en el profundo conocimiento de las pasiones, y bajo esta relación la tragedia ha debido seguir los progresos del espíritu humano». No hablemos de la comedia : «aunque un Molière hubiera vivido en Atenas, no habría podido adivinarla». Aristófanes «no tenía el instinto de las *conveniencias* que hay que observar (en la *rue du Bac,* sin duda); reproducía algunos chistes populares, algunos contrastes de invención común y de expresión grosera». Los filósofos griegos no son más que «oradores elocuentes sobre ideas abstractas». Sin duda las ideas abstractas no pertenecen á la filosofía : en esto Mad. de Staël era todavía hija del siglo XVIII. «La Metafísica que no tiene los hechos por base ni el método por guía, es lo más *fatigoso* que se puede estudiar.» Plutarco resulta colocado sobre todos los historiadores griegos por la circunstancia de ser el último y de pertenecer á *una edad más avanzada del espíritu humáno*. Con extraordinaria sorpresa aprende uno que «la literatura latina es la única que ha empezado por la *filosofía*». Mad. de Staël va convirtiendo sucesivamente en filósofos y en pensadores á todos los poetas latinos, incluso Ovidio. La idea de la *perfectibilidad* tiene que cumplirse á todo trance : «hay más ideas delicadas y *nuevas* en el tratado de Quintiliano sobre el arte oratorio que en los escritos de Cicerón sobre el mismo asunto». «Yo pienso (dice malignamente Villemain) que Mad. de Staël había gastado poco tiempo en leer á Quintiliano.»

La misma petulante ligereza en materia de literatura moderna. Los italianos «no son ni moralistas ni filóso-

fos». En España «el poder real y la superstición han ahogado todos los géneros de gloria, y no han dejado al pensamiento ningún medio de librarse de su yugo». Con esto se libra Mad. de Staël de estudiar ni á los italianos ni á los españoles. Todo lo que sabe del poema de Camoens, es que «hay en él un fantasma que prohibe la entrada en el mar de las Indias». Otras afirmaciones ni siquiera se entienden. «Italia sacó de España el género oriental, que los moros habían introducido y que desdeñaban los españoles.» Por supuesto, Mad. de Staël cree en el falso Ossián con todas las potencias de su alma: le pone enfrente de Homero, y hace descender de ese fantasma toda la literatura del Norte. No hablaremos de la literatura alemana, porque en esta parte Mad. de Staël corrigió más tarde brillantemente todos sus yerros. En 1800 podía escribir impunemente que « el libro por excelencia que poseen los alemanes, es *Werther*». Era, en efecto, el único que ella conocía, y ningún francés estaba más adelantado.

Si sólo esto contuviera el libro *De la literatura,* razón habría para dejarle á un lado como obra de una *bas bleu* insustancial y pedante, pero tal sentencia parecerá el colmo de la injusticia á quien fije la atención en la parte dogmática del libro, en lo que Mad. de Staël puso de su propio fondo. Tal es, por ejemplo, la ingeniosa distinción que, para justificar de algún modo su teoría del progreso artístico, hace entre la poesía de imágenes y la poesía de sentimientos, considerando la primera como más propia de las edades primitivas y de la fantasía espontánea. Pero nada tan digno de alabanza como la valentía y el alto espíritu con que Mad. de Staël emprende, en nombre de la ley del progreso, la rehabilitación histórica de la Edad Media, rompiendo en esta parte

antes que nadie con la tradición del siglo XVIII. «Hay en la historia más de diez siglos durante los cuales se cree generalmente que el espíritu humano ha retrocedido. Sería una fuerte objeción contra la ley del progreso el que por tan largo curso de años hubiera vuelto hacia atrás la grande obra de la perfección humana; pero esta objeción, que yo miraría como irrefutable si estuviese fundada en hechos, puede refutarse de una manera sencilla. Yo no pienso que la especie humana haya sufrido retroceso durante esa época: creo, por el contrario, que en esos diez siglos se han dado inmensos pasos para la propagación de las luces y para el desarrollo de las facultades intelectuales. Nuevos pueblos han entrado á disfrutar de los beneficios del orden social. La invasión de los bárbaros fué sin duda una gran desdicha para las naciones contemporáneas de esta revolución; pero las luces se propagaron por virtud de este mismo acaecimiento». Y prosigue Mad. de Staël haciendo la apología del Cristrianismo, «que era indispensablemente necesario para la civilización y para la mezcla de las razas del Norte con las del Mediodía, y que además desarrolló las facultades del espíritu educándole para las ciencias, la metafísica y la moral». De este modo Mad. de Staël volvía contra sus maestros los enciclopedistas el arma de su propia teoría progresiva, dando el primer modelo de esas síntesis históricas brillantes y animadas que tanto abundaron después, y en las cuales el individualismo de los pueblos del Norte, la exaltación mística, el espíritu caballeresco, la destrucción de la esclavitud, el ennoblecimiento de la condición de la mujer, son elementos esenciales, y á la verdad un tanto manoseados. Pero cuando se los encuentra en Mad. de Staël, en Chateaubriand, en Guizot ó en Balmes, el efecto es muy diverso, y se siente aquel género de fres-

cura que acompaña siempre á la primitiva invención.

Mad. de Staël no era todavía cristiana en aquella fecha, pero había roto ya con una parte considerable de las preocupaciones del siglo en que nació, y comenzaba á experimentar aquella sed de lo ideal, que tanto ennobleció su vida; aquella tendencia melancólica, que aun en medio del torbellino del mundo iba cada vez encontrando más lugar en su espíritu. «La tristeza (decía en este mismo libro) me hace penetrar más adentro en el carácter y en el destino del hombre que ninguna otra disposición del alma.» De aquí su predilección por la poesía del Norte y el empeño que puso en contraponerla á la del Mediodía en una serie de antítesis, que, como todas las de su clase, ni son enteramente falsas ni enteramente verdaderas tampoco, que es el gran escollo de las generalidades históricas, y lo que á la larga las hace tan inútiles. Pero lo que conviene notar sobre todo es el estado de espíritu de Mad. de Staël, que iba á ser pronto el de toda la literatura romántica. «Lo más grande que el hombre ha hecho lo debe al sentimiento doloroso de lo incompleto de su destino.»

Nadie hasta entonces había hablado en francés sobre las tragedias de Shakespeare con tanto entusiasmo y tanto conocimiento de causa como Mad. de Staël. Sus observaciones son rápidas, pero casi siempre exactas y alguna vez profundas. Es el trozo más elocuente y acabado de su libro, y tiene, además, capital importancia por su fecha. Desde entonces pudo decirse que la crítica de Voltaire estaba vencida para siempre. Mad. de Staël se atreve ya á elogiar esas «bellezas atrevidas que no caben dentro de las severas reglas de la tragedia francesa». Para ella Shakespeare es el primer escritor que ha pintado el dolor moral en su más alto grado; el primero que ha interpre-

tado el misterioso lenguaje de la locura, trazando «el más bello cuadro de la naturaleza moral, cuando la tempestad de la vida sobrepuja sus fuerzas»; el primero que ha representado bajo todos sus aspectos «la extraña mezcla de movimientos físicos y de reflexiones morales que infunde en nosotros la proximidad de la muerte, sentimiento que los antiguos, ó por religión ó por estoicismo, rara vez desarrollaban». Sólo él ha sabido hacer teatral la compasión, sin mezcla de admiración por el que padece; la compasión por todos los seres, aun los más insignificantes, aun los más viles y despreciables. Hasta cuando nos presenta personajes cuyo destino ha sido ilustre, nos interesa en virtud de sentimientos que son meramente naturales. «Las lágrimas que nosotros los franceses concedemos á los sublimes caracteres de nuestras tragedias, el autor inglés las hace correr por el dolor oscuro y desdeñado, por esa serie de infortunios que no se pueden entender en Shakespeare sin saber algo de ellos por la misma experiencia de la vida.... ¡Y qué energía en el terror! Pudiera decirse del crimen pintado por Shakespeare lo que la Biblia dice de la muerte, que es *la reina de todos los espantos!*.... Las profundidades del crimen se abren á los ojos de Shakespeare y sabe descender al Ténaro para observar los tormentos.»

Esta clara comprensión del genio inglés brilla también en el capítulo dedicado á los *humoristas*. Mad. de Staël fué la primera que hizo entrar este vocablo en la lengua de la crítica francesa, é intentó caracterizar el *humour* tal como aparece en los escritos de Fielding, de Swift y de Sterne. Son notables sus consideraciones sobre el carácter particular de la imaginación poética de los ingleses.

¿Qué consecuencias van á salir de aquí aplicadas á

la literatura francesa? Ante todo, Mad. de Staël admira poco el siglo de Luis XIV, salvo bajo el aspecto de la corrección literaria. En cuanto al movimiento de las ideas, le encuentra muy inferior al siglo XVIII. «Por todas partes estaba limitado el horizonte del pensamiento: no se podía seguir una idea en todos sus desarrollos, ni se toleraba ningún análisis en cierto orden de opiniones.... La literatura no podía ser una potencia filosófica, porque era un rey absoluto el que la protegía.... Esta literatura, sin otro fin que los placeres del espíritu, no podía tener la energía de la que ha acabado por derribar el trono.»

¡Siempre la preocupación del fin social sobreponiéndose en Mad. de Staël á la pura consideración del arte! No por otra razón admira todavía las tragedias de Voltaire, tan llenas de fastidiosas sentencias, y habla, por el contrario, de Racine con sequedad notable. Pero esa misma preocupación la hace ver con claridad suma los fenómenos políticos que influyen más ó menos en la transformación literaria. Comprende que la introducción de una nueva clase en el gobierno de Francia ha de producir un efecto algo semejante al de las invasiones bárbaras. «Esta revolución puede á la larga llamar á la civilización una masa mayor de hombres; pero, por muchos años, la vulgaridad del lenguaje, de las maneras, de las opiniones, debe hacer retrogradar, bajo muchos aspectos, el gusto y la razón.» Pero Mad. de Staël tiene fe inquebrantable en su doctrina del progreso. «El espíritu humano, privado de porvenir, caería en la degradación más miserable.» Espera, pues, una evolución en las letras, pero, entendámoslo bien, una *evolución*, no una *revolución* del gusto. «Las delicadezas exageradas de algunas sociedades del antiguo régimen, nada tienen que ver con los

verdaderos principios del gusto, que son siempre conformes á la razón; *pero se pueden destruir algunas leyes convencionales.*» Lo que Mad. de Staël recela, sobre todo, con su delicado instinto aristocrático, que tanto contrasta con el fervor republicano que entonces afectaba, es la invasión de la vulgaridad, de la grosería y de la audacia. « Una sencillez noble debe caracterizar, en la república, los discursos, los escritos y las maneras.... La nación francesa estaba en algunas cosas demasiado civilizada : sus instituciones, sus hábitos sociales se habían sobrepuesto en demasía á los afectos de la naturaleza.... Lo que Licurgo había producido con sus leyes en favor del espíritu republicano, la monarquía francesa lo había operado por el imperio de la preocupación y de la vanidad. El hombre no vivía más que para hacer efecto. La aplicación constante del espíritu á cosas frívolas, la necesidad del éxito, el temor de desagradar, alteraban ó exageraban muchas veces los verdaderos principios del gusto natural; había el gusto de un día, el gusto de una clase, y, finalmente, el gusto que debía nacer del espíritu general creado por semejantes relaciones. El despotismo de la opinión podía dañar al verdadero talento. Esa especie de gusto, más afeminado que delicado, que se ofende de todo ensayo nuevo, de toda disonancia, de toda expresión enérgica, contenía el arranque de las almas. La sociedad en Francia había creado esa tiranía del ridículo, que el hombre más superior no se hubiera atrevido á arrostrar. Es preciso, para dar á los escritos más elevación y á los caracteres más energía, no someter el gusto á los hábitos elegantes y refinados de las sociedades aristocráticas; tal despotismo traería graves inconvenientes para la igualdad política, y aun para la alta literatura. Pero el mal gusto llevado hasta la grosería, ¡cuán contrario también á la

gloria literaria, á la moral, á la libertad, á todo lo que puede existir de bueno y de elevado en las relaciones de los hombres entre sí! El mal gusto, tal como le hemos visto dominar durante algunos años de la revolución, no sólo es perjudicial á las relaciones de la sociedad y de la literatura, sino que ataca á la moral misma.... El buen gusto debe ejercer una verdadera influencia política.»

Mad. de Staël espera de la literatura republicana bellezas más enérgicas, un cuadro más filosófico y más desgarrador de los grandes acontecimientos de la vida. Rechaza toda aquella poesía cínica, frívola y licenciosa que afrentaba la época del Directorio. «Los preceptos del gusto en su aplicación á la literatura republicana son de una naturaleza más sencilla, pero no menos rigurosa que los preceptos del gusto adoptados por los escritores del siglo de Luis XIV. En una república, el gusto no puede consistir más que en el conocimiento perfecto de todas las relaciones verdaderas, eternas y profundas de las cosas. La libertad es un estado serio.»

Pero todo esto y lo demás que Mad. de Staël consigna sobre la *emulación* propia de los gobiernos democráticos, en contraste con la *protección* de los gobiernos absolutos; sobre la influencia de las mujeres que cultivan las letras, etc., etc., son consideraciones que apenas trascienden del orden moral. Busca uno el programa estético, y no parece. Dudamos mucho de que Mad. de Staël hubiera podido explanarle, porque nunca tuvo el sentimiento de la forma. Aun en el mismo Shakespeare, lo que admira principalmente son bellezas psicológicas y morales. Su primitiva concepción del arte era bastante prosaica. «El *espíritu filosófico que generaliza las ideas y el sistema de igualdad política,* deben dar carácter nuevo á nuestras tragedias. No se ha de imitar la *irre-*

gularidad y la incoherencia de las piezas inglesas y alemanas, sino crear un género nuevo.» Pero, ¿qué género es éste? Mad. de Staël habla mucho de sus efectos cívicos, pero no le define nunca, y sólo indica con la mayor vaguedad posible que puede ser «un género intermedio entre la naturaleza de convención que representan los poetas franceses, y los defectos de gusto de los escritores del Norte». Lo único que se saca en claro es la proscripción de la mitología, «que no es para los modernos ni invención ni sentimiento». «Esas formas poéticas, tomadas del paganismo, no son para nosotros más que imitación de imitaciones: es pintar la naturaleza conforme á la impresión que ha hecho en el espíritu de otros hombres. Cuando los antiguos personificaban el amor y la belleza, hacían su idea más sensible, la animaban á los ojos de los hombres que aún no tenían más que una idea confusa de sus propias sensaciones. Pero los modernos han observado los movimientos del alma con tal penetración que les basta saber pintarlos para ser elocuentes y apasionados, y si adoptasen las ficciones anteriores á este profundo conocimiento del hombre y de la naturaleza, quitarían á sus cuadros la energía y la verdad.» No es ocasión la presente de tratar despacio la grave y complexa cuestión de la mitología en el arte, que tan de plano resolvieron los románticos; pero, ¿no son una muestra del espíritu anti-poético de Mad. de Staël las razones que alega en pro de su doctrina? Condenar la mitología en nombre de lo maravilloso cristiano, como hizo Chateaubriand, es una doctrina estética. Condenarla, como lo hace Mad. de Staël, fundándose en los progresos de las ciencias naturales y de la filosofía moral, es desquiciar la cuestión, es negar los derechos de la fantasía en nombre del método científico, que nada tiene que ver con ella. En esta parte,

Mad. de Staël fué aliada del romanticismo, pero lo fué por razones que nada tenían del espíritu romántico, sino que descendían en línea recta de la prosaica y mecánica filosofía del siglo XVIII, y hasta, si se quiere, tenían sus raíces en el antiguo cartesianismo. En todas sus obras críticas, Mad. de Staël exalta el sentimiento, pero rebaja y deprime la imaginación, que es la facultad poética y romántica por excelencia, la única facultad verdaderamente *desinteresada* de cuantas intervienen en la creación artística. «La imaginación en nuestro siglo (dice) no puede llamar en su auxilio ninguna ilusión : puede exaltar los sentimientos verdaderos, pero es necesario siempre que la razón apruebe y comprenda lo que el entusiasmo hace amar.... Una progresión constante en las ideas, un fin de *utilidad* debe dominar en todas las obras de imaginación.... Es preciso *analizar* al hombre y *perfeccionarle*. Las novelas, la poesía, las piezas dramáticas, y todos los escritos que parecen no tener otro objeto que interesar, no pueden conseguir este objeto mismo, si no llevan una *intención filosófica*.»

Escribiendo tales cosas un año antes de la aparición triunfal de Chateaubriand ; exaltando todavía como tipos de poesía descriptiva á Delille, Saint-Lambert y Fontanes; llegando á proscribir de la poesía lo maravilloso, que ella quiere sustituir con el encadenamiento de los fenómenos naturales, Mad. de Staël no salía del círculo tradicional de la poesía *razonable* y *sensata*. Su doctrina podía ser aceptada sin escrúpulos por los áridos y honrados ideólogos que se reunían en casa de la viuda de Condorcet, los Destutt-Tracy, los Cabanis, los Volney, los Guinguené, los Daunou, representantes de aquella literatura *republicana* que Mad. de Staël presentaba como la literatura del porvenir, y cuya fórmula quizá

puede encerrarse en estas palabras suyas : «convertir la literatura en auxiliar de las ideas morales y políticas, en vez de convertir las ideas morales y políticas en auxiliares de la literatura». La literatura, por consiguiente, venía á ser en este sistema un instrumento de razón y de análisis. Era la misma doctrina que Daunou había proclamado en su discurso inaugural del Instituto Francés (4 de Abril de 1796) (1), y todavía Daunou comprendía el genio literario mejor que Mad. de Staël, cuando con admirable felicidad de expresión recordaba que «aun en las ciencias más severas, ninguna verdad ha brotado de los genios de los Arquímedes y de los Newton sin una emoción poética y una especie de estremecimiento de toda la naturaleza inteligente». Pero en sustancia, el arte tampoco tenía para él más función propia que servir de vehículo á las verdades morales y prestarles su calor, sacándolas de la generalidad abstracta.

Es cierto, pues, que á Mad. de Staël, precisamente porque no tenía alma de poeta, le faltó, como ha reconocido el mismo Sainte-Beuve, tan indulgente con ella, el sentimiento vivo del poder de la imaginación, única fuente que podía regenerar el arte. Por eso su libro de *La literatura* fué estéril en resultados literarios, y Chateaubriand triunfó de él sin grande esfuerzo, porque el cristianismo es fuente poética aun á los ojos del incrédulo más empedernido, y la teoría de la perfectibilidad no lo es : puede inspirar páginas elocuentes y síntesis deslumbradoras, pero no engendrará nunca la verdadera emoción estética. Si la revolución literaria hubiese tenido por código el tratado de Mad. de Staël y no *El Genio del Cristianismo,* hubieran llegado á ser una realidad estas palabras

(1) Sainte-Beuve : *Chateaubriand et son groupe,* I, 55.

que la hija de Necker estampaba al fin de su libro : «La poesía de imaginación no hará ya progresos en Francia : se pondrán en verso ideas filosóficas ó sentimientos apasionados, pero el espíritu humano ha llegado en nuestro siglo á un grado tal de madurez, que no permite ni las ilusiones ni el entusiasmo que crean cuadros y fábulas propios para halagar y dominar los espíritus».

De la propia Mad. de Staël decía su amigo Chênedollé que se había pasado diez años delante de los Alpes, sin que se le ocurriera una sola imagen, y por cierto que estas palabras suyas no lo desmienten. Pero sería injusto creer que toda su doctrina está contenida en ese primer libro tan lleno del espíritu del siglo XVIII. Su inteligencia, esencialmente flexible, y abierta á todo rumor nuevo, no dejó de transformarse ni un día sólo hasta su prematura muerte, acaecida en 1817. Aun en el estilo ganó mucho. Su obra *De la literatura* está escrita con singular monotonía, en medio de la variedad de los asuntos, y con notable abuso de expresiones metafísicas y abstractas. Estos defectos desaparecen ó son más raros en *Corina* y en el libro de la *Alemania,* y mucho más todavía en sus escritos póstumos de política, que son lo más clásico y magistral que trazó su pluma.

El mismo progreso se nota en sus ideas literarias. En el prefacio de *Delfina,* novela publicada en 1802, está ya en germen el libro *De Alemania:* «Sólo después de Voltaire se hace justicia en Francia á la admirable literatura de los ingleses ; será preciso también que un hombre de genio se enriquezca alguna vez con la fecunda originalidad de algunos escritores alemanes, para que los franceses se persuadan de que hay obras de aquella nación en que las ideas son profundas y los sentimientos están expresados con una energía completamente nueva.... El

gran defecto de que nuestra literatura está amenazada ahora, es la esterilidad, la frialdad y la monotonía : el estudio de las obras perfectas , y generalmente conocidas, que poseemos, enseña lo que debemos evitar, pero no inspira nada nuevo, al paso que leyendo los escritos de una nación cuya manera de sentir y de ver difiere profundamente de la de los franceses, el espíritu se excita con nuevas combinaciones , la imaginación se anima con los mismos atrevimientos que condena, tanto como con los que aprueba; y se podría conseguir que el gusto francés, quizá el más puro de todos, adoptase bellezas originales que darían á la literatura del siglo XIX carácter propio. Son grande obstáculo para el desarrollo futuro de las letras francesas las preocupaciones nacionales que impiden á los franceses estudiar nada, más que á sí mismos».

El cosmopolitismo ó exotismo literario, la tendencia á renovar el gusto mediante la imitación de las bellezas nacidas en otras regiones, da un paso más en *Corina* (1807). Hemos indicado ya el punto flaco de este libro, que, por otra parte, los franceses mismos no disimulan. «La Roma de Mad. de Staël, ha dicho Ampère (1), está *pensada* más bien que *vista*.» La vida intelectual y la vida del sentimiento eran tan activas y poderosas en la ilustre escritora, que no la dejaban el ánimo libre para reproducir fielmente las realidades exteriores, ya fuesen de la naturaleza, ya del arte. Pero en lo puramente literario comienza á notarse la influencia de los Schlegel, como en la parte artística la influencia de Winckelmann. Hasta de nuestra literatura parece haber adquirido ya algún conocimiento, si bien en traducciones alemanas; puesto que en una nota cita *El Príncipe Constante*, de

(1) *La Grèce, Rome et Dante*, pág. 202.

Calderón, y observa profundamente que la poesía calderoniana logra singulares bellezas mediante una especial consideración del universo en su relación con el destino humano.

Esta fué la gloria mayor de Mad. de Staël: el haber abierto las puertas de Francia á lo que Goethe en sus últimos años llamaba con altas palabras *literatura del mundo (die Welt-Literatur)*. La *Alemania* (1813), ha quedado anticuada en muchas de sus partes, pero esto mismo prueba toda la intensidad de su acción y la eficacia de su triunfo. Antes de ella, ningún francés había llegado á penetrar, ni superficialmente siquiera, en el pensamiento germánico, salvo el emigrado Villers, autor de un resumen muy seco y muy olvidado de la filosofía kantiana. La *Alemania* es mucho más que esto; es un cuadro completo y generalmente fiel de los grandes días de Weimar, de los días de Schiller y de Goethe. Mad. de Staël oyó á estos grandes hombres, los vió de cerca, sorprendió el momento decisivo de su obra, y pudo contarla, rápida y superficialmente sin duda, pero con toda la simpatía y generoso entusiasmo del momento, con una primera frescura y viveza de impresión, que no se paga con nada. ¡Qué cúmulo de obras maestras reveladas á los franceses en un momento! *Walstein* y *María Stuarda, Guillermo Tell* y *La Novia de Mesina, Goetz de Berlichingen* y *Egmont, Ifigenia* y *Fausto,* cien baladas y *lieder,* las obras críticas de Lessing, de Herder, de los dos Schlegel, todo se encontraba, ó analizado ó indicado en aquellas páginas, donde también quedó el reflejo de admiraciones contemporáneas que la posteridad no ha sancionado, la del iluminado y excéntrico dramaturgo Zacarías Werner, por ejemplo. Mucho más débil era la parte de filosofía, resultando comprobado una vez más que la metafísica no se toma por asalto ni se adquiere

por el cómodo procedimiento del *interview*. Mad. de Staël podía comprender á lo sumo las consecuencias morales de los sistemas, porque tenía instinto y vocación de moralista; pero aun en esta parte erró muchas veces, por no entender que toda moral desciende rigurosamente de una filosofía especulativa ó de una teología, y que sólo en ella puede tener su razón y fundamento. Schelling se llenó de asombro al oir á la intrépida viajera preguntarle por su ética, sin querer enterarse previamente de su metafísica. Por otro lado, como los alemanes que rodeaban á Mad. de Staël pertenecían todos, cuál más, cuál menos, á la fracción mística y romántica de los Jacobi y de los Schlegel, resultó falseado el espíritu general de la cultura germánica en el libro de Mad. de Staël, que es una especie de idilio, un paraíso sin serpiente, puesto que ni las consecuencias disolventes de la filosofía critica, ni el neo-paganismo de Goethe, ni el panteismo psicológico de Fichte, ni el panteismo naturalista de Schelling, bastan á turbar el inquebrantable optimismo de la autora, que no acierta á ver por todas partes más que efusiones sentimentales, virtudes domésticas y aspiraciones al ideal cristiano. Hay, además, en el libro una intención política del momento, que desvirtúa su valor como testimonio histórico, una intención secreta algo parecida á la que muchos suponen en la *Germania* de Tácito, es decir, un contraste entre la virtud y el espiritualismo de los alemanes y la corrupción y materialismo de los franceses. Mad. de Staël, desterrada por Napoleón y perseguida con encarnizamiento hasta el punto de prohibírsela en 1810 la impresión de este libro suyo (que sólo pudo verificarse en Londres tres años más adelante), proseguía su campaña de oposición al Imperio, bajo la sombra de los artistas y de los pensadores alemanes. El motivo oca-

sional de la obra era ciertamente inferior á la grandeza de su asunto. La política de Napoleón nada tenía que ver con la *Crítica de la razón pura* ni con el arte de Goethe. Pero tampoco hemos de extremar esta consideración ni ver en la *Alemania* un escrito de circunstancias únicamente. Es verdad que las circunstancias le ayudaron, y que no fué pequeña fortuna para este libro de iniciación aparecer precisamente en los días en que el despotismo napoleónico, sublevando contra sí la Europa entera, había despertado por reacción el sentimiento y la conciencia de las nacionalidades, con lo cual tarde ó temprano habían de ir levantando la cabeza todas las lenguas desdeñadas, y habían de volver á sonar por todos los ámbitos de la tierra aquellas voces de los pueblos, *stimmen der völker,* que comenzaba á escuchar el inspirado y profético Herder. Tal impulso fué necesario para que el espíritu de Mad. de Staël, preparado por el aprendizaje de diez años de destierro, acabara por emanciparse de la dura tutela del análisis ideológico, y comenzara á respirar en una atmósfera poética. Aquella vaga oposición entre las literaturas del Norte y del Mediodía, que apunta en su primer libro, se aclara en este postrero, ó, por mejor decir, se formula en sus verdaderos términos, los que ya en Alemania admitía universalmente la crítica : *poesía clásica* y *poesía romántica,* entendiendo por este último nombre «la que ha nacido de la caballería y del cristianismo». Mad. de Staël no se atreve á decidir cuál de los dos géneros merece la preferencia, pero trata de mostrar que estas dos capitales direcciones del gusto y del arte no han nacido por accidente, sino que se derivan de las fuentes primeras de la imaginación y del pensamiento. La determinación de estas fuentes es débil y vaga, pero Mad. de Staël no disimula sus simpatías ro-

mánticas. «La cuestión para nosotros (dice) no está entre la poesía clásica y la poesía romántica, sino entre la imitación de la una y la inspiración de la otra. La literatura de los antiguos es, entre los modernos, una literatura trasplantada: la literatura romántica ó caballeresca es, entre nosotros, indígena, y ha brotado de nuestra religión y de nuestras instituciones. La poesía francesa, por lo mismo que ha pretendido ser más clásica que ninguna otra de las modernas, es la única que no ha llegado á ser popular. Los gondoleros de Venecia cantan las estancias del Tasso; los españoles y portugueses de todas clases saben de memoria los versos de Calderón y de Camoens; Shakespeare es tan admirado en Inglaterra por el pueblo como por las clases superiores. Muchas poesías de Goethe y de Bürger se han puesto en música, y las oiréis repetir desde las orillas del Rhin hasta el Báltico. En cuanto á nuestros poetas franceses, es cierto que los admiran todos los hombres cultos en nuestro país y en el resto de Europa, pero son del todo desconocidos para las gentes del pueblo, y aun para los mismos habitantes de las grandes ciudades, porque las artes no son en Francia, como en otros países, naturales del mismo suelo donde sus bellezas se desarrollan.... La literatura romántica es la única que todavía admite perfección, porque teniendo sus raíces en nuestro propio suelo, es también la única que puede crecer y vivificarse de nuevo: expresa nuestra religión; recuerda nuestra historia; su origen es antiguo, pero no es clásico. La poesía clásica, para llegar á nosotros, tiene que pasar por los recuerdos del paganismo: la poesía de los germanos es la Era Cristiana de las Bellas Artes, se sirve de nuestras impresiones personales para conmovernos; el genio que la inspira se dirige inmediatamente á nuestro corazón, y parece evocar nues-

tra misma vida como un fantasma, el más poderoso y terrible de todos (1).»

Parece inútil encarecer la importancia histórica de esta página. Con ella comienza una nueva era. Chateaubriand, que tenía la imaginación mucho más romántica que Mad. de Staël, no tiene en ninguna de sus obras una profesión de romanticismo tan franca y explícita como ésta, y recuérdese que fué escrita diez y siete años antes del prefacio de *Cromwell*. Para Alemania no tenía novedad alguna. Desde 1804 había escrito Juan Pablo la teoría de su propio romanticismo *(Vorschule der Æsthetik)*: en 1808 había expuesto Guillermo Schlegel en Viena la misma distinción aplicada al teatro. Pero tales ideas debían de ser tan refractarias al espíritu francés, que no es pequeña gloria en Mad. de Staël haberlas aceptado antes que nadie, teniendo que vencer para ello sus propias preocupaciones. Ella misma nos cuenta que en el salón de la duquesa de Weimar sostuvo polémica con Schiller, en defensa del sistema dramático francés y de la regla de las unidades. Tardó mucho en convencerse, y todavía en este mismo libro de *Alemania* quedan vestigios de contradicción. Schiller la guardó cierto rencor, aunque había comprendido perfectamente las cualidades y los defectos de aquella rica y vigorosa naturaleza, tan llena de lucidez, de vivacidad y de expansión. «Esta mujer no tiene sentido para lo que llamamos poesía (escribe á Goethe): en una obra de esta clase no se asimila más que la pasión, la elocuencia, el espíritu general; pero si lo bueno se le escapa á veces, nunca admirará lo malo.... En todo lo que llamamos filosofía, es decir, en todas las cuestiones fundamentales y elevadas, hay que estar en discor-

(1) *De l'Allemagne*, 2me partie, cap. XI.

dancia con ella; pero su buen natural y sus sentimientos valen más que su metafísica. Su hermosa inteligencia llega casi á la altura del genio. Pero se empeña en aclararlo todo, en comprenderlo todo, en medirlo todo: no os concede nada oscuro é inaccesible: todo lo que no puede iluminar con su antorcha es para ella como si no existiera.» Schiller llega á decir que ahuyentaba de él toda poesía, y compara su conversación con el tonel de las Danáidas. Goethe la fué todavía menos favorable, y procuró cuanto pudo defenderse de aquel torbellino; pero lo cierto es que Mad. de Staël pagó espléndidamente su hospitalidad á los alemanes, y nunca llegó á enterarse de tales maledicencias. Á saberlas, las hubiera perdonado, sin borrar ni una tilde de lo que había escrito, porque su corazón era magnánimo y generoso, y en estos últimos años suyos la adversidad había depurado su índole moral, inclinándola á pensamientos graves y á esperanzas ultramundanas, de las cuales los últimos capítulos de esta misma *Alemania* dan testimonio. «Santificad vuestra alma como un templo (dice á los artistas), si queréis que el ángel de los nobles pensamientos se digne descender á ella.» No hay duda que Mad. de Staël llegó á saludar, aunque de lejos, la restauración del sentimiento cristiano. ¡Qué diferencia entre la vaga exaltación sentimental de sus años juveniles y el espíritu resignado, consolador y hasta místico de estas últimas páginas! «Todo tiende á hacer triunfar los sentimientos religiosos en las almas (decía).... Existe una alianza natural entre la religión y el genio.... La filosofía idealista, el cristianismo místico y la verdadera poesía, tienen en cierto modo, el mismo objeto y la misma fuente (1).»

(1) Para apreciar exactamente el cambio que las ideas de Mad. de Staël experimentaron en sentido cada vez más religioso y espiritualista

Tal fué la obra crítica de Mad. de Staël : tales los conceptos que legó al romanticismo. No emancipó la técnica, pero emancipó el espíritu literario. Su acción no fué poética, sino oratoria. Habló al sentimiento más que á la imaginación. No acertó á crear formas nuevas ; pero demostró con elocuencia ardiente y comunicativa la necesidad de crearlas, y buscó, más por necesidad lógica y por instinto moral que por predilección artística, un apoyo en el idealismo alemán para recabar la libertad del espíritu, degradado por la ética utilitaria y oprimido por la brutal tiranía de la fuerza y del éxito. El romanticismo de la ilustre escritora fué tardío y nació de su conciencia moral, de su espiritualismo filosófico, de su liberalismo político, de su fe inquebrantable en el progreso. Nunca entendió el arte por el arte, y sus apreciaciones estéticas se resienten de esto. Admiró y comprendió en Schiller al poeta de la voluntad triunfante y heroica ; pero en cuanto á Goethe, lo más profundo de su arte se le resistió siempre, y no hizo más que arañar la superficie de sus obras. El optimismo de Mad. de Staël es grande, pero monótono y algo declamatorio : lejos de evitar los lugares comunes, los busca con especial fruición, que dice más en pro de su bondad de alma que de su gusto. Pero de todos modos, extendió los límites de la crítica, abrió nuevos horizontes, rompió (como dice Goethe) aquella especie de muralla de la China que incomunicaba la literatura francesa con el resto del mundo, proclamó y practicó el principio siempre fecundo de la libertad en las artes, se esforzó por comprender y sentir aun lo que era menos armónico con su educación y con sus primeros impulsos, y aun

purante sus últimos años, debe leerse la interesante *Noticia sobre su carácter y escritos*, redactada por su prima Mad. Necker de Saussure, y que figura al frente de todas las ediciones completas de sus obras.

exagerando el punto de vista social, consiguió, mediante él, renovar el método y dar cierta unidad á la historia literaria. Si erró mucho, sus errores son secundarios, y casi todos de pura erudición, disculpables aunque no viniesen de pluma femenina. Si no tuvo la llama del genio, tuvo todos los ardores de la pasión que á veces le sustituye, y un cierto poder de intuición rápida, una continua exaltación intelectual, que parece que inventa y crea lo que va recibiendo y aprendiendo. Algo se comunicó á sus libros de aquella juventud perpetua de su alma, que ella describe con tan magníficas palabras, «juventud que renacía de las cenizas mismas de la pasión, y era como la rama de oro que no se marchita jamás, y que abre á la Sibila la entrada de los Campos Elíseos».

Cualidades muy distintas, y artísticamente muy superiores, tuvo Chateaubriand (1772-1848) (1), que comparte con la que fué á un tiempo su rival y su amiga, la dictadura literaria de este período. Así como Mad. de Staël es riquísima de ideas, incompletas si se quiere y no enteramente originales, así Chateaubriand es pobrísimo de ellas, cuanto opulento de formas y colores. Si Mad. de Staël no puede ser contada entre los filósofos, merece á

(1) Sobre Chateaubriand el libro capital, aunque tachado por algunos (no por nosotros), de severidad excesiva, es el de Sainte-Beuve *Chateaubriand et son groupe littéraire sous l'Empire*, curso explicado en la Universidad de Lieja, de 1848 á 1849 (dos volúmenes). Véase también, más por el ilustre nombre del autor que por otra cosa, el tomo 1 de la obra póstuma de Villemain, *La Tribune Moderne* (1858), dedicado todo él á Chateaubriand, á quien estudia, no solamente como orador parlamentario, según pudiera inferirse del título, sino en toda la extensión de su carrera literaria y política. El libro de Villemain es una especie de himno ó canto de apoteosis. Por el contrario, un artículo de Scherer en el tomo 1 de sus *Etudes sur la littérature contemporaine*, puede citarse como lo más áspero y denigrante que se ha escrito contra Chateaubriand. En estos últimos años se nota una reacción en favor de sus grandes cualidades artísticas, que ha sabido apreciar dignamente, y quizá exagerar en algún punto, E. Faguet en uno de sus recientes y deliciosos *Etudes Littéraires sur le Dix-neuvième siècle*.

lo menos lugar entre los pensadores, y tuvo, además de sagacísimo talento de moralista, una curiosidad viva é inquieta por los grandes problemas especulativos, aunque no llegara más que á entreverlos. Tal curiosidad era enteramente ajena al espíritu de Chateaubriand, ni cuando racionalista ni cuando creyente, y explica la endeblez y hasta la puerilidad que en toda la primera parte del *Genio del Cristianismo* han notado lo mismo los cristianos que los incrédulos. En rigor, puede dudarse hasta de que Chateaubriand fuera nunca un espíritu religioso, no porque dudemos de la sinceridad de su conversión y de sus lágrimas, sino por la ligereza profana y la intemperancia de fantasía, aún más que de sentimiento, con que trató las cosas más altas. El que era capaz de intercalar en *El Genio del Cristianismo* (1) un episodio como el de *René,* que es la quinta esencia de los tósigos morales más homicidas, podría tener, y tuvo sin duda, la *imaginación católica,* pero de la imaginación no pasó nunca, á lo menos en el fuero externo. Y, sin embargo, su influjo en la restauración cristiana fué grande, pero no derivado ciertamente ni del ardor de su convicción, ni de la solidez de sus pruebas, sino del poder prestigioso de esa misma imaginación suya tan magnífica y deslumbradora, del feliz concurso de circunstancias que hizo aparecer su libro en la misma memorable fecha del Concordato, y cuando hasta los revolucionarios de la víspera sentían hastío de la impiedad y sed de religión: y, finalmente, de la grandeza inmortal y divina de la causa á quien servía, y que escoge sus instrumentos como place á sus altísimos é inescrutables designios. Aquella generación no podía ser conducida á la Iglesia sino por senda de flores,

(1) Allí estaba en las primeras ediciones.

y Chateaubriand se encargó de esparcirlas á manos llenas por el camino, aunque entre ellas mezclase algunas de enervante y venenoso perfume. Y por desgracia, éstas eran las que el autor había cultivado con más esmero, y las que lograron más larga vida, inoculando en toda una generación la más espantosa de las enfermedades morales, el egoismo impotente y el tedio de las obras de la vida: una extraña mezcla de emociones tumultuosas, de cavilación melancólica y de epicureismo muelle. Este era el verdadero fondo de la naturaleza moral de Chateaubriand, y persistió siempre en él, desde el *Ensayo sobre las Revoluciones* hasta las *Memorias de Ultratumba,* cuyo efecto general no difiere mucho del de las *Confesiones* de Rousseau, salvas las diferencias que nacen de ser Chateaubriand un caballero y no un ayuda de cámara; y de no registrarse en su vida ninguna acción contraria á la integridad ni al honor. Chateaubriand no era capaz de cometer hurtos domésticos, ni de echar sus hijos á la inclusa, viniendo luego en un libro á hacer ostentación de ello; pero era tan vanidoso, tan fatuo y tan egoista como Rousseau; creía tan firmemente como él que en torno suyo giraba toda la especie humana, y sin desdeñar ninguno de los placeres del mundo, antes bien buscándolos con avidez hasta el fin de sus días, lo cual prueba que su *taedium Vitae* tendría de todo menos de místico, gustaba de decir y escribir que *se había hastiado de todo desde el vientre de su madre;* que le fatigaban por igual la gloria y el genio, el trabajo y la ociosidad, la prosperidad y el infortunio, la naturaleza y la sociedad; que la idea del *no ser* le llenaba el corazón de un júbilo extraño, y que su mayor felicidad en el seno del amor era pensar en la destrucción propia y aun en la de todo lo creado. Ni el mismo lord Byron, que pasaba

en aquellos días por un poeta satánico, pensó ni escribió nunca mayores atrocidades retóricas que las que Chateaubriand se complace en poner en boca de sus personajes predilectos, de sus Chactas y de sus Renés, sin contar las que por cuenta propia, y sin velo alguno, escribe en sus *Memorias*. De intento he dicho *retóricas*, porque cualquiera que fuese el grado de misantropía y de pesimismo que realmente se albergaba en el alma de Chateaubriand, es evidente que él forzaba la nota lo mismo que Byron, ofreciéndose uno y otro en espectáculo, según la moda de entonces, como seres enigmáticos y ángeles caídos, llenos de pasiones tempestuosas y furibundas. Uno y otro dieron á entender que habían estado enamorados de sus propias hermanas: Byron gustaba de que las gentes le tuviesen por brujo y hasta por asesino y pirata, y creyesen que en sus orgías bebía en un cráneo; y con estos y otros mil disparates, que, á mi entender, nunca tuvieron realidad más que en sus imaginaciones conturbadas por el mal gusto y por la soberbia, dieron el tono á la generación romántica, comprometiendo el resultado de aquella grandiosa revolución, con el doble fermento de la falsedad moral y de la *egolatría*. Era la herencia del siglo XVIII: el espíritu declamatorio del gran sofista de Ginebra, prolongado en sus hijos y en sus nietos.

En vano Chateaubriand se empeñaba en rechazar tal genealogía. Era de la escuela de Rousseau, no solamente por su ideal soberbio y misantrópico, sino por sus admirables condiciones de paisajista. Pero en esta parte la superioridad del discípulo es tan evidente, que puede decirse que rompe con la tradición y funda escuela nueva, no ya con relación á Rousseau, sino con relación al mismo autor de *Pablo y Virginia*. Ni los paisajes suizos de Juan

Jacobo, ni las noches del trópico descritas por Bernardino, tienen la grandeza solemne de los desiertos americanos de Chateaubriand, ni la pureza ideal de líneas y de contornos con que trazó el horizonte de la campiña romana. En esta parte esencial del arte moderno, la gloria de Chateaubriand permanece intacta. Es grande entre los grandes : descubrió un mundo entero de colores y de armonías ; la naturaleza susurró á su oído revelaciones que no había hecho antes á ningún otro hombre. No pintó solamente las cosas naturales, sino el reflejo moral de ellas; no se detuvo en las apariencias fugitivas, sino que penetró hasta el alma de la creación, interpretando las voces misteriosas con que habla al espíritu humano. Aunque escritor colorista y pintoresco en alto grado, todavía lo que predomina en él es lo que pudiéramos llamar el elemento lírico del paisaje. Si hay algo de religioso, de sereno y apacible en su arte, lo debe principalmente á esas voces de la soledad que con tan inefable halago acallaban el fiero hervir de sus pasiones agriadas, rompían la dura corteza de su egoismo, y daban expansión á la tristeza céltica de su alma.

En el paisaje, como en todo, Chateaubriand tuvo el instinto de la grandeza, y en el paisaje con más sinceridad que en ninguna otra cosa, porque quizá el único sentimiento profundo que habitó en su alma, fué el sentimiento de la naturaleza, y no circunscrito y limitado, como en tantos otros vemos, á un género particular de paisajes, sino vasto y riquísimo como la naturaleza misma, y apto para sentir y describir igualmente la vegetación salvaje y pródiga de los bosques del Nuevo-Mundo, las sombras transparentes del cielo de Grecia, y el *aire* de sus noches *dulce como la leche y como la miel,* las abrasadas arenas del Egipto y de la Siria, y la desolación

del Mar Muerto. Por primera vez, con Chateaubriand, la poesía descriptiva tomaba posesión del mundo entero, y centuplicaba sus efectos, al mezclarse con la poesía de la historia. Y esta fué su segunda conquista.

Como Schiller y Goethe en Alemania, como Walter Scott en Inglaterra, tiene Chateaubriand la gloria de haber renovado en Francia el sentimiento de la historia en su brillantez pintoresca y en su verdad moral, completamente desconocidas y olvidadas en las farragosas compilaciones, en los panegíricos retóricos y en los centones de epigramas á que en el siglo XVIII se daba el nombre de historias. Todas las grandes condiciones descriptivas que adornaban á Chateaubriand como pintor de naturaleza física, debían acompañarle también como pintor de grandes escenas históricas, y, sobre todo, como admirable pintor de batallas. Con la misma intensidad, con la misma ardiente visión que aplicaba á las selvas, á las aguas y á los cielos, sacaba de informes fragmentos que para la erudición habían sido letra muerta, la grandiosa reconstrucción del mundo bárbaro que se admira en el relato de Eudoro, y la figura verdaderamente épica de Meroveo sobre su carro. Aquellas páginas decidieron de la vocación histórica de Agustín Thierry (1), y en este caso, como en tantos otros, la luz misteriosa y divina del arte alumbró como precursora los caminos de la ciencia. No es Chateaubriand un historiador propiamente dicho, pero sí un poeta histórico, de imaginación potentísima. Sus libros de historia son confusos, superficiales y fragmentarios; pero los cuadros históricos esparcidos en sus poemas y en sus viajes, suelen ser admirables dechados de aquel género de adivinación arqueológica

(1) Véase el prólogo de sus *Récits des temps Mérovingiens.*

con que los grandes artistas del romanticismo restauraron y vindicaron la Edad Media.

Y no la Edad Media solamente. Más que el sentido de los tiempos bárbaros, y mucho más, por de contado, que el de los primeros siglos cristianos, tuvo Chateaubriand el sentido de la antigüedad clásica, vista de un modo romántico y moderno. Si hubiera tenido tan familiar y directo trato como Andrés Chénier con la poesía homérica en su propia lengua, y si además no le hubiese faltado la única cualidad de poeta que le faltó, pero cualidad esencialísima, el ritmo, no el ritmo vago y flotante de la prosa, sino el métrico, numerado y preciso, único lenguaje digno de la epopeya, quizá algunos rasgos de los primeros libros de los *Mártires,* especialmente la pintura de la familia de Demodoco, hubiesen sido dignos de competir con los admirables fragmentos de *El Ciego* y de *El Mendigo*. Así y todo, no es pequeño mérito en Chateaubriand el traerlos á la memoria; pero donde verdaderamente es superior á toda comparación y se pone al lado de los más grandes artistas neo-clásicos, es en el episodio de Velleda, que bastaría por sí sólo para salvar del naufragio un poema que, tomado en conjunto, es de absoluta decadencia y de visible y empalagoso artificio, un verdadero centón de retazos épicos recortados en frío de todos los poemas del mundo. La unidad de tono se pierde á cada momento, y resulta la impresión más confusa y abigarrada que puede darse. Pero esta Velleda lo hace olvidar todo: es de la familia de Dido, de Ariadna, de Medea, de todas las grandes víctimas del amor fatal é incontrastable, y, sin embargo, es una creación nueva. Chateaubriand, como Byron, no ha creado en rigor más que dos tipos: uno, el de *René,* que es el suyo propio; otro, el de la virgen violenta y fanática abrasada en

las llamas inmortales de la pasión: Atala ó Velleda.

Si se nos pregunta, en vista de todo lo expuesto, nuestra opinión definitiva acerca de Chateaubriand, dudaremos algo antes de responder, y haremos varias distinciones, en que por nada entra la simpatía ó antipatía que sus obras y su influencia nos inspiren. Es, sin duda, un gran poeta, pero un poeta incompleto. Y no lo decimos sólo por la falta del ritmo, aunque sea deficiencia bastante grave, que trae consigo otras muchas. Por culpa suya, ó por culpa de la lengua en que escribía, se vió obligado á cultivar una forma esencialmente contradictoria, que oscila entre la epopeya y la novela, sin ser ni la una ni la otra. La musa de Chateaubriand parece que danza con un pie calzado y otro desnudo. Cuando creemos que va á subir á los cielos, una construcción, un giro discursivo y prosaico, nos advierten que estamos en la tierra. Cuando pensamos seguir la fácil narración de una novela ó el encadenamiento de un discurso histórico, una expresión enfática y altisonante, una comparación homérica armada de todas armas, una frase recargada de accesorios pintorescos, nos vuelve á acercar á los labios la copa de la poesía, para retirárnosla inmediatamente. Á la larga, esta prosa llega á impacientar, porque produce cierto hormigueo en los oídos y en el espíritu. Parece que el autor quiere y no puede; parece que la estrofa impaciente va á resquebrajar por alguna parte la dura corteza de la prosa, y como esto no sucede, y continúa el desfile de imágenes concebidas de un modo poético y ejecutadas de un modo prosaico, esta trasposición de un molde á otro acaba por hacernos creer que el autor se va traduciendo mentalmente á sí mismo, cosa de todo punto contraria á la unidad del efecto estético. Pero no sólo resulta incompleta la poesía de Chateaubriand por

no estar en verso, sino porque, siendo riquísima en todo lo exterior, es sumamente reducida y limitada en la región de las ideas y de los afectos. Y no nos fiemos de apariencias : Chateaubriand no describió en toda su vida más que un solo estado moral, un solo caso psicológico. *Werther* no es más que un momento fugaz en la vida artística de Goethe, un momento corregido y anulado por otra serie de momentos y de posiciones de alma que se prolongan hasta agotar casi el riquísimo contenido de la conciencia. *René* es todo Chateaubriand, moralmente considerado : no hay psicología menos complexa. Como artista, Chateaubriand carece de la invención de conjunto, y, por el contrario, tiene en altísimo grado la invención de los detalles. Más que libros, dejó magníficos almacenes de frases. De todos sus escritos pueden sacarse páginas maravillosas ; pero ninguno de ellos está *compuesto,* salvo las tres novelas cortas. La unidad enteramente artificial de *Los Mártires,* prueba hasta qué punto estaba reñido su ingenio con la unidad orgánica.

No tiene, por consiguiente, Chateaubriand en la historia del arte moderno la importancia que tienen los dos grandes poetas alemanes contemporáneos suyos; ni tampoco la de Byron, ni la de Manzoni y Leopardi. Mientras todos ellos permanecen vivos, las obras de Chateaubriand han envejecido extraordinariamente; y como una parte muy considerable de su mérito está en las palabras, sólo los franceses le sienten y aprecian debidamente, lo cual ya es una razón de inferioridad. Traducido, es de los autores que más pierden. Para estimarle en todo su valor, hay que hacerse cargo de la profunda revolución que hizo en la lengua de su patria, dejando preparado un magnífico instrumento para los poetas y prosistas que luego vinieron. No ya sólo Lamartine, Al-

fredo de Vigny y Víctor Hugo y Teófilo Gautier, sino los realistas mismos, con Flaubert á la cabeza, son discípulos de Chateaubriand en la cuestión de estilo. La célebre novela *Salambona* (1) no es más que la exageración (en algunos casos la caricatura) de los procedimientos de estilo usados en *Los Mártires*. Sabido es que Gustavo Flaubert se quedaba extático ante las frases de Chateaubriand y continuamente las repetía con voz estentórea (2). Pero es claro que esta magia, pegada á los ápices de las sílabas, no existe ó es mucho más débil para nosotros.

En suma, Chateaubriand despertó en Francia la imaginación poética aletargada, mostró á los *ideólogos* de su tiempo que la palabra humana servía para algo más que para analizar y descomponer las sensaciones, y que podía luchar con el pincel sin desventaja: transportando el idilio á las selvas americanas, le dió novedad y extraño color, y le realzó con rasgos de pasión sublime y trágica: al describir con amarga elocuencia su propia enfermedad moral, interpretó los sentimientos confusos de su generación y creó un ideal poético, aunque no de la mejor poesía: buscando por sistema lo grande, cayó muchas veces en lo desmesurado y falsamente gigantesco, pero otras se mostró capaz de comprender y aun de remedar la pureza del arte primitivo, más fielmente que otros asiduos lectores de Homero y de la Biblia: trajo el *color local*, poetizó la historia y la geografía, y, finalmente, escribió la primera poética romántica.

(1) Tal es en castellano (y no *Salambó*) el verdadero nombre de la heroína de Flaubert, evidentemente tomado del de aquélla deidad cartaginesa que todavía tenía culto en Sevilla, en los días del martirio de Santas Justa y Rufina.

(2) Véanse en las Memorias de Max. du Camp chistosas anécdotas sobre este punto.

Romántica hemos dicho con toda intención, aunque el autor la tituló *Poética del Cristianismo*. La poética cristiana existe sin duda, pero no ha de confundirse con la poética de los pueblos cristianos. El Cristianismo es una revelación sobrenatural que realza, transfigura y perfecciona la naturaleza humana. Tiene su maravilloso propio, su moral tan superior á la moral filosófica, como es superior lo divino á lo humano: tiene, sobre todo, el tesoro de sus dogmas augustos, de sus misterios inefables, que así como son la más alta verdad, pueden ser también fuente de la más alta poesía. Pero sólo aquella poesía que directa y fielmente se inspire en esos dogmas y aspire á dar manifestación simbólica á esos misterios; sólo aquel arte que esté penetrado y saturado de la savia inmortal del cristianismo heroico y militante; sólo aquella poesía que contemple lo maravilloso como realidad tremenda y actual, y no como libre juego de la fantasía; sólo aquel arte que del cristianismo tome aquellos elementos que sólo en el seno del cristianismo pueden nacer, merecen el nombre de arte y de poesía cristiana. Su genealogía es conocida: nace de las narraciones evangélicas y de las visiones del *Apocalipsis;* se dilata riquísimo por la serie de los libros apócrifos; ensaya rudamente las representaciones simbólicas en las paredes de las catacumbas; crea un nuevo género de elocuencia: un arte litúrgico (que no ha de confundirse con la liturgia misma, sino que es desarrollo y eflorescencia de ella): un arte musical y una poesía lírica: dos géneros de arquitectura: dos escuelas pictóricas: un poema colosal que abarca tierra y cielo. Pero antes y después, y al mismo tiempo que todas estas cosas florecen, los pueblos cristianos, que además de serlo son griegos, latinos, germanos, eslavos, y que han recibido, por consiguiente, los frutos de la herencia y de la raza,

crean una porción de formas de arte que esencial y sustantivamente no son cristianas, y que llegan á ser anticristianas á veces. Estas formas se insinúan muchas veces en el arte cristiano propiamente dicho, alteran la unidad y la pureza del tipo, ó le complican con rasgos nuevos, y á su vez el cristianismo, eje y centro de la civilización moderna, dilata su influencia, pero *accidental* y no esencialmente, á esas formas y modos de arte, que sin visible profanación no puede decirse que hayan nacido de su espíritu. Existe, pues, en todos los pueblos cristianos una *dualidad* artística, de que los pueblos antiguos no dan ejemplo. En la India y en Grecia, la teogonía y la poesía son en su origen una misma cosa, y luego se desenvuelven como miembros de un mismo organismo, sin que haya verdadera emancipación, á no ser en los tiempos de decadencia. Una religión humana y natural pudo y debió engendrar un arte natural y humano, que en rigor es su complemento y perfección última. Pero el cristianismo no es religión humana, sino divina; no natural, sino sobrenatural, y, por tanto, se encuentra respecto del arte en condiciones totalmente diversas. Le recibe, le acoge, le llama amorosamente; pero, en rigor, puede vivir sin él. Toda forma artística, por su mismo carácter de limitación humana, resulta pobre y estrecha para tal contenido. Un arte cristiano perfecto y adecuado á su fin sería una monstruosidad inconcebible. El arte cristiano nunca es más que una aproximación tímida hacia su objeto. En este punto, la superioridad estética del arte clásico es innegable, y la conclusión más religiosa sería quizá la tesis contraria á la de *El Genio del Cristianismo*. Pero aquí convendría hacer varias distinciones, y acaso la clave de todo pudiera encontrarse en la teoría de lo sublime. Lo sublime, que es una especie de relám-

pago de lo infinito, es el género de belleza peculiar del arte cristiano ; pero por lo mismo que es un relámpago, no basta á difundir la belleza total en aquellas obras donde imprime el surco rapidísimo de una luz que no es de este mundo.

Es cierto también que los efectos poéticos del cristianismo han tenido que ser distintos, según las aptitudes de las razas que le han adoptado. Y en cuanto al que hemos llamado *arte de los pueblos cristianos,* es decir, á todas aquellas producciones artísticas que no se proponen primariamente un fin religioso, es claro que algunas ó muchas de ellas han podido obtener ó han obtenido una perfección estética igual ó superior á la de los modelos clásicos, así como otras se han quedado notoriamente inferiores, sin que ni lo uno ni lo otro haya de atribuirse, como á causa primera, á la influencia del cristianismo, sino al genio de los artistas, á las condiciones históricas de su producción y á otras circunstancias bien obvias. Resulta de aquí que el que pretenda explicar la literatura moderna, como lo intentó Chateaubriand, por el cristianismo solo, pierde el tiempo y no demuestra nada, puesto que la literatura moderna ó romántica, es decir, la que nació en los tiempos medios y dura hasta nuestros días, tiene sus hondas raíces, no solamente en el espíritu cristiano, sino en la tradición clásica más ó menos adulterada, en el paganismo septentrional lleno de supersticiones y de misterios, en el individualismo germánico, en la caballería y en la fecunda y varia agitación del Renacimiento. Sólo abarcándolo todo se pueden evitar confusiones.

Chateaubriand no hizo nada de esto ; lo involucró todo: despreció las cuestiones de orígenes y las enseñanzas de la historia, procedió sin verdadero respeto á las cosas

santas, y dejó, en vez de un libro apologético, un libro de amena recreación y de crítica superficial y mundana. No hablemos de la primera parte, consagrada al dogma y á la doctrina. Chateaubriand no era teólogo ni filósofo, ni estaba obligado á serlo; pero en materia donde tanto abundan las riquezas, es casi burlarse de los lectores probar el pecado original por las costumbres de la serpiente de cascabel, y comparar el celibato eclesiástico con la virginidad de las abejas. La lectura de este primer libro es aflictiva para quien tenga espíritu religioso y conozca algo de los grandes monumentos de la controversia cristiana. El mismo Chateaubriand pasa como sobre ascuas por esta parte dogmática, y procura reparar su desastroso efecto con una especie de historia natural recreativa, destinada á amplificar el argumento de las causas finales. Aquí triunfan sus grandes condiciones de paisajista, que lucha con las *Harmonías* de Bernardino de Saint-Pierre y totalmente las oscurece; de pintor de animales, á quien el mismo Buffon tiene que ceder la palma, si no en la elegancia majestuosa y sostenida, á lo menos en la brillantez y variedad de matices, no menos ricos y variados que los del plumaje de una ave del Paraíso. Después de esta deslumbradora excursión, mucho más artística que científica, por los dominios de la física estética, el autor examina en dos partes, que son las más extensas de la obra, la influencia del cristianismo en las bellas artes y en la literatura. Hay mucho que admirar en estos capítulos, y su benéfico resultado es indudable. El siglo XVIII había escarnecido por boca de Voltaire la sublime poesía de los Sagrados Libros; Chateaubriand la rehabilitaba, haciendo el paralelo entre la Biblia y Homero. El siglo XVIII había renegado de todas las instituciones cristianas como tétricas, absurdas y bárbaras;

Chateaubriand ponderaba en muy bellas páginas el esplendor de las solemnidades de la Iglesia, hacía la apología de las campanas, trazaba el cuadro de las rogativas, penetraba en los cementerios campestres y en los túmulos de la abadía de San Dionisio, describía los hábitos de los monjes y las heroicas odiseas de los misioneros, explicaba las armonías de la religión cristiana con las escenas de la naturaleza y con las pasiones humanas, convidaba á los poetas á meditar en los claustros; en suma: llamaba á todas las puertas de la imaginación, y en todas fué oído. No sabemos que el libro hiciera ninguna conversión; era demasiado alegre y profano para esto; pero despertó en unos la curiosidad, en otros la simpatía, que suele ser principio de amor y de conocimiento. Estos efectos se vieron pronto en la nueva generación literaria. Los poetas románticos suelen ser creyentes algo dudosos; pero hasta cuando blasfeman, ponen en sus palabras una exaltación religiosa ó antireligiosa, que la impiedad cínica y burlona del siglo XVIII no conoció nunca. Los apóstrofes del *Rolla* de Alfredo de Musset, sus maldiciones contra Voltaire, no se comprenden sino después de *El Genio del Cristianismo*. No hay poeta impío y libertino de nuestro siglo que no haya sentido, y no haya expresado enérgicamente la preocupación del misterio de lo infinito, y el convencimiento de que *una grande esperanza ha atravesado la tierra.*

Pero si de esta impresión de conjunto se desciende á los detalles, la estética cristiana de Chateaubriand pierde mucho. Él mismo ha confesado que en aquella fecha era extraño á todas las bellas artes, excepto la literatura. La rehabilitación literaria y solemne del arte gótico no la hizo Chateaubriand, sino Víctor Hugo, en un famoso capítulo de *Nuestra Señora,* que sucitó una legión

entera de arqueólogos. Chateaubriand en materia de artes no es romántico, ni traspasa los límites de la pobre crítica del Imperio. Encuentra todavía bárbaros los templos ojivales, pero en cambio se extasía con la arquitectura del Cuartel de Inválidos y con los jardines de Versalles. ¿Qué más? Su propia crítica literaria es la de La Harpe ó la de Marmontel; es la crítica francesa clásica, llevada hasta el risible extremo de poner en parangón la *Zaira* de Voltaire con las lágrimas de Príamo á los pies de Aquiles. Cualquiera pensaría que en una *Poética del Cristianismo*, el grande Alighieri debía ocupar largo espacio. Pues sucede todo lo contrario: Chateaubriand no sabe de Dante más que los versos de la puerta del infierno y el episodio de Francesca de Rímini. En cambio, ¿dónde va á buscar el tipo de la poesía cristiana? Nadie podría sospecharlo: en el siglo de Luis XIV y en el siglo XVIII. Voltaire está tratado como un gran poeta, y el juicio de la *Henriada* ocupa triple espacio que el de la *Divina Comedia*, «*producción caprichosa*», que tiene algunas bellezas en medio de muchos lunares «*hijos del »siglo y del mal gusto del autor*». Para probarnos la superioridad de la poesía cristiana en la creación de caracteres, se nos cita como tipo de padres cristianos el Lusiñán de la *Zaira*, como tipo del hijo cristiano el Guzmán de la *Alzira*. Otros paralelos no menos extravagantes, sacados de obras cuya lectura nadie soporta hoy, sirven para probar que el cristianismo ha introducido una revolución en el modo de sentir y expresar las pasiones. Los tipos clásicos en esto, los que Chateaubriand opone en son de triunfo á la mismísima Dido virgiliana, son la Heloísa de la *Heroída* de Pope, ó más bien, de la de Colardeau, la Julia de Rousseau, y una Clementina, que, francamente, ignoro de qué novelas sentimentales será pro-

tagonista. Con argumentos y modelos de esta fuerza prueba Chateaubriand su tesis.

En suma, el libro ha caducado. Salvo algunos capítulos, no se le puede leer hoy más que á título de curiosidad histórica. La tesis misma está mal puesta, mal desarrollada y mal defendida para quien no se deslumbre con las apariencias de falaz declamación. Comparar lo maravilloso *positivo* del cristianismo con lo maravilloso de la mitología, es proporcionarse un triunfo fácil pero sobremanera peligroso. Son dos cosas que ni por un momento pueden estar en la misma línea, dos órdenes de pensamientos tan remotos, que sólo la comparación es ya una irreverencia. Existe, sin duda, una *mitología cristiana* (expresión que no nos atreveríamos á usar si ya no la hubiese empleado José de Maistre); pero esta mitología empieza donde acaba la parte positiva y dogmática del cristianismo, y aunque sea una eflorescencia natural del espíritu cristiano, es al fin creación libre de la fantasía popular, y, como tal, unas veces superior, otras inferior á las creaciones de la mitología clásica. Hablo de la riquísima literatura de los libros apócrifos, de las leyendas, de los viajes á las regiones infernales, totalmente ignorada de Chateaubriand y omitida en *El Genio del Cristianismo*. Cuando se habla de lo maravilloso cristiano, importa distinguir bien ambos elementos y mantener clara, muy clara, la raya infranqueable que separa lo humano de lo divino. De otro modo nos exponemos á convertir el cristianismo en una fantasmagoría ó en una ópera. Nunca se ha creído tan sinceramente en él, como en los tiempos en que nadie se preocupaba de sus bellezas poéticas, ni se oía repetir á todas horas: «¡Qué bello, qué consolador, qué *artístico!*» ¿Cómo de la categoría de belleza, y de una belleza tan relativa como la belleza del arte, ha de

inferirse la categoría de verdad, y de verdad absoluta y eterna? ¿Cómo un creyente que lo sea de veras ha de consentir nunca que un género de maravillas en que él no cree sino como artificio y deleite de la fantasía, se ponga en parangón con aquellos misterios inefables que absorben toda la adoración de su alma? ¿Ni qué tiene que ver esto con el gusto literario? ¿Será más ó menos cristiano el que admire como Chateaubriand, á Racine, al Tasso y á Voltaire, ó el que encuentre y juzgue que la tragedia francesa es un género falso y monótono; la *Jerusalén,* una elegante novela de caballerías, menos divertida que el *Orlando,* y estime y tenga por cierto que la *Henriada* y todas las tragedias y todos los versos largos y serios del patriarca de Ferney son receta eficacísima contra el insomnio? ¿Será preciso, para merecer nombre de varón piadoso, creer que los antiguos estaban destituidos del sentimiento de la naturaleza, y que Lucrecio y Virgilio entendían de esto mucho menos que Thompson y Gessner? Pues esta es otra de las proposiciones del *Genio del Cristianismo,* cuyo autor compadece muy de veras á los antiguos porque en pena de su gentilismo é impiedad estuvieron privados de leer los *Jardines* del abate Delille, y las *Estaciones* de Saint-Lambert. Al leer este y otros pasajes no menos frívolos, cualquiera diría que en la mente de Chateaubriand el beneficio de la redención humana no tuvo más objeto que hacer posible la publicación de *Pablo y Virginia* ó la de *Atala.*

El Genio del Cristianismo había aparecido en 1802. En 1807 vieron la luz pública *Los Mártires,* en que el autor intentó llevar á la práctica su propia teoría, con el dudoso resultado que sabemos. Hay en este poema en prosa bellezas inmortales; pero, lejos de asegurar el triunfo de la Musa de la Verdad sobre la Musa de las

Ficciones, como se anuncia en la invocación, todo lo que es ó quiere ser cristiano resulta lo más débil, y, al contrario, los recuerdos de la musa homérica tienen mucha gracia, sencillez y encanto. Y es que Chateaubriand podía tener en cierto grado la imaginación cristiana, pero tenía pagano el sentimiento. Aun en la misma melancolía de René hay mucho de la tristeza epicúrea que sigue al placer. Su verdadera fórmula está en aquellos versos de Lucrecio, que lo mismo podían ser de Byron :

« Medio quoniam de fonte leporum
Surgit amari aliquid quod in ipsis floribus angit.»

Es hora de terminar con Chateaubriand. Su excepcional influencia nos ha hecho detenernos en él, y también la consideración de que fué el único de los innovadores franceses que no parece haber recibido influencia alguna de las literaturas extranjeras, al revés de Mad. de Staël, que debió á Inglaterra y á Alemania la mayor parte de sus ideas críticas. Chateaubriand ignoró siempre la cultura alemana, y en cuanto á la inglesa (sobre la cual escribió un *Ensayo crítico* bastante descosido) se atuvo siempre á lo que de ella había aprendido durante sus años juveniles de destierro. Tradujo y comprendió bastante bien á Milton : muy medianamente á Shakespeare. No gustó de Walter Scott, y poco de Byron, á quien tachaba de haberle plagiado el tipo de René, ¡como si Byron hubiera necesitado salir de su propia alma, para encontrarle! No diremos que algunos poetas ingleses descriptivos y sentimentales de fines del siglo XVIII, especialmente Beattie y Gray, dejasen de influir en Chateaubriand ; pero esta influencia fué muy tenue, y de ningún modo comparable con la que ejerció Juan Jacobo.

Es, pues, totalmente francés en sus orígenes el roman-

ticismo de Chateaubriand, y añadiremos que conserva muchos vestigios de la disciplina clásica. Quizá esto explica, juntamente con su incurable vanidad personal, el que Chateaubriand mirara con tanto despego todas las tentativas de emancipación literaria posteriores á la suya, y escatimara siempre sus elogios á la *posteridad de René*, mostrándose injusto apreciador, no ya sólo de Víctor Hugo, sino del mismo Lamartine.

El crítico, el consejero predilecto de Chateaubriand, el que le infundió su amor á la literatura del siglo XVII y su respeto á la lengua de Fénelon y de Racine, fué Fontanes (1), espíritu ecléctico; pero en quien la timidez académica predominó siempre sobre la simpatía con que miraba ciertas novedades autorizadas por el genio de su amigo. Fontanes trazó el plan de *El Genio del Cristianismo*, vindicó *Los Mártires* de la censura atrabiliaria de los críticos imperiales, y en sus poesías elegíacas y religiosas, v. gr., *La Cartuja* ó *El Día de Difuntos*, presentó un matiz de transición entre la lírica antigua y la lírica lamartiniana. Como censor de detalle, no tenía precio. Su crítica íntima y familiar preservó á Chateaubriand en sus obras capitales de exagerar los defectos de su manera exuberante y pomposa, y cuando Fontanes hubo desaparecido, Chateaubriand se dejó arrastrar de su natural pendiente al efectismo retórico, hasta llegar á los excesos de mal gusto que afean la *Vida de Rancé* ó las *Memorias de Ultratumba*. Cuando se leen algunas páginas de *Los Mártires* ó del *Itinerario*, que tienen hasta sobriedad y aticismo, y que tanto contrastan con lo que vino después, se comprende que pasó por allí la lima de Fontanes suavizando asperezas, y que con razón podía

(1) Vid. sobre Fontanes un largo estudio de Sainte-Beuve en los *Portraits Littéraires*, tomo II.

decir á Chateaubriand lo que Tibulo á Mesala : *Non sine me est tibi partus honos.* Nada tan útil en las épocas críticas del arte como la presencia de tales censores, inflexibles en cuanto á la pureza de dicción, tolerantes y benévolos con el espíritu y con la forma esencial de la obra poética, aunque no sea la misma que han aprendido á admirar desde sus primeros años. «Yo veía á Fontanes lleno de sorpresa (dice Chateaubriand) cuando le leía fragmentos de *Los Natchez,* de *Atala,* de *René;* no podía reducir estas producciones á las reglas comunes de la crítica, pero conocía que entraba en un mundo nuevo, veía una naturaleza nueva, comprendía una lengua que él mismo no hablaba. Recibí de él excelentes consejos, le debo todo lo que haya de correcto en mi estilo : me enseñó á respetar el oído, me impidió caer en la extravagancia de la invención y en la aspereza de ejecución que caracteriza á mis discípulos.»

Para mayor fortuna, tuvo Chateaubriand al lado de esta crítica que le servía de freno, otra que le daba alas : crítica alada ella misma, impregnada de un misterioso perfume platónico y espiritualista, crítica *sugestiva* en alto grado, y engendradora de mil pensamientos que sin ella no hubiesen nacido en el alma del poeta. Ésta crítica era la de otro amigo de Chateaubriand, Joubert (1), uno de los moralistas más refinados é ingeniosos, uno de los espíritus más dulces y simpáticos de que puede honrarse la literatura francesa. No dejó más que pensamientos ; pero que tienen la alta virtud de haberlos pensado

(1) *Pensées, Essais Maximes et correspondance,* de M. Joubert, publicados en 1842 por su sobrino P. Raynal, en dos volúmenes. Han escrito sobre ellos, además de otros muchos críticos, Sainte-Beuve *(Portraits Littéraires,* tomo II, y *Causeries de Lundi,* tomo I) ; Caro *(Mélanges et Portraits,* tomo II), y sobre todo Mattew Arnold *(Essays in Criticism,* tomo II).

el autor por sí mismo, libre de convenciones y de rutinas de escuela, con perfecta y absoluta sinceridad. Y entre estos pensamientos los hay exquisitos, dignos de la antigüedad helénica, dignos de Platón mismo, y hay otros vaporosos, tenues, casi impalpables, que parecen ideas musicales (si se nos permite la frase), más bien que conceptos del entendimiento. El mismo Joubert decía que los más hermosos versos son los que se exhalan como sonidos ó como aromas, los que conservan el calor ó la humedad del aliento del alma. Así es su prosa. Oigamos algunos otros aforismos suyos, que anuncian una poética nueva: «En literatura hay que remontarse á las fuentes de cada lengua, porque así se contrapone la antigüedad á la moda, y, por otra parte, encontrando en nuestra lengua propia esa punta de extrañeza que pica y despierta el gusto, la hablamos mejor y con más placer. En cuanto á los inconvenientes de este estudio son nulos: los defectos antiguos y desusados han perdido toda su fuerza maléfica: nada hay que temer del contagio. Llenar una palabra antigua de un sentido nuevo, no es innovar, sino rejuvenecer. Á las lenguas hay que tratarlas como á los campos: para hacerlas fecundas, cuando no son jóvenes, hay que removerlas á grandes profundidades: sólo en esas profundidades se encuentra el oro....» Creía Joubert, muy distinto en esto como en todo de la mayor parte de los franceses, que acaso la belleza del estilo es compatible con cierta oscuridad y ciertas nubes, cuando éstas proceden de su excelencia misma, de la elección de palabras que no son comunes, de giros que no son vulgares. «Es cierto (decía) que lo bello tiene siempre una belleza visible y otra belleza oculta, y que nunca nos hace más impresión que cuando le leemos atentamente en una lengua que no entendemos sino con trabajo.» Nadie creyó tan firme-

mente como Joubert en la persistencia absoluta del ideal del arte. «En los géneros templados, en todo lo que es inferior, depende uno, á pesar suyo, del tiempo en que vive y habla, como todos sus contemporáneos; pero en lo bello, en lo sublime, en todo lo que participa de lo sublime ó de lo bello, no se depende de nadie, y en cualquier siglo se puede ser perfecto, con más trabajo, eso sí, en unos tiempos que en otros». Tenía más de clásico puro que de clásico francés: «La elegancia de Racine (escribe) es perfecta; pero no es suprema como la de Virgilio.» Otros dichos suyos han conquistado ya la inmortalidad: «Dios, no pudiendo conceder á los griegos la verdad, les dió la poesía.» ¿Y cuál era su concepto de la poesía? Nunca la define, sino con imágenes á cual más graciosas: «En todas las palabras que emplea un verdadero poeta hay para los ojos cierto fósforo; para el gusto, cierto néctar; para la atención, una ambrosía que no hay en las otras palabras». «Hay versos que por su carácter parecen pertenecer al reino mineral, tienen su ductilidad y su brillo; otros al reino vegetal, tienen su savia; otros pertenecen al reino animal, y tienen vida: los más bellos son los que tienen alma: pertenecen á los tres reinos; pero á la Musa pertenecen todavía más.» «El alma se canta naturalmente á sí misma todo lo que es bello ó le parece tal: no se lo canta siempre con versos ó con palabras medidas, sino con expresiones é imágenes en que hay cierto sentido, cierto sentimiento, cierta forma y cierto color, que tienen cierta armonía la una cosa con la otra, y cada una dentro de sí.»

De este espíritu sutilísimo, etéreo y luminoso, algo paradójico en la expresión, algo humorista y fantástico, pero enamorado siempre de todo lo bello y santo, decían

sus amigos que parecía un alma que había encontrado por casualidad un cuerpo, se había alojado en él como había podido, y no veía el momento de salir de ella. Fué el teórico de todas las delicadezas idealistas. «Donde no hay delicadeza no hay literatura (decía); un escrito en que no se encuentra más que fuerza y un cierto fuego sin luz, no anuncia más que carácter: cualquiera le puede hacer igual si tiene nervios, bilis y sangre. Ni temo ni odio la fuerza, pero estoy algo desengañado de ella; es una cualidad que solamente es loable cuando está oculta ó velada. En el sentido vulgar de la palabra, Lucano tenía más fuerza que Platón. La fuerza no es la energía: algunos autores tienen más músculos que talento.»

La celebridad de este soñador es completamente póstuma, y no ha hecho más que acrecentarse con el transcurso del tiempo. No es popular, no puede serlo; pero hay muchos que preferirían ser autores de su libro de *Pensamientos* más bien que de todas las voluminosas y espléndidas producciones de Chateaubriand. Esta admiración ha traspasado los límites de Francia, y ha dictado al primero de los críticos ingleses de nuestros días, á Matthew Arnold, páginas que terminan con una especie de apoteosis. «Vivió en los días de los filisteos, cuando toda idea corriente en literatura tenía el sello de Dagón, y no el sello de los hijos de la luz.... Pero hubo unos pocos que, aleccionados por alguna tradición secreta, ó iluminados quizá por divina inspiración, se libraron de las supersticiones reinantes, y no doblaron la rodilla ante los ídolos de Canaán, y uno de estos pocos se llamaba *Joubert*.»

Así como Chateaubriand tuvo su pequeño grupo literario, en el cual con méritos desiguales figuraron, además de los autores citados, el poeta Chênedolle, Guéneau

de Mussy y otros (1), así también Mad. de Staël tuvo el suyo, no menos selecto y mucho más decididamente romántico. En este grupo hay que poner á Guillermo Schlegel, que escribió en francés la *Comparación entre las dos Fedras* (1807), y fué el principal inspirador del libro de *Alemania*. Hay que contar también á Benjamín Constant (de Lausana), tan célebre en otro tiempo como publicista de la escuela doctrinaria, y hoy mucho más célebre, con celebridad casi novelesca, por sus lances de amor y fortuna con grandes damas de su tiempo, y también por su singular novela psicológica titulada *Adolfo* (1815), libro de observación admirable y despiadada, donde se diseca con rigor anatómico una variante del mal de René, mucho menos poética y más opaca que la primitiva. Si es el retrato del alma del autor, ¡qué seca y gastada debía de tenerla! Pero al mismo tiempo, ¡qué sutileza de análisis en este producto de extrema decadencia, cuyo autor no parece haber sido joven nunca! Como crítico iniciador, merece recuerdo por sus *Reflexiones sobre la tragedia,* que acompañan á la imitación en verso que publicó del *Wallenstein* de Schiller en 1809, defendiendo, aunque tímidamente, las libertades del teatro inglés y alemán.

Otro escritor suizo del grupo de Mad. de Staël contribuyó á propagar el estudio de las literaturas comparadas, y á emancipar la imaginación francesa de la supersticiosa adoración de sí propia. Fué éste Sismondi de Sismonde (1773-1842), investigador concienzudo, cuya *Historia de las repúblicas italianas* conserva todavía mucha estimación, á pesar de las rectificaciones que naturalmente ha ido trayendo el progreso de los estudios, y á pesar de

(1) Sobre todos estos personajes y otros más oscuros hay cuantos detalles pueden apetecerse en el *Chateaubriand* de Sainte-Beuve.

las preocupaciones calvinistas del autor, refutadas admirablemente por Manzoni en su libro *De la Moral Católica*. El mismo espíritu domina en su *Historia de las literaturas del Mediodía de Europa* (1813), que naturalmente ha envejecido mucho más; pero que tuvo en su tiempo, y aun después, verdadera influencia. Sismondi trabajó sobre el plan de la obra alemana de Bouterweek, y aun tomó de ella la mayor parte de sus noticias concernientes á las literaturas castellana y portuguesa. En cuanto á la provenzal, no alcanzó siquiera los trabajos de Raynouard, y tuvo que limitarse al pobrísimo libro de Millot; y en la italiana, que conocía más directamente, no adelantó mucho sobre Guinguené. Pero la idea de presentar juntas las literaturas meridionales, afirmando la unidad superior del genio neo-latino, era sin duda idea alta y fecunda, aunque Sismondi, escritor mediano y más laborioso que genial, no acertase á desarrollarla. Hay, además, en el libro, en medio de innumerables errores de todos géneros, que arguyen una preparación muy insuficiente, algunas observaciones históricas profundas, algunos juicios felices, que bastan para que todavía se la mire con cierto respeto. Es un libro de vulgarización muy incompleto, pero que en su día fué útil. Lo poco que supieron de literatura extranjera los románticos franceses fué aprendido en el libro de Sismondi y en la *Alemania* de Mad. de Staël. De la difusión del primero en Europa dan testimonio la traducción alemana de Hain en 1815, la inglesa de Roscoe en 1823, y la muy interesante de la parte española, corregida y adicionada hasta duplicar su volumen, por Figueroa y Amador de los Ríos en 1842.

También deben referirse al grupo de Coppet las traducciones de algunas obras alemanas, de capital importancia

crítica. En 1812 apareció la *Historia de la literatura española,* de Bouterweek, desglosada de su obra lata sobre las literaturas de Europa, y traducida por Mad. Streck, con un prólogo de Stapfer, recomendando el estudio de nuestras letras por consideraciones de historia filosófica. El prologuista sostiene que «si los poetas franceses se hubiesen atenido á las costumbres, á los sentimientos, á las instituciones de nuestros abuelos, á nuestros usos y á nuestra religión, hubiera tenido Francia algo mejor que una literatura híbrida ó descolorida, compuesta unas veces de elementos heterogéneos y contradictorios, y calcada otras sobre un tipo extraño á nuestras ideas y nuestro modo de ser: literatura griega en caracteres occidentales, calco infeliz de la literatura de los antiguos, imagen débil y pálida de un original lleno de vida y de color, copia, en fin, semejante á esos fríos grabados que tienen la pretensión de reproducir los cuadros de Rubens y del Ticiano». Comenzaba á insinuarse la intolerancia romántica, de que luego veremos tantos ejemplos. En 1814 fué traducido el *Curso de literatura dramática* de Guillermo Schlegel, por Mad. Necker de Saussure, que se creyó obligada á templar en un prólogo las invectivas de Schlegel contra el teatro francés. Pero la influencia del prólogo no contrarrestó á la del libro. La causa de los innovadores, definitivamente ganada en el campo de la teoría, iba á serlo muy pronto y ruidosamente en el campo del arte. Pero como los grandes poetas (salvo Chateaubriand, cuya prosa fué la única poesía de entonces) no habían aparecido aún, el movimiento de las ideas literarias en tiempo del imperio apenas salió de los libros de crítica. Todavía hay que citar algunos dignos de alabanza. Tal es, sin duda, el excelente *Cuadro de la literatura francesa durante el siglo XVIII,* publicado en

1809 por Barante, tan célebre luego como historiador de los Duques de Borgoña. Este *Cuadro* debe leerse, aun después de conocido el de Villemain. No es tan anecdótico y pintoresco, pero tiene un criterio más firme y más ideas de conjunto. El autor conviene con Mad. de Staël en mirar la literatura principalmente bajo el aspecto social, pero ni justifica ni absuelve el espíritu *filosófico* del siglo XVIII. Trata duramente á Rousseau, y no con más blandura á Diderot. En literatura propende al romanticismo histórico y á la rehabilitación de la Edad Media. «El siglo de Luis XIV nos ha hecho olvidar (dice) que Francia tenía una gloria más antigua y más solemne que la de ese siglo de elegancia.» La idea era profunda para escrita en 1809 : Chateaubriand en *El Genio del Cristianismo* no la había sospechado siquiera. Barante, conocedor de la literatura alemana, fué también el primer traductor completo del teatro de Schiller ; pero en tiempos bastante posteriores, cuando ya su talento había llegado á perfecta madurez dentro de la vía romántica, y había aplicado á la historia los procedimientos pintorescos de la novela de Walter Scott (1).

También pertenecen á esta época los primeros ensayos del gran iniciador literario Claudio Fauriel (1772-1844). Lo que en sus trabajos de erudición haya de incompleto ó de poco seguro no debe hacernos cometer injusticia con este insigne varón, que fué el más incansable propagandista de las literaturas extranjeras en Francia, y el primero que llevó formalmente á la cátedra el estudio de los orígenes literarios de la Edad Media. Por su educación y sus primeras relaciones, Fauriel pertenecía al grupo de los ideólogos, había sido amigo y testamenta-

(1) Hay de Barante tres tomos de *Mélanges Littéraires* (1825).

rio de Cabanis, que le dirigió su *Carta sobre las causas primeras;* pero desde el principio se distinguió de los hombres del siglo XVIII por un instinto de curiosidad histórica desinteresada, que ellos no tuvieron nunca; por un gusto más liberal y hospitalario. Se ha dicho de él que siempre estuvo adelantado en más de veinte años á las ideas dominantes. Ya en 1810 había traducido y publicado un poema alemán, la *Partheneida* del danés Baggesen, especie de idilio épico al modo de la *Luisa* de Voss ó de *Hermann y Dorotea*. Á la traducción acompañaban unas excelentes reflexiones preliminares sobre este nuevo género de imitación homérica. Amigo íntimo de Manzoni, á quien conoció muy joven en el círculo de Mad. de Condorcet, tradujo en 1823 las dos tragedias *Carmagnola* y *Adelchi,* de cuyos coros decía que le aceleraban el pulso como los de Eurípides; y tradujo también el diálogo de Hermes Visconti contra las unidades dramáticas, al cual sirve de admirable complemento la carta que en francés escribió Manzoni á M. Chauvet, que había juzgado su obra con criterio clásico. En 1824, siguiendo Fauriel las huellas de los grandes colectores de la poesía popular en Alemania é Inglaterra, publicó los *Cantos de la Grecia Moderna,* con un prólogo en que se define admirablemente el carácter de este género de poesía, que *participa del privilegio de las obras de la naturaleza.* La colección fué acogida con entusiasmo, y no sólo influyó en el estudio cada vez más asiduo de las literaturas populares, sino también en el *filo-helenismo* y orientalismo de los románticos. Sin ser un historiador de genio como Agustín Thierry, contribuyó á la renovación de la crítica histórica y de los métodos narrativos, con su *Historia de la Galia Meridional* desde la invasión de los bárbaros hasta la desmembración del imperio carolingio. Fué el primer

profesor de literatura extranjera en la Sorbona, inaugurando su enseñanza en 1830. Á ella debemos una porción de estudios que hoy pueden parecer anticuados, pero que en medio de algunas teorías insubsistentes y abandonadas ya por todo el mundo como la de la influencia provenzal omnímoda, contienen una masa de investigaciones propias y de adivinaciones críticas, para aquel tiempo extraordinarias. La historia de la *Literatura Provenzal* (1) es de todos estos trabajos el que debe consultarse con más cautela, por el empeño temerario en que el autor se puso de demostrar el supuesto origen provenzal de las canciones de gesta francesas, lo cual le hace descuidar el principal objeto del curso que debió ser la poesía lírica, é introducir mil discusiones extrañas á su asunto. De todos modos, parece extremado el rigor con que juzgan este libro los provenzalistas modernos, guiados, en verdad, por un método más severo y por la aversión á toda retórica y á toda generalización sistemática. Hoy esto es lo más seguro y lo que conviene: quizá en los tiempos de Fauriel podía tener disculpa una filología algo más aventurera y temeraria (2), pero, por lo mismo, más acomodada para ejercer prestigio inmediato sobre espíritus no educados todavía en los métodos de la investigación rígida. Así y todo, ¡qué diferencia entre los cursos de Fauriel y los cursos puramente oratorios de Villemain, diferencia mucho mayor, sin duda, que la que separa á Villemain de La Harpe!

(1) *Histoire de la Poésie Provençale. Cours fait a la Faculté des Lettres de Paris par M. Fauriel.* París, Labitte, 1846; tres tomos. (Publicación póstuma, lo mismo que la de las lecciones sobre Dante.)

(2) Fauriel, como todos los idólatras de lo que llaman *genio popular*, estaba expuesto á grandísimas credulidades, por el empeño romántico de encontrar poesía nacional en todas partes. Su autoridad contribuyó mucho á que pasasen por buenas falsificaciones tan torpes y desmañadas como el canto de *Lelo*, el de *Altabiscar* y otros tales.

Otros rastros nos quedan de la enseñanza de Fauriel, que ocupó los últimos quince años de su vida : algunas lecciones sobre la epopeya homérica, un curso sobre *Dante* y los *Orígenes de la lengua y de la literatura italiana* (1), algunos fragmentos de literatura española, que versan especialmente sobre la vida y teatro de Lope de Vega (2). Ningún crítico francés de su tiempo estudió tantas cosas y con tanto provecho, ni extendió más lejos el radio de sus investigaciones. Fué de los primeros en adquirir nociones de sánscrito; supo el árabe, los dialectos célticos y hasta el vascuence. Y sea cual fuere el valor positivo de los resultados de su enseñanza, siempre habrá que resumirla en una frase honrosísima: «fundó en Francia el estudio de las literaturas comparadas». Ampère, Ozanam y muchos otros son discípulos y continuadores suyos. También ellos comienzan á anticuarse : se dice que en sus trabajos hubo mucho *dilettantismo,* pero sólo á este precio podía ir entrando en la

(1) *Dante et les origines de la langue et de la littérature italiennes. Cours fait a la Faculté de Lettres de Paris, par M. Fauriel.* París, A. Durand, 1854.

(2) Es lástima que no hayan sido recogidos en un volumen los estudios de Fauriel sobre nuestra literatura. El plan general del curso se publicó en la *Revue Française* de 1838. La *Revue des Deux Mondes* de 1839 y 1843 contiene dos artículos de Fauriel intitulados *Vie de Lope de Vega* y *Les Amours de Lope de Vega.* Estos artículos, fundados principalmente en el texto de *La Dorotea*, á la cual da Fauriel valor autobiográfico, dieron motivo á una réplica de Damas-Hinard (1842) y á un artículo de Magnin en el *Journal des Savants* (1844). Hay un extracto analítico del curso de la literatura española de Fauriel en el *Journal de l'Instruction publique* (1838 y 1839.) Son veinte artículos firmados por E. Burette. Se ve que Fauriel había reconocido la unidad del genio español y se remontaba á sus orígenes, hablando primero de turdetanos y celtíberos, luego de la literatura hispano-latina, gentil y cristiana, y también de la árabe, todo ello algo rápidamente, pero con conocimiento de causa. Exageraba la influencia provenzal, según su costumbre, buscando en los relatos épicos castellanos la confirmación de su teoría sobre las *gestas* francesas. Trataba con detención, y al parecer con recto juicio, la historia del teatro hasta Lope de Vega, en quien terminó el curso.

Hay dos excelentes trabajos sobre Fauriel, uno de Sainte-Beuve en el tomo IV de los *Portraits Contemporains,* otro de Ozanam *(Mélanges,* tomo I.)

general cultura el estudio de la Edad Media, que es de interés bastante general para que no debamos relegarle á las compilaciones diplomáticas ni á los ingentes volúmenes de la *Historia Literaria*, inaccesibles á los profanos.

El deseo de seguir hasta el fin la brillante y civilizadora carrera de Fauriel, nos ha hecho apartarnos de aquella literatura de principios del siglo, á la cual se remontan sus primeros ensayos. Todavía podemos encontrar en ella los nombres de otros iniciadores de nuevas formas de pensamiento ó de expresión que habían de tener influjo más ó menos decisivo, más ó menos visible, durante el período romántico. Es imposible, por ejemplo, omitir á Sénancour, el solitario, y misantrópico autor de las *Rêveries* (1799) y de *Obermann* (1804), un hijo de Rousseau y hermano de René, aunque con variantes notables y fisonomía propia: pesimista glacial, pero resignado con cierta nobleza estóica, mezcla rara de ateo y de teósofo; y, sobre todo, admirable paisajista. Si en la melancolía de Chateaubriand hay un fondo epicúreo, en la de Sénancour hay un fondo budista. En este concepto, no puede decirse que su influencia haya terminado: al contrario, parece que se ha recrudecido en estos últimos tiempos. No será extraño que exista á estas horas algún cenáculo donde se dé culto á *Obermann*, y se intente como él llegar á la *abdicación de la voluntad en el seno de la naturaleza*. Matthew Arnold le ha celebrado en unas estancias admirables, compuestas á la vista del lago de Ginebra. «Nuestra vida corre demasiado atropellada (dice el poeta inglés), para que lleguemos á alcanzar la dulce calma de Wordstworth ó la luminosa y amplia intuición de Goethe. Y por eso nos volvemos á ti, ¡oh sabio tristísimo!, y sentimos tu magia y tu encanto. El enigma inextricable y desesperado de nuestra edad, tú le has escudriñado.

Inmóvil te sientas, tranquilo como la muerte, armado para el dolor. Fría es tu cabeza, frío tu sentimiento, helada tu desesperación.... Tú, que miraste desde lejos la lucha de la vida y no te mezclaste en ella, tú solo sabes cómo han pasado las cosas, porque solamente vive con la vida de todos el que ha renunciado á la suya. Y por eso venimos á ti, ¡oh maestro! Espesas nubes se han amontonado cerca de la piedra donde te sientas. El reino de tu pensamiento es triste y frío, el mundo es más frío aún. Pero tú tienes placeres que compartir con los que se acerquen á ti; en las brisas de tu montaña flotan bálsamos....»

No se puede expresar mejor la indefinible y siniestra poesía, el adormecedor panteismo que se desprende de las páginas de *Obermann,* sino recordando algunos versos del mismo Arnold, y, sobre todo, algunos de Shelley. Es una sombra maléfica, pero que infunde tales contemplaciones, que los que han llegado á gustarlas alguna vez no aciertan á romper nunca su funesto encanto, que á la larga puede incapacitar totalmente para la acción viril.

Hasta como paisajista parece Sénancour de otra familia que Chateaubriand; éste gran pintor de las llanuras, aquél incomparable pintor de las montañas (1). «Tuvo la opresión de las montañas sobre el corazón (dice Mateo Ar-

(1) Sénancour mismo define bien el carácter singularísimo de sus descripciones, diciendo que son «de las que sirven para hacer entender mejor las cosas naturales, y para dar indicios, acaso excesivamente desdeñados, *sobre las relaciones del hombre con lo que llamamos lo inanimado*». Por eso rechaza todas «esas figuras triviales empleadas ya un millón de veces, y que no hacen más que debilitar el objeto que pretenden engrandecer». Denomina *romántico* su arte, pero le distingue escrupulosamente del arte *romanesque* ó novelesco. «Lo novelesco seduce las imaginaciones vivas y floridas; lo romántico es lo único que habla á las almas profundas, á la verdadera sensibilidad.... Los efectos románticos son los acentos de una lengua que no todos los hombres conocen, y que es extranjera en muchos países. Y, sin embargo, esta armonía romántica es la única que conserva á nuestros corazones los colores de la juventud y la frescura de la vida. El hombre de sociedad no siente estos efectos demasiado lejanos de sus hábitos; acaba por decir: ¿qué me importa? Pero vosotros,

nold); tuvo los contornos virginales de las montañas «en su estilo *blanco.*» No se puede decir que este misterioso personaje dejara ningún discípulo directo, pero su literatura obró como un filtro mágico sobre algunas imaginaciones; la de Jorge Sand, por ejemplo, en algunas de sus primeras novelas *(Lelia, Espiridion)....,* la de Sainte Beuve en su primera juventud, en su período elegíaco y místico, en el de *Volupté.* Aun en sus obras críticas jamás habla de Sénancour, sino con el mismo tono de apasionada devoción y respeto religioso con que el iniciado en los misterios de algún culto esotérico hablaría del hierofante que en ellos le hubiése iniciado (2).

Hubo por estos tiempos otro solitario contemplativo, cuyas aspiraciones morales y religiosas diferían profundamente de las de Sénancour, pero que no dejaba de parecérsele por el carácter de sus meditaciones, y por ser, como él, una especie de poeta de la metafísica. Este nebuloso escritor, cuya influencia fué tardía, pero más ruidosa que la de Sénancour, es el lionés Ballanche (1776,-1847), especie de iluminado neo-católico en el sentido verdadero de la palabra, es decir, partidario de un cristianismo progresivo, difícilmente compatible con la ortodoxia, de la cual, sin embargo, nunca se apartó á sabiendas: hombre por otra parte de altísimas intuiciones históricas mezcladas con alucinaciones y sueños proféticos, en que alternativamente se manifiestan las doctrinas expiatorias de Saint-Martin y José de Maistre, las teorías palingenésicas del ginebrino Bonnet y las concepciones de la escuela

hombres primitivos, lanzados acá y allá en el siglo vano para conservar la huella de las cosas naturales, vosotros os reconocéis y os entendéis en una lengua que el vulgo no sabe.»

En la carta 21 de *Obermann* trae esta definición de la belleza: Lo «bello es lo que excita en nosotros la idea de relaciones dispuestas para un mismo fin, según conveniencias análogas á nuestra naturaleza».

(2) Vid. *Portraits Contemporains,* tomo I.

tradicionalista sobre la revelación sobrenatural por medio del lenguaje, «el *magismo* de la palabra», que implica en el sistema de Ballanche otro *magismo* ó poder taumatúrgico del hombre sobre la naturaleza. Pero lo que Ballanche no debe á nadie, lo que da especial valor y significación honda á sus escritos en medio de las nieblas teosóficas en que están envueltos, es el sentido profundo y rarísimo que tuvo de la poesía de las edades primitivas, del genio de las religiones clásicas y de la poesía sacerdotal y simbólica. Habla de ella como un iniciado en los misterios de Samotracia, como un hierofante que levanta los velos del santuario eleusino. Más bien que una interpretación laboriosa de los antiguos mitos, como las que hizo en su decrepitud la escuela alejandrina, parece que nos transmite una reminiscencia personal de las *castas orgías* y místicas purificaciones á que ha asistido. Él mismo se jacta de tener en mucho mayor grado que Virgilio la inteligencia y el respeto de las *cosas santas* del primitivo paganismo. Esta especie de intuición poético-teogónica, esta nueva interpretación ó más bien renovación de la mitología más vetusta, es el alma del *Orfeo* y de la *Antígona* de Ballanche, poemas en prosa que, apareciendo después de *El Genio del Cristianismo* y de *Los Mártires*, mostraron que no era tan irreparable la sentencia de muerte lanzada por los románticos contra el mundo de la fábula, y que todavía quedaba en él un tesoro de bellezas primitivas, patriarcales y solemnes, no entrevistas siquiera por los pseudo-clásicos. En este concepto Ballanche fué un innovador artístico muy digno de recuerdo, y más ó menos participan de su influencia todas las poesías de asunto clásico compuestas por los románticos, desde Alfredo de Vigny y Víctor Hugo, hasta Laprade y Leconte de Lisle, y también las histo-

rias poéticas ó poemas historiales de Michelet y de Edgardo Quinet, discípulo á un tiempo de los dos *profetas* históricos Ballanche y Herder.

También es imposible omitir, tratando de la literatura del Imperio, los primeros escritos de Carlos Nodier (1780-1844), que no era todavía el ingenioso narrador á quien debemos *Inés de las Sierras, El hada de las migajas, Trilby, la leyenda de Sor Beatriz*, la de *Francisco Columna* y tantos otros primores de fantasía y de gracia, ni tampoco el erudito excéntrico y chistoso que convirtió la bibliografía en una ciencia amena, sino un *wertheriano* furibundo, un visionario lúgubre, en quien las propias desdichas y el espectáculo de la Revolución francesa habían desarrollado con suma intensidad (hasta tocar en los lindes de la locura), el sentimiento melancólico y la exaltación imaginativa. Así nos le muestran todas sus obras juveniles, *El Pintor de Salzburgo* (1803), las *Meditaciones del Claustro*, los *Ensayos de un joven bardo* (1804), *Los Tristes ó Misceláneas sacadas de los apuntes de un suicida* (1806). Pero esta crisis fué pasajera, y de ella salvó á Carlos Nodier su propio espíritu novelesco y aventurero, su movilidad de impresiones, y cierto humorismo simpático y benévolo que constituía el fondo de su caracter. Por otra parte, era creyente sincero, disposición que se fué acentuando con los años, pero que ya aparece en la más antigua de sus producciones y la da un matiz especial dentro del *wertherismo*. «La pistola de Werther y el hacha del verdugo nos han diezmado (exclama): una nueva generación se levanta y os pide claustros.» Nodier, ni se encerró en el claustro, ni apeló á la pistola de Werther. La musa de Walter-Scott, y sobre todo la musa de Perrault y la de Hoffmann, comenzaron á arrullarle con más apacibles fantasías y más regalados sueños, y si todavía entre

ellos se desliza alguna lágrima, es ya de las cristalizadas en forma de arte, no de las que nacen del frenesí histérico. Nodier fué, á la vez que un precursor del romanticismo, uno de sus colaboradores y aliados más asiduos: cuando viejo, lo mismo que cuando joven, marchó siempre á la vanguardia de la escuela. Su grande y positiva originalidad fué la importación del cuento fantástico alemán de Lamotte-Fouqué, de Chamisso, de Hoffmann, de Novalis, de Tieck, aclimatado por él en el país de Europa que parecía menos dispuesto á recibirle. Sus primeras historias de vampiros y demonios nocturnos, *Lord Ruthwen* y *Smarra*, causaron general extrañeza, y fueron miradas por la crítica como un producto bárbaro. Nodier demostró entonces que el fondo de *Smarra* estaba tomado de *El Asno de oro* de Apuleyo, y que no había en aquella excéntrica fantasía (de la cual dijo Merimée que «parecía el sueño de un Scytha contado por un griego»), una sola imagen que no pudiera encontrarse en algún clásico, griego ó latino. La demostración sorprendió por lo inesperada, y aquel ardid de buena guerra fué muy ruidoso y muy celebrado entre los románticos. Fué también Nodier de los primeros en contribuir al renacimiento arqueológico de la Edad Media, emprendiendo y escribiendo, en colaboración con su amigo el barón Taylor, *Viajes pintorescos* por la antigua Francia. Tanta variedad de aptitudes, una curiosidad tan inquieta, un espíritu tan abierto, una gran bondad de alma y una sencillez casi infantil, convirtieron á este cuentista bibliómano, deliciosamente enamorado de las musarañas, en ídolo de la juventud romántica, desde Víctor Hugo hasta Alfredo de Musset (1)

(1) Sobre Nodier, véase especialmente el estudio de E. Montégut (*Nos Morts Contemporains*, 1.ère *serie*). Uno de los resultados del romanticismo fué el despertar en Francia las energías características de las diferentes regiones, violentamente anuladas por la centralizadora disciplina

Creemos inútil citar los nombres de otros escritores oscurísimos que por una ú otra razón pueden ser considerados como precursores del romanticismo en los primeros años de nuestro siglo. La mayor parte son *wertherianos* extrafalarios, á quienes la indulgencia de Nodier concedió cierta celebridad póstuma, pero cuyas producciones débiles y enfermizas sólo pueden citarse como signo de los tiempos, y como testimonio de aquel género de desesperación moral que suele acompañar á la impotencia literaria. Algunos de estos *genios no comprendidos* pertenecen todavía al siglo XVIII. Además de las *Aventuras del joven D'Olban* (1777), que ya hemos citado, y que son sin duda la más antigua imitación francesa de la célebre novela de Goethe, hubo la *Colección de novelas imitadas del alemán* (1786), por Nicolás Bonneville, especie de loco literario, cuyo retrato nos ha dejado Nodier en sus *Recuerdos de la Revolución;* y hubo *El último Hombre,* poema en prosa de Granville, otro escritor famélico y trastornado, que acabó por poner en acción el desenlace de *Wether,* arrojándose al agua en 1805. También puede citarse, en otro orden de ideas, á Marchangy, que comenzó á publicar en 1813 una obra voluminosa y hoy totalmente olvidada, con el título de *La Galia Poética,* y el declarado propósito de rehabilitar la poesía de la Edad Media, así como Chateaubriand había rehabilitado la del

clásica. Así como en Chateaubriand, en Lamennais y en Renán se manifiesta, aunque de diversos modos, la genialidad bretona, así Nodier (que se llamaba á sí propio *francés conquistado*), Víctor Hugo (nacido en Besançon «*vieille ville espagnole*»), y Proudhon, hijos los tres del Franco-Condado, parecen haber conservado, cada cual á su modo, cierta intemperante bizarría y fogosidad de imaginación, cierta potencia de color, que no van mal con los orígenes históricos de su provincia, la cual hasta mediados del siglo XVII no dejó de ser española para convertirse en francesa. Lo cierto es que estos autores son de los que con más facilidad comprendemos y gustamos los españoles, al paso que el tipo literario francés puro, el *francés* clásico, llámese Racine ó Voltaire, generalmente se nos resiste.

Cristianismo. El autor se complace en formular proyectos de epopeyas y de dramas, para que los poetas los ejecuten; y estudia, desde el punto de vista estético, el blasón y la heráldica. Víctor Hugo mostró luego el partido que podía sacarse de todo esto; pero es dudoso que la Edad Media de Marchangy, falsa y melodramática, ni las peregrinaciones de su *Tristán el viajero* por las abadías y los castillos del siglo XIV, sedujeran á nadie, ni contribuyeran mucho á la propaganda romántica. En arte las intenciones no salvan, y Marchangy no tenía más que buenas intenciones.

En cambio, una frase sola lanzada por un escritor verdaderamente superior, puede tener más resonancia que centenares de volúmenes farragosos. Tal aconteció con unas palabras de Bonald(1), escritas en su *Legislación primitiva* (1802), y comentadas luego en otros escritos suyos, especialmente en un fragmento *sobre el estilo y la literatura* (1806), reproducido en sus *Misceláneas*: «La literatura es la expresión de la sociedad.» De aquí deducía Bonald que la literatura seguía las mismas fases que él asignaba á la general historia humana, pasando del género familiar, patriarcal y doméstico al género heroico y público. «Porque los pueblos nacientes son naciones divididas por familias, y los pueblos civilizados son familias reunidas en cuerpo de nación, *familiae gentium,* que dice la Escritura.» Á la sociedad doméstica corresponde el idilio, á la sociedad heroica la epopeya. Sea lo que quiera de esta aplicación histórica tan en desacuerdo

(1) Suprimo constantemente delante de los apellidos franceses que la llevan la engorrosa partícula *de*, que en Francia tiene cierto sentido nobiliario, pero que entre nosotros no tiene semejante significación, ni otra ninguna, como no sea la de procedencia. Los franceses mismos la suprimen cuando se trata de los nombres consagrados y verdaderamente *ennoblecidos* por la gloria, y dicen á secas Chateaubriand, Lamartine, etc.

con los hechos, que nos muestran el idilio como un género tardío y de cultura refinada (el mismo *Cantar de los Cantares* pertenece á la época más adelantada de la civilización hebrea); lo importante en estas páginas de Bonald es la fórmula ya copiada, que tantos han repetido, sin saber su autor, y otros atribuyéndosela á Mad. de Staël, cuyo libro *De la literatura* está inspirado por un concepto algo semejante, salvo que Bonald ve en el Cristianismo el término del progreso, mientras que Mad. de Staël le dilata indefinidamente.

M. Menéndez y Pelayo.

DE LOS AUTORES PORTUGUESES

QUE ESCRIBIERON EN CASTELLANO (1)

DURANTE no breve tiempo, la atención del público inteligente, y, sobre todo, de las pocas personas que leen en España, se fijó con tal ahinco y con tan candorosa admiración en el movimiento intelectual de Francia, y quizá de algún otro país de los que en el día se consideran al frente de la civilización de Europa, que descuidamos mucho el conocimiento de nuestros autores, y aun llegamos á mirarlos con desdén, más ó menos encubierto.

De aquí sin duda el escaso cultivo que hemos dado á nuestra historia literaria, de la cual no tenemos aún tratado de conveniente extensión y escrito por un español en nuestro propio idioma. Amador de los Ríos dejó en el punto más interesante su grande obra, y lo menos malo completo que tenemos hasta hoy, prescindiendo de la frialdad y pobre sentir de las bellezas, es el libro del anglo-americano Jorge Ticknor.

Recientemente, acaso desde fines del primer tercio de este siglo, el amor propio nacional nos ha estimulado, y la afición á las letras patrias se ha despertado en España, al menos en el pequeño círculo de los que gustan de libros

(1) *Catálogo razonado, biográfico y bibliográfico, de los autores portugueses que escribieron en castellano*, por D. Domingo García Pérez, Doctor en Medicina y Cirugía, antiguo Diputado de la Nación portuguesa por la ciudad de Setubal. — Madrid, 1890.

y no se emplean enteramente en las interminables discusiones políticas.

Nuestros antiguos libros, ó circulaban en ediciones detestables, que arredraban á los tibios y no consentían que los leyesen, ó se habían hecho raros, cayendo los ejemplares que aún quedaban en poder de bibliófilos, que hacían de ellos misterioso tesoro, estimando á menudo, con perversa crítica, cada libro, más por su rareza que por su valor literario.

En esta situación, empezó á publicarse en 1847 ó 1848 la *Biblioteca de autores españoles,* de Rivadeneyra, la cual hizo un gran servicio, divulgando el saber de nuestra literatura, y procurando que este saber pudiese ser algo más que somero, sin convertirse en ciencia oculta, de la que sólo entienden los iniciados.

Desde entonces, así los que compusieron los prólogos, introducciones y notas á los varios autores que publicó Rivadeneyra, como otros eruditos que tal vez han venido después, y entre los que descuellan Menéndez y Pelayo, Adolfo de Castro, Laverde y Canalejas, han ido juzgando y estimando en lo que se debe nuestra amena literatura, poesía lírica y épica, novelas y teatro, y hasta nuestros historiadores, filósofos y demás hombres de ciencia.

Aún queda bastante que hacer en este punto de la crítica, y es harto difícil ponerse en el medio razonable para no desdeñar demasiado ni encomiar tampoco sin medida lo que no lo merece. El segundo escollo es el más peligroso de los dos. Quien en él se coloca, en vez de ganarse las voluntades y de fomentar la afición á los antiguos libros españoles, infunde al vulgo, á la gente de mundo semi-ilustrada, miedo y hasta repugnancia, no falta de fundamento, porque si alguien lee un libro que

el crítico le ponderó como un primor, lleno de ingenio y de gracia, oro de Tíbar de poesía, etc., y se aburre leyéndole, y le halla tonto é inaguantable, creerá que con todos los demás libros que le pondere el crítico le sucederá lo mismo, y no leerá ninguno, y tendrá vehementes sospechas de que no es muy divertida la antigua literatura española.

Harto sabemos todos que la moda, las ideas del tiempo en que se vive, el chiste de fecha reciente, es lo que el vulgo literario penetra bien y aquello en que se complace. De lo pasado suele penetrar poco, y no se divierte ni se interesa por ello ; pero en otros países, no son los hombres tan rebeldes á toda férula como en España ; no tienen tanto el valor de sus opiniones, y reconocen las autoridades y las acatan y se someten. Aquí no. Un inglés irá á oir un drama de Shakespeare, y bostezará y se fastidiará de muerte, pero no se atreverá á decir que el drama es malo ; antes bien le declarará maravilloso y estupendo : mientras que todo español, y más aún toda española, si va al teatro y se fastidia ó se duerme con Tirso ó con Lope, dirá desenfadadamente que Lope y Tirso nada valen. La otra noche, por ejemplo, representaron aquí, en uno de nuestros mejores teatros, una comedia de Molière, traducida por Moratín, y el público, que era de lo más selecto de esta coronada villa, echó á rodar sin el menor escrúpulo la gloria del gran dramaturgo francés y de nuestro egregio poeta clásico, y salió casi unánime sentenciando que era estúpida la tal comedia.

El crítico y el historiador de nuestra literatura deben tener presente todo esto para no excitar con sus alabanzas á la lectura de libros que no merezcan ser leídos; pero tampoco deben escatimar el encomio á todo libro ó

trabajo que sea digno de él, aunque la generalidad del público no sepa apreciarle.

La lectura de libros antiguos, aun de puro pasatiempo, requiere cierto aparato de erudición y bastante fantasía, discreta é ilustrada, para trasladarse en espíritu á la edad en que cada autor escribió, y comprenderle y sentir con él como su contemporáneo, juzgándole después sin pasión, y volviendo, al hacer el oficio de juez, á vivir en la edad en que ahora vivimos.

Sólo así se podrá componer al cabo una historia completa de nuestra literatura ó de nuestra cultura en general, donde se tase su valor, ya absoluto, ya con relación á la cultura de Alemania, Italia, Francia é Inglaterra, que son los cuatro pueblos que con los de esta Península han estado alternativa ó simultánemente á la cabeza de la civilización del mundo, desde que empezó la historia moderna hasta hoy.

En España podemos jactarnos de la cantidad de lo que se ha escrito. Somos ricos en obras. No hay una sola lengua literaria, sino tres: la castellana, la portuguesa y la catalana. Y en cada una de estas tres lenguas, sobre todo en las dos primeras, ha habido un enjambre de fecundísimos autores. Pero como muchos catalanes y muchísimos portugueses han escrito en castellano, la literatura castellana, aunque sólo fuese por esto, sería la más rica de las tres.

Aún nos queda mucho por hacer á fin de lograr una cosa con la que yo sueño: una literatura selecta española: una bibliotequita, por ejemplo, de cuarenta ó cincuenta volúmenes, chiquitos, elegantes y primorosos, donde se reuniese lo mejor de nuestra inmensa riqueza intelectual; bibliotequita que leyesen las damas sin fatiga y hasta con gusto, y que ellas pudiesen tener en sus habitaciones, al

lado ó en lugar de los autores franceses que leen ahora cuando algo leen.

Esta selección atinada no se ha hecho bien aún. Hay motivos, que sería prolijo exponer aquí y que la dificultan. De ello proviene que las letras en España son menos populares y divulgadas que en otros países ; y que, pasado el momento de la moda, si llega durante su vida á estar de moda un autor, todo cuanto ha escrito se hunde en el más profundo olvido para el público, y sólo permanece para los eruditos, casi como si fuera una recondidez. De ello proviene también algo de muy lamentable ó de muy risible, según el humor con que se considere : un divorcio casi completo entre lo literario y lo ameno ó interesante, sobre todo en el teatro, que es por donde el vulgo, que apenas lee, penetra en el santuario de las letras. Á menudo se oye decir, á la salida de los teatros,—la comedia no tiene sentido común, pero me ha interesado ó me ha divertido ;—ó bien,—mucho me ha fastidiado el drama, pero confieso que tiene mérito literario y *¡qué buen verso!*—Lo cual da malísima idea de autores y de público, porque razonablemente no se concibe que lo absurdo divierta ó interese, ni menos aún que tenga *buen verso* ni mérito literario lo fastidioso.

De todo lo dicho se infiere que debemos propender á que salgan en España las letras amenas del apartamiento en que viven, con respecto á la generalidad del público, y, lo que es más de sentir, con respecto á lo que ahora llaman *high life,* en cuyos centros rara vez se ve un libro en castellano.

Alguna culpa tienen de esto los bibliófilos. No pocos de los libros que publican en ediciones elegantes, que jamás ó rara vez tuvieron en España los autores que todo el mundo debiera leer sin aburrirse, son libros que valen

por su rareza, y no valen nada en cuanto dejan de ser raros; libros que suele no ver sino por el forro el curioso ó vanidoso que los compra, pudiendo afirmarse que, de los trescientos ó cuatrocientos ejemplares de que consta la tirada, las dos terceras partes quedan con las hojas unidas sin que llegue á separarlas la plegadera.

Mi espíritu, muy inclinado á las contradicciones, si bien más aparentes que reales, me ha llevado á decir cuanto va dicho, sobrado extensamente si se mira al objeto que hoy me mueve á escribir, y me lleva en seguida á añadir algo que parece diametralmente opuesto. Y lo parece, aunque no lo es, porque, á fin de llegar á la clasificación y selección deseada, á que tengamos bien determinadas nuestras obras maestras, y á que salgan, digámoslo así, de entre el ingente cúmulo de cuanto se ha escrito, para que el vulgo las admire, importa que ese ingente cúmulo se forme todo y venga á ser conocido, al menos por los que especialmente se dedican al estudio.

En este sentido, sin salvedad ninguna y con toda el alma, es menester declarar que son altamente beneméritos de la patria y de la cultura castiza, Gallardo, Estébanez Calderón, Gayangos, Durán, Barrera y Leirado, Sancho Rayón, Zarco del Valle, Valmar, Cañete, los dos Fernández-Guerra y algunos otros.

El autor del libro de que voy aquí á dar cuenta, ha venido á colocarse á no poca altura, en compañía de tan ilustres críticos y eruditos.

Aunque D. Domingo García Pérez es portugués de nación, pasó su primera mocedad en Granada, y estudió en el colegio del Sacro-Monte, donde fué compañero de los Fernández-Guerra, y donde, sin duda, tuvo por maestros á D. Juan de Cueto y á D. Baltasar Lirola, quienes hubieron de inspirarle su buen gusto en literatura y su

amor á la de Castilla y al idioma de Castilla. Dan prueba de ello el estilo fácil y castellano castizo con que su libro está escrito ; la gran copia de noticias curiosas é interesantes que el libro contiene sobre la vida y las obras de quinientos ó seiscientos autores ; y la multitud de composiciones, muy raras ó inéditas, que en sus páginas encierra.

Sin duda el Sr. García Pérez debe bastante, como él mismo confiesa, á trabajos anteriores de los críticos eruditos castellanos que mencionamos ya, y también á los trabajos de algunos egregios portugueses, como Barbosa, Inocencio da Silva y Costa Silva ; pero es de admirar lo mucho enteramente nuevo con que ha sabido enriquecer su obra.

Ésta sigue el orden alfabético por los apellidos de los autores, que nos atreveremos aquí á distinguir y á clasificar.

Unos son celebérrimos en Portugal ; son los príncipes de las letras de aquel pueblo. Lo que han escrito en portugués casi siempre vale é importa más que lo que han escrito en castellano. En este número pueden ponerse Camoens, Gil Vicente, Bernardin Riveiro, Mousinho de Quevedo, el P. Vieira y dos condes y una condesa de Ericeira. Otros son tan ilustres y tan dignos de serlo en Portugal como en Castilla ; así, por ejemplo, Sa de Miranda. Otros, aunque portugueses, alcanzan más gloria y nombradía por sus escritos en castellano, y se cuentan entre nuestros clásicos, como Jorge de Montemayor, Gregorio Silvestre y D. Francisco de Melo. Y otros que, si menos gloriosos, son en España muy conocidos por su laboriosidad fecunda, como Faria y Souza.

Es muy grande el número de dramaturgos portugueses que, sobre todo bajo el dominio de los tres Felipes,

escribieron en castellano sus comedias. El más ilustre fué Matos Fragoso. Síguenle dos Pachecos, Cayetano Souza Brandao y otros varios, entre ellos algunas poetisas. De todos trae García Pérez noticias biográficas y bibliográficas en abundancia.

Más interesante, y casi siempre más nuevo, suele ser lo que nos enseña el Sr. García Pérez sobre otros portugueses, que también escribieron en castellano, y son célebres por su ciencia, por sus hazañas, por sus peregrinaciones ó por el brillante papel que representaron en la historia de la Península, y aun de todo el mundo, interviniendo en nuestros descubrimientos, colonizaciones, misiones y conquistas. Así el infante D. Pedro ; García de Santisteban, compañero del Infante y narrador de sus viajes por las *siete partidas del mundo ;* el gran Fernán Méndez Pinto, cuya veracidad se va limpiando de sospecha conforme se conocen mejor el Asia Central y el extremo Oriente ; Pedro Texeira, que nos describió la Persia ; el eminente geómetra y cosmógrafo Pedro Núñez ; el astrónomo Silva Freire y bastantes misioneros y médicos, escritores, y á menudo peregrinos, que nos han informado de la fauna, de la flora, y de las lenguas, usos, religión y costumbres de tierras y naciones remotas.

No pequeña parte del libro del Sr. García Pérez la ocupa otro linaje de escritores, que por su casta y creencias se pueden agrupar, y cuyos escritos y vidas eran hasta ahora muy poco ó nada conocidos, á no ser por sujetos de mucha erudición ó muy consagrados á un estudio especial. Hablo de la multitud de judíos portugueses, que, huyendo de la Inquisición, fueron casi todos á refugiarse en Amsterdam y en otras ciudades de Holanda y Francia, donde escribieron en castellano poesías, novelas, filosofía, religión, política y otras cien-

cias. En esta cuenta, si bien alguno pueda tenerse por español, como Miguel de Barrios, que nació en Montilla, aunque de origen portugués, pone nuestro autor á Manasés ben Israel, á los Abarbanel y Abohab, á Baruch Nehemías, á David Neto, á Isaac Orovio de Castro, á Samuel Silva, á Moisés Pinto Delgado, á Abraham Pizarro, á Abraham Ferreira, á Antonio Henríquez Gómez, y á no pocos más, mostrando notable diligencia en los informes que da de las varias andanzas y de los escritos de cada uno de ellos.

Algunos artículos del *Catálogo* del Sr. García Pérez tienen extraordinaria extensión y retratan hábilmente la condición moral y la vida del personaje á que se refieren. Entre estos artículos merece mencionarse aquí el del famoso conde de Villamediana, poetizado por su trágica muerte y por los bellos romances históricos del duque de Rivas. La circunstancia de haber nacido el Conde en Lisboa, por haber ido allí sus padres cuando Felipe II se coronó rey de Portugal, hace que el Sr. García Pérez le incluya en su catálogo. De su vida y de sus escritos inéditos publicó, pocos años ha, un libro interesante el señor Cotarelo y Mori. El asesinato del Conde hace ganar á éste alguna simpatía; pero justo es declarar que, si la venganza fué criminal é infame, casi puede calificarse de merecida. Villamediana abusó de su ingenio, que le tuvo sin duda, aunque estragado por el mal gusto, la pedantería y la carencia de sentido moral, y abusó de su riqueza, de su posición, de sus bríos y de otras buenas prendas personales, para ser procaz y satírico, pendenciero, vicioso y con las mujeres violento y desenfrenado. Su lance con la marquesa del Valle, que fué su amiga, y á quien, por celos, arrancó las joyas que le había dado, desgarrándole el vestido, abofeteándola y magullándola

hasta el punto de que aquella dama estuvo á la muerte, es acción tan brutal que no tiene perdón, fuesen las que fuesen las traiciones é infidelidades de la víctima. Y no contento Villamediana con el material ultraje, volvió á ofender á la dama hiriéndola en el alma y pisoteando su honra en un romance que hizo circular, y donde la acusa de que el caudal de él no bastó á saciar la codicia de ella, y donde, aludiendo al glorioso Hernán Cortés, de quien procedía el título de la Marquesa, dice á ésta jugando del vocablo:

«De la herencia de Cortés,
Que en herencia te cabía,
Heredas ser cortesana,
Repudias la cortesía.»

De otro singular personaje nos informa también muy detenidamente el Sr. García Pérez, prometiéndonos casi la publicación de un curioso manuscrito que de él posee. Es una relación circunstanciada de lo que vió, observó é hizo el autor, durante algunos meses del año de 1605, que estuvo pretendiendo en Valladolid, donde residía entonces la corte. Por lo que se puede presumir de las muestras que he visto de esta obra, hay en ella mucho chiste y gracejo, si bien combinado con el deplorable mal gusto, el enmarañado y pedantesco culteranismo, la impertinente erudición y el abuso de los retruécanos. Aunque el autor, que se llamaba Tomé Pinheiro da Veiga, natural de Coimbra, logró el empleo que pretendía, no parece que salió muy prendado de Valladolid, ni bastante agradecido, para no decir mil horrores de todo. Su relación, no obstante, debe ser animado retrato de la alta sociedad española de entonces. Á ser el retrato fiel, dicha alta sociedad quedaría muy malparada. Triste es tener que confesar que la corrupción había de ser grande; pero

algo ha de atribuirse también á la mordaz maledicencia de que se hacía gala, y á cierto odio contra Castilla, que siempre ha solido brotar con lastimosa lozanía en las almas de algunos habitantes de las diversas regiones de esta Península. Los españoles, ó para que la voz sea más comprensiva, sin anfibología, los *iberos,* solemos ser muy biliosos y con frecuencia murmuramos de los propios más que de los extraños. El Sr. García Pérez inserta en su libro unas quintillas tremendas de Pinheiro da Veiga, por donde ya se puede comprender el tono y carácter maleantes y desvergonzados de la prosa. Si damos crédito á las quintillas, no había en Valladolid, en 1605, señora que no fuese una perdida, ni galán que no fuese un tunante.

En el *Catálogo* hay para todos los gustos. Si Pinheiro da Veiga es todo sal y pimienta, ó, si se quiere, hiel y vinagre, otro autor y poeta, llamado Simón García de Brito, es todo almíbar en punto de caramelo. También estuvo éste en la corte de las Españas, pero sin duda fué menos afortunado. No logró empleo ni tuvo buena ventura, y hubo de volverse á su lugar lusitano. Retirado allí, escribió muy lindos versos sentimentales, llenos de *saudades* de una dama, con quien tuvo en Madrid relaciones amorosas. Estos versos son naturales, sencillos y se recomiendan por cierta delicada ternura y profundidad verdadera de afecto, poco comunes en los poetas peninsulares de aquella edad.

En suma: el libro del Sr. García Pérez es digno por todos estilos del buen informe que la Real Academia Española dió sobre él y en cuya virtud el Gobierno le ha hecho imprimir á sus expensas. Es un complemento necesario para la historia de nuestras letras y de nuestro idioma castellano.

JUAN VALERA.

INTRODUCCIÓN Á UN CUENTO

TITULADO «AVERIGUA QUIÉN TE DIO» (1)

I.

En una ciudad de Francia,
Cuyo nombre nos estorba
Para el verso, por ser bárbaro
Para nuestra lengua armónica;
De una de sus viejas casas,
Sita en una calle angosta,
Á un miserable aposento
Que con las buhardillas toca,
Es donde, aunque nos humille,
La austera verdad histórica
Nos lleva de la leyenda
Hilvanada en estas hojas.
Lector, si tengo la dicha
De que ha tiempo me conozcas,
Si de mis cantares gustas,
Y con mis relatos gozas;
Si eres de los que mis libros
Con dulce indulgencia tomas,

(1) Hoy comienza el ilustre Zorrilla su colaboración en La España Moderna, que ha de ser asidua.

En el próximo número empezaremos á publicar una serie de artículos, semblanzas de los más ilustres personajes de este siglo, retratados por la mágica pluma del poeta. La Emperatriz Eugenia, la Avellaneda, Fernán Caballero, Fígaro, Espronceda, Duque de Rivas, Quintana, Ventura de la Vega, García Gutiérrez, Hartzenbusch, Serra, Bretón, y tantos otros, irán desfilando ante los ojos de nuestros lectores.

Cual pasatiempo inocente
De desocupadas horas,
Ven á la pobre buhardilla
Donde en la miseria moran
Dos españoles que á Francia
Trajo el Dios de las discordias.
Más, en verdad, me pluguiera
Conducirte á una pagoda
India, ó á un chinesco alcázar
De estalactíticas bóvedas
De cedro eterno y fragante
Incrustado de oro y concha,
De marmóreos pavimentos
Que orlaran densas alfombras,
De techumbres sostenidas
Por columnas salomónicas,
Basadas sobre elefantes
De negros pies y áureas trompas,
De salones alumbrados
Por perfumadas antorchas,
Con són de música y fiesta
Estremecida su atmósfera;
Circundados de jardines
Encantados, de frondosas
Arboledas, y cascadas
Espumantes y sonoras;
Pero, ¡ay, lector!, el Oriente
Mi errante ingenio abandona
Y cierra de la Edad Media
Las caballerescas crónicas,
Para contarte del siglo
De las luces una historia
Tan tenebrosa y confusa
Como su luz y sus glorias.
Entremos, pues, lector mío,
En una buhardilla lóbrega,
Desmantelada y exhausta
De cuanto puede hacer cómoda
La vida humana, en los pueblos

Civilizados de Europa;
Donde el hombre á precio pone
La luz, el agua y la atmósfera;
En donde pagan derechos
Y se venden y se compran
Cosas que Dios nos da gratis
Con mano opulenta y pródiga.
Entremos en una estancia
En la cual, doquier se posa
La vista, halla una miseria
Que el espíritu aconcoja.
Sus paredes encaladas
Ni papel, ni tela forran;
Su pavimento no abriga
Tapiz ni estera; las rotas
Sillas en el pavimento
Mal sobre sus pies apoyan;
Su chimenea sin fuego
Lanza por su negra boca
El aire, que en són medroso
Por los tubos se encañona,
Su hollín arremolinando
En su encuadradura cóncava.
De puertas ni de ventanas
Los dinteles no decoran
Colgaduras ni cortinas;
Ni espejos ni cuadros orlan
Los lienzos de sus tabiques,
Donde con su cal se empolvan
En mal enclavadas perchas
Algunas raídas ropas.
Tal es la escena en que pasan
Los hechos de estas memorias,
Cuyo fin guarda el misterio
En sus regiones ignotas.
Entra, pues, á mi buhardilla,
Lector, y entra sin zozobra,
Que aunque haya en ella miseria,
Hay virtud, nobleza y honra.

Entre este mezquino ajuar,
Que ni la amuebla ni adorna,
Tan fieros como infelices
Mis dos españoles moran:
No causa su mal, ni el vicio
Que nos aísla y desdora,
Ni el crimen que nos infama,
Nos envilece y agobia.
Políticas desventuras,
Leyes de la suerte loca
Que hoy hunde al que ayer alzaba,
Les trae do se ven ahora.
Por eso su mal presente
Con noble fiereza arrostran,
Ramas que asidas al tronco
Del árbol que el viento troncha
Y unidas á él las arrastra,
Mas arrancarlas no logra;
Mis dos escondidos son
Víctimas de una ominosa
Guerra civil, cuyos duelos
Siempre en la patria se lloran;
Siempre de duelo se viste,
Y sólo pesares brota
Cuando sus hijos la riegan
Con su sangre generosa.
Los dos pobres españoles
Que en esta buhardilla moran,
Son dos mancebos. El uno
Lucha tendido en la alcoba
Con la fiebre y las angustias
De una enfermedad penosa;
El otro, mientras le vela,
Aprovechando las horas
Y la última luz del día,
Sentado á una mesa coja,
Delante de la ventana,
Las emborronadas hojas
De un manuscrito embrollado

En limpias páginas copia.
De cuando en cuando al enfermo
El rostro pálido torna,
Contemplándole un instante
Con mirada melancólica;
Y viendo que aquél prosigue
Sumido en febril modorra,
A sus papeles se vuelve,
Y en su trabajo se engolfa.
Mas no pudiera ocultarse
Á una vista observadora,
Que en su tarea se empeña
Con impaciencia afanosa;
Pues apresurado escribe,
Palideciendo de cólera
Á cada instante que pierde,
Cuando duda ó se equivoca.
Diez páginas aún le faltan,
Y á él en su afán se le antoja
Que su trabajo se alarga
Conforme el día se acorta.
En vano la luz postrera
De la tarde nebulosa
Aprovecha rayo á rayo,
Y su tinta gota á gota;
Conforme llena la página,
Conforme la pluma moja,
La luz se le desvanece
Y la tinta se le agota.
Algunas veces al cielo
Mira con ojos que imploran
El milagro de Josué
Que alargó un día unas horas;
Y á un candelero sin vela
Vuelve sus miradas otras
Con fuego tal, que, á tenerlo,
La incendiaran por sí solas.
Mas todo su afán es vano;
El día expira, la lóbrega

Noche que va entenebrándose
La estrecha ventana entolda;
Las letras se le confunden,
Y al cabo la pluma arroja,
Viendo que no las distingue
Sobre el papel do las forma.
Vencido el desventurado
Por fuerza más poderosa
Que la suya, y atrás viéndose
Dejar por las voladoras
Alas del tiempo, á quien nadie
Puede atajar, se abandona
Á un desaliento sombrío;
Las lágrimas se le agolpan
Á los párpados, y de ellos,
Antes que saltando corran,
Su faz con las manos cubre,
La frente en la mesa apoya,
Y piensa.... ¡ay! en las miserias
Que al espíritu aherrojan
Á la materia; mefítico
Ambiente que le sofoca.
Piensa en que ha pasado el día
En que prometió su copia
Presentar, y que su precio
Era su esperanza sola;
Piensa en que sin esa suma,
Necesaria cuanto corta,
Carecerán de alimento
Un día más dos personas,
Á quienes tal vez espera,
Á la una muerte muy próxima,
Y á la otra en el desamparo
Desesperación rabiosa.
Piensa, ¡oh miseria!, en que el dueño
De su casa á quien enoja
Darla á extraños insolventes,
De quien ni fía, ni cobra,
Le recordará mañana,

Con voz acaso injuriosa,
Que expira el último plazo
Que se otorgó á su demora.
Piensa, en fin, en que es inútil
En tan dura y perentoria
Posición pensar en nada,
Y en su dolor se desola.
Y estaba el pobre mancebo,
Velada la faz llorosa
En las palmas de las manos,
Demandando al Dios que adora
En aquel amargo trance
Una idea luminosa,
Una muerte oscura y rápida
Ó un ángel que le socorra,
Cuando una mano discreta,
Con precaución misteriosa,
Dió en la puerta un golpecito,
Esperando que á él respondan.
Alzó la cabeza el mozo,
Y sus miradas absortas
Sobre la puerta fijando,
Menos que inquietas curiosas,
Dijo: «Adelante»; y abriéndola,
En la masa tenebrosa
Del vacío de su cuadro
Percibió la móvil sombra
De una mujer cuyo rostro
Un velo espeso encapota.

J. Zorrilla.

CRÓNICA INTERNACIONAL

El Occidente de nuestra Europa.—El pleito entre Portugal é Inglaterra.—La coalición democrática en España y el Sufragio Universal.—Francia y los nihilistas.—Los furores de Parnell.—El discurso regio en Italia.—El emperador Guillermo y sus proyectos.—Oriente de nuestra Europa.—Intolerancia religiosa de Rusia.—Conclusión.

I.

La política presenta nuevas fases cada día, con tal frecuencia y tanta multiplicidad, que no pueden apartarse los ojos de sus tramutaciones, y mucho menos el pensamiento de sus anuncios y de sus augurios. La cuestión lusitana, por ejemplo, aparece hoy con mayor gravedad. Los ingleses han atacado de nuevo el territorio portugués. Y este ataque acaba de traer inmensas dificultades. Habíase arreglado algo el desmedido litigio, imponiéndose ambas partes una especie de inmovilidad; pero el grupo inglés explotador de aquellas regiones y causante de las enconadísimas discordias entre la Gran Bretaña, vieja protectora de Portugal, y su nación protegida, se ha entrado de nuevo por ajenos territorios y ha ejercido en ellos plena soberanía, cogiendo guarniciones é izando banderas. Verdad que no pertenecen tales agresores á las armas oficiales, ni los agredidos

tampoco: la compañía invasora ejerce allí por su cuenta la libre colonización; y la tan terriblemente agredida, pertenece al número de sociedades privadas que allí benefician las minas ó exploran los bosques; pero, en la sobreexcitación de los ánimos, cualquier hecho particular y privado se contagia de los miasmas guerreros esparcidos en los aires. Inglaterra no ha estado tan atrevida é insolente cual otras veces; lejos de esto, demanda cierto espacio de tiempo indispensable á proveer, mientras Portugal no ha estado por su parte y á su vez tan, como acostumbra, neurótico y nervioso; todo lo contrario, con suma dignidad se ha mantenido en sus derechos, muy sereno, apelando, no á mandar gritones y revolucionarios que agitaran las calles, á mandar ejércitos que mantengan con la coerción de una fuerza exterior la realidad viva de su indudable derecho.

El territorio de Manica, en que la Compañía inglesa del Sur de África se ha metido como Pedro por su casa, estaba inscrito entre aquellos puestos bajo la salvaguardia de un común convenio, muy parecido á verdadero armisticio en esta especie de guerra diplomática consiguiente á las agresiones británicas. Y, sin embargo, una sociedad privada, que parece muy decidida en sus resoluciones á indisponer para siempre los reyes de Portugal é Inglaterra, salta sobre los tratados, y comete verdaderos crímenes, incursos en la penalidad que traen aparejada las transgresiones del derecho internacional humano. ¡Cuál problema este problema de África! Cuando uno se acuerda en sus estudios de cómo la civilización ha ido fluyendo á las orillas de los ríos, no puede menos que pararse ante la eternal barbarie del Congo y del Zambeze, por cuyas sendas arterias no ha podido entrar aún la moderna civilización. El Nilo y la cultura egip-

cia, el Ganges y la riqueza india, el Eufrates y la ciencia caldea, el Oxo y la fuerza mongólica, por tal modo muestran cómo con esas corrientes materiales han ido las corrientes intelectuales paralelas, que no puede comprenderse hayan de hallarse por completo en perdurable barbarie otras venas de las que difunden la vida por el planeta, y necesitan difundir también las ideas, elemento vital tan indispensable á la vida humana, como á la composición del agua hidrógeno y oxígeno. Los continentes han ido surgiendo en la civilización universal por épocas determinadas: primero surgió ese delta del Nilo cargado todavía de misterios, y que parece destacarse del África para unirse con el Asia; luego esta increíble Asia misma, cuya civilización se confunde con los orígenes primitivos de la sociedad y de la historia; tras el Asia Europa con su cultura, primero mediterránea, central y hasta boreal más tarde; tras Europa el Nuevo Mundo, que se relaciona con el renacimiento; y tras este Nuevo Mundo Australia, cuya importancia se ha mostrado á nuestra vista en el siglo corriente. ¿Por qué no habría de pasar lo mismo con el África ecuatorial y austral? ¿Por qué no ha de unirse al Zaire portugués una civilización como existe hoy la moderna muy espléndida en el Mississipí y el Plata; como existiera la inca muy vigorosa en las riberas del caudalosísimo Amazonas? Hace bien Portugal defendiendo para la Península ibérica este futuro ministerio civilizador, y hace pésimamente Inglaterra contrastándolo con su maquiavelismo y con sus perfidias.

II.

La renovación del sufragio universal, conseguida por nosotros á tanta costa, exige de los partidos un cambio

en sus procedimientos, al cual no pueden acostumbrarse los nuestros, dominados por la oligarquía y corroídos por la intriga. El primero entre todos los postulados de la universalidad del sufragio, está patente : fin y terminación de los antiguos grupos atomísticos, arrastrados por jefes más ó menos capaces, traílla de caudillos feudales, que se alzan caprichosamente sobre taifas de mezquinos intereses, y comienzo de la formación de un partido magno, que se ofrezca delante de los comicios con un programa práctico, y lo defienda en la oposición ó lo cumpla en el Gobierno, según que le sonría ó no la victoria. Este método se llama británico, y parécenos á nosotros el mejor en política. Muy atomizadas las fracciones varias en España; sus átomos, para constituir moléculas, y sus moléculas, para constituir cuerpos, necesitan obedecer á leyes lógicas tan rigurosas en el pensamiento y en su cristalización la sociedad, como las leyes biológicas en el universo ; y no puede negarse : los átomos en moléculas se combinan, y las moléculas en cuerpos, obedeciendo á esencialísimas afinidades intrínsecas de un carácter químico, el cual trae la geometría correspondiente á su sustantividad, una geometría sobre cada uno de cuyos puntos reina sin contradicciones de ningún genero el supremo código de la dialéctica serie. Los átomos de suyo combinables son los átomos afines en la Naturaleza ; y los partidos combinables de suyo en la sociedad son los partidos afines también. Los venideros no comprenderán jamás cómo, hallándose frente á frente un partido que borró la libertad completa de imprenta y otro que la restauró ; un partido que proscribió los catedráticos democratas de la Universidad, y otro que los reinstaló ; un partido que negó la legalidad de los republicanos, y otro que la reconoció ; un partido que guerreó

contra el Jurado hasta quemar su postrer cartucho, y otro partido que reunió el Jurado nuevamente al acervo de nuestras instituciones democráticas; un partido que restauró el sufragio universal, y otro partido que lo abrogó; un partido que promete seguridad á nuestras libertades, y otro partido que inicia la reacción; un partido que inscribe la soberanía del pueblo en su bandera, y otro partido generado por las camarillas intermedias; aún exista quien, llamándose demócrata, vacile un minuto en su opción, próximo como se halla el combate supremo entre los amigos y los enemigos de nuestra progresiva y gloriosa democracia.

Los que así procedan, carecerán, por fuerza, no sólo de sentido moral, de sentido común. Pero, asaz de las repugnancias habidas en los demócratas republicanos á entenderse con los demócratas monárquicos, hay en los demócratas monárquicos repugnancias invencibles á entenderse con los demócratas republicanos. Parece imposible. Tienen los monárquicos demócratas de común é idéntico desde los últimos tiempos con los republicanos, así los derechos individuales como el sufragio universal; y dudan en las alianzas y hacen distingos pueriles y declaran querer entenderse con unas fracciones y no con otras, acusándose á sí mismos en esta incertidumbre de palaciegos y cortesanos. Pues bien: para partido de Palacio, atento á las camarillas y no á las Cámaras; generado en las antesalas de cualquier camarilla y no en los votos del comicio, harto tenemos con los conservadores y sus coincidentes. Yendo por el camino que van las pasiones democráticas, impulsadas tan sólo de sendos odios, y atentas á sus majaderos escrúpulos, en busca de sus desquites, nuestra conciencia nos acusaría de imbéciles ó malévolos allá dentro, si nos prestásemos al juego de

unos ú otros. Si los fusionistas nada quieren por general regla con los republicanos, tampoco quieren con nosotros los históricos nada, que nos preciamos de serlo cual ninguna otra fracción. Las excepciones hechas por ellas más ó menos tímidamente, sus explicaciones más ó menos estúpidas, lejos de halagarnos, sépanlo, nos ofenden. Á su vez y por su parte, á nuestra izquierda, si los republicanos nada quieren con los fusionistas, tampoco quieren nada con nosotros; cada día más convencidos de que se necesita para la oposición y para el gobierno una inteligencia entre todos. Sea en buen hora. Nosotros no iremos á la coalición hoy con los fusionistas solos; pero tampoco iremos con los republicanos de la izquierda solos. Nos dedicaremos en las próximas elecciones á ver cuántos republicanos conservadores hay en toda España, y Cristo con todos.

III.

No puedo con los partidos cortesanos. Sufriría la institución monárquica en Inglaterra, porque ha sabido el pueblo inglés combinarla de tal modo con el reinado de la opinión pública, que sólo queda tal instituto de casta y privilegio allá en la cima, como una conmemoración de los muertos y como un timbre de la herencia de recuerdos legada por las edades pasadas á las edades corrientes. Pero aquí, donde intenta regular desde las crisis del gobierno hasta las funciones del teatro, aquí va todo cuanto pasa desatinándolo á uno en términos, que pienso con toda gravedad, si podrá convenirnos echar por la calle de enmedio y decir, muerto el perro, se acabó la rabia. En Francia el perro murió. Hasta un hombre tan batallador como Pablo de Casagnac se ha creído en el caso

de afirmar que no pelea por las viejas dinastías, á quienes cree ya enterradas ; pelea por principios religiosos, con los cuales, no solamente puede vivir, sino vencer. La muerte del Príncipe imperial, inmolado cerca de Santa Elena en aras del antinapoleónico imperio inglés ; la muerte del conde de Chambord, nacido en las Tullerías á la sombra del solio secular, y fenecido en el destierro, á la sombra de un pabellón extranjero ; la desgracia del conde de París, aplastado entre los millones de la duquesa de Uzés y las trampolinadas del general Boulanger, han extinguido en tales términos las viejas dinastías francesas, que solamente queda la nación soberana, ejerciendo por medio de progresivas instituciones democráticas su omnímoda inapelable voluntad. Pero esta democracia tiene una política interior y otra política extranjera. En su política interior, ¡ah!, robustece cada día más las instituciones modernas ; y en su política extranjera urde inteligencias y más inteligencias con el Imperio ruso. Y mientras esto hace, aquí suelta un estallido y allí otro el odio aglomerado en Francia misma contra el despotismo asiático de Rusia. Un polaco, Padlewsky, asesinó, como sabéis, al jefe militar de la policía secreta rusa en París, á Seliverstof. A pesar de las precauciones que tomaba éste contra las asechanzas y atentados nihilistas, el enemigo penetró en su cuarto, y cuando le ofrecía oro, y muchísimo, á cambio de traidoras delaciones y horrorosos espionajes, mató al seductor de un tiro, metiéndole por la oreja una balilla con pistolete de salón. Perpetrado el crimen, fuése á casa de una francesa intransigente, Mad. Duc-Quercy, habitadora de los boulevares exteriores, que lo acogió con gusto bajo su techo y lo preservó con fortuna increíble á la vigilante policía francesa.

Pues bien: hallándose de comida un redactor de *El Relámpago,* M. Labruyère, en casa de otra escritora intransigente, Mad. Severine, le propusieron amparar la fuga del perseguido; y tomó sobre sí este gran empeño, tanto como un acto benéfico de humanidad, cuanto por un semillero feraz de noticias. Los naturales afectos humanos y la contemporánea neurosis del noticierismo, como ahora se dice, uniéronse para la empresa. Labruyère pidió dinero á su director, en cambio de la relación única del caso más dramático que pudiera soñar un buen inventor de novelescas noticias, y puso por obra su proyecto. Fingió grave duelo, accidente casi diario entre periodistas franceses, que debía librarse y cumplirse allende la frontera. Citó unos padrinos muy habituados á lances de tal género, padrinos casi de oficio. Disfrazó de médico al homicida, y se fué con él camino de Venecia, por uno de los trenes más rápidos y caros. Dos naciones tan malhumoradas hoy entre sí como Italia y Francia, por necesidad y por costumbre aglomeran mucha policía pública y secreta en sus sendas estaciones fronterizas. Todos los consignados á estos oficios llevaban las fotografías del fugitivo en sus faltriqueras y tenían orden de ponerle mano encima en cuanto á mano lo hubiesen. Pasaron por estaciones internacionales; sufrieron múltiples registros de personas y equipajes; hablaron largamente con todos los celadores de todas las categorías; comieron en cuanto comedor encontraron; y con poco disfraz en el cuerpo y mucha tranquilidad en el alma, llegaron á Trieste, desde donde un buque transportó el fugitivo al Oriente europeo contrario de Rusia, para que desde allí otro buque lo transporte al seno de América, donde hallará un asilo completo y la consiguiente completa libertad. El salvador contó la salvación de su

cuitado protegido con toda seguridad. Excuso encarecer, conocida por todos la insana curiosidad europea, cómo se prendiera en este dramático suceso. La escritora demagógica, en cuya casa el perseguido se refugió, así como su diestro salvador, están ya en la cárcel. Mas no son estos los mejores medios de afianzar la alianza entre la gran potencia moscovita y el republicano pueblo francés.

IV.

La odisea de Parnell, recorriendo su reino, que se le angosta y encoge, como la piel de zapa en célebre novela, bajo los pies, priva hoy entre todos los asuntos europeos. No conozco ninguna complexión de combatiente que poner al lado de la complexión de tal hombre. Nuestras plazas ofrecen ejemplos así en toros, que picados, banderilleados, heridos, chorreando sangre por todo su cuerpo, con la lengua fuera y el hierro asesino dentro, aún escarban furiosos y mugientes las arenas enrojecidas y embisten ciegos á todos sus acosadores. Quien atesora muchos ahorros, cuenta muchísimo dinero; quien guarda la vida, disfruta en su vejez de la salud y la fuerza; quien reconcentra las pasiones, cuando las suelta consigue que den estallidos y tengan ímpetus de volcánicas lavas. Ignoro si á mis lectores meridionales alguna vez les habrá pasado con la rigidez inmóvil y silenciosa del sajón lo que á mí; concluyen por darme como escalofríos de miedo, cual á un supersticioso cualquier sobrenatural visión. Frente á su inercia, nuestra expansión resulta como cualidad sobrenatural y mágica. Parnell, sajón de origen, aunque irlandés de nacimiento, ha sabido callar y concentrarse como ningún hombre quizá

en la tierra. Mas, por haber sabido callar y concentrarse, ha soltado ahora las compuertas á su palabra y el freno á su actividad. En la reunión parlamentaria donde sus antiguos subordinados colegas le depusieron y le destronaron, luchó como cualquier acorralada fiera. Vencido por el número, no pedía piedad á los sublevados; maldecíalos con cólera de pontífice. Parecía un Bonifacio VIII abofeteado por los Colonnas. De una hombrada feroz caía en una puerilidad inocente. Después de haber pronunciado un discurso á lo Catón en Utica, pataleaba como cualquier chiquillo á quien le quitan un juguete sus compañeros de clase y escuela. Cuando le dieron la papeleta de voto para designación de nuevo jefe parlamentario con el nombre de su ilustre sucesor Mac-Karthy, la rompió en pedazos. En fin: la ceguera de sus odios culpa cuitadamente á todos; á los liberales ingleses, á los diputados celtas, al mundo entero, no á su propia personal culpa. Describiendo un colega suyo con colores vivos la infeliz hermosura de la Helena céltica por quien todo aquello sucedía, el rendido amador le llamaba mal caballero, imputándole faltas imperdonables á una dama, cual si ella, según pública sentencia, no se hubiese antes faltado á sí misma y desconocido los deberes morales y los deberes sociales impuestos al sexo hermoso por su conciencia y por su honra. Depuesto de la jefatura del pueblo irlandés á causa de su adulterio con la Sra. O'Shea, imposible hablar sin que tal hecho resultase la indispensable levadura de todos los discursos. Ya sin categoría oficial, dejó Inglaterra y se fué á Irlanda el infeliz, en apelación del fallo de los diputados elegidos al fallo de los comicios electores. Mas halló á éstos muy divididos y separados en grupos irreconciliables.

El clero parroquial, de antiguo disgustado porque un

protestante dominaba la nación católica, se le ha vuelto en contra, y en contra caldeado los afectos religiosos, base verdadera de la vida nacional. Donde los sentimientos políticos dominan sobre la fe antigua, cuesta mucho trabajo á los irlandeses deshacerse de quien ha conducido con tanta fortuna sus aspiraciones al posible logro ; pero donde predominan los afectos católicos sobre las ideas políticas, Parnell aparece como el ángel despeñado de las alturas del empíreo á los abismos del infierno. En Dublín le aclamaron como á un triunfador y se uncieron á su coche los desaforadísimos patriotas. Y como la fracción enemiga suya se hubiese apoderado del órgano de sus ideas y de la historia en la prensa, no se le ocurrió más expediente para obtenerlo y reivindicarlo que asaltar las oficinas y alzarse con la redacción, así como con la imprenta. La locuacidad de Parnell contrasta con su silencio de antes. No se para en estaciones el tren que no resuene con un discurso ardentísimo contra los liberales ingleses y contra los diputados traidores. Tales violencias de su parte inducen sólo á mantener el fuego de la pasión en todos los ánimos. Así la pobre Irlanda se ha dividido en parnellistas y antiparnellistas, todos abismados en una guerra civil espantosa. Para ver lo que pasa, no hay sino anotar cierto infame atentado al orador. Uno de sus enemigos le arrojó grueso puñado de cal viva con tal infeliz acierto á los ojos, que le ha dejado sin vista. Los médicos creen, á pesar del daño hecho, temporal y transitoria la ceguera. Dios le abra en estas tinieblas del cuerpo los ojos del alma, para retirarse de la verdad y ver la luz.

V.

El rey Humberto ha dirigido al pueblo suyo, desde las alturas del trono, ante la representación del pueblo, las líneas generales del programa de Crispi en amplio y elocuente discurso. Á pesar de lo mucho que ha crecido en Italia el elemento republicano y de lo mucho que ha decrecido la fe monárquica, no hay pueblo alguno donde las etiqueterías y ceremonias priven cual allí. Una solemne apertura del Parlamento reviste caracteres muy ceremoniosos en España, y en Inglaterra caracteres muy tristes. Nosotros no hemos reconciliado el trono y el pueblo en la restauración. Esta concordia, que parecía ultimada por la regencia, se ha roto en la crisis última; y toda sesión regia, desde tiempo inmemorial, se distingue por glacialísima frialdad. En el Parlamento británico, aunque la Cámara de los lores brille con áureos reflejos, y las vestiduras de sus dignidades resplandezcan también alrededor del trono; una Reina tan triste, con su toca de viuda bajo la corona imperial, y su vestimenta de duelo bajo el regio armiño, extiende por doquier incontrastable melancolía. Por mal dirigida que Italia esté, por mal administrada, el recuerdo todavía vivo de su antigua crucifixión y la confianza en su estrella riente, dan á estas ceremonias un caluroso entusiasmo, que rayaba en frenesí cuando las presidía Rey tan justamente popular como Víctor Manuel, á quien creen ver los diputados todavía cuando ven á su hijo. Mas lo curioso y original allí está en la fácil expresión de múltiples emociones, á duras penas aquí sentidas en el embotamiento de la sensibilidad, que trae consigo largo régimen par-

lamentario. Una sesión regia en Roma y en Florencia se parece muchísimo de suyo á una primera representación en la regocijadísima Nápoles. El público en una y otra parte no puede contenerse. Con la mayor facilidad grita y aplaude, como con la mayor facilidad refunfuña. En España nadie podría comprender tal estado mórbido, porque, aparte lo particular del estado político, nuestra complexión meridional está muy templada por la natural gravedad española. Las condiciones en Italia del público espíritu se han mostrado con mayor ingenuidad en la lectura del discurso regio que se mostrarán en el recuento de las venideras votaciones. Cuando el Rey aludía con elocuencia indudable á las libertades conquistadas, á la patria restablecida para siempre, á la nación hecha por el concurso y el esfuerzo de todos los italianos ; cuando con voz entera oponía el poder civil á las pretensiones de una teocracia empeñada en rehacer dominio político incompatible con las ideas de nuestro tiempo , un fragoroso aplauso unánime subrayaba las frases y ponía de manifiesto la unidad interior del sentimiento público; pero así que, descendido el discurso de tan vertiginosas alturas, entraba por los detalles relativos al presupuesto y al tesoro , un silencio preñado de amenazas respondía tristemente á la voz del Monarca, infundiéndole tanta extrañeza, que se veía en las alternativas miradas al papel y al público. Á la verdad, el Rey no era más que un vocero de otro. Así, dos discursos ha pronunciado Crispi, uno en Florencia, de política exterior, muy ensoberbecido con la triple ó cuádruple alianza , y otro en Turín, de política interior, muy lleno de promesas respecto á economía. Pero como estos dos discursos en el fondo se contradicen , y Gillioti, ministro de Hacienda, se ha empeñado en que se cumpliera el segundo y que se ini-

ciara en todos los departamentos una sabia economía, con especialidad en los departamentos de Guerra y Marina, sin alcanzarlo; su dimisión, presentada con sobrado motivo, ha disuelto las esperanzas de los buenos y quitado á la sesión regia última su natural alegría.

VI.

Quitando los ojos de Italia y poniéndolos en Alemania, descúbrese la diferencia entre un régimen parlamentario, por imperfecto que sea, y un régimen cesarista, por fuerte y perfecto que parezca. Las elecciones generales, el ministerio responsable, las dos Cámaras legislativas pesan é importan en Italia; mientras que sólo pesa, importa y habla en Alemania su joven y aturdido Emperador. El despotismo ruso está compensado con el silencio en que caen y el misterio en que viven los déspotas aquellos; mas esta garrulidad inagotable del absolutismo alemán humilla y rebaja de continuo á los desdichadísimos y maltrechos vasallos. Entre las ventajas de los procedimientos parlamentarios hay una que á muchos desespera, tomándola por desventaja patente, y que pongo yo sobre todas sus perfecciones, á saber: las conocidas y sabias lentitudes. Imposible que, habiendo de recorrer tantas instancias un pleito parlamentario, con la iniciativa tan manifiesta, con la toma en consideración subsiguiente á esta iniciativa, con las comisiones y sus estudios, con los debates y sus largas, con el derecho á las enmiendas, puedan herirse respetables intereses y menos improvisarse inesperadas reformas. Pero un César de Alemania, cuyos poderes no están bien definidos por el Código fundamental, y cuyas facultades bien limitadas en aquel régimen semi-absoluto, donde la costumbre tan

grande autoridad presta en todas ocasiones al jefe del Estado, puede acompañar á sus improvisadas arengas medidas improvisadas también, y arramblar así en su inquieta voluntad instituciones útiles y sabias. No está muy lejos el Concilio comunista reunido en Berlín por los caprichos del César ; no están muy lejos las manifestaciones del 1.° de Mayo, excitadas desde la Cámara imperial alemana. Así van todas las cosas políticas allí, manga por hombro, como determinadas y puestas en movimiento por una imperial neurosis , hija de un manifiesto atavismo.

Por esta neurosis explícome yo los decretos socialistas que tantos males han de traer al pueblo y al imperio, así como las amenazas de un impuesto sobre las rentas contenidas en los últimos proyectos de presupuestos. Pero donde más la nerviosidad excesiva de Guillermo II se manifiesta, es en el plan de Instrucción pública, que le escarabajea la mollera. ¿Pues no ha partido como de arrancada estampía contra los catedráticos de instituto, y los ha puesto como no digan dueñas? ¿Y sabéis por qué los detesta? Porque diz que prefieren mostrar en sus cátedras las repúblicas romanas y griegas á los imperios germánicos. Y hacen bien. Pues qué, ¿puede compararse la sombría epopeya de aquellos Hijos de la Noche que revolotean como cuervos alrededor de los castillos feudales, en cuyas horcas penden los inmolados siervos, con los perfectos exámetros de la *Ilíada,* ó con la hermosa navegación de los primeros marinos helenos entre los cabos que parecen pedestales de dioses, y los archipiélagos que parecen intercolumnas de templos, sobre aquellas aguas celestes y bajo aquellos cielos clarísimos que llevan disueltas en sus pliegues miriadas de astros y estelas con miriadas de inspiraciones y de ideas? Pues qué, ¿puede compa-

rarse la reforma germánica, la guerra de los frailes, con el renacimiento heleno-latino en que resurgen las estátuas fluyendo miel bíblica de los labios; nacen los continentes al amparo de los marinos iberos; pintan sus cuadros inmortales Rafael y Correggio; cincelan sus joyas Benvenutto y Guiberti; esculpen sus estatuas Sansovino y Buonarroti; cantan Palestrina y Allegri; escriben Lope y Cervantes, y desde la catedral de Toledo hasta el Vaticano de Roma se tiende una guirnalda de inspiraciones artísticas que ornará y aromará cien siglos?

Entre las muchísimas frases que la diligencia del telégrafo transmite desde los cesáreos labios á nuestros oídos hay una contra la cual protestará la indignada humana conciencia. Quiere Guillermo II que los jóvenes alemanes sepan la batalla de Sedán y no el paso de las Termópilas. Para conseguir esto habrá de cambiar por un rescripto cesáreo el gusto universal, y subvertir todos los fundamentos de la historia. Es el extremo de la neurosis comparar la carnicería de Sedán, causada por fusiles y cañones muy perfectos, fuerzas puramente mecánicas, con aquel encuentro sublime de la monarquía oriental y de los ciudadanos griegos sobre aquel monte consagrado en todas las edades como el ara más preciosa del holocausto y del martirio en bien de la libertad y de la patria. El combate de Sedán, dirigido á la conquista, no puede compararse con la defensa de Leónidas, consagrada enteramente á la divina Grecia. Sedán se parece al combate de las especies inferiores, mientras las Termópilas al combate de las ideas divinas. Los Estados griegos aparecían sobre los Estados asiáticos, aun aquellos que tomaban forma monárquica. Las monarquías helenas hallábanse de suyo sometidas á las leyes. Y la ley enaltece al hombre, mientras lo rebaja el despotismo.

Leónidas expresó el sentimiento de los griegos al proponer una resistencia desesperada y á muerte. Todo el espíritu exhalado por aquella tierra de la democracia y de la libertad se condensaba en el espartano que sabía cuántos heroismos para lo por venir podían amasarse con el polvo levantado en aquellos combates heroicos y con la sangre difundida por las venas de aquellos hombres libres. El sol salía cuando Leónidas y sus compañeros abandonaban las ocultas guaridas, y surgían armados y retadores en busca de luz y de aire. Persuadidos estaban de que sucumbirían al número; mas íbales mucho á ellos y á su raza en una muerte honrosa. Preparádose habían á esta inmolación cual á las carreras ístmicas los jóvenes atletas. Al verlos con sus lanzas de oro en el puño, sus cascos reverberando la luz de los cielos en el brazo, á la cabeza la corona de los verdaderos héroes, la multicolor cimera; en actitudes artísticas, ó, mejor dicho, escultóricas; los creeríais dioses tallados por el cincel de Fidias, y reunidos en falange armoniosa por una especie de animación á ellos solos comunicada desde las cumbres ideales de una poesía inmortal.

El número, sólo el número, que subía de las riberas y bajaba de las cumbres, á modo de langostas y de moscones, pudo vencerlos. Mas, para dar cuenta de tres centenas de libres, fué necesario inmolar veintinueve millares de siervos. La horda oriental venció por una superioridad mecánica, puramente mecánica, en aquel encuentro, á la sabia y libre falange, que debía, extincta, vencer á los vencedores por la superioridad incalculable de su idea. Xerxes puso en la cruz el cadáver de Leónidas. ¡Ah! Esas cruces alzadas por los caminos de la Historia, resultan en las perspectivas de los tiempos y en el juicio de los humanos las cumbres del espíritu. En la cruz del

héroe Leónidas, en la cruz del redentor Cristo, en la cruz del siervo Espartaco, se ha emancipado nuestro linaje y se han ido condensando las más altas revelaciones del alma humana y los más sublimes principios del derecho universal. Ellos son los redentores nuestros, por haber muerto : unos, para que tuviéramos patria ; otros, para que tuviéramos conciencia ; todos, para que tuviéramos libertad. En el ejemplo de Leónidas hanse inspirado cuantos han combatido en los pueblos cultos con el arma de una idea contra los bárbaros decretos de la fuerza. El griego moderno, que peleara contra el mogol musulmán, y los españoles, que desde las ruinas de Zaragoza y de Gerona salvaran al mundo entero del cesarismo y sus reacciones, repiten y reproducen, tras tantos tiempos, el ejemplo de Leónidas y su redentor sacrificio. Por eso, Emperador alemán, hasta en una fría clase de retórica, se os arrasan de lágrimas los ojos y os salta de puro entusiasmo el corazón, al oir la sentencia puesta por los helenos sobre los riscos sacros que fueran túmulo de sus héroes : «¡Caminante : ve y di á Esparta cómo hemos aquí todos muerto por obedecer sus santas leyes!»

El Emperador adolece de una monomanía ; entra sin escrúpulo en todos los asuntos, la cual monomanía se comprende y explica por aquel misterio, llamado atavismo ahora. Los Brandeburgos han pecado todos por eso. Existió en su familia un monarca excepcional verdaderamente : Federico el Grande, sí, él solo. De mucha memoria como conviene á un estadista ; de fantasía escasa como su siglo ; de ideas claras más que profundas ; de ironía fina y punzante ; un cerebro más que un corazón ; un carácter servido y á veces mandado por alta inteligencia ; con los poderosos altanero, con los humildes

sencillo ; del genio y de la ciencia entusiasta siempre hasta el delirio ; del mérito siempre admirador ; mediano en sus versos, en su prosa incorrecto, en su filosofía vulgar ; pero cuando refiere sus hazañas digno de compararse con César, no sólo por la sobriedad austera de su lenguaje, por la sencilla modestia natural ; alegre como un héroe antiguo, administrador moralísimo, jurisconsulto experto, celoso de que la justicia llegase hasta las últimas clases plebeyas ; conformado con los juicios de su pueblo, á quien todo se lo dejaba decir, con tal que todo se lo dejase á él hacer ; entero en las adversidades, serenísimo en los riesgos, concienzudo en los planes, tenaz en los propósitos ; resalta sobre todas sus cualidades aquella efusión, con que abría las puertas de su palacio y los brazos de su amistad á todos los que algo pensaban, á todos los que creían en algo, á todos los que trabajaban por cualquier ideal y tenían algún asomo de fe, á los filósofos enciclopedistas perseguidos por las preocupaciones y quemados en efigie por los verdugos, á los hermanillos de Moravia puestos en graves aprietos por sus propias utopías, á los francmasones excomulgados por los Papas, á los Jesuítas expulsos de todas partes por los reyes, á cuantos padecían por alguna creencia ; que su cabeza, verdaderamente sublime, se destaca en guisa de cumbre intelectual sobre su propia edad y reverbera la espléndida luz de lo por venir, el pensamiento de los siglos futuros, porque ha preparado y apercibido la tolerancia universal.

Pero un Emperador meramente militar cuando se acercan los pueblos y los tiempos mercantiles ; un Emperador de combate cuando se necesitan magistrados de trabajo ; un Emperador de conquista frente á la conciencia social muy pagada del derecho y del arbitraje, resulta

contrasentido tal con la razón humana en este período que, siquire se crea socialista de la cátedra é innovador en la enseñanza, no rayará donde rayará aquél, pues carece de atmósfera el alma, si por violencia se la saca y extrae del genio y del pensamiento de su siglo. Guillermo II, componiéndolo y arreglándolo todo al patrón de sus ideas y por el capricho de su voluntad, me recuerda el bisabuelo suyo, enemigo implacable de la revolución francesa, que mientras un tan extraordinario pensador como Scheleimacher difundía con empeño apotegma tan filosófico y humano cual aquel de la separación entre la Iglesia y el Estado, entreteníase con verdadera puerilidad en meter dentro de un saco dos Iglesias, tan dispares como la Iglesia calvinista y la Iglesia luterana, quienes pelearon durante aquellos horrores de la guerra de los Treinta años con mayor furia entre sí que contra sus enemigos comunes, las huestes católicas. Era el rey aquel, hombre de más erudición que talento, de más ciencia religiosa que política; escritor de teología consagrado á publicar memorias sobre los más trascendentales problemas teológicos; el cual, muy pagado de su autoridad absoluta y muy deseoso de convertirla en instrumento de su poder personalísimo, no se permitía punto de reposo ni hora de tregua en reunir las dos Iglesias protestantes. Así despreciaba cual cosa baladí los escrúpulos del clero y la fidelidad del creyente, anudando á roso y belloso lazadas de unión entre las Iglesias, redactando códigos, componiendo liturgias, que llevaba como ensayo á las iglesias militares antes de ir á la Iglesia nacional, pero todo ello sin meditación, sin gravedad, sin juicio. Desengáñese Guillermo II: no basta el rescripto de un Príncipe para limitar el océano de la humana conciencia, ni para despejar la incógnita del pro-

blema social. Todas las omnipotencias que quieren ir allende las fronteras propias del humano poder, se resuelven al cabo en irremisible impotencia.

VII.

Quédanos el Oriente á examinar tan sólo en esta larga crónica. Y del Oriente debemos decir que, ya oculto, ya patentísimo, no cesa un día el combate allí empeñado entre cuatro grandes potencias: Austria, Rusia, Inglaterra, Turquía. Todas las cuestiones incidentes, que toman un carácter principal por las tierras orientales, hállanse como sometidas á esta competencia principalísima entre los cuatro Estados. Las homéricas luchas de los jóvenes y viejos bohemios con los alemanes de todas condiciones; el eterno litigio entre Hungría y Croacia; las amenazas de un rompimiento que lleve á las manos Austria y Rusia; el combate continuo que trae tan á mal traer hombres como Ristich de Servia y Stambouloff de Bulgaria; las suertes echadas por cada vecino sobre Salónica y Macedonia; la ocupación por los ingleses de Chipre y Egipto; el deseo en los italianos de tomar á Trípoli, como los franceses tomaron á Túnez; el sigilosísimo paso de Rusia por los desiertos de Tartaria, y el veto puesto á su llegada por el Imperio inglés hasta los edémicos campos de Cabul; esas escuadras británicas en acecho á la desembocadura de Eufrates, como esos barcos rusos que cruzan el mar de la China; todo cuanto sucede hoy de capital desde las costas de Cádiz hasta las bahías de Australia, todo está regulado por las competencias empeñadas entre tantos poderosos como pululan en guerra callada por el Oriente de nuestra Europa. Los pactos del Sultán con los Patriarcas heleno y armenio, la

paz de Grecia tras el radical cambio de soberanos, el orden relativo de Creta y Arabia, explícanse por una tregua de Dios, muy análoga con las medioevales, por la razón suficiente de que un término mal planteado de tamaños problemas trae consigo aparejada irreparable catástrofe.

No faltan, sin embargo, incidencias curiosísimas, como las bombas que ha querido lanzar Natalia de Servia sobre la paz del reino con su dichoso divorcio, apagadas por haberle puesto encima el pie con decisión la incontestable autoridad del Gobierno. Pero lo que mayormente atrae hoy el interés público está en la intolerancia religiosa de Rusia. Todas las naciones á una se quejan. El catolicismo, en Polonia; el protestantismo, en las provincias bálticas; el judaismo, en todas partes, reciben golpes mortales de las manos del Czar. Cuantos rescriptos el genio de la intolerancia escribiera contra los judíos, hanse puesto de nuevo en vigor por la intolerante Iglesia moscovita y su despótico Sínodo. Los judíos no podrán adquirir bienes inmuebles, los judíos no podrán cultivar las tierras, los judíos habrán de reducirse á barrios, como los antiguos ghettos, que parecían presidios al aire libre, jaulas para contener á los humanos, cual si fuesen fieras. En cuanto estas contradicciones con el espíritu de nuestro siglo aparecen por las alturas de los tronos, yo no puedo menos que dirigirme á los pueblos latinos emancipados, y ponerlos en guardia contra todos aquellos que los impelen á oprimir su propia Iglesia, la Iglesia católica. Cuando retrocesos tan graves como el de Rusia pueden iniciarse á la faz misma de la grande confederación formada por los pueblos cultos, es indudablemente á causa de no hallarse los derechos del hombre tan asegurados en las costumbres rusas como lo

están en la conciencia universal. Por eso, ya sean los czares de Rusia, ó ya los radicales de París, quienes persigan á las sociedades recíprocas, sobre cuyas cumbres el ideal brilla, y en cuyo seno el alma se consuela, cuantos de liberales y demócratas nos preciemos, debemos dar un solo grito : ¡Viva la libertad!

EMILIO CASTELAR.

REVISTA ULTRAMARINA [1]

Vocabulario Río-platense razonado, por D. Daniel Granada, precedido de un juicio crítico, por D. A. Magariños Cervantes, miembro correspondiente de la Academia Española.—Segunda edición, corregida, considerablemente aumentada y con un nuevo juicio crítico de D. Juan Valera, individuo de número de la Academia española.—Montevideo, Imp. nac., 1890.—Volumen en 4.°, de 409-*IV* páginas.

CONTEMPLAR abierta de nuevo la era de los trastornos y las convulsiones políticas en la América que fué española, duélenos, tanto por amor á la humanidad, como por el prestigio de nuestra raza, y más todavía por el temor de ver paralizado el progreso literario en aquellas hermosas regiones, donde con gallardo y vigoroso empuje despertaba nuestro dormido espíritu nacional en sus manifestaciones intelectuales, feliz augurio de mejores días para la patria común. Cerrados los ojos á nuestra inquebrantable convicción política, que estima las formas de gobierno solidarias y aun cooperadoras eficacísimas al engrandecimiento de los pueblos, reconocíamos la que se han dado las nuevas naciones de América en uso de su derecho, como quizá más apropiadas

(1) Rogamos á los autores y editores de Ultramar que envíen dos ejemplares de sus libros, revistas y periódicos á esta Redacción, Serrano, 68, Madrid.

que la monarquía al desenvolvimiento de sus intereses morales y materiales, no obstante inspirarnos la inseguridad de los poderes, que la República lleva siempre aparejada, el recelo de que no pueda florecer una verdadera civilización donde vive en constante peligro el orden público, primer elemento de la vida social. Como ya están afortunadamente muy lejos de nosotros los fanatismos políticos y los apasionamientos de escuela, hacemos votos por que la realidad de las cosas amengüe la influencia del que nos parecía inflexible principio, y permita á los discípulos de Andrés Bello continuar demostrando que la literatura americana tiene ya raíces harto profundas para resistir al huracán de las pasiones políticas, que nuevamente la azota por desgracia.

No sin razón ponemos en primer lugar á los que siguen en América la senda trazada por el insigne autor de la *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos;* porque es notorio que ningún aspecto de aquella novísima literatura ofrece tanto interés y trascendencia tanta como los esfuerzos hechos por numerosos y conspicuos escritores para mantener, depurar y perfeccionar el habla de Castilla. Acaso entre nosotros mismos no podría formarse un grupo tan selecto de cultivadores del buen decir, y los trabajos de aquellas Academias son cada día, bajo este aspecto, más numerosos, más interesantes, más instructivos. Rara vez leemos un discurso de recepción, que no cante poco ó mucho las excelencias del habla española, procurando sus autores al mismo tiempo hacer ostentación de sus gallardías. El último, por ejemplo, que ha llegado á nuestras manos, el de D. Rafael María Carrasquilla, en la Academia de Bogotá, publicado por la revista *Colombia ilustrada,* de 1.° de Octubre de 1890, contiene este expresivo párrafo:

«La gente española recibió del cielo, á cambio de »otras prendas en que la exceden ajenas razas, cierto »desprecio nobilísimo por los intereses puramente mate»riales, marcado espíritu de abnegación y sacrificio, y »delicadeza exquisita para estimar lo bello como quiera »que se le manifieste; y si á esto se agrega que aquel »pueblo es dueño de una lengua, hija mimada de la latina, »parecidísima á su madre en la majestuosa hermosura y »varonil talante, y en prestarse á la expresión de toda »suerte de pensamientos, así los tiernos y delicados, como »los sublimes y profundos, se comprenderá sin esfuerzo »la preexcelencia de la literatura mística española.»

Cuestión es la de la mística que entraña, como es notorio, nuestra filosofía toda entera y que se relaciona de un modo íntimo con nuestra nacionalidad, hasta formar su propia sustancia, y el declararse partidario de la mística, viene á ser como declararse español puro y neto, que fué lo que hizo en contestación al Sr. Carrasquilla el presidente de la Academia, D. José Manuel Marroquín, con un elogio tan caluroso de los místicos españoles, que los llama *los primeros del mundo,* aun hallándose entre sus oyentes algunos que los estiman en poco y que «ape»nas admiten ó abiertamente niegan la posibilidad de las »relaciones entre Dios y la criatura inteligente.»

Aquí por modo palmario puede verse la venturosa influencia que en la fraternidad de los pueblos hispanoamericanos están ejerciendo la literatura y el arte; aquí, en la reivindicación de uno de los géneros literarios á que suelen ser las democracias más hostiles.... No sólo se trataba en aquella sesión de la Academia Colombiana de la rehabilitación de la mística, sino de una escritora de la época que llaman ellos del coloniaje, es decir, puramente española, nacida en Tunja, sor Francisca

Josefa del Castillo, autora de unos *Sentimientos espirituales* que le han valido del Sr. Menéndez y Pelayo el dictado lisonjero de *Émula de Santa Teresa*. Con harta razón mi amigo y compañero D. Juan Valera, en aquellas dos de sus preciosas *Cartas americanas* que enderezó el año pasado al autor del *Vocabulario Rio-platense*, y que hoy forman nuevo prólogo y feliz aumento de la segunda edición de este libro, le decía: «Las cuestiones »de Gramática y de Diccionario, de unión de Academias »de la Lengua, de literatura española é hispano-ameri»cana, de versos y de novelas, escritos y publicados en »español en ese nuevo mundo, no son meramente litera»rias, críticas ó filológicas; tienen mucho más alcance, »aunque uno no se lo quiera dar.»

Tan cierto como bien dicho. Tienen el alcance que ya previó el padre de la filosofía americana al publicar en 1847 su *Gramática* para impedir la pérdida del gran beneficio que aquellos pueblos gozan «en la posesión de un »idioma común, que al propio tiempo es el de una por »muchos títulos esclarecida nación europea, y el órgano »de una grandiosa y abundante literatura».

Como aquel que probaba el movimiento andando, el autor de *Pepita Jiménez* penetra luego de tal modo en las entrañas del libro del Sr. Granada, que parécenos asistir al curioso espectáculo de la mezcla y compenetración de los dialectos autóctonos de las tierras que baña el Plata, principalmente el guaraní y el quichua, con la lengua de los conquistadores, que de evolución en evolución se eleva al estado presente, merced á los misioneros que los bautizan, amamantan, y como á sus pechos los crían, en publicaciones admirables, principalmente místicas y filológicas.

No fija la atención el Sr. Valera, quizá por el propó-

sito que revela su último párrafo, en la calidad de la erudición que esmalta el libro del Sr. Granada, erudición tan copiosa como castiza, y que nosotros aplaudimos calurosamente, sin perjuicio de encontrar en ella un vacío, por virtud del cual, en nuestro concepto, se sobreponen, sin razón bastante, los orígenes guaraníes á los de la llamada lengua de los Incas, que fué sin duda la más dócil á los conquistadores, la que mejor se prestó á sus necesidades lexicológicas. Ya porque estén mejor estudiadas las misteriosas reflexiones del guaraní, ya porque el estudio de ese dialecto se haya generalizado más, merced á las reimpresiones hechas en París y Leipzig por Maisonneuve y Plazman respectivamente (y por raro acaso en una misma fecha, 1876), de las obras del famoso Jesuíta Antonio Ruiz de Montoya *(Arte, vocabulario y tesoro de la lengua guaraní)*, reimpresiones que se han difundido tanto en América, que allí son hoy libros vulgares; ya porque estén en caso enteramente distinto los textos fundamentales y príncipes del estudio del quichua, á saber: las obras de Fr. Domingo de Santo Tomás y del Jesuíta cacereño Diego González Holguín, de las cuales únicamente ha reproducido la imprenta moderna la de este último, y eso incompleta y manca, pues á la edición que se hizo en Génova en 1842, que es la que nosotros poseemos, ya bastante rara también, le falta el *Vocabulario,* que es el que más hubiera servido al escritor río-platense, siendo tan costosas como difíciles de adquirir las ediciones primitivas, como que la del escritor dominico es gótica, de la imprenta vallisoletana de Francisco Fernández de Córdoba, en 1560, y la del Jesuíta extremeño, de la imprenta que tenía Francisco del Canto en la ciudad de los Reyes del Perú en 1607 y 1608, libros ambos que por miles de francos se cotizan; ya, en fin, por una causa, ya por otra,

es lo cierto que mientras el P. Montoya, y por ende la lengua guaraní, presta abundantes etimologías al *Vocabulario río-platense,* la de los poéticos señores del Perú sólo por vagas referencias, y de tarde en tarde se cita. Y aun parécenos que tampoco ha conocido el Sr. Granada el libro de Roberto Ellis, *The quichua language of Peru,* impreso en Londres por Trübner en 1875.

Así, por ejemplo, nos explicamos que dude en la voz *chaucha* de su origen quichua, aunque se lo prediquen autoridades americanas como D. Zorobabel Rodríguez y D. Fidelis P. del Solar. Da el *Vocabulario* del Sr. Granada á la voz *chaucha* el significado de «vainilla tierna »de la judía», y en son traslaticio, «pobreza, falta de gra» cia de una cosa», advirtiendo que procede del araucano y quichua, dándosele en Chile, según el Sr. Rodríguez, la significación de «papa chica y tempranera», mientras presume á su vez el Sr. Solar, que en quichua debe existir algún vocablo semejante que equivalga á *tempranero, nuevo, precoz.* Á esta opinión se inclina el Sr. Granada con profundo instinto literario, diciendo que el uso en el Río de la Plata conviene con las acepciones chilenas del vocablo, pues se aplica á «lo pobre, ruin, des» medrado, falto de gracia y lucimiento». Hipótesis y cálculos de uno y otro, que si prueban, como hemos dicho, buen instinto, prueban á la par desconocimiento de la verdadera fuente quichua. Confirmada hubieran visto, así el Sr. Solar como el autor del *Vocabulario,* su perspicacia etimológica, buscando en la *Gramática* del P. Holguín aquél parágrafo undécimo del capítulo I del libro III, donde trata de la *composición de los nombres y participios con nombres y partículas.* Allí hubieran visto que en la lengua del Inca «*chau* ó *chaupi,* con nombres ó »participios de presente de verbos activos y no neutros

»y participios de pretérito de todos verbos, significa lo »que el nombre ó participio á medio hacer ó medio hecho »ó comenzado á hacer.... Y puédese poner doblado el »*chau* (como *chauchau ó chaupi chaupi)*.... Ejemplo de »nombres : *chau chauypa,* el medio bobo ; *chaupi chau-*»*pi, utic* el medio tonto....—Ejemplo de participios acti-»vos : *chau chau micuc,* el que está á medio comer ; »*chaupi chaupi puñuc,* el que está medio dormido....— »Ejemplo de participios de pretérito.... *chau chau ma-*»*chasca,* medio borracho; *chaupi chaupi llaquisca,* me-»dio afligido». A su vez la partícula *cha,* como todas las de esta lengua, agregada á nombres de cosas, forma verbos que representan la acción de aquellas cosas mismas, con cierta participación del hombre, riqueza muy ponderada por el P. Holguín, como nuestro antiguo amigo el Sr. Magariños Cervantes en el discreto prólogo que puso á la primera edición del *Vocabulario río-platense* se muestra entusiasta del guarani, «espectáculo »único de una lengua toda de monosílabos....», cuyas «combinaciones no son arbitrarias, sino el producto de »un espíritu de análisis y observación, que es extraño »hallar tan maduro en un pueblo inculto.»

De donde resulta que significando *chaucha,* cosa á medio hacer, dió á los sabios una lección el vulgo chileno al llamar *chauchas* á las monedas de dos reales cuando sustituyeron á las antiguas pesetas ; y no queda tampoco bien parada la presunción de D. Fidelis del Solar, cuando sospecha que en el quichua ha de significar tempranero, por aplicarse igualmente como adjetivo á un parto precoz, parto *chaucha.* Mientras no se presente alguna autoridad de este último ejemplo, en vez de vagas suposiciones, ¿no será lícito pensar que se ha confundido el parto precoz con el aborto? La puridad

etimológica se nos presenta en este caso clarísima : *Criatura á medio hacer.*

Más categórico parece todavía el ejemplo de *Mucamo, ma,* vocablo que el autor juzga africano, porque en lo antiguo se llamaba así á los criados negros. Hoy se aplica en general á los criados, según dice, excepto la cocinera ó cocinero, lo mismo en la provincia de Río Grande del Sur (Brasil) que en el Río de la Plata, pero en Bahía y Pernambuco se los suele llamar *mucamba* y *mumbamba*. De aquí la obstinación del Sr. Granada en creer este vocablo africano sin la menor duda. No la tenemos nosotros en creerlo de la lengua del Inca, donde *cama* significa tarea, ocupación, quehacer obligatorio ó de derecho, y la partícula *mu,* implica movimiento, acción, uniéndose principalmente á los verbos á modo de adverbio de lugar, de suerte que *mucama* en quichua vendría á ser *el que por obligación anda de aquí para allá,* si nosotros no interpretamos mal la doctrina algo confusa del P. González Holguín. Quédanos también este escozor por la duda que nos asalta de que se trate pura y simplemente de la frase vulgar castellana *nostramo,* desfigurada y chapurrada por imitar el dejo andaluz ó extremeño con que debieron los primeros criados americanos pronunciarla. *Nostramo, mustramo* se oye hoy todavía con harta frecuencia en nuestros cortijos, y principalmente la usan los manijeros ó capataces cuando contratan el trabajo en representación de sus cuadrillas. Ello es que la palabra *amo* está íntegra en la río-platense, y tan relacionada con la significación de ésta, que parece ser parte de una frase que al desfigurarla la boca del esclavo, le alteró lo menos sustancial y expresivo. De estas transformaciones podrían hallarse muchas en nuestro teatro del siglo XVI, donde fué moda sacar á las tablas negros y mulatos, quizá para

contrastar su gringo dulce y musical con la áspera algarabía de los moriscos.

Por estas y otras observaciones análogas que podrían hacerse, no opinamos, como el Sr. Valera, que una gran parte de este *Vocabulario* debería de ingresar en el acerbo común de nuestra lengua; pues, bien aquilatadas y depuradas, se hallarían quizá muy pocas de puro origen indígena que respondan á una necesidad real, permanente ó nueva del lenguaje humano que no esté en el nuestro satisfecha. Hasta es permitido creer, leyendo los libros de esta clase, que va más adelantado de lo que parecía el trabajo de depuración que la literatura, las costumbres y el orden han emprendido en América de medio siglo acá, trabajo que coincide y completa al de la Academia Española, que por su parte va incluyendo en el Diccionario todas las palabras á que el uso, la necesidad ó la filología dan, por decirlo así, carta de naturaleza. Ejemplos satisfactorios de tal estado de cosas nos ofrece el hermoso libro del Sr. Granada, aceptando muy á menudo las definiciones de nuestro Diccionario sin la menor alteración, y designando otras con nombres españoles objetos que allí han llevado un nombre indígena, y que por lo visto lo van perdiendo. «*Mulita* (dice »por ejemplo), *tatú,* de una media vara de longitud y »cuyas orejas se parecen á la mula.» Si esta definición se hubiera escrito en la calle de Valverde, no nos parecería significativa; pero escrita para los río-platenses, prueba que ellos conocen ya más al animal por *mulita* que por *tatú.*

En igual caso se hallan otras muchas voces, que parecen á primera vista inútiles por encontrarse del mismo modo expresadas y definidas en nuestros Diccionarios. Sin salir de la letra *P,* que en este momento examinamos,

al lado de *Patear* y *Pateador,* que significan lo mismo que en España, figura una palabra obscena que sólo se diferencia de la que nosotros usamos en haberse convertido en participio femenino. El asonante en *ia* da á la nuestra mayor sonoridad y más gracia. Otras, como *garna, guiñada,* etc., etc., han debido excusar al autor esfuerzos etimológicos, porque su origen castellano es evidente. De la primera, que significa llovizna ó lluvia menuda en nuestras costas cantábricas, harto claro lo dice el mismo texto del P. Lozano que alega el Sr. Granada en su *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán,* ni debió hacerle dudar el insigne Ulloa al decir en sus *Noticias americanas* que en Lima llaman garna á la llovizna, pues con esto no pudo entender en manera alguna que fuese palabra peruana.

Otra observación que nos ocurre, y que se presta á profundos estudios, es la abundancia de palabras de origen asiático, ó quizá filipino, que se nota en el *Vocabulario rio-platense.* ¿Es coincidencia etimológica, ó, dicho más claro, analogía de los respectivos idiomas indígenas? En tal caso, relativamente fácil será remontarse á un tronco común, que será probablemente el sanscrito, según hará ver nuestro respetable amigo Fr. Toribio Minguella en la importante obra que prepara acerca de las relaciones de aquella lengua madre con los dialectos malayos de Filipinas. ¿Es que las voces á que nos referimos han entrado en el caudal americano después de la conquista, y merced á las relaciones mercantiles con aquel Archipiélago; relaciones que, casi por regla general, estuvieron limitadas al puerto de Veracruz y Acapulco? En todo caso, ¿por qué y cómo han variado algunas de ellas de significación?

Patay, por ejemplo, en tagalo, significa difunto, y en

americano «pasta seca hecha con la semilla del algarrobo». La diferencia no puede ser más extraña. *Champan,* en cambio, es en América embarcación grande, de fondo plano, dispuesta para la navegación de los ríos (lo que nosotros llamamos barcaza), y en Filipinas barco muy semejante, aunque susceptible de la alta navegación. Su origen es realmente chino, y no cabe duda que por la vía del Archipiélago ha pasado al Plata. *Bagual* equivale á salvaje, y tiene su aplicación á los animales bravíos, con el testimonio y autoridad del P. Parras. Tráela el *Vocabulario* como de procedencia araucano-pampa, *cahual,* si bien luego la cree derivación hecha por los pamperos araucanos de la palabra caballo, cuando poco después de la conquista abundaron tanto estos animales, importados por nosotros, que se hicieron cimarrones, y andaban por los campos á manadas. *Cahuallu, cahuellu y cahual,* dice el autor que los llamaron los indios, imitando lo que oían á los españoles; y de aquí *bagual* á los más fieros. *Sagual* en tagalo es planta silvestre, de fibra más recia y basta que la nipa; y allí, los monteses y los indios, que viven sin ley ni freno, son llamados *saguales.* ¿No se ve clara la analogía? *China,* criada, *estero,* brazo de río que las más veces participa de mareas; y otras muchas palabras tienen más són malayo que americano ó español. Ni falta en algunas aire del Celeste Imperio, como *hangüi,* que es ya muy frecuente en alguna provincia española.

Si no temiéramos dilatar este artículo demasiado, acumularíamos citas y pruebas de cuanto queda dicho, aunque como testimonio de la utilidad é importancia del libro del Sr. Granada sea de todo punto innecesario. Con grande modestia por su parte, nos lo presenta como un mero ensayo, que pule y perfecciona todos los días, y harto bien se ve comparando esta edición con la primera,

aunque medio año escaso las separe. Oigámosle á él mismo :

«Registrar, definir é historiar las voces incorporadas »al lenguaje castellano en el Río de la Plata es tarea »superior á nuestras débiles fuerzas; pero que hemos »emprendido en la confianza de que haría disimular sus »imperfecciones la bondad del intento. Así fué que, »habiendo en el mes de Enero del año actual dado á luz »el *Vocabulario río-platense razonado,* que no era, ni es »ahora, más que un ensayo, la ilustrada prensa de Mon»tevideo y Buenos Aires, y distinguidos y célebres lite»ratos de América y España le dispensaron la más favo»rable acogida, y nos honraron con señaladas muestras »de indulgente aprobación. Alentados con estímulo tan »lisonjero, y agotada poco tiempo después la edición, »que no era numerosa, del bienhadado libro, nos propu»simos sujetarlo á ludimiento de lima, que le hemos apli»cado, en efecto, con mediana diligencia, mejorándolo »además con aumentos considerables : queríamos que la »modesta ofrenda fuese cosa menos indigna del favor que »se le había otorgado. Muy lejos está ciertamente de »merecerlo esta segunda edición, que reconocemos aún »harto defectuosa, que no pasa aún de un ensayo ; pero »servirá para demostrar que hemos hecho algún esfuerzo »por llevar adelante la empresa.»

Nuestro antecesor en el examen del libro del Sr. Granada no disimuló á éste que le parecía defectuoso ; y, en efecto , á pesar de las grandes mejoras hechas, todavía pueden señalarse lunares en el procedimiento, que el autor debe corregir. Pase la admisión de palabras que lo mismo significan y de igual modo se pronuncian en Madrid que en Montevideo, como *alambrado, azúcar,* y otras. Pase el dedicar artículos á las voces de pronuncia-

ción dudosa, como *intervalo,* con buen fin ciertamente, pero equivocado, que más pertenece á la gramática que al lexicon. Pasen, en fin, otros descuidos análogos de poca monta. No puede, en cambio, incluirse en las definiciones de un diccionario palabra alguna que no tenga á su vez definición en el lugar correspondiente, y más de cuatro encontraríamos nosotros en este caso con poco esfuerzo. Sirva de muestra la siguiente, que elegimos por tener marcadísimo carácter local, en el artículo *Expresiones proverbiales,* que, por cierto, nos parece pobrísimo, y ya se lo pareció también al Sr. Magariños Cervantes:

«*Como bosta de cojudo,* cuando se aglomera más gente »de la necesaria para ejecutar alguna cosa.» ¿Que están »ahí amontonados como bosta de cojudo? ¡Á ver! Apár- »tense; esto se hace así: Alúdese á los montones de bosta »que forman los cojudos, por la propensión que tienen á »irla deponiendo donde ven la de otro ú otros que lo han »hecho primero.»

Y si bien en su lugar deja definido *bosta* (pág. 119), *cojudo* se le traspapela, y el autor europeo se queda ayuno de las calidades del animalito que tiene la costumbre del perro. Lo propio acontece con el *embarrado* que suena en las definiciones de *galpon* (pág. 222). Nosotros sabemos que es palabra extremeña equivalente al *jalbegado* de Andalucía; pero el lector que lo ignore, en vano buscará su definición en el lugar correspondiente.

También coincidimos con el Sr. Valera en creer el libro de grande y curiosa amenidad. Aunque ya han podido apreciarla los lectores, les recomendamos, ora por lo instructivas, ora por lo deleitables, las definiciones de *Agua de Lavanda,* aunque por otro estilo merezca censura, *aijuna,* exclamación, *guayacan,* árbol, con las adi-

ciones que le hace el prologuista Magariños en la pág. 12, *bagre,* que es quizá el estrambótico pez botete del mar de la China; *bicheadero,* ¿dolmen ó guarida del hombre prehistórico?; *cancha,* sitio espacioso y llano; *cobijas,* que se recuerda uno de los chistes de Diego Sánchez de Badajoz, en su farsa del *Matrimonio, pagar el pato*, en el artículo *Expresiones proverbiales,* donde hay una advertencia acerca de las estaciones (pág. 219) que habrá de tomar en cuenta la Academia Española; *gaucho,* el campesino aventurero; y en fin, por no ser difusos, *llapa ó ñapa,* que ya han querido aclimatar los indianos en algunas partes de España con aquella copla que empieza :

A mí no me las tranfulles,
que soy soldado de ñapa....

Y pues de versos se trata, concluiremos lamentando que el Sr. Guardia haya puesto por cabeza del *Vocabulario rio-platense* la poesía *Al Paraná*, de D. Manuel José de Labarden. Sin ser un gran poeta el autor de la *Argentina,* D. Martín del Barco, ¿no le hubiera proporcionado mejores descripciones?

V. Barrantes.

REVISTA ECONÓMICA

Ha sido el año de 1890 un período de verdadera perturbación económica en casi todas las naciones.

Próximos á expirar los tratados de comercio que tienen ligados á unos países con otros, cada cual ha pretendido tomar favorables posiciones para ver de conseguir las mayores ventajas posibles en los futuros convenios.

Rompieron el fuego los Estados Unidos con su célebre bill Mac-Kinley, obra que implica un retroceso espantoso aun dentro de la política mercantil reaccionaria de aquella República. Lo más grave de este bill no son sus altas tarifas, con serlo mucho. Más graves y más odiosas son todavía la serie de medidas que pudiéramos calificar de policía aduanera que acompaña á dicha resolución, y que han de dificultar, estorbar, y hasta prohibir en muchos casos, todo género de relaciones comerciales de aquellos Estados con Europa.

Grande fué la alarma que dicho famosísimo bill produjo en nuestro viejo continente; pero en ninguna parte

la provocó tan viva como en nuestras Antillas, y en Cuba singularmente.

Y lo peor del caso es que no tiene nada de infundada. Las Antillas españolas tienen una producción poco heterogénea. Sus productos casi únicos son el azúcar, el tabaco y el café.

Los azúcares de caña de Cuba y Puerto Rico alimentaron, hasta hace algunos años, todos los mercados europeos. El azúcar de remolacha, menos preciado y menos dulce, pero mucho más barato y económico, ha conseguido poco menos que desterrarlos hoy de aquellos centros. Solamente en el mercado de los Estados Unidos mantienen bizarramente la competencia los dulces de caña, y allí es donde se consume casi la totalidad de los que se cosechan en nuestras Antillas.

Entre azúcares y mieles, produce Cuba 800,000 toneladas anuales, como término medio. Esta cantidad se distribuye del modo siguiente :

Países.	Exportación centesimal.
Á los Estados Unidos.....	87,82 por 100.
Á Inglaterra.....	2,60 » »
Al Norte de Europa.....	0,07 » »
Á Francia.....	0,03 » »
Al Sur de Europa.....	6,76 » »
Á otros países.....	2,70 » »

Algo semejante acontece con los azúcares en Puerto Rico.

El tabaco de Cuba conserva todavía más extensos mercados. Es un producto sin rival en el mundo, y así no es maravilla que sea solicitado y buscado por todas partes. No obstante, el tabaco de la grande Antilla no está reducido al renombrado de la Vuelta Abajo. Éste cons-

tituye la parte más insignificante en cantidad, aun cuando la primera en calidad. Vuelta Arriba y Gibara cosechan mucho, y estas procedencias no son ya tan solicitadas, limitándose sus mercados principalmente á España y los Estados Unidos.

De cuanto dejamos escrito á este propósito, se deduce que, comercialmente hablando, y hoy por hoy al menos, Cuba dependa en su economía de los Estados Unidos, y que si este mercado se le cierra sufrirá espantosa é irremediable crisis.

El bill Mac-Kinley *declara libres* los azúcares que no excedan del grado 16 de la escala holandesa, pero al mismo tiempo «autoriza al Presidente de la República para *suspender*, por proclama, desde 1.° de Enero de 1892, la aplicación de esta franquicia para aquellos países que impongan derechos arancelarios ú otros gravámenes á los productos agrícolas procedentes de los Estados Unidos».

Que en romance corriente y vulgar quiere decir: los azúcares cubanos entrarán libres de derechos en los Estados Unidos, siempre que entren libres también en Cuba los trigos y sus harinas, los ganados y las carnes que procedan de los Estados Unidos.

No puede desconocerse que este régimen no sería favorable á la Península, que hoy lleva todavía algunos productos agrícolas á las Antillas, y que dejaría de llevarlos en cuanto se estableciera este sistema de reciprocidad libre.

Una comisión de Cuba, compuesta de personas respetables y representaciones de las sociedades económicas ha llegado á Madrid con el propósito de buscar una fórmula armónica que satisfaga todos los intereses. Dios haga que la fórmula se encuentre. Hasta ahora las con-

clusiones principales que dicha comisión ha formulado son las siguientes :

Tratado con los Estados Unidos.

Venta libre del tabaco habano en España.

Y derogación de las leyes que establece el cabotaje entre la Península y Cuba. La última petición, sobre todo, ha de encontrar muchas impugnaciones por acá.

Pocos días hace nuestro Gobierno se ha creído, también en el caso de satisfacer las aspiraciones de nuestros agricultores, adoptando medidas de defensa en el arancel para algunos productos. Las Cortes, en sus últimas sesiones, habían autorizado la revisión del arancel, y, después de oir la opinión de la Junta arancelaria, el ministro de Hacienda ha promulgado un decreto que establece los siguientes derechos para los productos agrarios:

Número de la partida.	ARTÍCULOS	UNIDAD	DERECHOS — *Pesetas.*
187	Caballos castrados que pasen de la marca.	Uno.	180
188	Los demás y las yeguas.	Idem.	135
189	Ganado mular.	Idem.	80
190	Ganado asnal.	Idem.	12
191	Ganado vacuno.	Idem.	40
192	Ganado de cerda.	Idem.	20
193	Ganado lanar y cabrío y los animales no expresados.	Idem.	2,40
232	Carnes en salmuera y en tasajo.	100 kilos.	11,60
233	Carne y manteca de cerdo, incluso el tocino.	Idem.	50
234	Carne de las demás clases.	Idem.	18
240	Arroz con cáscara.	Idem.	5,30
241	Arroz sin cáscara	Idem.	10,60
242	Trigo.	Idem.	8
243	Harina de trigo.	Idem.	13,20
244	Los demás cereales en grano (excepto el mijo)	Idem.	4,40
245	Sus harinas.	Idem.	7,15

Buena ó mala la obra—que esto ya lo veremos—ha nacido con el concurso de ambos partidos monárquicos. Los liberales la autorizaron; los conservadores la han realizado, no sin haber caído en la inconsecuencia de votar en contra de la autorización cuando era evidente que, sin ella, nada en este sentido hubieran podido llevar á cabo. Los plácemes ó las censuras, justo es, por tanto, distribuirlas, y aun enderezar la mayor parte hacia el partido liberal, que hizo posible la reforma.

Mirada de un modo aislado esta nueva tarifa, y sin relacionarla con las corrientes proteccionistas que en Europa y América dominan, es indudable que pueda calificarse de algún tanto exagerada y alta, sobre todo en algunas partidas; pero no hay que perder de vista que las naciones que aquí nos envían estos productos apenas exportan nada de España, y que, por otra parte, al llegar la hora de celebrarse los tratados con Francia, con Inglaterra, con Bélgica y con Italia, habrán de reducirse, como compensación, algunos de estos derechos, quedando en sus límites razonables.

Gravísima es la crisis por que la agricultura de España atraviesa, y justo es atender á su remedio, ya que los males proceden en no pequeña parte del peso abrumador de los impuestos.

Nosotros hubiéramos preferido medicamentos de otra naturaleza; pero ya que no se estima ahora realizable distribuir mejor los impuestos en orden á todo género de riquezas, no hemos de rechazar en absoluto esta *difusión*, que por medio de las aduanas se busca.

* * *

La crisis bursátil que en el mes pasado se dejó sentir de un modo alarmante en Europa, provocada de un modo inmediato por la suspensión de pagos de la casa Baring Brothers and C.°, ha comenzado á desaparecer. En los mercados monetarios el dinero abunda y en las plazas de París y Londres los buenos descuentos oscilan entre 2 y 3 por 100, como en los mejores tiempos de completa calma. Los empréstitos, por otra parte, no son frecuentes. Fuera del de Francia, que se realizará probablemente en este mes y que ya se anuncia que habrá de cubrirse muchas veces, de ninguno otro tenemos conocimiento.

En España es cada día mayor la suma de ahorro que á la Bolsa concurre. Esto prueba ser un mal si se distrae de ocupaciones industriales, siempre más útiles á la nación; pero el mercado no distingue de colores, y en tanto las cotizaciones suben y nuestros principales signos de crédito van tomando los tipos altos que cuadran á una nación que paga con regularidad sus obligaciones.

Valores industriales apenas se cotizan en la Bolsa de Madrid. Las acciones del Banco de España no alcanzan en este año los precios que en igual fecha de los pasados. Lo cual no es maravilla, si se atiende á las dificultades en que el Banco se mueve, dado el poco margen de billetes que aun le resta por emitir.

Las acciones de la Compañía arrendataria de tabacos han mejorado mucho en estos últimos días. El nombramiento del señor vizconde de Campo Grande para la dirección ha sido bien acogido. Lucha esta Compañía con dificultades que en otro país no se explicarían. En tiempos pasados, cuando la renta estaba en manos del Estado, no producía jamás arriba de 74 á 76 millones de pesetas. Hoy, después de tres años, no más produce líquidos también de 83 á 84. Las ventajas de la explotación por

la Compañía no pueden ser más grandes y manifiestas. Así y todo, el Gobierno parece que se complace torpemente en acumular dificultades.

En los primeros días de Febrero celebrará junta general esta Compañía, y entonces le dedicaremos un estudio completo.

Sus acciones oscilan entre 90 y 92 por 100.

Los títulos del Banco Hipotecario varían poco. Son un sólido crédito. Algunos mayores alientos é iniciativas no sentarían mal en su administración. Ganaría mucho el establecimiento, y más todavía la producción española.

Las cédulas hipotecarias al 5 por 100 quedan á 100,50, y los del 4 por 100 á 93,75.

Para los ferrocarriles, de todo ha tenido el año pasado. Los del Norte pierden, hasta la fecha, un millón de pesetas en sus ingresos comparados con los de 1889. En cambio los de Madrid, Zaragoza y Alicante pasan 664,000 pesetas.

Para el Banco Hispano-Colonial ha sido año de prosperidades. Las conversiones de las deudas de Cuba nutren sus dividendos. Quedan sus acciones á 114 por 100.

Por fin, los últimos tipos de los valores del Estado son los siguientes:

4 por 100 amortizable, 89-10.

4 por 100 perpetuo interior, 76-50.

4 por 100 perpetuo exterior, 77-90.

Cubas, 104.

Idem de 1890, 95-35.

***

Noticias sobre dividendos de fin de ejercicio no circulan todavía.

El Banco de España quizá no pueda llegar al tipo de otros años.

Del Colonial se espera bueno.

La Equitativa ha hecho muchos negocios. Daré cifras exactas en la Revista próxima.

UN EX MINISTRO.

31 de Diciembre de 1890.

Sección Extranjera.

LA SONATA DE KREUTZER

—

SEGUNDA PARTE.

XIII.

Todos, todos, hombres y mujeres, hemos sido educados en esas aberraciones de sentimiento á que se da el nombre de amor. Yo fuí preparándome á ellas desde la infancia, y amé, amé durante toda mi juventud, sintiéndome gozoso de amar. Se me había hecho creer que era la ocupación más noble y elevada del mundo. Pero, cuando llegó al fin el anhelado sentimiento, y, hecho ya hombre, me entregué á él, quedó patentizado el engaño. En teoría podemos fantasear un amor sublime; pero en la práctica es una cosa degradante é innoble, de que repugna hablar y hasta acordarse. ¡Por algo inspira la naturaleza los recatos del pudor! Pero la gente se finge bello y elevado lo innoble y vergonzoso.

Voy á decirle á V. en crudo y en cuatro palabras cuáles fueron los primeros síntomas de mi amor. Me entregué á bestiales excesos, no sólo sin bochorno, sino

hasta con orgullo, perfectamente olvidado de la vida intelectual de mi mujer. Y no sólo no pensaba en su vida intelectual, pero ni siquiera en su vida física. Me asombraba del origen de nuestra hostilidad, y ¡estaba tan á la vista sin embargo! Esa hostilidad no era otra cosa que una protesta de la naturaleza humana contra la bestia que la sometía á su servidumbre. No podía suceder otra cosa. Aquel odio era el odio de los cómplices de un crimen. ¿No es un crimen que, habiendo quedado en cinta al primer mes aquella pobre mujer, siguiese adelante nuestro comercio de cerdos?

V. se figura que me alejo de mi relato. Nada de eso. Continuó refiriéndole la historia de los acontecimientos que acarrearon la muerte de mi mujer. ¡Imbéciles! Creen que la maté el 5 de Octubre. La había inmolado mucho antes, de la propia manera que matan ahora todos ellos. Repare V. bien, que en nuestra sociedad, todo el mundo profesa la idea de que la mujer sirve al placer del hombre (y quizá á la inversa; pero de esto no digo nada, porque yo no conozco más que mi caso): *Wein, Weiber und Gesang*. Así dicen en sus versos los poetas: ¡El vino, la mujer y las canciones!

¡Y si no fuese más que eso! Pero fíjese V. en toda la poesía, en toda la pintura, en toda la escultura, empezando por Venus y Frine, y verá que la mujer no es más que un instrumento de goces. Eso es en Truba (1), en Grachedka y en los bailes de la corte. Y vea hasta dónde llega lo diabólico de la doblez: si se trata de una obscenidad, debería decirse que la mujer es un manjar apetitoso, y punto concluido; pero no: los caballeros empiezan por jurar que la adoran (lo cual no

(1) Un barrio de Moscou.—*(N. del T.)*

les impide mirarla como un medio de goce), y añaden además que la estiman ; unos le ceden el puesto ; otros le recogen el pañuelo ; otros le reconocen el derecho de ocupar todos los empleos públicos, de intervenir en el gobierno del Estado, etc., etc. Pero, á despecho de todo, queda en pie el punto esencial : la mujer es un objeto de voluptuosidad ; á eso se reduce, y ella lo sabe. He ahí lo que se llama esclavitud, puesto que la esclavitud no consiste sino en la explotación del trabajo de los unos para el goce de los otros. Si no ha de existir la esclavitud, preciso es que unas personas se nieguen á disfrutar del trabajo de otras, y miren tal disfrute como un acto vergonzoso y como un pecado.

Lo que hoy sucede es que se ha abolido la forma exterior de la esclavitud, que se han suprimido los actos de venta ; y con eso se imagina uno y asegura á los demás que la esclavitud se halla abolida. No se quiere ver que sigue existiendo, toda vez que la gente no ha perdido la afición á aprovecharse de la labor ajena, ni ha dejado de estimar el hecho bueno y justo, como antes ; y, mientras esto ocurra, nunca faltarán seres más fuertes ó más astutos que otros para explotarlos. Lo mismo pasa con la emancipación de la mujer. La servidumbre femenina estriba realmente en la asimilación de nuestras compañeras con un instrumento de goces. Los hombres las exaltan, les dan toda clase de derechos iguales á los suyos, pero siguen mirándolas como objetos de voluptuosidad, y con ese sentido se educan desde niñas, y en medio del ambiente de la opinión pública. Ellas son siempre las siervas humilladas y corrompidas, y ellos los amos disipados. Sí : para abolir la esclavitud hace falta que la opinión pública repute cosa vergonzosa la explotación del prójimo ; y, para la emancipación de la mujer,

hace falta que esa misma opinión pública repute cosa vergonzosa la estimación del sexo femenino como instrumento de goces.

La emancipación de la mujer no ha de buscarse en las cátedras, ni en las Cámaras de diputados, sino en la alcoba. Hay que combatir la prostitución, no en las casas de lenocinio, sino en el seno de la familia. Se emancipa á las mujeres en las cátedras y en las Cámaras; pero siguen reducidas á instrumentos de placer. Enseñadlas á mirarse como tales, según hacemos nosotros, y seguirán siendo siempre seres inferiores. Y entonces, una de dos: ó con ayuda de un médico canalla tratarán de prevenir la concepción del hijo, y serán unas completas prostitutas, rebajadas, no al nivel de un animal, sino al de un objeto; ó serán lo que son en la mayoría de los casos: unas enfermas, unas míseras histéricas, sin esperanza de progreso espiritual....

—Pero ¿y eso por qué?—pregunté.

—¡Eh! Lo más asombroso es que nadie quiera comprender cosas tan evidentes, que no pueden ocultarse á los médicos, aunque se guarden mucho de divulgarlas. El hombre quiere gozar, y cierra los ojos á la ley de la naturaleza: los hijos. Pero los hijos nacen, y son un obstáculo para el placer. Entonces el hombre, que no busca nunca más que el placer, idea medios de evitar ese obstáculo. Ha encontrado tres medios: 1.°, la receta de los canallas, que convierte á la mujer en un monstruo, reduciéndola á lo que constituye y debe constituir siempre para ella una gran desgracia, á la *esterilidad*—en este caso el hombre puede gozar tranquilamente, y ¡adelante!; 2.°, la poligamia, no la poligamia leal de los musulmanes, sino la infame, la nuestra, la europea, llena de falsía y de dolo; 3.°, la desviación. Pero ésta ni siquiera es

un medio; es simplemente un ataque directo y brutal contra las leyes de la naturaleza, de que se hacen reos todos los maridos del pueblo y la mayoría de las pretendidas personas decentes. No hemos alcanzado todavía el nivel de Europa y de París; no hemos llegado al «sistema de los dos hijos», ni á Mahoma; no hemos descubierto nada, porque no nos hemos puesto á pensar. Barruntamos que hay algo de malo en los dos primeros medios; queremos conservar la familia, y colocamos á la mujer en una situación peor aún.

En nuestro país la mujer ha de ser á un tiempo mismo madre, concubina y nodriza, y no bastan sus fuerzas. He ahí por qué tenemos la histeria, los nervios, y, en las aldeanas, la «posesión», el hechizo. Note V. que en la aldeana «doncella» no existe la posesión, sino sólo en la mujer que vive con su marido. El por qué es evidente, y constituye la causa de esa decadencia intelectual y moral de la mujer, que es el origen de su humillación.

¡Si se meditase qué obra tan grande es la gestación para la esposa! En su seno se forma el ser que nos perpetúa, y entorpecemos y trocamos en trabajo penoso esa obra santa.... ¿por qué? ¡Horroriza pensarlo! ¡Y luego se habla de la libertad y de los derechos de la mujer! Es hacer lo que los antropófagos, que ceban á sus prisioneros para devorarlos, y aseguran á la vez á esos infelices que se preocupan de sus derechos y de su libertad.

—Pero, si es así (interrumpí, estupefacto por las novedades que oía), resulta que uno puede amar á su mujer una vez sola cada dos años.... Y como el hombre.....

—¡Qué! ¿Que el hombre necesita de eso? Sí, es verdad, los sacerdotes de la ciencia lo aseguran. Ya les daría yo á los tales pontífices el trabajo de esas mujeres, que en su sentir son tan necesarias al varón. ¿Qué dirían

entonces? Asegure V. á los hombres que tienen necesidad de aguardiente, de tabaco, de opio, y creerán indispensables esos venenos. Pero se conoce que es que Dios no ha sabido arreglar las cosas como era debido, puesto que las ha dispuesto así sin pedir su parecer á los sacerdotes de la ciencia. El hombre necesita, según han decidido ellos, satisfacer su voluptuosidad, y nos encontramos con que el nacimiento y la lactancia de los hijos son un estorbo para esa función.

¿Qué hacer entonces? Pues dirigirse á los sacerdotes consabidos, qne ellos lo arreglarán todo; y, en efecto, ¡lo han arreglado! Pero, señor, ¿á qué se aguarda para desenmascarar á esos canallas y acabar con todas sus mentiras? ¡Ya es hora! ¡Estamos de ellos hasta lo último! ¡La gente se vuelve loca, se dispara pistoletazos, y todo por lo mismo! ¿Ni cómo ha de ser de otro modo?

Los animales, como si supieran que la descendencia perpetúa su especie, siguen cierta ley en este punto. El único que no conoce ni quiere conocer la ley es el hombre. No se preocupa sino de tener el máximum de voluptuosidad. ¡El rey de la naturaleza!.... ¡el hombre! Note V. que los animales no se aparean más que cuando pueden reproducirse, y el innoble rey de la naturaleza lo hace en todo tiempo. ¡Y no contento con esto, eleva á un ideal esa ocupación de mono! En nombre de tal amor, es decir, de tal indecencia, mata á la mitad del género humano. Y en cuanto á la mujer, que debe ayudarlo en el movimiento de la humanidad hacia la libertad, en vez de un auxiliar, hace de ella un enemigo, en nombre de sus placeres. ¿Quién refrena, si no, por doquiera el movimiento progresivo de la humanidad? La mujer. ¿Por qué? Por lo que he dicho, y por eso sólo.

XIV.

Sí: el hombre, cuando no vive como hombre, es mucho peor que el animal. ¡En ese caso estaba yo! Y lo horrible es que, sólo con no dejarme seducir por las otras mujeres, me hacía ilusiones de que llevaba una vida honradísima de familia, de que era una persona de lo más moral, y de que, si teníamos reyertas, la culpa era de mi mujer, de su carácter.

Pero es evidente que ella no tenía la culpa. Era como todo el mundo, como la mayoría. La habían educado según los principios impuestos por la situación de nuestra sociedad, es decir, como se educa sin excepción á todas las jóvenes de nuestra clase rica, y como no pueden menos de ser educadas. ¡Cuántas veces oímos ó leemos reflexiones sobre la anormalidad de la condición de las mujeres y sobre lo que deberían ser! ¡Todo eso no son más que vanas palabras! La educación de las mujeres es una resultante, no del concepto imaginario, sino del concepto verdadero que impera en la sociedad acerca de su destino. Según ese concepto, la misión de la mujer consiste en procurar goces, y en tal sentido se dirige su educación. Desde la infancia no se le enseñan más que cosas que pueden aumentar su atractivo; todas las niñas se acostumbran á no pensar más que en eso.

Del propio modo que los siervos debían aprender á agradar á sus amos, la mujer aprende á atraer á los hombres; y así tiene que ser á la fuerza. Quizá dirá V. que eso no reza más que con las muchachas mal educadas, con las que llamamos «señoritas»; pero que hay otra educación, una educación verdaderamente seria, en los

colegios donde se enseñan lenguas muertas, en los institutos de obstetricia, en las clases de medicina y en otros sitios.... ¡falso!

Toda clase de educaciones femeninas no tienen más objeto que atraer á los hombres.

Unas atraen sirviéndose de la música ó de cabellos rizados, otras mediante la ciencia ó la virtud cívica. El objeto es el mismo, y no puede ser otro (puesto que otro no se ve): seducir al hombre para poseerlo. ¿V. concibe clases para mujeres y ciencia femenina con abstracción de los hombres? Es decir: ¿concibe V. mujeres sabias, sin *saberlo* los hombres? ¡Qué bobería! Ninguna educación, ninguna instrucción podrá cambiar á la mujer, mientras su ideal más alto sea el matrimonio, y no la virginidad, la emancipación de la sensualidad. Hasta entonces seguirá siendo sierva. Dejando aparte la universalidad del caso, basta recordar las condiciones en que se educa á nuestras señoritas, para no maravillarse de la liviandad de las mujeres de nuestras clases superiores, sino para maravillarse de lo contrario.

Siga V. mi razonamiento: desde la infancia, los vestidos, los adornos, la pulcritud, la gracia, los bailes, la música, la lectura de versos, las novelas, el canto, el teatro, el concierto para uso interno y externo, según que las mujeres escuchan ó toman parte en él. Por remate, una completa ociosidad física, un cuidado excesivo del cuerpo, una alimentación de golosinas y suculenta; y ¡Dios sabe hasta qué punto tortura á las pobres vírgenes su propia sensualidad, sobreexcitada por todas esas cosas! De cada diez, las nueve sufren un martirio intolerable durante el primer período de la madurez—y después, si no se casan á los veinte años.—Nosotros no queremos ver, pero los que tienen ojos ven, quiéranlo ó no.

Más aún: la mayoría de esas infelices se encuentran tan excitadas por una sensualidad oculta (y del mal el menos, si permanece oculta), que son inútiles para todo; no se animan más que en presencia de los hombres. Pasan toda la vida en coqueterías ó en preparativos de coqueterías. Delante de los hombres se animan demasiado, empiezan á vivir por virtud de la energía sensual; pero, no bien se marchan ellos, acaba la vida.

Y eso pasa, no delante de cierto hombre, sino delante de todos, con tal que no sean absolutamente horribles. Dirá V. que es una excepción; no, es una regla. Lo que hay es que á unas las vende á voces el exterior, y á otras no tanto; pero ninguna alienta con vida propia: todas dependen del hombre. No pueden existir de otro modo, puesto que la atracción del mayor número de varones es para ellas el ideal de la vida (lo mismo para las solteras que para las casadas); y por esta razón no tienen sentimiento más poderoso que el de la necesidad animal de toda hembra: el de atraer el mayor número de machos para encontrar más campo donde elegir. Eso sucede en la vida de las doncellas, y continúa durante el matrimonio: en la vida de las solteras, es necesario para la selección, y, en el matrimonio, para dominar al marido. Sólo una cosa suprime ó interrumpe por tiempo semejantes tendencias: los hijos; y eso, cuando la mujer no es un monstruo; es decir, cuando los cría ella misma. También en esto se meten los médicos.

Con mi mujer, que quería criar y que ha dado el seno á sus seis hijos, ocurrió que el primero no andaba bien. Los médicos, que la desnudaron cínicamente y la manosearon por todas partes, y á quienes debí pagar y dar las gracias por esos servicios, las alhajas de los médicos opinaron que no debía criar, y se vió privada momentá-

neamente del único remedio contra la coquetería. Acabó de lactar á nuestro primogénito un ama; es decir, que nos prevalimos de la pobreza y de la ignorancia de una infeliz mujer para robarla á su criatura en beneficio de la nuestra, y al efecto le pusimos un *kokoschnik* con galones dorados. Pero no es ésta la cuestión; la cuestión es que se despertó en mi mujer la coquetería, adormecida mientras amamantaba á su hijo, y con ella reavivó en mí los tormentos de los celos, que ya había conocido antes, pero en grado mucho menor.

XV.

Sí: los celos son otro de los secretos del matrimonio conocido de todos y ocultado por todos. Aparte la causa general del odio mutuo de los esposos, fruto de su complicidad en la mancilla de un ser humano, y aparte otras varias causas, el manantial inagotable de las heridas de los cónyuges son los celos. Pero, por tácito acuerdo, es cosa decidida que han de ocultarse á todo el mundo, y se ocultan. Cada uno de los que llegan á sentirlos los mira como una desgracia particular de él, y no como un destino común; es lo que á mí me pasaba, y lo que debía pasarme. Entre esposos que viven inmoralmente no pueden faltar los celos. Cuando marido y mujer no saben sacrificar sus placeres por el bien de su hijo, infieren naturalmente que tampoco han de sacrificarlos, no diré yo en aras del bienestar y de la tranquilidad (puesto que puede pecarse á ocultas), pero ni aun en aras de la conciencia. Los dos saben muy bien que ninguno de ellos admite motivos morales bastante elevados para no hacer traición al otro, puesto que á las exigencias morales

faltan en sus relaciones mutuas ; de aquí que ambos desconfíen y se acechen.

¡Oh! ¡Qué sentimiento tan espantoso el de los celos! No hablo de los celos verdaderos, de los celos fundados (son torturadores, pero admiten una solución), sino de esos celos inconscientes, inevitables en todo matrimonio inmoral, y que, por lo mismo que carecen de causa, no tienen término ni desenlace ninguno. Tales celos son espantosos, espantosos : ésa es la palabra.

He aquí el caso : un joven habla á mi mujer, la mira sonriendo, y me parece que examina su cuerpo. ¿Cómo se atreve á pensar en ella, á pensar en la posibilidad de una aventura amorosa con aquella mujer? ¿Y cómo esa mujer, viendo tales cosas, puede tolerarlas? No sólo las tolera, sino que, por las trazas, le satisfacen. Hay más: se esmera en agradarlo. Y me invade el alma tal odio hacia la causante de mi suplicio, que no es dueña de hablar ni de moverse sin excitarme. Lo nota, pero no sabe qué hacer, ni ¿cómo aparentar una animación indiferente? ¡Ah, lo que yo sufro! ¡Y ella se goza en mis sufrimientos, se pone tan contenta! Con lo cual mi odio se centuplica, aunque no me atrevo á darle libre curso, porque, en mi fuero interno, sé que verdaderos motivos no hay ; así que permanezco sentado , fingiendo indiferencia, y extremando las atenciones y la cortesía para con *él*.

Luego me revuelvo contra mí mismo, me dan tentaciones de salir de la habitación, de dejarlos solos; y salgo, en efecto. Mas, no bien lo hago, me sobrecojo de terror, pensando en lo que estará pasando allá en mi ausencia. Entonces vuelvo á entrar inventando un pretexto; otras veces no entro, me quedo á la puerta.... ¡escucho! ¿Cómo puede ella humillarse y humillarme, colocándome en esa cobarde situación de sospecha y es-

pionaje? ¡Infame! ¡víbora! Y él, á todo esto, ¿qué piensa? ¡Bueno es eso! Él es como todos los hombres, como yo antes de mi matrimonio; se divierte, y hasta se sonríe mirándome, como si dijera: «¿Qué le hemos de hacer? ¡Ahora me toca á mí!»

¡Ese sentimiento es horrible! ¡Ese sentimiento nos abrasa con un ardor insoportable! Que yo pudiese achacar la culpa de él á cualquiera, que yo sospechase una vez sola que un hombre codiciaba á mi mujer, y ese hombre había acabado por siempre para mí; me quemaba su proximidad como si lo hubieran rociado de vitriolo. Un solo instante que yo sintiese celos de cualquiera, un solo instante bastaba para hacerme imposible en lo sucesivo toda humana relación con él, y para que no pudiera mirarlo sin despedir fuego por los ojos.

Por lo que toca á mi mujer, tantas veces la había anegado en ese vitriolo moral, en ese odio de los celos, que para mí estaba envilecida. En los períodos de ese aborrecimiento sin causa la he hecho bajar de su pedestal poco á poco, hasta llenarla de vergüenza en mi imaginación.

Yo me forjaba vilezas inverosímiles, sospechaba.... ¡sonrojo me da decirlo! que ella, que esa reina de las *Mil y una noches,* me engañaba con mi siervo, ante mis propios ojos y riéndose de mí. Por tal pendiente, á cada nueva oleada de celos (hablo siempre de los celos sin motivo), me hundía en el surco abierto antes por mis sospechas indecorosas, y cada vez lo ahondaba más. Ella hacía lo mismo. Si yo tenía razones para estar celoso, mil veces más tenía la infeliz, conociendo mi pasado; y se ensañaba en atormentarme con sus celos, que me causaban sinsabores de otra índole, pero igualmente penosísimos.

Nuestra situación puede resumirse así: Vivimos más ó menos tranquilos.... Por mi parte, hasta me siento ale-

gre, estoy contento. De repente entablamos una conversación sobre cualquier asunto de los más baladíes, y al momento disiente ella por cosas en que generalmente estábamos conformes ; veo, además, que se irrita sin motivo. Lo atribuyo á los nervios, ó bien á que le desagrada realmente el tema de la conversación. Hablamos de otra cosa, y ¡vuelta á empezar! Ya está otra vez provocándome é irritándose. Pregunto asombrado á qué viene aquello, por qué es. Mi mujer calla, me responde por monosílabos, haciendo alusiones transparentes á cierta cosa. Voy cayendo en la cuenta de que la razón de todo es que he dado algunas vueltas por el jardín con una prima suya, de la cual ni me acordaba siquiera. ¡Vamos, ya estoy al cabo! Pero el caso es que no lo puedo decir, porque, si lo digo, confirmo sus sospechas. Hago como que inquiero: pregunta va, pregunta viene. No contesta, pero comprende que adivino, y se afirma más en sus presunciones.

—¿Qué tienes?—le pregunto.

—Nada; estoy como siempre—responde.

Y al mismo tiempo empieza á ensartar, como una loca, disparates y enormidades inconcebibles.

Á veces la oigo con calma, pero otras me enfado también, y doy un estallido ; entonces su propia irritación se desata en un torrente de injurias, y todo eso elevado á la última potencia con sollozos, con lágrimas y con carreras por la casa para registrar los lugares más inverosímiles. Voy en busca de ella, y me quedo corrido delante de la gente, delante de los niños. ¡Es una cosa desesperada! Y como yo comprendo que, en aquel estado, es capaz de todo, acabo por echar á correr hasta que la encuentro. Pasamos noches tormentosas, sin sosegar ni el uno ni el otro, hasta caer rendidos, con los nervios destrozados, después de las palabras y las acusaciones más crueles.

Sí: los celos, los celos sin justo motivo son el lote de nuestra relajada vida conyugal; y, durante todo el tiempo de mi matrimonio, jamás cesé de sentirlos y de sufrir sus torturas. Hubo dos períodos en que las sufrí más intensamente. La primera vez fué después del nacimiento de nuestro primer hijo, cuando los médicos prohibieron criar á mi mujer. Me sentí ya celoso, al ver que ella experimentaba esa inquietud propia de la materia animal, cuando se interrumpe intempestivamente la marcha regular de la vida; pero me sentí celoso más que nada, porque, notando la facilidad con que olvidaba sus deberes morales de madre, concluí con razón, aunque sin darme cuenta de ello, que lo mismo olvidaría el deber conyugal, máxime cuando iba perfectamente de salud, puesto que, á despecho de la prohibición de los simpáticos doctores, crió á los otros hijos, y los crió admirablemente.

—Veo que no quiere V. mucho á los médicos—dije, notando la malísima catadura del semblante y el tono de voz de Posdnicheff, siempre que hablaba de ellos.

—¡No se trata de quererlos ó no quererlos! Han truncado mi vida, como han destruido antes la de millares de seres, y me es imposible no relacionar la consecuencia con la causa. Me explico que quieran ganar dinero como los abogados y los demás; por mi parte, á gusto les hubiera dado la mitad de mis rentas; y, si se comprendiese lo que hacen, cualquiera en mi lugar estaría dispuesto á otro tanto, para que no se inmiscuyesen en la vida del matrimonio, y se apartasen á mil leguas de distancia. Yo no hago estadísticas, pero conozco decenas de casos—en realidad son innumerables,—en que han matado, ora un niño en el seno materno, asegurando que la madre no podía dar á luz (y la madre hubiera dado á luz perfectamente), ora á las madres mismas, so pretexto de

una llamada operación.... Nadie ha tenido en cuenta semejantes asesinatos, como nadie ha tenido en cuenta los de la Inquisición, dando por supuesto que todo eso se hacía por el bien de la humanidad. ¡Los crímenes de los médicos son innumerables! Pero todos sus crímenes son nada comparados con la desmoralización materialista que introducen en el mundo por medio de las mujeres. No quiero hablar ahora de que, á seguir sus indicaciones, gracias á los microbios que ven en todas partes, la humanidad, en vez de tender á la unión, debería caminar á la desunión completa. Según sus doctrinas, todo el mundo debe aislarse, y no apartar de la boca una jeringa de ácido fénico (aunque ahora salen con que ya eso no sirve). Pero yo les perdonaría todas esas cosas; el veneno supremo es la perversión de las gentes, y sobre todo de las mujeres. Ahora ya no se puede decir: «Vives de mala manera; es preciso que vivas mejor». No cabe que se lo diga uno á sí mismo ni á los otros, porque, si vives de mala manera (afirman los doctores), es por culpa del sistema nervioso ó de algo semejante. Y hay que ir á consultarlos, y te recetarán medicinas de la botica por valor de treinta y cinco copeks, y tendrás que tragártelas. ¿Empeoras? ¡Pues vuelta á los médicos, y vuelta á las medicinas! ¡Es una felicidad!

Pero volvamos á nuestro asunto. Decía que mi mujer criaba bien á sus hijos, que la lactancia y la gestación calmaban el tormento de mis celos; pero, en desquite, provocaban torturas de otra naturaleza.

XVI.

Los hijos vinieron atropelladamente, uno tras otro; y sucedió lo que sucede en nuestra esfera social con los

hijos y con los médicos. ¡Sí, los hijos y el amor maternal son una cosa penosa! Para una mujer de nuestra clase, no constituyen una alegría, un orgullo, ni un cumplimiento de su vocación; no traen más que temores, zozobras, sufrimientos interminables, un verdadero suplicio. Las mujeres lo dicen, y lo piensan y lo sienten como lo dicen. Los hijos son realmente una tortura para ellas; y no porque no quieran parirlos, alimentarlos y cuidarlos (á eso están prontas todas las mujeres de un poderoso instinto materno, en cuyo número se contaba la mía), no; sino porque los hijos pueden enfermar y morir. Las mujeres no quieren dar á luz para no encariñarse; y, cuando se encariñan, no quieren pasar sobresaltos por la salud y la vida del hijo. Por eso es por lo que se resisten á criar. «Si le doy el pecho (dicen), lo querré demasiado.» Por lo visto, preferirían hijos de cauchuc, que no estuvieran expuestos á enfermar y morir, y que admitiesen siempre compostura. ¡Qué laberinto el que hay en la cabeza de esas pobres mujeres! ¿Á qué tanta abominación para no quedar en cinta, para no tener que querer á las criaturas?

El amor, que es la alegría del alma, se representa como un peligro. ¿Y por qué? Porque, cuando el hombre no vive como hombre, es peor que la bestia. Las mujeres no saben mirar un hijo más que como un placer. Verdad que el alumbramiento es doloroso, pero ¡qué manecitas!.... ¡oh, las manecitas! Pues ¿y los piececitos? ¿Y la sonrisa? ¿Y el cuerpecín? ¿Y el balbuceo? ¿Y los sollozos? En resolución: un sentimiento de maternidad animal, sensual; pero, en punto á idea sobre la significación misteriosa de la aparición de un nuevo ser que ha de reemplazarnos, de eso ni asomo. Cuanto se dice y hace sobre el particular es cosa vana: nadie cree en la cere-

monia del bautismo, y, sin embargo, esa ceremonia tendía á evocar la significación humana del recién nacido.

Todo eso se ha olvidado sin sustituirlo con nada, y no quedan más que perifollos, encajes, manecitas y piececitos, es decir, no queda sino lo que existe en el animal. Pero el animal no tiene imaginación, ni previsión, ni razón, ni médico (¡sí, y dale eternamente con el médico!). Cuando el pollo exánime inclina la cabeza, cuando muere el becerro, cloquea la gallina y muge la vaca durante un rato, pero al instante siguen su vida, como si tal cosa, en el más perfecto olvido. Nosotros es diferente: ¿qué hacer si cae enfermo un hijo? ¿á qué doctor llamar? ¿adónde ir? Si se muere, ya no habrá manecitas y piececitos; y entonces ¿á qué las pruebas soportadas? La vaca no pide nada de eso. He ahí por qué son una desdicha los hijos. La vaca no tiene imaginación, no puede torturarse pensando si habría podido salvar la cría haciendo esto ó aquello; y su pena, fundida en su ser físico, no dura sino un tiempo muy corto, es un estado efímero, y no ese dolor exagerado hasta la desesperación, gracias á la ociosidad y al hastío. La vaca no razona sobre su situación hasta el punto de preguntarse el por qué de ella: «¿Por qué soportar todos estos tormentos? ¿por qué tanto amor, si han de morirse las criaturas?» No posee una lógica que le dicte no volver á tener hijos, ó le aconseje no quererlos ni criarlos para no sufrir, si por acaso los tiene. Nuestras mujeres, en cambio, razonan (y razonan de la manera dicha); por eso afirmo que, cuando una persona no vive como tal persona, cae por debajo de los animales.

—Pero entonces ¿qué ha de hacerse, según V., para tratar humanamente á los hijos?—pregunté yo.

—¡Qué! Pues quererlos á lo persona.

—Muy bien. Pero ¿es que las madres no quieren á sus hijos?

—¡No los quieren humanamente!.... Por lo menos, no los quieren así casi nunca. De ahí que no los amen siquiera como los perros. Téngalo V. muy presente: una gallina, una gansa, una loba, serán siempre para la mujer ideales inaccesibles de amor animal. Es raro que una mujer se abalance á un elefante, con peligro de su vida, para arrebatarle su hijo, mientras que una gallina, un simple gorrión, no dejarán de tirarse á un perro y de sacrificarse por sus hijuelos. Note V. otra cosa: la mujer tiene el poder de limitar su amor físico por los hijos, cosa que no puede hacer el animal. ¿Quiere esto decir que la mujer es inferior al animal en tal sentido? No; es superior, aunque decir superior es injusto; superior no es; lo que es es distinta; pero por eso mismo tiene otros deberes, tiene deberes humanos, puede refrenarse en lo que atañe al amor animal, y encauzar ese amor hacia el alma de su hijo. Tal debería ser el papel de la mujer, y eso es precisamente lo que no se ve en nuestra sociedad. Hoy leemos los actos heroicos de las madres que sacrificaron sus hijos en nombre de una idea superior, y nos parecen cosas del tiempo de Mari-Castaña con que nosotros no tenemos nada que ver. Y, sin embargo, yo creo que si la madre no posee algún ideal en cuyo nombre pueda sacrificar los sentimientos animales, si no ve en qué emplear esa energía, la gastará en tentativas quiméricas para conservar el hijo físicamente con la ayuda del médico, y tendrá que padecer y sufrir como sufre y padece.

Así le aconteció á mi mujer. Tratárase de un solo hijo ó de cinco, el sentimiento era el mismo siempre.... quizá algo menos mal cuando hubo cinco. El temor, no sólo

por sus enfermedades reales ó imaginarias, sino hasta por su simple aspecto, envenenaba nuestra vida á todas horas. De mí, por lo menos, sé decir que, durante el tiempo entero de mi vida conyugal, todos mis intereses y mi felicidad toda dependieron de la salud, del estado, de los estudios de mis hijos. Cosa seria son los hijos, no hay que decirlo ; pero es menester que vivamos todos, y en nuestro tiempo no pueden ya vivir los padres. Para ellos no existe vida regular ; toda la vida de familia está pendiente de un cabello. ¡Qué cosa más terrible recibir de repente la noticia de que vomita Basilín ó de que Elisita ha obrado con un poco de sangre! Inmediatamente se abandona todo, se olvida todo, porque el mundo entero no es ya nada. Lo esencial es el médico, la lavativa, la temperatura.... No es V. dueño de empezar una conversación sin que acuda Periquito muy preocupado á preguntar si se puede comer una manzana ó qué almilla ha de ponerse, cuando no es la niñera la que se le presenta á V. con una criatura becerreando.

La vida de familia regular, estable, no existe. El cómo y dónde vive V., y, por consiguiente, cuanto hace, todo depende de la salud de los niños, mientras que la salud de los niños no depende de nadie ; y, gracias á los médicos que presumen ayudarla, se encuentra V. trastornada toda su vida. Es una serie interminable de peligros. Apenas se cree salir de uno, ya tenemos otro encima, y ¡vuelta á correr al salvamento! ¡Siempre como marinos en buque que zozobra! Á veces se me ponía en la cabeza que todo eso era hecho adrede, que mi mujer se fingía intranquila para dominarme, puesto que en esos trances siempre salía ganando.... Se me antojaba que cuanto hacía en tales momentos, lo hacía por mí; pero ahora veo que ella también sufría, que estaba en un continuo supli-

cio por la salud de las criaturas, y hasta por sus menores molestias.

El suplicio era para los dos; mas para ella constituía juntamente una especie de embriaguez en que olvidaba sus penas. He notado á menudo que, cuando estaba muy triste, y caía enfermo un niño, sentía un alivio al poder refugiarse en esa embriaguez. Era embriaguez involuntaria, porque no había otra cosa por el momento. En todos lados se oía decir que la señora Tal había perdido hijos, que el doctor N. había salvado un niño de la señora Cual, que una tercera familia se había ido á alojar en masa á un hotel, y había salvado á los niños de esa manera. Y los médicos lo confirmaban gravemente, corroborando á mi mujer en sus opiniones. Ella bien hubiese querido no tener miedo, pero al médico se le ocurría hablar de sangre viciada, de escarlatina, ó bien—¡Dios nos valga!—de difteria, y ya la tenía V. fuera de sí.

No era posible otra cosa. Allá, en los tiempos de antaño, las mujeres creían que Dios daba y quitaba, que el alma del angelito iba al cielo, y que más valía morir en la inocencia que en el pecado. Si las mujeres de hoy tuviesen algo semejante á esa fe, podrían soportar con más resignación las enfermedades de los hijos; pero de todo eso no queda ni rastro. Y, no obstante, como fuerza es creer en alguna cosa, creen estúpidamente en la medicina, y ni siquiera en la medicina, sino en los médicos. La una tiene fe en Fulano, la otra en Mengano; y, al modo de todos los creyentes, no ven lo que hay de idiota en sus creencias. Creen *quia absurdum,* porque, si no creyesen de una manera estúpida, comprenderían la vaciedad de cuanto les prescriben esos bandidos. La escarlatina es una enfermedad contagiosa; por consiguiente, cuando se vive en una gran ciudad, es preciso

que la mitad de la familia se vaya á un hotel (nosotros lo hicimos dos veces), y, sin embargo, todo hombre que habita en una población es un centro por donde pasan infinidad de diámetros que llevan hilos de toda clase de contagios. No hay obstáculo ninguno : el panadero, el sastre, el cochero, la lavandera, todo contribuye á la propagación. Y, por mi parte, á cuantos se mudan por evitar un contagio, me comprometo á señalarles un contagio semejante, cuando no el mismo, en su nuevo alojamiento.

Pero no es eso todo. Cualquiera conoce gentes ricas que, después de una difteria, destruyen todas las cosas de su casa, y caen enfermas en casas recién construidas y amuebladas. Cualquiera conoce igualmente multitud de hombres que andan en contacto con enfermos sin contagiarse. Nuestras inquietudes nacen de lo que se habla sin ton ni son. La una dice que tiene un médico excelente. «V. perdone (responde la otra); ha matado á Tal ó Cual.» Y viceversa. Preséntesele uno nuevo, que no esté más adelantado, que haya estudiado en los mismos libros, que propine idénticos remedios, pero que gaste coche y pida cien rublos por visita, y de seguro tendrá fe en él.

Todo dimana de que nuestras mujeres están salvajes. Les falta la creencia en Dios, y resulta que las unas creen en el mal de ojo, y las otras en el médico que lleva caro por las visitas. Si tuviesen fe, sabrían que las escarlatinas, etc., no son tan terribles, ya que no pueden alterar lo que puede y debe amar el hombre : el alma. Lo único que de ellas resulta es lo que nadie puede impedir : el padecimiento y la muerte. Huérfanas de la creencia en Dios, las mujeres no aman más que físicamente, y concentran su energía entera en conservar la vida, que no puede conservarse, y que los médicos prometen salvar á

los tontos. Puestas así las cosas, no hay remisión : hay que llamarlos.

Por manera que la presencia de los niños, no sólo no mejoraba nuestras relaciones de marido y mujer, sino que, al contrario, cooperaba á nuestro disentimiento. Los niños constituían un motivo suplementario de disputas, y tanto más cuanto más crecían : no parecían sino armas puestas en nuestras manos para combatirnos. Cada uno de nosotros tenía su favorito : yo me servía de Basilín (el mayor); ella, de Elisita. Por si era poco, cuando los niños llegaron á la edad en que se definen los caracteres, vinieron á convertirse en aliados, que cada uno procuraba tener de su parte. Los pobres sufrían mucho con eso ; pero nosotros, con nuestros embrollos sempiternos, no teníamos la cabeza para pensar en tal cosa. La niña era partidaria de mí, y el varón mayor, que se parecía á mi mujer, era su favorito, lo cual bastaba para que yo le tomase ojeriza frecuentemente.

XVII.

Al principio vivimos en el campo ; después en ciudad ; y, á no sobrevenir la desgracia, así habría vivido hasta la vejez, haciéndome entonces la ilusión de que había llevado una buena existencia...., no muy buena, que digamos, pero mala tampoco ; en fin : una existencia como la de todo el mundo. No hubiese comprendido aquel abismo de desdichas y de mentiras innobles en que me revolcaba, con la vaga impresión de que había algo que no marchaba derecho. Empecé por entrever que yo, á pesar de mis ideas de que debía ser el amo, era el que llevaba las faldas, y no podía desenvolverme con ellas. La causa principal que me tenía sujeto eran los niños ; de

modo que, aunque quisiese desenredarme, era imposible, porque, educándolos, y escudándose en ellos, dominaba mi mujer. No veía yo entonces que á la fuerza había de dominar, máxime cuando, ya al casarse, era moralmente superior á mí, como toda joven es incomparablemente superior al hombre, por ser incomparablemente más pura. ¡Cosa notable! La esposa, entre nosotros, es, por lo general, una mujer mediana ó mala, sin principios, egoista, bachillera, caprichosa; y la joven, hasta los veinte, es un ser encantador, inclinado á todas las cosas bellas y elevadas. ¿Cómo eso? Evidentemente porque los maridos las pervierten, rebajándolas á su propio nivel.

La verdad es que, aunque los varones y las hembras nazcan iguales, las niñas se encuentran en mejor situación. Por el pronto, la joven no está sometida á las influencias corruptoras que obran sobre nosotros. No tiene el cigarro, ni el vino, ni las cartas, ni las malas compañías, ni los establecimientos públicos, ni los empleos oficiales. Y luego—lo principal de todo—es corporalmente pura. Por eso, al casarse, es superior al hombre. Lo es ya de soltera; y en nuestra clase, donde no necesitamos trabajar para vivir, cuando se hace madre, elévase también sobre el marido, merced á la trascendencia del acto de la concepción, del parto y de la lactancia.

La mujer, al dar hijos al mundo y al criarlos, sabe que su obra es más seria que la del hombre que va al Zemstvo, á actuar en un tribunal; sabe que lo esencial en estas funciones es el dinero, y que, como el dinero puede ganarse de diversos modos, no es fatalmente necesario como alimentar á un niño. De aquí que la mujer haya de ser por fuerza superior al hombre y deba dominarlo. Pero el hombre de nuestro medio, no sólo no lo reconoce, sino

que, al revés, la mira siempre desde lo alto de su grandeza, menospreciando lo que hace.

De modo que mi esposa desdeñaba mis tareas del Zemstvo porque ella paría y criaba hijos, mientras que yo miraba el trabajo de las mujeres como una cosa menospreciable, de que podíamos y debíamos burlarnos.

Aparte, pues, de los otros motivos, nos separaba un mutuo desprecio; nuestras relaciones tornábanse cada vez más hostiles, y llegamos á ese período en que no era ya preciso el disentimiento para provocar la hostilidad, porque la hostilidad se encargaba de provocar el disentimiento. Ya podía decir mi mujer lo que quisiese; yo era de antemano de la opinión contraria, y ella lo mismo. Hacia el cuarto año de matrimonio, era cosa tácitamente convenida entre nosotros que no podíamos llegar á ningún acuerdo intelectual, ni lo intentábamos siquiera. Aun en lo más pequeño y sencillo, cada uno se aferraba tenazmente á su opinión. Con el último de los extraños hablábamos de los asuntos más diversos y más íntimos, pero no entre nosotros. Á veces, oyendo á mi mujer conversar con otras personas delante de mí, me decía: «¡Vea V. lo que son las mujeres! ¡Todo lo que está diciendo es mentira!» Y me asombraba de que su interlocutor no lo notase. Á solas nos veíamos condenados al silencio ó á conversaciones que sin ningún inconveniente podrían mediar entre animales.

«¿Qué hora es?.... ¡Ya va siendo tiempo de acostarse!.... ¿Qué hay de comer hoy?.... ¿Adónde iremos?.... ¿Qué dicen los periódicos?.... Hay que mandar llamar al médico; Elisita anda mal de la garganta.»

Bastaba salir de este círculo, estrecho hasta más no poder, para que estallase la irritación. La presencia de un tercero era un alivio, porque nos servía de interme-

diario para comunicarnos. Probablemente ella siempre creía tener razón, y yo me tenía por un santo á su lado.

Los períodos de lo que llamamos amor menudeaban tanto como antes. Eran más brutales, sin refinamientos ni requilorios; pero breves, y seguidos por lo común de períodos de irritación sin causa, de irritación alimentada por los más fútiles pretextos. Teníamos nuestras escaramuzas á propósito del café, del mantel, del coche, de los juegos de cartas, en fin, lo que se llama fruslerías, que ninguna importancia podían tener ni para el uno ni para el otro. Por mi parte, sentía hervir continuamente en mi interior una execración terrible. Miraba su manera de echar el te, de columpiar el pie, de llevarse la cuchara á la boca, de soplar ó sorber los líquidos calientes, y la detestaba como si hubiese cometido otras tantas malas acciones.

Yo no reparaba que esos períodos de irritación dependían de los amorosos con una gran regularidad. Á un período de amor enérgico, seguía otro largo de cólera; un período de amor débil traía una irritación débil. Nosotros no comprendíamos que aquel amor y aquel odio eran el mismo sentimiento animal bajo dos fases opuestas. Sería terrible vivir así, si uno se explicase los motivos. Pero nosotros no los percibíamos ni analizábamos. He ahí el suplicio, á la vez que el alivio de las penas del hombre: vivir irregularmente, pudiendo forjarse ilusiones sobre las miserias de su situación, como nos pasó á nosotros. Ella buscaba el olvido en ocupaciones absorbentes y atropelladas, en los quehaceres domésticos, en el arreglo del ajuar, en el cuidado de la ropa, en la instrucción de los niños, en las atenciones consagradas á su salud. Eran ocupaciones que no respondían á una necesidad perentoria; pero ella las tomaba como si su vida

entera y la de sus hijos dependiese de no dejar que se tostasen las pastas, de colgar bien una cortina, de sacar airoso un vestido, de que los niños supiesen una lección ó tragasen una pócima.

Yo bien veía que esas cosas eran para ella, ante todo, un medio de olvido, una embriaguez, como lo eran para mí la caza, las cartas y mis funciones en el Zemstvo. Aunque, para poner las cosas en su punto, yo tenía, además, una embriaguez propiamente dicha: el tabaco, de que hacía buen consumo, y el vino, que bebía, si no hasta emborracharme, en cantidad más que regular—*vodka* antes de las comidas, y, durante las comidas, dos vasos de vino;—con lo cual siempre me encontraba envuelto en una niebla que velaba las contrariedades de mi vida.

Estas nuevas teorías del hipnotismo, de las enfermedades mentales, del histerismo, no son simplemente una sandez, sino una sandez peligrosa ó inconveniente. Charcot hubiese dicho de fijo que mi mujer era histérica, y yo un ser anormal, y se hubiera empeñado en asistirme; pero holgaba toda asistencia facultativa. La tal «enfermedad mental» era consecuencia pura y simple de que vivíamos inmoralmente. Aquella vida nos llenaba de sinsabores, y, para ahogar nuestros sufrimientos, recurríamos á medios anormales, que es lo que los médicos llaman los «síntomas» de un padecimiento mental, el *histerismo*.

Para curar eso, no hay que ir á buscar á Charcot ni ninguno de sus colegas. Ni la sugestión ni el bromo hubiesen tenido eficacia ninguna. Lo que importaba era conocer el origen del mal; es como cuando se sienta uno encima de un clavo: si ve V. el clavo, ve lo que le daña, y lo evita. Desde ese instante se detiene el mal, sin que sea preciso ahogarlo. El mal que nos aquejaba á nosotros

procedía de la irregularidad de nuestra vida, y, juntamente, de mis celos, de mi irritabilidad, y de la necesidad de mantenerme en un estado de semiembriaguez perpetua mediante la caza, las cartas y, sobre todo, el vino y el tabaco. Y si mi mujer se apasionaba tanto por sus ocupaciones, era á causa de esa misma irregularidad. Sus bruscas transiciones de humor, desde la extrema tristeza á la suma alegría, y su incesante charla, procedían de la necesidad de olvidarse de sí misma, de olvidar su existencia en medio de la continua embriaguez de ocupaciones de cualquier clase, de ocupaciones breves, pero múltiples.

Vivíamos así en una bruma perpetua que nos impedía reconocer nuestra situación. Éramos como dos galeotes sujetos á la misma cadena, que se aborrecen, que se envenenan la existencia, que tratan de aturdirse. Yo ignoraba aún que el noventa y nueve por ciento de los matrimonios viven en ese infierno, y que no puede menos de suceder así. Ni me lo habían dicho los demás, ni yo lo sabía por mí mismo. Son sorprendentes las coincidencias que se producen en la vida regular y hasta en la irregular. En la misma época en que llega á ser imposible la existencia de los padres, es ya necesario ir á una capital para la educación de los hijos. Así lo hicimos nosotros.

Calló Posdnicheff, y por dos veces oí en las semitinieblas suspiros, que en aquella sazón me parecieron sollozos ahogados. Luego continuó:

CONDE LEÓN TOLSTOI.

(Fin de la segunda parte.)

FRAGMENTO DE UNA CARTA DE MUJER

CUENTO.

«.... me ha costado por haberme casado con un artista. ¡Ah, querida mía! ¡Si lo hubiese sabido!.... Pero las muchachas tienen acerca de todas las cosas de la vida ideas muy singulares. Figúrate tú que en la Exposición, cuando veía en el Catálogo esas señas de casas retiradas en calles tranquilas, al extremo de París, me imaginaba yo vidas apacibles, sedentarias, dedicadas por completo al trabajo y á la familia, y decía para mis adentros, suponiendo por anticipado lo celosa que había de ser: «Así quiero yo un marido. Estará conmigo siempre. Pasaremos todo el día juntos, él con su cuadro ó con su escultura, yo leyendo, charlando á su lado.»

¡Pobre inocente! No sospechaba yo entonces lo que era un estudio, ni la extraña gente que lo frecuenta. Jamás, al contemplar esas estatuas de diosas desvergonzadamente escotadas, se me había ocurrido que hubiera mujeres bastante atrevidas para.... Y que yo misma.... Si nó, yo te ruego que creas que no me hubiese casado con un escultor. ¡Ah!, no por cierto.... Debo advertir que en mi casa todo el mundo se oponía á la boda, á pe-

sar de la fortuna de mi esposo, de que ya era célebre su nombre y del hotel que estaba edificando para nosotros dos. Yo sola lo quise. Era tan elegante, tan guapo, tan cariñoso, tan galante.... Parecíame, sin embargo, que se entrometía demasiado en los trajes, en los sombreros que había de lucir. «Levántate el pelo así....» Y el caballero se entretenía en colocarme una flor en el centro de los rizos, con más arte que la mejor peinadora del mundo.

Tanta experiencia en un hombre era sospechosa, ¿no es verdad? Debí desconfiar. Pero, en fin, tú lo verás. Escucha :

Volvimos de nuestro viaje de novios. Mientras yo me ocupaba en instalarme en esa casa tan bonita, tan bien amueblada, en ese paraíso que tú ya conoces, mi esposo se puso á trabajar inmediatamente después de nuestra llegada, y pasaba los días en su estudio, que estaba fuera de nuestro hotel. Por la noche, cuando volvía, me hablaba con alegría de la próxima Exposición.

El asunto era *Una dama romana saliendo del baño.* Quería dar á su estatua ese pequeño estremecimiento de la piel al contacto del aire, la humedad de finísimos tejidos pegados á la carne, y otra porción de cosas bonitas que yo ya no recuerdo.

Aquí para *inter nos,* cuando me hablaba de su escultura, no siempre lo comprendía bien. Así y todo, le contestaba : «Estará muy bonita....» Y yo me veía sobre la finísima arena de las galerías admirando la obra de mi cónyuge, un bonito mármol blanco destacándose sobre fondo verde, y á la gente, señalándome con el dedo, decir: «Esa es la esposa del autor».

Por fin, un día, curiosa por saber cómo iba nuestra *Dama romana,* tuve la idea de ir á sorprenderlo en su estudio, que aún me era desconocido.

Fué aquella una de las primeras veces que yo salía sola, y me había puesto muy guapa, ¡caramba!.... Al llegar encontré la puerta del jardinillo, en el entresuelo, abierta de par en par. Entré derechamente, y juzga de mi indignación cuando vi á mi marido con una blusa blanca, cual la de un albañil, despeinado, con las manos llenas de tierra, y enfrente, hija mía, una mujer, una muchacha muy alta, de pie sobre un trípode, casi desnuda, y muy tranquila á pesar del traje, como si lo encontrara perfectamente natural. Un vestidillo pobre, lleno de barro, unas botinas viejas, un sombrerillo con una pluma desrizada, estaban tirados al lado suyo en una silla. Vi todo eso en un instante, porque ya comprenderás que al momento escapé. Esteban quiso hablarme, detenerme; pero me estremecí de horror al ver sus embadurnadas manos, y corrí á casa de mamá, donde llegué casi muerta. Te parecerá estar viendo aquella entrada.

«¡Dios santo, hija mía! ¿Qué tienes?»

Cuento á mamá lo que acabo de ver, cómo estaba aquella mujer, y cuál era su traje. Y lloraba, lloraba á lágrima viva.... Mi mamá, muy afligida, procura tranquilizarme, consolarme, explicarme que debía de ser una modelo.

—¡Cómo!.... Eso es abominable.... No me había hablado de eso antes de casarme.

Á poco llega Esteban muy azorado, y procura á su vez hacerme comprender que una modelo no es una mujer como otra cualquiera, y que, además, los escultores no pueden prescindir de ellas; pero esas razones no me persuaden, y declaro prudentemente que no quiero nada con un marido que se pasa el día á solas con mujeres desnudas.

—Vamos, hijo mío (dijo entonces la pobre mamá, que

se esfuerza por arreglarlo todo); ¿no podrías, en obsequio de tu esposa, reemplazar la modelo con una figura de cartón?

Mi esposo se mordió el bigote con rabia:

—Eso no es posible, querida mamá.

—Me parece, á pesar de esto, hijo mío.... Mira, las modistas tienen cabezas de cartón que les sirven para exhibir los sombreros.... Pues bien; lo que se hace con la cabeza, ¿no se podría hacer con el?....

Parece que la cosa no es posible. Por lo menos, eso fué lo que Esteban trató de demostrarnos, con toda clase de pormenores y de palabras técnicas. Verdaderamente parecía desesperado. Yo lo miraba con el rabillo del ojo, mientras me enjugaba las lágrimas, y veía claramente que mi disgusto lo apenaba de veras. Por fin, después de una interminable discusión, se convino en que, puesto que la modelo era indispensable, estaría yo allí siempre que ella fuera. Precisamente había al lado del estudio un cuartito muy cómodo, desde el cual podría ver sin que me viesen.—Es vergonzoso, dirás tú, tener celos de mujeres de semejante calaña, y demostrarlo. Pero créeme, chiquita; es menester haber pasado por esas emociones para poder hablar de ellas.

Al día siguiente debía de ir la modelo. Hice de tripas corazón, y me instalé en mi escondite, con la condición expresa de que, al más ligero golpe que yo diese en el tabique, mi marido vendría en seguida. Apenas me había yo escondido, cuando llegó la pícara modelo del otro día, vestida sabe Dios cómo, y con un aspecto tan miserable, que yo me preguntaba cómo había podido tener celos de una mujer que sale á la calle sin puños blancos y con un mantoncillo viejo á rayas verdes. Pues bien, hija: cuando vi á aquella muchacha tirar el mantón

y el vestido en medio del estudio, desnudarse con aquella naturalidad, con aquel impudor, me hizo un efecto que no puedo explicarte. La cólera me ahogaba.... Pronto, llamo al tabique.... Se presenta Esteban. Yo temblaba, estaba pálida. Se burla de mí, me tranquiliza cariñosamente y se vuelve á su trabajo.... Ahora, la mujer estaba de pie, medio desnuda, con su abundante cabello suelto y cayendo sobre la espalda. No era la mujer de un momento antes, sino casi una estatua ya, á pesar de su aspecto vulgar y fatigado. Tenía yo el corazón metido en un puño. Pero no dije nada. De pronto oigo á mi marido que decía: «La pierna izquierda.... Adelante la pierna izquierda.» Y como la modelo no comprendía bien, se acercó á ella, y.... ¡Ah! Aquello era demasiado; no pude contenerme. Llamo. No me oye. Vuelvo á llamar, llamo furiosamente. Aquella vez acudió, con las cejas un poco fruncidas, con la fiebre del trabajo.

«Vamos, Armanda.... ¡Sé razonable!....» Y yo, llorando, apoyé la cabeza en su hombro: «No puedo, hijo mío, no puedo dominarme.... No puedo.... no puedo....» Entonces, bruscamente, sin contestarme, pasó al estudio é hizo una seña á aquella horrible mujer, la cual se vistió y se marchó.

Durante algunos días, Esteban no fué á su estudio. Se estaba conmigo, no salía de casa, se negaba hasta á ver á sus amigos, siempre muy cariñoso, pero muy triste.

Una vez le pregunté muy tímidamente: «¿No trabajas ya?», lo cual me valió esta respuesta: «No se puede trabajar sin modelo». No tuve valor para insistir, porque comprendí lo culpable que era y la razón que tenía para estar enfadado conmigo. Sin embargo, á fuerza de caricias, de mimos, conseguí que volviese al estudio y que procurase concluir su estatua de.... ¿cómo dicen ellos?

de memoria, en una palabra : el procedimiento propuesto por mamá. Yo encontraba eso lo más hacedero del mundo, pero él.... Todas las noches volvía á casa nervioso, casi enfermo. Para animarlo iba yo á verlo con frecuencia. Yo decía : «Es muy bonito». Pero el hecho es que la estatua no adelantaba. Cuando iba, lo encontraba siempre fumando en el diván, ó bien haciendo bolitas de barro, que tiraba contra la pared.

Una tarde que estaba yo allí, mirando á aquella dama que tardaba tanto en salir del baño, una idea acudió á mi mente. La romana era de mi estatura, tal vez en rigor podría yo.... «¿Qué es lo que se llama una bonita pierna?», le pregunté de pronto. Me explicó la cosa muy al pormenor, enseñándome la que aún faltaba á la estatua, y que no podía hacerla sin modelo.... ¡Pobre muchacho! ¡Tenía un aire tan triste al decir eso!.... ¿Sabes lo que hice?.... ¡Qué diablura! Corrí la cortina que estaba recogida en un rincón, y me fuí á mi escondite; luego, poco á poco, sin decir palabra, mientras él estaba contemplando su estatua, fuí á ponerme en el tablado enfrente de él, con el traje y con la postura en que había yo visto á aquella horrible modelo.... ¡Ah, hija mía! ¡Qué emoción cuando él levantó la cabeza! Yo sentía ganas de reir y de llorar. Estaba colorada.... Y aquella pícara gasa, que era necesario ajustar por todas partes.... ¡No le hace!.... Esteban tenía el aire tan satisfecho, que pronto me tranquilicé. ¡Figúrate, hija mía, que, á hacerle caso!....

ALFONSO DAUDET.

LA VENUS DE MILO

Bendito sea el campesino griego cuyo azadón desenterró en un sembrado de trigo la diosa sepultada hacía dos mil años! Gracias á él, la idea de la Belleza ha venido á realzarse en grado sublime : el mundo plástico ha recobrado su reina.

¡Cuántos altares derribados, cuántos prestigios desvanecidos en el momento de su aparición! Todos los ídolos cayeron á tierra, como en el templo bíblico. La *Venus de Médicis,* la *Venus del Capitolio,* la *Venus de Arlés* se humillaron ante la *Venus* dos veces *Victoriosa,* que, al surgir de nuevo, las hacía descender á un rango secundario. ¿Abrazó jamás la vista humana forma más perfecta? Sus cabellos, ligeramente sujetos, ondulan como las olas de un mar en calma. Bajo los rizos diséñase una frente, ni demasiado alta, ni demasiado baja, sino tal y como puede concebirse el asiento de un pensamiento divino, único, inmutable. Los ojos se hunden bajo el arco profundo de las cejas, que los cobijan en su sombra, imprimiéndoles esa sublime ceguera de los dioses, cuya mirada, extraña al mundo exterior, concentra su luz dentro

de sí y la difunde por todos los senos de su ser. La nariz sube á perderse en la frente, trazando esa línea recta y pura que es la línea misma de la belleza. La boca, entreabierta, replegada en hoyuelos hacia las comisuras, animada por el claro-oscuro que sobre ella proyecta el labio superior, exhala el aliento no interrumpido de las vidas inmortales. Su ligero movimiento acusa la redondez de la barba, que presenta una mella imperceptible.

De esa cabeza divina brota la belleza y se derrama por el cuerpo como una luz. El cuello no afecta esas blandas inflexiones de cisne que da á sus Venus la estatuaria profana. Es recto, firme, casi redondo, como el fuste de una columna que soporta un busto. La estrechez de los hombros acentúa por el contraste la armonía de un seno, digno, como el de Elena, de servir de modelo á los sagrados cálices, seno de una virginidad eterna, que no ha fatigado el Amor desflorándolo con sus labios, y en donde podrían beber, sin alterar su contorno, los catorce hijos de Níobe. El tronco ofrece esos planos cadenciosos y sencillos que marcan las divisiones de la vida. La cadera recta, contorneada suavemente por la inclinación de la postura, prolonga su ondulación al través del paño que la rodilla saliente deja caer en pliegues majestuosos.

Pero la belleza sublime es belleza inefable. Sólo la lengua de Homero y de Sófocles sería digna de celebrar esa Venus regia; sólo la amplitud del ritmo helénico podría modelar, sin degradarlas, sus perfectas formas. ¿Con qué palabras expresar la majestad de ese mármol tres veces sagrado, el atractivo mezclado de asombro que inspira, el ingenuo y soberbio ideal que revela? La cara ambigua de las esfinges es menos misteriosa que esa cabeza juvenil, tan candorosa en apariencia. Por un lado, su perfil respira una exquisita dulzura; por el otro, la boca

esboza la burla, y la mirada toma la oblicuidad de un desafío desdeñoso. Miradla de frente: el semblante sosegado no expresa ya más que la confianza de la victoria, la plenitud de la felicidad.—La lucha no ha durado más que un instante; al salir de las ondas, Venus ha medido su imperio de una ojeada. Los dioses y los hombres han reconocido su poder.... Sienta el pie en la playa, y se exhibe medio desnuda á la adoración de los mortales.

Pero esa Venus no es la frívola Venus ciprina de Anacreonte y Ovidio, la que adiestra al amor en los ardides eróticos, y á quien se inmolan las aves lascivas. Es la Venus Celeste, la Venus Victoriosa, siempre deseada, jamás poseída, absoluta como la vida, cuyo fuego central reside en su seno, invencible como el atractivo de los sexos á que preside, casta como la Eterna Belleza que personifica. Es la Venus que adoraba Platón, y cuyo nombre—*Venus victrix*—daba César por consigna á su ejército la víspera de Farsalia. Es la llama que crea y conserva, la instigadora de las grandes acciones y los proyectos heroicos. Cuanto hay de puro en los afectos terrestres, el alma de los sentidos, la chispa creadora, la partícula sublime mezclada á la amalgama de las pasiones groseras, todo eso le pertenece de pleno derecho. Lo demás corresponde á las Venus vulgares, copias profanadas de su tipo, que se adornan con sus atributos y usurpan su pedestal. Algunos creen que su pie mutilado descansaba sobre un globo; tal símbolo completaría su grandeza. Los astros gravitan acompasados en torno de la Venus Celeste, y el mundo gira armoniosamente bajo sus pies.

Se ha atribuido la Venus de Milo á Praxiteles: borremos este nombre del zócalo inmaculado. Praxiteles tomaba cortesanas por modelos de sus diosas; enervó y relajó el

mármol divinizado por Fidias. Su *Venus* de Gnido inflamó á Grecia en un ardor impuro. Contemporánea del Partenón, la gran Venus ha nacido, como sus héroes y sus dioses, de una concepción ideal. No hay un átomo de carne en su mármol augusto; aquellas facciones grandiosas no evocan ningún semblante mundano; aquel cuerpo, donde la gracia se reviste de fuerza, acusa la generación del espíritu. Ha salido de un cerebro viril, fecundado por la idea, y no por la presencia de la mujer. Pertenece al tiempo en que la estatuaria no expresaba más que tipos sobrehumanos y pensamientos eternos.

¡Oh, Diosa! ¡No apareciste á los hombres más que un instante en el esplendor de tu verdad, y nos es dado contemplar esa luz! Tu radiante imagen nos revela el Edén de Grecia, cuando, al primer destello del sol del arte, sacaba el hombre los dioses de la materia adormecida. ¡De qué serie de siglos llegas á nosotros, oh joven soberana! ¡En qué sagradas tradiciones nos has iniciado! El mismo Homero, que desliza tu fantasma en la red donde Vulcano sorprendió el adulterio, ¡el mismo Homero desconoció tu grandeza! ¡Para cantarte, sería menester aquella lira de tres cuerdas que hacía vibrar Orfeo con gravedad religiosa en los valles del mundo naciente! No tardará en corromperse y degradarse tu tipo primitivo. Los poetas te enervarán en las molicies de Amatonte; prostituirán tu idea con sus ficciones licenciosas; arrastrarán tus miembros profanados por todos los lechos de la tierra. Los escultores harán de ti una bacante y una cortesana; te enfangarán en las orgías del mármol y del bronce; doblegarán tu noble estatura en posturas lascivas: el alma de las hetairas se insinuará en tu cuerpo divino y depravará tus imágenes. Venus va á sonreir, á fingir pudor, á salir del baño, á peinarse el cabello, á

mirarse al espejo.... ¡Qué te importa, Diosa! Tú sales intacta de esas metamórfosis sacrílegas. Dante nos muestra á la Fortuna agitando su rueda y repartiendo misteriosamente entre la raza humana los bienes y los males, los éxitos y los reveses, las prosperidades y las catástrofes. Los hombres la maldicen y la acusan. «Pero la Fortuna no oye esos insultos. Tranquila entre las primeras criaturas, hace girar su esfera, y se goza en su beatitud.» No de otra suerte difunde la gran Venus entre las almas los altos pensamientos y los viles deseos, las santas voluptuosidades y los obscenos apetitos. Pero no la alcanza el ultraje, no la ofende la injuria, no sube hasta ella la espuma que desencadenó. De pie en su pedestal, se recoge en sí misma, y hace girar tranquilamente su globo estrellado:

Volge sua sfera e beata si gode.

¿Quién, al entrar en el Louvre, en la sala donde reina la diosa, no ha sentido ese santo terror—*deisadaimonia*—de que hablan los griegos? Su actitud es arrogante, casi amenazadora. La suprema dicha que expresa su semblante, esa felicidad inalterable que aspira en su esencia un ser perfecto, os consterna y humilla. No hay esqueleto en aquel cuerpo soberbio, ni lágrimas en aquellos ojos ciegos, ni entrañas en aquel tronco donde circula una sangre tranquila y regular, como la savia de las plantas. Es de la raza lapídea de Deucalión, y no de la familia de sangre y de lágrimas engendrada por Eva. Recuerda aquel *Himno de Apolo* atribuido á Homero, donde sonríe esta estrofa de un menosprecio tan olímpico, de una serenidad tan cruel: «Y las musas, respondiendo con sus hermosas voces, cantan en coro los dones eter-

nos de los dioses y las miserias infinitas de los hombres, que, insensatos é impotentes, según plugo á los inmortales, viven sin poder encontrar un remedio contra la muerte ni una defensa contra la vejez».

Dejad obrar al hechizo. Fatigados por las dudas y angustias del pensamiento moderno, reposad al pie del mármol augusto, como á la sombra de secular encina. Pronto invadirá vuestra alma una paz profunda. La estatua os envolverá en sus solemnes lineamientos, y os sentiréis como estrechados por sus brazos ausentes. Os elevará suavemente á la contemplación de la pura belleza. Se transmitirá á vuestro ser su serena vitalidad. Penetrarán la luz y el orden en vuestro espíritu oscurecido por vanos ensueños y obsediado por gigantescos fantasmas. Vuestras ideas tomarán el sesgo sencillo de los antiguos pensamientos. Os parecerá renacer á la aurora del mundo, cuando el hombre adolescente hollaba con ligera planta la tierra primaveral, y la sonora risa de los dioses retumbaba bajo las bóvedas del Olimpo, como un alegre trueno en cielo despejado.

PABLO DE SAINT-VICTOR.

LAS CARTAS MISIVAS

ESTUDIO DE PROPIEDAD LITERARIA.

I.

Constituyen una propiedad literaria las cartas misivas, y cuentan á este título con la protección de la ley? No cabe poner en duda que tal clase de escritos entra en el cuadro de los *escritos de todo género,* á que la ley fundamental de 19 de Julio de 1793, y tras ella gran número de leyes de todos los países, han querido conferir la protección legal.

Son las cartas misivas la más espontánea é individual de las manifestaciones literarias, la que menos debe á esa colaboración anónima del pasado, traída á cuento frecuentemente, cuando se trataba de fijar los privilegios del derecho de un autor. Que esa producción intelectual, en vez de salir de una pieza del cerebro, sea fruto de concepciones sucesivas, cosa es que en nada menoscaba su carácter y sus títulos. Una época de refinamiento de protección como la nuestra ; una época que reclama las ventajas de la propiedad literaria para los escritos más ínfimos, en que no tienen arte ni parte el talento y la creación propia, no ha de ir á disputar esos beneficios á un género que ha dado obras maestras á la literatura, y que es uno de los auxiliares más útiles de los estudios

históricos. No podría haber discusión sobre ese punto. Mas, á primera vista por lo menos, la cuestión puede parecer menos clara, cuando se trata de determinar en qué manos reside el derecho de publicación de las cartas misivas, á quién pertenece su propiedad, en el sentido legal de la palabra, si al autor ó al destinatario, y quién la transmite, por consecuencia, á sus herederos ó cesionarios. La solución es asaz delicada é interesante en un tiempo en que asedia á los espíritus el afán de verlo y saberlo todo, sin pararse en escrúpulos ni admitir objeciones, y en que se quiere penetrar á todo trance en la intimidad más secreta de los que han ocupado la atención pública por el mérito ó el escándalo de su vida, sin aguardar siquiera á que hayan desaparecido de la escena del mundo. Nunca menos indiferente que hoy el inquirir quién esta autorizado para defender contra esa despiadada curiosidad las cartas privadas en que dos corresponsales abren libremente su corazón el uno al otro, y cambian con toda confianza sus pensamientos, sin curarse del público, que acecha impacientemente el instante de inmiscuirse en el secreto de sus confidencias.

II.

Salvo en un corto número de países, según veremos más adelante, las diversas legislaciones sobre la propiedad literaria, aun las más completas, como la ley belga de 22 de Marzo de 1886, se han abstenido de resolver de plano en punto á la propiedad de las cartas misivas; y las comisiones especiales que han abordado el problema, al examinar todas las cuestiones relativas á los derechos de los autores, no han encontrado solución satisfactoria.

Ocupóse extensamente de este asunto la comisión francesa nombrada en 1825 para preparar un proyecto de ley sobre propiedad literaria. Casi toda una sesión consagró á su estudio. Según algunos de sus miembros, debía darse

por supuesto que las correspondencias pertenecen al que las posee. Esa opinión fué vivamente combatida. Se hizo observar que el envío de una carta no podía considerarse como una transmisión de propiedad pura y simple, absoluta é indefinida. El que la recibe debe guardar para sí solo los pensamientos que contiene. En cuanto á su publicación ulterior, si el autor no ha manifestado su voluntad acerca de este punto, forzoso es atenerse al derecho común sobre propiedad literaria. Hay, efectivamente, muchos casos en que las correspondencias constituyen una verdadera producción intelectual. Basta citar, como ejemplo, las cartas de Grimm, que son incontestablemente fragmentos de literatura bajo forma epistolar. El librero M. Renouard propuso una disposición concebida así : «Las cartas inéditas se asimilan á las producciones literarias, debiendo entenderse que confieren los mismos privilegios al autor, si las ha publicado, y á sus herederos. Las colecciones de cartas inéditas dan origen al mismo derecho de goce exclusivo que cualquier otra publicación póstuma ; pero su publicación no podrá llevarse á efecto hasta diez años después de la muerte del autor, á menos de un testimonio escrito de su voluntad, ó de la voluntad de sus herederos y de las personas á quienes han sido dirigidas las cartas.» Rechazada esa solución, y no presentándose ninguna otra aceptable, acordóse en la sesión siguiente hacer caso omiso de las correspondencias en la nueva ley.

La comisión de la Cámara de diputados encargada de examinar el proyecto de ley de 1841 sobre propiedad literaria, discutió también el problema de las correspondencias epistolares, cuya publicación querían declarar libre algunos de sus miembros, salvo en el caso de estar coleccionadas. La comisión rehusó pronunciarse. «Hemos considerado—decía el ponente, M. de Lamartine,—que determinando de antemano en esa forma la propiedad de los corresponsales de los autores muertos ó vivos, corríamos el riesgo de autorizar un derecho de publicación que la moral pública reprueba, ó de prohibir un uso

legítimo que las conveniencias ó la necesidad demandan á veces. No hemos querido ni prohibirlo ni permitirlo. Las cartas son manifestaciones confidenciales, en que el hombre, no ya el escritor, se entrega á la confianza, no á la publicidad. No constituye esto una propiedad á nuestros ojos, sino una personalidad asistida y protegida por las leyes escritas sobre difamación y abuso de confianza, y por las leyes no escritas de la moral, de la delicadeza y del honor.»

Royer-Collard, atribuyendo exclusivamente el derecho de publicar una carta al que la ha escrito, manifestaba los mismos escrúpulos, cuando decía en la comisión de 1825: «Los pensamientos transmitidos confidencialmente no siempre se hallan bastante elaborados por la reflexión, ni son siempre de los que el autor consentiría en ver publicar».

En la conferencia para la protección internacional de los derechos de autores, reunida en Berna en 1863, al discutirse el artículo 3.° del proyecto de convenio, afirmando que el derecho de los autores se extendía igualmente á las obras manuscritas ó inéditas, un miembro de la conferencia quiso hacer constar que las cartas debían comprenderse entre los manuscritos; pero otros objetaron que, suscitando graves controversias la cuestión de las cartas misivas, era preferible descartarla. Prevaleció su opinión.

Hemos dicho que la cuestión no estaba prevista y resuelta más que en un corto número de leyes. El reglamento ruso sobre la censura y la prensa, de 1886, no permite publicar las cartas privadas sino con el consentimiento de la persona que las ha escrito y el de la persona á quien han sido dirigidas, ó con autorización de los herederos en caso de fallecimiento de una de esas personas ó de ambas. El Código civil portugués de 1887 reclama para la publicación el consentimiento del autor de la carta ó de sus herederos ó representantes, sin hacer mención del destinatario. Las leyes de Bolivia, Colombia y el Ecuador resuelven el problema del mismo modo.

Las de México y Guatemala exigen la autorización de las dos personas entre las cuales se han cambiado las cartas ó la de sus herederos.

En Francia ha querido suponerse que el decreto del 1.° Germinal año XIII, relativo á las obras póstumas, decidía la cuestión en favor de los poseedores de las cartas misivas, por el hecho de conferir á los propietarios de una obra póstuma, mediante herencia ú *otros títulos,* los mismos derechos que al autor. Pero contra esto se advierte que la posesión de una carta, en tanto que manuscrito, no da el derecho de propiedad. El librero Renouard había sido el primer editor de las cartas de Voltaire á Mlle. Quinault. Al publicarse la correspondencia general de Voltaire en sus obras completas, M. Beuchot, que era el editor, hizo proposiciones á M. Renouard para reproducir las cartas del gran escritor á la actriz. Él discutía en principio el derecho de M. Renouard, porque esa parte de la correspondencia no se había impreso separadamente, sino unida á otras cartas y obras del dominio público, lo cual le privaba, en cualquier hipótesis, de los beneficios del decreto. Estuvo á punto de entablarse un litigio; pero, como podía durar mucho y retardar la publicación de la correspondencia general de Voltaire, M. Beuchot prefirió no incluir las cartas á Mlle. Quinault.

III.

Dado el silencio de la ley, interesa investigar qué jurisprudencia existe en lo que atañe á propiedad de las cartas misivas. Donde se ha juzgado la cuestión de más antiguo, y no con menos autoridad, ha sido en Inglaterra. El primer juicio consignado en las obras de jurisprudencia es el formulado por lord Hardwicke en el proceso entablado por Pope contra Curl, que había publicado una colección de cartas escritas por el poeta. El

juicio empieza por sentar que no puede establecerse ninguna diferencia entre una colección de cartas y cualquier otra especie de escritos. En seguida combate la objeción de que el que escribe una carta hace donación de ella al destinatario.

«Yo opino (dice lord Hardwicke) que esa es una propiedad especial en manos de este último; es posible que le pertenezca la propiedad del papel, pero no le da ningún derecho á publicar las cartas. Á lo sumo, el destinatario tiene una propiedad común con el autor de la correspondencia.» Lord Hardwicke pasa después á refutar el argumento de que las cartas no merecen la protección del acta del Parlamento (*Estatuto* del año 8.° de la reina Ana, cap. XIX, para el fomento de la instrucción, etc.), porque sólo tratan de materias familiares. «Lo cierto es (dice el docto y humorístico juez) que no hay obras que hayan prestado mayores servicios á la humanidad que las que han aparecido en esa forma sobre materias familiares, y que acaso nunca fueron escritas para ser publicadas, lo cual les da tan gran valor; porque, en lo que á mí concierne, he de confesar que las cartas redactadas de una manera muy estudiada, y con los ojos puestos en el efecto, son, en general, las producciones más insignificantes y menos dignas de atraer las miradas de los lectores.»

Iguales principios consagró una decisión de lord Apsley á propósito de la publicación de las cartas de lord Chesterfield á su hijo. Afírmanse menos explícitamente en otro proceso (Percival contra Phipps), en que el juez, sir Tomás Plumer, concluyó que, poseyendo las cartas misivas el carácter indiscutible de producción literaria, todo acto que ataque al derecho de su autor debe tener las mismas consecuencias que si se tratara de un manuscrito inédito ó de una composición original de cualquier índole. Bajo otro punto de vista, el Tribunal de Sesión escocés (1) declaró, en el proceso instruido á instancias del hermano

(1) El Supremo tribunal civil de Escocia.—*(N. del T.)*

del poeta Burns y del tutor de sus hijos, que la remisión de cartas se hacía siempre confiando en que no se publicarían sin el consentimiento de su autor, y que los representantes legales de Burns tenían bastante interés en poner á salvo su reputación literaria para impedir la publicación. Se ha decidido, no obstante, que el destinatario, sin infringir ningún derecho, podía publicar una carta, cuando su publicidad sirviese para disculparlo de una acusación formulada por el autor de la correspondencia.

La jurisprudencia constante en Francia es que las cartas misivas no pueden publicarse sin el consentimiento del autor ó de sus herederos, y que, cuando la publicación reporta un beneficio, ese beneficio les pertenece. Así lo han consignado especialmente un fallo del tribunal de apelación de París, del 10 de Diciembre de 1850, en el pleito sobre las cartas de Benjamín Constant á Mme. Récamier, y otro del mismo tribunal, de 11 de Junio de 1875, estimando que «las cartas misivas son propiedad del que las envía y un depósito en manos del que las recibe». En el mismo sentido ha decidido el tribunal de apelación de Dijon (en 18 de Febrero de 1870) que «el pensamiento, aun después de fijarse por escrito, es siempre propiedad personal y exclusiva del que lo produce; de consiguiente, el envío de cartas particulares á un tercero, si da al destinatario el derecho de conservarlas, no le autoriza á entregarlas á la publicidad sin el consentimiento del que las ha escrito, y, sin ese consentimiento, no le permite á él, ni á sus acreedores ó herederos, sacar de ellas ningún beneficio pecuniario».

Todavía puede citarse el fallo de la primera Cámara del Tribunal del Sena, de 20 de Junio de 1883, relativo á la correspondencia de Sainte-Beuve; fallo interesante, sobre todo, porque aborda categóricamente la cuestión de la propiedad literaria. El tribunal ha declarado que esa propiedad pertenece al autor de la correspondencia, al autor solo, y que los derechos derivados de la misma pasan á los herederos; el autor se los transmite de la pro-

pia suerte que él los ha poseído en vida. Es también la doctrina de la jurisprudencia belga; doctrina según la cual una carta dirigida á un tercero se supone que encierra siempre la condición tácita de que no será divulgada, entendiéndose que su contenido es un depósito confiado al que la recibe, del cual no puede hacer uso sin la voluntad del que se lo confía. En Inglaterra, los tribunales de equidad han usado de su autoridad más de una vez para impedir la publicación de cartas puramente particulares, independientemente de toda consideración de propiedad literaria. Han entendido que esa publicación constituye la violación de un acuerdo expreso ó tácito, ó bien un abuso de confianza ó un medio de difamación.

No es diversa la doctrina en Alemania. «En la transmisión de una carta—dice Bluntschli,—no hay más que la comunicación del contenido al destinatario para que lo conozca, no para que lo publique.»

La generalidad de los autores franceses—Dalloz, Renouard, M. Pouillet, M. Etienne Blanc, M. Lionel Laroze, en su interesante trabajo sobre las cartas misivas,—se han pronunciado en el mismo sentido. «El que escribe una carta—dice Renouard—se abandona, piensa en alta voz y no elabora sus pensamientos como si previese que habían de ser entregados á la publicidad.» «El envío de una carta—decía M. de Vatimesnil en el seno de la comisión de 1825—no es una transmisión de propiedad pura y simple, absoluta, indefinida; es una transmisión restringida y condicional. El que recibe una carta ha debido guardar los pensamientos que contenía para sí solo.... En cuanto á la publicación ulterior de esos pensamientos, si el autor no ha expresado su intención acerca del particular, hay que atenerse al derecho común sobre propiedad literaria.»

Algunos autores han querido distinguir entre las cartas confidenciales y las que no tienen ese carácter; pero esa distinción es una pura sutileza. ¿Dónde principia y dónde acaba el dominio confidencial en la correspondencia epistolar? Aun suponiendo una carta que trate de un asunto

científico, literario ó político, puede haber en ella una frase, una palabra, cuya publicidad no desee el autor, único juez.

No sería más fácil la distinción, si se quisiese tomar como criterio de un derecho cualquiera el valor literario ó histórico de una correspondencia. Todo gran hombre ha empezado por ser un desconocido, y cartas de Víctor Hugo ó de Jorge Sand, indiferentes al comienzo de su vida, han llegado á ser más tarde autógrafos preciosos. Á lo que hay que atender es á los principios.

Claro es que este derecho del autor ó de sus herederos puede ser puramente platónico, si aquél no ha conservado copia de sus cartas, y si el destinatario, legítimo poseedor del manuscrito, en cuanto objeto material, se negase á comunicarlo. Pero el derecho no deja de subsistir por eso. El caso sería el mismo que el de un artista que, habiendo vendido un cuadro, reservándose la facultad de reproducirlo, pero no conservando su boceto, se encontrase sin poder usar de la facultad reservada.

IV.

De lo que antecede se desprende que la opinión general se pronuncia unánime á favor de la asimilación de las cartas misivas á las demás obras del espíritu en lo tocante á las prerrogativas de la propiedad literaria, y decidida á atribuir exclusivamente al autor y á sus herederos los derechos y las ventajas que confiere, y á hacerlos únicos jueces de la oportunidad de la publicación de esos escritos, ó, por lo menos, de no permitirla más que con su venia. Aun haciendo abstracción de toda razón jurídica, el secreto de las cartas debe sobrevivir al día en que se cambian entre dos corresponsales. Es una cuestión de seguridad moral que no ha menester discutirse. Desde el punto de vista literario, ninguna producción del pensamiento tiene derecho á mayores consideraciones.

El autor habla en cierto modo á media voz, para no ser oído más que de una sola persona ; se sustrae al público, y en esas confidencias en que abre su corazón, se expresa sin reticencias ni aderezos, sin preocuparse del «gran crítico», pronto á censurarlo por un atrevimiento de opinión ó de pluma. Poeta ó filósofo, político ó diplomático, ó bien simple espectador de su tiempo, necesita, para la salvaguardia de su vida privada como de su vida pública, poder escribir libremente bajo esa media luz discreta, y que no venga tras él una publicidad prematura á exponerlo á la curiosidad murmuradora ó á la malignidad de los que fueron sus contemporáneos.

Con todo, no estaríamos lejos de admitir, con respecto á las cartas privadas, una excepción de la ley común en lo que toca á la duración del derecho exclusivo de publicación reservado á los herederos ó cesionarios del autor. Se sabe que hay hoy una tendencia casi general á prolongar ese plazo. Veinte años parecían no ha mucho un período suficiente ; en el día, treinta, cincuenta años, no satisfacen ya más que á medias á los que soñaban en la perpetuidad ; se ha hablado de cien años como una transacción. Ahora bien : las cartas misivas constituyen una de las más copiosas fuentes de informes desde el punto de vista histórico, y, bajo el aspecto literario, proyectan á menudo una luz interesante sobre las costumbres y la sociedad de una época. Bueno que la publicación se dilate durante veinte ó treinta años después de la muerte del autor, si él no ha juzgado oportuno disponer otra cosa ; razones de alta conveniencia lo justifican. Como dice muy bien el fallo del tribunal de París en el litigio sobre las cartas de Mme. Récamier, «cuando aún no se han enfriado las pasiones contemporáneas es cuando importa sobre todo oponerse á publicaciones que darían por resultado turbar la memoria de los muertos en cosas que han querido enterrar consigo, excitar las malignidades de la polémicas, herir á terceros, alterar el culto de los recuerdos y de los afectos domésticos». Por análogas consideraciones imponen los escritores de *Memorias* á

sus herederos ó mandatarios un plazo razonable para romper el secreto de sus *Recuerdos*. Mas, una vez calmadas las cuestiones personales, cuando á una generación ha sucedido otra nueva, y cuando las indiscreciones epistolares no son ya más que revelaciones históricas, no sería bien privar á la sociedad demasiado tiempo de las luces ó de los goces que podrían proporcionarle cartas emanadas de personajes distinguidos, como actores ó confidentes, en la historia de una época.

EDUARDO ROMBERG.
(Redactor de la *Revue de Belgique.*)

DURANTE EL SITIO DE PARÍS

POESÍA TRADUCIDA POR TEODORO LLORENTE.

Alegres y bulliciosos
Salen los chicos de escuela.
Embadurnados de tinta,
Arrastran por las aceras,
Que al resplandor del Ocaso
Relucen y amarillean,
De sus deshojados libros
Las páginas medio sueltas.
Los mayores de la clase
Saltan, ríen y vocean,
Y brincando á pie puntillas,
Salvajes danzas remedan.
Otros, los más chiquitines,
Contentos las filas dejan,
Y apresurados se arrojan
Sobre la frugal merienda.
¡Imprevisores felices!
Al escuchar en espléndida
Tarde de Otoño sus gritos
Gozosos, nadie creyera
Que allá, en los parques cercanos,
Vibra sus rayos la guerra,
Á no ver, entre esos caros
Rapaces, de faz risueña,
De colores encendidos
Y de ajada vestimenta,
Algunos, graves y pálidos,
Con flamantes blusas negras.

ERNESTO D' HERVILLY.

INDICE

Páginas.

SECCIÓN ESPAÑOLA.

Las tapias del Camposanto, por Emilia Pardo Bazán..... 5
Consideraciones histórico-críticas acerca del novísimo aspecto de la cuestión obrera, por A. Cánovas del Castillo..... 17
Estudios sobre los orígenes del romanticismo francés. Los iniciadores: Mad. de Staël, Chateaubriand y sus respectivos grupos, por M. Menéndez y Pelayo..... 39
De los autores portugueses que escribieron en castellano, por Juan Valera..... 109
Introducción á un cuento titulado «Averigua quién te dió», por José Zorrilla..... 120
Crónica internacional, por Emilio Castelar..... 127
Revista ultramarina, por V. Barrantes..... 150
Revista económica, por un ex Ministro..... 164

SECCIÓN EXTRANJERA.

La sonata de Kreutzer, segunda parte, por el Conde León Tolstoy. 173
Fragmento de una carta de mujer (cuento), por A. Daudet..... 200
La Venus de Milo, por A. de Saint-Victor..... 206
Las Cartas misivas (Estudios de propiedad literaria), por E. Romberg. 212
Durante el sitio de París (poesía), por Ernesto d'Hervilly, traducida por Teodoro Llorente..... 223

España moderna

AÑO III. NÚM. XXVI.

LA

ESPAÑA MODERNA

(REVISTA IBERO-AMERICANA)

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LÁZARO

FEBRERO—1891

MADRID
IMPRENTA DE ANTONIO PÉREZ DUBRULL
Flor Baja, 22

1891

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

Sección Extranjera.

LA SONATA DE KREUTZER

TERCERA PARTE.

XVIII.

Habitamos, pues, en una ciudad. En las grandes poblaciones se encuentran menos tristes los que sufren. Allí puede uno vivir cien años sin que reparen en él, y sin que nadie lo eche de menos cuando muere. Allí no tiene uno tiempo para meditar en su suerte. Los negocios, las relaciones sociales, el arte, la salud de los hijos, su educación, absorben á todo el mundo. Unas veces, que hay que recibir ó devolver visitas, que hay que ver á éste, que hay que oir á Fulano ó á Fulana. (En una capital nunca faltan una, dos ó tres celebridades, que es irremisible ir á ver.) Otras veces, que hay que cuidarse ó cuidar á tal ó cuál niño; ó ya que el profesor, que el pasante, que el aya.... y, á todo esto, la vida absolutamente vacía. Con tal vértigo, sentíamos menos la pesadumbre de nuestra existencia común; sobre que, además, en los primeros tiempos, teníamos una magna ocupación: el arreglo del nuevo domicilio, y luego también la traslación de la ciudad al campo y del campo á la ciudad.

Así se deslizó un invierno. Al otro ocurrió un incidente, que pasó inadvertido, y que fué, en el fondo, la causa de todo lo que sobrevino después. Mi mujer andaba indispuesta, y los canallas (los médicos) no le permitieron concebir un nuevo hijo, enseñándole el medio de que debía valerse. El hecho me causó una repugnancia profunda. En vano pugné por oponerme; ella insistía con tanta ligereza como tenacidad, y acabé por ceder. Con eso quedó destruida la última justificación de nuestra vida de cerdos, y la tal vida vino á ser aún más innoble.

El campesino y el obrero necesitan hijos, lo cual justifica sus relaciones conyugales. Nosotros, en cuanto tenemos algunos, no necesitamos más. Son quebraderos de cabeza inútiles, gastos, coherederos, un atadero continuo; así que no tiene disculpa nuestra existencia de gochos. Pero estamos tan profundamente degradados, que no vemos la necesidad de una justificación. La mayoría de las personas de la sociedad contemporánea se entrega á esa licenciosidad sin el menor remordimiento. No tenemos ya conciencia, como no sea, si cabe decirlo así, la conciencia de la opinión pública y del Código penal. Pero aquí se trata de cosas que no hieren á ninguna de esas dos conciencias. No sonrojan desde luego á ninguna persona de mundo; todos las practican, X, Y, Z, etc. ¿Á qué multiplicar los mendigos y privarse de las alegrías de la vida social? Y en cuanto al Código penal, no hay para qué preocuparse ni temerlo; eso se queda para las mujeres perdidas, para las mozas de los soldados que tiran sus hijos á las charcas ó á los pozos; á ésas, es claro, hay que meterlas en la cárcel. ¡Pero nosotros! Nosotros procuramos la desaparición de la manera más cómoda y oportuna.

Pasamos así otros dos años. El medio sugerido por los canallas nos había salido á pedir de boca. Mi mujer se había puesto más gruesa y más guapa; era la belleza del final del estío. Ella lo comprendía, y se ocupaba mucho de su persona. Había adquirido esa hermosura provocativa que trastorna á los hombres. Se hallaba en todo el

esplendor propio de la mujer de treinta años que no tiene hijos, que se alimenta bien y se encuentra excitada. Su sola vista daba miedo. Era como el caballo de tiro de complexión ardiente, que no ha trabajado en mucho tiempo, y al cual se suelta la brida de pronto. En cuanto á mi mujer, no tenía bridas, como le pasa, por supuesto, al noventa y nueve por ciento de las mujeres.

XIX.

La cara de Posdnicheff se había transformado; daba pena verle los ojos, cuya expresión parecía extraña, como de otra persona; se le erizaban la barba y el bigote, se le achicaba la nariz, y se le dilataba la boca de un modo espantoso.

—Sí (prosiguió). Se puso más gruesa desde que dejó de concebir, y empezaron á desvanecerse sus inquietudes por los niños, aunque no acabaron aún. Parecía como si saliese de una larga embriaguez, y como si, al volver en sí, hubiese contemplado el universo con todas sus alegrías, un mundo entero no comprendido hasta entonces, y donde no había acertado á vivir.

«¡Si al menos este mundo no se desvaneciese! Pasado el tiempo, llegada la vejez, ya no es posible hacer que vuelva.» Así me figuro yo que pensaba ella, ó, más bien, que sentía. Por supuesto, no podía pensar ni sentir de otro modo. Le habían inculcado la idea de que en el mundo no hay más que una cosa digna de atención: el amor. Al casarse, había conocido algo de ese amor, pero algo muy distante de lo que ella se prometía y esperaba. ¡Cuántas desilusiones, cuántos sufrimientos, amén de una tortura inesperada: los hijos! Esa tortura la había extenuado, cuando he aquí que, gracias al servicial doctor, se enteraba de que no era forzoso concebir hijos. Fué un gozo para ella. Hizo el ensayo, y resucitó para lo único que la preocupaba, para el amor. Pero el amor, con

un marido manchado de celos y de maldades, no era ya su ideal. Empezó á pensar en algún otro cariño, ó, por lo menos, eso me figuraba yo. Siempre andaba en acecho, como si esperase un acontecimiento ó una persona. Lo noté, y no pude menos de sentirme alarmado.

Ahora, siempre que hablaba conmigo por mediación de un tercero (es decir, siempre que hablaba con otros para que me enterase yo), abordaba resueltamente, entre bromas y veras—sin acordarse de que una hora antes había dicho lo contrario—el tema de que los cuidados maternales son ilusiones, y de que no valía la pena el sacrificar la vida por los hijos : cuando se es joven, hay que gozar de la vida. Se ocupaba, pues, menos de los hijos, sin aquellos afanes de antes ; y, en cambio, se preocupaba cada vez más de sí misma, de su exterior—aunque lo disimulaba,—de sus placeres y hasta de su perfeccionamiento como mujer de sociedad. ¡Volvió con pasión al piano, olvidado no hacía mucho en un rincón! Ahí, en el piano, fué donde empezó la aventura.

Apareció el *hombre*.

Posdnicheff parecía sentirse cohibido, y volví á oir por dos veces aquella aspiración nasal á que he hecho referencia. Supuse que le era violento nombrar al *hombre*, y penoso acordarse de él. Hizo un esfuerzo, como para vencer el obstáculo que lo detenía , y continuó resueltamente :

—Era un mal hombre , á mis ojos, y no porque haya representado tan gran papel en mi vida, sino independientemente de eso. Pero dicho se está que, siendo malo, era irresponsable. Era músico, violinista—no músico de profesión, sino medio artista, medio hombre de mundo.—Su padre, propietario rural, era vecino del mío. Ese vecino , el padre, se arruinó; y los hijos, que eran tres varones, salieron cada uno por su lado. Nuestro hombre, el menor de los tres, marchó á París con su madrina. Allí lo pusieron en el Conservatorio, porque demostraba disposiciones para la música; salió hecho violinista, y tocó en conciertos.

Iba á desahogarse á expensas del *otro*, cuando se contuvo, y dijo bruscamente:

—Á la verdad, yo no sé de qué vivía; sólo sé que aquel año vino á Rusia, y fué á verme. Ojos tiernos, alargados en forma de almendra; labios rojos y sonrientes; un bigotillo untado de cosmético; el peinado á la última moda; una cara de una belleza vulgar, lo que llaman las mujeres una cosa «pasadera»; una constitución física débil, pero no deforme, con una parte posterior tan desarrollada como en las mujeres; correcto é insinuante hasta lo sumo con las personas, pero provisto de ese fino olfato que evita los pasos en falso y permite retirarse á tiempo; un hombre, en fin, guardador escrupuloso de las reglas de la dignidad exterior, con ese sello particular parisiense que denuncian las botas de botones y las corbatas de colores vistosos, y con esa cosa que se apropian en París los extranjeros, cuya singularidad, cuya novedad produce siempre su efecto en nuestras mujeres. En su porte, una jovialidad exterior, ficticia, y, ya sabe V., esa manera de hablar de todo por alusiones, en fragmentos inacabados, como si V. estuviese al corriente de cuanto le dicen, y se acordase de ello, y pudiere suplir lo que se sobreentiende.... ¡Pues bien! ése, con su música, fué la causa de todo.

En el proceso se presentaron las cosas de tal manera, que todo pareció consecuencia de los celos. Es falso....; es decir: falso enteramente, no; pero había algo más. Al juzgar, se consideró que yo era un marido engañado, que maté en defensa de mi honra ultrajada (así dicen en su lenguaje), y, en consecuencia, fuí absuelto. Yo traté de explicar el caso desde mi punto de vista; pero no conseguí sino que creyesen que quería rehabilitar la memoria de mi mujer. Sus relaciones con el músico, cualesquiera que hayan sido, no significan nada para mí, ni para ella tampoco. Lo importante es lo que le he contado á V. Todo el drama se debe á que aquel hombre llegó á nuestra casa en el momento en que se había abierto ya entre nosotros un inmenso abismo, cuando era un hecho

esa espantosa tensión del odio mutuo, en que el menor motivo bastaba para desencadenar la crisis. Nuestras reyertas en los últimos tiempos eran una cosa terrible, y tanto más asombrosas cuanto que iban seguidas de una pasión brutal extraordinariamente intensa. Si no hubiese mediado aquel hombre, hubiese mediado otro ; si el pretexto no hubiesen sido los celos, yo hubiese encontrado otro cualquiera. Insisto é insistiré en que todo marido que haga una vida de matrimonio como la mía, ó anda por esos mundos de Dios de devaneos, ó se separa, ó se mata, ó mata á su mujer, como yo. Si á alguno no le sucede nada de esto, es una excepción rarísima, porque, en cuanto á mí, antes de acabar como he acabado, he estado varias veces al borde del suicidio, y mi mujer intentó envenenarse en más de una ocasión.

XX.

Para que me comprenda V., es preciso que le cuente cómo pasaron las cosas.

Los dos estamos muy tranquilos; parece que todo marcha bien. De repente nos ponemos á hablar de la educación de los niños. No recuerdo por qué palabras empezamos ella ó yo ; pero ya tenemos debate, reconvenciones, saltos de una materia á otra : «Sí, ya lo sé desde hace mucho tiempo ; siempre ocurre lo mismo.... Tú has dicho que....—No, yo no he dicho tal cosa....—Bien ; ¿entonces es que miento yo?....», etc.

Y presiento que se acerca la crisis espantosa en que quisiera matarla ó matarme á mí mismo. Estoy viendo que se acerca, me asusta pensarlo como si me amenazase un incendio, quisiera contenerme ; pero me ahoga la ira. Mi mujer se encuentra en el mismo, si no en peor estado ; sabe que tergiversa deliberadamente todas mis palabras, y que todas las suyas están impregnadas de veneno. Cuanto yo más quiero en este mundo, otro tanto rebaja

y profana ella. El furor va en aumento á medida que se enreda la disputa. «¡Cállate!» (grito yo en un momento, ú otra cosa por el estilo.) Mi mujer sale de un salto fuera de la habitación, y corre al lado de los niños. Trato de detenerla para desahogarme, acabando de descargar mis injurias, y la cojo de un brazo, lastimándola. Da un grito: «¡Hijos, vuestro padre me está pegando!» Yo grito también: «¡No mientas!» Ella sigue ensartando mentira tras mentira, con el sólo propósito de irritarme más. «¡Ah! ¡No es la primera vez!» Ó alguna otra cosa á este tenor. Veo que los niños se lanzan á ella, tranquilizándola, y digo: «¡No finjas!» Á lo cual responde: «¡Para ti todo es fingido! ¡Así matases á cualquiera, dirías que fingía! Y eso es lo que quieres; ahora ya he conocido tu intención.»—«¡Que no reventaras!» (exclamé.)

Recuerdo el espanto que me produjo esa terrible frase. Nunca había soñado yo que pudiese pronunciar palabras tan brutales, tan tremendas; y me quedé atónito al ver que se me habían escapado. Huyo á mi gabinete, me siento y me pongo á fumar. La oigo en la antecámara, dispuesta á salir, y pregunto: «¿Adónde vas?» No responde. «¡Pues anda, y que te lleven los demonios!» me dije en mi interior volviendo al gabinete, y sentándome y empezando á fumar de nuevo. Millares de planes de venganza, medios de desembarazarme de ella, expedientes para arreglar las cosas y hacer como que no había pasado nada, todo eso cruza por mi cabeza; y entretanto, fuma que fuma. Pienso huir, escaparme, marcharme á América. Hasta llego á recrearme meditando lo bien que estaré cuando me la haya quitado de encima, y lo que he de amar á otra, muy distinta de ella. Me libraré de su presencia, si muere ó me divorcio, y reflexiono en cuál será la mejor combinación. Veo que desvarío; pero, para no verlo, para dejar de ver que no pienso como Dios manda, sigo fumando.

En tanto, la vida de la casa sigue su curso. Llega la institutriz de los niños, y pregunta: «¿Dónde está la señora? ¿Cuándo volverá?» Los criados preguntan, por

su parte, si sirven el te. Entro en el comedor ; los niños, y sobre todo Elisita, me miran asustados, como para interrogarme. ¡Y no viene! Pasa la noche. ¡Nada! ¡sin venir! Dos sentimientos se apoderan alternativamente de mi alma : el odio hacia ella, por torturarnos á mí y á los niños con su ausencia, cuando ha de acabar por volver á la postre, y el temor de que vuelva y cometa algún atentado contra sí misma. Pero ¿dónde buscarla? ¿En casa de su hermana? ¡Parece tan sandio ir á preguntar uno dónde está su mujer! Y, después de todo, ¡vaya bendita de Dios! Si le gusta que sufran los demás, que sufra ella también. Pero ¿y si no está en casa de su hermana? ¿Y si va á hacer ó ha hecho ya cualquier atrocidad?

Las once de la noche, las doce, la una.... ¡imposible dormir! Á la alcoba no voy ; sería inaguantable estar echado allí, solo, esperando. Sin embargo, en el gabinete no puedo reposar. Trato de ocuparme en alguna cosa, de escribir cartas, de leer. Imposible. Me encuentro solo, torturado, lleno de remordimientos, y no hago más que escuchar todos los ruidos. Hacia el alba me duermo. Cuando despierto, no ha vuelto aún. Las cosas de la casa marchan como antes, pero todos me miran asombrados, con aire interrogativo. Los niños me observan como reconviniéndome. Y siempre el mismo sentimiento de inquietud por ella , y de odio á causa de esa inquietud.

Hacia las once de la mañana llega su hermana , la embajadora. Entonces empiezan las frases de cajón : «¡Se encuentra en un estado terrible!—¿Pues qué le ocurre? —¡Hombre, ahí es nada!»—Yo hablo de las asperezas de su carácter, y añado que, como no tengo de qué acusarme, no daré el primer paso. Si quiere el divorcio, tanto mejor. Mi cuñada no admite semejante idea , y se va sin haber conseguido nada. Yo, encerrado en la mayor obstinación, mientras hablábamos, y diciendo con mucha valentía, resueltamente, que no daría el primer paso ; pero, no bien se marcha, voy á la otra pieza, veo á los niños tan espantados que era una compasión.... y

heme aquí ya inclinado á dar ese primer paso. El mal es que me encuentro atado por mi palabra. Vuelta á pasear de un lado para otro, y vuelta á fumar. Al almuerzo bebo aguardiente y vino hasta que consigo lo que deseo irreflexivamente: no ver la mentecatez y la ignominia de mi situación.

Hacia las tres llega ella. Me parece que viene aplacada ó que se reconoce vencida. Empiezo á decirle que yo he sido provocado por sus reconvenciones. Me contesta, sin mudar la expresión de severidad y de terrible abatimiento de su fisonomía, que no ha ido á pedir explicaciones, sino á llevarse los niños, porque no podemos vivir juntos. Le respondo que no es culpa mía, sino suya, por haberme puesto fuera de mí. Á esto, mirándome con aire severo y solemne, dice: «¡No sigas adelante, ó te arrepentirás!» Yo repito que no puedo tolerar las comedias. Entonces grita no sé qué, y se precipita hacia su cuarto. Oigo rechinar la llave; se encierra. Empujo la puerta. Silencio. Viendo que no me responde, me voy furioso.

Media hora después viene Elisita corriendo y deshecha en llanto: «¡Qué! ¿Ha sucedido alguna cosa?—¡No se oye á mamá!» Nos dirigimos hacia la puerta de su cuarto, y empujo con todas mis fuerzas. El pasador está mal echado, cede, y se abren las hojas. Mi mujer se halla atravesada en la cama, en enaguas y con botas altas. En la mesa veo un frasco de opio vacío. La hacemos volver en sí. Vienen las lágrimas, y en seguida la reconciliación. Es decir, la reconciliación no: en su fuero interno cada uno conserva su odio hacia el otro; pero, por el momento, preciso es poner término de algún modo á aquella escena, y la vida vuelve á seguir su curso, como antes. Escenas como esa, y peores aún, las teníamos todas las semanas ó todos los meses, cuando no todos los días. ¡Y siempre, sin variación, los mismos incidentes! Una vez estuve completamente resuelto á huir, pero por una debilidad inconcebible me quedé.»

He ahí en qué circunstancias vivíamos, cuando hizo

su aparición el *hombre*. Malo era él, es mucha verdad; pero, en fin, ¡hasta ser peor que nosotros!....

XXI.

Cuando nos trasladamos á Moscou, ese *señor*—se llamaba Trujachevski—fué á casa una mañana. Lo recibí. En otra época nos tuteábamos, y él intentó restablecer el «tú», usando frases intermedias entre «tú» y «usted»; pero yo di el tono en «usted» resueltamente, y se sometió en seguida. Me desagradó hasta el extremo. Á la primera ojeada comprendí que era un inmundo libertino. Tuve celos antes de que viese á mi mujer. Pero—¡cosa extraña!—una fuerza oculta, fatal, me inducía á no ahuyentarlo, á no alejarlo, sino, al revés, á dejarle acercarse. ¿Había nada más sencillo que hablar con él unos minutos, y despedirlo fríamente, sin presentarlo á mi mujer? Pues no: como exprofeso llevé la conversación hacia sus habilidades de violinista; y supe por su boca que, contra lo que yo había oído decir, tocaba entonces más que antes. Recordó, además, que yo también me ejercitaba en otros tiempos, á lo cual respondí que había abandonado la música, pero que mi mujer tocaba muy bien.

¡Cosa singular! ¿Por qué en los acontecimientos importantes de la vida, en los que deciden de la suerte de un hombre, como se decidió la mía en aquel instante, por qué en esos acontecimientos no hay pasado ni futuro? Desde el primer día, desde la primera hora, mis relaciones con Trujachevski fueron tales y como hubieran podido ser después de todo lo que ha ocurrido. Yo tenía el presentimiento de que debía sobrevenir una horrorosa desgracia por causa de aquel hombre; y, á pesar de todo, no podía menos de estar amable con él. Lo presenté á mi mujer. Ella se alegró—al principio supongo que sólo por oir tocar el violín, que era una de sus pasiones: como

que, al efecto, alquilaba á veces un violinista de orquesta.—Pero, al dirigirme una mirada, adivinó mis sentimientos, y disimuló su alegría. Entonces empezaron las comedias y los engaños mutuos. Yo ponía cara placentera, haciendo como que todo aquello me agradaba infinitamente. Él miraba á mi mujer como todos los libertinos miran á las mujeres guapas, aunque afectando no interesarse más que en la conversación, es decir, en lo que no le interesaba ni por asomo.

Ella quería aparecer indiferente; pero mi expresión, mi falsa sonrisa de celos, que conocía tan bien, y la mirada voluptuosa del músico la excitaban de un modo manifiesto. Después de la primera entrevista noté ya que sus ojos se animaban de un brillo extraño, y que, gracias á mis celos, se establecía inmediatamente entre los dos esa especie de corriente eléctrica que provoca la identidad de la expresión, de la sonrisa y la mirada.

Estuvimos hablando de música, de París, de una porción de pequeñeces, hasta que nuestra visita se levantó para marcharse. Se quedó en pie, contoneando la cadera, sobre la cual apoyaba el sombrero, y mirándonos á uno y otro alternativamente, como si esperase lo que ella haría. Me acuerdo de aquel minuto; me acuerdo, porque pude no invitarlo. Si no lo invito, no habría pasado nada. Pero los miré á los dos: «¡No vayas á creerte que puedes darme celos!», pensé, dirigiéndome á ella mentalmente. É invité al otro á llevar aquella misma noche su violín y á tocar con mi esposa. Mi mujer levantó asombrada los ojos hacia mí; su cara se tiñó de púrpura, como si la sobrecogiese un terror repentino. Empezó por excusarse, diciendo que no tocaba bastante bien. Esa negativa me excitó más. Recuerdo la extraña impresión con que yo miraba la nuca, el cuello blanco de aquel hombre, en contraste con el pelo negro partido á raya, cuando salió dando saltitos á la manera de un pájaro. No podía menos de confesarme que su presencia me hacía sufrir. «En mi mano está (pensaba) arreglar las cosas de modo que no vuelva á verlo nunca. Pero ¿entonces es

que lo temo *yo?* No, no lo temo; sería demasiado humillante.»

¡Y allí mismo, en la antecámara, sabiendo que me oía mi mujer, insistí en que fuese con su violín aquella misma noche! Se despidió, prometiéndomelo. Llegó por la noche con el violín, y tocaron juntos; pero la ejecución anduvo como Dios quiso durante largo rato, porque no teníamos la música necesaria, y la que había no podía tocarla mi mujer sin preparación. Yo me divertía, los aconsejaba, les proponía piezas, y acabaron por interpretar algunas romanzas sin palabras y una sonatina de Mozart. Trujachevski tocaba de un modo maravilloso; tenía lo que se llama el tono enérgico y tierno; en cuanto á dificultades, no existían para él. Apenas se puso á tocar, cambió de cara. Se tornó serio y mucho más simpático. No hay que decir que llevaba mucha ventaja á mi mujer; la ayudaba, la aconsejaba con sencillez y naturalidad, y al propio tiempo alababa cortésmente su ejecución. Mi mujer parecía embebida en la música nada más; se mostraba muy sencilla y agradable. Yo también aparenté durante toda la noche, no sólo por los otros, sino por mí, hallarme completamente embebido en la música. En el fondo me torturaban los celos sin cesar. Desde el primer momento en que los ojos del músico se encontraron con los de mi mujer, ví que no le desagradaba, y que no le parecería mal entrar en relaciones más íntimas.

Si yo hubiese sido puro, no habría cavilado en lo que él podía pensar; pero yo también miraba á las mujeres, y por eso lo comprendía, y me encontraba en un suplicio. Lo que me atormentaba sobre todo era la certidumbre de que, por lo tocante á mí, ella no sentía más que una perpetua irritación, interrumpida á veces durante los accesos de sensualidad consabidos, mientras que aquel hombre, gracias á su elegancia exterior y á su novedad, gracias singularmente á su talento, notable á todas luces, gracias á la aproximación que se establece bajo el imperio de la música, gracias á la impresión que la música produce sobre los temperamentos nerviosos,

aquel hombre, digo, no sólo debía agradarla, sino infaliblemente, y sin dificultad ninguna, subyugarla, vencerla y hacer de ella lo que quisiese.

Como no podía menos de ver eso, no podía menos de sufrir, no podía menos de estar celoso. Y estaba celoso y sufría, á pesar de lo cual—y aun quizá por eso mismo—una fuerza desconocida me impulsaba á ser, no ya cortés, sino algo más que cortés, amable. No sabré decir si lo hacía por mi mujer, por demostrarle que yo no temía al otro, ó por mí mismo, por engañarme; pero desde mis primeras relaciones con él no lograba encontrarme en mi centro. Para no ceder á la tentación de matarlo inmediatamente, tenía que «acariciarlo». Le servía vino á la mesa, me entusiasmaba con su manera de tocar, le hablaba con la sonrisa más agradable, y hasta lo invité á comer y á darnos nueva sesión de música el domingo próximo. Le dije que convidaría á algunos amigos aficionados para que lo oyesen.

Dos ó tres días más adelante volvía á mi casa hablando con un amigo, cuando, al pasar por la antecámara, sentí de pronto un grave peso en el corazón, sin poder explicarme lo que fuese. Y era que había visto algo que me *lo* recordaba. Caí en la cuenta al entrar en mi gabinete, y volví á la antecámara para confirmar mi conjetura. Sí, no me engañaba: era su paletot (me había fijado involuntariamente con una atención extraordinaria en todo lo que se refería á él). Interrogué al criado. Era eso: había ido. Pasé cerca de la sala, atravesando el cuarto de estudio de los niños. Elisita estaba sentada con un libro delante, y el ama seca se hallaba junto á la mesa con el último de mis hijos, dando vueltas á una tapa de no sé qué. Oí en la sala un arpegio lento, la voz apagada de él, y una negación de ella: «¡No, no! (decía) ¡hay otra cosa!» Y me pareció que algunos de los dos amortiguaba las palabras expresamente con ayuda del piano.

¡Dios mío! ¡Lo que sentí subir á mi cabeza! ¡Lo que yo imaginé! Cuando me acuerdo de la bestia que alentaba dentro de mí en aquel instante, me sobrecojo de

espanto. Se me oprimió el corazón, se paralizó un segundo y empezó á golpear después como un martillo. El sentimiento principal, como sucede en todos los malos sentimientos, era de lástima por mí. «Delante de los niños, delante del ama (pensaba), me deshonra. Me voy; no puedo más. Dios sabe lo que haría, si.... ¡Pero no puedo pasar sin entrar!»

El ama dirigió los ojos hacia mí, como si me comprendiese y me aconsejase vigilancia. «No tengo más remedio que entrar» (me dije). Y, sin saber lo que hacía, abrí la puerta. Él estaba sentado al piano y hacía arpegios encorvando sus largos dedos blancos; ella estaba en pie en el ángulo del piano de cola, con un papel de música delante. Fué la primera que me vió ó me oyó, y alzó los ojos hacia mí. ¿Se sobresaltó? ¿aparentó no tener miedo? ¿ó no se asustó ni poco ni mucho? Lo que puedo asegurar es que no se estremeció ni hizo ningún movimiento. Se sonrojó algo; pero un poco después:

—¡Cuánto me alegro de que vengas! No hemos resuelto lo que vamos á tocar el domingo—dijo en tono muy diferente del que hubiese empleado, á estar conmigo á solas.

Me sublevó aquel tono y aquel decir «nosotros», hablando de ellos dos. Lo saludé á él silenciosamente. Se apresuró á estrecharme la mano, dirigiéndome una sonrisa que se me antojó burlona, y me dijo por vía de explicación que había llavado música para prepararse al concierto del domingo, pero que estaba en desacuerdo sobre la elección de pieza: ¿cosas difíciles, clásicas, especialmente una sonata de Beethoven, ó piezas ligeras? Y, al hablar, me miraba. Todo eso era tan natural, tan sencillo, que parecía imposible encontrar nada que decir. Y al mismo tiempo veía que era falso, estaba seguro de que se encontraban de acuerdo para engañarme.

Una de las mayores torturas para el celoso (y no hay quien no lo sea en nuestra vida social) es esa multitud de situaciones en que con varios pretextos se admite como cosa corriente una intimidad grandísima y peligrosa en-

tre un hombre y una mujer. Hay que pasar por ser la irrisión de todo el mundo, si quiere uno impedir las aproximaciones del bailè, la intimidad de los médicos con sus enfermos, la familiaridad en las ocupaciones artísticas, y, sobre todo, en la música. Para que las gentes trabajen juntas en el arte más noble, en la música, se necesita cierta intimidad en que no puede verse nada de censurable; sólo la estupidez de un marido celoso puede tener algo que decir. Un marido no debe concebir semejantes pensamientos, y, sobre todo, no debe entrometerse en tales cosas, ni impedirlas. Y, sin embargo, cualquiera sabe que, gracias precisamente á esas ocupaciones, y con especialidad á la música, se preparan gran número de adulterios en nuestra sociedad.

Evidentemente los dejé cortados, porque pasó bastante tiempo sin que yo acertase á decir una palabra. Estaba como una botella demasiado llena, cuando se le quita el tapón y se pone boca abajo. Quería insultar al hombre, quería echarlo, y me quedé sin hacer nada. Á la inversa, pensaba que los cohibía, y que los cohibía por mi sola culpa, sin ningún motivo. Hice como que lo aprobaba todo, merced á ese extraño sentimiento que me obligaba á tratarlo á él con tanta más amabilidad cuanto más penosa me era su presencia. Dije que me atenía á sus gustos, y aconsejé á mi mujer que hiciese otro tanto. Fué lo estrictamente preciso para borrar la impresión deplorable de mi brusca entrada con una cara feroz. Él se marchó, pareciendo satisfecho de los acuerdos adoptados. Por mi parte, me quedé convencido de que, al lado de las cosas que los preocupaban, la música les era perfectamente indiferente. Lo acompañé con marcada cortesía hasta la antecámara (¿cómo no acompañar á un hombre que va á turbar vuestra tranquilidad y á destruir la ventura de toda una familia?), y estreché su mano blanca y mórbida con la mayor amabilidad.

XXII.

En todo aquel día no hablé á mi mujer. Me era imposible. Sentía tal odio, á su aproximación, que me temía á mí mismo. En la mesa me preguntó delante de los niños cuándo salía de viaje. Yo tenía que ir la semana siguiente á una reunión del Zemstvo en una localidad vecina. Le dije la fecha. Me preguntó si no necesitaba nada para el camino. No respondí; permanecí callado en la mesa, y en silencio me retiré á mi gabinete. En esos últimos tiempos no entraba ella nunca en mi gabinete, y menos á tal hora. De pronto oí sus pasos. Entonces se me puso en la cabeza la idea innoble y terrible de que, como la mujer de Urías, intentaba ocultar una falta ya cometida, y que por eso venía á mi cuarto á aquella hora. ¿Es posible que venga á mi cuarto? (pensé.) Y al oir acercarse las pisadas, seguí diciéndome: «Si viene, es que tengo razón.»

Me invadió el alma un odio inexpresable.... Los pasos van acercándose, acercándose, acercándose más cada vez. ¿Pasará de largo hacia la otra sala? No. Rechinan los goznes, y aparece en la puerta su silueta elevada, graciosa, lánguida y esbelta. En la cara, en los ojos, observo una timidez, una expresión insinuante que procura ocultar, pero que á mí no se me escapa, como no se me oculta su sentido.... Estuve á pique de ahogarme, á puro de contener la respiración; y, sin dejar de mirarla, cogí un cigarro, y lo encendí.

—¿Cómo se entiende? Viene una á buscarte para que hablemos, ¡y te pones á fumar!

Y se sentó muy cerquita de mí en el canapé, arrimándose á mi hombro. Retrocedí para no tocarla.

—Veo que te disgusta que toque el domingo.

—No, nada de eso—dije.

—Pero ¿es que no lo veo yo?

—¡Bueno! ¡Pues te felicito por tu penetración enton-

ces! ¡No hay más sino que tú te gozas en todas las ignominias, y yo las detesto!

—Si te pones á blasfemar como un carretero, me marcho.

—Ya te has ido.... ¡Pero sabe que, si para ti no es nada la honra de la familia, á mí me interesa mucho!.... Me interesa la honra, entiéndolo, no tú.... ¡Tú puedes irte al infierno!

—¡Cómo! ¿Qué hay?

—¡Vete en nombre de Dios!....

No se fué. ¿Aparentaba no comprenderme, ó no comprendía en realidad de qué se trataba? Pero se enfadó, se dió por ofendida.

—Te has vuelto absolutamente intratable (creo que dijo, ó una cosa parecida, con su intención de siempre de herirme). Después de lo que has hecho con mi hermana (aludía á un altercado con su hermana, en que, fuera de mí, le dije no sé cuántas frescas; ya sabía ella que eso me torturaba, y procuraba pincharme), después de lo que has hecho con mi hermana, no tengo ya que asombrarme de ninguna cosa.

«¡Eso es! (pensé.) ¡Ofendido, humillado, deshonrado, y encima venirme con acusaciones!» Y súbitamente se apoderó de mí una ira, un odio, como no me acordaba de haberlo experimentado nunca. Por primera vez sentí tentaciones de expresar materialmente ese odio. Dí un brinco, pero en el mismo instante comprendí mi estado, y me pregunté si sería cuerdo abandonarme á mi furor.... Después de todo, sí (me respondí), no estaría mal: con eso la asustaría; y, en vez de contenerme, me fustigué, me aguijé, y se me ensanchó el alma, al sentir crecer el hervor de la sangre.

—¡Vete, ó te mato!—grité, cogiéndola de un brazo, con voz terrible. No se movió, y entonces le retorcí el brazo, y la rechacé violentamente.

—Pero ¿qué tienes? ¡Repórtate!—dijo.

—¡Vete! (rugí yo con más fuerza, clavándole unos ojos feroces.) ¡Nadie más que tú es capaz de ponerme en

este estado, nadie! ¡Vete, porque no respondo de mí!

Me embriagaba con mi misma cólera, y quise entregarme á cualquier acto violento para patentizar la energía de mi furor. Sentía unos deseos atroces de pegarla, de matarla; pero recapacité que eso no era posible, y me contuve. Me aparté de su lado, me abalancé á la mesa, cogí un sujeta-papeles, y lo tiré al suelo hacia donde ella estaba. Apunté con cuidado para que cayese cerca nada más; y antes de que se fuese (lo hacía para que lo viera), cogí un candelero, y lo tiré también; en seguida descolgué el barómetro, sin dejar de gritar:

—¡Vete, que no respondo de mí!

En cuanto desapareció, interrumpí mis demostraciones. Una hora después entró en mi cuarto el ama seca, diciendo que mi mujer estaba con un ataque de histerismo. Fuí á verla: sollozaba y reía, sin poder hablar, temblando con todo su cuerpo. No fingía: estaba mala de veras. Mandé llamar al médico, y la cuidé durante toda la noche. Hacia el amanecer se calmó, é hicimos las paces bajo el influjo de ese sentimiento que llamábamos «amor.» Cuando le dije, después de reconciliarnos, que tenía celos de Trujachevski, se echó á reir, sin turbarse, con la mayor naturalidad: ¡tan extraña le parecía á ella misma la posibilidad de perderse por semejante hombre!

—¿Te parece que un ente así puede inspirar á una mujer honrada más sentimiento que el gusto de oirle tocar? Pero, si tú quieres, nada me importa no volver á verlo nunca, ni aun el domingo, á pesar de estar hechas las invitaciones. Escríbele que me hallo indispuesta, y asunto concluido. Sólo me molesta una cosa, y es ¡que hayas podido soñar que ese hombre era peligroso! Soy demasiado orgullosa para no detestar semejantes sospechas.

Y no mentía: creía lo que estaba diciendo. Hablaba así, abrigando la ilusión de provocar en su alma, con sus propias palabras, el desdén hacia aquel hombre, y precaverse de ese modo contra el peligro. Pero no lo con-

seguía. Todo conspiraba contra ella, y más que todo la malhadada música. De esta suerte acabó la querella ; se reunieron nuestros invitados el domingo, y volvieron á tocar juntos Trujachevski y mi mujer.

XXIII.

Creo superfluo decir que yo era muy vanidoso. Sin vanidad, la vida que nosotros hacemos no tendría alimento suficiente. Así, pues, me ocupé de disponer con el mayor gusto posible la comida y la velada musical del domingo. Yo mismo compré una porción de cosas para la comida, y elegí los convidados. Llegaron éstos á las seis, y, tras ellos, se presentó Trujachevski de frac y con botones de diamante en la camisa—lo que se llama una cosa de mal tono.—Se movía con desenvoltura. Respondía á todas las preguntas en el acto con una sonrisa de satisfacción y de inteligencia, con una expresión particular que quería decir: «Todo lo que hagan y digan Vds. será ni más ni menos lo que yo me esperaba». No había incorrección en su persona ó en sus maneras que no observase yo entonces con íntimo regocijo , porque esas faltas debían tranquilizarme, confirmándome en la idea de que mi mujer no podría rebajarse, como ella misma había dicho, hasta el grado de inferioridad de aquel hombre. Evitaba, por consiguiente, estar celoso, aunque no tanto por las protestas de mi mujer como por los atroces sufrimientos que los celos me causaban.

A pesar de esto, me fué imposible mantenerme natural con el músico ni con ella durante la comida y la parte de la velada que transcurrió hasta empezar la música. Involuntariamente seguía todas sus miradas y todos sus gestos. La comida fué, como cualquiera de las de su clase, una cosa enojosa y convencional. La música dió principio en seguida. *Él* fué á buscar su violín ; mi mujer se adelantó hacia el piano, y se puso á hojear los papeles. ¡Oh!

¡Cómo me acuerdo de todos los pormenores de aquella velada! Recuerdo cómo llevaba él el violín, cómo abrió la caja, cómo quitó la funda de sarga bordada por una mano de dama, y cómo empezó á afinar el instrumento. Veo á mi mujer sentándose con una fingida indiferencia, bajo la cual advertí que ocultaba una gran timidez, una timidez debida sobre todo á su poco dominio del arte musical. Se sentó con esa indiferencia fingida delante del piano, y entonces empezaron los *la* de rigor, los *pizzicati* de violín y el arreglo de los papeles. Recuerdo en seguida cómo se miraron y dirigieron una ojeada á las personas del auditorio, que iban acomodándose en sus puestos. Se dijeron algunas palabras, y empezó la música. Tocaron la «Sonata de Kreutzer», de Beethoven. ¿Conoce V. el primer *presto?* ¿Lo conoce V.? ¡Ah!....

Posdnicheff exhaló un suspiro, y calló durante un rato.

—¡Qué cosa tan terrible esa sonata! ¡Sobre todo aquel *presto!* ¡Y qué cosa tan terrible la música en general! ¿Qué es? ¿Por qué produce los efectos que produce? Se dice que la música conmueve el ánimo. ¡Tontería! ¡Mentira! Influye, sí, influye espantosamente (hablo por mi cuenta), pero no de una manera ennoblecedora.... ni ennoblecedora ni envilecedora, sino de una manera irritante. ¿Cómo diría yo? La música me hace olvidar mi situación verdadera. Me transporta á un estado extraño á mí. Bajo su influjo me parece sentir realmente lo que no siento, comprender lo que no comprendo, poder lo que no puedo. La música me parece obrar como el bostezo ó la risa: yo no tengo ganas de dormir, pero veo bostezar á uno, y bostezo, como me río, sin tener de qué, cuando oigo reir. La música, á su vez, me transporta inmediatamente al estado de ánimo en que se hallaba el que la escribió: me confundo con su alma, y paso con él de un estado á otro. Mas ¿por qué esto? No lo sé. Ahora, el que escribió la «Sonata de Kreutzer», Beethoven, ése sí, sabía perfectamente por qué se encontraba en cierto estado: semejante estado lo indujo á realizar ciertas acciones, y, por lo mismo, tenía

un sentido para él; pero para mí no tiene ninguno, absolutamente ninguno. Así se comprende que la música provoque excitaciones que no resuelve. Se toca, por ejemplo, una marcha militar; pasa el soldado al son de esa marcha, y ha acabado la música. Se toca un baile; he concluido de bailar, y ha terminado la música. Se canta una misa, comulgo, y de nuevo ha finalizado la música.... Pero la otra música provoca una excitación, sin que se encuentre en esa excitación lo que procede hacer; por eso es tan peligrosa, por eso obra á veces de un modo tan espantoso.

En China la música es cosa del Estado, y así debe ser. ¿No hay más que consentir al primer advenedizo que hipnotice á una ó varias personas, para que después haga de ellas lo que le plazca? ¿Y se puede tolerar, sobre todo, que el hipnotizador sea el primer individuo inmoral que se presente? Es un poder espantoso en manos de cualquiera.... Por ejemplo, el primer *presto* de esa «Sonata de Kreutzer»—y existe mucha música así—¿se puede tocar en salones en medio de damas escotadas, ó en conciertos, y después de acabado, aplaudir, y pasar á otro tiempo ó á otra obra? Esas cosas no se pueden tocar más que en ciertas circunstancias importantes, y sólo cuando hay que provocar ciertas acciones correspondientes á tal música. Pero promover una energía de sentimiento que no corresponde á la ocasión ni al sitio, y que no se gasta en nada, no puede menos de influir peligrosamente. Sobre mí en particular ese tiempo obra de una manera terrible. Parece como que surgen en mi interior nuevos sentimientos, nuevas virtualidades que antes ignoraba. «¡Ah! Sí, eso es.... Ni remotamente como yo vivía y pensaba antes.... He ahí cómo debe vivirse.»

Así me hablaba interiormente al escuchar esa música. ¿Qué era aquello nuevo que entonces aprendía? No me lo explicaba, pero me hacía bien y me llenaba de íntima satisfacción la conciencia de ese estado indefinido. Era un estado en que no había ya cabida para los celos. Hasta veía bajo un prisma distinto las figuras presentes,

incluso la de *él* y la de mi mujer. Aquella música me transportaba á un mundo desconocido, de donde los celos estaban desterrados. Los celos y los sentimientos que los provocan me parecían futilezas en que no valía la pena de pensar.

Después del presto, acabaron por el andante, no muy nuevo, de variaciones vulgares y de un final flojo. Luego tocaron todavía, á petición de los invitados, una elegía de Ernst y algunas otras cosas. Todo eso estaba muy bien, pero no me produjo ni la décima parte de impresión que el principio. Me sentí animado y alegre durante toda la noche. En cuanto á mi mujer, jamás la vi lo mismo. Aquellos ojos brillantes, aquella severidad de su expresión majestuosa mientras tocaba, y aquella completa languidez, aquella tenue sonrisa de dulce satisfacción, luego que hubo concluido, todo eso lo vi sin encontrar en ello nada de extraordinario, creyendo que experimentaba lo mismo que yo, que, á la manera que á mí, se le revelaban, cómo al través de una niebla, nuevos sentimientos. No estuve celoso en casi toda la noche.

De allí á dos días tenía que marchar á la reunión del Zemstvo, por lo cual Trujachevski, al despedirse de mí, llevándose sus papeles, me preguntó cuándo estaría de vuelta. Inferí de todo que estimaba imposible ir á la casa durante mi ausencia, y eso me agradó. Como yo no había de regresar hasta después de su marcha, nos despedimos definitivamente. Por vez primera le estreché la mano con placer, y le di las gracias por el rato agradable que me había proporcionado. Se despidió asimismo de mi mujer, y la despedida de ambos me pareció de lo más natural y correcto. Todo iba á maravilla; los dos, mi mujer y yo, nos retiramos muy contentos de aquella velada. Hablamos de impresiones bastante generales, y nos encontramos tan unidos y amigos como no lo habíamos estado hacía mucho tiempo.

XXIV.

Dos días después marché tranquilo á la Asamblea, despidiéndome en un estado de espíritu excelente. En el distrito había siempre mucho que hacer: era un mundo y una vida aparte. Durante dos días pasé diez horas de sesión. La noche del segundo, al volver á mi alojamiento, encontré una carta de mi mujer, en que me hablaba de los niños, del tío, de las amas, y, como una de tantas cosas, me decía que Trujachevski le había llevado los papeles de música prometidos, y le había propuesto volver á tocar, pero que ella había rehusado.

Por mi parte, no me acordaba ni poco ni mucho de tal promesa de papeles—como que, al contrario, estaba en la creencia de que su despedida de la última noche había sido definitiva;—así que la noticia me causó una sorpresa desagradable. Volví á leer la carta. Noté cierta cosa tierna y tímida, que me produjo una impresión sumamente penosa. Mi corazón se henchía, la fiera rabiosa de los celos empezó á rugir en su antro, y pareció querer saltar; pero yo tenía miedo á esa fiera, y le impuse silencio.

¡Qué sentimiento tan infame el de los celos! «¿Había nada más natural que lo que decía la carta?», pensé en mi interior. Me acosté, creyéndome tranquilo, empecé á cavilar en los asuntos pendientes, y me dormí sin pensar en ella.

Durante esas asambleas del Zemstvo siempre dormía mal en mi nueva habitación. Aquella noche me dormí en seguida; pero, como á veces sucede, me despertó una especie de sacudida brusca. Pensé inmediatamente en mi mujer, en mi amor corporal hacia ella, en Trujachevski, y ¡me imaginé que entre los dos se había consumado todo! Me agarrotó el corazón la rabia, pero intenté tranquilizarme:

«¡Qué tontería! (me dije.) ¡Si no hay ningún motivo, si no hay nada! ¿Á qué humillarnos á ella y á mí, y sobre todo á mí, suponiendo tales horrores? Un violinista mercenario de esa laya, conocido como una mala persona, frente á una mujer respetable, á una madre de familia, á *mi* esposa.... ¡qué estupidez! Aunque, por otro lado, ¿por qué no?

»¿Por qué? ¿No se trata del mismo sentimiento sencillo y comprensible, en cuyo nombre me he casado yo, y vivía con ella? ¿No era eso lo único que yo buscaba, y por consiguiente lo que desearían los demás, y también ese músico?.... No está casado; tiene buena salud (recuerdo cómo crujían entre sus dientes los cartílagos de las chuletas, y la avidez con que acercaba á sus labios rojos el vaso de vino); es hombre que se cuida y alimenta bien, y, no sólo carece de principios, sino que profesa evidentemente la máxima de que hay que aprovechar el placer que se presenta. Entre ellos existe un lazo—la música,—que es lo más refinado que puede darse en punto á voluptuosidad de los sentidos. ¿Qué puede detenerlo? Nada. Al revés, todo lo atrae. ¿Y ella? Ella.... fué y sigue siendo un misterio. Yo no la conozco; es decir, la conozco sólo como animal, y á un animal no hay nada que pueda ni deba detenerlo. Ahora me acuerdo de la expresión que ofrecía su cara el domingo, cuando, después de la sonata de Kreutzer, tocaron un trozo apasionado, no sé de qué, pero, en fin, apasionado hasta rayar en la pornografía.

»¿Cómo he podido marcharme? (me decía al recordar sus caras.) ¿No era evidente que ya aquella noche se habían entendido? ¿No era evidente que, lejos de mediar ningún obstáculo entre ellos, los dos, y sobre todo mi mujer, sintieron cierta vergüenza después de lo que pasó al piano? ¡Con qué languidez, con qué beatitud sonreía ella de un modo apenas visible, al enjugarse el sudor del encendido rostro! Ambos evitaban ya mirarse, y sólo á la cena, cuando mi mujer le echaba agua, se miraron y sonrieron imperceptiblemente.»

Me acordaba entonces con espanto de aquella mirada y de aquella leve sonrisa. «¡Sí, consumado todo!», me decía una voz; y otra replicaba inmediatamente: «Estás loco. ¡Es imposible!»

Pasé la angustia de permanecer acostado en tal situación en medio de las tinieblas. Froté una cerilla, y tuve miedo en aquel tabuco de papel amarillento. Encendí un pitillo; y, como sucede siempre, cuando empieza uno á dar vueltas dentro de un círculo de contradicciones inextricables, fumé cigarro tras cigarro para aturdirme y no ver mis contradicciones. En toda la noche dormí; y á las cinco, estando oscuro todavía, juzgué imposible permanecer más tiempo en aquella tensión, y resolví partir inmediatamente. El tren tardaba ocho horas. Desperté al criado que me servía, y le mandé á buscar caballos. Puse cuatro letras á la asamblea del Zemstvo, diciendo que me llamaba á Moscou un asunto urgente, y suplicaba me sustituyesen con un miembro de la Comisión. Á las ocho monté en *tarantass*, y partí.

XXV.

Había que andar veinticinco verstas en coche y ocho horas en tren. El viaje en coche fué muy agradable. Era un día frío de otoño con brillante sol—ya sabe V.: ese tiempo en que se imprimen las ruedas en la carretera reblandecida.—El camino era variado; la luz viva; el aire fortificante, y el *tarantass* cómodo. Mirando los caballos, los campos y los pasajeros, olvidaba adónde iba. Á veces me parecía que viajaba sin objeto, por pasearme, y que iría así hasta el fin del mundo. Cuando me olvidaba hasta ese extremo, era dichoso; pero, cuando recordaba el objeto de mi viaje, me decía: «¡Ya veremos después! ¡Ahora no pienses en eso!»

Á medio camino ocurrió un accidente que me distrajo más; el *tarantass*, enteramente nuevo, se rompió, y hubo que componerlo. Los pasos para buscar una *telega*,

las reparaciones, los pagos, el te en la posada, la conversación con el *dvornick,* todo eso me entretenía. Hacia la caída de la noche, listo ya todo, volví á ponerme en camino. El viaje nocturno fué más atractivo aún que por el día..... Luna nueva, un poco de escarcha, el camino todavía bueno, los caballos, el alegre cochero...., y yo animándome, sin pensar apenas en lo que me esperaba, y aun quizá por aquello mismo que esperaba, y dando el último adiós á las alegrías de la vida.

Pero esa serenidad, ese poder de vencer mis preocupaciones, todo acabó con el viaje en coche. Una vez dentro del vagón, las cosas marcharon de otro modo. Aquellas ocho horas de tren fueron para mí tan terribles, que no las olvidaré en mi vida. ¿Era porque, al entrar en el vagón, me figuré al punto que ya había llegado, ó por la excitación extrema que nos produce el ferrocarril? Lo cierto es que, desde que me encontré en el tren, no podía ya dominar mi imaginación, que me trazaba sin cesar, y con una viveza extraordinaria, cuadros á cual más cínicos, que inflamaban mis celos. Y siempre variaciones interminables sobre el mismo tema: sobre lo que estaría pasando allá en ausencia mía. Me abrasaba de indignación, me devoraba la rabia, me ahogaba el sentimiento de mi humillación al contemplar tales cuadros, y no podía arrancarme de ellos, ni dejar de mirarlos, ni borrar esas imágenes, ni abstenerme de evocarlas.

Cuanto más contemplaba esos cuadros imaginarios, tanto más creía en su realidad, olvidando que no tenían ningún fundamento serio. La viveza de tales imágenes hacía que se me antojasen verdaderas. No parecía sino que un demonio inventaba y me inspiraba, á despecho mío, las más terribles ficciones. Una conversación, que databa de larga fecha, con el hermano de Trujachevski, volvía entonces á mi memoria en medio de una especie de enajenación extática, y me desgarraba el corazón, al referirla á mi mujer y al músico. Sí, hacía de eso mucho tiempo: preguntando yo al hermano de Trujachevski si frecuentaba las casas públicas, me respondió que un

hombre decente no va á sitios donde se puede contraer una enfermedad, no va á lugares innobles é inmundos, cuando se puede encontrar una mujer honrada; y he aquí que él, su hermano, el músico, acababa de encontrar la mujer honrada. «Cierto que ha pasado ya de la primera juventud. Le falta un diente en un lado, y tiene la cara un poco abotagada (pensaba yo por Trujachevski). Pero ¿qué le hemos de hacer? ¡Hay que aprovechar lo que sale!

»Sí, le hace favor, tomándola por concubina (seguía diciéndome); verdad es que como no es peligrosa....

»¡Pero no, no es posible! (replicaba aterrado.) No ha podido ocurrir tal cosa, no ha podido suceder nada semejante. No hay motivo siquiera para suponerlo. ¿No me ha dicho ella misma que la sola idea de que pudiese tener celos de él la humillaba? ¡Sí, pero mentía»—grité, y volvieron á empezar las cavilaciones.

No había más que dos viajeros en mi vagón: una vieja con su marido, los dos amigos de pocas palabras, y además bajaron en una de las estaciones, dejándome completamente solo. Estaba como fiera enjaulada. Ya saltaba, adelantándome hacia la ventanilla, ya empezaba á andar, tambaleándome, como si esperase acelerar con mis esfuerzos la marcha del tren. Y el vagón, con sus banquetas y sus cristales, retemblaba continuamente, como ahora el nuestro.

Posdnicheff se levantó bruscamente; dió algunos pasos, y volvió á sentarse.

—¡Oh! ¡me dan miedo, me dan miedo los vagones de los ferrocarriles! Se apodera de mí el terror. Me senté de nuevo, y me dije: «Hay que pensar en otra cosa, por ejemplo: en el dueño de la posada donde tomé el te». Y entonces surgió en mi imaginación el *dvornik*, con su larga barba, y su nieto, un mocito de la misma edad que mi Basilín. «¡Mi Basilín! ¡Mi Basilín! Estará viendo al músico abrazar á su madre. ¿Qué pasará en su pobre almita? Pero ¿qué le importa eso á *ella?* ¡Ella está enamorada!»

¡Y vuelta á recorrer el ciclo entero de mis pensamientos! Sufría tanto, que ya no sabía qué hacer de mí, cuando, con gran contento, me pasó por las mientes la idea de bajar á los rails, meterme debajo de los vagones, y acabar de una vez. Me detuvo una consideración, y era: que me tenía lástima, me tenía lástima á mí mismo, al par que sentía odio hacia ella y hacia él, aunque por él no tanto. Él me inspiraba un extraño sentimiento, mezcla de mi humillación y su victoria; ella no, ella un odio terrible.

«¡Pero no puedo matarme y dejarla libre! (decía.) ¡Es preciso que sufra, es preciso que comprenda!, por lo menos, lo que he sufrido yo.»

En una de las estaciones vi que bajaban á beber en la cantina, é inmediatamente fuí á devorar un vaso de *vodka*. Á mi lado había un judío bebiendo también. Se puso á hablarme, y yo, para no quedarme solo en mi departamento, me fuí con él á su coche de tercera, sucio, lleno de humo y sembrado de mondaduras y de piñones de girasol. Me senté al lado del judío, que, hasta donde yo puedo acordarme, contó muchas anécdotas.

Al principio lo escuché, pero sin enterarme de lo que decía. Él lo notó, y reclamó mayores atenciones á su persona. Entonces me levanté, y me volví á mi vagón.

«Necesito reflexionar (me dije) si es cierto lo que pienso, si tengo motivos para atormentarme.» Me senté con ánimo de reflexionar tranquilamente; pero en seguida, en vez de entregarme á reflexiones serenas, volvimos á las andadas; es decir, volví á los cuadros por todo razonamiento.

«Cuántas veces no me habré atormentado así (pensaba, acordándome de mis otros accesos de celos), para venir á parar á la postre en que no había nada. Ahora pasará lo mismo. Quizá, y sin quizá, la encontraré tranquilamente dormida; se despertará, se alegrará, y veré en sus palabras y en su mirada que no ha ocurrido ninguna cosa, que todo esto no viene á cuento. ¡Ah! ¡Si

fuese así!....Pero no, eso se ha repetido ya muchas veces; ahora se ha acabado», me decía una voz.

¡Y vuelta á empezar! ¡Ah, qué suplicio! No sería á un hospital de sifilíticos adonde yo llevaría á un joven para curarlo del deseo de las mujeres, sino á mi alma para enseñarle el demonio que la estaba desgarrando. ¡Qué tremendo era creerme con un derecho indiscutible al cuerpo de mi mujer, como si ese cuerpo me perteneciera plenamente, y tener al par la convicción de que yo no podía poseer ese cuerpo, de que no era mío, sino qué su dueña podía hacer de él lo que quisiese, y quería hacer precisamente lo que no quería yo! ¡Y yo, entretanto, impotente contra el uno y contra el otro! Él, como el Vanka de la canción, cantaría, antes de subir á la horca, cómo había de besar sus dulces labios, etc., y triunfaría aun delante de la muerte. Con ella el caso es peor aún; si *no lo ha hecho,* lo desea, lo quiere, y me consta á mí que lo quiere. ¿No ha de ser eso peor todavía? Valdría más que ya lo hubiese hecho, porque así salía yo de mi incertidumbre.

En resolución: no sabía lo que deseaba; deseaba que ella no quisiese lo que *tenía que querer.* ¡Una completa locura!

XXVI.

En la estación penúltima, cuando entró el conductor para recoger los billetes, tomé mi equipaje, salí á la plataforma del coche, y la idea de que allí, á dos pasos, me aguardaba el desenlace, aumentó aún más mi turbación. Tuve frío; me temblaba tanto la mandíbula, que daba diente con diente. Salí maquinalmente de la estación entre la multitud, tomé un coche y partí. Miraba á los raros transeuntes que había, contemplaba á los *dvornicks,* y leía las muestras, sin pensar en nada. Al cabo de una media versta de trayecto, sentí frío en los pies, y me acordé de que me había quitado los calcetines de lana en

el vagón, y los había metido en el saco de viaje. ¿Dónde había puesto el saco? ¿Lo llevaba conmigo? ¡Sí! ¿Y la cesta?....

Eché de ver que había olvidado todo el equipaje. Saqué el billete; pero, reflexionando en seguida que no valía la pena de volver, seguí mi camino. Por más esfuerzos que hago para acordarme, esta es la hora en que no he podido llegar á comprender por qué tenía yo tanta prisa. Lo único que sé es que iba absorto en la idea de que se preparaba en mi vida un acontecimiento grave y terrible. Experimentaba una verdadera autosugestión. ¿El caso era tan grave, simplemente porque yo lo pensaba así, ó es que tenía un presentimiento? No puedo decirlo. Quizá sea también que, después de lo que pasó, todos los sucesos anteriores han adquirido en mi recuerdo un tinte lúgubre.

Llegué á la escalinata. Era la una de la noche. Delante de la puerta había algunos *isvochiks* aguardando clientes, atraídos por las ventanas iluminadas (las ventanas iluminadas eran las de nuestra sala y de nuestro salón de recepciones). Sin tratar de explicarme por qué estaban iluminadas nuestras ventanas, subí la escalera, siempre en expectación de algo terrible, y llamé. Salió á abrirme el criado, un infeliz, muy solícito, pero muy simple, llamado Gregorio. Lo primero que saltó á mi vista en la antecámara fué un paletot colgado en el perchero entre otros abrigos. Hubiera debido extrañarme; pero no me extrañó: me lo esperaba. «¡Helo ahí!», me dije.

Luego que pregunté á Gregorio quién estaba en casa y nombró á Trujachevski, me informé de si había otras visitas. «Nadie», respondió. Recuerdo de qué manera me lo dijo, con un tono que quería ser agradable y disipar mis dudas.

—¡Helo ahí! ¡helo ahí! (parecía decir yo). ¿Y los niños?

—Están buenos, gracias á Dios. Hace mucho que duermen.

Apenas respiraba ni podía contener el temblor de la mandíbula. ¡Luego era cierto lo que pensaba! Ya en otras

ocasiones, al regresar, había esperado encontrarme con una desgracia, pero me engañaba felizmente, y todas las cosas iban como antes. Entonces no, entonces no iban como antes. Todo lo que me había figurado, todo lo que había creído quimeras, todo eso existía en realidad. ¡Helo ahí!

Me faltó poco para sollozar; pero inmediatamente me sugirió el demonio: «Llora, ándate con sentimentalismos, para que ellos se separen tranquilamente, y no haya pruebas, y te pases dudando y sufriendo toda la vida». Y se desvaneció la lástima hacia mí, quedando sólo la necesidad bestial de una acción certera, astuta y enérgica. Me quedé reducido á una bestia, una bestia inteligente.

—No, no (dije á Gregorio, que quería anunciarme). Lo que has de hacer es tomar un coche é irte corriendo por mi equipaje. Aquí tienes el billete. Anda.

Se fué por el pasillo en busca de su paletot, y yo, temiendo que me los espantase, lo acompañé hasta su cuarto, y esperé á que se arreglara. En el comedor se oían rumores de conversación y ruido de platos y cuchillos. Estaban cenando, y no habían oído la campanilla. «Con tal que no salgan....», pensé.

Gregorio se puso su paletot de cuello de astrakán, y marchó. Cerré la puerta. Al quedarme solo, me sentí inquieto, considerando que era preciso obrar al punto. ¿Cómo? ¡No lo sabía aún! Sólo sabía que había acabado todo, que no podía haber dudas respecto de *su* inocencia, y que nuestras relaciones iban á terminar en el acto. Antes todavía tenía dudas; antes me decía: «Puede que no sea verdad; puede que me engañe». Á la sazón la duda había desaparecido. Todo se hallaba irrevocablemente resuelto. «Sola con él, de noche, en secreto, es el olvido de todos los deberes; ó algo peor aún: ¡quizá hace alarde de esta audacia, de esta insolencia en el crimen, para que el exceso mismo de la osadía valga como una prueba de su inocencia!.... Está bien claro todo. No caben dudas». Yo no temía más que una cosa: que huyesen cada uno

por su lado, que inventasen alguna nueva mentira, y me privasen de pruebas materiales y de la alegría dolorosa de castigarlos, sí, de hacer justicia en ellos.

Y para sorprenderlos más pronto, me dirigí al comedor de puntillas, no por la sala, sino por la galería y por las habitaciones de los niños. En el primer cuarto dormía el niño; en el segundo se rebulló el ama seca, pareciendo querer despertarse, á lo cual yo me representé lo que pensaría cuando lo supiese todo, y me oprimió tanto la compasión hacia mí, que no pude contener las lágrimas. Para no despertar á los niños me deslicé á pasos quedos por el corredor hacia mi, despacho. Me dejé caer sollozando en el diván. «¡Á mí, que soy un hombre honrado; á mí, al hijo de mis padres: á mí, que he soñado toda la vida con la felicidad del hogar; á mí, que jamás he hecho traicion!.... ¡Y ahí esos cinco hijos, y ella besando á un músico porque tiene los labios encarnados! ¡No, eso no es una mujer; es una perra, una perra inmunda!

»¡Junto al cuarto de los niños por quienes ha fingido amor durante toda su vida! ¡Y lo que me ha escrito!.... Y ¿qué sé yo? Puede que siempre haya sucedido lo propio; puede que haya tenido con criados los hijos que pasan por míos. Y si yo hubiese llegado mañana, habría salido á recibirme muy recompuesta, con su talle gentil, con sus movimientos indolentes y graciosos (¡y vi toda su atractiva é innoble figura), y esta fiera celosa se habría quedado por siempre dentro de mi corazón para desgarrármelo. ¿Qué dirá el ama? ¿Y Gregorio?.... ¿Y la pobre Elisita? La niña comprende ya.... ¡Oh! ¡esa impudencia, esa mentira, esa sensualidad bestial que yo conocía tan bien!»

Quise levantarme, y no pude. Me latía tan violentamente el corazón, que no podía tenerme sobre las piernas. «¡Sí, moriré de una congestión, y ella será la que me haya matado! Eso es lo que quiere. ¿Á ella qué le importa matar? Pero le vendría muy de molde, y no he de ser yo el que le dé ese gusto. ¡Buena es esa! Yo aquí y ellos allá riéndose, y....

»Porque ella podrá haber perdido su primera juventud, pero él no la ha desdeñado. Es que, después de todo, se conserva muy aceptable, y luego no es peligrosa para su preciosa salud.... ¿Por qué no la ahogué la última semana (me dije, acordándome de aquella otra escena), cuando la eché de mi gabinete, rompiendo los trastos?»

Y recordé la situación bestial en que me hallaba entonces; no sólo la recordé, sino que volví á ella. Y de pronto me entró la comezón de obrar; se disiparon en mi cabeza todos los razonamientos, excepto los necesarios para la acción, y me encontré bajo el influjo de esa excitación física que experimentan la bestia y el hombre durante el peligro, cuando obran imperturbablemente, sin precipitación, pero también sin perder un minuto, y persiguiendo un objeto definido.

Lo primero que hice fué quitarme las botas, y cuando me quedé en calcetines, me adelanté hacia la pared donde tenía colgadas armas de fuego y puñales; me subí en el canapé, y descolgué un puñal corvo damasquino, de hoja muy aguda, que nunca había utilizado. Lo saqué de la vaina; recuerdo que la vaina se me escurrió al canapé, y me dije: «Tendré que buscarla luego; no conviene que se pierda».

Después me quité el abrigo, que aún llevaba puesto, y, andando sigilosamente, me dirigí hacia *allá*. No me di cuenta de cómo iba: si corriendo ó despacio; ni de qué cuartos atravesé; ni de cómo me acerqué al comedor, y abrí la puerta, y me encontré dentro: no me acuerdo de nada.

XXVII.

No me acuerdo más que de la expresión de sus semblantes cuando abrí la puerta. Me acuerdo de ella, porque despertó en mí una alegría dolorosa. Era lo que yo deseaba: una expresión de terror. Jamás olvidaré aquel

espanto desesperado y repentino que se pintó en sus caras al verme. Él me parece que estaba en la mesa, y que, cuando me vió ú oyó, se puso en pie sobresaltado, y retrocedió hasta el aparador. El único sentimiento que podía leerse con certidumbre en su fisonomía era el miedo. Miedo también podía leerse en la de ella, pero con otras impresiones; si el semblante de mi mujer no hubiese expresado más que terror, quizá se hubiese evitado lo que ha ocurrido. Pero en el primer instante su rostro denunciaba—yo al menos creí verlo—la contrariedad, el disgusto de que se turbase su amor y su ventura. Cualquiera hubiese creído que ella no deseaba sino que nadie fuese á alterar las horas de su dicha. Una y otra expresión no aparecieron en sus caras más que un momento. Al espanto sucedió casi instantáneamente la interrogación. ¿Podrían ó no mentir? Si mentían, forzoso era empezar; si no, iba á pasar alguna otra cosa; pero ¿qué?

El hombre dirigió hacia mi mujer una mirada interrogadora, y, al mirarlo ella, me pareció que la expresión de angustia y de disgusto de su cara se trocaba en una expresión de inquietud por *él*. Me detuve un instante en la puerta, escondiendo detrás de mí el puñal. De pronto sonrió Trujachevski, y con un tono indiferente hasta el ridículo, dijo:

—Nos ocupábamos de música....

—No me esperaba....—empezó ella al mismo tiempo, acomodándose al tono del otro.

Pero ninguno acabó. Se apoderó de mí la rabia que había experimentado una semana antes, y sentí la necesidad de dar libre curso á mi violencia y á la «alegría de la cólera».

No, no acabaron. Iba á empezar *aquella otra cosa* que él temía, ahogando lo que querían decir. Me lancé sobre ella, siempre con el puñal oculto, para que el otro no me impidiese asestar el golpe donde yo quería, en el pecho, por debajo del seno; pero en aquel momento se apercibió.... y—no me esperaba yo eso de su parte—me cogió rápidamente las manos, gritando:

—¡Repórtese V.!.... ¿Qué es lo que hace?.... ¡Socorro! ¡Socorro!

Arranqué mis manos de las suyas, y me precipité sobre él. Yo debía estar terrible, porque hasta los labios se le pusieron tan blancos como la camisa. Sus ojos fulguraron singularmente, y—tampoco me lo esperaba—se escurrió por debajo del piano hacia la otra pieza. Quise perseguirlo, pero cayó sobre mi brazo izquierdo una cosa pesadísima. Era ella.

Hice un esfuerzo para desasirme. Ella se aferró más tenazmente sin soltarme. Ese obstáculo inesperado, esa carga y ese contacto repulsivo, me irritaron más. Yo veía que estaba completamente loco y que debía tener una cara espantosa, de lo cual me holgaba íntimamente. Tomé impulso, y con todas mis fuerzas le descargué un codazo en plena cara.

Profirió un grito, y soltó el brazo. Iba á perseguir al *otro,* pero tuve la vaga idea de que sería ridículo perseguir en calcetines al amante de mi mujer; y yo no quería ser grotesco, sino terrible. Á pesar de mi rabia furiosa, no perdía la conciencia de la impresión que producía, y hasta me guiaba en parte esa impresión.

Me volví hacia ella. Estaba caída en el diván, y me miraba, tapándose el sitio del rostro en donde había recibido el golpe. En su fisonomía se leían el miedo y el odio hacia mí, su enemigo, como en el ratón cuando se alza del suelo la ratonera. Yo, por lo menos, no vi en su semblante más que ese miedo y ese odio, ese miedo y ese odio que provocaba su amor por otro. Quizá me habría contenido aún, quizá no hubiese llegado á lo último, si se hubiese callado. Pero de pronto empezó á hablarme, cogiéndome la mano armada del puñal:

—¡Serénate! ¿Qué haces? ¿Qué tienes? ¡No ha habido nada.... nada, nada!.... ¡Te lo juro!

Todavía hubiera transigido; pero esas últimas palabras, de las cuales inferí yo lo contrario de lo que decían; es decir, que se había realizado *todo;* esas palabras pedían una respuesta. Y la respuesta debía corresponder

al estado en que yo me encontraba, y que iba y debía ir siempre en *crescendo*. El furor tiene sus leyes.

—¡No mientas, bribona! ¡No mientas!—rugí. Con la mano izquierda cogí las suyas. Se desprendió. Entonces, sin soltar nunca el puñal, la agarré de la garganta, la tiré al suelo, y empecé á estrangularla. Ella con las dos manos se aferró á las mías, y las arrancó de su garganta sofocada. Entonces le di una puñalada en el lado izquierdo por debajo de las costillas.

Decir que en los arrebatos de furor no sabe uno lo que se hace, es una sandez, es falso. Yo me acuerdo de todo; no perdí la conciencia un solo momento. Cuanto más me excitaba, más lúcida era mi conciencia, y no tenía más remedio que ver lo que hacía. No puedo decir que supiese de antemano lo que iba á hacer; pero en el instante de ejecutarlo, y aun me parece que un poco antes, sabía lo suficiente para tener la posibilidad de arrepentirme, para poder decirme más tarde que hubiera podido detenerme.

Sabía que daba la puñalada por entre las costillas, y que entraría el puñal.

En aquel segundo de tiempo sabía que consumaba un acto horrible, como jamás lo había perpetrado, y que tendría espantosas consecuencias. La conciencia fué rápida como el relámpago, y el hecho siguió inmediatamente. El acto tuvo, en mi sentido íntimo, una claridad extraordinaria. Noté, y recuerdo el momento, la resistencia del corsé y de alguna otra cosa; luego sentí hundirse la hoja en una materia blanda. Ella se agarró al puñal con las dos manos, y se cortó con él, pero no pudo parar el golpe.

Mucho después, en la cárcel, cuando llegó á su término dentro de mí la revolución moral, pensé en ese minuto, evoqué su recuerdo hasta donde pude, y coordiné sus peripecias. No se me borra la conciencia terrible que tenía, en el momento que precedió al acto, de matar á una mujer, á *mi* mujer.

Se me ha quedado muy presente el horror de esa con-

ciencia, y conservo una reminiscencia vaga de que, después de hundir el puñal, lo saqué en seguida, queriendo reparar y detener mi acción. Ella se puso en pie, exclamando:

—¡Ama, me ha matado!

El ama, que había oído el ruido, estaba á la puerta. Yo permanecía inmóvil, esperando, sin acabar de dar crédito á lo que sucedía. Pero en aquel punto brotó del cuerpo del vestido un borbotón de sangre. Hasta entonces no comprendí que toda reparación era imposible; pero inmediatamente pensé que tampoco era necesaria, que había sucedido lo que yo quería y lo que debía suceder. Aguardé hasta el instante en que cayó, y en que el ama corrió hacia ella, gritando: «¡Ay, Dios mío!» Entonces tiré el puñal, y salí de la estancia.

«Nada de agitarse; es menester tener conciencia de lo que hago», me dije, sin mirarla á ella ni al ama. Esta última gritaba llamando á la doncella. Yo atravesé el pasillo, y, después de enviar á la doncella, me dirigí hacia mi despacho.

«¿Qué hacer ahora?»—me pregunté á mí mismo.

Y comprendí inmediatamente lo que debía hacer. Apenas en el despacho, me fuí en derechura á la pared, alcancé un revólver, y lo examiné atentamente—estaba cargado;—después lo dejé sobre la mesa. En seguida recogí la vaina del puñal damasquino caída detrás del diván, y me senté. Así permanecí mucho tiempo. No pensaba en nada, ni trataba de acordarme de nada. Oía hacia allá ruido de pasos ahogados, trajín de muebles, roce de telas, una persona que entraba, y luego otra. ¡Después vino Gregorio con los equipajes del ferrocarril, como si aquello le hiciese falta á nadie!

—¿Has oído lo que ha pasado? (le dije.) ¿Has dicho al *dvornick* que dé parte á la policía?

Salió sin responder nada. Yo me levanté, cerré la puerta, cogí los cigarros y las cerillas, y me puse á fumar. No había acabado un pitillo, cuando caí rendido de sueño. Dormí seguramente dos horas. Me acuerdo que

soñé que estábamos en la mejor armonía; que, después de un altercado, nos encontrábamos haciendo las paces; que había alguna cosa que nos lo impedía, pero que, de todas maneras, éramos buenos amigos.

Me despertó un golpe dado á la puerta.

«Es la policía (pensé, saliendo del sueño). Yo he debido matar, creo. Pero puede que sea *ella,* puede que no haya ocurrido nada.»

Volvieron á llamar. No respondí. Trataba de resolver la duda: «¿Ha sucedido ó no?—¡Sí, ha sucedido!»

Me acordé de la resistencia del corsé, y luego.... «Sí, ha sucedido; ha sucedido. ¡Ahora tengo que acabar conmigo!», me decía.

Lo decía; pero sabía perfectamente que no había de matarme. Sin embargo, me levanté, y cogí el revólver. ¡Cosa extraña! Antes recuerdo haber tenido muy á menudo ideas de suicidio; aquella misma noche, en el tren, me parecía fácil, fácil sobre todo pensando en lo estupefacta que *la* dejaría; y en aquel momento, no sólo no podía matarme, sino ni pensar en ello siquiera.

«¿Para qué?»—me preguntaba, sin responderme.

Llamaron á la puerta de nuevo.

«Sí; pero ante todo hay que ver quién llama. Tengo tiempo.»

Puse el revólver en la mesa, y lo tapé con un periódico. Me adelanté á la puerta, y descorrí el pestillo.

Era la hermana de mi mujer, una viuda buenaza y simplona.

—¿Qué es esto, Basilio?—preguntó, dejando correr las lágrimas, que tenía siempre dispuestas.

—¿Á V. qué le importa?—respondí groseramente.

De sobra veía que no había ninguna necesidad de ser grosero con ella; pero no pude encontrar otro tono.

—¡Basilio, se muere! Lo ha dicho Iván Fedorowich.

Iván Fedorowich era el doctor, *su* doctor, su consejero.

Y volvió á revolvérseme todo el odio que sentía contra ella.

—¡Bueno! ¿Y qué?

—¡Basilio, ve á verla! ¡Ah, qué horrible!

«¿Ir á verla?» (me pregunté.) Y me respondí en seguida que había que ir, que probablemente eso es lo que se hacía siempre, cuando un marido mataba á su mujer, como yo ; de manera que no había más remedio.

«¡Si se acostumbra eso, hay que ir!» (me repetía.) «¡Claro! Si es preciso.... Tiempo tendré de sobra» (me decía, pensando en mi intención de levantarme la tapa de los sesos).

Y seguí á mi cuñada. «Ahora empezarán las palabritas y los aspavientos ; pero, ¡no cederé!»—afirmé resueltamente.

—Espera (dije). Es chocante ir descalzo. Deja que me ponga siquiera unas zapatillas.

XXVIII.

¡Es singular! Conforme salía del despacho y atravesaba aquellas piezas tan familiares, renacía mi esperanza de que no habría pasado ninguna cosa. Pero el olor de las drogas, el olor á iodoformo y ácido fénico, me restituyó á la realidad.

«¡No! ¡Es un hecho todo!»

Al pasar por delante del cuarto de los niños, vi á Elisita ; me miraba con ojos espantados, y creí que los otros niños también.... Llegué junto á la puerta de nuestra alcoba ; me abrió un criado que estaba dentro, y salió. Lo primero que me dió en ojos fué *su* vestido gris claro encima de una silla, negra de sangre. Ella estaba tendida en nuestra cama de matrimonio con las rodillas levantadas. La habían puesto muy alta, sobre almohadones. Tenía la camiseta entreabierta, y la herida vendada. Llenaba la pieza un olor pesado de iodoformo. Ante todo y sobre todo me asombró la hinchazón de su cara y el tinte azulado que se extendía por debajo de los ojos y por una

parte de la nariz. Era la señal del codazo que le di cuando quiso detenerme. No quedaba ni rastro de su belleza. Se me representó como una aparición horrible. Me quedé parado en el umbral.

—Acércate, acércate á ella,—me dijo su hermana.

«Sí, probablemente se arrepentirá (pensé).—¿Debo perdonarla? Sí, sí; se muere, y hay que perdonarla », añadí, tratando de ser generoso.

Me aproximé hasta el borde de la cama. Levantó hacia mí trabajosamente los ojos, uno de ellos hinchado, y articuló con dificultad y con voz vacilante :

—¡Has conseguido lo que querías! ¡Me has matado!

Y su cara, al través de los sufrimientos físicos y á pesar de la aproximación de la muerte, expresaba aquel odio inveterado que me era tan familiar.

—Los niños.... no has de tenerlos.... tampoco.... Los recogerá ella (su hermana).

Pero, en cuanto á lo esencial para mí, á su falta, á su traición, hubiérase dicho que no creía necesario ni aludir á ella siquiera.

—¡Puedes gozarte en lo que has hecho !

Sollozó.

Su hermana y los niños estaban á la puerta.

—¡Sí, mira lo que has hecho !

Dirigí una mirada á los niños ; volví después los ojos á su cara abotagada y acardenalada , y por primera vez lo olvidé todo (mis derechos , mi orgullo) , y vi en ella un ser humano , una hermana.

Y todo lo que no ha mucho me ofendía—todos aquellos celos míos—me pareció ahora tan pequeño, y tan grave, al contrario, lo que acababa de hacer, que sentí impulsos de inclinarme, de aproximar mi cara á su mano, y decir:

—¡Perdón!

Pero no me atrevía. Ella permanecía callada, con los párpados bajos, sin fuerzas ya evidentemente para hablar. Luego empezó á temblar y arrugarse su cara desfigurada ; me apartó débilmente :

—¿Por qué ha sucedido todo esto?.... ¿Por qué?

—Perdóname—dije.

—¡Sí, si no me hubieses matado!—exclamó de repente.

Y brillaron febrilmente sus ojos.

—¡Perdón! ¿Qué vale eso?.... ¡Con tal que yo no muera!.... ¡Ah! Has conseguido lo que querías. Te aborrezco.

En seguida empezó á delirar. Tenía miedo; gritaba:

—Tira, no te temo.... Pero hiérelos á todos.... Se ha marchado.... Se ha marchado....

Continuó el delirio. Ya no conocía á los niños, ni aun á Elisita, que se había acercado. Murió aquella misma mañana, hacia el mediodía. Á mí me detuvieron antes del desenlace, á las ocho. Me llevaron á la prevención, y después á la cárcel. Allí, esperando la vista del proceso durante once meses, reflexioné sobre mí, sobre mi pasado, y llegué á comprender. Sí, empecé á comprender desde el tercer día. El tercer día me llevaron allá....

Posdnicheff pareció querer añadir alguna cosa; pero, no teniendo ya fuerzas para sofocar sus sollozos, se detuvo. Recobrada la calma, después de algunos minutos, prosiguió:

—No empecé á comprender hasta entonces, hasta que la vi en la caja....

Lanzó un sollozo, y continuó con precipitación inmediatamente:

—Sólo entonces, sólo al ver su cara muerta, comprendí todo lo que había hecho.... Comprendí que era yo, yo, el que la había matado.... Comprendí que yo era el causante de que *ella, que se movía,* que vivía, que palpitaba, estuviese entonces inmóvil y fría, sin que existiese medio ninguno de reparar aquello. ¡El que no ha pasado por semejante trance no puede comprender!

Permanecimos largo rato taciturnos. Posdnicheff sollozaba y temblaba, silencioso, delante de mí. Se le habían adelgazado las facciones, alargado la cara, y agrandado la boca.

—No (dijo de repente): si yo hubiese sabido lo que

ahora, jamás, jamás me hubiera casado con ella por nada de este mundo.

Volvimos á quedarnos taciturnos largo tiempo.

—Sí, he ahí lo que he hecho, he ahí lo que he experimentado yo. Hay que comprender la verdadera importancia de las palabras del Evangelio de San Mateo, en el versículo 28 del capítulo v: «Que todo hombre que mira á la mujer con voluptuosidad comete adulterio»; y esas palabras se refieren á la mujer, á la hermana, y no sólo á la mujer ajena, sino ante todo á la propia.

CONDE LEÓN TOLSTOY.

LA PAJA HÚMEDA DE LOS CALABOZOS

CUENTO.

Dans l'courant d'la s'main'prochaine,
si le temps est beau,
Nous irons près de Fontaine-
Bleau.

(La semana que viene,
si hace buen tiempo,
Hacia Fontainebleau
juntos iremos.)

(Raoul Ponchon.)

Pasó los diez primeros años de reclusión sin hacer nada; necesitó todo ese tiempo para habituarse á su nueva existencia, para instalarse, para amoldarse á las costumbres de la casa.

Pero, como aún le quedaban veinte años de huelga, una mañana, al levantarse, pensó que era un bochorno llevar aquella vida de haragán, y que necesitaba idear una ocupación, ya que no digna de un hombre libre, puesto que estaba preso, propia siquiera de un hombre.

Consagró un año á reflexionar, á pesar las diversas ideas que le cruzaron por las mientes, á inquirir cuál sería el objeto definitivo de su existencia.

¿Educar una araña? Eso era ya muy viejo y vulgarísimo. ¡Irse ahora á imitar á Pellisson! ¡Quita, quita allá! ¡Puro plagio!

¿Contar por los dedos las rugosidades de las paredes? Eso era una ridiculez, un entretenimiento tonto, sin provecho ninguno.

—Sería menester (se dijo) dar con una cosa que fuese interesante y útil, á la vez que un acto de venganza. Habría que inventar una tarea que ayudase á matar el tiempo, que proporcionase algún bienestar, y que tuviese el valor de una protesta.

Pasóse otro año en averiguaciones, pero al cabo vino el éxito á coronar tanta perseverancia.

Habitaba el preso en un verdadero calabozo, donde apenas entraba el sol más que media hora en todo el día, y reducido, por supuesto, á un tenue rayo, que era como un hilillo de luz. La cama en que reposaban los doloridos miembros del infeliz estaba hecha literalmente de paja húmeda.

—¡Cosa resuelta! (exclamó con energía.) Voy á dar en la cabeza á mis carceleros y á embromar á la justicia: ¡secaré la paja!

Empezó por contar las pajas que componían el montón. Había mil trescientas siete. ¡Una cama bien pobrecita!

Acto continuo hizo un ensayo para saber cuánto tiempo le costaría secar una paja. Se necesitaban tres cuartos de hora. De modo que las mil trescientas siete pajas exigirían en total nuevecientas ocho horas y quince minutos, ó sea, contando media hora de sol por cada veinticuatro, mil nuevecientos sesenta y un días.

Suponiendo que el sol no brillase, por término medio, más que un día de cada tres, se llegaba á una suma de diez y seis años, un mes, una semana y seis días.

Era, con diferencia de unos seis meses, todo el tiempo que tenía por delante.

Puso manos á la obra.

Cada vez que entraba el tenue rayo luminoso, exponía una pajita al paso de él, y aprovechaba de esa suerte el sol entero que recibía. Todas las que iba secando las conservaba después al calor de su cuerpo, debajo de la ropa.

Transcurrieron diez años. El preso no se acostaba ya más que sobre una tercera parte de la paja húmeda, y llevaba relleno el pecho de los otros dos tercios, secados poco á poco.

Pasaron quince años. ¡Qué alegría! Ya no quedaban más que ciento treinta y seis pajitas húmedas. Cuatrocientos ocho días más, y el preso podía levantar la cabeza, orgulloso de su obra, vencedor de la sociedad, y gritar con acento de venganza y con la risa satánica de los rebeldes:

—¡Ah, ah! ¿Me habíais condenado á la paja húmeda de los calabozos? ¡Pues bien! ¡llorad de rabia! Me acuesto en paja seca.

¡Ay! La suerte cruel acechaba su víctima.

Una noche que el preso soñaba en su futura felicidad, agitándose como un loco en medio de su embriaguez, tiró el cántaro, y se le derramó el agua por el pecho.

Toda la paja estaba mojada.

¿Qué hacer ahora? ¿Volver á empezar el trabajo de Sísifo? ¿Pasar otros quince años absorbiendo briznas de sol en briznas de paja?

¡Y el desaliento! Vosotros, los afortunados del mundo, que renunciáis á un placer cuando hay que dar cuatro pasos para alcanzarlo, ¿os atreveríais á lanzarle la primera piedra?

¡Pero ya no tenía que esperar más que año y medio!—diréis.

¿Y os olvidáis del orgullo herido y de las esperanzas defraudadas? ¡Qué! ¡Aquel hombre había trabajado quince años para dormir sobre un montón de paja seca, é iba á resignarse á abandonar el calabozo llevándose enredadas en el pelo las pajas húmedas! ¡Jamás! Ó somos ó no somos dignos.

Ocho días y ocho noches se revolvió desasosegado, luchando con la desesperación y tratando de hallar asiento en el vacío que lo anonadaba.

Acabó por rendirse y declararse vencido. Había perdido la batalla.

Una tarde cayó de hinojos, desesperado y agobiado de dolor.

—¡Dios mío! (exclamó llorando), perdóname si me siento sin ánimos hoy día. He sufrido durante treinta años; he visto adelgazar mis miembros, arrugarse mi piel, gastarse mi vista, palidecer mi sangre, y caérseme los dientes y el pelo; he aguantado el hambre, el frío y la soledad. Para sostener mis fuerzas tenía una esperanza, cuya realización era el objeto de mi vida. Ahora me es imposible satisfacer ese deseo; ahora el objeto se ha desvanecido para siempre; ahora estoy deshonrado. Perdóname si deserto de mi puesto, si abandono la batalla, si huyo como un cobarde. No puedo más.

Luego se apoderó de él un nuevo acceso de indignación:

—¡No! (gritó.) ¡No, y mil veces no! No ha de decirse que yo he perdido la vida de cualquier modo. ¡No, no estoy vencido! ¡No desertaré! ¡No soy un cobarde! ¡No, no he de acostarme ni un minuto más sobre la húmeda paja de los calabozos! ¡No, no ha de dar cuenta de mí la sociedad!

Y el preso murió aquella noche, vencido como Bruto, grande como Catón.

Murió de una indigestión heroica: se había comido toda la paja.

JUAN RICHEPIN.

COSTUMBRES DE PARÍS

No hay nada tan bonito como el paseo de chiquillos de pecho y de nodrizas en el Luxemburgo, durante esos primeros días de buen sol y esos primeros estremecimientos de la naturaleza al empezar la primavera. En los rinconcitos abrigados donde se dan cita todas las nodrizas, se pasean por grupos llenas de flotantes cintas ó se sientan en sillas, protegiendo al *bebé* con el amplio quitasol de forro color de rosa ó azul; y mientras el chiquillo, dormido bajo el velo transparente y el elegante encaje de su gorrita, aspira con todo su monísimo ser la savia de la primavera, la nodriza, radiante, descansada, con los labios agitados perpetuamente por una sonrisa, pasea enderredor una mirada triunfante, levanta la cabeza, ríe y charla con sus compañeras.

Hay allí una cincuentena de nodrizas, todas con el traje de su país; pero el traje elegantizado, transformado, y dando á la solemnidad del regio jardín cierta extraña poesía de ópera cómica. Trajes variados y magníficos; las brillantes telas de encendidos colores de gasconas y mulatas; las cofias conventuales de las bretonas; la enorme y ligera toca de las alsacianas; el aristocrático *hennin* de las hijas de Arlés y las altísimas cofias del país

de Caux, afiladas como agujas de catedrales góticas, y escondidas en los crespos rodetes de pelo; las grandes agujetas de oro de las bearnesas....

El aire es suave; los parterres están embalsamados; un olor á resina y miel cae de los botones de los castaños. Allá abajo, junto al estanque, la música militar preludia un vals. La nodriza se agita, el niño chilla, y entretanto los soldados que pasan por allí se ponen colorados como el pompón de su morrión ante aquel puñado de paisanas, á las cuales encuentran considerablemente embellecidas.

Esa es la nodriza de paseo, vestida y metamorfoseada por la vanidad de los padres y por seis meses de residencia en París. Mas para ver la verdadera ama de cría, para conocerla bien, es preciso sorprenderla cuando llega de su pueblo, en uno de esos extraños establecimientos que se llaman agencias de colocaciones, y donde se hace el comercio de madres en beneficio de los chiquillos parisienses necesitados de una leche cualquiera. Está eso allá por el Jardín de Plantas, al final de una de esas tranquilas calles que han quedado todavía en pleno París, como si fuesen las calles de una ciudad de provincias, en las cuales hay instalados colegios, fondas, casitas con jardín que se hallan pobladas de sabios viejos, de pequeños rentistas y de gallinas; en la fachada de una casa antigua, con un porche grande, se ve en una muestra un letrero con esta sola palabra: *Nodrizas*.

Delante de la puerta pasean en grupo unas cuantas mujeres aburridas y harapientas, con niños en brazos. Se entra: un pupitre, una ventanilla con enrejado, el lomo de cobre de un libro enorme, gente que espera sentada en los bancos; la eterna oficina, siempre la misma, igualmente correcta y fría, lo mismo en los mercados que en el depósito de cadáveres, lo mismo cuando se trata de vender frutas como de registrar muertos. Aquí se trafica en carne viva. Si os toman por personas *decentes*, os ahorrarán el rato de espera en el banco, y entraréis inmediatamente en el salón.

Papel de florecitas en las paredes, las baldosas colo-

radas y enceradas como en el locutorio de un convento, y á un lado y otro de la chimenea, encima de unos fanales que encierran flores contrahechas, los retratos al óleo y con marco dorado del señor director y de la señora directora.

El señor parece alguien: cabeza de agente de negocios retirado ó de pedícuro enriquecido; su señora, bien metida en carnes, sonríe con sus tres barbillas en la obscuridad de un oficio fácil y descansado, con no sé qué expresión de dureza que da siempre el manejar un rebaño de mujeres y chiquillos. Algunas veces es una partera ambiciosa; otras, es una antigua nodriza dotada de aptitud para los negocios.

Un día, hace mucho tiempo, llegó á una casa parecida á esta, tal vez á la misma, á vender, pobre campesina, un año de su juventud y de su leche. Pasea por delante de la puerta como todas las demás, hambrienta, con el hijo en brazos; como las otras, ha estropeado la estameña de las suyas á fuerza de rozarla contra el banco de piedra.

Ahora han cambiado los tiempos: es rica, es célebre. La gente de su pueblo que la vió salir de allí vestida de harapos, no habla de ella sino con el mayor respeto. Allí es una autoridad, casi una providencia.

Ha habido mala cosecha, y el propietario aprieta. Aquella noche, al amor de la lumbre, el hombre dice calentándose las callosas manos:

—Eufrasia, oye, hay que ver lo que se hace. Tienes buena leche, y el dinero escasea; ¿por qué no te vas á París y te pones á criar? Nadie se muere por eso, y la directora de la Agencia, que es paisana nuestra, te buscaría una buena casa en seguida.

Y se va, y detrás de ella, otra. Poco á poco se adquiere la costumbre, porque el afán del lucro continúa la obra comenzada por la miseria. Ahora, cada vez que nace un niño, su madre sabe lo que ha de hacer. El chiquillo se quedará en el pueblo á que le dé de mamar la cabra; y la leche de la madre, bien vendida, servirá

para comprar un terruño ó para completar un prado.

Toda celebridad de este género, toda directora de agencia de colocaciones, explota particularmente el pueblo de su naturaleza. Una monopoliza la Auvernia, otra la Saboya, ésta las landas bretonas, aquélla las costas del Morvan. ¡Cosa notable! El mercado de amas de cría en París sigue las fluctuaciones de la vida rústica. Los años de buenas cosechas escasean las nodrizas; éstas afluyen á París con los malos tiempos; pero, sea bueno ó mal año, son casi imposibles de encontrar durante la recolección, en época de vendimia y en los meses en que hay mucha labor en el campo.

Ahora las oficinas de colocación parecen bien provistas. Sin contar las nodrizas que hemos visto al entrar arrastrando sus zuecos, delante de las puertas, hay veinte ó treinta debajo de las ventanas, en un jardinillo transformado en patio, de aspecto lúgubre, con sus arbustos descuidados y una porción de camisitas de niños secándose, colgadas de una cuerda atada á una higuera enferma y á un tilo muerto.

Todo alrededor, una serie de cuartuchos bajos, la desnudez de los cuales recordaba al mismo tiempo las rancherías de los negros esclavos y los camastros de los presidiarios. Allí duermen las nodrizas con sus hijos hasta tanto que encuentran colocación.

Allí acampan en jergones colocados en catres, en un acre relente de suciedad rústica, en medio del perpetuo berrear de los chiquillos amontonados, que se despiertan todos en cuanto uno de ellos llora, y empiezan á chillar á coro, con la boquita abierta en demanda del pecho. Por eso prefieren el aire libre del jardinillo, por donde andan de un lado á otro durante todo el día, con aspecto de aburridas ó de locas, sin sentarse más que para coser un poco, para poner un remiendo más á alguna saya ya cien veces remendada, harapo de color especial, color de tierra ó gris, ó bien de esos colorines amarillos desteñidos, azules, apagados, que la moda de París toma por refinamiento á la miseria campesina.

Pero ya entra la señora en el salón con el traje de su oficio, coqueta y seria al mismo tiempo ; una multitud de lazos flamantes sobre un cuerpo negro, con mirada severa y suave manera de hablar.

—¿Desea V. una nodriza?.... ¿De sesenta francos al mes? Está bien.... Tenemos un completo surtido de ese precio....

Da una orden ; la puerta se abre ; las nodrizas llegan por grupos de ocho ó diez ; se alinean, sumisas, con su hijo en brazos, haciendo ruido con los clavos de los zapatos y con torpes movimientos de reses de rebaño.... ¿No convienen éstas? Pronto, otras diez.... Y siempre los mismos ojos bajos, las mismas timideces miserables, las mismas mejillas secas y ajadas, color de corteza y color de tierra. La señora las presenta y alaba la mercancía.

—....Sana como una manzana.... muy lechera.... mire V. el niño.

Y el angelote, con efecto, es siempre muy hermoso. En el establecimiento hay siempre dos ó tres para figurar en lugar de los que estuvieran enfermos.

—¿De cuánto tiempo es la leche de V., ama?

—De tres meses, señor.

La leche es siempre de tres meses. Vedlo, si no ; del corpiño entreabierto sale un abundante chorro blanco, rico de savia campesina. Pero no os fiéis ; aquel es el pecho de reserva, del cual no mama nunca el chiquillo. Sería preciso ver el otro pecho, el que se esconde avergonzado y escuálido. Sin contar con que con unos cuantos días de reposo absoluto, se almacena siempre alguna cantidad de leche.

Y la señora enseña, la señora destapa, con la autoridad de la posesión y la impudencia de la costumbre, á esas pobres criaturas asustadas.

Al fin se escoge y se toma la nodriza ; es preciso ajustarle la cuenta. La directora pasa al otro lado de la ventanilla y hace la cuenta. Cuenta que asusta. Primero el tanto por ciento de la casa, luego lo que debe la nodriza por manutención y cuarto. ¿Qué más? Los gastos de

viaje. ¿Está concluido? No; falta la mujer que se ha de llevar al pueblo al hijo verdadero.

¡Triste viaje ese! Se espera á que haya que llevarse cinco ó seis chiquillos, y la encargada de llevarlos los mete en una banasta y los ata con la cabeza fuera como si fuesen gallinas. Más de uno se muere con aquel zarandeo por heladas salas de espera, sobre las durísimas banquetas de los coches de tercera clase, con la leche del biberón y un poco de agua azucarada en un trapo por todo alimento.

Y empiezan los encargos y las recomendaciones para la tía y para la abuela. El niño, brutalmente arrancado del pecho, se agita y chilla; la madre lo abraza por última vez, y llora. Se sabe, sin embargo, que esas lágrimas no son sinceras más que á medias, y que el dinero las secará bien pronto; ese terrible dinero que tan agarrado se halla á las entrañas de la gente del campo. Á pesar de todo, la escena es desgarradora y hace pensar dolorosamente en las separaciones de las familias de esclavos.

La nodriza coge sus harapos y los lía en un pañuelo.

—¡Cómo! ¿Es ese todo su equipaje de V.?

—¡Oh, señorito de mi alma! ¡Somos tan pobres en mi pueblo!.... No tenemos más que lo puesto.

Y el hecho es cierto. Ante todo, es necesario vestirla y arreglarla. La cosa estaba prevista. La primera costumbre tradicional de las nodrizas, como les sucede á los filibusteros cuando salen á robar, es llegar con las manos vacías, sin equipaje que estorbe; la segunda, es procurarse un baúl grande donde guardar la pacotilla. Porque por más que las cuidéis y las miméis, esa salvaje introducida así en vuestra casa, y que tanto desentona al principio ante las cosas elegantes de una habitación parisiense, con su voz bronca, su dialecto incomprensible, su fuerte olor á cuadra y á hierba; por más que la lavéis, que la enseñéis á hablar, á ser un poco limpia y á peinarse, siempre la nodriza más curiosa y mejor desbastada se mostrará bestia en el momento menos pensado, y por cualquier cosa. Allí, bajo vuestro techo, en vuestro

hogar, sigue siendo la campesina, la enemiga, transportada así desde su triste país, desde su horrible miseria á un medio lujo. Todo lo que la rodea le da envidia; se lo quisiera llevar todo á su agujero, donde viven los hombres y los animales reunidos.

Al fin y al cabo, no ha hecho el viaje para otra cosa. Su idea fija es la pacotilla. La pacotilla, palabra sorprendente, que en el vocabulario de las nodrizas toma elasticidades de garganta de serpiente boa.

Su pacotilla la forman los regalos y el salario; lo que se les da, lo que se recoge y se roba, las cosas y el dinero que se piensa en enseñar al regreso ante las miradas envidiosas de los vecinos. Para engordar y para hinchar esa santa pacotilla, son puestos á contribución vuestro buen corazón y vuestra bolsa. Y no tenéis que habéroslas sólo con el ama, sino con el marido, con la madre, con la tía, que son sus cómplices, y allá en el fondo de una ignorada aldea, de la cual no conocéis ni siquiera el nombre, toda una familia, toda una tribu, urden planes astutos, como los de los Pieles Rojas, contra vosotros. Todas las semanas llega una carta, de letra ordinaria y basta, cerrada con un dado, á guisa de sello, sobre un poco de pan moreno mascado.

Al principio aquellas cartas cómicas y cándidas os enternecen con su complicada ortografía, las galas del estilo, las frases torcidas y retorcidas como la gorra de un tío del campo que quiere no aparecer con aire tímido, y con aquellos sobres que imaginaba Durandeau en sus fantasías militares:

*A la señora, señora Eufrasia Darnet, nodriza en casa del Sr. *** calle de los Vosgos, 18. 3.er distrito, París, Sena, Francia, Europa, etc.*

Paciencia. Esos floreos de campesina sencillez no os enternecerán durante mucho tiempo. Todos van contra

vuestro bolsillo, todos respiran el mismo perfume de mezquindad rural y de idílica estafa. *Es para decírtelo, mi querida y dizna compañera; pero no ables de hello á nuestros respetados amos y bienechores, porque tal vez quisieran darte más dinero, y no está bien que habuses tanto....* Y en seguida la noticia circunstanciada de una terrible tempestad que acaba de devastar toda la comarca. La cosecha perdida, los trigos destrozados, los prados perdidos. Cuando llueve, entra el agua en la casa como en mitad del campo, porque las granizadas han agujereado los techos; y el cerdo, un animal tan hermoso que debía haberse matado por Pascua, se murió de espanto al oir los truenos.

Otras veces es la vaca la que se ha muerto, el mayor de los chiquillos que se ha roto un brazo, las gallinas atacadas de pepita.

Bajo aquel techo, en la misma tierra, hay un inverosímil amontonamiento de catástrofes parecidas á las plagas de Egipto. Todo eso es grosero, estúpido, tan burdo, que la mentira salta á la vista. Pero no importa; es necesario hacer como que se creen esas invenciones, pagar otra vez, y si no, ¡cuidado con el ama! No se quejará, no pedirá nada, ¡oh!, no por cierto; pero gemirá, lloriqueará por los rincones, cuidando de que se la vea. Y cuando el ama llora, el niño llora, porque los disgustos *revuelven la sangre,* y la sangre revuelta agría la leche. Pronto, una libranza y que el ama ría.

Estos grandes golpes semanales no impiden que la nodriza trabaje diariamente en provecho de su pacotilla personal. Camisitas para su chiquillo, pobre desheredado, solo allí en el pueblo, mamando de la cabra; una falda para ella, un chaquetón para su hombre y el permiso para recoger lo que no sirve, las cosillas que han de ir á la basura. Ese permiso no siempre se pide, porque el ama ha traído de su pueblo ideas muy singulares sobre la propiedad de los buenos parisienses. La misma mujer que en su casa no se atrevería á coger una manzana del huerto de una vecina, saqueará toda vuestra

casa tranquilamente y sin escrúpulo de conciencia. Para el zuavo, despojar al árabe ó al colono no es robar ; es hacer su pacotilla. De la misma manera para la nodriza robar á su amo es hacer la pacotilla.

En mi casa hace algunos años (puedo dar esta conferencia sobre las nodrizas porque hablo por experiencia) desaparecieron unos cubiertos de plata. Podía sospecharse de varios criados; fué preciso registrar los baúles. Como yo ya tenía mis convicciones sobre la pacotilla, empecé por el baúl del ama. No: jamás el agujero de la urraca ladrona, jamás hueco de árbol donde el cuervo coleccionista amontona el fruto de sus rapiñas, presentó una tan disparatada amalgama de objetos brillantes é inútiles; tapones de botella y tiradores de puerta, broches , pedazos de espejo, carretes sin hilo, clavos, retazos de seda, recortaduras, papeles de chocolate, cromos de almacenes de novedades; y allá, en el fondo, debajo de todo, los dos cubiertos, convertidos á su vez en pacotilla.

Hasta el último momento , el ama se negó á confesar; protestaba de su inocencia, y declaró al fin que había cogido los cubiertos sin mala intención, y para que le sirviesen de *calzadores*. Pero, sin embargo, no quiso esperar al día siguiente para marcharse. Temía que se diera parte, que se llamara á los gendarmes. Era de noche y llovía , y la vimos silenciosa, ceñuda, convertida de repente en una salvaje, desaparecer á paso de bestia bajo la bóveda de la escalera, y sin querer siquiera que la ayudasen á bajar el baúl, que arrastraba ella misma, á pesar de lo que pesaba su preciosa pacotilla.

Figuraos lo que puede ser de vuestros hijos entregados á semejantes brutos.... Así es que toda vigilancia es poca. Si dejarais hacer al ama lo que quisiera, jamás sacaría al niño á tomar el sol y á respirar el aire embalsamado de los jardines. Odia á París, y preferiría quedarse al amor de la lumbre, con el chiquillo en la falda, la nariz pegada á las cenizas como en su pueblo, durmiendo cuatro horas seguidas con el pesado sueño de la gente del campo.

También cuesta gran trabajo impedir que acueste al niño en su propia cama. ¿Para qué sirve la cuna? Estos señoritos tienen unas exigencias verdaderamente extrañas. ¿No sería mucho mejor tenerlo allí, al lado, y darle el pecho sin despertar ni tener frío cuando llora? Es verdad que á veces, al volverse, se le ahoga; pero esos accidentes son raros.

Y además, que las tradiciones del campo afirman que á un niño de pecho se le puede impunemente atracar de peras agrias y de ciruelas verdes. Surge una inflamación, se acude al médico, y el niño muere.

Otras veces, por una caída, por un golpe no confesado, sobrevienen las convulsiones ó la meningitis.... ¡Ah! ¡Cuánto mejor harían nuestras mujeres, siguiendo los consejos de Juan Jacobo y amamantando á sus hijos ellas mismas! Cierto que no siempre es fácil, ni lo es para todas, en esta atmósfera de anemia que hay en las grandes ciudades y que hace que haya tantas madres sin leche.

Pero ¿qué pensar de los señores provincianos, que sin necesidad, por puro hábito de indiferencia y de pereza, mandan á sus hijos á criar, durante dos ó tres años, á casa de gentes de campo que no conocen ni de vista? La mayor parte de ellos mueren. Los que sobreviven vuelven hechos unos monstruos que sus padres desconocen, de modales rústicos, hombrecillos de voz bronca que hablan en dialecto bárbaro.

Recuerdo que un día, estando yo en provincias, en el Mediodía, unos amigos me propusieron una excursión al Puente de Gard. Se trataba de un almuerzo campestre, á la orilla del río, á la sombra de las ruinas. Precisamente el *chico* estaba criándose allí, y debíamos verlo al paso. Gran gira: invitan á varios amigos, se alquila un ómnibus y salimos fustigando los caballos, envueltos en polvareda que cegaba y quemaba.

Al cabo de una hora, en lo alto de una loma, vemos á lo lejos una mancha oscura. La mancha se agranda, se acerca. Era la nodriza, que, advertida con anticipación,

nos estaba esperando. El ómnibus se detuvo, y nos dieron por la ventanilla el chiquillo, que estaba llorando.

—¡Qué hermoso es!.... ¡Cómo se parece á Vds!....

—¡Vamos, está muy hermoso el chiquillo, ama!

Todos los del ómnibus le besan, se enternecen, vuelven á sacar por la ventanilla al chiquillo, que sigue llorando, y seguimos al galope, dejando al niño y á la nodriza plantados al sol y entre el ardiente polvo de aquella carretera.

Así es como los chiquillos se crían robustos....—diréis.

¡Ya lo creo! Los que resistan, hechos están á prueba de bomba.

ALFONSO DAUDET.

ALFONSO DAUDET

VIII.

A propósito del *Nabab,* voy á consignar claramente la evolución que se ha verificado en la novela moderna. Nunca encontraré ocasión más favorable para demostrar el amplio puesto que de día en día tiende á ocupar la historia en las obras de imaginación.

Ante todo necesito analizar el *Nabab* de una manera precisa y detallada. No se me comprenderá bien mientras no se tenga á la vista un resumen exacto de la novela.

Este famoso nabab, héroe del libro, es un tal Jansoulet, que ha ganado en Túnez una fortuna colosal, varios centenares de millones. Jansoulet, nacido en una aldea provenzal, en el villorrio de Saint-Andéol, ha empezado por ensayar todos los oficios; hijo de una familia pobre y humilde, ha tenido que luchar por espacio de mucho tiempo contra la miseria, ha aceptado los trabajos más rudos, y ha descendido á tráficos nada limpios. Ha ido á Túnez con buena estrella, y allí, en ese país de buenos negocios, ha empezado á embrollar, ha llegado á ser el favorito del bey, y ha concluido por ganar sus millones con una facilidad prodigiosa. Naturalmente, las fuentes de estas riquezas son algo turbias, y vale más no sondarlas. Pero, en fin, sean las que quieran las vilezas en que ha andado metido, helo ahí inmensamente rico. Siente

deseos de volver á Francia, de gozar de su fortuna en París, y procurarse honores y consideraciones con su dinero. Hasta soñó conquistar á París. Pero va á suceder lo que no ha previsto, y es que París, por pervertido y poco escrupuloso que sea, lo rechazará con todo su desprecio después de haberlo saqueado y engañado. París se lo tragará, en vez de dejarse tragar. No conozo asunto más amplio ni más original que esa batalla entre un hombre y una ciudad, ese hombre enriquecido por una civilización y arruinado por otra, que aprende á sus expensas que el dinero no puede darlo todo, aun empleado en medios sociales donde todo parece venderse.

He aquí, pues, á Jansoulet en pleno París, instalado en una habitación espléndida de la plaza Vendôme. El autor ha hecho de este tramoyista de negocios, de este aventurero del dinero, un ser bueno y sencillo, de carota ancha, labios gruesos y nariz chata: una de esas magníficas cabezas de perro que gusta acariciar con la mano. Esto es lo que hace simpático á Jansoulet en medio de sus millones mejor ó peor adquiridos. Hay en su casa una cómoda atestada de dinero, de donde saca á manos llenas para satisfacer los caprichos de cada instante. Y es cosa de asistir á uno de esos almuerzos famosos de la plaza Vendôme. Allí se ve al Paris hambriento que se abalanza sobre las fortunas complacientes: á Jenkins, un charlatán que se ha hecho una clientela muy aristocrática con la invención de sus famosas píldoras, píldoras que convierten en llamas á los temperamentos débiles; al apuesto Moessard, la pluma más venal de la prensa parisiense, cada uno de cuyos artículos es una letra de cambio girada á la vista sobre una vanidad; á Monpavon, todo un caballero con un pasado abominable, pero á quien su buen porte y la amistad del duque de Mora han salvado hasta allí de la policía; al marqués de Bois-Landry, otro tuno que todavía hace buen papel en la sociedad parisiense; á Paganetti, director de la *Caja territorial*, un bandido corso que ha ido á París á ejercitarse en los negocios, y que tiene toda la flexibilidad y

toda la imaginación del italiano ; á Schwalbach, un judío cuya especialidad consiste en vender supuestos cuadros de grandes maestros á los millonarios deseosos de darse un barniz de inteligentes, y otros más, en fin, cuya enumeración sería interminable. Toda esa gente adula á Jansoulet, devora á su mesa, se lo lleva después á los rincones para escamotearle préstamos, y lo roba impunemente, especulando con su ambición. Monpavon y Jenkins le prometen presentarlo al duque de Mora; Moessard publica artículos sobre él en *El Mensajero ;* Paganetti lo induce á poner fondos en la *Caja territorial ;* los menos atrevidos sacan algunos luises á título de amigos de la casa. El cuadro de esos gitanos acampando en medio de París, y engulléndose á dos carrillos ese arca llena á paletadas en el país de los sultanes, es una de las páginas más curiosas que se puede leer.

Entretanto se empeña la acción. Jansoulet, en medio de sus deseos desordenados de consideración y de honores públicos, tiene dos ambiciones decididas. Se le ha hecho esperar la cinta de la Legión de Honor, y se le promete un puesto en la Cámara de diputados en cuanto haya una candidatura oficial disponible. El doctor Jenkins lo presenta en su casa al duque Mora, personaje histórico que todo el mundo ha reconocido fácilmente, un amable vividor que ha representado importante papel en el segundo Imperio. Ese aventurero político, tan fino y elegante, gastado por una vida de goces, se siente atraído por el corpachón vigoroso y la llaneza desenfadada de Jansoulet. Toma á su cargo su medro. Sin embargo, las aspiraciones de Jansoulet empiezan por sufrir un golpe regular ; por consejo de Jenkins, ha facilitado fondos á una pretendida obra filantrópica, la obra de Bethleem, una *crèche*, donde se cría á los niños pobres, según un nuevo sistema, con leche de cabras, sistema de cuyas resultas se mueren como moscas; y cuando espera ver su nombramiento en *El Monitor,* lo que lee, entre los nombres de los nuevos condecorados, es el nombre del propio Jenkins. Como él dice, ha dado más de doscientos

mil francos para que se condecorase á Jenkins. Pero todo se reduce á una ligera mortificación de vanidad. Más rudamente lo hiere el terrible golpe que le asesta su antiguo amigo Hemerlingue, enriquecido como él, en Túnez, y hecho banquero, el cual sueña en su ruina. Jansoulet ha comprado á orillas del Ródano el magnífico palacio de Saint-Romans, en donde quiere recibir al Bey, de paso por Francia, prometiéndose asegurar su crédito con unas fiestas regias. Uno de sus familiares, á quien no he nombrado, Cardailhac, empresario de teatro que ha quebrado dos ó tres veces, se encarga de organizar una espléndida recepción. Todo se halla pronto, el país entero está en movimiento, Jansoulet espera al Bey en la estación; pero el tren llega, y pasa sin detenerse; Hemerlingue va en el mismo vagón del Bey, á quien ha conseguido malquistar con Jansoulet. Es una bofetada, de que difícilmente se repondría el último, si el duque de Mora no acudiese en su auxilio, dándole una candidatura oficial en Córcega. Nada más asombroso que esa elección comprada papeleta por papeleta, conquistada por todos los medios de que dispone un hombre rico. Jansoulet resulta finalmente elegido, y ese es el apogeo de su fortuna, el momento en que puede esperar que ha puesto el pie en París y va á dominarlo.

Dejo los hechos subalternos y los personajes de segundo orden para terminar en un momento el análisis del drama. Cuando Jansoulet es diputado, por todas partes se levantan contra él encarnizados enemigos. Los que lo han robado más descaradamente, los parásitos y gorrones de la plaza Vendôme, se quejan de que ahora cierra su caja. Ha cometido la imprudencia de negar una suma á Moessard, que escribe contra él un artículo infame, acusándolo de haber desempeñado los oficios más vergonzosos. No cosecha más que ingratitud; se ve casi arruinado por el cataclismo de la obra de Bethleem y de la *Caja territorial,* por los gastos de su elección, por el saqueo de su fortuna. Circulan acerca de su persona los peores rumores, y eso en el momento en que la Cámara, tan acomodaticia

comúnmente, habla de anular su elección para hacer un escarmiento. Todavía la anulación no sería nada, no sería más que una simple herida para su orgullo, si no debiese arrastrar en pos de sí su completa ruina. Todo lo que le queda, un centenar de millones—suma, como se ve, bien respetable,—lo tiene en propiedades y valores en Túnez, á merced del arbitrio del Bey, con quien está á partir un piñón su enemigo Hemerlingue. Ahora bien: si sigue siendo diputado, el Bey no se atreverá nunca á tocar á los bienes de un representante de Francia; mientras que, si no llega á validarse su elección, es de creer que el Bey no tendrá ningún reparo en despojar á un particular, enriquecido por las liberalidades de su padre. De ahí el interés de Jansoulet de no ver anulada su acta. Tiene en su favor al duque de Mora, y está seguro de triunfar, gracias á ese apoyo omnipotente, cuando muere el duque á consecuencia de sus últimos excesos. Es un hundimiento. No le queda más que una esperanza: hacer las paces con Hemerlingue, cuya mano siente por doquiera en sus infortunios. Hemerlingue no tiene inconveniente en reconciliarse, pero ante todo hay que aplacar á su mujer. Su esposa es una antigua esclava de serrallo, que se ha convertido y dado á la devoción. Tiene ojeriza á los Jansoulet, porque la mujer del héroe, una levantina perteneciente á una rica familia, no ha querido visitarla nunca. Si la esposa de Jansoulet consiente en ir á verla, se firmarán las paces. Lo malo es que la tal esposa, una masa de grasa á quien París aturde y que tiene terquedades de niño, se niega obstinadamente á dar un paso que considera inconveniente. Jansoulet se propasa hasta el punto de levantarle la mano; es muy hermosa esa escena de estúpida terquedad de parte de la mujer, y de rabia impotente de parte del marido. Desde entonces es irremisible la pérdida del nabab. En vano intenta un paso cerca del diputado encargado de informar sobre su acta, un abogado gazmoño, que lo coge en un lazo grosero. Pídese, y se vota la anulación; y Jansoulet se queda cortado, al ver en una tribuna á su madre, una vieja aldeana de Provenza, en el momento en que va á

defenderse de las infames calumnias que corren, diciendo la verdad, explicando que se le ha confundido con su hermano mayor, un desgraciado que se ha arrastrado en otro tiempo por el arroyo de París. La idea de que avergonzaría á su madre le hace volver á ocupar su asiento después de un discurso muy interesante sobre el aniquilamiento de esa gran fortuna de que todo lo esperaba, y por la cual muere aplastado. Jansoulet ha concluido desde entonces. Verdad que un muchacho de corazón ha ido á Túnez á tratar de salvar los cien millones; pero Jansoulet, abofeteado una noche por el desprecio de todo un teatro, no puede soportar ese desdén que se le arroja al rostro, y muere en el almacén de accesorios de la escena, en el momento en que llega á anunciarle su emisario que ha salvado su fortuna.

Tal es el drama. Como ya ha podido comprenderse, vale sobre todo por los pormenores, por los grandes cuadros parisienses en que se desarrolla. Vuelvo sobre los personajes de segunda fila. No he nombrado aún á Felicia Ruys, una extraña figura de artista, nacida en el taller de su padre, escultor de genio, educada á la diabla como un muchacho, y resintiéndose toda la vida de esa educación demasiado libre. Ella, á su vez, llega á ser una escultora célebre, cuyas obras son ardientemente discutidas. Pero siente un *espleen* singular, una vaga aspiración á las virtudes sencillas, que la consume. El novelista ha querido pintar á la mujer sin puesto señalado en la sociedad más que á la artista. Encerrada con una antigua bailarina, la Crenmitz, pasa días terribles entre la pasión del arte y el enojo de su soledad. No se parece gran cosa por los galanteos. El doctor Jenkins, ese falso mosquita muerta, tan almibarado y tan doctoral, quiso violarla un día; ella conserva miedo y repugnancia de ese atentado. Con todo, se reconoce mala, y se inclina de todas suertes por la pendiente de la degradación. Después de haber soñado casarse con Jansoulet antes de saber que es casado, acaba por entregarse al duque de Mora. Su utilidad inmediata en la novela es ser el último deva-

neo del Duque, el que lo tiende en el lecho de donde no volverá á levantarse más. Á la postre, cae más abajo aún: acepta la pasión de ese mismo Jenkins, cuya infamia conoce. Pero es ocasión de episodios muy brillantes, de una descripción soberbia de la apertura del Salón anual de pintura y de escultura en el palacio de la Industria, y de páginas encantadoras sobre el interior de su taller y sobre la infancia que pasó al lado de su padre en medio de los bohemios del arte.

Me falta indicar otra parte del libro. Un excelente joven, Pablo de Géry, que desembarca en París con una carta de la madre de Jansoulet, llega á ser secretario de este último. Él es el que representa la honradez, el que se apercibe del saqueo de la fortuna, y el que irá más tarde á Túnez á salvar los cien millones. Pero, por más que se empeñe en abrir los ojos á Jansoulet, fuerza es que el destino de éste se cumpla. Así, Pablo no haría mucho papel en la historia, si no sirviese de lazo de unión entre los demás personajes y la familia Joyeuse, una digna y risueña familia, compuesta de un padre empleado y de cinco hijas jóvenes, la mayor de las cuales, Alina, es madre de toda aquella parentela. Es el rincón amable del libro, el retiro de inocencia y de virtud. M. Joyeuse, empleado en la casa Hemerlingue, pierde de repente su plaza, y durante meses oculta esa desgracia á sus hijas para evitarles una pena, saliendo diariamente como si fuese á su oficina, y pasando los días en correrías interminables. Es un santo varón curiosísimo, un soñador despierto, que se forja toda una historia á propósito de la circunstancia más insignificante. Por suerte, Pablo de Géry viene en su ayuda, y, fatalmente, se enamora de Alina. Un instante ha creído amar á Felicia Ruys, pero el pudoroso encanto de Alina le abre los ojos al momento. Hay que advertir que la segunda hija de M. Joyeuse se ve igualmente amada de un joven, Andrés Maranne, que vive en la misma casa, al extremo de un barrio apartado. Andrés es hijo de la supuesta esposa del doctor Jenkins, la cual no es, en suma, sino una concubina que él presenta á todo París

como su mujer. Andrés ha abandonado la morada del doctor, y se ha establecido como fotógrafo, esperando de un gran drama, en que trabaja, la fortuna y el éxito. Esos dos amores jóvenes y puros están destinados á compensar las otras pasiones abominables que llenan el volumen. El drama de Andrés, *Rebelión*, alcanza éxito completo, y al tiempo precisamente que se aplaude al principiante es cuando Jansoulet, herido de un ataque de apoplejía, agoniza en el almacén de accesorios.

No habré olvidado ninguna cosa, cuando diga cómo acaban dos figuras secundarias: la pretendida esposa de Jenkins y el conde de Monpavon. Jenkins se separa de su amante con una brutalidad repulsiva; se marcha, quiere vender el mobiliario, y se contenta con encargar á un agente de negocios que anuncie á la pobre mujer la necesidad de que desaloje; verdad es que manda ofrecerle una suma. Ella rehusa, sale de la casa loca, y de pronto se encuentra en la calle, expulsada de la habitación donde ha vivido hasta allí, sin domicilio en adelante, más pobre y más abandonada que los miserables con que tropieza en las aceras. No tiene más que un pensamiento: ir á arrojarse al Sena. Pero quiere abrazar por última vez á su hijo; Andrés sospecha una desgracia, la detiene, y queda salvada. El fin de Monpavon es más trágico. Su protector ha muerto; se apoderará de él la policía. Entonces todo su orgullo de noble se despierta; prefiere acabar. Se viste tranquilamente con sumo esmero, queriendo conservar hasta lo último su apostura. Luego fuma el postrer cigarro en el *boulevard*, y se decide á entrar en un establecimiento de baños de un barrio apartado. Allí se abre las venas, y muere desfigurado hasta el punto de que nadie puede reconocerlo. Y esos dos desesperados del arroyo parisiense, Monpavon y madame Jenkins, se han cruzado en el *boulevard*, y han cambiado sonriendo un saludo, con el pensamiento de la muerte en el alma, algunos minutos antes de que esa mujer encontrase la salvación en un abrazo de su hijo, y ese hombre acabase su vida pulcramente, acogiéndose al suicidio.

En resumen, se podría decir que el *Nabab* es un cuadro de la corrupción parisiense, de la bohemia del segundo Imperio. La historia se transparenta en el libro al través de la fábula.

IX.

Estudio esta novela, más aún que para juzgarla, para levantar acta del punto á que han venido á parar los novelistas actuales. Se comprenderá sobre todo mi intención, cuando haya explicado la manera de trabajar de Alfonso Daudet.

Al estudiarlo, he hecho ver cómo había partido del cuento, del cuadro en algunas páginas, para ensanchar su molde, y llegar á las obras de gran empeño. Cuando se contentaba con escribir relatos cortos, era muy fácil de comprender el método que empleaba. Tomaba un hecho de la vida real, una historia que había pasado á su vista, ó un personaje que había podido observar por sí propio, y se ingeniaba simplemente para presentar ese personaje ó contar esa historia de la manera más agradable posible. Sabido es cuánta era su maestría para hacer así de la cosa menor una obrita maestra. Desplegaba un arte exquisito en el aderezo de la verdad.

Pues bien: cuando se ha convertido en novelista no ha cambiado de método. Salta á la vista. Se ha propuesto tan sólo unir, mediante un lazo común, todas las observaciones que ha podido hacer desde que mira en torno suyo. Se me va á comprender.

Supongo que Alfonso Daudet toma nota constantemente de lo que ha visto durante el día. Escribe ó no esas notas, importa poco. Basta que tenga en su memoria ó en sus cajones un almacén de documentos. Todos los sucesos de que haya sido testigo, todos los hombres á quienes se haya acercado, le dejarán de esa suerte impresiones muy vivas, que puede evocar á su albedrío. Naturalmente, esas notas permanecen dispersas, nada

las enlaza entre sí ; son collares en que faltan los hilos. Ahora sigo suponiendo que M. Daudet quiere escribir una novela. Empezará por herirlo profundamente uno de sus recuerdos, y verá en él el embrión de un libro. Sólo que la materia es todavía rudimentaria ; no tiene la carne suficiente. Y aquí empieza el verdadero trabajo de Alfonso Daudet. Registrará sus documentos, examinará todas las observaciones que posee, y verá las que pueden asociarse sin desentonar. Poco á poco tomará aquí un capítulo, allí un tipo, más lejos una escena, utilizándolo todo, hasta que tenga bastante materia para llenar un volumen. La cosa parece sencilla; pero estad seguros de que no hay operación más delicada. No se trata de transportar bruscamente hechos históricos al dominio de lo novelesco ; hay que saber escoger los elementos suministrados por la realidad, y acomodarlos luego de modo que no rabien de verse juntos.

Para darse cuenta cumplidamente del nuevo método, lo mejor es recordar lo que era una novela de Alejandro Dumas, padre, por ejemplo. Tomo *Los Tres Mosqueteros,* la obra que ha adquirido más popularidad entre nosotros. El novelista no se preocupaba evidentemente más que de una cosa : de entretener á sus lectores, tenerlos siempre suspensos, depararles peripecias, de modo que su curiosidad no quedase satisfecha nunca. No entraba en sus miras colocar á los personajes en un medio contemporáneo, porque entonces hubiese debido tener más en cuenta la realidad. Retrocediendo dos ó tres siglos, colocando la acción bajo Luis XIII ó bajo Luis XIV, podía mentir á sus anchas; no había temor de sublevar á los ignorantes, es decir , al mayor número. Nada más cómodo, en resumen. Algunas nociones históricas sobre la época y sobre las costumbres, las anécdotas corrientes, las tradiciones de la leyenda, bastaban al autor para sostenerlo durante quince y veinte volúmenes. Marchaba, y marchaba con el aplomo más maravilloso del mundo, amontonando aventuras prodigiosas y llegando á falsificar la historia de una manera tan completa, que, en sus

manos, las verdades acababan por convertirse en mentiras. ¡Bastante cuidado le daba á él en el fondo! Él no era más que un cuentista, y cuanto más mentía, más regocijaba á su público.

Acabo de pronunciar el verdadero nombre de los novelistas que han precedido á Balzac ó que han permanecido expuestos á su influjo. Eran simples cuentistas. Tenían por suyo el vasto dominio de la imaginación, y en él se movían libremente, conquistando el éxito con su fuerza inventiva. El mayor elogio que se hacía de un novelista entonces era decir que tenía una imaginación poderosa: lo cual significaba que creaba á todo pasto aventuras que jamás habían pasado, y personajes que jamás se habían visto. Se le apreciaba por el grado de mentira de sus obras, se le admiraba tanto más, cuanto más se apartaba de la realidad diaria y corriente. ¡Qué poco se parecía tal héroe á la gente que codeaba uno en las calles! ¡Cuánto distaba tal intriga de la vida vulgar que llevaba el lector! Se esperaban del novelista sensaciones nuevas, sobresaltos de sorpresa. En esa época, lo que se llamaba la novela de costumbres, ó, mejor, la novela de observación, ocupaba aún muy pequeño lugar; la moda era la novela de aventuras.

He elegido un ejemplo notable al hablar de las obras de Dumas, padre, que era un soñador despierto, un fumador de opio, que viajaba por el país de lo imposible como por su propia patria. Pero podría escoger ejemplos menos salientes, y, á pesar de eso, no menos característicos. Los novelistas, que hace veinticinco ó treinta años se preciaban de atender á la naturaleza, no la miraban todavía más que como una inspiradora, cuyos extravíos debía corregir el buen gusto. Sobre todo, forjaban tipos generales, trabajaban de memoria, según modelos que frecuentemente respetaban muy poco. Jamás les hubiese venido á las mientes la idea de coger á su tía ó á su suegra para trasladarlas en vivo á sus novelas. Les hubiera parecido demasiado crudo el procedimiento; tenían ideas decididas sobre la necesidad de idealizar los personajes y de

sacar un vaciado, castrando la realidad y no diciéndolo todo. Si no mentían con el desparpajo de los cuentistas, se mantenían nobles y discretos, pintando la naturaleza á condición de velarla y suavizarla según una fórmula corriente. El público, por su parte, era cómplice ; los autores podían alegar en su defensa que no podían disgustar al público escandalizándolo, exhibiendo ante sus ojos espectáculos poco agradables. Parecía existir el convencimiento de que los lectores pedían ante todo lecturas que los sacasen de la vida ordinaria. Se decía: «He ahí un comerciante que está todo el día vendiendo paño ó velas detrás del mostrador ; ¿creéis que vais á interesarlo mucho presentándole otro comerciante como él, entregado á las mismas preocupaciones del negocio? He aquí una mujer sumida en un adulterio ordinario, que se pasa bostezando de la mañana á la noche: tan vulgar le parece su amante, más vulgar aún que su marido ; ¿creéis que se apasionará por vuestro libro, si le contáis con puntos y comas el mismo estúpido y repulsivo adulterio?» Y de ahí se partía para afirmar que era un principio fatal de la novela la idealización de los hechos y de los personajes. Los lectores exigían que se los sacase de la realidad, que se les ofreciesen fortunas realizadas en un día, príncipes paseándose de incógnito con los bolsillos repletos de diamantes, amores gloriosos que arrebataran á los amantes al adorable mundo de las sueños, todo lo más loco y rico, en fin, que cabe imaginar, todas las fantasías doradas de los poetas. Á ese precio se obtenía el éxito. Mentid, ó no tendréis salida.

Ved ahora el método de trabajo empleado por Alfonso Daudet en el *Nabab*. He dicho que no inventaba nada. No tiene una gota de imaginación en el sentido que acabo de indicar. Sería incapaz de inventar una de esas historias complicadas que han apasionado á nuestros padres, un Monte-Cristo, realizando prodigios, gracias á un inmenso tesoro descubierto en una isla, de donde saca oro á manos llenas. Hasta pierde el equilibrio si cambia el menor detalle de las cosas que ha visto. Opina que la aventura

acaecida es siempre más poderosa que la aventura inventada, y su gran pena es verse obligado á veces á no decirlo todo. Lleva tan lejos este respeto á la verdad, que acaba por identificar el nombre del tipo observado con el personaje de la novela, y, si ha de alterar el nombre, ya no le parece completo el personaje ; por eso, cuando no puede conservar el nombre, procura crear uno que recuerde el verdadero por su estructura y consonancia. Y todo eso no es una teoría literaria ; es una sensación de artista, una pendiente fatal que lo impulsa á dar decisiva importancia á lo que le ha sido lícito tocar con el dedo. Necesita tener delante de sí y copiar un modelo vivo, cuya vista estimule sus facultades de pintor. Si le falta ese modelo, le parece que tiene los dedos atados, no se atreve á trabajar, teme no hacer nada de provecho ; al punto desaparece todo, porque el modelo no le proporciona sólo una figura ; le ofrece además el aire de que está rodeado, el medio, el color y el sonido, todo lo que constituye la vida. De ahí esa comezón de poner en sus libros las personas de su intimidad. Cuando le ha llamado la atención un ser ó un hecho, asedian su cerebro hasta el punto de sugerirle la convicción de que tiene á mano la materia de una obra maestra ; y desde entonces carece de fuerzas para resistir á la necesidad de pintar lo que ha visto y oído ; ninguna consideración lo detiene, y en uno ú otro momento vence su pasión de artista contra viento y marea. Es lo que yo llamaré la fiebre de la realidad, enfermedad enteramente moderna en los artistas. Tienen el tormento de instruir sumarios públicamente, sin omitir ningún pormenor, á reserva de herir á los amigos, y hasta á los parientes, que les han servido de modelos sin saberlo. El día menos pensado se encuentra uno en sus obras, casi con su nombre, con sus ademanes, con su traje, con su historia, con sus verrugas. Bajo su escalpelo se ha convertido uno en documento humano ; y sería poco juicioso guardarles rencor, porque han obrado sin maldad ; se han limitado á obedecer á la necesidad de poner en sus libros el maximum posible de vida.

Alfonso Daudet, pues, tomó entre las notas que había acumulado todas las que le parecía que encajaban en el *Nabab*. Dentro de poco diré qué notas son esas, de dónde las ha sacado y qué suma de verdad contienen. Las notas están en su mesa. Entonces es cuando interviene como creador, porque allí no tiene, en resumen, más que la materia bruta, y necesita componer un todo con esos documentos esparcidos. Empieza el papel de su imaginación, una imaginación muy particular, humilde servidora que se contenta con quedar en segundo término. Hace falta una historia para enlazar los diferentes episodios, y esa historia será la más sencilla posible, la más ordinaria, para que no embarace el libro, y deje todo el puesto á los vastos cuadros que el autor quiere pintar. Por ejemplo, en el *Nabab* la imaginación se contentará con crear el tipo de Pablo de Géry, y pasearlo por casa de los Joyeuse y de Felicia Ruys para que sirva de lazo entre esos personajes ; la imaginación inventará también ciertos detalles, como los amores de Felicia y del duque de Mora, la muerte fulminante de Jansoulet, herido por el desprecio del París de los estrenos ; pero esos pormenores estarán indicados por la observación misma, y serán siempre la parte sacrificada de la novela. Lo que interesará más, ya lo he dicho, son los vastos cuadros de la vida que el novelista ha decidido reproducir. El resto no es más que lo accesorio ; los cuadros son lo principal. ¡Qué importa en el fondo la intriga! Se trata de desarrollar con toda la amplitud necesaria aquellas escenas de tan maravillosa exactitud : un almuerzo en la plaza Vendôme, la visita á la obra de Bethleem, las fiestas del Bey en el palacio de Saint-Romans, el Salón anual de pintura y escultura, la muerte y los funerales del duque de Mora. Son otras tantas páginas de historia que importaba eternizar, grabándolas con el sello de su verdad propia.

Cierto que no se circunscribe á eso el papel de la imaginación del novelista. Si no inventa las cosas de una pieza, inventa, sí, de continuo en el pormenor; pone todo

su conato en presentar las escenas verdaderas con una llama particular que las vivifica. Alfonso Daudet tiene principalmente esa imaginación de la composición y de la frase. De la menor escena hace una joya, gracias al arte que despliega en aderezarla. Se le niega la ciencia de la composición, como á los restantes novelistas naturalistas, por lo demás; y no conozco crítica más injusta, porque las obras de esos novelistas se hallan, al contrario, compuestas con refinamientos infinitos, bien así como poemas melódicos que reproducen una y otra vez los mismos efectos, y que encierran la realidad en una caja simbólica y muy labrada. Mérito ó defecto, eso habrá de reconocerse á la postre. En fin, lo que acaba de dar á esa pintura de la verdad un carácter superior es la factura, el respeto de la lengua y la excelencia del estilo.

El autor copia sin duda la naturaleza, y lo tiene á gala, pero agregándole el interés de una interpretación personal. Pone toda su fantasía, toda su fuerza creadora, en la traducción, en esa sensación nerviosa suya que añade á la expresión de las cosas. No emplea su imaginación en contar en mal estilo aventuras grotescas á fuerza de imposibles; la utiliza en describir como poeta un punto de la inmensa naturaleza.

Y ved el milagro: no son ya las novelas de intriga las que apasionan al público; toda la corriente del éxito se dirige ahora hacia las novelas de observación como el *Nabab*. Ya no puede sacarse á relucir la famosa teoría de la exigencia de ideal que atormenta á la multitud. Al contrario, la multitud revela ávida curiosidad por todas las cosas que le tocan de cerca, por la pintura de la vida que hace, de los hombres que codea, de los sucesos que llenan los periódicos. Por otra parte, fácil sería la retorsión del argumento que hace poco indicaba. «¿En qué queréis que se interese un comerciante que está todo el día vendiendo paño ó velas, si no es en los dramas del negocio, en las historias de otros negociantes más ó menos afortunados que él? ¿Qué hay que pueda conmover más á una mujer culpable que el relato de un adulterio

semejante al suyo, con las mismas ansiedades y la misma abrumadora vulgaridad?»

Concluyo, pues, que la novela así entendida se ha convertido en historia, resumida en ejemplos llamativos, y escrita por artistas que tienen el don de la vida.

X.

La aparición del *Nabab* ha sido un verdadero acontecimiento. Pronto corrió el rumor de que el autor había pintado en esta novela un gran número de personalidades parisienses, y todo el mundo ha querido reconocer los originales. De ahí comentarios y bulla sin fin. El autor, aburrido con las reclamaciones y queriendo ponerse á salvo de las perfidias de cierta parte de la prensa, ha tenido que declarar en el *Fígaro,* que lo había atacado precisamente, que respondería á todas las acusaciones en un prefacio, cuya publicación anunciaba á la cabeza de una de las próximas ediciones de su libro.

Daré algunos extractos de ese prefacio:

«No hay una página de mi libro—dice Alfonso Daudet, —no hay uno de sus héroes, ni uno siquiera de los personajes presentados en silueta, que no haya sido objeto de alusiones y protestas. Ya puede el autor defenderse, ya puede jurar por todos los dioses que su obra no tiene clave; cada cual le forja una, por lo menos, con cuyo auxilio pretende abrir esa cerradura de combinación. Es menester que todos esos tipos hayan vivido, ¿qué digo vivido?, que vivan aún, idénticos de la cabeza á los piés.... Monpavon es fulano, ¿verdad?.... El parecido de Jenkins es asombroso.... Quién se incomoda por ser él el aludido, quién por no serlo.»

Y añade más adelante:

»Revolviendo sus recuerdos,—que es un derecho y un deber de todo novelista,—se ha acordado el autor de un extraño episodio del París cosmopolita de hace quince

años. Lo novelesco de una existencia deslumbradora y efímera que atravesó como un meteoro el cielo parisiense ha servido evidentemente de fondo al *Nabab,* á esa pintura de las costumbres de fines del segundo Imperio. Pero en torno de una situación, de una aventura harto conocidas, que todos tenían derecho á estudiar y recordar, ¡qué difusión de fantasía, qué de invenciones, qué de bordados, y, sobre todo, qué suma de esa observación continua, dispersa, casi inconsciente, sin la cual no podría haber escritores de imaginación! Por otra parte, para darse cuenta del trabajo de cristalización que transporta las circunstancias más sencillas del mundo de la realidad al de las ficciones, de la vida á la novela, bastaría abrir el *Monitor oficial* de Febrero de 1864, y comparar la verdadera sesión de la Cámara con el cuadro que se encontrará en mi libro.»

Citaré aún las líneas siguientes: «En cuanto á Mora, es otra cosa.... La historia se ocupará del hombre político. Yo he hecho ver, mezclándolo en una acción imaginaria, al hombre de mundo, según era y quería ser, seguro de que, en vida, no le hubiese desagradado verse retratado así».

Sería imposible responder de una manera más digna y más sincera á la par á acusaciones que carecen de todo fundamento serio. Alfonso Daudet tenía derecho absoluto á emplear los materiales que la realidad le ofrecía. Pero, para comprender la verdadera discreción de que ha usado, hay que insistir más de lo que él ha podido hacerlo, y hablar de los originales que ha tenido presentes.

Jansoulet no es otro que un millonario de que se ocupó todo París hacia 1864. Ese millonario había adquirido su inmensa fortuna, no en Túnez, sino en Egipto, donde había sido por espacio de largo tiempo favorito y familiar del jetife. Más tarde, queriendo labrarse una posición seria y distinguida, presentó su candidatura para la diputación. Tres veces fué elegido, en el Gard, me parece, gracias al dinero que derramaba á manos llenas, y tres veces anuló su elección la Cámara. Los legisladores

rechazaban esa manzana podrida, haciéndole pagar los crímenes de todos los miembros gangrenados que ya habían tenido que admitir. También está tomada de la realidad la lucha de Hemerlingue contra Jansoulet. Un banquero, que vive todavía, persiguió á Jansoulet con su odio efectivamente, hasta que consiguió arruinarlo. Donde la novela se aparta de la historia es en el desenlace, porque el millonario no tuvo la muerte feliz de Jansoulet; no sucumbió de golpe, herido por el menosprecio, sino que arrastró una existencia cruel, arruinado en absoluto, caído de su antiguo esplendor, y aplastado bajo el peso de todas las historias que habían corrido acerca de él.

Como dice M. Daudet, es pasmoso que se le tilde hoy de ingratitud hacia el hombre que ha estudiado. Pongamos que lo haya conocido mucho. ¿Por ventura no es todo el *Nabab* una defensa, un panegírico del héroe? Habría que conocer las calumnias propaladas sobre ese desgraciado para apreciar el inmenso servicio que ha hecho M. Daudet á su memoria. Todavía en las últimas líneas parece no haber escrito la obra más que para sincerar á un hombre honrado desconocido.

«Se agitaron sus labios, y sus ojos dilatados, vueltos hacia de Géry, acertaron á adquirir, antes de la muerte, una expresión dolorosa, implorante y de protesta, como para tomarlo por testigo de una de las más grandes, de las más crueles injusticias que París ha cometido.»

¿Lo diré? M. Daudet ha sido un pintor tan cariñoso para su modelo, que hasta me ha estropeado un poco la novela. Yo hubiese preferido un Jansoulet enfangado resueltamente en los negocios más dudosos, con las manos llenas de un oro ganado en tratos sucios, empeñando un duelo formidable con París, en que París, poniendo en contribución todos sus vicios, lo hubiera barrido bonitamente en unos cuantos años. Eso no se hubiese opuesto á conceder á Jansoulet una gran bondad, porque yo conozco más de un pícaro de corazón inmenso; habríase manifestado, pues, á pesar de los pesares, rudamente

bonachón, riéndose á carcajadas, accesible á todo el mundo; pero hubiera conservado buenos riñones, y no se hubiese dejado zarandear como un chiquillo. Por empeñarse en disculpar á ese millonario, á ese aventurero que viene á París á comprar honores, me temo si el novelista no lo habrá achicado fatalmente.

De aquí resulta que M. Daudet, lejos de mostrarse ingrato, ha cedido á la simpatía. Se ha privado del placer de elevar su drama á las notas intensas por un escrúpulo que no puede menos de alabarse. Los interesados deben darle las gracias.

En cuanto al duque de Morny, cuya silueta se reconoce tan bien en el duque de Mora, á él mismo le hubiera hecho sonreir ese retrato, como dice el autor, si hubiese podido leerlo. Los bonapartistas han afectado una severidad sin ejemplo contra M. Daudet, acusándolo también de ingratitud, casi de traición política. No hay más que encogerse de hombros. El novelista dista mucho de haber pintado de cuerpo entero al duque de Morny, como lo pintará un día la historia. Ha dejado á un lado los rasgos salientes de la figura, la fría voluntad, el tranquilo cinismo, la falta absoluta de sentido moral, la necesidad de gozar á todo trance, todo el conjunto de energía y de escepticismo que hizo de ese político ya gastado instrumento á propósito de un golpe político.

Hubiera sido menester presentarlo con las manos en la masa, extrangulando al país, y haciendo luego mangas y capirotes con el dinero y los honores; y entonces, en efecto, á hacer tal cosa M. Daudet, hubiera podido echársele en cara haber olvidado que el duque de Morny le tendió la mano desde el punto y hora de su llegada á París. Pero no ha tocado al hombre político, ni al manipulador de negocios que exigía su alboroque á todos los hombres de dinero á quienes patrocinaba, ni al personaje complaciente que andaba envuelto en las bajezas del reinado. Apenas si indica con una ligera y encantadora pincelada el perfil del hombre exterior, las manías amables de ese ministro que se ocupaba de futilezas y de vaude-

villes entre dos graves reuniones de Consejo. No se ocultaba ciertamente el duque de Morny de lo que él llamaba sus gustos artísticos ; prohijaba en vida una pieza bufa que todavía se representa ; y es cosa evidente para mí que el mayor gusto que podía dársele era alabar las coplas cuyas rimas buscaba al salir de las sesiones. Es verdad que M. Daudet ha añadido que tenía la pasión de las mujeres, y que cerca de Neuilly sostenía una casa, donde acabó de matarse ; pero pasiones no son crímenes. Nada de eso es un cargo terrible contra el Duque. Más aún : yo sé, y de buena tinta, que el novelista ha dado pruebas de una rara discreción. Sin ocuparse del hombre político, hubiese podido completar esa figura de hombre de mundo absolutamente superficial, de una vida increíble, que extremaba el enojo de sí mismo hasta el punto de no querer permanecer solo, y se dejaba dominar por las preocupaciones más fútiles y más ridículas. Muchos de los que se acercaron al duque de Morny, después de sentirse seducidos por su elevado porte y su afabilidad aristocrática, acabaron por asombrarse de su insuficiencia intelectual y moral, y por preguntarse qué golpe de audacia pudo elevar tan alto á semejante hombre. Por lo demás, el duque de Mora es un Morny adornado de todos los atractivos novelescos, y presentado bajo su aspecto más favorable, para recrear los ojos del público.

Claro es que, al decir esto, no trato de disminuir el valor de las notas utilizadas por M. Daudet. Así, su capítulo sobre la muerte del Duque es una de las páginas más grandes que ha escrito jamás. Ese fragmento tiene la intensidad de vida, la profundidad de observación, la asombrosa verdad de un pasaje de Saint-Simon. La agonía, tan animosa y tan correcta, de ese vividor que quiera salir de la vida como se sale de un salón ; el aturdimiento de los allegados en torno suyo, comprendiendo que pierden un protector omnipotente, y aferrándose á aquella vida que se va ; la baja codicia de la servidumbre entrando á saco el oro desperdigado ; la solicitud de los amigos que sacan los papeles comprometedores, las car-

tas de amor y las cartas de negocios, que quieren destruirlos, y, no pudiendo quemarlos, los tiran por los retretes; el runrún confuso, en fin, y luego el palacio sumido en gran silencio: toda esa pintura es de un poder que delata la verdad sorprendida en vivo, y traducida con el mismo estremecimiento de la sensación inmediata.

Me gusta menos el capítulo de los funerales, también de gran exactitud en los pormenores, pero de menor empuje y con alguna tendencia á la enumeración.

Y ahora, si el novelista declara los originales que ha tenido presentes para Mora y Jansoulet, nosotros podemos ser más indiscretos, y reconocer algunas otras figuras. Lo que ha hecho con el duque de Morny y con el millonario lo ha hecho con otras fisonomías, apoderándose de su característica general, dejando á un lado lo que no le convenía, utilizando, en fin, los modelos según las necesidades de su relato. Así, el conde de Monpavon y el marqués de Bois-Landry son dos tipos que todo París ha conocido; hasta los nombres se hallan poco modificados; uno de los dos personajes ha muerto, el otro vive aún, y me aseguran que no le disgusta verse en el *Nabab*. Moessard, el periodista á quien apalea Jansoulet en la calle Real, ha muerto últimamente. También existen Paganetti, Hemerlingue y Le Merquier; y aún creo haberme codeado con papá Joyeuse, ese excelente hombre que sueña despierto las aventuras más atroces. En cuanto á Cardailhac, el empresario sonriente en medio de sus quiebras, ha muerto, y puede nombrársele con tanta más razón, cuanto que muchas personas, engañadas por un parecido de nombres, han querido ver en él á M. Carvalho, al empresario actual de la Ópera Cómica; Cardailhac no es otro que Nestor Roqueplan, ese hombre amable cuyas frases se citan hoy aún. Ha reservado el Dr. Jenkins, indudablemente formado de varios tipos fundidos; juraría que el autor ha tomado de una parte el retrato físico, de otra la invención de las famosas píldoras, y de una tercera el egoismo y la fingida lealtad del personaje. Los periódicos ingleses han estado

muy severos con M. Daudet, porque han pretendido reconocer en Jenkins un médico de Londres que fué en otro tiempo á asistir al duque de Morny ; no cito el hecho más que para que se vea qué reclamaciones tan extrañas han abrumado al autor.

Más delicado es poner un nombre debajo de los retratos de mujeres. Me contentaré con decir una palabra sobre Felicia Ruys. Se ha citado á varias personas, y, entre otras, á Sarah Bernardt, la socia de la Comedia Francesa, que entiende también de escultura. Pero el retrato físico es bien poco semejante, sobre que los antecedentes, la biografía y el género de vida difieren en absoluto. Felicia Ruys sería más bien hija de uno de nuestros poetas, y escritora de talento á su vez ; pero bien entendido por de contado, que todo el drama que gira alrededor de ella es pura invención ; ahora, eso sí, el modo de ser es el mismo, igual la educación en un medio de artistas, idéntica la falta de equilibrio en la vida ordinaria.

Un último punto. La explotación que M. Daudet designa con el nombre de obra de Bethleem, y de que ha sacado un capítulo tan acerbo, ha existido realmente y quizá exista aún bajo el nombre de *La Pouponnière*. Los fundadores metían mucha bulla con sus sentimientos filantrópicos ; decían que querían asegurar á los pobres chiquitines, á quienes no pueden criar sus madres, una abundante alimentación, un aire sano, todos los cuidados imaginables ; y crearon á las puertas de París un establecimiento en que las nodrizas se sustituían con cabras, hermosas cabras que se veían brincar por el jardín. La casa se había instalado en grande: dormitorios, refectorios, enfermería, sala de paseo, sala de baño, ropero, lavadero, etc., etc. Lo malo es que todos los infelices niños se morían. En su tiempo se visitaba por curiosidad la *Pouponnière*. Creo que todo el beneficio de esa supuesta obra humanitaria se reducirá á haber deparado al novelista uno de esos capítulos llenos de emoción y de ironía, como él solo sabe escribirlos.

XI

Fáltame juzgar el *Nabab*. Empezaré por poner los pocos reparos que me inspira mi propio temperamento de escritor.

Hay una figura que me ha impresionado penosamente en la novela: la de Felicia Ruys. Todo se lo ha concedido el autor á esa joven: belleza, inteligencia, hasta genio, y, por una pendiente lamentable, ha llegado á hacer de ella uno de los personajes más ennegrecidos de la obra. Cuando nos la presenta, la corona de rayos aparece delicada y altiva, sublevándose ante el insulto, ambicionando todo lo bello; después le atribuye una serie de acciones á cual más viles: por el pronto, sueña en casarse con Jansoulet, ella, que es la gloria, con él, que no es más que el dinero; después se entrega al duque de Mora por latitud, por necia variedad; en fin, cae más bajo, acaba por ceder á Jenkins, á quien ha anonadado hasta allí con su desprecio. Tampoco me gusta mucho la desesperación que el atentado de Jenkins le produce, hasta el punto de disgustarla para siempre del amor y hacerle mirar la vida con los colores más sombríos. Eso me parece bastante melodramático. La joven más casta puede verse expuesta á semejante violencia; pero cuando se defiende y salva, como Felicia, con tan hermosa sublevación del pudor, no queda mancillada, y tiene ante sí amplia y alegre toda la vida. Sin duda el novelista ha querido estudiar los efectos de la mala educación, la fatal caída que espera á todas las jóvenes educadas en la bohemia artística. Cierto que una muchacha crecida, como Felicia, en el taller de su padre, poco vigilada por él, que todo lo sabe desde temprano, y que queda más tarde sin sostén, con sólo la pasión del arte, no podría seguir el camino derecho de una joven ordinaria y sencilla. El mal está, en mi sentir, en quer er juzgar

á semejante mujer por el patrón de las otras. No es ya una mujer; es una artista, sobre todo cuando se llevan las cosas hasta el extremo de otorgarle genio. Desde ese instante se le pide menos y más juntamente. Importa bien poco que tenga amantes; lo que es menester es que produzca obras maestras. No necesito citar ejemplos; todo el mundo debe tener presentes en su memoria grandes figuras de mujeres, cuyas obras se admiran, sin pensar en juzgar su conducta. Son cosas delicadas, y no insisto. Yo hubiera deseado que M. Daudet demostrase más ternura á Felicia, que tuviese para ella un corazón de artista, que no la sacrificase, en una palabra, á esas niñas de la familia Joyeuse, que no son más que muñecas.

Cabalmente esa familia Joyeuse es lo menos afortunado de la novela. Como ya he dado á entender, el autor ha retrocedido ante la idea de un cuadro en que todo lo llenase la corrupción parisiense. Es de temperamento tierno y equilibrado, y ha querido una oposición, un trocito de lienzo donde poder poner algo de candor, de pureza, de cosas frescas, que reposasen el ánimo de los lectores. Por principio, nunca deja de reservar un puesto para la virtud en todo lo que escribe. Le ha salido bien otras veces, y cree en la necesidad de echar al público ese panal de miel. Sólo que, por esta vez, sus notas sobre el vicio parisiense eran tan numerosas y tan completas, que fatalmente se han desbordado; y la pobre familia Joyeuse desaparece casi por completo bajo la abundancia y la magnitud de las terribles pinturas que la rodean. Al lado del relieve poderoso de las cosas vistas, la buena familia palidece totalmente, y trasciende demasiado á honradez convencional. En cuanto á mí, es querer muy mal á la honradez hacerla representar un papel tan pobre. Así, cuando, al desenlace, Jansoulet recibe en el rostro el desprecio de todo un teatro, sólo la familia Joyeuse está encargada de representar la virtud en esa sala atestada de todo el París artista y mundano. ¡Dios mío! Bien sé yo que está muy gangrenado ese París; pero, francamente, es una broma querer aplastarlo bajo

los méritos de la familia Joyeuse. Es empequeñar algo las cosas. Las señoritas Joyeuse tienen tanto mérito en ser horadas como en oler bien las flores.

Lo mismo sucede con otra parte del *Nabab*, de que no he hablado todavía. M. Daudet había tenido una idea ingeniosa; quería exponer el anverso de ciertos hechos, haciéndoselos contar á los servidores de sus personajes ; es decir, se trataba de pintar á los amos al través de las observaciones de los criados. Desgraciadamente, la idea era bastante difícil de poner en práctica, y M. Daudet ha tenido que inventar un criado particular, Passajon, que ha sido bedel en una facultad de provincias, y que, después de haber ahorrado algunos sueldos, ha sentido el deseo deplorable de aumentar su fortuna entrando de mozo en París en las oficinas de la *Caja territorial*. Ese buen hombre, con su tinte de literatura, puede escribir sus memorias. M. Daudet da algunos fragmentos de vez en cuando; y, por un capricho de escritor, se ha entretenido en remedar el estilo enfático y cuajado de frases hechas de un ignorante que se ha rozado con profesores de literatura. Pero es un estilo inevitablemente enojoso, que no puede hacer reir más que á los literatos, y cuya ironía pasa inadvertida para el mayor número. El autor lo ha comprendido, y no ha insistido demasiado. Con todo, la forma que da á esta parte del libro, esos fragmentos de memorias que vuelven una y otra vez, han bastado para echar á perder la idea. Y cuenta que hay allí cosas excelentes, de una observación muy verdadera y muy profunda, sobre todo en los últimos fragmentos. Cinismo de los criados, esa gente de la antecámara y de la cocina que reproduce con mayor grosería los vicios del salón, pedían ser tratados con más fuerza y crudeza.

Se puede decir, en resumen, que las partes superiores del *Nabab* son las partes vistas y observadas. Todo lo que ha tomado de la realidad M. Daudet le ha servido para escribir páginas magistrales, de un valor excepcional ; mientras que desmerece, con mucho, todo lo que ha tenido que inventar por las exigencias de su relato. Esto,

en mi pluma, es un elogio para M. Daudet. Como ya he dicho, necesita sentirse estimulado por una escena real, por un personaje vivo, para dar la medida de su talento. Cuando tiene que ponerlo todo de su cosecha, permanece frío. Y esto era más sensible aún en sus otras novelas, de pensamiento menos amplio que el del *Nabab*. Esta vez no ha tratado de inventar una historia ; ha dejado que las páginas se desarrollen como se desarrollan los hechos en la vida. Apenas hay que lamentar más que la creación de su Pablo de Géry, el único mozo honrado del libro, y de su familia Joyeuse, á propósito de la cual acabo de explicarme. Unos y otros hacen un papel desairado de verdad, y la novela hubiese ganado mucho en amplitud sin ese elemento convencional. Ya sé que á estas horas M. Daudet está convencido todavía de que ese elemento le ha atraído la simpatía de muchos lectores y protegido contra muchos ataques. Es, á mi juicio, una opinión equivocada. Posible es que algunos lectores sensibles no puedan pasarse sin la familia Joyeuse ; pero á la gran mayoría, dése ó no cuenta de ello, la domina el mayor ó menor poder de las obras, y ese poder es el que acaba por imponerlas á la multitud. Hay que segregar, pues, sin compasión todo lo que quita poder á una novela, así sean episodios agradables. Por eso condeno yo en todos sentidos la familia Joyeuse.

Hechas mis restricciones, ya no tengo más que admirar. M. Alfonso Daudet ha conquistado definitivamente con el *Nabab* un alto puesto de novelista. Á pesar de sus grandes éxitos de *Fromont menor y Risler mayor* y de *Jack,* muchas gentes le negaban fuerza todavía. Le reconocían todo linaje de cualidades encantadoras, un arte inimitable de contar las cosas pequeñas ; pero se obstinaban en ver en él un poeta, que se perjudicaba no encerrándose en cuadros más estrechos. Hoy nadie se atrevería á recluirlo en sus cuentos. Ha probado que tenía mano bastante poderosa para mover multitudes de personajes y distribuir las grandes masas de pormenores. En fin: se ha ratificado como un analista que no teme ahondar cuanto

sea preciso en la naturaleza humana para verlo y decirlo todo. Así, su perfil de Morny sobrevivirá, y se buscará siempre su libro para encontrar en él el genuino sabor de la sociedad del segundo Imperio en el momento de descomponerse.

Lo he alabado ya por no haber inventado un drama á guisa de armazón de su obra. Se ha contentado con tomar vastos cuadros, uniéndolos mediante la acción estrictamente precisa. Es un sacrificio de interés para el público, que no se le agradecerá bastante. Arriesgaba una jugada comprometida, porque sacaba á sus lectores del terreno habitual. Gracias á que el asunto lo llevaba y á que él lo había vivido bastante, para animarlo con una llama extraordinaria de vida. La vida : he ahí donde reside hoy la emoción poderosa. ¿Cómo explicar que ese *Nabab,* sin intriga, sin ninguna de las ficciones manoseadas que seducen de ordinario al público, logre un éxito tan grande como las antiguas novelas de aventuras de Dumas, padre? Noe cab más que una respuesta: que se ha operado una revolución, que ahora se apoderan del alma de los lectores las obras vivas. La gente ha llegado á apasionarse por esos libros, que no son más que sumarias. Y ha obrado ese milagro el talento de algunos escritores que han sabido traducir la vida con su misma palpitación en un estilo de imágenes deslumbradoras. El movimiento no ha hecho más que empezar ; no es posible prever hasta dónde puede ir.

He querido aprovechar el gran éxito del *Nabab* para apoyar estas ideas con un ejemplo. Evidentemente, la novela ha entrado entre nosotros en un período de triunfo que jamás había conocido, ni aun en tiempo de Balzac. Puede decirse que las dos grandes corrientes del siglo— la corriente de observación, que parte de Balzac, y la corriente de alta retórica, que parte de Hugo — se han unido, y que nuestros novelistas actuales se hallan en la confluencia, en el nacimiento de ese río único del naturalismo practicado por estilistas, que en adelante parece querer correr á oleadas. Lo novelesco ha vivido; empieza

la historia: quiero decir, ese cúmulo de documentos humanos que hoy día se aglomera en las obras de observación. Parecería increíble, por ejemplo, la enorme cantidad de hechos, de observaciones y documentos de todas clases, el desbordamiento de vida que hay en el *Nabab*. Léase la obra con este pensamiento, y todo el mundo se quedará maravillado del carácter de universalidad que ha dado nuestra época á la novela. La novela ha venido á ser hoy el instrumento del siglo, la gran información sobre el hombre y la naturaleza.

EMILIO ZOLA.

EN EL JARDÍN

POESÍA TRADUCIDA POR TEODORO LLORENTE.

Las cinco. Salto del lecho
Y al jardín salgo en seguida.
¡Oh soledad! ¡Oh silencio!
¡Dulce Edén de breves dichas!
Fresco, sereno, radiante,
Amanece el nuevo día.
Aún no abrieron las ventanas
Madrugadoras vecinas;
Y los primeros destellos
Del sol, con ardientes chispas,
El follaje humedecido
De carmín y de oro pintan.
¡Todo es delicioso y puro!
Embelesado, la vista
Clavo en una tierna rosa
Ingenua y provocativa,
Que sus labios purpurinos
Recién abiertos me brinda.
Del fondo de su corola,
Cual ave que en ella anida,
Vuela, cuando me aproximo,
Una fragancia exquisita.
Confuso ante aquesta ofrenda
De virginales primicias,
Juzgo mi modesto celo
Pagado con demasía,
Y sonrojándome exclamo:
—«Perdone usted, señorita».

ERNESTO D'HERVILLY.

Sección Española.

CONGRESO INTERNACIONAL

PARA EL ESTUDIO DE LAS CUESTIONES RELATIVAS AL PATRONATO DE LOS RECLUSOS Y PROTECCIÓN DE LOS NIÑOS MORALMENTE ABANDONADOS.—AMBERES, 1890.

CUESTIONES SOMETIDAS AL CONGRESO

SECCIÓN PRIMERA.

Protección de la infancia.

Primera cuestión.—Con qué régimen puede asegurarse mejor el desarrollo físico, intelectual y moral de los niños, que por diferentes conceptos deben ponerse bajo la tutela de la autoridad pública, y especialmente

De los niños delincuentes, ó autores de un hecho que la ley califica de delito.

De los niños vagabundos.

De los niños moralmente abandonados.

Segunda cuestión.—El sistema de agregarlos á una familia, ¿ofrece ventajas para los niños?

¿Cómo debe organizarse este sistema?

Tercera cuestión.—¿En qué casos debe privarse á los padres de la patria potestad?

Cuando así se determine, ¿qué regla se dará para la guarda del niño?

Cuarta cuestión.—¿Qué reglas deben seguirse para la reclusión de los niños por corrección paterna?

Resoluciones que han recaído.

1.ª En principio, y si la situación del niño lo consiente, el mejor sistema es agregar á los expósitos abandonados ó huérfanos á una familia, si puede ser, en el campo.

2.ª Se entiende por *niños moralmente abandonados,* los que á consecuencia de dolencias, negligencia, vicios de sus padres, ú otras causas, se hallan sin apoyo y privados de educación.

3.ª Antes de hacerse cargo de los niños moralmente abandonados, y como regla general, se procederá á una investigación respecto á la conducta y carácter del niño, situación y moralidad de sus padres; y si es posible, se le someterá por algún tiempo á observación y estudio especial.

4.ª Los medios de educación que deben aplicarse á los niños moralmente abandonados, según su edad cuando se los admite, y sus circunstancias, son :

Agregarlos á una familia, con preferencia en el campo, que entren en un establecimiento de enseñanza, de internos ó á media pensión.

Colocarlos uno á uno ó por grupos.

Agregarlos á una familia es en principio el sistema reconocido como mejor.

5.ª La comprobación de discernimiento conforme á

las legislaciones positivas, en caso de procedimiento contra niños menores de diez y seis años, no puede servir de base legal para clasificarlos; esta clasificación debe hacerse por la Administración.

6.ª El Congreso opina que debe privarse de la patria potestad á los padres ó ascendientes condenados por crímenes ó delitos que puedan comprometer la moralidad, la seguridad ó la salud del niño.

La privación de la patria potestad será obligatoria ó facultativa, según la naturaleza ó la gravedad de los crímenes ó delitos, y podrá pronunciarse también contra los padres y ascendientes notoriamente viciosos, y que con su embriaguez habitual, malos tratamientos y abusos de autoridad, pueden comprometer la moralidad, la seguridad ó la salud del niño.

7.ª Los hijos privados de la patria potestad estarán bajo la tutela de la autoridad pública, siempre que los tribunales no dispongan otra cosa.

8.ª Es de desear que la privación de la patria potestad no se pronuncie *nunca* de un modo absoluto, definitivo é irrevocable, sino que *en todos los casos* el que ha sido objeto de ella pueda ser rehabilitado jurídicamente, y volver al ejercicio de los derechos indispensables para cumplir, respecto á sus hijos, el deber de educarlos que le impone la naturaleza y la ley.

9.ª Debe suprimirse la prisión con carácter de corrección paternal.

10. La reclusión del niño, por vía de corrección paternal, no puede mandarse más que por el juez, que tiene siempre el derecho de disponer que cese.

Los niños recluidos quedarán bajo la tutela de la autoridad pública.

SEGUNDA SECCIÓN.

Patronato de los reclusos y libertos.

Primera cuestión.—¿Cuál es el mejor sistema para el patronato de los reclusos y libertos?

Segunda cuestión.—¿La institución de los asilos provisionales debe recomendarse?

¿Cómo se deberían organizar?

Tercera cuestión.—¿La vigilancia especial de la policía puede conciliarse con la obra del patronato?

¿Puede reemplazarse la vigilancia de la policía? ¿Cómo?

Si debe conservarse, ¿cómo se ha de organizar?

Resoluciones que han recaído.

1.ª El patronato de los libertos es el complemento indispensable de todo sistema penitenciario normal.

2.ª Debe adaptarse á la forma que esté más en armonía con las tradiciones, las costumbres y la legislación de cada país.

Sin proscribir ninguna el Congreso, considera que, para producir todos sus efectos, el patronato debe ser obra de la iniciativa privada, estimulada y sostenida con el apoyo moral de los Gobiernos, y, en caso necesario, auxiliada con fondos del tesoro público.

3.ª El Congreso desea que se creen asociaciones de patronato dondequiera que haya una penitenciaría, y que se organicen de modo que permita proteger á los libertos dondequiera que vayan.

4.ª El Congreso desea que formen parte del personal personas de todas clases y condiciones, asegurándose, no

sólo de la cooperación de los directores de las industrias, sino también de los contramaestres y obreros ó gremios.

5.ª Recomienda que se enlacen entre sí las instituciones de todos los países por medio de una organización central, de modo que, conservando cada una su carácter propio y su autonomía, multiplique sus medios de acción con la comunicación de ideas, el conocimiento de los hechos y la combinación de los esfuerzos.

6.ª Es, además, de desear que se establezcan relaciones entre las instituciones del país para favorecer la acción común en los términos expresados en el reciente Congreso de San Petersburgo.

7.ª El patronato debe prepararse antes de la libertad. Con este objeto se visitarán las prisiones por miembros de las sociedades autorizadas por el Gobierno, que respetarán los reglamentos y no usurparán así atribuciones que corresponden al servicio penitenciario.

8.ª El patronato consiste ante todo en proporcionar trabajo, y, si es posible, organizarle.

La reconciliación con las familias ó los antiguos patronos, la vuelta á la patria ó la expatriación, y, para los jóvenes, el aprendizaje de un oficio ó el servicio militar, se recomiendan igualmente, según las circunstancias y usos de diferentes países.

9.ª Los socorros en dinero no deben darse sino por excepción, para una necesidad determinada y más bien en calidad de préstamo.

10. El patronato, en cuanto sea posible, debe extender su protección á la familia que depende del recluso ó del liberto.

11. Convendrá que el peculio del liberto se confíe á sociedades de patronato, para que se lo vayan dando poco á poco y según sus necesidades.

12. El Congreso considera, conforme á lo expresado por el Congreso de San Petersburgo, como una dificultad real para el patronato, como un obstáculo para volver al trabajo el liberto, y por consiguiente como una causa fatal de reincidencia, el divulgar fácilmente entre los particulares los datos del casillero judicial, ó los que tenga la policía.

13. Los refugios ó asilos cuyoobjeto es recoger, precisamente en calidad de provisionales, á los libertos sin recursos, y darles trabajo si no le hallan fuera, son un medio de acción necesario para las sociedades que tienen que auxiliar á gran número de patrocinados.

La división de los libertos en grupos poco numerosos debe recomendarse dondequiera que pueda establecerse sin grandes gastos.

Los principios esenciales para la organización de estos asilos son: la libertad de entrar y salir de ellos; un reglamento que fije la duración de la permanencia y los motivos de prolongarla; un régimen sencillo, una disciplina en armonía con el fin moral que se intenta, y el crear medios de procurar trabajo á los refugiados.

14. La vigilancia de la policía es un grave obstáculo para la obra del patronato.

En el estado presente de la legislación penal, sería de desear que el individuo sujeto á la vigilancia especial de la policía quedara exento de ella en tanto que estuviese bajo la protección del patronato, ya hubiera sido indultado ó estuviera con libertad condicional.

TERCERA SECCIÓN.

Mendicidad y vagancia.

Primera cuestión.—¿Cuáles son los medios preventivos que deben emplearse contra la mendicidad y la vagancia?

Segunda cuestión.—Bajo este punto de vista, qué relaciones deben establecerse entre las instituciones benéficas y el patronato.

Resoluciones adoptadas.

1.ª *a)* Todo individuo que resulte absolutamente imposibilitado para ganarse la vida, tiene derecho á la asistencia pública, y no puede ser considerado como mendigo y vagabundo, ni incurrir en este concepto en pena alguna.

b) La beneficencia pública debe acoger y auxiliar á los convalecientes, hasta que hayan adquirido la fuerza necesaria para ejercer su oficio ó profesión.

c) Los establecimientos y asociaciones de beneficencia pública y privada deben completar su obra procurando trabajo á los indigentes que socorren, y mientras lo hallan, dedicándolos á alguna labor que cubra una parte de los gastos que originan.

Se invita á la administración de las poblaciones á emplear en lo posible los socorridos en los servicios públicos.

d) Los establecimientos y asociaciones benéficas deben favorecer la vuelta á la patria de

los extranjeros, y al campo, cuando de él proceden, á los indigentes de las grandes ciudades.

2.ª Como remedio á la vagancia y á la mendicidad, conviene generalizar las instituciones de previsión y asistencia, no solamente de orden privado, sino también de carácter público, como cajas de seguros, ó establecimientos para los inválidos del trabajo, etc.

3.ª Una vez que un sujeto sea calificado de vagabundo reincidente, según las leyes de su país, debe permanecer todo el tiempo posible bajo la tutela del Estado, sometido á un régimen más severo, y la autoridad podrá concederle la libertad condicional.

4.ª Conviene, para contener los progresos de la vagancia y de la mendicidad, estimular la organización de instituciones, y promover medidas legislativas propias para combatir el alcoholismo.

Aspiración general.

El Congreso hace votos por que los poderes públicos favorezcan en tan grande escala como les sea posible la acción de la iniciativa individual en favor de todas las obras benéficas.

Tales son las cuestiones propuestas y las resoluciones adoptadas por el Congreso internacional de Amberes.

Los Congresos internacionales que nacieron ayer, pueden llamarse hoy una institución, no consignada en ninguna ley de esas que se escriben y muchas veces no se

cumplen ó se atropellan, sino sentida y pensada según las aspiraciones y necesidades intelectuales y afectivas del mundo civilizado. Caerán imperios ; se transformarán las instituciones políticas ; los formidables aparatos homicidas inmolarán víctimas sin cuento ; se luchará por una provincia, por una idea, por lo justo, por lo imposible; pero después del fragor, y del estrago, y de la horrenda carnicería, vencedores y vencidos enviarán sus representantes á los Congresos internacionales, donde unirán sus votos los que cruzaban sus armas ; donde no hay naciones de primero y segundo orden, sino razones atendibles ó no , ni más categorías que las intelectuales y afectivas, donde tiene entrada el pensador oscuro del último rincón de la tierra que ofrece el concurso de su inteligencia y de su buena voluntad.

¿Qué hay en estas reuniones que así las vivifica, que las ha hecho, las hace, las hará invulnerables á los odios que envenenan y á las luchas que desgarran? ¿Qué talismán poseen para ser consideradas y agasajadas con especial benevolencia por los reyes constitucionales, por los déspotas y por los magistrados de las repúblicas? Es que allí está lo universal, lo humano, ante lo cual se sienten pequeños, razónenlo ó no, los que no son más que una parte, y acaso no la mejor, de la humanidad; allí está la verdad, que quiere convertirse en justicia ; el sentimiento que inspira ese amor, para el que no hay fronteras ni extranjeros, y quién sabe si hay allí también invisibles y potentes gérmenes del porvenir, y si aquellos hombres venidos de toda la tierra son los precursores del gran jurado universal que resolverá, conforme á derecho, las cuestiones que son ventiladas hoy á cañonazos. Aun los que consideren esto como un sueño, tienen que reconocer la realidad de que no hay cuestión importante que

directa ó indirectamente no sea tratada en asambleas internacionales. En la reunida en Stockolmo hace pocos meses, decía J. Stuart : «Creo que los principales miembros de la *Federación* convendrán conmigo en que ninguna gran cuestión moral ó social puede tratarse bien por una Nación aislada, y que, para resolverla con prudencia, en justicia, y de un modo durable, debe tratarse como cuestión europea y aun como asunto que interesa al mundo entero (1).»

En algunas de estas asambleas no se excluye á las mujeres, antes se las invita y considera ; otro indicio de que hay en tales reuniones poderosos gérmenes del porvenir.

La mayor importancia, aunque no la más ostensible de estos Congresos, es la de ser universales ; tienen después la de ilustrar la cuestión concreta que se proponen discutir, y, por último, ser estímulo, ilustrar y animar (cuando se trata de ciencias sociales) al pueblo en que se reunen, ya por el deseo de parecer culto y humano, ya por la influencia vivificadora que recibe de los representantes de la humanidad.

El Congreso de Amberes, como todos los internacionales, tiene estas tres fases ; pero la última está más determinada que en otro alguno. En el preámbulo del decreto que la convoca se dice : «Durante mucho tiempo, la obra del patronato de los libertos no ha prosperado en Bélgica.... Naciones vecinas han obtenido, en este orden de ideas, triunfos propios para animar nuestros esfuerzos nacientes....; el comité de Amberes ha tenido la idea de hacer un llamamiento á las inteligencias y á las abnegaciones de todo el mundo, convocando en el suelo belga un Congreso internacional, en que todas las cuestiones

[1] Conferencia internacional de Stockolmo de la *Federación Británica Continental y General* contra la reglamentación oficial de la prostitución.

teóricas y prácticas relativas á las obras de patronato puedan discutirse y resolverse.

»Este pensamiento ha obtenido desde luego importantes adhesiones; responde á la necesidad que sentimos en Bélgica de animar nuestras tentativas, con el ejemplo y la autoridad de los hombres eminentes que ha mucho tiempo se consagran á los estudios sociales, ejerciendo la más benéfica influencia en las instituciones caritativas y penitenciarias. Los trabajos del Congreso nos pondrán de manifiesto la experiencia que otros tienen y nos falta.

»Entre los comités de patronato belgas, el de Amberes ha emprendido su obra con una abnegación, una actividad y un éxito.... que desde luego le han dado el primer lugar: la elección de Amberes, como punto de reunión del Congreso, se justifica, casi se impone.»

Como se ve, la tercera fase, que puede considerarse en los Congresos internacionales, se percibe mejor en el de Amberes, determinándola aún más algunas circunstancias de sus sesiones. Asistía á ellos el ministro de Gracia y Justicia, que siguió con gran interés la discusión, y parecía resuelto á tener en cuenta las resoluciones que se adoptasen al proponer á la Cámara un proyecto de ley relativo á las cuestiones que se discutían. Al tratarse la de la patria potestad, la sección hizo suyo el proyecto de ley presentado por el Ministro á la Cámara. Aquí debe notarse, no sólo el auxilio intelectual y moral que respecto á asuntos graves pide un pueblo á los demás pueblos, sino también un principio de cooperación mutua, inmediata, y de inteligencia práctica entre los pensadores y los legisladores y hombres de gobierno: el Ministro se inspira en el parecer del Congreso; una sección del Congreso hace suyo un proyecto de ley del Ministro.

Este hecho (sin precedente, que sepamos, en una Asamblea de esta índole) es, si no lo más notado, lo más notable de la reunión de Amberes. Á la larga, ya se sabe que estas manifestaciones repetidas de lo que piensan y sienten todos los pueblos han de influir en las determinaciones de cada uno; pero el hecho á que nos referimos revela la eficacia de esa influencia, y hace esperar como más próxima la armonía entre la teoría y la práctica, ó, para hablar con más propiedad, el convencimiento de que no son cosas diferentes cuando á la razón se ajustan.

Hay otra circunstancia digna de mencionarse: el rey de Bélgica convoca el Congreso internacional, no para la capital del reino, donde están los legisladores, el monarca, los altos funcionarios, el gobierno, los grandes dignatarios, etc., sino para la ciudad donde hombres caritativos, enérgicos y perseverantes emprendieron con éxito la ardua empresa de sacar del abismo penal á los que han caido en él. Convendrá que estos ejemplos se repitan y se sigan, y que las *Capitales* para las grandes cuestiones estén donde puedan tratarse mejor y con más resultado, marcadas por la ciencia y la caridad, no designadas por la política, que para todo quiere convertirse en cabeza, y suele presentar cerebros monstruosos por su tamaño y enfermizos por sus elementos y estructura.

Debe notarse también que en el Congreso de Amberes, habiendo sido convocado para *el estudio de las cuestiones relativas al patronato de los reclusos y á la protección de los niños moralmente abandonados,* se forma una sección para tratar de la mendicidad y la vagancia, y en ella se opina que los inválidos tienen derecho á la asistencia pública, y que deben generalizarse las instituciones de previsión y asistencia, no solamente de orden

privado, sino también de carácter *público,* como cajas de seguros ó establecimientos para los inválidos del trabajo. Es decir, que dondequiera que hay una reunión universal de hombres pensadores y benéficos, repercuten los latidos de la humanidad, y hallan patronos los que tienen hambre de pan y sed de justicia.

Estas resoluciones parecerán contaminadas de socialismo á los que no están dispuestos á conceder derechos que no se armonicen con sus ideas y sus intereses. Y les preguntaremos: ¿qué se hace con los inválidos indigentes? ¿Matarlos? Suponemos que la respuesta será negativa. Y si no se matan, ¿cuál será mejor? ¿Mantenerlos mendigos, andrajosos, degradados, corrompidos y corruptores, hambrientos unos días, ahitos y embriagados otros, ó sustentarlos ordenada y decorosamente, haciéndoles comprender que su derecho á la vida implica el deber de arreglarla á razón y justicia, y de trabajar según sus fuerzas, porque hay pocos absolutamente inválidos? Parece claro que la segunda solución es la mejor y la *más barata,* si no para tal cuál individuo que no da limosna ni quiere pagar unos céntimos más de contribución, para la sociedad.

Lo que erróneamente se calificaba de socialismo se va llamando justicia; y se lo llaman, no los obreros anarquistas influidos por odios seculares y agudos dolores, sino las personas principales que acuden de todas las Naciones convocadas por los reyes para Congresos en que los Gobiernos están representados. Lo que hace años llamábamos la Internacional de *arriba* y la Internacional de *abajo* (1), es decir, las asambleas internacionales para discutir en la esfera serena de la razón los grandes pro-

(1) *Ensayo sobre el Derecho de gentes.*

blemas de la humanidad, y las que, al tratar estos problemas, se hallaban perturbadas por rencores, hijos del dolor, por errores, consecuencia de la ignorancia, estas internacionales que parecían separadas por un abismo, se van acercando: la una ha depuesto muchos odios y limitado muchas aspiraciones, la otra concede más y no escucha los oráculos del egoismo.

Respecto á su importancia internacional, el Congreso de Amberes ha tenido que luchar con dos inconvenientes graves: la proximidad del de San Petersburgo, y el poco tiempo que ha mediado entre la convocatoria y la apertura. Los que habían acudido á la capital de Rusia, de España y de Turquía, de los Estados Unidos, de América y del Japón, no era probable que, apenas llegados á su país, emprendieran un viaje á Bélgica: á pesar de este grave inconveniente, y en prueba del poder de vida y de atracción que tienen esas asambleas universales, puede citarse el hecho de ciento doce adhesiones de extranjeros, la mayor parte presentes en la de Amberes. No tenemos aún conocimiento (1) de las discusiones ni de los trabajos escritos, que son el *nervio* de los Congresos internacionales, porque es lo *más pensado* y lo que *queda*.

Las conclusiones, en general, aceptables muchas, recomendables en conjunto, se inspiran en las ideas y sentimientos de las personas que son autoridad en los asuntos á que se refieren. En alguna, como la relativa á Asilos para libertos, difiere del Congreso de Roma el de Amberes, y á nuestro parecer, la razón está de parte de este último. Estas divergencias no deben redundar en descrédito de los Congresos internacionales, y consisten, no en que no sean capaces de dar grandes frutos,

(1) Esto se escribía en Octubre del año pasado.

sino en que á veces quieren recogerse antes de que estén sazonados, y se nota como cierta impaciencia de dar por resueltas cuestiones que no lo están, y en algunos casos se hacen transacciones que en la práctica se comprenden, pero que razonablemente no nos explicamos en teoría. Tal vez fuera mejor, en vez de resoluciones, resultado á veces de conciliadores términos medios, publicar las cuestiones, según se votaron en pro y en contra, con los nombres de los votantes. Debe tenerse presente que las mayorías *acaban*, pero no *empiezan* por tener razón.

CONCEPCIÓN ARENAL.

JOSÉ VALERO

Sr. Director de La España Moderna.

Muy señor mío y de mi consideración: Invitado por V. en los últimos días del año de 1890 á colaborar en esta Revista, acepté sin vacilar y sin imponer condición alguna, dándome por muy honrado en que en sus números del 1891 aparecieran impresos mis ya maduros y casi pasados versos, y mi ya no muy bien pergeñada prosa al lado de los trabajos literarios de Castelar, Valera, Menéndez y Pelayo, y otros, á quienes estoy acostumbrado á admirar ó á respetar, y de quienes siempre que leo escritos tengo en ellos algo que aprender.

Pero no fué esto decirle á V. que me sometía tan completamente á la voluntad de la dirección de esta Revista, que aceptara de antemano, y asimismo sin condición ni vacilación alguna, la imposición absoluta de los asuntos de mis artículos; que es lo que con asombro veo anunciado en la nota puesta á la introducción de mi cuento *Averigua quién te dió*, publicado en la pág. 120 del número del corriente Enero.

¿Por dónde le ha podido venir á V. la idea de que yo me considerara capaz de apechar con una serie de sem-

blanzas de personajes, tales como los que en la citada nota se señalan? ¡Pues á fe que son el puñado de las tres moscas las tales damas y los caballeros tales!

La emperatriz Eugenia, con quien no he tenido ocasión de hablar más que una vez, á pesar de la famosa serenata que por encargo ajeno la dirigí en París cuando se casó, y de cuya señora no sé todavía qué opinión ni en qué estima tiene mi morisca cantilena.

La señora (puesto que lo era) Fernán Caballero, cuyos libros leía con fruición en Méjico, pero con quien nunca llegué á encontrarme sobre la tierra.

La Gertrudis Avellaneda, alma macho metida por Dios en un cuerpo hembra: Él sabría cómo y porqué, pero de cuya unión y marcha por el camino del viaje de la vida no me ha ocurrido pedir ni darme razón.

Larra, á cuya sepultura me guardaré bien de asomarme segunda vez; puesto que de su sombrío ataúd arranca el enigma de mi inútil vida, de mi inconcebible fama y de mi inverosímil coronación, *et sic de cæteris*.

Es verdad que V. me propuso el trabajo de estas semblanzas; pero también lo es que me negué rotundamente á aceptarle. Algo podría decir, v. gr., del duque de Rivas, cuando era para mí Ángel de Saavedra, y alegre, decidor, franco, leal y cariñoso compañero y hermano en Apolo para los que le estimábamos en lo mucho que valía; de García Gutiérrez, con quien solía yo andar á solas días enteros por solitarios y extraviados sitios, y por hosterías y merenderos, á los cuales no hubieran sabido ir á buscarnos nuestros más amigos y allegados; pero todo esto, que sería tal vez muy curioso, muy característico y muy singularmente á propósito para individualizar, perfilar y miniar sus semblanzas, serían sólo pormenores filigranados de la vida privada, que, además de

no añadir una chispa de luz á sus figuras luminosas, me expondría á vulgarizarlos, á oscurecer ó amenguar la grande silueta que trazan ya en el todavía un poco revuelto cuadro de la historia de nuestra revolución literaria y política del segundo tercio de nuestra centuria.

Conste, pues, que yo no me supe explicar ó V. no me supo comprender, ó se ha arriesgado V. demasiado al fiarse en que la nota en cuestión concluiría por comprometerme á aceptar la carga y á emprender el trabajo de las anunciadas semblanzas; demasiado pesada aquélla para mis viejos hombros, y evidentemente incompatible ésta con mis antecedentes literarios. No podrán, por consiguiente, los lectores de La España Moderna encontrar en sus páginas mis por V. imaginadas y prometidas semblanzas; porque ni yo soy hombre de dar grandes lanzadas á moros muertos, como hoy veo que hacen algunos, ni de echármelas de dómine corrector, convirtiéndome en rata roedora de los zancajos de los que han ido delante de mí y supieron más que yo: como veo que hacen hoy algunos que se titulan críticos y filósofos. Yo no tengo, á Dios gracias, ni vanidad, ni envidia; ni me he sentido nunca con pujos de maestro, ni me ha empequeñecido jamás la pesadumbre del bien ajeno. Conque quedamos en que no habrá semblanzas, por considerarme yo muy poco hombre para aplicar mis juicios ni levantar figuras á nadie.

Recuerdos leves, datos efímeros y poco trascendentales sobre personas y cosas por mí conocidas y presenciadas, sí que me atreveré á consignar en mis artículos: bocetos borrosos sin aspiraciones á cuadros bien estudiados y á conciencia concluidos, y sin meterme en críticas ni filosofías de naturalista modernismo; que ya á muchos aburren y á nadie enseñan, y que barrunto que ya co-

mienzan á trascender desde muy lejos á pedantería pretenciosa de enmarañada metafísica, y á palabrería de ciencia tan indigesta como mal digerida por los que ya alardean de profesores en ella. Estas mis superficiales memorias y deshilvanadas narraciones no pasarán, pues, de recuerdos de viejo que se complace, como todos los viejos, en volver alguna vez sus ojos al oriente juvenil de la candidez y de las esperanzas, desde el occidente de la experiencia y de los desengaños ; porque por más que los filósofos del realismo nieguen hoy hasta el sentido común á la poesía, alcanza á veces ésta y encierra en veinte versos más filosofía que ciento de las enrevesadas y laberínticas conferencias en que se empeñan en explicarnos sus tan inexplicables como incomprensibles filosofías ; porque

Nuestra memoria es un mar
Que á sus playas solitarias,
En sus olas siempre varias
Trae las mismas sin cesar.
Los viejos se tornan niños,
Su memoria hácia atrás vuela,
Y el ayer se les revela
Entre luz, oro y armiños:
Y á los viejos nos consuela
Ver el arcón do en escriños
Guardaba el pan nuestra abuela ;
Pasar por la callejuela
Por do á rastra ó con cariños
Nos llevaron á la escuela,
Y vagar por la plazuela
Donde los primeros guiños
Hicimos á una chicuela,
Aún impúberos lampiños.
Es una segunda vida
Reflejo de la pasada ;

De la cual no queda nada,
De la cual nada se olvida.
Mutua compenetración
De niñez y senectud,
Es lampo de juventud
Que nos alumbra el panteón;
Es la fiel reproducción
Del panorama vital,
Donde á la luz celestial
De la antorcha de la fe,
Toda la vida se ve
De una ojeada final.

Por las razones algo filosóficas de esta poesía, y para probar á V., Sr. Director de La España Moderna, mi buena voluntad y deseo de complacerle, asimilando este artículo á las por V. anunciadas y por mí rechazadas semblanzas, en él va una lejana reminiscencia de Valero, fallecido ha pocos días en Barcelona. Él ha ignorado siempre que yo le conocía y le estimaba tan de tiempo atrás, y que su imagen ha vivido mezclada en mi imaginación con las más halagüeñas de mi adolescencia; conservándola yo en ella desde la noche de su presentación en el teatro del Príncipe con el papel de Don Agapito en la *Marcela* de Bretón. ¡Friolera si ha llovido desde entonces! Y á consecuencia de tan dilatado trascurso de tiempo, me veo aquí forzado á dar á V. algunos pormenores retrospectivos, para fijar la época y abrir la escena de este recuerdo del tiempo viejo que voy á evocar.

II.

Mientras por los años del 1826 al 31 fundaban el Parnasillo D. Juan Bautista Arriaza, Gil y Zárate, Carnerero, Serafín Calderón, Bretón, Grimaldi y otros que se

atrevían á pensar y entender en literatura y artes en los últimos años del reinado del iliterato Fernando VII, en aquel bodegón con rótulo de café, que hoy es contaduría del Teatro Español; y mientras fermentaban los gérmenes de la triple revolución política, literaria y artística que debían de estallar el 33 á la muerte de aquel mal aconsejado monarca, cambiando completamente la faz de nuestra revuelta España, crecía yo encerrado en el Real Seminario de Nobles, restablecido, instalado y dirigido por los Jesuítas, en el edificio varias veces incendiado que es hoy Hospital militar. Allí estudiaba yo á revientacinchas el griego, las matemáticas, el dibujo, la música, y otras asignaturas, que, como mal aprendidas, para poco me sirvieron, y la retórica, la poética y las humanidades, que me sirvieron después para meter mucho ruido y llenar muchos libros de desatinos en verso, que me dieron tanta fama como lucro á los que me los dieron viento. Era yo un chicuelo flacucho y enclenque, con tan poca fuerza en los brazos como ánimo en el corazón, y un aire, que cogí al salir sudando de la sala de esgrima, me produjo primero unos dolores lumbales que me tuvieron bizmado muchas semanas, después una otorrea acompañada de anginas, y, por fin, una pertinaz oftalmía que obligó á mi padre á sacarme del Seminario para curarme en casa; teniendo que andar varios meses con una visera verde, que debía darme, sin duda, cierta fantástica analogía con los quinqués de barra y los velones de bronce.

Era mi padre por entonces Alcalde de casa y corte y Superintendente general de policía, por cuyo cargo habitaba el piso bajo del palacio que hoy es de los duques de Santoña, en cuyo principal tenía las oficinas de la Superintendencia. La inmediación de nuestra morada al tea-

tro del Príncipe, la circunstancia de no tener hijos ninguno de los magistrados que componían la sala de alcaldes, á que mi padre pertenecía, y la de estar á éstos encomendada la presidencia de los teatros, hizo que mi padre me enviara todas las noches al palco del magistrado que presidía; y todos sus compañeros aceptaron la presencia de aquel chico callado é inmóvil, que, acodado en la esquina del antepecho del palco-presidencial, no chistaba en toda la noche, atento siempre á la representación, ocultando sus pitarrosos ojuelos bajo la visera-pantalla con que por prescripción absoluta facultativa los conservaba resguardados.

Y he aquí el origen de mi afición al teatro y la razón de poder hoy hablar de representantes, actores y obras presentadas estrenadas en el del Príncipe, nueve, diez y más años antes de mi aparición en el mundo literario en 1837.

D. Juan Grimaldi, de raza italiana, de nacionalidad francesa y naturalizado español, hombre de perspicacia y talento privilegiados y de *savoir-faire,* oportunísimo en los negocios, se había ingerido entre los fundadores del Parnasillo, y ganado de todos la voluntad, concluyó por imponerse á todos y apoderarse del teatro que se propuso regenerar.—Entre sus viejos bastidores se encontró con Guzmán, Latorre, Luna, Caprara, Silvostri, Azcona, Fabiani, la Martín, la Llorente y la Concha Rodríguez, con quien más tarde se casó; actores todos que, encastillados en las tradiciones de la vieja escuela de Maiquez y de la Rita Luna, formaban un núcleo de compañía, de la cual vió al vuelo Grimaldi el partido que podían sacar una inteligencia y una voluntad de hierro como las suyas.—Tradujo y ensayó *La Huérfana de Bruselas, Roberto Dillón* y *El Jugador,* y otros espe-

luznadores dramas de aquel entonces, en cuya representación obligó á Carlos Latorre, como quien doma á un león, á deponer el coturno de la tragedia de *Edipo, Fingal,* etc., de cuyo clásico carácter no había querido salir. Grimaldi, en el otoño del 28, dió con el filón de *La pata de cabra,* cuyos pingües rendimientos le permitieron empezar á presentar, primero con más decoro y al fin con lujo, *La Conjuración de Venecia, El Marino Faliero* y los otros dramas que sirvieron de puente para pasar de aquella escuela de Casimir-Delavigne, todavía un tanto respetuosa con el clasicismo académico á la atrevida, innovadora y revolucionaria de Dumas y de Víctor Hugo. Mientras Grimaldi la preparaba y realizaba esta evolución, educando y transformando para ella á sus actores, pasaron seis años; en ellos Bretón y Gil y Zárate habían representado algunos dramas y comedias, de los cuales no se preocupó mucho aquel público, no interesado aún en conocer á los autores de las comedias, que sólo iba á ver como mero pasatiempo; ni á los cómicos, á quienes tenía en poco en general la gente de aquella época: pero en el 1831 logró Bretón un éxito ruidosísimo con la *Marcela,* ensayada cuidadosamente por Grimaldi, que quería bien á Bretón, y en cuya comedia, y en el papel de D. Agapito, presentó por primera vez en el teatro de Madrid á Valero, que era un muchacho de veinte á veintiún años, que andaba por los teatros desde los siete, y que contribuyó más que nadie á la primera ovación de Bretón de los Herreros. Su *Marcela* contó por cientos las representaciones, y en ellas quedaron aceptados Bretón como el primer autor de comedias, y Valero como el cómico de más porvenir y de mayores esperanzas.

Bajo la empresa, administración y dirección de Grimaldi, y diciéndolo más gráficamente, *bajo su domina-*

ción, alcanzó el teatro sus mejores años, desventuradamente pocos: en ellos puso Grimaldi *Lucrecia Borgia, Margarita de Borgoña,* todos, en fin, los atrevidos engendros de la escuela romántica; y como había contribuido no poco á que María Cristina crease el Conservatorio, se propuso reforzar, inoculando la sangre joven en su compañía de actores ya algo machuchos, y sacó de él á Julián Romea, á Matilde, presentándoles en la escena, con otros cuyos nombres mi ya casi perdida memoria se resiste á recordar. Todos ellos en manos de Grimaldi fueron materia dúctil y legión obediente, que riñeron recias batallas por el arte teatral, y le elevaron en Madrid á la altura que ya iba exigiendo la cultura é ilustración que se infiltraba en nuestra educación y ensanchaba nuestros instintos, modificando nuestras costumbres. Pero Grimaldi, harto sin duda del teatro y seguro de posición más digna con la protección de la reina Cristina, enamorado además de la Concha Rodríguez, abandonó el teatro, casándose con ella y privándonos de los dos más valiosos elementos del arte.

Emancipados los cómicos de la intransigente y sultánica, pero insustituible dirección de Grimaldi, cada cual aspiró á la supremacía artística y á sobreponerse ó á desprenderse de los demás. Julián había alcanzado con el *Glocester* de *Los Hijos de Eduardo* una ya preeminente posición: Carlos Latorre, profesor y maestro de Julián en el Conservatorio, gozaba de la categoría profesoral, y Valero, incapaz de refrenar su genial inquieto, y mal dispuesto á someter la conciencia de su valía y de su mérito individual á quien no fuera un genio superior é indiscutible, se lanzó audazmente y con el éxito más inesperado á abordar los papeles más excéntricos y arriesgados del nuevo repertorio; imponiéndose á viva fuerza

al público asombrado con el tremendo papel de Ricardo D'Arlington.

En vano aquel público, inconsciente todavía de su poder, intentó revelársele en una de sus últimas y más repugnantes escenas: Valero llevó hasta la más inadmisible exageración su trabajo escénico; hasta que, espantados, dominados y avasallados los estupefactos espectadores, se postraron vencidos: Valero salió de aquella desesperada lucha vencedor engreído y resuelto á osar á todo, saltando todas las vallas que á sus atrevimientos se le opusieran, y abordando las representaciones de caracteres y personajes más excéntricos é inverosímiles, creaciones absurdas de los cerebros calenturientos de ingenios exaltados por el frenesí del epiléptico Romanticismo. Separado ya de Latorre y de Romea, y desbordándose en todos los excesos y arrebatos del genio, hizo la tragedia, el drama, la comedia y el sainete, alardeando en todos los géneros de sus facultades excepcionales, de sus inagotables recursos, y haciendo en todos maravillas de ejecución arrebatadoras, con un aplomo, con una constancia, con una tenacidad, que alucinaron y avasallaron á sus pies á todos los públicos de provincias, y al de Madrid cuando de ellas volvió triunfante al teatro de Novedades.—Yo no le vi en él.

El Valero de aquella temporada me es totalmente desconocido; yo me había expatriado voluntariamente huyendo de mí mismo el 47, y no volví hasta el 66; pero si solo, ó con empresas de un escaso capital, hizo lo que hizo, supongo é imagino fácilmente lo que haría, en las favorables circunstancias en que se halló colocado en Novedades, en *Baltasar, El Payaso* y en las demás obras características por él escogidas ó para él preparadas.

Yo le encontré en Sevilla en Abril del 42, y en Gra-

nada en Mayo del 46, y allí me hizo ver su repertorio de entonces; en el Luis XI estaba inimitable; Ligier, el actor francés para quien se escribió, le era inferior. Aquel rey viejo, suspicaz y supersticioso era por Valero caracterizado con una filigrana de pormenores en traje, movimientos, acción y fisonomía, y con una atención y cuidado tan sin distracción, que no dejaba distraerse un instante la atención del espectador; en *Los dos preceptores*, y en *Un viejo riendo y otro llorando*, hechos con Pepe Calvo (el padre de Rafael), no había medio de contenerse, era forzoso desternillarse de risa. Á mi vuelta de América le volví á hallar sumido noche y día en un teatro de segundo orden de Barcelona, con su misma adhesión al arte y el mismo entusiasmo, representando los mismos papeles en que había derrochado su colosal ingenio, su atlético vigor y su indomable osadía; vistiéndose y desnudándose con las ventanas abiertas, lavándose con agua fría tras el calor de la representación, y exhibiéndose como en *Baltasar* con el cuello, el pecho y los brazos completamente desnudos.

Valero fué un actor que no puede ser juzgado por reglas ni medido por compás; tuvo la ventaja de tener un carácter, una figura, una manera de ejecución, propios suyos; todo era en él peculiar é individual: excéntrico, exaltado, desordenado, falto de método, pero no de observación ni de estudio; en todos sus papeles había algo culminante, siquiera fuese disparatado; y en aquellos de verdadero *galán*, en *Don Alfonso el Casto*, en *Guzmán el Bueno*, y en otras obras del género que se llamó heroico, con el cual estaban en desacuerdo su fisonomía aborbonada, su cuello corto, su voz á veces insegura y falsa, y los desplantes á que le habían inclinado *La Carcajada* y otros dramas de su calibre, siempre se hacía

tolerar, escuchar, y en todos encontraba él una situación en que dominar y hacerse aplaudir.

Valero fué actor por naturaleza, por instinto, por vocación, por convicción y por necesidad; no pudo ser otra cosa, ni vivir en otra atmósfera que en la del teatro: necesitó su lucha diaria, su afán continuo, su perpetua exaltación y su incesante trabajo; pensó y vivió persuadido de ello, que el del teatro es un arte absolutamente convencional; y que estando todo en el teatro prevenido y previsto de antemano, desde la hora justa de abrir sus puertas y levantar su telón, y convenido y aceptado que la batería y los fanales son la luz del sol, que los bastidores son los muros de un palacio ó los tabiques de una casa, las bambalinas la bóveda del cielo ó de un edificio, y el traje, el calzado, la fisonomía y hasta la camisa del actor la de un rey de Francia ó de Aragón, ó del verdugo de Pekin, sobre aquel tablado que se supone embaldosado de mármol ó alfombrado de césped, dentro de aquellas prendas de vestuario y de aquella camisa, no cabe ni puede caber nunca un ser real, sino un actor; no una persona, sino un personaje, tan convencional é imaginario como todo lo que compone una representación teatral; y que en la única región del arte, en el único sitio del mundo en donde no cabe, y con quien jura, y con quien está en completa incompatibilidad el naturalismo, es en el teatro. Por eso fué Valero un grande artista, y no renegó jamás de las convicciones que la práctica de su arte le había inspirado.

¿Quién fué Valero? ¿Con qué carácter, con qué profesión se presentó en el mundo y cruzó por él desde la cuna al sepulcro? Con la de cómico; y no habiendo sido más, y habiéndose mantenido hasta la muerte fiel á su condición en el papel que le tocaba y se había obligado

á representar, cumplió como bueno, y valió tanto como César Augusto. Conque, *¡plaudite, cives!*

Solos su confesor y Dios tienen derecho á juzgarle por su vida privada.

III.

Antes de emprender su último viaje á América, dió Valero unas cuantas representaciones en el teatro de Jovellanos para despedirse, probablemente con la esperanza de allegar unas pesetas para el viaje. Allí me asombró y me entristeció haciendo aún el *Luis XI* y *La Carcajada.*

En el segundo entreacto entré á verle : se vestía solo, no tenía fuego en su cuarto ; se vestía con tanta prisa y destreza como cuando tenía treinta años ; no quería hacer esperar el escaso público que tenía ; y yo le contemplaba, imaginándome ver, á través de su rostro arrugado, su casi desdentada boca y sus ojos casi despestañados, al D. Agapito de la *Marcela* del 1831, con su piel estirada, su boca desdeñosa y los vivarachos é inquietos ojos. Los míos se arrasaron con dos lágrimas, que me esforcé en vano en ocultarle ; y él me dijo, sin levantar los suyos de las calzas de seda que se estaba poniendo :

—No hagas caso, Pepe : tal es la vida.

Y añadió, tras una pausa que ambos necesitábamos para no llorar :

—Quiero despedirme con unos versos de los pocos morenos que me quedan fieles, y tú solo debes escribírmelos.

—¿Esta noche?—le pregunté.

—No, mañana : tú no improvisas.

—Los tendrás.

Y le mandé al día siguiente unas quintillas, no buenas, pero sentidas; cuyo borrador siento no hallar, para concluir con ellas esta carta-artículo.

Al fin de la representación de la siguiente noche las dijo con apuntador; pero no pudo concluirlas: las lágrimas sofocaron la voz en su garganta, mientras á mí me ahogaban las mías en el palco proscenio de la derecha. Volvió á mí sus nublados ojos, y yo le saludé con el pañuelo: me sonrió al retirarse; no me atreví á bajar á despedirme de él, y.... no nos volvimos á ver.

Y sin más, señor director de La España Moderna, queda de V. hasta el mes próximo, amigo y servidor, q. b. s. m.,

José Zorrilla.

LA FILOSOFÍA ALEMANA

Y LA CULTURA FILOSÓFICA MODERNA

CONSIDERACIÓN GENERAL.

No se designa, como pudiera creerse, con el nombre de Filosofía alemana, la historia de todos los pensadores de aquel país, sino el gigantesco desarrollo de la filosofía crítica y especulativa, que comienza á fines del siglo pasado con Kant y que comprende toda la evolución idealista de los más geniales sistemas filosóficos que pueda concebir el espíritu humano, para terminar á la hora presente en una situación general de las inteligencias, que, si parece á primera vista caótica, sirve, sin embargo, de base á todo pensamiento especulativo y á toda construcción científica. Cuna la filosofía alemana á fines del siglo pasado del pensamiento moderno, continúa aquel maravilloso desarrollo y florecimiento de la idea especulativa, siendo á la hora presente el germen fecundo del cual se nutre toda la cultura novísima.

Sea para aceptar sus conclusiones ó seguir sus cauces, bien sea para refutarla y afirmar el derecho á la existencia de su pensamiento, que invoca como título de su valor y cualidad la tradición, sea, finalmente, para rec-

tificarla y continuarla, siempre resulta hecho indudable que el pensamiento filosófico y la investigación científica no pueden prescindir de la filosofía alemana, que ha renovado los problemas ya puestos, que ha iniciado otros nuevos y que ha penetrado en las brumas del ser y de la vida con intentos, si siempre audaces, en ocasiones certeros.

Es digno de meditación el espectáculo que ofrece Alemania á fines del siglo pasado y comienzos del presente. Considerada desde el punto de vista político, la Alemania era una parodia de Estado. Después de la marcha victoriosa de Napoleón I, no quedaba vestigio de la antigua unión nacional, y la palabra «Alemania» se convertía en manzana de discordia para el Diccionario y para la Geografía. Á un pasado tan glorioso como lejano, y por lo mismo casi olvidado, «el del santo Imperio Romano-germánico» había sustituido un presente incierto y sombrío, en el cual irónicamente se preguntaba: ¿Dónde está el país de los alemanes?

En el fondo de este organismo social disperso germinaba un gran movimiento intelectual, precursor de un poder político, que no tardó en consagrar la fuerza, cuyas obras, aunque á veces deleznables, persisten cuando sirven á fines más altos. No llamaba la atención de los poderosos este hervor de vida interior, porque coincidía con una decadencia siempre creciente del poder político. Y, sin embargo, preparaba aquella *ciudad ideal*, que en su tiempo soñaran Gœthe y Schiller como base de la regeneración futura de la Nación alemana. El despertar del genio literario á mitad del siglo pasado, en lo que se llamó *Sturm und Drangperiode*, preparó el de la filosofía y comenzó por poner en tela de juicio las nociones tradicionales y las antiguas fórmulas escolásticas, creó nue-

vos sistemas y se dejó llevar por los excesos de la especulación idealista á audacias que apenas se conciben, á no considerarlas en el engrane sucesivo de la evolución lógica del pensamiento.

Al presente, en el momento que corre, el pensamiento filosófico y el científico, si necesitados de una reconstrucción ideal, se hallan dominados por una tendencia absorbente del empirismo, recogiendo hechos y organizándolos en series. Pero el desvío que filósofos y científicos muestran de la especulación no es capaz de borrar el abolengo glorioso, que deben á lo que ha sido y seguirá siendo el *pan espiritual* de todas las inteligencias, la filosofía alemana, de la cual han tomado (claro está que para confirmarlas y enriquecerlas) las teorías modernas, la de la posición crítica del pensamiento, la de la evolución (que es el devenir hegeliano), la del transformismo (que es la fuerza ó energía dinámica de la idea) y tantas otras. Tiene, pues, un interés de actualidad el estudio del desarrollo de la filosofía alemana y la consideración del lastre y sedimento que, como materia laborable, ha dejado esta filosofía en la cultura novísima, toda ella influida, aun en nuestra patria, por la especulación germánica. Afortunadamente abundan las fuentes para el conocimiento de la filosofía alemana, y entre las muchas obras (algunas verdaderamente clásicas) que de ella se ocupan, casi hay necesidad de establecer una cierta *selección intelectual* para discernir lo que hay de utilizable y lo que no excede de un alcance exclusivamente erudito. Como consulta y guía de este estudio, hemos tenido á la vista : Wilm, *Histoire de la Philosophie allemande depuis Kant jusqu'à Hegel;* Rémusat, *De la Philosophie allemande;* Ch. L. Michelet, *Histoire des derniers systèmes de la Philosophie en Allemagne depuis Kant*

jusqu'à Hegel; KUNO FISCHER, *Histoire de la Philosophie moderne,* y ZELLER, *Histoire de la Philosophie allemande depuis Leibnitz.*

En nuestra patria ha publicado Sanz del Río algunos estudios sueltos, y aun creemos que dejó inéditos varios acerca de los grandes maestros del idealismo alemán; además, Moreno Nieto dió unas conferencias en el Ateneo de Madrid sobre la Filosofía europea, en las cuales hizo un detenido examen del sistema de Hegel. De Kant y de Krause ha tratado con el humorismo serio que caracteriza todos sus escritos el Sr. Valera, cuyo gusto literario no es óbice para una gran perspicuidad de juicio. Del estado de la Filosofía contemporánea en Alemania da cuenta el Sr. Perojo en su libro *Movimiento intelectual en Alemania.* En la *Revista Europea,* en la *Revista Contemporánea* y en la *de España,* se hallan trabajos de distintos autores, en los cuales de referencia ó por examen directo se exponen y aun critican las obras de los grandes filósofos alemanes. Por último, la obra clásica, la que podrá llegar á considerarse como un monumento literario, es la que tiene en publicación, comenzando por Kant, *Bruno Erdmann.* La abundante literatura que se puede fácilmente recoger sobre este punto concreto procede de que, efecto de un exagerado criticismo, se estudia hoy en Alemania y en algunos otros países la Filosofía en su historia y aun las ciencias en su desarrollo como base para iniciar construcciones doctrinales de más ó menos alcance.

PROBLEMA FUNDAMENTAL DEL KANTISMO.

Inauguró Kant en Alemania la época de renovación de la Filosofía, constituyéndose, no por entusiasmo del momento, sino merced á una vida laboriosa, en padre de la

crítica como Aristóteles lo fué de la Lógica. Apenas si la Filosofía especulativa había salido de los cauces que le señalara Aristóteles, y que, comentados y distintamente interpretados, habían servido de norma constante á la misma Filosofía de Descartes; mientras que Kant, recogiendo los términos y la posición del problema mismo como los dejara iniciados Aristóteles, y aun aceptando la tradicional distinción de la materia y de la forma en el conocimiento, examinó la cuestión desde nuevos puntos de vista, que sirvieron del modo que hemos de ir notando para el progreso del pensamiento. Dió Kant á la Filosofía con sus tres Críticas (1) una base enteramente nueva, é imprimió al pensamiento filosófico una dirección que no había tenido hasta entonces, y que apenas si se podía presentir, efecto del formalismo escolástico, en el cual venía encerrado.

No es una labor la de Kant, hija de intuiciones geniales ó de adivinación súbita, sino reflexiva y meditada, y con precedentes bien precisos. La lenta preparación de esta obra de Kant tiene sus comienzos en el dogmatismo de Wolf, en el empirismo de Locke, en el idealismo de Descartes y de Berkeley, y principalmente en el escepticismo de Hume, que, como el mismo Kant afirma, hubo de despertarle de «su sueño dogmático».

Antecedentes aún más complexos recoge Kant en su educación filosófica (2), condensando de esta suerte en su pensamiento los errores contrapuestos en que respectivamente habían ya caído el empirismo y el idealismo. Ante ellos se pone Kant como primer problema, cual propedéutica inexcusable para todo el que quiere filosofar

(1) *Crítica de la Razón pura*, *Crítica de la Razón práctica* y *Crítica del Juicio*.

(2) V. NOLEN: *Les Maîtres de Kant*, *Revue Philosophique*, tomos VII y VIII.

seriamente, el de una teoría (examen crítico) del conocimiento como precedente de la construcción de todo sistema filosófico.

Según afirma Kirchmann, contra todo dogmatismo tendrá siempre valor incontrovertible la filosofía crítica, declarando que la teoría del conocimiento es la base de toda doctrina filosófica. Fué, en efecto, Kant el primero que encontró la palabra del enigma, cuando afirmó en su *Crítica de la Razón pura,* que todo conocimiento supone el concurso de dos factores : la receptividad de los sentidos y la actividad del entendimiento. Desde 1769 á 1778, época la primera de la aparición de su *Crítica de la Razón pura,* y fecha la segunda en que dió á luz su *Crítica del Juicio,* ya precedida de la publicación de la *Crítica de la Razón práctica,* Kant venía ocupado y preocupado con el problema formulado por Hume (1), y estudiando con una diligencia y perspicacia admirable el conocimiento.

Bien palpables son las razones que justifican la importancia de Kant. Como iniciador de la filosofía novísima y como pensador, del cual necesariamente tiene que proceder toda la reflexión contemporánea, es Kant el filósofo cuyo conocimiento más interesa á los hijos del siglo XIX. Así lo han comprendido Vacherot (2) afirmando que «toda filosofía anterior á Kant tiene, después de la »aparición de éste, un valor meramente histórico». Humboldt, que decía «no sé lo que subsistirá de la obra propia »de Kant, pero seguramente lo que no subsistirá es lo »que él ha destruido», y Schopenhauer (3), que asegura »que el efecto de las obras de Kant para un espíritu que se »penetra de su sentido es semejante al de la operación

(1) ¿Cómo es posible establecer *a priori* el lazo de la causalidad?
(2) V. *La Metaphisique et la Science. Préface.*
(3) V. *Le Monde comme Volonté et comme Répresentation. Préface.*

»de las cataratas», y añade (1), «que la doctrina de Kant, »bien comprendida, produce en todo espíritu un cambio »de ideas tan radical, que equivale á una verdadera re»novación intelectual, librando del realismo instintivo »que parece ser el destino primitivo de la inteligencia, »realismo infantil é ingenuo, propio del niño y del sal»vaje, y que para todo podrá servir menos para filosofar».

Revolución filosófica la de Kant, muy semejante á la llevada á cabo por Copérnico en la Astronomía, explica que no se agita hoy problema ninguno ante la indagación filosófica, ó en la organización de las ciencias, que no inquiera con diligencia suma abolengo y referencia á la doctrina del severo pensador de Kœnisberg. Si se exceptúa la literatura de Gœthe en Alemania y la dantesca en Italia, quizá no exista personalidad en la esfera de la cultura humana que dé materia para más delicados y prolijos estudios que Kant, cuyos críticos y comentadores constituyen legión. Excede á todos ellos, sin exceptuar á Zeller y á Kuno Fischer, en el estudio de Kant y de sus obras, Bruno Erdmann, que viene ya largos años ocupado en la gloriosa empresa de editar, con crítica exegética de textos, palabras, notas y comprobantes, todas las obras de Kant, sin abandonar por la erudición el trabajo de profundizar el sentido especulativo del gran filósofo. Barni y Tisot en Francia y otros ilustres pensadores en Italia é Inglaterra estudian con perspicuidad excesiva el pensamiento siempre fecundo del fundador de la crítica.

En nuestro país, Rey y Heredia, durante el largo período de su vida consagrado á la enseñanza, y en los estimables libros que para su servicio dió á luz (2), fué un concienzudo expositor de la doctrina kantiana. Partida-

(1) L. c. *Préface de la Deuxième edition.*
(2) V. *Lógica y Ética.*

rio de ella, sobre todo en su última evolución, la llamada neo-kantismo, fué el malogrado Revilla, y ha sido, y aún es, propagador de las mismas ideas del Sr. Perojo (1). El que fué ilustre profesor de metafísica de la Universidad de Barcelona, Lloréns, aunque educado preferentemente en la filosofía escocesa, matizaba sus explicaciones y sus escritos con los pensamientos más corrientes y usuales en la doctrina kantiana.

Ni unos ni otros exageran la importancia y el alcance que debe concederse al kantismo, porque el pensador de Kœnisberg analiza discreta y profundamente, mejor que se había hecho hasta entonces, el conocimiento; distingue en él la materia de la forma, y sobre la distinción de una y otra deja implícita y latente, en el fondo de su análisis, la exigencia ineludible de mostrar la objetividad del conocimiento por obra y virtud de la realidad de lo conocido.

Tal es, en realidad, el problema fundamental de toda la filosofía alemana desde Kant, *el problema crítico,* del cual son después derivaciones más ó menos ordenadas y consecuencias lógicas en su proceso las audacias especu lativas de todos los sistemas filosóficos que constituyen el portentoso movimiento llamado idealismo alemán. No nos parece, por tanto, admisible la tesis desenvuelta por Harms (2) acerca del sentido de la filosofía alemana, y menos la división que de ella hace. Atribuye el profesor Harms á la filosofía alemana como principal objetivo «fundar y desenvolver la concepción moral é histórica del universo, de acuerdo y como complemento con la concepción física, que había degenerado en naturalismo en la filosofía anterior á Kant», y la divide en cuatro

(1) V. *Ensayos sobre el movimiento intelectual en Alemania.*
(2) V. F. Harms : *Die Philosophie seit Kant.* Berlín, 1876.

períodos: comienzos (Lessing, Herder y Jacobi), fundación (Kant), desarrollo (idealismo ético de Fichte, idealismo físico de Schelling é idealismo lógico de Hegel) y limitación como reacción contra el idealismo (Herbart y Schopenhauer). Aunque es cierto que la filosofía alemana exagera la integridad de sus doctrinas morales (de tal suerte que se llama á Kant el estoico moderno), ante todo y sobre todo es lógica y crítica, y á la solución del problema del conocimiento encamina todos sus esfuerzos, y de tal solución dimana luego lo específico y propio de cada concepción general y metafísica.

Kant llega á las siguientes conclusiones: 1.ª, el espacio y el tiempo no son conceptos, sino formas de la sensibilidad; 2.ª, estas formas, lo mismo que los conceptos del entendimiento, son *a priori*; 3.ª, el conocimiento sensible nos hace conocer las cosas como aparecen, no como son; 4.ª, el conocimiento racional nos hace conocer las cosas como son. Las tres conclusiones primeras son el núcleo de la crítica de la razón pura y la base de todo criticismo; constituyen la parte más valiosa (la menos dogmática) de la doctrina kantiana, y son y seguirán siendo el punto de partida de todo pensamiento filosófico, emancipado de trabas extrañas. La última es el fundamento de la *Crítica de la Razón práctica* y del idealismo dogmático.

Se pregunta después Kant: ¿cómo conforman los objetos con los conceptos de la razón?, y se contesta (dada la imposibilidad (1) de los juicios sintéticos *a priori*), que los conceptos no nos ofrecen la menor noción del objeto en sí (el noumenos es incognoscible) y que se aplican sólo á la intuición sensible (al conocimiento del fenómeno

(1) V. *Crítica del Juicio.*

ó de la apariencia). Para Kant, pues, «toda la verdad está en la experiencia» y el noumenos se reduce á un postulado ó exigencia de la razón. Pero este idealismo, aunque formal ó crítico, cual compás de espera que impone la ley de la circunspección científica, es trascendental en la Crítica de la Razón pura, en cuanto supone la existencia de las cosas en sí (de los noumenos) fuera de toda duda, y expresa únicamente una manera de concebir la realidad de los fenómenos.

Es, pues, el problema en Kant problema puesto, que no resuelto, lo cual explica: 1.º, que toda la filosofía alemana (y aun la novísima, la actual) arranque del kantismo, y después que yerre capitalmente el empirismo, cuando da por resuelto el problema crítico, haciendo figurar á Kant como el primero entre los pensadores partidarios exclusivos de la experiencia, sin tener en cuenta que no pone nunca en cuestión la existencia (para él innegable, de hecho) de los conceptos de razón.

Bien es verdad que contribuye en parte á esta diversidad de interpretaciones de su doctrina el mismo Kant. La idea madre de la filosofía kantiana consiste en precisar la parte que toma el espíritu en la formación del conocimiento, y en no conceder á las formas *a priori* del pensamiento ningún valor teórico fuera de la experiencia sensible. De este modo rompe con todo el dogmatismo filosófico del pasado, y abre al pensamiento caminos nuevos; pero el gran pecado de Kant está en que él mismo ha comprometido el éxito de la revolución que la doctrina crítica debía producir en los hábitos seculares de la especulación filosófica por las oscuridades y aun contradicciones de ideas, susceptibles de muy distinta interpretación, y por los violentos é ininteligibles giros de lenguaje que ofrecen sus obras.

La forma dificultosa del lenguaje de Kant mereció de Schiller el calificativo de «estilo de cancillería filosófica». Se refiere también que, preguntando un día Kant á un amigo suyo, consejero de Hacienda y hombre de negocios, si había sentido alguna vez deseo de leer sus libros, le contestó: «Sí, y los leería con más frecuencia si no me faltaran los dedos; porque vuestro estilo es tan abundante en condicionales y paréntesis, que no puedo seguirlos con la vista. Coloco un dedo sobre una palabra, después el segundo y el tercero, y antes de volver la página, todos mis dedos están ya ocupados».

Las declaraciones inciertas de Kant acerca de la existencia y naturaleza de la cosa en sí (el noumeno), que á veces es reconocida como real para ser después negada (1), pueden interpretarse en el sentido del más puro fenomenalismo (Kant, padre del empirismo positivista), en el del más completo idealismo (que es la primera manifestación que ha revestido) y en el del realismo absoluto ó metafísica empírica, que comienza con Herbart, sigue después con Schopenhauer y se desarrolla en todo el movimiento crítico del neo-kantismo actual. Más perceptible aún es esta contradicción y vaguedad en la consecuencia inmediata de la crítica de la razón práctica, ó sea en la doctrina moral, hija en Kant de un dogmatismo completo, según ha probado de modo indudable Fouillée (2) al decir que es Kant el más sublime «y el último de los Padres de la Iglesia» por el carácter dogmático de su doctrina moral. De ella y de su carácter participan todos los que se inspiran en el kantismo, á pesar de la pretendida libertad de su metafísica crítica, reducida al ex-

(1) V. Bruno Erdmann, Immanuel Kant: *Prolegomena zu einer jeden Kunftigen Metaphisik:* Leipzig, 1878.

(2) V. Fouillée: *Critique des Systèmes de Morale contemporains:* París, 1883.

cepticismo especulativo y á la restitución de la creencia dogmática de lo especulativo por lo que toca á la realidad y á la práctica.

Desvanecida por el esplendor de los horizontes que entreviera con los nuevos puntos de vista descubiertos por Kant, la especulación se elevó á la solución del problema íntegro de la realidad. Cual si vara mágica hubiera fecundado el campo de la filosofía, brotaban sistemas filosóficos hechos de una pieza y totalmente formados. Aún vivía Kant cuando su discípulo Reinhold reformaba á su modo la filosofía crítica, y ganaba para ella adeptos como Schiller, que aplicaba el kantismo á la crítica histórica y á la estética, y Humboldt, que refería los nuevos principios á la concepción general del mundo natural. Á la vez que Fichte llevaba la doctrina del maestro á un idealismo exaltado, declarando principio de toda realidad el sujeto, Schelling procuraba resolver el mismo problema mediante la identidad del sujeto con el objeto. No había hecho más que esbozar su pensamiento Schelling, y ya comenzaba Hegel á delinear siluetas de aquella su portentosa concepción del *panlogismo*. Schleiermacher, Krause y otros mil seguían los derroteros indicados por estos grandes maestros del pensamiento nuevo, é introducían ligeras variantes en el resultado general de esta nunca bien estimada evolución del pensamiento humano.

Parecía revivir el antiguo sentido artístico y filosófico del pueblo helénico, hasta con la singular coincidencia de que del mismo modo que los filósofos atenienses conservaban dejo simpático y reminiscencias acentuadas de la filosofía india, estos nuevos pensadores, por tradición de raza, mostraban que el pedúnculo y raíz de sus doctrinas tenían entronque latente con la filosofía aria. Se

efectuaba á fines del siglo pasado y comienzos del actual el renacimiento clásico en la esfera especulativa y teórica, al modo que se había llevado á cabo en la artística á fines del siglo xv. Espíritus y corazones se veían dominados por la embriagadora ilusión de que se abría de una vez para siempre el libro de los misterios.

Hallábase, además, favorablemente dispuesto el terreno para que germinasen y fructificasen la doctrina de Kant y el idealismo que de ella derivara, porque los alemanes, ajenos á todo movimiento político, concentrados en sí mismos, educados por sus más grandes poetas en la doctrina de lo ideal, precisaban de momento probar que «lo más real es ver visiones», como lenitivo al espectáculo desconsolador que les rodeaba, dado su estado político-social. Nuevos Boecios, que recurrían al pensamiento para exigirle el consuelo del alma, tendían por carácter, educación y exigencias del tiempo á un idealismo vago y vaporoso que, tocado del encanto poético del misterio, trajera á la vida algo semejante á la intervención de la Pitonisa griega. No era aún llegada la hora del desencanto; si germinaba, no crecía el pesimismo que más tarde había de ser la mostaza ó aperitivo de todas las inteligencias *d'élite*.

Este movimiento idealista, que hacía concebir tan grandes esperanzas á los que en él tomaron parte, y que, por no ofrecer peligros de momento al orden existente, obtuvo los favores de lo alto (ejemplo Hegel), ofrecía, sin embargo, un riesgo inminente para el progreso positivo de la ciencia y de la especulación, riesgo que se salvó merced á que la reacción consiguiente volvió su certera mirada al problema capital y á los términos en que primitivamente lo formulara Kant. Pero antes de esta reacción fielmente representada por el neo-kantismo, y en Fran-

cia por el criticismo de Renouvier, Pillon y otros, el delirio filosófico-especulativo, sobreexcitado por el romanticismo que privaba en el arte, invadió el pensamiento hasta límites rayanos en el vértigo. Como voces que claman en el desierto, se perdían, sin producir eco, las protestas certeras, por lo intuitivas, de Gœthe, y exactas, por lo reflexivas, de Herbart y otros en pro de un realismo que sirviera de preservativo contra el soñar contagioso del idealismo alemán.

Antes de estudiar cómo se engendra la diversidad de sus manifestaciones en la evolución seguida á partir de Kant, citemos brevemente (para no olvidar ninguno de los factores que juegan papel más ó menos importante en este gran movimiento intelectual de Alemania, y del cual ha de participar necesariamente el pensamiento secularizado de todos los pueblos cultos) la que pudiéramos llamar dirección *antikantiana,* que, si queda por el momento relegada del impulso general que sigue el idealismo, sirve más tarde para incorporar su sentido á la *Crítica religiosa,* empresa perseguida por la cultura alemana con un tesón superior á todo encomio y realizada en parte al lado de la dirección puramente especulativa del pensamiento.

Hammann, Herder y Jacobi pretenden recoger el lastre y sedimento de la *perennis philosophia* de que habla Leibnitz para oponerse al rigorismo lógico de la crítica kantiana. La espontaneidad, la intuición, el sentimiento, la fe y la revelación inmediata en la conciencia humana, constituyen una suma de elementos, que Jacobi, jefe de esta escuela, presenta como protesta de hecho contra el escepticismo kantiano. Pero esta filosofía del sentido común, útil y aprovechable para una crítica negativa cuando pone de manifiesto, en toda su crudeza, el absurdo

de las especulaciones ideales, es impotente para determinar progresos positivos en el pensamiento; antes bien, ella los recoge como desprendimiento y resultante de los demás sistemas filosóficos. Rama desgajada del árbol frondoso del pensamiento alemán, apenas si la filosofía de Jacobi produce eco alguno en esta serie de evoluciones que proceden de la crítica kantiana. Sigue ésta contra la protesta de Jacobi, penetrando en libros teorías y ciencias particulares con formas más claras y precisas, y expuesta en lenguaje más claro y accesible á todas las inteligencias, merced á los esfuerzos de propaganda llevados á cabo por Schultz, Reinold, Beck, Abich, Boutterwech, Krug y otros muchos.

Formulado el problema kantiano en los términos que dejamos expuestos, é indicada la solución escéptico-idealista por el propio Kant, pero siempre dentro del terreno especulativo, la especulación pura es la que ha de comenzar agotando todas las soluciones posibles de la fórmula kantiana con el idealismo para llegar al término de su evolución en demanda de los auxilios de la experiencia y del análisis.

U. González Serrano.

(Continuará.)

PALABRERÍA

Al Excmo. Sr. D. Juan Valera, de la Real Academia Española, etc., etc.

EN MADRID.

Mi querido D. Juan: Allá van estos renglones, por si V. tiene voluntad y tiempo de repasarlos en algún rato perdido. Trátase en ellos asunto de cortísimo ó de grandísimo interés, y me atrevo á nombrar á V. jurado y tribunal supremo para que le conceda ó niegue el *exequatur*. En el primer caso, podrán subir las gradas de la Real Academia Española, y en el segundo, descender al sitio que V. destine á los papeles inútiles.

Vea V., en primer lugar, las observaciones que me ocurren sobre algunos artículos de la duodécima edición del Diccionario académico:

AMIGO. — Creo que á su definición debe agregarse: «Dictado con que se trata á un inferior, aun cuando no se tenga amistad con él».

Gaspar de Texeda, en su *Estilo de escreuir cartas mensajeras* (1549), dice que la cortesía de señor á vasallos es *especiales amigos*.

La carta de D. Álvaro de Luna (1425) á los oidores del Consejo del Rey, recomendándoles cierto asunto, empieza con las palabras *oidores amigos*.

Las de D. Juan de Guzmán, primer duque de Medina Sidonia, dirigidas á Bartolomé de Basurto, alcaide de dicha villa (1460 á 1463), comienzan con *alcayde amigo*.

Buen amigo nombró D. Quijote al labrador del Toboso, á quien preguntó por los palacios de la princesa Doña Dulcinea.

Sancho amigo dijo el Duque á Sancho Panza cuando le concedió el gobierno de la Barataria, y *vuestro amigo* se firmó en la carta del 16 de Agosto, avisándole el furioso asalto que habían de dar una noche á la ínsula.

Amiga Teresa llama la Duquesa á la mujer de Sancho en la misiva con que le envió la sarta de corales con extremos de oro.

Me parece que ni D. Álvaro de Luna, ni D. Juan de Guzmán, ni D. Quijote, ni el Duque, ni la Duquesa, eran *amigos,* en el sentido que explica el Diccionario, de los oidores, ni del alcaide, ni del labrador del Toboso, ni de Sancho, ni de Teresa Panza.

Otra prueba muy reciente de que la dicha voz sigue usándose como tratamiento cariñoso de superior á inferior, y no como derivación de *amistad,* se halla en la carta dirigida por S. M. la Reina regente de España Doña María Cristina, en 25 de Octubre de 1890, al Cardenal Benavides, arzobispo de Zaragoza, y en la cual le nombra *caro y amado amigo*. Aquí el *amigo* se asemeja al *primo* con que los Reyes tratan en documentos oficiales á los Grandes de España. Dichos dictados no llegan á ser recíprocos, pues ni los Grandes nombran *primo* al Rey, ni el Cardenal llamará *amiga* á S. M. la Reina.

ANISADO.—Aguardiente anisado.

Esto apunta el Diccionario, y entiendo que para excusar la entrada de lo definido en la definición, convendría decir: «Aguardiente con espíritu de anís».

APLOMO.—Creo que esta voz debiera apuntarla el léxico en el sentido de *serenidad, calma, sosiego.*

BARBECHO.—Según D. Fermín Caballero, no proviene del latín, sino del italiano llamado *Barbo,* que ideó dicho método de cultivo en el siglo XIV.

CORREO.—El *Diccionario de Jurisprudencia* de Escriche, y la *Enciclopedia de Derecho* de Arrazola, lo definen así:

«Establecimiento público que tiene el derecho exclusivo de hacer pasar de unos puntos á otros los pliegos y cartas del Gobierno y de los particulares por cierto precio correspondiente á las distancias y al cuidado que exige tan importante servicio.

»Servicio aplicado al transporte con regularidad, seguridad y demás ventajas que las leyes y disposiciones superiores establecen, de la correspondencia oficial y del público ó de los particulares, ya interior, ya internacional.»

Creo que el Diccionario, ya que no define la voz *correo* en dicho sentido, pudiera agregar en el asiento correspondiente estas ó parecidas palabras: «Sistema, organismo y método que tiene cada país para la distribu-

ción de la correspondencia.—*El correo inglés es mejor que el ruso: tengo confianza en el correo*».

CRUZ. —Es general la costumbre de recordar con este signo la muerte de las personas. Galanamente se explica el motivo en el precioso drama de Eulogio Florentino Sanz intitulado *Don Francisco de Quevedo*, donde se lee lo que sigue:

Escuchad con atención:
Siempre que es muerto un cristiano
Al golpe de ajena mano
Sin hacer su confesión;
Los vivos, que en la infinita
Bondad esperan con fe,
Donde el hombre muerto fué
Clavan una *cruz* bendita.
.....Y esa *cruz* santa
Lúgubre allí se levanta,
Para repetir á todos:
—Por tragedia tan cruel
Del cielo invocando el nombre,—
Aquí mataron á un hombre....
Rogad al cielo por él.

En el famoso periódico *El Padre Cobos* (Madrid, 15 Mayo 1855), se dice:

«Cuando el Sr. Madoz abre los brazos en un arranque de exaltación patriótica, es una *cruz* que indica que la Hacienda pública ha fallecido.»

Al pie de los retratos se ponen frecuentemente leyendas que rezan: *D. Fulano de Tal; 1810 † 1880*, lo cual quiere decir que dicho sujeto nació en 1810 y falleció en 1880.

En la página 16 de la duodécima edición del Diccionario de la Academia hay *diez cruces* precediendo á otros

tantos nombres. Y si tales signos expresan muerte, ¿por qué no se explica así en el vocablo *cruz,* ó bien en las listas de abreviaturas que se insertan en las páginas XVII y 1120 del citado léxico? No se me alcanza el motivo, pero sin duda lo habrá.

FUNGIBLES *(bienes).*—El Diccionario omite semejante locución. El *Código Civil* de España (1889), en su artículo 337, los define así: «Aquellos de que no puede hacerse el uso adecuado á su naturaleza sin que se consuman».

GAÉLICO. — «Perteneciente á la lengua céltica ó á sus dialectos.» Juzgo indispensable esta ú otra mejor definición, porque el mismo Diccionario usa el vocablo al señalar las etimologías de varias palabras, y, además, para que nadie pueda cambiarla ó equivocarla con sus parónimas *galaico* y *gálico.*

INTRANSMISIBLE.—Falta este adjetivo á pesar de usarse generalmente, y con preferencia á *intransferible,* en documentos del Banco de España y en invitaciones de la mayordomía mayor para asistir á fiestas celebradas en el Palacio Real de Madrid, y ser vocablo que lo admite fácilmente el idioma castellano con ó sin permiso de la Academia.

MEDINENSE.—«Natural de Medina. Perteneciente á cualquiera de las poblaciones así llamadas.»

Esto dice el Diccionario. En buen hora que por su desinencia latina se diga *hispalense, matritense, complutense*, etc. Pero como la voz *Medina* nada tiene de romana, creo que basta con *medinés*, siguiendo el ejemplo de *cordobés* y *barcelonés*, á quien nadie llama *cordobense* ni *barcelonense*.

SIMÓN.—El recuerdo etimológico anotado en el Diccionario pudiera ampliarse, diciendo: «De *Simón González*, nombre del primer alquilador de coches de Madrid en el reinado de Fernando VI».

SINVERGÜENZA.—Falto de vergüenza, indecente, indecoroso.

SINVERGONZÓN, NA.—Aumentativo de sinvergüenza.

Creo que *sinvergüenza* debe ser una palabra, y no locución compuesta de dos, según apunta el Diccionario. *Sin vergüenza* explica una idea, y el sustantivo *sinvergüenza* otra muy diversa. La niña, v. g., comió, cantó y bailó *sin vergüenza* delante de los huéspedes. El camarero de la fonda era un *sinvergüenza*.

TRAGAFEES.—Así escribe esta palabra el Diccionario, y entiendo que, según las reglas de la gramática, debiera decir *tragafés*.

Terminadas las papeletas, pasemos á otro punto más

fútil aún que el anterior. Yo tuve excelente amistad con el sabio filólogo, con José Ruiz León (q. e. p. d.), y soy uno de los fervientes admiradores de su *Inventario* (VERBOS) *de la lengua castellana,* libro notable y el único en su género que, según creo, se haya publicado en España.

La muerte impidió al autor completar su obra con el índice de nombres y adverbios, y con otros importantes trabajos lingüísticos y gramaticales que se proponía publicar. Entre ellos figuraba la lista de las palabras de que se habían valido los principales clásicos para escribir cada una de sus obras. De este modo, y siguiendo el ejemplo de lo que acontece en Alemania é Inglaterra con sus más notables escritores, sabríamos el número de vocablos que usaron Solís, Mariana, Melo, Hurtado, Santa Teresa, etc., y podíamos avalorar con facilidad tanto la riqueza de la lengua como el mayor ó menor laconismo de cada autor.

Prestaba yo á Ruiz León todo el auxilio que mis fuerzas permitían, con un trabajo puramente mecánico, parecido al del mozo que lleva el nivel y los jalones del ingeniero. Poco á poco iba reuniendo por orden alfabético los nombres, verbos y adverbios que habían empleado Larra, Cervantes y Fr. Luis de Granada, que, por ser escritores de mi singular afecto, me molestaban menos que otros en la pacienzuda faena de releerlos para inventariar sus palabras.

También comencé á formar lista de los sustantivos y adjetivos que denotan malas cualidades físicas, morales é intelectuales, y dicho principio de catálogo es el que copio en esta misiva, porque algunas personas han manifestado pena de que se pierda (aun cuando nada se perdería en ello) semejante átomo de filología. Ármese V. de ligereza, y pase en dos saltos las siguientes páginas:

ABRUTADO.—Que en cierto modo parece bruto, ó tiene algo de bruto.
ADEFESIO.—Persona ridícula ó extravagantemente vestida.
AGRESTE.—Rudo, tosco, grosero, falto de urbanidad.
AGUACHIRLE.—Persona ó cosa baladí, insustancial, sin importancia alguna.
ALBOROTAPUEBLOS.—Alborotador tumultuario.
ALCORNOQUE.—Persona ignorante y zafia.
ALOCADO.—Que tiene cosas de loco, ó parece loco.
ANDRAJO.—Persona ó cosa muy despreciable.
ANIMAL.—Dícese de la persona incapaz ó muy ignorante.
APOCADO.—Vil ó de baja condición.
ARLEQUÍN.—Persona informal, ridícula y despreciable.
ASNO.—Persona ruda y de muy poco entendimiento.
ÁSPERO.—Riguroso, rígido, austero, contrario á la afabilidad ó suavidad.
ASTUTO.—Agudo, hábil para engañar ó evitar el engaño, ó para lograr artificiosamente cualquier fin.
AVECHUCHO.—Sujeto despreciable por su figura ó costumbres.
AVINAGRADO.—De condición acre y áspera.

BABANCA.—Persona boba.
BABIECA.—Hombre desvaído, flojo y bobo.
BACÍN.—Hombre despreciable por sus acciones.
BACHILLER.—Persona que habla mucho y fuera de propósito sin oportunidad.
BADULAQUE.—Persona de poca razón y fundamento.
BALADÍ.—De poca sustancia y aprecio.
BALADRÓN.—Fanfarrón y hablador, que siendo cobarde blasona de valiente.
BALDÍO.—Vagamundo, perdido y sin ocupación ni oficio. (Aun cuando el Diccionario usa aquí la palabra VAGAMUNDO, la que admite el léxico es VAGABUNDO.)
BAMBOLLERO.—Persona que gasta mucha bambolla.
BARATADOR.—Enbustero, engañador.
BÁRBARO.—Inculto, grosero, tosco.
BARRABÁS.—Persona mala, traviesa, díscola.
BASTO.—Persona rústica, tosca ó grosera.
BAUSÁN.—Persona boba, simple, necia.
BELITRE.—Pícaro, ruin y de viles costumbres.

BELLACO.—Malo, pícaro, ruin.
BENDITO.—Sencillo y de pocos alcances.
BERGANTE.—Pícaro sin vergüenza.
BESTIA.—Persona ruda é ignorante.
BICHO.—Persona de figura ridícula.
BIGARDO.—Vago, vicioso.
BLANCOTE.—Cobarde.
BLANDO.—Cobarde.
BOBO.—De muy corto entendimiento y capacidad.
BOCÓN.—Que habla mucho y echa bravatas.
BODOQUE.—Persona de cortos alcances.
BOLO.—Hombre ignorante y de cortas luces.
BOLONIO.—Necio, ignorante.
BONACHÓN.—Que todo se lo cree sin examen ni crítica.
BOQUIRRUBIO.—Mozalbete presumido de lindo y de enamorado.
BORRICO.—Hombre necio.
BOTARATE.—Hombre alborotado y de poco juicio.
BRAVATERO.—Guapo que echa bravatas y fieros.
BRAVATO.—Que ostenta baladronería y descaro.
BRAVÍO.—El que tiene costumbres rústicas por falta de buena educación ó del trato de gentes.
BRAVONEL.—Fanfarrón.
BRAVOTE.—Fanfarrón ó matón.
BRAVUCÓN.—Esforzado sólo en la apariencia.
BRIBIÓN.—El que halaga con buenas palabras para engañar.
BRIBÓN.—Pícaro, bellaco.
BRUTO.—Necio, incapaz, estólido.
BUENA PIEZA.—Persona muy astuta, bellaco ó de malas propiedades.
BUENO.—Demasiadamente sencillo.
BUFÓN.—Chocarrero.
BURDO.—Tosco, basto, grosero.
BUSCARRUIDOS.—Persona inquieta, provocativa, que anda moviendo alborotos, pendencias y discordias.
BUSCÓN.—Que hurta rateramente, ó estafa con malicia y socaliña.

CABEZA DE CHORLITO.—Persona de poco juicio.
CACO.—Ladrón que roba con destreza.—Hombre muy tímido, cobarde y de poca resolución.

CACHICÁN.—Hombre astuto, diestro.
CACHIVACHE.—Hombre ridículo, embustero é inútil.
CAGADO.—Que es para poco y sin espíritu.
CAGÓN.—Dícese de la persona muy medrosa y cobarde.
CALABAZA.—Persona inepta y muy ignorante.
CALANDRAJO.—Persona ridícula y despreciable.
CALAVERA.—Hombre de poco juicio y asiento.
CALZONAZOS.—Hombre muy flojo y condescendiente.
CAMALEÓN.—Persona que, á impulsos del favor ó del interés, muda con facilidad de pareceres ó doctrinas.
CAMANDULERO.—Hipócrita, embustero y bellaco.
CAMASQUINCE.—Persona que se entromete en lo que no le importa.
CAMASTRÓN.—Persona disimulada y doble que espera oportunidad para hacer ó dejar de hacer las cosas, según le conviene.
CAMORRISTA.—El que por leves causas arma camorras y pendencias.
CAMUESO.—Hombre muy necio é ignorante.
CANSADO.—Que cansa ó molesta con su trato ó conversación.
CAPCIOSO.—Artificioso, engañoso.
CAPIGORRÓN.—Ocioso y vagabundo, que anda comúnmente de capa y gorra.
CARANTOÑERO.—Persona que hace caricias, halagos ó carantoñas.
CASCABELERO.—Persona de poco seso y fundamento.
CASCACIRUELAS.—Persona inútil y despreciable.
CASCARRABIAS.—Paparrabias.
CASCARRÓN.—Bronco, áspero y desapacible.
CASQUILUCIO, CASQUIVANO.—Alegre de cascos.
CAZURRO.—De pocas palabras y muy metido en sí.
CEBOLLUDO.—Persona tosca y basta, ó gruesa y abultada.
CEÑUDO.—Que tiene ceño ó sobrecejo.
CERO.—Ser inútil ó no valer para nada.
CICATERO.—Ruin, miserable, que escasea lo que debe dar.
CÓCORA.—Persona molesta é impertinente en demasía.
COCHINO.—Persona muy sucia y desaseada.
COMINERO.—Que cominea.
CONCHUDO.—Astuto, cauteloso, sagaz.
CORAMVOBIS.—Persona de cara abultada y de buena presencia, en especial cuando afecta gravedad.
CORREVEDILE.—Persona que lleva y trae cuentos y chismes de una parte á otra.

COSCÓN.—Socarrón, hábil para lograr lo que le acomoda ó evitar lo que le disgusta.
COSQUILLOSO.—Muy delicado de genio y que se ofende con poco motivo.
CUCAÑERO.—Que tiene maña para lograr las cosas con poco trabajo ó á costa ajena.
CUCO.—Taimado y astuto, que ante todo mira por su medro ó comodidad.
CUITADO.—Apocado, de poca resolución y ánimo.
CULEBRÓN.—Hombre muy astuto y solapado.
CURSI.—Lo que, con apariencia de elegancia ó riqueza, es ridículo y de mal gusto.
CUTRE.—Tacaño.

CHABACANO.—Irregular, grosero, ridículo, y, como tal, indigno de estimación y aprecio.
CHACHARERO, CHACHARÓN.—Que habla mucho y sin substancia.
CHARLATÁN.—Que habla mucho y sin substancia.
CHARRÁN.—Pillo, tunante.
CHARRO.—Basto y rústico, como suelen ser muchos aldeanos.
CHINCHE, CHINCHOSO.—Persona molesta y pesada.
CHINCHORRERO.—Que se emplea en chismes y cuentos con impertinencia y pesadez.
CHIQUILICUATRO.—Chisgarabís.
CHISGARABÍS.—Hombre entremetido, bullicioso y de poca importancia.
CHISMOSO.—Que chismea ó es dado á chismear.
CHOCANTE.—Que causa disgusto, extrañeza ó enfado.
CHOCARRERO.—Que tiene por costumbre decir chocarrerías.
CHUCHUMECO.—Hombre pequeño, de mala figura y despreciable.
CHUPÓN.—Que saca dinero con astucia y engaño.
CHURRULLERO.—Que habla mucho y sin substancia.
CHUZÓN.—Astuto, recatado, difícil de engañar.

DANZANTE.—Persona ligera de juicio, petulante y entremetida.
DESABORIDO.—Persona de carácter indiferente ó sosa.
DESASTRADO.—Persona rota y desaseada.

DESBOCADO.—Acostumbrado á decir palabras indecentes, ofensivas y desvergonzadas.
DESCARADO.—Que habla ú obra con desvergüenza, sin pudor ni respeto humano.
DESDEÑOSO.—Que manifiesta desdén.
DESFACHATADO.—Descarado, desvergonzado.
DESHARRAPADO.—Andrajoso, roto y lleno de harapos.
DESLENGUADO.—Desvergonzado, desbocado, mal hablado.
DESMANOTADO.—Atado, encogido y para poco.
DESPILFARRADO.—Desharrapado, roto, andrajoso, pródigo, derrochador.
DESPRECIABLE.—Digno de desprecio.
DESUELLACARAS.—Persona desvergonzada, descarada, de mala vida y costumbres.
DETRACTOR.—Maldiciente ó infamador.
DIABLO.—Persona perversa y maligna.
DIABÓLICO.—Excesivamente malo.
DOLOSO.—Engañoso, fraudulento.
DROPE.—Hombre despreciable por su mal porte y cualidades.

EMBARULLADOR.—Que embarulla.
EMBAUCADOR.—Que embauca.
EMBELECO.—Persona ó cosa fútil, molesta ó enfadosa.
EMBOLISMADOR.—Que embolisma.
EMBROLLÓN.—Que embrolla.
EMBUSTERO.—Que dice embustes.
EMPACHOSO.—Que causa empacho.
EMPALAGOSO.—Que causa fastidio por su zalamería y afectación.
ENDIABLADO.—Muy feo, desproporcionado.
ENFADOSO.—Que de suyo causa enfado.
ENLABIADOR.—Que enlabia.
ENOJOSO.—Que causa enojo, molestia ó enfado.
ENREDADOR.—Chismoso y embustero de costumbre.
ENTE.—Sujeto ridículo, ó que en su modo y porte se hace reparable.
ESCASO.—Mezquino, nada liberal ni dadivoso, demasiado económico.
ESCUERZO.—Persona muy flaca ó de figura ruin.

ESPADACHÍN. — El que se precia de valiente y es amigo de pendencias.
ESPANTAJO.—Persona molesta sobre despreciable.
ESQUIVO.—Desdeñoso, áspero, huraño.
ESTAFADOR.—Persona que estafa.
ESTANTIGUA.—Persona muy alta y seca, mal vestida.
ESTANTÍO.—Pausado, tibio, flojo y sin espíritu.
ESTIRADO.—Entonado y orgulloso en su trato con los demás.—Nimiamente económico.
ESTÓLIDO.—Falto de razón y discurso.
ESTRAFALARIO.—Extravagante en el modo de pensar ó en las acciones.

FACHENDA.—Vano, jactancioso.
FANFARRÓN.—Que se precia y hace alarde de lo que no es.
FANTASIOSO.—Vano, presuntuoso.
FANTASMÓN.—Lleno de presunción y vanidad.
FANTÁSTICO.—Presuntuoso y entonado.
FARAMALLA, FARAMALLERO, FARAMALLÓN.—Enredador y trapacero.
FARANDULERO.—Hablador, trapacero, que tira á engañar á otras personas.
FARFANTE, FARFANTÓN.—Hablador, jactancioso, que cuenta pendencias y valentías.
FARGALLÓN.—Desaliñado y descuidado en el aseo.
FARISEO.—Hombre alto, seco y de mala intención ó catadura.
FAROLERO, FAROLÓN.—Vano, ostentoso, amigo de llamar la atención y de hacer lo que no le toca.
FAROTÓN.—Persona descarada y sin juicio.
FARSANTE.—El que con vanas apariencias finge lo que no siente ó pretende pasar por lo que no es.
FASTIDIOSO.—Enfadoso, importuno, que causa disgusto, desazón y hastío.
FATUO.—Lleno de presunción ó vanidad infundada y ridícula.
FELÓN.—Que comete felonías.
FIGURILLA.—Persona pequeña y despreciable.
FIGURÓN—Hombre fantástico y entonado, que aparenta más de lo que es.
FINCHADO.—Ridículamente vano ó engreído.
FLAGICIOSO.—Que comete muchos y graves delitos.

FLEMÁTICO.—Tardo y lento en las acciones.
FLOJO.—Perezoso, negligente, descuidado y tardo en las operaciones.
FODOLI.—Entremetido, hablador, que pretende aconsejar, mandar ó intervenir donde no le llaman.
FOLLÓN.—Vano, arrogante, cobarde y de ruin proceder.
FORANO.—Rústico, huraño.
FULLERO.—Que hace fullerías en el juego.

GALOPO, GALOPÍN.—Pícaro, bribón, sin crianza ni vergüenza.
GALLINA.—Cobarde, pusilánime, tímido.
GALLOFERO, GALLOFO.—Pobretón, holgazán y vagabundo.
GAMBALÚA.—Hombre alto, delgado, desgarbado y que no tiene vigor ni viveza en las acciones.
GANAPÁN.—Hombre rudo y tosco.
GANDUL.—Tunante, vagabundo, holgazán.
GANFORRO.—Bribón, picarón ó de mal vivir.
GANSO.—Rústico, mal criado, torpe, incapaz.
GARDUÑO.—Ladrón, ratero, que hurta con arte y disimulo.
GATO.—Ladrón, ratero, que hurta con astucia y engaño, hombre sagaz y astuto.
GAZAPO.—Hombre disimulado y astuto.
GAZMOÑO.—Que afecta devoción, escrúpulos y virtudes que no tiene.
GAZNÁPIRO.—Palurdo, simplón, torpe.
GERUNDIO.—Persona que habla ó escribe en estilo hinchado, afectando inoportunamente erudición é ingenio.
GONGORINO.—Que adolece de los vicios del gongorismo.
GORRÓN.—Que tiene por hábito comer, vivir, regalarse ó divertirse á costa ajena.
GRANUJA.—Muchacho vagabundo, pilluelo.
GROSERO.—Descortés, que no observa decoro ni urbanidad.
GROTESCO.—Ridículo y extravagante por la figura ó por cualquiera otra calidad. Irregular, chocante, grosero y de mal gusto.
GUAPOTE.—Bonachón, de buen genio.
GUIÑAPO.—Persona que anda con vestido roto y andrajoso.
GUITÓN.—Pícaro pordiosero que, con capa de necesidad, anda vagando de lugar en lugar, sin querer trabajar ni sujetarse á cosa alguna.
GURDO.—Necio, simple, insensato.

HABLADOR.—Que habla mucho, con impertinencia y molestia del que le oye.
HACINO.—Avaro, mezquino, miserable.
HAMPÓN.—Valentón, bravo.
HARAGÁN.—Que excusa y rehuye el trabajo.
HASTIAL.—Hombre rústico y grosero.
HAZMERREIR.—Persona que por su figura ridícula y porte extravagante sirve de juguete y diversión á las demás.
HERBOLARIO.—Botarate, alocado, sin seso.
HINCHADO.—Vano, presumido.
HOLGAZÁN.—Vagabundo, ocioso, que no quiere trabajar.
HOSCO.—Ceñudo, áspero, intratable.
HUECO.—Presumido, hinchado, vano.
HURAÑO.—Que huye y se esconde de las gentes.
HURÓN.—Persona huraña.

IMBÉCIL.—Alelado, escaso de razón.
IMPERTINENTE.—Nimiamente delicado, que se desagrada de todo, y pide ó hace cosas que son fuera de propósito.
IMPORTUNO.—Molesto, enfadoso.
INEPTO.—Necio ó incapaz.
INERTE.—Flojo, desidioso.
INFAME.—Malo y despreciable.
INOCENTÓN.—Demasiado sencillo y fácil de engañar.

JÁCARO.—Guapo y baladrón.
JACTANCIOSO.—Que se jacta.
JAQUE.—Valentón, perdonavidas.
JARANERO.—Aficionado á jaranas.
JIFERO.—Sucio, puerco y soez.
JUAN LANAS, BUEN JUAN.—Hombre apocado, sencillo y fácil de engañar.
JUDAS.—Hombre alevoso, traidor.
JUDÍO.—Avaro, usurero.

LADINO.—Astuto, sagaz, taimado.
LAGARTO.—Hombre pícaro, taimado.

LECHÓN.—Sucio, puerco, desaseado.
LELO.—Fatuo, simple y como pasmado.
LENGUARAZ, LENGUAZ.—Deslenguado, atrevido en el hablar, que habla mucho con impertinencia y necedad.
LERDO.—Tardo y torpe para comprender ó ejecutar una cosa.
LIGERO.—Inconstante, voltario, que muda fácilmente de opinión.
LIJOSO.—Sucio, inmundo.
LILAO.—Ostentación vana en el porte ó en palabras y acciones.
LILIPUTIENSE.—Persona extremadamente pequeña y endeble.
LINDO.—Hombre afeminado, presumido de hermoso, y que cuida demasiado de su compostura y aseo.
LUCIFER, LUCIFERAL.—Soberbio, encolerizado y maligno.

MAJADERO.—Necio y porfiado.
MAJAGRANZAS.—Hombre pesado y necio.
MALANDRÍN.—Maligno, perverso, bellaco.
MALCONTENTO.—Revoltoso, perturbador del orden público.
MALCRIADO.—Falto de buena educación, descortés, incivil.
MALDITO.—Perverso, de mala intención y dañadas costumbres.
MALEANTE.—Burlador, maligno.
MALDICIENTE.—Detractor por hábito.
MALÉVOLO.—Inclinado á hacer mal.
MALHABLADO.—Desvergonzado ó atrevido en el hablar.
MALIGNO.—De índole perniciosa.
MALINTENCIONADO.—Que tiene mala intención.
MALMIRADO.—Descortés, inconsiderado.
MALSÍN.—El que habla mal de otro.
MALTRABAJA.—Haragán, perezoso.
MALVADO.—Muy malo, perverso.
MAMACALLOS.—Hombre tonto y que es para poco.
MAMARRACHO.—Figura defectuosa y ridícula.
MANDRIA.—Apocado, simple, inútil, tonto.
MANIFACERO.—Revoltoso y que se mete en todo.
MARAÑERO.—Amigo de marañas, enredador.
MARICA.—Hombre afeminado y de poco ánimo y esfuerzo.
MARITORNES.—Moza ordinaria, fea y hombruna.
MARRAJO.—Cauto, astuto, difícil de engañar y que encubre dañada intención.
MARRANO.—Sucio, desaseado, que procede y se porta mal ó bajamente.—Maldito, descomulgado.

MARRULLERO.—Que usa de marrullerías.
MARTAGÓN.—Astuto, reservado y difícil de engañar.
MASTUERZO.—Hombre necio, torpe, majadero.
MATACHÍN.—Pendenciero, camorrista.
MATAPERROS.—Muchacho callejero y travieso.
MATASIETE.—Espadachín, fanfarrón, hombre preciado de valiente.
MATÓN.—Guapetón, espadachín y pendenciero.
MATRERO.—Astuto, diestro y experimentado.
MAULA, MAULERO.—Persona tramposa ó mala pagadora, persona embustera y engañadora con artificio y disimulo.
MAZA.—Persona pesada y molesta en su conversación y trato.
MAZACOTE.—Hombre molesto y pesado.
MEDROSO.—Temeroso, pusilánime.
MELINDROSO.—Que afecta demasiada delicadeza en acciones y palabras.
MEMO.—Tonto, simple, mentecato.
MENINO.—Sujeto pequeño y remilgado.
MENTECATO.—De escaso juicio y flaco entendimiento.
MEQUETREFE.—Hombre entremetido, bullicioso y de poco provecho.
METEMUERTOS.—Entremetido, servidor oficioso é impertinente.
METICULOSO.—Medroso.
MEZQUINO.—Avaro, escaso, miserable.
MISERABLE.—Avariento, escaso y apocado.
MOCOSO.—Insignificante, de ningún valor ó importancia.
MOGROLLO.—Sujeto tosco y que no tiene cortesía.
MOJIGATO.—Disimulado, que afecta humildad ó cobardía para lograr su intento en la ocasión.
MOLEDOR.—Persona necia que cansa ó fatiga á otra con pesadez.
MOLINO.—Persona muy molesta.
MOLLEJÓN.—Hombre gordo, flojo, blando de genio.
MONIGOTE.—Persona ignorante y ruda, de ninguna representación ni saber.
MONO.—Joven de poco seso y afectado en sus modales.
MONSTRUO.—Persona muy cruel y perversa.
MORRAL.—Hombre zote y grosero.
MOSCATEL.—Hombre pesado é importuno.
MOSCÓN.—Hombre que con porfía y astucia logra lo que desea, afectando ignorancia.
MOSTRENCO.—Ignorante ó tardo en el discurrir ó aprender.
MUÑECO.—Mozuelo afeminado é insustancial.

MUÑIDOR. — Persona que gestiona activamente para concertar tratos ó fraguar intrigas, ó con cualquiera otro fin semejante.

NARANJO. — Hombre rudo ó ignorante.
NECIO. — Imprudente, terco, porfiado.
NEGLIGENTE. — Descuidado, omiso, falto de aplicación.
NULIDAD. — Persona incapaz, inepta.

ÑIQUIÑAQUE. — Sujeto ó cosa muy despreciable.
ÑOÑO. — Persona sumamente apocada, ó delicada, quejumbrosa y asustadiza.

ORGULLOSO. — Que tiene orgullo.
OTACUSTA. — Persona que vive de traer y llevar cuentos, chismes y enredos.

PACHORRUDO. — Que gasta mucha pachorra, que en todo procede con demasiada lentitud y flema.
PÁJARO, PAJARRACO. — Hombre astuto, sagaz, cauteloso, disimulado.
PALETO. — Hombre rústico, zafio.
PALOMO. — Hombre necio ó simple.
PALURDO. — Tosco, grosero.
PAMPOSADO. — Desidioso, flojo y poltrón.
PANCISTA. — El que mirando solamente á su interés personal, procura no pertenecer á ningún partido político ó de otra clase, para poder medrar ó estar en paz con todos.
PANDERO. — Persona necia y que habla mucho con poca sustancia.
PANDO. — Sujeto pausado y espacioso.
PAPAHUEVOS, PAPAMOSCAS, PAPANATAS. — Hombre simple y crédulo, ó demasiadamente cándido y fácil de engañar.
PÁPARO. — Simple, ignorante, que de cualquier cosa se queda admirado y pasmado.
PAPARRABIAS. — Persona que fácilmente se enoja, riñe, ó explica su enfado.

PAPELÓN.—Hombre vano que ostenta y aparenta lo que no es.
PARDAL.—Hombre bellaco, astuto.
PARLANCHÍN, PARLERO, PARLÓN.—Que habla mucho sin oportunidad: que guarda poco secreto.
PASTELERO.—Persona que emplea medios paliativos en lugar de otros vigorosos y directos.
PATÁN.—Hombre zafio y tosco.
PATARATERO.—Que usa de pataratas en el trato ó conversación.
PAYO.—Campesino ignorante y rudo.
PAVO.—Soso, pesado.
PAZGUATO.—Simple, que se pasma y admira de lo que ve ú oye.
PEAL.—Persona inútil, torpe, despreciable.
PÉCORA.—Astuto, taimado, vicioso.
PEGOTE.—Persona impertinente que no se aparta de otra, particularmente en las horas en que hay que comer.
PEINE.—Persona sutil y astuta.
PEJE.—Hombre astuto, sagaz é industrioso.
PELAFUSTÁN.—Persona holgazana, perdida y pobretona.
PELAGALLOS.—Hombre bajo, y que no tiene oficio honrado ni ocupación honesta.
PELAGATOS.—Hombre pobre y despreciable.
PELELE.—Persona simple ó inútil.
PELETE.—Pobre, de pocos haberes, pelón.
PELGAR.—Pelagallos.
PELIAGUDO.—Sujeto sutil ó mañoso.
PELMAZO.—Persona tarda ó pesada en sus acciones.
PELÓN.—Que tiene muy cortas facultades.
PENDEJO.—Cobarde y pusilánime.
PENDENCIERO.—Propenso á riñas ó pendencias.
PENDÓN.—Persona muy alta, desvaída y desaliñada.
PENOSO.—Presumido de lindo ó de galán.
PERDONAVIDAS.—Baladrón que ostenta guapezas y se jacta de valentías ó atrocidades.
PERDULARIO.—Sumamente descuidado en sus intereses ó en su persona.
PERILLÁN.—Persona pícara, astuta.
PERVERSO.—Sumamente malo y defectuoso, depravado.
PESADO.—Molesto, enfadoso, impertinente.
PETARDERO, PETARDISTA.—Persona que estafa ó pega petardos.
PETATE.—Hombre despreciable y que vale poco.

PETRUS IN CUNCTIS.—Que aparenta saber de muchas cosas á un tiempo sin tener conocimiento sólido de ninguna.
PETULANTE.—Que tiene petulancia.
PICAÑO.—Pícaro, holgazán, andrajoso y de poca vergüenza.
PICAPLEITOS.—Hombre embustero, trapisondista.
PÍCARO.—Bajo, ruin, doloso, falto de honra y vergüenza.—Astuto, taimado.—Dañoso, malicioso.
PICOTERO.—Que habla mucho y sin sustancia ni razón, ó dice lo que debía callar.
PILLO.—Pícaro que no tiene crianza ni modales.—Sagaz, astuto.
PINCHAUVAS.—Hombre despreciable.
PINTURERO.—Persona que alardea ridícula y afectadamente de bien parecida, fina ó elegante.
PIOJOSO.—Miserable, mezquino.
PISAVERDE.—Persona presumida y afeminada.... que anda vagando en busca de galanteos.
PLOMO.—Persona pesada y molesta.
POBRE DIABLO.—Hombre despreciable ó demasiado bonachón.
POBRETE.—Sujeto inútil y de corta habilidad, animo ó espíritu.
POLTRÓN.—Flojo, perezoso, haragán, enemigo del trabajo.
PÓLVORA.—De mal genio, que, con ligero motivo ú ocasión, se irrita y enfada.
POLLINO.—Persona simple, ignorante ó agreste.
POQUEDAD, POQUITO.—Cobardía, pusilanimidad y falta de espíritu. Que es pusilánime ó tiene corta habilidad en lo que maneja.
PORRO.—Sujeto torpe, rudo, necio.
PORRÓN.—Pelmazo, pachorrudo, tardo.
POSMA.—Persona lenta y pesada en el modo de obrar.
POSTEMA.—Persona pesada ó molesta.
POTETERO.—Que hace halagos empalagosos y fingidos.
PREGUNTÓN.—Preguntador intempestivo, ó que pregunta mucho.
PRESUMIDO.—Vano, jactancioso.
PRESUNTUOSO.—Lleno de presunción y orgullo.
PÚA.—Persona sutil y astuta.
PUERCO.—Hombre grosero, sin policía, cortesía ni crianza.
PUNTILLOSO.—Que tiene mucho puntillo.
PUSILÁNIME.—Falto de ánimo y valor.

QUIDAM.—Sujeto despreciable y de poco valer.
QUIJOTE.—Hombre ridículamente grave y serio.

QUIMERISTA.—Persona que mueve riñas ó pendencias.
QUISQUILLOSO.—Demasiado delicado en el trato común.
QUITAMOTAS, QUITAPELILLOS.—Lisonjero, adulador.

RAMPLÓN.—Tosco, grosero, inculto, desaliñado, vulgar.
RANACUAJO, RENACUAJO.—Hombrecillo pequeño y despreciable; mal tallado, enfadoso.
RAPAZ.—Inclinado al robo, hurto ó rapiña.
RAQUÍTICO.—Exigüo, mezquino, endeble.
RATERO.—Bajo en pensamientos ó acciones; vil, despreciable.
REFINADO.—Astuto, malicioso.
REFITOLERO.—Entrometido, cominero.
REGAÑÓN.—La persona que tiene la costumbre de regañar por cualquiera cosa.
RELAMIDO.—Afectado, demasiadamente pulcro.
REMILGADO.—Que afecta suma pulidez, compostura, delicadeza y gracia en porte, gestos y acciones.
REMOLÓN.—Flojo, pesado, y que huye del trabajo maliciosamente.
RENEGADO.—Áspero de condición y maldiciente.
REVOLTOSO.—Travieso, enredador, sedicioso, alborotador, rebelde.
RIDÍCULO.—Extraño, irregular y de poco aprecio y consideración.
RODABALLO.—Hombre taimado y astuto.
ROMPEESQUINAS.—Valentón que está de plantón en las esquinas de las calles como en espera.
ROMPEGALAS.—Persona desaliñada y mal vestida.
RONCERO.—Tardo, perezoso, regañón, mal acondicionado.
ROÑOSO.—Puerco, sucio, astuto, sagaz, miserable, mezquino ruin.
ROZAVILLÓN.—El que come de mogollón; pegote.
RUDO.—Descortés, áspero, grosero.
RUFIÁN.—Hombre sin honor, perverso, despreciable.
RUIN.—Vil, bajo, despreciable, mezquino, avariento.

SALTABARDALES.—Persona joven, traviesa y alocada.
SALTIMBANQUI.—Hombre bullidor y de poca substancia.
SALVAJE.—Sumamente necio, terco, zafio ó tonto.
SANTO.—Sencillo, poco avisado.

SANTÓN.—Hipócrita ó que aparenta santidad.
SAÑUDO.—Propenso á la saña.
SATÁNICO.—Extremadamente perverso.
SÁTRAPA.—Hombre ladino y que sabe gobernarse con astucia é inteligencia en el comercio humano.
SIMPLE.—Mentecato y de poco discurso.
SINAPISMO.—Persona ó cosa que molesta ó exaspera.
SOCARRÓN.—Astuto, bellaco, disimulado.
SOEZ.—Bajo, grosero, indigno, vil.
SOLAPADO.—Persona que por costumbre oculta maliciosa y cautelosamente sus pensamientos.
SOMONTE.—Basto, burdo, áspero, al natural y sin pulimento.
SOÑADOR.—Que cuenta patrañas y ensueños, ó les da crédito fácilmente.
SOPLADO.—Estirado, inflado.
SOPLÓN.—Dícese de la persona que acusa en secreto y cautelosamente.
SOSO.—Que carece de gracia y viveza en acciones y palabras.
SUSPICAZ.—Propenso á tener desconfianza.
SUSURRÓN.—Que acostumbra murmurar secretamente ó á escondidas.

TABERNARIO.—Bajo, grosero, vil.
TACAÑO.—Astuto, pícaro, bellaco...., miserable, ruin.
TACITURNO.—Callado, silencioso y que gasta pocas palabras.
TAGAROTE.—Hidalgo pobre que se arrima y pega donde puede comer sin costarle nada.
TAIMADO.—Bellaco, astuto, disimulado.
TARAMBANA.—Persona alocada, de poco asiento y juicio.
TARARIRA.—Persona inquieta, bulliciosa y alborotada, y de poco asiento y formalidad.
TARAVILLA.—Persona que habla mucho, de prisa y sin orden ni concierto.
TARDÓN.—Que tarda mucho y gasta grande flema.
TERCO.—Pertinaz, obstinado é irreducible.
TERRERO.—Bajo y humilde.
TÉTRICO.—Triste, demasiadamente serio, grave y melancólico.
TIESO.—Nimiamente grave, circunspecto y mesurado.
TIÑOSO.—Escaso, miserable, ruin.
TÍO.—Hombre rústico y grosero.

TÍTERE.—Sujeto informal, necio y casquivano.
TOMAJÓN.—Que toma con frecuencia, fatuidad ó descaro.
TONTO.—Mentecato, necio, incapaz, falto de razón.
TOPO.—Persona de cortos alcances, que en todo yerra ó se equivoca.
TORPE.—Desmañado, rudo, tardo en comprender.
TOSCO.—Inculto, sin doctrina ni enseñanza.
TRAGAFEES.—Traidor á la fe debida, ó que la abandona en sus operaciones.
TRAGAHOMBRES.—Perdonavidas, matasiete.
TRAGAVIROTES.—Hombre que sin motivo ni fundamento es serio y erguido.
TRAMOYISTA.—Persona que usa de ficciones ó engaños.
TRAPACERO.—Que con astucias, falsedades y mentiras procura engañar á otro en cualquier asunto.
TRÁPALA.—Embuste, engaño. Persona que habla mucho y sin substancia.
TRAPALÓN.—Embustero.
TRAPISONDISTA.—Embrollón, enredador.
TRASTO.—Persona informal y de mal trato.
TRAVIESO.—Sutil, sagaz, inquieto, revoltoso.
TROMPETA (POBRE).—Hombre despreciable y para poco.
TRONERA.—Persona desbaratada en sus acciones y palabras, y que no guarda método ni orden en ellas.
TRUCHIMÁN.—Persona sagaz y astuta, poco escrupulosa en sus operaciones.
TRUHÁN.—Sin vergüenza, que vive de engaños y estafas.
TUMBÓN.—Socarrón, perezoso, holgazán.
TUNANTE.—Pícaro, bribón, taimado.

UÑA.—Destreza ó suma inclinación á defraudar ó hurtar.

VAGABUNDO.—Holgazán ú ocioso que anda de un lugar en otro sin oficio ni beneficio.
VAINAZAS.—Persona floja, descuidada ó desvaída.
VALENTÓN.—Arrogante ó que se jacta de guapo ó valiente.
VANAGLORIOSO.—Jactancioso, ufano y desvanecido.
VANIDOSO.—Que tiene vanidad y la da á conocer.

VANO. — Arrogante, presuntuoso, desvanecido.
VELEIDOSO. — Inconstante, mudable.
VELETA. — Persona inconstante, fácil y mudable.
VENAL. — Que se deja sobornar con dádivas.
VENÁTICO. — Que tiene vena de loco ó ideas y especies extravagantes.
VENTOSO. — Vano, presuntuoso, desvanecido.
VERRUGA, VERRUGO. — Persona ó cosa que molesta y de que no se puede uno librar; hombre tacaño y avaro.
VIL. — Indigno, torpe, infame.
VILLANO. — Rústico ó descortés, ruin, indigno, indecoroso.
VINAGRE. — Sujeto de genio áspero y desapacible.
VIROTE. — Hombre erguido, demasiadamente serio y quijote.
VOCINGLERO. — Que habla mucho y vanamente.
VOLTARIO. — Mudable, inconstante en el dictamen ó genio.
VULGAR. — Que es del vulgo.

ZAFIO. — Tosco, inculto, ignorante ó falto de doctrina.
ZAHAREÑO. — Desdeñoso, esquivo, intratable ó irreducible.
ZAHERIDOR. — Que zahiere.
ZAINO. — Traidor, falso y poco seguro en el trato.
ZALAMERO. — Que hace zalamerías.
ZAMACUCO. — Hombre tonto, torpe y abrutado.
ZAMARRO.—Hombre tosco, lerdo, rústico, pesado y sin aseo.
ZAMBOMBO.—Hombre tosco, grosero y rudo de ingenio.
ZAMBOROTUDO, ZAMBORROTUDO, ZAMBORONDÓN.—Persona que hace las cosas toscamente.
ZAMPABODIGOS, ZAMPABOLLOS, ZAMPATORTAS, ZAMPAPALOS.—Persona que en su fisonomía, traza, palabras y acciones da muestra de incapacidad, torpeza y falta de crianza.
ZAMPALIMOSNAS.— Persona pobretona y estrafalaria que anda de sopa en sopa y de puerta en puerta, comiendo y pidiendo en todas partes, sin vergüenza ni recato y con ansia é importunidad.
ZANCAJO.—Persona de mala figura ó demasiado pequeña.
ZANCARRÓN.—Hombre flaco, viejo, feo y desaseado.
ZANGANDUNGO. — Hombre inexperto y de poca habilidad en su línea.
ZÁNGANO.—Hombre holgazán que se sustenta con el sudor y trabajo ajenos.

ZANGARULLÓN.—Muchacho alto, desvaído y que anda ocioso, teniendo ya edad de poder trabajar.

ZANGUANGO.—Falto de actividad en lo físico y lo moral; embrutecido por la pereza.

ZANGUAYO.—Hombre alto, desvaído, ocioso y que se hace el simple.

ZARAGUTERO.—Que zaragutea.

ZARRAMPLÍN.—Fargallón, chafallón, chapucero, hombre de poca habilidad en cualquiera profesión ú oficio.

ZARRAPASTRÓN, ZARRAPASTROSO.—Desaseado, andrajoso desaliñado y roto.

ZASCANDIL.—Hombre despreciable, bullicioso y enredador, que pretende autorizarse entremetiéndose y ofreciendo lo que no puede cumplir.

ZOILO.—Crítico presumido y maligno censurador ó murmurador de las obras ajenas.

ZOLOCHO.—Simple, mentecato, aturdido ó poco expedito.

ZONZO, ZONZORRIÓN.—Poco advertido, sin viveza ó gracia en lo que hace ó dice.

ZOPENCO.—Tonto y abrutado.

ZOPO.—Sumamente desmañado, que se embaraza y tropieza en todo.

ZOQUETE.—Feo, de mala traza, rudo.

ZOQUETUDO.—Basto ó mal hecho.

ZORRA.—Persona astuta y solapada.

ZORRASTRÓN.—Pícaro, astuto, disimulado y demasiadamente cauteloso.

ZORRERO.—Astuto, capcioso.

ZORRO.—Hombre muy taimado y astuto.

ZORROCLOCO.—Hombre tardo en sus operaciones y que parece bobo, pero que no se descuida en su utilidad y provecho.

ZORRONGLÓN.—El que ejecuta pesadamente, de mala gana, y murmurando ó refunfuñando, las cosas que se le mandan.

ZORZAL.—Hombre astuto y sagaz.

ZOTE.—Ignorante, torpe y muy tardo en aprender.

ZUMBÓN.—Que frecuentemente se anda burlando, ó tiene el genio festivo y poco serio.

ZURRAPA.—Muchacho desmedrado y feo.

ZURRIBURRI.—Sujeto vil, despreciable y de muy baja esfera.

Y después de tomar aliento, agradézcame V. los muchos vocablos que suprimo en la anterior letanía, donde hago gracia de *desatento*, *descomedido*, *descortés*, *desmañado*, *desventurado*, *desvergonzado*, *impertinente*, *ímprobo*, *imprudente*, *incapaz*, *incivil*, *inculto*, *indecente*, *indecoroso*, *indigno* y otros semejantes de conocida y fácil construcción, así como de los derivados de *Bobo*, *Fachenda*, *Hablador*, etc., ó sean *bobalias*, *bobalicón*, *bobarrón*, *bobatel*, *bobote*, *fachendista*, *fachendón*, *fachendoso*, *habladorzuelo*, *hablanchín*, *hablantín*, *hablistán*, etc.

Comprendo muy bien que falta clasificar ideológicamente el inventario, pues nada tienen que ver *malvado* con *boquirrubio*, ni *asno* con *astuto*, ni *gongorino* con *paparrabias*, ni *vanaglorioso* con *fariseo*. Cierto y ciertísimo. No hago más que reunir este lucido tropel de gentes fastidiosas en el orden físico, moral ó intelectual, y de quienes no quisiéramos ser padres, ni hijos, ni hermanos, ni aun compañeros en mesa de fonda ó viaje de ferrocarril; ó valiéndome de un símil, es como si dijésemos que condiciones tan diversas entre sí, como dulce, amargo, salado, picante, agrio, duro, blando, crudo, quemado, frío, caliente, verde, seco, etc., pueden, juntas ó separadas, convertir en rabioso al más delicado manjar.

Por rica que sea el habla castellana, no podía suministrar cosecha tan abundosa y fértil, sin recurrir, como hacen todos los idiomas, al sentido figurado. Por eso, entre los nombres despreciativos, tenemos representaciones del reino mineral, en *plomo*; del vegetal, en *camueso*, *naranjo*, *alcornoque* y *mastuerzo*; del animal, en *pavo*, *pardal*, *zorra*, *pollino*, *chinche*, *gallina*, *escuerzo*, *rodaballo*, *topo*, *marrano*, *cochino*, *puerco* y

camaleón, sin contar por genéricos á *bicho*, *peje*, *bestia*, *pájaro* y *pajarraco*; de los oficios, cargos, dignidades y parentescos, en *pastelero*, *danzante*, *galopín*, *refitolero*, *capigorrón*, *muñidor*, *sátrapa* y *tío*; de los muebles, vestidos, instrumentos músicos y medicinas, en *peine*, *veleta*, *bacía*, *bodoque*, *morral*, *zamarro*, *trompeta* y *sinapismo*; de las enfermedades, en *postema*, *roñoso* y *raquítico*; del latín, en *adefesio*, *coramvobis* y *Petrus in cunctis*; de los frutos y condimentos, en *calabaza* y *vinagre*; de personajes ó territorios fantásticos, en *gerundio*, *maritornes* y *liliputiense*, y de individuos ó países reales y efectivos, en *gongorino*, *lucifer*, *zoilo*, *caco*, *perillán*, *barrabás*, *charro*, *babieca* y *judío*. Y ha sido tal la codicia y ambición de la lengua, que, no satisfecha con tan rica nomenclatura, llama en su auxilio á la antífrasis, y resulta que las mejores cualidades, las órdenes monásticas, los grados universitarios y los mismos centros de enseñanza, producen los poco apetecibles dictados de *bueno* y *buena pieza*, *santo* y *santo varón*, *bendito* y *camandulero*, *bachiller* y *bolonio*.

Si las palabras que expresan buenas prendas, tales como valiente, noble, leal, sabio, discreto, esforzado, caballero, digno, ilustre, generoso, impertérrito, bizarro y otras, son á causa de la índole humana mucho menores en número que las que indican malas cualidades, debe existir alguna razón filosófica que aclare los motivos de su excesiva abundancia en la lengua de Castilla. No puedo hablar de todas las de Europa; pero entiendo que ni el francés, ni el inglés, ni el alemán, ni el italiano, ni el portugués, poseen tan rico venero de nombres despreciativos. Creo, Sr. D. Juan, en virtud de la lógica más rudimentaria, que si al entrar en un pueblo desconocido notamos que una gran cantidad de tiendas son—

pongo por caso—de albarderos, ó confiterías, ó tabernas, sacamos en consecuencia que allí deben existir muchas caballerías de carga, ó muchos golosos, ó muchos borrachos. Pues por esta misma ley, debemos deducir la gran cantidad de gente que hay en España acreedora á los dictados de que me ocupo.

Mejor que yo sabe V. cuánto ha variado en los últimos veinticinco años el concepto en que los españoles eran tenidos por los otros países de Europa. Decir *español* era sinónimo de hidalgo, de valiente, de generoso, de galán Calderoniano, en una palabra. *Grande de España* es todavía para muchos extranjeros ilustrados una dignidad tal, que no permite salir á la calle sin guardia, maceros y coche de respeto. Pero viene la época de abaratarse los viajes en ferrocarril, y se inunda Europa de españoles de tres al cuarto; se desarrolla el periodismo, y refiriendo con insistencia y por semínimas partes las miserias interiores de la nación, llegan á saberse en el mundo entero los frecuentes robos, hurtos, alcances y estafas, que, disfrazados con los elegantes nombres de *filtraciones* ó *irregularidades*, se cometen, no sólo en las oficinas de rentas, sino también en las de corporaciones literarias; y se conoce el contubernio del concejo de Madrid con la renta de consumos; y la trama burda y ridícula con que lograron reunir buenos capitales la embaucadora *Doña Baldomera* y el *Crédito Ibérico* de Barcelona; y la inútil zalagarda que promovió el asunto de las Carolinas; y la poca vigilancia de ciertas prisiones de la corte, que hizo pública la tramitación de un proceso ruidoso; y las alharacas (de que tanto se han reído en Europa) tributadas antes de tiempo á un ensayo náutico, que han venido á ser como aquellas exequias que celebraron en México por Hernán Cortés, antes del

fallecimiento del célebre conquistador ; y los dictados de *ilustres oradores* con que por acá se califican á simples palabreros ; y el epíteto de *distinguidos* con que se nombran á poetas, escritores, diputados, militares, golillas y ciudadanos que no son ni con mil leguas *ilustres*, ni *nobles*, ni *esclarecidos ;* y, en fin, otras miserias por el estilo, que no señalo por no pecar de prolijo y porque V. las conoce de sobra.

Quizá por esto, y por aquello, y por lo de más allá, daría el general O'Donnell su famosa definición de España llamándola *presidio suelto*. No hay necesidad de criticar semejante frase. Bien se me alcanza que lo malo brilla más que lo bueno, y que más hacen tres chillando que trescientos callando. Pero creo también que si del *infinitus est numerus* del Eclesiastés, tocan en unas tierras al uno por diez de sus naturales, en España quizá lleguen al veinte por ciento. De aquí nacerá la riqueza del Diccionario, y de aquí también, por la abundancia del surtido, la indudable eufonía, gracejo y expresión de *badulaque y calandrajo, zorro y pillo, mequetrefe y botarate, camaleón y lagarto, perdulario y zascandil, tarambana y cachivache, mandria y pelafustán, zopenco y chiquilicuatro,* y otros varios de los consignados en el inventario. Existe en ellos una especie de armonía imitativa ó de afinidad ideológica con las cualidades de los sujetos á quienes se aplican.

Claro es que con nada de lo dicho se amenguan los laureles y merecimientos de España. De memoria los sabemos por la frecuencia con que Vds. sacan á colación en prosa y verso lo de Sagunto y Numancia ; la pelea de siete siglos con los moros ; el descubrimiento y conquistas de América ; las navegaciones de Elcano ; el combate de Lepanto ; las hazañas de Cortés y de Pizarro,

los triunfos de las Navas y Pavía ; las glorias de Bailén, caldeadas por la temperatura de Julio; lo de que el sol no se ponía en los dominios de España, y demás grandezas y heroicidades con que Vds. dan tapaboca cuando sacan el Cristo en defensa de su país. Todo esto es muy verdadero y muy respetable. Pero V., que tan sabio y discreto es, no me negará que, si es fácil recoger del jardín un ramo de bellísimas flores, no es difícil reunir en el mismo sitio manojos de mala hierba con fea vista y olor desagradable. En tal razón se fundaría D. Quijote para entender que «no hay historia humana en el mundo que no tenga sus altibajos, especialmente las que tratan de caballerías, las cuales nunca pueden estar llenas de prósperos sucesos.»

De modo que si existe algo de verdad y fundamento en las razones que dejo escritas, parece cosa dificilísima obtener en su país de V. patente de hombre perfecto y sin tacha, limpio de todos los vocablos despreciativos que el Diccionario comprende. Casi son grano de anís los requilorios de ser jurisperito, teólogo, médico, herbolario, astrólogo, matemático, nadador, albéitar, casto en los pensamientos, honesto en las palabras, liberal en las obras, valiente en los hechos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesterosos y mantenedor de la verdad, aunque le cueste la vida el defenderla, que eran las grandes y mínimas partes de que se componía un buen caballero andante, según la opinión del *Ingenioso Hidalgo*.

Y Vds., en vez de mirar por su lado bueno al pobre enfermo que reunió semejantes prendas, y que además fué modelo de arrojo, de honradez, de hidalguía, de nobleza y de caballerosidad, lo contemplan por el sitio malo y se aprovechan de D. Quijote, honra de su patria, para

designar al hombre nimiamente puntilloso ó ridículamente grave y serio!!!

No me atreveré á decir que esto indique falta de patriotismo, de beneficencia y de justicia; pero sí me aventuro á recordar que no abundarían tales virtudes allá por los años de 1812, cuando en el artículo 6.° de aquella famosa *Constitución* se imponen como principales obligaciones las tres que siguen:

LA DEL AMOR DE LA PATRIA;
LA DE SER JUSTOS, y
LA DE SER BENÉFICOS.

Hoy son inútiles semejantes mandatos, porque abunda, sobra y rebosa por toda España el *Patriotismo*, la *Justicia* y la *Beneficencia*, á cuyas virtudes servirán de sólido y perpetuo apoyo las hermosas conquistas del Jurado y Sufragio universal, convertidas en el *stimulos dedit æmula virtus*, de que nos habló el compadre Lucano. Dentro de medio siglo los académicos sucesores de Vds., si Vds. no viven entonces, han de suprimir por anticuados é inútiles la mitad, cuando menos, de los nombres despectivos que hoy pululan en el Diccionario de la lengua castellana.

Perdone V. tanta palabrería, y absuelva á este charlatán, que se repite de V. servidor y devoto amigo, Q. L. B. L. M.

El Dr. Thebussem.

Huerta de Cigarra, 31 de Enero de 1891 años.

UN POCO DE TODO

I.

Los preceptistas de literatura advierten que nunca se debe decirlo todo ; y aun cuando no lo aconsejaran ellos, siempre lo enseñaría el sentido común. Ó porque se especula sobre axiomas ; ó porque se presume el asentimiento de los demás ; ó porque sólo de paso se quiere rozar con puntos que, aun suprimidos, en nada desvirtuarían las principales pruebas ; ó, en fin, porque el papel se agota, la mano se fatiga, la hora de otro deber nos llama y se teme ser difuso, hay innúmeras ideas que apenas se indican, y no figuran en la derrota del discurso sino como columnas miliares que sin cimientos hondos llenan bien su destino asomadas á flor de tierra.

Por haberme sujetado á esta doctrina y costumbre al mencionar las quejas de Cuba, la filosofía española y otras materias incidentales, tengo que contestar hoy al escrito del Sr. D. V. Barrantes, publicado en la entrega de Setiembre último de La España Moderna. « Contestar » no es el término exacto ; ampliar conceptos que insinué rápidamente sería mejor dicho. Y lo advierto para

que no parezca que me anima el propósito de fastidiar al apreciable Sr. Barrantes con una polémica, aunque, en hecho de verdad, mientras todo el mundo no esté de acuerdo en todas las cosas, la discusión será una necesidad de la vida civilizada ; sin ella, la imprenta carecería de la mitad de su objeto ; pero con la condición, eso sí, de sacrificar á la sencillez de los hechos y los principios todo espíritu de obstinación ó desabrimiento que se nos quiera colar por las bardas.

Por ahí habla el Sr. Barrantes de hastío de los lectores. ¿Y por qué hastío? ¿Acaso hacemos ni él ni yo profesión de novelistas? ¿Hemos prometido literatura de imaginación? ¿Es La España Moderna un periódico de modas ó de chascarrillos? Pocas preocupaciones de tanta trascendencia tiene España, como las que se refieren á los valiosos rezagos de su vasto imperio ultramarino, y ambos contendientes estamos en el caso de esperar que nos oigan, no los lectores frívolos, á quienes no dedicamos nuestro tiempo, sino los que se interesan por la historia, la verdad, la cultura, el presente y el porvenir de las colonias españolas.

El Sr. Barrantes dice que en mi *Carta al Sr. Valera,* en *El Espinar cubano* y en otro de mis escritos sueltos he perdido la «serenidad y alteza de espíritu» de mis trabajos anteriores. Sentiría que tuviese razón; pero creeré que no, si me atengo á los conceptos emitidos por varios periódicos, españoles algunos de ellos, y á lo que leo en cartas particulares, una de las cuales ha sido escrita justamente por un miembro conspicuo de la redacción de La España Moderna. Por lo demás, reconozco en mi distinguido contendor cuanto derecho sea preciso para calificarme , así como respecto de él sigo ejercitando el mío.

Hay en el Sr. Barrantes dos hombres completamente distintos: el historiador-filósofo y el sectario político.

El primero sabe el diagnóstico de los males ultramarinos, abre su estudio á todas las luces de la ciencia, afronta sin cobardía los peligros de la verdad, y por la firmeza con que rechaza las preocupaciones del vulgo, y por la experiencia que toma de los tremendos infortunios de su patria, está muy por encima de sus conmilitones y hasta desentona de los que le son más queridos, según sus propias palabras. Divisa, como de otro escritor decía Sainte-Beuve, dos ó tres horizontes á la vez.

El segundo.... es de ortigas, como cualquier otro. Sospecho que no le faltan su horca y su cuchillo.

El filósofo no vaga, como la nube, de estrella en estrella, sino que descubre en lo pasado la ley ineludible de la independencia de las colonias, y proclama la necesidad de una organización que tenga en mira ese porvenir fatal; no quiere que se les dé educación mística, sino práctica, como la exigen las luchas del progreso; censura los desaciertos del régimen restrictivo aplicado aquende el Océano; vitupera á los gobernantes déspotas que han oprimido al mundo americano; confiesa que, ahora mismo, los que han estado desempeñando el ministerio de Ultramar—y cita al Sr. Becerra,—han sido hombres desalumbrados, que no han hecho sino ensayos infelices, como *in anima vili*, en las lejanas islas españolas; reconoce el derecho de los cubanos para mejorar su estado político, y pide como providencia urgente una reforma profunda, sobre base liberal, de la gobernación de las Antillas, y el planteamiento del organismo autonómico.

El sectario, el político, eleva á apotegma los versos, que otro día cité, del Sr. Jackson Veyan, pues piensa,

como Posada Herrera, «que no se da al pueblo ningún pedazo de pan cuando se le da un nuevo derecho»; se irrita cuando oye hablar de agravios á Cuba, y asegura que «ningún escritor español, por liberal que sea», nos ayudará en el terreno de su reconocimiento y reparación á fundar la conciliación sincera de los espíritus; nos llama de inmorales, esclavistas y mal gobernados por nuestra propia voluntad, y pueblo de fatuos, y en materia de ingenios una esterilidad.

Seguramente quien así nos fulmina estos rayos tendrá comprobantes inéditos de que los cubanos fuimos los padrinos de aquella bomba aspirante que se llama Oteiza, y de tantísimas otras de la misma calaña; de que los cubanos nos comprometimos con Inglaterra á no continuar la trata, y hasta recibimos dinero como compensación de perjuicios, y después la continuamos por largo tiempo; de que con el voto de los cubanos han sido elegidos los ministros de Ultramar, los capitanes generales, y hasta los tenientes pedáneos de la Isla.

De contraste tan asombroso resulta que el Sr. Barrantes es, en cuanto filósofo, superior mil veces á sí mismo como prosélito de bando; que como hombre de estudios vale más que como español tradicionalista; que su inteligencia emprende vuelos muy altos, en los que no puede acompañarla su patriotismo, porque éste (en lo relativo á mi tierra) se informa en el menosprecio de todo lo cubano; es un patriotismo rudimentario y onusto.

En paz y en haz del primero, que es digno de todo mi respeto y estimación, absténgome de discutir con el segundo; y como es éste, no el otro, quien nos arroja desde chinas hasta metralla, apelaré de Alejandro fuera de razón á Alejandro en cabal sentido.

***

El Sr. Barrantes—no el filósofo sereno, sino el ciego secuaz—persiste en que D. José de La Luz y Caballero convirtió la enseñanza en *puñal contra España,* en «que educó á los niños para *la conspiración y el cadalso,* como dice terminantemente Sanguily». Apostrofa con un *nescio vos,* como si se tratara de uno de los rezagados de la parábola, al Sr. Prellezo, testigo de la mayor excepción; y en cuidado me tengo que hará oídos de mercader, si agrego que después de los exámenes de 1861 el gobernador de la Isla nombró una comisión que averiguara si en el colegio de *El Salvador* se infiltraban doctrinas subversivas,—porque en Cuba siempre hubo multitud de ojos suspicaces clavados sobre D. Pepe por sólo el hecho de que era liberal y eximio,—y la comisión certificó que no, según informe inserto por aquel entonces en la *Gaceta Oficial* de la Habana.

Aquí debo advertir que los colegios de La Luz no se sostenían con fondos públicos, no eran oficiales, como me figuro que el Sr. Barrantes lo cree al decir que el gobierno *eligió* á D. Pepe para *entregarle* la instrucción de la juventud.

Las frases de Sanguily citadas como testimonio, no expresan todo el pensamiento de este gallardo escritor. Es peligroso, y el Sr. Barrantes lo sabe, aislar de una obra unas pocas líneas y construir con ellas una teoría absoluta, que puede ser hasta contraria á la verdaderamente del autor de quien se pretende haberla extraído; así lo advirtió discretamente M. Édouard Rod al empezar sus estudios sobre las *Ideas morales contemporáneas* en la *Revue Bleue,* en Junio último.

El Sr. Sanguily acaba de publicar, corregido, en un volumen de 240 páginas, el concienzudo trabajo que en 1885 dió á la *Revista Cubana.* De la nueva edición

voy á copiar algo, cuya atenta lectura, como la del libro todo, recomiendo á los críticos políticos de D. Pepe.

En la página 8 pregunta Sanguily si fué La Luz propagandista de ideas revolucionarias, y se contesta á sí mismo:

«Yo no lo sé por modo indudable.... No me arredraría hasta afirmar sin vacilación que lo fué.» (Pág. 9.)

«José de La Luz fué un hombre puro y fué también un precursor: no soñó nunca, seguramente, en perturbar las conciencias preparándolas para la acción inmediata y asoladora: ansió, por el contrario, iluminarlas en la verdad y serenarlas en la virtud; pero, al cabo, las perturbó sin embargo: regó por todas partes gérmenes sublimes y fecundos de moralidad y de grandeza viril que habían de desenvolverse en las almas y traer lógicamente un desacuerdo profundo entre la realidad y los principios, y luego una aspiración á la armonía, tanto más grande cuanto más cierto y acentuado fuese el contraste, y tanto más dolorosa cuanto más difícil fuese restablecer el natural y legítimo equilibrio.» (Pág. 16.)

«Un patriota ardiente, sin ser jamás un revolucionario.» (Pág. 31.)

«.... La propaganda convencida y ardiente de principios morales, puros, grandes, evangelizadores.» (Página 187.)

«El colegio no era independiente, y pesaba más sobre él que sobre otra cualquiera institución local vigilante prevención y sañuda suspicacia. Lo que él inspiraba, sobre todo, era amor á la ciencia, al saber, mientras sembraba en los ánimos gérmenes sanos de moralidad y nobleza viril; lo cual era, en verdad, alcanzar demasiado y alcanzar lo mejor.» (Pág. 193.)

«Existió perpetuamente inmaculado, y soñó constan-

temente con la felicidad y la gloria de su patria. Él la buscó por senderos apacibles.» (Pág. 199.)

Demás de esto, el Sr. D. José Silverio Jorrín, uno de nuestros patricios más honrados, publicó en *El País* de la Habana (Agosto, 21) una carta sobre el interesantísimo libro de Sanguily, en la que dice: «Ni Luz discurrió jamás sobre materias políticas en el colegio de *El Salvador*.» Y Sanguily responde con su lealtad ingénita: »lo que es indudable». *(País,* Agosto, 31.)

Aquello de «mártires para el cadalso» tiene otra significación, que es esta: todo el que predique la justicia en una sociedad basada sobre la injusticia, formará mártires para el cadalso. Jesucristo no se ocupó en difundir odios contra razas ni contra individuos, ni en preparar derrocadores de gobiernos ni rebeldías de colonias; y, sin embargo, su enseñanza, fundada en el amor, pero también en la justicia, formó mártires para el cadalso, como la de La Luz, que era imitación de aquélla, menos en lo de presentar la otra mejilla. En los Estados Unidos, en Inglaterra, hay educadores del mismo temple del gran maestro cubano, del mismo tipo evangélico, más sabios que él, porque ya las ciencias han avanzado más, y que enseñan filosofías más peligrosas que las explicadas tímidamente en *El Salvador*. ¿Por qué los discípulos de esos educadores no conspiran contra el Gobierno inglés y el de la Unión americana?

Al llegar aquí no puedo menos que saborear unas palabras del Sr. Barrantes—el filósofo, por supuesto,—dignas de entallarse en oro:

«....Hasta hago coro á las maldiciones con que recuerdan (los hispano-americanos) á algunos de los gobernantes que les enviamos, que el historiador crítico ha de poner la verdad y la justicia sobre los intereses de la

misma patria.» (La España Moderna, Enero de 1890, pág. 187.)

Estas que siguen no son del historiador crítico, sino de *el otro:*

«El ser yo tan razonable que reconozca el derecho de los cubanos á mejorar su estado político, no se lo da á ellos á aplaudir *en mi presencia* la conversión de las escuelas de Cuba en cuarteles contra mi patria.»

Entendámonos. ¿Qué significa la frase «en mi presencia?» ¿Quiere decir que por ser el Sr. Barrantes uno de los redactores de La España Moderna no es delicado que en sus páginas defienda yo á La Luz?

Así lo he entendido, y contesto: jamás he colaborado en periódico alguno de rancio espíritu español, porque aun dentro de los miramientos que siempre guardo, necesito independencia, y los panegiristas de las malas administraciones de Cuba, por regla general, no la otorgan.

El Sr. Director de La España Moderna, después de leer mi *Carta al Sr. Valera,* me escribió que lamentaba no haberla recibido inédita, para publicarla en su acreditada revista, y me pidió otros trabajos. Hizo más: reprodujo espontáneamente la mencionada *Carta.*

En ésta no me di por más realista que el rey, sino por lo que soy, es decir, por un cubano que condena el sistema de gobierno establecido en la Isla y anhela por un cambio, por la descentralización, por la libertad.

C'était à prendre ou à laisser.

Me dije entonces que sin duda el Sr. Lázaro no tenía la intolerancia ni la intransigencia de muchos de sus paisanos; que no le temía á la verdad, á ninguna verdad, y que no le repugnaba la idea de que su periódico sirviera de

órgano á discusiones patrióticas en beneficio de las reformas que la cultura de las Antillas reclama ; y me apresuré, agradecido, á complacerlo.

Empecé con *El Espinar cubano,* por las razones que en su dia expuse. El Sr. Barrantes mismo dice que en ese artículo «apenas» hay algún concepto que lo pueda lastimar personalmente ; suprima el *apenas,* y será exacto. Quizá escribí con calor, que era justificable, pero sin ofensas y sin el odio que parece atribuírseme ; y aunque, como dice Tácito, es más honrado ofender que odiar, renuncié tal honra, y me figuro que, á no haber sido así, el Sr. Lázaro no habría dado cabida á mi escrito en su periódico.

El colegio de La Luz no era un cuartel, sino un templo de la justicia. Esto se puede discutir como capítulo de la historia literaria de Cuba en cualquier lugar y con cualquier crítico del mundo; y como asunto político, mis compatriotas han tratado ese y otros más graves aún en el recinto de las Cortes, ante toda la representación nacional. ¿Á qué conduce, pues, la irritabilidad del Sr. Barrantes, de él, que á los cubanos nos tacha de extremadamente susceptibles?

No he venido á levantar en La España Moderna tribuna revolucionaria ; si abrigara tal deseo, y me sería fácil probar que no lo abrigo, sé bien que no debería dirigirme á este paraje. He venido á rectificar los que considero errores, y á defender el buen nombre de unas provincias que pertenecen á España, maltratado por españoles que no las conocen ó no las quieren bien.

Y sigo con La Luz.

El Sr. Barrantes recalca mucho en que me guardo de extremar la defensa del venerable maestro. No es que me guarde : es que no puedo pretender rivalizar con los

que estuvieron unidos á él con lazos estrechos de enseñanza ó de cariño personal, yo que no lo traté. No es necesario, empero, haberlo conocido para amar su memoria, y salgo á vindicarla con las armas que me dan sus discípulos, cediéndoles á éstos, como es natural, la delantera.

Por lo demás, creer que sin La Luz no hubieran caído los cubanos en la cuenta de que se les estaban negando los derechos políticos, es una fantasía sobre el vacuo tema de nuestra esterilidad; es deducir, en el avalúo de nuestras últimas generaciones, toda su inteligencia como tara. Hace más de un cuarto de siglo era el autor de estas páginas estudiante del Seminario de *San Basilio*, de Santiago de Cuba. El Ilmo. Arzobispo Negueruela acababa de conferirnos la tonsura á varios seminaristas. Era natural pensar en lo por venir.

—Cuando yo sea arzobispo....—empezó á decir un impúber.

—¿Arzobispo tú? (le interrumpió otro, cursante de súmulas.) ¡Ni canónigo!

—¿Y por qué no?

—¿Pues no ves que todos tenemos el *pecado original?*

El pecado *original* era nuestro *origen* cubano.

Á *San Basilio* no llegaban las doctrinas de La Luz, de quien muchos, quizá todos, hasta ignorábamos que existiera. El rector y la mayor parte de los catedráticos eran sacerdotes peninsulares. Allí trataban de inculcarnos el principio de autoridad tal como la Iglesia y los Gobiernos de España lo conciben y lo enseñan. ¿No descubre el Sr. Barrantes, en la amargura de aquella metáfora teológica, la generación espontánea de la queja en el alma de la niñez?

Más tarde supe que, durante la revolución, varios or-

denandos ahorcaron la hopa y fueron á reunirse con los sublevados. Uno de mis antiguos condiscípulos, sacerdote á la sazón, les dijo la primera misa. Un ex-colegial fué hecho prisionero, y tal vez hubiera muerto en el patíbulo á no ser por la activa intercesión del que hasta poco antes había sido rector de *San Basilio*, el Dr. D. Benigno Merino y Mendi, sacerdote de la Península, hoy canónigo de la catedral de la Habana, y á quien envío desde aquí, por si estas líneas cayeren en sus manos, la expresión de mi gratitud por su conducta generosa para con sus antiguos educandos, y de mi admiración siempre viva por su carácter, su saber y sus virtudes.

***

El Sr. Barrantes me castiga pegando un sambenito en los muros de su iglesia por mi pecado presunto de no conocer *La Ciencia española* del Sr. Menéndez y Pelayo.

No andemos tan aprisa.

Después de estimar en su raro valor, como es justo, los quilates de esa joya de patriotismo, en la cual brillan la erudición y el ingenio en mañoso engarce, se puede afirmar, empero, que no es broche que cierre definitivamente hasta el folio último del debate sobre si ha habido ó no *filosofía española*.

Como condición para continuarlo el Sr. Revilla había pedido comedimiento á su contendor, y dado el ejemplo. Ningún sacrificio le hubiera costado al Sr. Menéndez tratar al escritor con la mismas consideraciones que al hombre tuvo, y se encotraba en el caso de efectuarlo así, para imposibilitar todo subterfugio, si subterfugio había; pero en lugar de eso, hizo lo único que había que hacer para que la polémica cesara: seguir fulminando sus *quos*

ego! Aquélla, por lo que respeta á Revilla, no pasó de ahí. El Sr. Menéndez fué el último en hablar; pero hablar el último no es por sí solo prueba de nada.

El Sr. Revilla había dicho que él no negaba que en España hubiera habido filósofos; pero que, á pesar de eso, no había filosofía española. El Sr. Barrantes afirma que el libro del Sr. Menéndez y Pelayo «desde 1877 ha quitado las ganas á los críticos á lo Revilla de meterse en honduras donde se ahogan». Pero ello es que en el mismo año citado el Sr. D. Alejandro Pidal y Mon, no «crítico á lo Revilla», sino ortodoxo exorbitante, salió al encuentro al paladín de Vives, y con frases tan melosas como bien enderezados argumentos, le sostuvo que la sola existencia de filósofos en un país no autoriza para bautizar con su nombre á un organismo científico; y en 1878 se publicaron en Madrid los *Juicios y Disertaciones* de D. Juan Valera, en cuyas páginas 221 y 222 se sustenta que, á pesar de haber habido filósofos en España, en cierto sentido no había propiamente filosofía española. El artículo es de 1873, mayor motivo para que el señor Valera lo hubiese en 1878 omitido al preparar una colección de sus trabajos, si con ocasión de la polémica de 1876 y 1877 hubiera cambiado de parecer. Reimprimir, fué ratificar; y todavía en la entrega de Enero de este año, de La España Moderna, dice el Sr. Valera: «Seguirá aún *sub judice*, que hubo ó hay filosofía española.» (Pág. 145.)

Tenemos aquí, por lo pronto, dos escritores que no son «á lo Revilla», sino muy de la devoción del señor Barrantes, y para quienes bajo un punto de vista hubo filosofía española, y bajo otro no; pero con este busilis: que el carácter en que la aceptan no es el mismo en que la pregona el Sr. Menéndez y Pelayo; y el sentido en que la niegan, tiene mucha afinidad con el de Revilla; pues

aunque el Sr. Pidal dijo que «allí donde haya habido filósofos, habrá habido filosofía», eso no pasa de ser, á mi juicio, una galantería de cofrade para con el autor de *La Ciencia española,* por desorientar á los herejes; no está de acuerdo con lo que expresó á pocas líneas, y sobre todo no es exacto, porque ni histórica ni científicamente, ni de ningún otro modo, se puede pretender que donde hubo flores habrá indefectiblemente habido jardín, ó, para valerme de las comparaciones de Revilla, que donde hubo músicos y pintores habría habido, por sólo eso, Música y Pintura.

¿Produciré ahora como instrumento testimonial la declaración de D. J. M. Guardia, quien, en la entrega de Mayo de este año de la *Revue Philosophique* de París, acaba de negar la existencia de esa filosofía contenciosa? Si sólo atendiera á lo que hay de depresivo en aquella lucubración, que es como un aparato de humillantes gemonías, no; porque no forma parte de mis hábitos el aplaudir que se ponga de oro y azul á los togados de la literatura, ni aun para desacreditar sus doctrinas; y así como me desagradó la arrogancia del Sr. Menéndez y Pelayo con Revilla, se me desazona la crítica burlesca del Sr. Guardia contra los Sres. Menéndez, Valera y otros. Si atiendo á que el artículo de la *Revue* no estudia la cuestión á fondo, á que tiene menos de disertación que de zumba, quizá tampoco debería mencionarlo; pero me resuelvo, aunque el Sr. Barrantes diga que su autor es «á lo Revilla», porque allí se ve, en resumen, que todavía, después de *La Ciencia española,* hay quienes sigan negando la filosofía de España, y porque supongo al señor Guardia capaz de un trabajo superior á ese, más razonado que agresivo, más histórico y científico que fisgón.

Y aún me queda otro nombre que citar, uno que no se adivinaría fácilmente, y cuya alegación en favor mío sonará como una paradoja : ¡nada menos que el del mismo Sr. Menéndez y Pelayo! El 1.° de Mayo de 1884, á los ocho años de su polémica con Revilla; en un discurso que pronunció en el Instituto de las Baleares acerca de Raimundo Lulio y con el cual comienza el tomo III de *La Ciencia española,* después de hablar de los trabajos que debían emprenderse sobre las obras de los filósofos españoles, agregó :

«Sólo entonces será hacedero tejer la historia de la filosofía española, entendida tal palabra en su verdadero y recto sentido, que no excluye la variedad local, y afirma al mismo tiempo la unidad de la ciencia. Sólo entonces podremos confirmar ó RECTIFICAR las HIPÓTESIS que, para alumbrar el camino, han ido formando PROVISIONALMENTE los primeros que se han internado en la oculta mina. *Sólo entonces llegará á ser afirmación indiscutible lo que es hoy presunción y conjetura,* robustecida cada día por nuevos datos; es á saber : que hay en el pensamiento ibérico tales caracteres y aptitudes, tales rasgos de identidad á través de los siglos y las civilizaciones más distintas, que nos autorizan para concluir que existe un nexo interior y fortísimo entre las lucubraciones de nuestros pensadores, y que es cosa, no ya lícita, sino de rigurosa justicia (sólo retardada hasta ahora por la ignorancia ó la pasión), conceder á nuestra raza un lugar aparte en la historia de la filosofía, si no tan alto como el que ocupan las dos razas privilegiadas en este punto, la griega y la alemana, tan alto, por lo menos, como el que se concede hoy á los italianos y á los franceses. *Entonces podremos hablar con entera exactitud de filosofía española.*»

No copio más por no alargar la transcripción ; pero en esas líneas, y en las que cerceno, se presenta el señor Menéndez y Pelayo, no ya con aquel incontrastable ímpetu de alud de sus contestaciones al Sr. Revilla ocho años atrás, sino con el tono de quien vacila acerca de las conversiones alcanzadas por sus prédicas, con el de quien, queriendo tener la convicción, no tiene más que el deseo, y no osa elevar ese deseo á la altura de una convicción.

Por todo lo expuesto me considero con fundamentos bastantes para afirmar que en la cuestión de si ha habido ó no filosofía en España, *La Ciencia española* no es la palabra postrera. Y no me digan que hay debates que no se terminan nunca ; sí los hay, por ejemplo : alópatas y homeópatas no han llegado todavía á entenderse ; pero ¿qué deberíamos pensar de la Homeopatía si Hahnemann resucitase á declarar, ó si lo declarasen sus más fervientes prosélitos actuales, que ese sistema no es todavía más que *hipótesis?* ¿Qué diríamos de M. Pasteur si, después de tanto como ha trabajado y de tanto como se ha discutido la eficacia de su vacunación antirrábica, saliese él mismo revelando que, aun cuando sigue creyendo en ella, no la pregona todavía sino como *conjetura?*

¿Deberé ahora remendar la discusión donde la rasgó Revilla, hacerla propia y para ello enfrascarme en la lectura de los infolios de Lulio, Vives, Fox Morcillo, Suárez?.... *Vade retro.* Ni es fácil conseguir por acá todos esos pergaminos, ni seré yo quien vaya á sacudir las mortajas de polvo tendidas sobre los pocos que tenemos, por la justicia de los años. Y no es esto menosprecio de mi parte, sino que la vida es corta, y entre la infinidad de libros magistrales que aún no conozco, hay muchísimos que, como americano, y sobre todo como

hijo de Cuba, me interesan más. Pero ahí tienen Vds., más cerca, al Sr. Guardia, que los está provocando desde una de las grandes capitales del mundo, ante un auditorio mucho mayor que el que pudiera yo congregar. Dejo á los valencianos el honor, y hasta los aplaudiré por ello, de erigir monumento á Vives en el patio de su Universidad literaria.

En *El Espinar cubano* no di como mía la negación de la filosofía española, sino como de Revilla, de ese preclaro escritor cuya tumba sigue todavía el Sr. Barrantes mirando por encima del hombro; que fué en las letras castellanas maestro de incontrovertible expectación; que juzgó á varios poetas cubanos con severidad, pero sin altanería y sin veneno (y fué una prueba de que sí ha habido críticos españoles que nos hayan agradado); á quien el mismo Sr. Menéndez llamó «gran crítico» y de quien habló con ternura, arrepentido de su pasada dureza, en la advertencia preliminar de *La Ciencia española*.

En el citado artículo no había para qué traer á consecuencia estas cosas; allí se trataba de justificar á Don José de La Luz por haber preferido los filósofos extranjeros, y la cita de Revilla, apoyada en todas estas razones que me guardaba *in pectore,* llenaba el objeto. Si quisiera ratificarlo, bastaría comentar estas palabras del Sr. Menéndez:

«Tenía, pues, razón el Sr. Azcárate en afirmar que la vida intelectual en España debió interrumpirse durante largo tiempo; sólo que este largo tiempo comienza por los años de 1790 *(plus minusve)* y continúa en el presente, sin que se vean trazas de remedio....» *(La Ciencia española,* 1, 332, 3.ª edición.)

Pero no comentaré estas líneas, porque ello no entra

en mi propósito. Al decir que España necesita un nuevo aprendizaje, me referí sin reticencias á su administración ultramarina, que era de lo que trataba. Ha habido en el mundo varios sistemas coloniales: sin remontarnos hasta Roma, Grecia, Fenicia, de cinco centurias acá hemos tenido y tenemos el español, el inglés, el francés, los de Portugal, Holanda, el alemán, el italiano.... Cuando se descubrió la América, el español fué imitado como óptimo por las demás potencias; pero éstas, en el andar de los siglos, dieron recientemente con otros más sabios, y ahora España llora sus perdidas grandezas, rezagada todavía en la noche del suyo. Es mi convicción, y no es mía sola, que hoy por hoy el mejor sistema colonial es el inglés, porque desarrolla las actividades de los lejanos súbditos, los inicia y perfecciona en la ciencia política, los enseña á dirigirse á sí propios y fortifica sus vínculos con la madre patria. Con pensar esto, con preferir un sistema á otros, no lastimo la dignidad de ningún francés, de ningún portugués, de ningún español.... Y como el camino seguido por España no ha conducido á aquel término, sino á otros distintos,—á los del descontento y la rebelión, primero en el continente y después en las Antillas,—puedo seguir imaginándome que cuando ella se decida á aprender los principios coloniales de Inglaterra, y á ponerlos en práctica, resolverá sus dificultades en América, pues abatirá por el amor el *espinar cubano* sin necesidad de podaderas ni de hachas, como abatió la Gran Bretaña el suyo en colonias también de América después de la insurrección del Canadá.

RAFAEL M. MERCHÁN.

(Concluirá.)

LA CUESTIÓN ACADÉMICA

(CARTA ABIERTA.)

Sra. Doña Emilia Pardo Bazán.

Mi distinguida amiga: Si la cuestión que hace un año se discutió en toda la prensa, á propósito de la proyectada candidatura de V. para la Academia Española, no hubiese trascendido de la esfera puramente personal, para convertirse en cuestión *objetiva* y de principios, como decimos ahora, no me atrevería yo á resucitarla, por temor de molestar juntamente al público y á V. en lo más delicado de su modestia.

Pero, como digo, todos conformamos entonces en que lo que se discutía no era el derecho de *usted* á ser *académico,* sino el derecho y las aptitudes de la mujer para alcanzar esa sanción oficial y externa, aunque importante al fin y al cabo, dentro del medio y para vivir en acuerdo con él.

Puesta así la cuestión, dejaba de tener un carácter *legal* é *histórico,* para tomar otro *jurídico* y *racional;* si es que V. me permite el uso de esas denominaciones tan gráficas y vulgares como inexactas. ¡Pero vaya V. con

derecho natural y razón llana á los centros oficiales! En este punto, son todos afiliados á la escuela positivista que editan los Fratelli Bocca de Milán. No hay más derecho que el legislado y á él me atengo. Dejémonos de historias y veamos el Alcubilla, la *Gaceta* y el *Repertorio* de Pantoja. ¿Autoriza la legislación de las Reales Academias el nombramiento de un miembro que no sea varón? Y, sobre todo, ¿hay precedentes de lo contrario?

Ahí estaba el *quid:* los *precedentes*. Es decir, ¡el primer *mouton de Panurge,* sin cuyo ejemplo é impulsión cualquiera se atreve á mover un pie! La pretensión, por lo repetida, es graciosa. Llevada con rigor, supondría la inmovilidad en todas las esferas de la vida; porque es de presumir que si ahora comemos con tenedor y nos calentamos con estufas, alguien fué el primero en usar estas novedades, de las que no se sabe todavía que naciesen espontáneamente al par del hombre terciario ó post-terciario, si así lo quiere el Sr. Vilanova; y ese tal primero de la serie, ó no era primero, ó jamás pudo alegar antecedente alguno.

Pero basta de perogrulladas: aunque tales están los tiempos, que así como el sentido común—según dijo el otro—es el sentido que menos abunda, la perogrullada es la verdad que menos se sabe y se practica. No es, pues, tan inútil, como á primera vista parece, recordarla de vez en cuando.

No escribo, sin embargo, esta carta para insistir en este aspecto de la cuestión. También yo, aunque no soy académico y aunque opino en mucho con nuestro *Fígaro* que el hombre *es un animal incorregible,* doy su importancia al dato histórico, y creo que tiene, en efecto, una fuerza y valor que oscila según los tiempos, como la Bolsa, pero que siempre pasa de cero.

El precedente es, en tesis general, una garantía ; y no lo digo por los que suelen inventarse en nuestros ministerios para favorecer ó perjudicar á determinada persona. En buena doctrina, los precedentes son de dos clases : los de casa y los de fuera ; pero aquí solemos rendir culto al refran que Fernán Caballero escogió como tema, si no me equivoco, de uno de sus cuentos. Lo de fuera, como no sea en materia de cocina ó de trajes, suele importarnos poco y juzgarlo por inadecuado. Á ser de otro modo, figúrese V. si llenaríamos cuartillas con precedentes de representaciones femeninas en Institutos y Academias tan respetables, por lo menos, como la muy respetable Española.

El ejemplo no lo dan sólo las heteróclitas y extravagantes costumbres de los Estados-Unidos. Lo dan dos de las naciones más conservadoras en las costumbres y tradiciones burocráticas y sociales : Inglaterra, admitiendo en sus juntas de primera enseñanza, ó *school boards* á las mujeres ; Francia, elevándolas al grado de consejeros de Instrucción pública.

Pero ya es sabido. Ó somos ó no somos castellanos y patriotas. «Con mal ó con bien á los tuyos te ten» ; y sabido es que *los nuestros,* son, ante todo, los reglamentos y jurisprudencia de las Academias Reales.

Bien recuerdo que, aparte de la discusión sobre el sentido de las palabras escritas en el Reglamento de la Española, se habló, en aquella ocasión á que aludí al comenzar esta carta, de precedentes concretos que no llegaron á granar.

Yo no sé qué tal andarán de relaciones las varias Academias que los reyes borbónicos del pasado siglo nos regalaron. Piadosamente pensando, es de creer que un común espíritu legal las anima y equipara; ó, cuando

menos, que se tendrán mutuamente la consideración de apreciar en algo los actos reglamentarios y oficiales que cada una por sí verifique y sancione.

Si esta hipótesis se confirma, daría gran valor á mi argumento; porque no habiendo en los Reglamentos disposición, ni aun frase alguna, que acote el sexo de los académicos, es de suponer que la interpretación laxa á que esta indeterminación autoriza, si es hecha por una Academia, ha de tener valor para las restantes.

Pues esa interpretación existe, y con ella, el precedente logrado y perfecto que no encontraba la Academia Española.

Vea V. si no. Ceán Bermúdez, en su *Diccionario histórico de los más ilustres profesores de las bellas artes en España* (Madrid, 1800, tomo IV, pág. 379), dice á la letra:

«Silva Bazán y Sarmiento (la Excma. Doña Mariana de), pintora, duquesa de Huéscar y de Arcos. La Real Academia de San Fernando declaró, en junta de 10 de Junio de 1766, á esta señora por académica de honor y directora honoraria en pintura con *voz, voto* y asiento preeminente en ambas clases en todas las juntas á que gustase asistir, con opción á todos los empleos que exerciere, en atención á sus virtudes y nacimiento, como también *á la habilidad y mérito* que manifestó en unos dibuxos hechos de su mano que había presentado á la Academia.»

¿Hay necesidad de más precedente? Bien es verdad que nunca ha sido muy exigente ni rigorista la citada Academia en punto á escoger sus miembros en relación á las aptitudes que su título parece reclamar; pero también es cierto que ninguna de las ilustres damas que se dedicaron al cultivo de las artes cuya iglesia oficial es

la repetida Academia, puede compararse, en perfección, destreza y conocimientos, con las muchas que han cultivado y cultivan la literatura patria.

Todavía hay más. Doña Mariana de Silva no es el único ejemplo. También fué *individuo* de la Academia de Bellas Artes, y nombrada en 1782, una señora de procedencia extranjera, doña María Ana de Waldstein, segunda mujer del marqués de Santa Cruz. Del mismo modo fué elegida, ya en nuestro siglo, la Sra. Doña Josefa Miranda, marquesa de la Bóveda de Limia, de la cual dice Vesteiro Torres lo siguiente: «Con mano hábil, que respondía fielmente á la imaginación creadora, pintó al lápiz *(sic)* la Marquesa una imagen de la penitente en Magdalo, á la cual debió alta y merecida honra. Presentada la hermosa obra á la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando, ésta, laureando el mérito, llamó y *elevó á su seno* á la inspirada autora de *La Magdalena,* el 6 de Junio de 1819.» Y añade en seguida: «Espectáculo sobrado raro, *aunque no único en su género,* fué la admisión de la ilustre dama en aquel Instituto.... (1)».

Y para que no vaya sola en esto de precedentes la Academia de San Fernando, ahí está el ejemplo, que cita Sempere y Guarinos en su *Biblioteca de autores del reinado de Carlos III* (tomo v, pág. 214), de Doña María Isidra Quintina Guzmán y Lacerda, hija de los condes de Oñate y doctora graduada en Alcalá, á quien la Academia de la Historia admitió entre sus miembros.

Como éstos que cito, debe haber otros precedentes, olvidados en las actas y Memorias de aquellas Academias, y tal vez de sus hermanas. Pero no rigiendo en esta materia, según me figuro, las reglas sobrado estrechas que

(1) Teodosio Vesteiro Torres: *Galería de gallegos ilustres.* — Lugo, 1880.

para dar valor á la costumbre jurídica imponen los autores y los diputados, creo suficientes esos dos ejemplos para que los académicos pierdan el escrúpulo histórico, que ya en dos ocasiones les ha impedido dar al mérito lo que es sólo del mérito y no del sexo. Omito, porque ya V. lo ha dado á conocer, y para que no se me recuse por insuficiente, el caso de la marquesa de Guadalcázar, nombrada *honoraria* de la Academia Española en 2 de Noviembre de 1784. Por cierto que esta señora puede muy bien ser la misma hija de los condes de Oñate que cita Sempere, puesto que positivamente me consta que doña María Isidra Quintina de Guzmán y Lacerda casó con D. Rafael Alonso de Souza, marqués de Guadalcázar. Si así fuera, como es muy probable, tendríamos una señora perteneciente á dos Academias Reales.

Y no digo más. El camino para la reivindicación por antecedentes del derecho de las hembras á ser académicos, como son jefes del Estado, está abierto. ¿Valdrá más que las reivindicaciones teóricas y de pura razón?

Eso es lo que desearía, aunque no espera se logre, su atento seguro servidor y amigo, Q. S. P. B.

RAFAEL ALTAMIRA.

CRÓNICA INTERNACIONAL

El zenit de la democracia francesa.—Los descensos del partido irlandés.—Complicación de sus intereses con el proceder de los fenianos proscritos en América.—Fuerza de Parnell.—Convenios con O'Brien.—Alemania.—Exaltación de Bismarck.—Sus Memorias.—Sus coloquios.—Desavenencias cada día mayores con el Emperador y con el Imperio.—Inútiles propósitos de romper y dividir á Francia.—Unidad de las naciones latinas.—La reacción religiosa en Rusia.—Estado interior de la Iglesia protestante germánica.—Persistencia de la unión evangélica y de la extrema derecha hegeliana.—Agitaciones en Bélgica.—Conclusión.

CONTINÚA subiendo al zenit Francia, después de haber tantas veces declinado, y aun corrido, hacia el ocaso. La última suscripción al empréstito, cubierta veinticinco veces, revela una copia de ahorros en lo relativo á la economía nacional y una confianza tan profunda en lo relativo á las instituciones políticas, que no hay Nación alguna en Europa tan sólidamente asentada sobre bases inconmovibles. Así la opinión cada día se pronuncia con más resuelta y firme decisión por la forma republicana. Si duda cupiese á este respecto, desvaneceríanla con su inapelable veredicto las últimas elecciones senatoriales. En estos comicios de segundo grado,

compuestos por compromisarios provinientes de una verdadera selección, donde concentraciones muy reflexivas de la conciencia pública permiten acuerdos muy maduros de la voluntad general, ha flotado la fórmula salvadora, promulgada y mantenida por mí cuatro consecutivos lustros : la República gubernamental. Comicio tan escogido alcanza poder extraordinario ; y el paso de doce nombres desde las filas monárquicas al partido republicano significa la estabilidad ya para la República francesa, cuyas raíces concluyen por mezclarse y confundirse con las bases y con los fundamentos del mismo patrio territorio. Entre los elegidos, hállase á la cabeza mi respetable amigo Freycinet, presidente del Consejo. Los electores le han significado con su designación el aprecio en que tienen sus altas dotes de gobierno y el recuerdo que guardan de su competencia en la organización militar. Presidente del Consejo y ministro de la Guerra, sus numerosísimos votos le traen aparejada una doble sanción al desempeño de sus sendos difíciles ministerios. Entre los elegidos hállase mi viejo correligionario Ranc. Y le llamo así por nuestra común categoría de republicanos, pues nada más discorde que nuestros mútuos criterios personales en las aplicaciones á los términos varios del problema político francés. Mientras yo me precio de republicano conservador intransigente, mi amigo discurre por las vaguedades múltiples del radicalismo, y como tal palabra preste muy poco de sí, conténtase con meter á los republicanos conservadores y radicales en el mismo saco para que tiren juntos del gobierno, sin ver cómo, tirando en sentidos opuestos, cual aquellos muy célebres caballos de las fábulas antiguas, destruye cada cual de los grupos las acciones correspondientes al otro, y no pueden tomar ninguna dirección. Siendo tan

avanzado como veis, la suerte ha querido impelerlo á la Cámara conservadora por excelencia. Ya que nunca perdió en las constantes disputas amistosas nuestras el radicalismo vago suyo, aprenda en el comercio diario con los republicanos machuchos del alto Cuerpo Colegislador que la República no puede pensar seriamente, ni en meterse para nada con la Iglesia católica, ni en soñar por mucho tiempo con la reforma constitucional. Así lo dice hoy el hombre de temple mayor entre los electos, mi fraternal amigo Julio Ferry. Y puesto que mentamos con tanta satisfacción este acertadísimo nombramiento, no despreciemos con omisión inexplicable las indecibles cóleras por él despertadas, así en los reaccionarios como en los radicales franceses, porque los unos jamás le perdonan que haya contribuido tanto á fundar la República, y los otros que haya puesto tanto empeño en dar á la República un carácter gubernamental. Y digo adrede gubernamental, para distinguirlo y separarlo del carácter conservador. Ferry, por su fuerza de voluntad, ha dado muchas fuerzas políticas al gobierno republicano; pero, por sus ideas religiosas, no podrá contarse nunca entre los conservadores de la República. Un dogmatismo hugonote y nativo en su espíritu, aumentado por su educación, le desaviene un tanto de la Francia tradicional y lo compromete con los viejos procedimientos, tan dañosos á la República de Gambetta, quien adolecía del dogmatismo positivista en estos nuestros días de pestilencias intelectuales reinantes sobre los más conspicuos y los más elevados talentos. Y la educación hugonote, no tan sólo daña en sus ideas á Ferry, lo daña en su carácter. La mitad, por lo menos, de los muchos enemigos que le combaten á una con desusada furia, provienen de cierta malhumorada tesura, incompatible con las flexibilidades propias

de toda política y con las exigencias naturales á toda democracia. Pero, como hasta la sepultura genio y figura, no pidamos á hombre de tanto mérito un cambio en su complexión interior; pidámosle un cambio en sus convicciones religiosas. Con reflexionar sobre la paz, á los espíritus traída por las últimas declaraciones republicanas de obispos y arzobispos, bastaríale, para comprender cómo el Catolicismo impera, con qué fuerte soberanía espiritual, sobre la mayor parte de los ciudadanos en la Nación católica por excelencia. Transfundidos á las costumbres principios tan humanos como la libertad religiosa y la libertad científica y la libertad civil, no hay temor alguno de que la Iglesia pueda entrar en irrupción abierta por tan vedadas esferas y quitarle á la gobernación general su puro carácter de laica. Y no pudiendo hacer esto ella de ningún modo ya con nosotros, no podemos nosotros ingerirnos en su gobierno interior, y menos despojarla de una primacía ungida por siglos de siglos, contra los cuales inútilmente nos revolvemos, é indispensable á esta democracia histórica nuestra, que no conoce ningún otro ideal.

La cuestión de Irlanda priva entre todas las cuestiones europeas; y, sin embargo, no anda un paso adelante más en estos días últimos. Cuestión muy compleja de suyo hállase relacionada estrechamente con problemas religiosos, políticos, agrarios, industriales, de intrincada confusión. Las tempestuosas pasiones que despiertan aquellas seculares desgracias, son allí causa primera y permanente de una guerra civil perdurable. Y tamaña guerra civil perdurable lanza por necesidad allende las aguas del Atlántico una emigración muy numerosa. Esta emigración influye de un modo harto anormal, así en el Imperio de la Gran Bretaña como en la gran Repúbli-

ca del Nuevo Mundo. Educados tales irlandeses, por proscritos, en el combate revolucionario, no hay para qué decir cómo andarán de nociones jurídicas. Fervientes católicos tampoco hay para qué decir cuál convivirán, dada su fe antigua, con los descendientes de aquellos anglicanos que los oprimieron y los vejaron en tal número de siglos. Soldados los unos de Cromwell en su ascendencia, y soldados los otros del Papa, mal se avendrán bajo un solo techo, siquier parezca tan amplio y luminoso como el coronado por la bandera, donde reluce con tal brillo el conjunto magnífico de las estrellas americanas. Pero divididos yankees é irlandeses por tantas causas, al extremo de que algunos publicistas entre aquellos anuncian como un peligro para la confederación esta numerosísima familia céltica, únense por opuestos motivos en sentimiento de común odio contra la común madre Inglaterra, tenida por los unos como abuelastra y por los otros como madrastra insoportable. La tenacidad histórica del celta puede tanto más cuanto menos raya en violencia. Ninguna tenacidad tan próvida como la serena y dulce. Fatigaréis al violento; no fatigaréis al moderado. Tras un esfuerzo extremadísimo puede sobrevenir el triunfo; pero seguramente, con triunfo ó sin él, sobreviene también el cansancio. La voluntad, ejercitada sin sobreexcitaciones, medida con grados, puesta en movimiento por impulsores mesuradísimos, adquiere una constancia superior á todos los arrebatos. Esta constancia serenísima guarda, durante toda su vida, la raza céltica dentro del Imperio inglés, como lo demuestra el que no haya querido asimilarse á los ingleses, ni siquiera en trescientos años de una dominación absorbente y poderosa. Pero los más exaltados, los más batalladores, los más fuertes de Irlanda; todos aquellos que se conforman

y resignan muy difícilmente con la dominación británica, promotores de las resistencias violentísimas, agentes de las protestas revolucionarias, alma y fuerza de los desórdenes habituales, emigran al Nuevo Mundo, llevándose la patria impresa en el corazón desgarrado; y no pudiendo prestarle ya la sangre que golpea en éste, le ofrecen los ahorros allegados en los trabajos continuos de la emigración ultramarina con el sudor de sus frentes. Y fluye de América un Pactolo hacia Irlanda. Y este Pactolo tiene un administrador, que lo encauce primero, y que luego irrigue con él todas las secciones varias de la complejísima causa irlandesa. Y he aquí la superior fuerza de Parnell, su administración de los dineros tributados á Irlanda por la emigración de los antiguos fenianos. Y hase visto más patente aún tamaño poder en las consideraciones grandísimas guardadas en estos momentos al Rey sin corona por el embajador de la América irlandesa, ó de la Irlanda americana, por O'Brien. Los cronistas y relatores de periódicos hanle perseguido, como suelen perseguir moscas á mieles, no dejándolo vivir con sus importunas inquisiciones; pero él hase amurallado en inexpugnable silencio, no rendido por ningún formidable asedio. Y si puede traslucirse algo de lo pactado entre dos mudas esfinges, Parnell se retirará por algún tiempo; en cuanto encuentre y designe un sustituto temporero sacado de los montones anónimos, por la más ó menos desinteresada selección suya. Á quien jamás podrá tolerar es al atrevido que ha osado, en su vanidad, subírsele á las barbas, creyéndose con aptitudes y derechos, el vanidoso, para sustituirlo. Eximio escritor, M. Carthy, universalmente apreciado por su *Historia contemporánea de Inglaterra*, muy pintoresca, y por sus artículos en el diario gladstoniano, muy elocuentes, carece de palabra,

carencia dañosísima en pueblos parlamentarios, y hasta carece de acción, carencia todavía peor en los activos y tenaces encuentros de la oprimida gente celta con la opresora gente sajona. Así, lo recabado, en primer lugar, por el imperioso Parnell, ha sido la destitución de quien lo destituyó y reemplazó á él sin miramientos en su inocencia. Y luego Dios dirá.

Pero en tanto que Dios no dice por ahora nada, el taimado y sagacísimo Parnell dice mucho. Ya tiene sometidos los nervios que habíansele desarreglado en desarreglo suicida. Y como tiene sometidos los propios nervios, no profiere una queja contra los demás, ni desliza insinuación malévola ninguna contra rebeldes que han de volver á las plantas del Rey rendidos por la necesidad. Así ocúpase todo entero en demostrar su culto á la patria. Y para servir á la patria vuélvese hacia Gladstone, preguntándole con requerimientos de un verdadero apremio qué hará por los irlandeses y cómo regulará su autonomía, en el caso de convencer á los comicios y aquistar el Gobierno, pues ahora salimos, tras los últimos disentimientos, con que ni en materia de policía, ni en materia de justicia, ni en materia de representación, el grande orador, jefe de los liberales británicos, había soltado ni dicho muchas cosas allende lo prometido por los *torys* en persona. Diestro, habilísimo, consumado estratego es el tal Parnell. Por si acaso, tirando á desautorizarle y perderle hasta en Irlanda, no ha querido el elocuentísimo viejo tanto vengar la moral ofendida por los devaneos de su émulo, como ingerir dentro del radicalismo toda la diputación irlandesa, convirtiendo ambos factores diversos en todo consubstancial dominado por la unidad superior de un alto pensamiento servido por una poderosa palabra; Parnell ha tirado por completo de la

manta y dicho cómo sus huestes quedan, siendo un ejército en acción y armado, con personalidad propia y distinta, muy dispuesto á irse con quienes más les prometa, y les procure, y les granjee para su Irlanda, siquier sean *torys,* y hasta retrógrados. Precisa confesar por culto al arte, que la partida está perfectamente jugada y muy bien asestado el golpe.

La neurosis de Parnell se ha calmado; pero la que nunca se calma es la neurosis de Bismarck. Imaginaos que á Carlos V le hubieran ofrecido, para consolarlo de su Imperio, la humilde alcaldía de Quacos. Pues un duquecillo alemán de tres al cuarto hale ofrecido al férreo canciller la presidencia de su Consejo de Ministros. Aquella Germania una se convertiría en mísero feudo bajo sus plantas; aquellos atilescos y exterminadores ejércitos en pinches de la cocina ducal; aquellos presupuestos, arreglados con tan colosales trabajos y esfuerzos, en cuentas de la lavandera ó de la plaza. — ¿Qué bufón representa, oculto en los enigmas y misterios de lo infinito, estas caricaturas vivas? Yo he visto muchos leones en jaulas, muchas águilas sin plumas en el ala, muchos condores aprisionados en jardines de aclimatación; y hame dolido siempre su mirada de rabia. ¿Cómo Bismarck mirará hoy? No lo sabemos; pero, merced á indiscreciones periodísticas, ya sabemos cómo habla. Los hombres mayores cometen las mayores inepcias en cuanto sufren una contrariedad insuperable. Recógense á manos llenas las tonterías y las sandeces en los dos destierros de Napoleón, en el riente de la isla de Elba y en el siniestro de la isla de Santa Elena. Imagináos lo que pasara por Bismarck en su desgracia. Ya dice y anuncia con toda solemnidad al mundo entero cómo se propone dictar sus Memorias, cual si, á su altura, tras el papel desempe-

ñado en la escena de nuestro tiempo, entre las obras levantadas por su esfuerzo y por su genio, todos á una en este mundo moderno, tan bien informado por los innumerables medios de comunicación y de publicidad, no nos lo supiésemos á él de memoria. Y como nos lo sabemos, también sabemos que imputa errores no cometidos á su propia conciencia ; y atribuye responsabilidades á su voluntad no contraídas ante la historia. Por ejemplo: lo exentamos todos del irreparable crimen cometido por los excesos y borrachera de la victoria germánica el día nefasto en que se alzó con Alsacia y Lorena para eterna debilidad propia y elevado dolor de nuestra culta Europa. Para cuantos de cerca miraban y seguían la guerra franco-prusiana en sus angustiosos incidentes, no daba muestras de previsor estadista quien se quedaba en este tiempo de relaciones entre los pueblos más pacíficos y más mercantiles que las relaciones entre los pueblos de las edades antiguas, con una piedra tal de muy enorme y continuo escándalo como las brutales conquistas de Metz y Estrasburgo, cuyos cuerpos estarán por un caso de fuerza incontrastable con Alemania , pero cuyas almas , después de la revolución francesa, están y estarán siempre con Francia. De la misma suerte que sabemos cómo la sustitución del antiguo Imperio católico austriaco, personificado en los Hapsburgos, pasó por alucinaciones poético-históricas del Konpritz Federico en Versalles á los protestantes y boreales Brandeburgos, también sabemos que por imposiciones hasta violentas del partido militar al rey Guillermo y del rey Guillermo al canciller Bismarck, pasaron Alsacia y Lorena, tan profundamente francesas, del pueblo francés al Estado Alemán. Guillermo el rudo no veía en aquellas dos acaparadas ciudades otra cosa que dos despojos del triunfo; pero

Bismark el político no podía menos de ver que, al acaparrarlas, aquistándose así el odio eterno de Francia, su aliada indispensable, cedía en las combinaciones mecánicas del sistema solar europeo una fuerza de atracción incalculable á Rusia, y se quedaba por este predominio inevitable de los rusos á merced y arbitrio de dos potencias como Austria é Italia, muy poco seguras ambas en su amistad con Alemania: la primera, por lo que tiene de eslava, y la segunda, por lo que tiene de latina. Pero el Canciller no se cansa de contrariar al Emperador, y sabe que no puede contrariarlo en cosa ninguna tanto como en extraer de la familia imperial todos los viejos timbres históricos, y con ellos alzarse, negando al padre de Guillermo II la fundación del Imperio y al abuelo el acaparamiento de Alsacia y de Lorena. Por esta necesidad incontrastable de venganza y desahogo explícase también sus tratos y sus coloquios continuos con todos los periodistas alemanes, que van molestando mucho al Emperador, y exponiéndole, por ende, á cualquier grave represalia, muy de temer en la pasión exaltadísima que siente allá en el trono por su poder incontestado y por sus ideas personales.

Sin embargo, en el afán de contar que aqueja hoy á los periodistas europeos, pululan muchos por el retiro de Bismarck y su familia, con el fin de oir y anotar los tristes lamentos y suspiros arrancados al Canciller y á sus afines por lo desmedido é inesperado de su irreparable desgracia. El periodista últimamente presentado en la montaña donde Prometeo se plañe y queja de Júpiter, llámase Max Bewer. No le creeríais un historiador, según lo mucho que se parece á un poeta. Su pluma no refiere, canta lo visto y escuchado. Desde las primeras líneas hasta las últimas, el relato huele á voluntario y pre-

meditado apologético. No sabiendo con quién comparar al gran estadista de Alemania, lo compara con el gran poeta, con Goethe mismo, cuando hay tanta paridad entre ambos como entre un casco prusiano y un laurel apolino. Lo más gracioso en tales encarecimientos resulta el cambio de sexos verificado por lo extremo de un entusiasmo, que califica en su desmedida hipérbole, por encarecer y por loar á dos hombres tan hombres, cual Goethe y Bismarck, de hermano y hermana. Hecho y dicho todo esto, cede la palabra con sumo arte á su ídolo. Pero el ídolo divaga, como diciendo con retintín en sus conscientes omisiones la imposibilidad completa de ocupar un espíritu como el suyo con cosas mayores que las humaredas del encendido tabaco y los dejos del sabroso lúpulo. Así, no pudiendo agarrarse á los mástiles de la nave, que se llama Estado, se agarra con amor á los árboles de su jardín, que bien pudiera llamarse con propiedad selva. Y encarece Bismarck los titánicos vegetales; el hueco de sus troncos parecido á cabañas; el verde gratísimo de su fronda; la música de su ramaje; la dulzura de sus frutos; el oxígeno comunicado por sus expiraciones á los aires; la transformación, por sus raíces, verificada sabiamente de la materia inorgánica en materia orgánica, coadyuvando al poema inmenso de los universales Metamorfóseos.

Desde tal idilio, impulsado por la palabra de su interlocutor, Bismarck ha entrado en plena tragedia. La política europea le ha servido para desquitarse del forzoso silencio que sobre la política interior le impone la necesidad tristísima de una pasiva inocencia. Sin embargo, bastábale haber leído promesas pacíficas en los discursos anuales del Emperador, para presagiar él, como ave de mal agüero, inevitables guerras. Aunque Alemania saliera victoriosa de la próxima, no podría cerrar el

templo de Jano, inscribiéndola como la última posible y anunciando el desarme : los hados nos condenan á lo que no condenó, en su misericordia por las bestias, ni á los tigres, ni á los leones: nos condenan sabiamente á nutrirnos unos de otros, comiéndonos mutuamente como los peces. Habrá, pues, otra guerra, y otra, y otra. Pero no creais que se deberá la victoria en estos combates, ni á la inteligencia, ni á la voluntad, ni á la dirección sabia, ni á la estrategia diestra, ni á la táctica superior, como en tiempo de Carlos V, Condé, Federico el Grande ó Napoleón I ; se deberá pura y simplemente á la química, es decir , á la mejor pólvora sin humo. ¡Quién sabe, ya entrado en este camino, si encontrada la substancia enemiga de la tuberculosis por un afortunado farmacéutico, podrá encontrarse algo así como el agua tofana, como el veneno célebre de los Borgias, que, llevado en tarros y diluido por aires, mate á las naciones enemigas de un soplo, como en la tarde misma del Juicio Final, cuando suene allá en el reloj de la eternidad el día último de la Creación. Lo cierto es que, allá en Sedán, cuando las tropas francesas oponían su disciplina, y su formación, y su número, y su arranque al contrario, los fusiles agujas y las ametralladoras en forma de abanico, invisibles é incontrastables, segaban las gentes y hacíanlas caer segadas como haces sobre la tierra, como hace cualquiera de los agentes mortales invisibles á que llamamos en el habla vulgar asoladoras pestes.

He aquí todo cuanto hemos adelantado en esta civilización, de la que nos ufanamos con soberbia tan senil : que las fatalidades múltiples abrumadoras de la misérrima humanidad, que las ciegas aniquiladoras fuerzas, que los combates entre opuestos elementos, que todo lo contingente puesto como una cadena inaguantable sobre lo

intelectual y lo moral, pese cada día sobre nuestros débiles hombres con más avasalladora pesadumbre. El Canciller se calló, después de haber trompeteado sus apocalipsis de universal exterminio, y tomó la palabra el buen Max Bewer, que nos demuestra en sus conceptos cuál demencia trastorna hoy las cabezas germánicas desvariadas á los vértigos de una verdaderamente dementadora victoria. ¿Pues no propone con suma gravedad la incorporación al mundo germánico de toda la Francia del Norte? ¿En esas estamos? ¿Con qué nuevo mongolado sueñan los alemanes? ¡Pues qué! ¿Basta romper en guerra, como cualquier Kan de Tartaria, por los cercanos pueblos, para que desaparezcan, suprimidos por el combate y la victoria? Napoleón el Grande no ganó el Occidente nuestro por haber ganado el combate de Castalla, ni tampoco el Oriente por haber ganado el combate de Moskowa. Suponiendo el triunfo indudable, la resistencia de toda región digna duraría tanto como duró la resistencia del Milanesado y del Véneto, tanto como durará la resistencia de Alsacia, de Lorena, de Polonia. La Flandes, animosa de suyo; la Bretaña, tan tenaz; la Vendee, francesa esencialmente, opondríanse con una resistencia secular, si preciso fuese, á esa dominación de una guerra vencedora, sin otro título para su victoria que la fuerza y la violencia. Para el confidente de Bismarck no debe quedar más región independiente y autónoma en el suelo francés que la región provenzal, con sus bosques de laureles, cantados por los trovadores; con su fuente de Vallclusa, donde suenan aún las lágrimas de Petrarca por Laura; con sus olivos helenos, cargados de cigarras; con sus abejas áticas, chupando mieles en lentiscos y romeros; con sus viejos monumentos, que la constituyen, armónicos y proporcionados, en una prolongación de Italia; con sus viejos

odios á la Francia de allende, todavía sangrienta y conquistadora en las ruinas amontonadas por el suelo y en los recuerdos amontonados por la memoria de los cantores heroicos provenzales. Mas, ¿por quién habrá tomado Provenza el escritor germánico? ¿Habrala tomado por alguna Baviera ó por algún Baden? Lo mismo en Liguria que en Provenza, lo mismo en Provenza que en Cataluña, lo mismo en Cataluña que en Valencia, regiones parecidas que se dirían animadas por un sólo espíritu, nadie piensa en separarse de la madre tierra patria de las tres gloriosas Naciones, con cuyos nombres se relamen los labios y se regodean los espíritus, Italia, Francia, España. Esos apartamientos suicidas, esas separaciones hostiles, esos Estados varios dentro de una misma nación, quédanse para la feudal Alemania, donde un individualismo que no excluye la servidumbre política, un individualismo verdaderamente indisciplinado, tiene dividida la patria en porciones parecidas á las monteras de Sancho. En Francia, en Italia, en España, tras nuestras revoluciones democráticas, hay tres Estados únicos, los cuales corresponden á la unidad de nuestro suelo, á la unidad de nuestro espíritu, á la unidad de nuestro ser. Déjense los alemanes de politiqueos retrospectivos y arqueólogos. Así como nadie se acuerda ya del reino de Arlés, y menos de que perteneció á un Emperador alemán llamado Lotario en el Mediodía de Francia, nadie se acuerda ya tampoco del episodio terrible de los albisenses y de las guerras, y de las conquistas que lo ensangrentaron. Bismarck mismo ha refrenado los desenfrenos de su interlocutor , y dicho lo que dicen cuantos hombres cultos viven dentro de la civilización universal : precisa para el bien de todos que haya una Francia en Europa.

Lástima grande verla tan estrechamente ligada con

Rusia. Esta interior amistad entre la República de Occidente y la Monarquía del Norte no empece al desarrollo de sus respectivas instituciones. Y como no empece á este desarrollo, hay que reconocer cuánto el absolutismo prospera en aquellos helados territorios, donde no brillan por ninguna parte, ni en sentido alguno, esperanzas de libertad ó asomos de progreso. Y en lo que principalmente claudica el Imperio ruso es en materia de libertad religiosa. Pedro el Grande, la grande Catalina, participaban del pensamiento propio á la centuria suya, y pertenecían, por ende, á la ciencia enciclopédica, generadora de la revolución universal. Alejandro I, si bien se apartaba de tal filosofía en todo, aproximábase á una especie de theosofismo asiático. Muy déspota su heredero y hermano, el Czar por excelencia, Nicolás, anteponía y sobreponía el absolutismo á todo, y cual á todo á la Iglesia. En su bizantinismo natural, contaba el Sínodo entre los consejos áulicos de su corona-tiara. El segundo Alejandro aparece, cual en todo, conciliador en materia religiosa, y deja, contra la oficial ortodoxia, cierta libertad á tanta y tanta secta como pululan por doquier, nidos de supersticiones, en su vasto Imperio. Mas instala una desgracia terrible, la muerte violenta de Alejandro II, al tercero en el trono. Y este sumo imperante, advenido tras una dinastía tolerantísima con relación á su naturaleza propia, recoge las tradiciones eslavonas y personifica la idea ortodoxa. Para recoger la tradición eslava, remacha más y más los eslabones de su autoridad autocrática; y para personificar la idea ortodoxa, retrograda mucho en materia de tolerancia religiosa. Los primeros á quejarse fueron los protestantes, muy tolerados en otro tiempo. Mayoría en los territorios conocidos con el nombre de provincias bálticas, estaban acostumbrados á vivir como

si vivieran bajo el propio patrio techo. Amén de la tolerancia tradicional en el Estado ruso, contaban ellos con la influencia de las princesas moscovitas, naturales ú oriundas de la Germania luterana. ¿Cuál no habrá sido, pues, el asombro suyo cuando se han visto atribulados por una intolerancia sistemática? Si tratan mal á los protestantes, cristianos en suma, imaginaos cómo tratarán á los judíos, víctimas de todas las diferentes ortodoxias. Indígnase uno al saber cómo el Prefecto de Odessa procede con estos desgraciados. No le basta verlos vejados cruelmente por las costumbres universales; exacérbalas él con sus mandatos y con sus ejemplos. Así todos allí se creen á una con derecho de insultar y perseguir al pobre y triste grupo judío, ingerido de antiguo en aquella población total. Apedrean á la vejez los chiquillos, faltan á las mujeres los mozos. Cuando sucede á un israelita cualquier desgracia, en vez de socorrerlo, como Dios manda, le aprietan la soga del dolor al cuello hasta extrangularlo. Parece aquello un aduar de la Edad Media, por iras horribles religiosas atravesado y herido. Entre las plagas que pudieran caer sobre la humanidad con más atroz pesadumbre, acaso fuera el retroceso á los combates religiosos la primera. Un sentimiento como la fe, que, bien dirigido, nos asciende sobre los ángeles; mal dirigido, nos echa bajo las bestias. Un religioso extraviado llega en sus extravíos hasta inquisidor antropófago. Y un pueblo intolerante derrama los horrores de la guerra en el alma y convierte las ideas puras, que deben abrirnos el horizonte de lo espiritual infinito, en manadas de fieras, que se pelean y se devoran entre sí, tenaz y perpetuamente. Comprendo, pues, que sociedad tan culta, como la sociedad británica, se haya conmovido por una calamidad tan horrible como el movimiento antisemita, y se haya di-

rigido al Czar en demanda y requerimiento de libertad para los espíritus. El Czar habrá cerrado los oídos á esta voz de la conciencia humana, porque los despotismos tradicionales é históricos no se transforman, viven ejerciendo la tiranía más horrible, hasta que mueren á manos de la revolución más desenfrenada. Si lo negáis, acordaos de los nihilistas.

Dos emperadores muy jóvenes, Guillermo y Alejandro, dirigen dos Imperios muy enormes: Alemania y Rusia. Pero hay una diferencia grandísima entre ambos. Mientras el emperador de Rusia muestra constancia casi tenaz en sus ideas y en sus propósitos, el emperador de Alemania muestra en unas y otros volubilidad casi mariposeante. Yerra en la cuestión religiosa el tercer Alejandro, pero con sistema en sus móviles y con objeto en sus acuerdos: quizá acierte Guillermo en las mismas cuestiones dentro de su imperio; pero ni al acertar promete seguridad ninguna de continuación y pertinacia en su acierto. Á cada paso de su vida le salta un arrepentimiento de Canosa entre los pies. Ahora, en estos días, ha tenido que devolver á los obispos y á los arzobispos católicos ochenta millones de reales retenidos con grande arbitrariedad y violencia de las congruas episcopales en aquellos lustros de los combates del imperio con la Iglesia católica, durante los que dije yo siempre al Emperador y al canciller de hierro cómo habrían de bajar la cabeza ante un poder tan impalpable, y etéreo, y espiritual, como el poder de los Papas. ¡Cuánto no gritaron los alemanes en las postrimerías de los siglos medios porque se alzaba con tanto dinero de las indulgencias el arzobispo de Colonia! Cuatrocientos años van transcurridos ya de la revolución iniciada por Lutero; todas las consecuencias políticas y hasta religiosas de la revolución lute-

rana se tocan en estos gobiernos completamente laicos y en estos contemporáneos Estados establecidos sobre las prácticas del examen libre y sobre los derechos de la humana conciencia; pero la virtud religiosa del catolicismo y la fuerza social del clero aún aparecen á nuestros ojos tan enormes, que todo un emperador de Alemania debe sin remedio entregar al arzobispo de Colonia cuantiosas arras, las cuales signifiquen y representen promesas de pacificación espiritual en las almas indispensable á la paz material de los pueblos. Tras el arzobispo de Colonia, que percibirá sus diez y seis millones arriba dichos, viene un señor obispo de Treves que debe percibir diez millones y medio. ¡Singulares fenómenos de un Imperio tan por todo extremo confuso como el Imperio alemán! Hay arzobispos extranjeros á quienes alcanza esta devolución. El arzobispo de Praga en Bohemia recibe unos ocho mil duros por causa y razón de las ovejas que cuenta bajo el dominio político de Prusia. Grandes ventajas para el clero católico indudablemente; pero debemos decir que las ha granjeado el consumadísimo estadista llamado Windthorst, pequeño por su estatura, grande por su destreza, verdadero Papa laico del Catolicismo alemán. Este parlamentario de primer orden, á quien jamás pagarán las gentes de su religión lo que por ellas hace, resalta entre todos los políticos europeos por dos calidades superiores de primer orden: por su habilidad y por su paciencia. Conseguida la paz entre una Iglesia tan por todo extremo pontificia como la Iglesia romana y un Imperio tan por todo extremo luterano como el Imperio germánico; restituidos á sus altas sedes los obispos considerados por Guillermo I como tizones de guerra civil en sus Estados; devueltas y reintegradas á sus legítimos dueños las cantidades retenidas como un botín y despojo de guerra;

el Papa laico pretende ahora el permiso de reingreso para los jesuítas expulsados en los ardores de tan gigante campaña. Á esto se resisten los luteranos germánicos de la derecha con todas sus fuerzas, como acontece también con escándalo de muchos en la democrática Suiza, cuya constitución, dictada en sus bases capitalísimas tras la victoria de los cantones protestantes sobre los cantones católicos, proscribe y expulsa implacablemente á los jesuítas como en tiempos de los reyes filósofos, pero absolutos y hasta despóticos. Mas quisiera yo trasladar cualquier creyente católico al seno de una familia protestante, bien alemana, bien inglesa, para que pudiesen ver cuánto esfuerzo necesita el jefe de los católicos alemanes para sostener la vuelta de los jesuítas á su Alemania. Los jesuítas, dicen todos los protestantes á una, representan una lamentable retrogradación, que, sembrando las guerras religiosas, ha sembrado la calamidad mayor indudablemente de las sociedades modernas. Ellos atizaron las hogueras de la Inquisición. Ellos se metieron como los demonios en la carne flaca del pobre Portugal. Ellos impulsaron á la matanza de San Bartolomé. Ellos consiguieron la revocación del Edicto de Nantes, que perturbó la paz religiosa en el centro de la Europa moderna y tantas nubes extendió sobre la recién emancipada conciencia. Si la reacción británica se recrudeció en términos que, para combatirla, resolvieron los ingleses la horrible decapitación de dos reyes, como Carlos y María Estuardo, el definitivo destronamiento de toda su familia en la última inapelable revolución, débese también á la orden de los jesuítas. Sus negras sotanas dirigían los ejércitos de Felipe II, cuando intentaban aplastar la libertad religiosa y la república democrática en la emancipada Holanda. Su conspiración maquiavélica

y continua encendió la guerra de los Treinta Años, que tan funesta fué al mundo germánico en particular y al mundo europeo en general. Quitáronle al Pontificado aquel carácter universal, por cuya virtud recibía la grande alma del catolicismo los afluyentes de todas las ideas, y diéronle aquella estrechez y egoismo, por cuyo maleficio se trocaba el jefe de la cristiandad entera en jefe de una secta. Do quier revolvió su sombra, extendió la muerte, como diz que hacen ciertos árboles de las primitivas selvas en América. Alemania, en odio á ellos, se apartó más y más de la Iglesia católica; y en odio á ellos constituyó Inglaterra su oficial anglicanismo. El Concilio de Trento, llamado , para unir á las dos ideas enemigas, Asamblea ecuménica, en cuya controversia debió hallarse la síntesis luminosa entre la vieja Iglesia y el nuevo cristianismo, llegó por culpa de los jesuítas á degenerar en triste Congreso de cortesanos, que ungió con el óleo santo el más grave de todos los errores y la más abominable de todas las instituciones: el absolutismo eclesiástico. Sólo hubo allí una cosa grande, una personalidad deslumbradora: el fundador de la orden. Su valor, su constancia, su tenacidad, su previsión, su conocimiento de la naturaleza humana para combatirla, su esfuerzo, el genio verdaderamente organizador que mostrara en aquella crisis, merecen, como todas las grandezas, admiración sin límites á la humanidad y á la historia. Pero he ahí la suerte de las grandes personalidades reaccionarias. Dios aglomera sobre su frente las extraordinarias cualidades, para que se vea mejor su irremediable impotencia. Nacen estos hombres de las retrogradaciones con fuerzas materiales y morales incontrastables, y, sin embargo, llegan á estrellarse contra el etéreo seno de una idea viva y á dejarse arrastrar como cuer-

pos inertes por los torrentes del progreso universal. Así hablan los protestantes de los Jesuítas, y estas consideraciones oponen á la propuesta de su regreso presentada casi á diario por el jefe de la escuela católica en Alemania. Pero este jefe advierte unas señales de próximas catástrofes tan evidentes, que anuncian, en porvenir no lejano, el llamamiento de Germania y su Imperio al jesuitismo, sin miedo ni recelo de reacción.

Pero es el caso que la religión protestante no puede no exentarse á su vez de una extrema derecha, tan retrógrada como el criticado jesuitismo católico. Ningún Jesuíta en España, ó en Italia, ó en Francia, ó en Portugal se hubiera atrevido á emprender contra los judíos la campaña emprendida por el pastor evangélico Hæker en Alemania. Ya sea por imposibilidad completa, ya sea por prudencia propia, el jesuitismo de nuestra Iglesia no llega jamás á los extremos donde han llegado aquellas sectas reaccionarias luteranas, á quienes podríamos llamar con toda propiedad, magüer protestantes, jesuíticas y aun ultramontanas. Y no creáis reo de tal reacción solamente al Pastor anti-semita, hoy tan universalmente célebre por sus predicaciones desatentadas. Á cada paso topáis con escritores y oradores en el mundo alemán, á cuyo lado habrán de pareceros liberales y racionalistas desde Nocedal y Orti hasta el P. Salvany en persona. Parece imposible; mas un hombre que había nacido con todas las cualidades necesarias para cautivar á los pueblos; tribuno más que teólogo, y tribuno de club y de plebe; rudo campesino del Oeste de Holstein, hijo de un carpintero y trabajador de un molino; fuerte en su carácter, enérgico en su voluntad, humorista en su lenguaje; poeta muchas veces, sin perder nunca la serenidad del buen sentido; indisciplinado por conciencia,

inquieto en su vida y múltiple en sus profesiones; sacerdote, jurisconsulto, médico, boticario; dotado de ingenio pedagógico; copioso de antítesis bruscas; propio para el arte y la literatura popular, se puso al frente de la reacción religiosa y llamó Ante-Cristo á la razón, como se lo habían llamado á los Nerones los antiguos cristianos; y llamó rebelde y destronadora de Dios á la conciencia libre; y dijo que no tenía derecho á levantarse contra la antigua religión luterana un púlpito por esa religión levantado; y sostuvo que sobre los huesos de Lutero iba á consumarse el adulterio de la Iglesia protestante con el espíritu de nuestro siglo; y rechazó toda explicación natural dada á la Biblia, diciendo que solamente era digna de fe la palabra de Dios en sus literales sentidos; y tuvo toda constitución por atentatoria á la lógica, y todo poder intermediario entre el gobernante y el gobernado por perturbador de la sociedad, y toda República popular por la más cara y la más odiosa de las instituciones, y todo pueblo deliberante y legislador por el más arbitrario de los tiranos, trazando como límite de las humanas perfecciones la religión germánica y la monarquía absoluta. Después de esto, ya nada hay que extrañar en nuestras reacciones católicas, en la vuelta al siglo décimotercio, en las apoteosis del Papa-Rey, en los deliquios por la teocracia, en la brutal franqueza con que la reacción entre nosotros convidaba á la conciencia á dormirse en la barca donde había permanecido incólume é inmóvil por espacio de diez y nueve siglos. La religión de la Reforma, de la conciencia, de la libertad, de la interpretación individual en las lecturas evangélicas, había caído en el abismo de servidumbre en que antes cayeran los neo-católicos. Hengstenberg sostuvo la reacción religiosa y política con menos entusiasmo, pero con más

ciencia y con más habilidad que el impetuoso Harms. La Biblia es por él adorada con el sentido materialista de los antiguos judíos carnales y con la intolerancia sangrienta de los modernos inquisidores reaccionarios. Su vocación fué el periodismo, y el periodismo insolente, desvergonzado, libelesco, rico en brutales agresiones, en diatribas, en calumnias, que espía á todos los librepensadores, que los sorprende en los secretos de su familia y en las intimidades de su conciencia, que los arrastra á la picota, contando con la complicidad y la satisfacción de las autoridades políticas, y que ya en la picota horrible agarrotados, expirantes, sin voz, sin defensa, los maldice, los abofetea y los escupe. Figuraos un Veuillot, sin su ingenio y sin su estilo, y tendréis una imagen fidelísima del escritor evangélico. Babea sobre la literatura clásica, inspirada en el paganismo; confunde la democracia con la demagogia; llama frívola, y ligera, y calaveresca á la Francia moderna; niega toda autoridad á la razón y toda virtud al derecho; declara la ciencia contemporánea más asoladora que el cólera morbo; califica á la teología sentimental de rehabilitación de la carne; todo bajo la bandera del más puro luteranismo, y con el propósito firme de restaurar la antigua religión. Y no le basta con la reacción religiosa; sostiene también la reacción política más insensata. Los mandamientos de Dios cometieron imperdonable olvido cuando mandaron honrar padre y madre, sin añadir igual respeto al rey y á la reina; porque para este piadosísimo cristiano, el rey y la reina son nuestros padres, nos han dado su sangre, nos han mantenido á sus pechos, nos conducen por la vida, y hasta nos aseguran la paz eterna en el seno de la muerte. Parécele incompatible tiranía orar por las Cámaras, según los preceptos de

la Constitución y los rescriptos del rey, sobre todo por la Cámara popular, nacida del libre examen y de la revolución política; consagrada á regatear tributos al monarca y á encender pasiones en el pueblo ; llena de reformadores, que son, al fin y al postre, con toda su apariencia de sensatos, dementes demagogos. El clero luterano debía orar tan solo por la Cámara de los señores, por esos campesinos que traen la santidad del terruño, por esos caballeros feudales que mantienen la servidumbre de la gleba, por esos reaccionarios que adoran de rodillas la Santa Alianza, por esos luteranos que pegarían fuego en todas las Universidades á todos los simulacros de la diosa razón, y á todos los filósofos, sus falsos y corrompidos sacerdotes. La separación de la Iglesia y del Estado es el error de los errores. Los reyes necesitan de la Iglesia como del cielo donde el cetro se forja ; la Iglesia necesita de los reyes, como de los ministros que le abren con sus varas y con sus sables el camino para la dominación material del mundo. Todos estos insensatos podían libremente entregarse á sus insensateces ; renegar de la conciencia libre, sin comprender que renegaban de Dios ; suprimir la libre voluntad, sin comprender que suprimían al hombre. Su rabia, su locura, sus negaciones de la luz, sus combates al progreso, su bárbara conjuración para oprimir y envilecer á nuestro tiempo, demostraba con qué razón, con qué derecho, con qué verdad había sostenido el siglo XVIII el salvador principio de la incompatibilidad absoluta entre las Iglesias tolerantes y las modernas libertades. He aquí la reacción espantosa contra la cual empiezan á moverse los espíritus liberales en Alemania.

Bosquejada la crisis religiosa que atraviesa el Imperio alemán, réstanos únicamente ocuparnos en los capitales hechos del mes transcurrido y casi finado. Para mí, el

primero entre todos es la grande agitación democrática de los belgas, anhelosos por el sufragio universal. Bajo un ministerio retrógrado, en todo el estado de reacción permitido por aquellas instituciones progresivas, los belgas piden la igualdad absoluta de derechos políticos, juzgada por muchos medrosos como un atentado á la fundamental y sacrosanta libertad. Las intensidades múltiples del deseo y opinión popular se conocen por las resistencias ciegas del Gobierno y de la política imperantes. No comprendiendo cómo el instinto de la muchedumbre adivina que su aspiración se cumple y su plan se realiza dentro del orden más completo y bajo la más escrupulosa legalidad, temían una revolución, según las precauciones decididas y las tropas consignadas, únicamente porque había el partido avanzado resuelto cierta manifestación solemne y pública en favor del sufragio universal. Si Alemania ó Francia hubiesen violado la neutralidad belga, no se arma en la Nación y en el Estado ruido tan fragoroso como el que hase armado con motivo de la inocente procesión cívica. Disposiciones muy severas del ministro de la Gobernación; proclamas y órdenes muy alarmantes de los burgomaestres y demás autoridades, á cuyo cargo corre la conservación del orden público en Bélgica; llamamiento de las milicias nacionales acaso para detener con sus bayonetas el cielo que se debía venir abajo; concentración de tropas cual en víspera de guerra; todo esto y mucho más ha pensado el ministerio belga para conjurar los alardes inofensivos de un pueblo que reclama una intervención en el Estado, admitida por Francia, Suiza y España en sus leyes fundamentales. No había cosa que temer, pues, de aspiración popular tan legítima, expresada por un partido, el cual debía mostrar tanto empeño, como el Gobierno mismo, en la completa conservación del

orden por indispensable á sus designios. Así llegó el temible día; los asustados pudieron ver con sus ojos y tocar con sus propias manos la inania de los recelos suyos. Unos cuatro mil hombres recorrieron las calles en orden de formación casi militar, y se dispersaron delante del palacio de la ciudad sin escándalos ni atropellos. Habían prometido pasar ante las ventanas del Monarca y ante los vestíbulos del Congreso; mas no realizaron tal intento. Lo crudo y horrible del tiempo, así como lo nevado y frío del suelo, contribuyeron á la general tranquilidad. El problema de todos modos está inscrito ya en la viviente realidad, y no podrá resolverse sino por la victoria del sufragio universal. Todas las ideas bien sembradas germinan, brotan, florecen y maduran. Entre tales agitaciones ha sobrevenido á la dinastía una inmensa desgracia: la muerte del príncipe Balduino, heredero de la corona belga. Hijo del conde de Flandes, y sucesor designado al trono por no contar con hijos varones el Monarca, los belgas han llorado su temprana muerte, atribuida por algunos maliciosos á triste accidente, muy análogo al que acabó con persona tan afamada como Rodolfo de Hapsburgo. El Gobierno desmintió esta infundada especie; y el diario propalador de ella responderá de su embuste ante los tribunales de Justicia. Pero seguramente la muerte del heredero de Bélgica reabre las heridas mortales que lleva en su corazón la dinastía del heredero de Austria. El Emperador este y el Imperio suyo atraviesan ahora supremas circunstancias. La Dieta central acaba de ser disuelta por un decreto, cuyas disposiciones adelantan de algunos días la muerte natural de tamaño Congreso. Mal, muy mal, ¡ay!, lo deja todo el Parlamento muerto al Parlamento futuro. Los años tan sólo sirven para ir moviendo las discordias entre aquellos pueblos desafines

que consumen su vida en perpetuos litigios de unos contra otros. Los irredentistas del territorio italiano, los tcheques del bohemio, los transilvanos y croatas del húngaro, los turcos del bosniaco, los ilirios y demás naturales del dálmata, los polacos del gracovio, los esclavones de todas partes, mueven un pleito á sus convecinos y convivientes por tal manera fragoroso, que no hay medio de oirlos y atenderlos, por el escándalo mismo que ellos promueven y levantan. En el confuso estado y situación de ahora, únicamente podemos pedir al cielo que no caiga sobre nosotros plaga tan horrible y desastrosa como la guerra. La censura infligida por el Parlamento italiano al Gobierno de Crispi, demuestra cómo Europa desea la paz y la libertad.

Emilio Castelar.

REVISTA ECONÓMICA

SUMARIO : Situación de la Hacienda de España.—Liquidación del presupuesto en 1890.—Estado del Tesoro.—Comercio general de España en 1889.—La Bolsa en el mes de Enero.—El Banco Hispano-Colonial en 1890.—El Banco de España.—Compañía de Tabacos.

No es buena la situación de la Hacienda de España. Los gastos superan á los ingresos en cantidades alarmantes para un país pobre como el nuestro. Á 800 millones de pesetas asciende el desnivel entre los recursos del Estado y sus obligaciones en el último decenio.

En períodos de guerras y perturbaciones internas, podrían, quizá, justificarse déficits tan cuantiosos. En épocas de paz y tranquilidad política son inequívocos signos de desacierto administrativo y de falta de inteligencia y celo en la gestión financiera.

Decía Stuart Mill que el mejor medio de asegurar la libertad en un pueblo consistía en acrecentar sus riquezas y su prosperidad. Así es, en efecto, y la historia lo confirma. Las naciones que viven en la miseria, pocas veces logran gozar de instituciones democráticas. Hasta su independencia no lo es más que relativa.

El partido liberal, que tan grandes cosas ha dejado implantadas en el orden político, ha estado poco acertado en cuanto se relaciona con la economía nacional y con la Hacienda pública. Su paso por el poder ha sido estéril completamente. Encontró toda la producción perturbada por profunda crisis, y en el mismo estado la dejó. La Hacienda, nutriéndose del crédito y de los recursos de lo por venir, y después de cinco años, la deja mucho peor todavía que la encontrara.

Esto, precisa reconocerse hasta por los mismos que militamos bajo las banderas de dicho partido, aceleró más que todas las *corazonadas* su caída.

El ejercicio de 1889-90 terminó el 31 de Diciembre en un período de ampliación, y ha terminado mal, como todos los anteriores. La recaudación obtenida importa 740 millones de pesetas, y los pagos ejecutados ascienden á 801 millones. Déficit, 64 millones. Este presupuesto se calculó con 3 millones de sobrante. No se equivocó su autor no más que en 64 millones.

***

Con estos antecedentes, no es maravilla que el estado del Tesoro sea peor cada día. La deuda flotante pasa de 300 millones de pesetas, y el ministro de Hacienda no sabe de qué recursos echar mano, porque todos están agotados.

Dícese que se estudia un proyecto para recoger y amortizar todas las deudas del Tesoro. Estimamos esta medida completamente necesaria y urgente. En el último balance del Banco de España figuran billetes por valor de 749 millones de pesetas. El límite legal se está tocando, y si el Tesoro no recoge sus pagarés y sus letras, nues-

tro primer establecimiento de crédito tendrá que renunciar en absoluto á toda operación mercantil.

***

La dirección de Contribuciones indirectas ha publicado la estadística completa del comercio exterior de España en 1889.

El comercio de importación se elevó en 1889 á la cifra de pesetas 866.311,424, y el de exportación á la de 896.855,827; total general del tráfico en dicho año, 1,763.167,250.

Comparadas estas cifras con las correspondientes al año 1888, aparece una diferencia de más, en 1880, de 284 millones, y 272 comparado con el término medio del quinquenio.

Se observa que hemos exportado mercancías por 30.544,402 pesetas más que importado, lo cual demuestra una balanza mercantil muy favorable á España.

Nuestro principal comercio es con Francia; y en el repetido año de 1889 la importación de géneros franceses se elevó á la cantidad de 264 millones de pesetas, y lo que exportamos á dicho país fué por valor de 386 millones; es decir, que vendemos á Francia 122 millones más que compramos.

La importancia que tiene nuestro comercio con la vecina República se comprende con fijarse en que representa más de una tercera parte del total tráfico.

También el comercio con Inglaterra es muy favorable á España, porque la importación se elevó en dicho año de 1889 á 161 millones de pesetas, y exportamos á dicho país por valor de 207.

La importación de trigo en el año á que se refiere la

estadística que nos ocupa fué de 145.312,334 kilogramos, y la de harina de trigo de 30.653,798.

La exportación de trigo se elevó á 162,354 kilogramos, y de harina de trigo á 23.396,168.

El principal artículo de importación fueron los aguardientes extranjeros, que se elevó en 1889 á la cantidad de 33.984,172 litros, por valor de 13.593,669 pesetas, y los derechos satisfechos importaron pesetas 5.903,697.

Nuestra principal exportación consistió en vinos comunes ó de pasto, que se elevó á la cifra de litros 840.588,005, por valor de 252.174,901 pesetas.

Para Francia, la exportación del expresado artículo fué de 708.620,223 litros, por valor de 212.586,067 pesetas.

Indican estos datos que la crisis comercial va desapareciendo. Ya era hora.

***

Buen año para la Bolsa ha sido el que acaba de terminar. Casi todos los valores han conseguido ventaja de consideración. La paz internacional que se ha disfrutado y el aumento creciente de capitales sin colocación, han sido sus causas determinantes. He aquí un resumen comparativo de las diferencias de los títulos principales.

31 DICIEMBRE.

	1889	1890	Diferencia.
Exterior español.....	73,30	75,85	+ 2,55
3 por 100 francés.....	87,30	90,05	+ 7,75
4 por 100 austriaco...	94,00	95,80	+ 1,80
Italiano.....	95,20	94,35	— 0,85
Portugués, 3 por 100..	65,40	58,40	— 7,00

El mes de Enero ha sido también favorable.

Los valores del Estado español continúan avanzando, á pesar de todas las dificultades financieras del Tesoro.

Los últimos tipos cotizados en 31 de Enero son los siguientes:

4 por 100 interior	76,70
4 por 100 exterior	78,25
4 por 100 amortizable	89,35
Cubas	103,20
Banco de España	398,00
Cédulas 5 por 100 Banco Hipotecario	101,50
Cédulas, 4 por 100	92,50
Compañía de Tabacos	90,00

Desde el 31 de Enero no ha cesado el movimiento de avance, y en esta buena dirección continúa.

***

Como todos los años acontece, el Banco Hispano-Colonial es el primero que ha dado á conocer el resultado de su gestión en 1890. De año en año este Banco mejora mucho. Hace cuatro temíamos por su existencia. La cartera era poco tranquilizadora. Merced á la nueva administración, ha conseguido arrollar todas las dificultades, y hoy posee una cartera sólida y sus accionistas disfrutan de regulares dividendos.

	Pesetas.
Los productos del ejercicio pasado ascendieron á	5.786,346,66
De los que deducidos los gastos generales	1.119,680,00
Resultan beneficios líquidos	4.666,666,66

Que con arreglo al artículo 34 de los Estatutos sociales, se distribuyen:

Á las 48,000 acciones, á razón de Ptas. 87'30 cada una.....	4.200,000,00
Á la Administración social.....	466,666,66

***

El Banco de España ha acordado distribuir á sus accionistas 50 pesetas por cada acción por complemento del dividendo de 1890. Son 100 pesetas en el año, igual cantidad que en el anterior.

Los beneficios de 1890 han sido, sin embargo, algo inferiores á los de 1889: quizá hubiera sido conveniente restringir un poco el reparto para reforzar más las reservas.

***

La Compañía Arrendataria de Tabacos celebra junta general el día 26 del corriente.

La recaudación va en aumento constante. Desde Julio hasta ahora ha conseguido cinco millones de pesetas de ventaja sobre el año anterior.

UN EX MINISTRO.

ÍNDICE

Páginas.

SECCIÓN EXTRANJERA.

La sonata de Kreutzer (tercera parte), por el Conde León Tolstoy. 5
La paja húmeda de los calabozos (cuento), por Juan Richepin..... 47
Costumbres de París, por Alfonso Daudet..... 51
Alfonso Daudet, por Emilio Zola..... 62
En el jardín, poesía traducida por Teodoro Llorente, por Ernesto D'Hervilly..... 90

SECCIÓN ESPAÑOLA.

Congreso internacional, por Concepción Arenal..... 91
José Valero, por José Zorrilla..... 106
La filosofía alemana y la cultura filosófica moderna, por U. González Serrano..... 120
Palabrería, por el Dr. Thebussem..... 135
Un poco de todo, por Rafael M. Merchán..... 166
La cuestión académica, por Rafael Altamira..... 183
Crónica internacional, por Emilio Castelar..... 189
Revista económica, por un ex Ministro..... 216

España moderna

AÑO III. NÚM. XXVII.

LA

ESPAÑA MODERNA

(REVISTA IBERO-AMERICANA)

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LÁZARO

MARZO—1891

MADRID
IMPRENTA DE ANTONIO PÉREZ DUBRULL
Flor Baja, 22
—
1891

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

Sección Española.

CURIOSIDADES LINGÜÍSTICAS

NADIE hasta hoy habrá encontrado en versos que corren por de Santa Teresa uno que parece artificio y es sin duda ingenioso accidente espontáneo, en que la Santa, sin advertirlo, y por puro efecto de su inspiración y manera de expresar sus pasiones vehementísimas, escribía de modo que sus poemas se pudiesen leer ofreciendo el mismo sentido así de arriba abajo como de abajo arriba.

Pasemos á presentar ejemplos de este nuestro descubrimiento, hecho en el mes de Octubre último.

En un folletito que con el título de *Cautelas de San Juan de la Cruz que ha menester traer siempre delante de sí el que quisiere ser verdadero religioso y llegar en breve á mucha perfección* (Valencia, por José Tomás Lucas, 1759, en 8.°), hay un *Ofrecimiento que de sí hace á Dios la bienaventurada Madre y Seráfica Doctora Santa Teresa de Jesús.*

ESTRIBILLO.

«Vuestra soy, para vos nací,
¿Qué mandáis hacer de mí?

Majestad, suma grandeza,
Eterna sabiduría,

Bondad suma, al alma mía
Dios un ser, poder y alteza;
Mirad la suma tristeza
De esta que se ofrece á ti:
Vuestra soy, etc.

»Vuestra soy, pues me creasteis;
Vuestra, pues me redimisteis;
Vuestra, pues que me sufristeis;
Vuestra, pues que me llamasteis;
Vuestra, pues me conservasteis;
Vuestra, pues no me perdí:
Vuestra soy, etc.

»Veis aquí mi corazón;
Yo le pongo en vuestra palma,
Mi cuerpo, mi vida y alma,
Mis entradas y aflición,
Luz, esposo, redención,
Pues por vuestra me ofrecí:
Vuestra soy, etc.

»Dadme muerte, dadme vida,
Dad salud ó enfermedad,
Honra ó deshonra me dad;
Dadme guerra ó paz cumplida,
Flaqueza ó fuerza á mi vida,
Que á todo diré que sí:
Vuestra soy, etc.

»Dadme riqueza ó pobreza,
Consuelos ó desconsuelos,
Dadme alegría ó tristeza,
Dadme infierno ó dadme cielos;
Nada dulce, sol sin velos,
Pues del todo me rendí:
Vuestra soy, etc.

»Si queréis que me esté holgando,
Por amor me quiero holgar;
Si me mandáis trabajar,
Morir quiero trabajando;

Decid, dónde, cómo ó cuándo;
Decid, dulce amor, decí:
Vuestra soy, etc.

»Dadme Calvario ó Tabor,
Desierto ó tierra abundosa;
Sea Job en el dolor
O Juan que al pecho reposa;
Sea yo viña fructuosa
O estéril, si cumple así:
Vuestra soy, para vos naci,
¿Qué mandáis hacer de mí?»

Léanse ahora al revés estos versos, y se verá que conservan el mismo sentido, la regularidad misma en el pensamiento, sin que en algunos se note gran violencia, antes bien en los más se advierte fluidez de dicción, que no es poco mérito.

Véase la comprobación de nuestras palabras:

ESTRIBILLO.

«*¿Qué mandáis hacer de mí?*
Vuestra soy, para vos naci.

»De esta que se ofrece á ti
Mirad la suma vileza:
Dios, un ser, poder y alteza,
Bondad suma al alma mía,
Eterna sabiduría,
Majestad, suma grandeza.

—

»*¿Qué mandáis hacer de mí?*
Vuestra soy, para vos naci.

»Vuestra, pues no me perdí;
Vuestra, pues me conservasteis;
Vuestra, pues que me llamasteis,
Vuestra, pues que me sufristeis;

Vuestra, pues me redimisteis;
Vuestra soy, pues me criasteis.

—

» *¿ Qué mandáis hacer de mí?*
Vuestra soy, para vos nací.
» Pues por vuestra me ofrecí,
Luz, esposo, redención,
Mis entrañas y afición,
Mi cuerpo, mi vida y alma:
Yo le pongo en vuestra palma,
Veis aquí mi corazón.

—

» *¿ Qué mandáis hacer de mí?*
Vuestra soy, para vos nací.
» Que á todo diré que sí,
Flaqueza ó fuerza á mi vida,
Dadme guerra ó paz cumplida,
Honra ó deshonra me dad,
Dad salud ó enfermedad,
Dadme muerte ó dadme vida.

—

» *¿ Qué mandáis hacer de mí?*
Vuestra soy, para vos nací.
» Decid, dulce amor, decí,
Decid dónde, cómo ó cuándo;
Morir quiero trabajando,
Si me mandáis trabajar;
Por amor me quiero holgar,
Si queréis que me esté holgando.

—

» *¿ Qué mandáis hacer de mí?*
Vuestra soy, para vos nací,
O estéril si cumple así,
Sea yo viña fructuosa;

Ó Juan que al pecho reposa,
Sea Job en el dolor:
Desierto ó tierra abundosa,
Dadme Calvario ó Tabor.»

El Sr. D. Juan Valera ha observado que esto de las invocaciones numerosas y otras frases de pasión contribuyen á que esto así suceda; y para llevar más el convencimiento al ánimo de los lectores con aquella fecunda perspicacia que tanto admiramos en él, hace deducciones muy preciosas, que se leen con merecido agrado (1) y respetuoso aprecio.

Sin embargo, yo encuentro en otros versos de los atribuidos á Santa Teresa de Jesús el mismo ritmo é idéntica arcanidad.

« Vida, ¿qué puedo yo darle
Á mi Dios que vive en mí,
Si no es el perderte á ti,
Para mejor á él gozarle?
Quiero muriendo alcanzarle,
Pues á él sólo es el que quiero,
Que muero porque no muero,
» Aquella vida de arriba
Es la vida verdadera;
Hasta que esa vida muera
No se goza estando viva.
Muerte, no me seas esquiva;
Vivo muriendo primero,
Que muero porque no muero».

Léanse ahora, adoptando la misma forma que hemos seguido al tratar de los anteriores versos:

« *Que muero porque no muero.*
Pues á él sólo es el que quiero,

(1) En unos artículos muy galana y discretamente escritos en *Los Lunes de El Imparcial.*

Quiero muriendo alcanzarle.
Para mejor á él gozarle,
Si no es el perderte á ti,
Á mi Dios que vive en mí,
Vida, ¿qué puedo yo darle?

» *Que muero porque no muero*,
Vivo, muriendo primero.
Muerte, ¡no me seas equiva!
No se goza estando viva
Hasta que esta vida muera;
Es la vida verdadera
Aquella vida de arriba ».

Como se ve, nada ha existido de ilusión en mí.

Pero esto, que en otra forma y ejemplos de menor importancia di á conocer, la ha tomado y mucha con la sucesión de otros descubrimientos literarios míos más modernos aún, resultando que lo que al principio consideré como un mérito especial de la gloriosa virgen del Carmelo, lo es también de otros poetas religiosos sus contemporáneos y de esclarecido renombre.

El Sr. Valera tiene aquí un vastísimo y florido campo para sus siempre oportunas observaciones.

Yo lo confieso: al advertir en los versos de los autores, que voy á citar seguidamente, estos tesoros de belleza y de encanto, al pronto quedé dudoso de lo mismo que veía; lo miraba, lo volvía á leer de ambas maneras, y me admiraba, contemplando aquel mérito que no osaba calificar en la región de la vaga fantasía.

San Juan de la Cruz es otro ejemplo de lo que hemos observado en los anteriores versos. También en él he descubierto esa facilidad de escribir, resultando en los más de ellos ese don de que lo mismo puedan leerse de

arriba abajo que de abajo arriba. Véanse algunos de aquella tan conocida canción:

« En una noche oscura,
Con ansias, en amores inflamada,
¡ Oh dichosa ventura !
Salí sin ser notada,
Estando ya mi casa sosegada ».

Sin añadirle ó modificarle palabra, léanse ahora de abajo arriba, y no pierden en sentido, dulzura y armonía.

« Estando ya mi casa sosegada,
Salí sin ser notada,
¡Oh dichosa ventura!
Con ansias, en amores inflamada,
En una noche oscura ».

Pero es más. Puestos en italiano los versos con traducción bastante exacta, resulta el efecto mismo leyéndose de ambos modos, como puede hacerse con la siguiente estrofa:

« Stando già la mia casa addormentata,
Uscii, né fui, notata,
¡ O felice ventura !
Di mill' ansie d' amor tutt' inflammata,
In una notte oscura ».

Sigue otra estancia del mismo autor:

« Á oscuras y segura,
Por la secreta escala, disfrazada,
¡ Oh dichosa ventura !
Á oscuras encelada,
Estando ya mi casa sosegada ».

Leída del otro modo, aparece cual aquí irá estampada:

« Estando ya mi casa sosegada,
Á oscuras, encelada,
¡ Oh dichosa ventura !
Por la secreta escala, disfrazada,
Á oscuras y segura ».

El mismo efecto resulta en la versión italiana:

« Stando già la mia casa addormentata ,
Al bujo e ben calata ,
¡ O felice ventura !
Per la secreta scala , trasformata ,
Al bujo e ben sicura ».

Continuemos este curioso estudio comparativo, en testimonio evidente de la verdad del descubrimiento.

« En mi pecho florido
Que entero para él sólo se guardaba,
Allí quedó dormido,
Y yo le regalaba
Y el ventalle de cedros aire daba ».

Así se lee en dirección opuesta:

« Y el ventalle de cedros aire daba,
Y yo le regalaba :
Allí quedó dormido;
Que entero para él sólo se guardaba
En mi pecho florido ».

Y en la versión italiana, aunque no con tanta propiedad, se puede leer la estrofa de abajo arriba:

« Con ventaglio di cedro il ventilaba ,
Et io che l' vezzeggiava ;

S' addormentò il diletto ,
Che solo al caro mio sgombro servaba
Su 'l mio fiorito petto ».

Más soltura y belleza se encuentra sin duda alguna en el cambio de la lectura de la estrofa siguiente, como se comprenderá desde luego:

«El aire del almena ,
Cuando ya sus cabellos esparcía ,
Con su mano serena
En mi cuello hería ,
Y todos mis sentidos suspendía.»

He aquí cambiada la estancia sin que pierda el sentido con demérito alguno :

«Y todos mis sentidos suspendía ;
En mi cuello hería
Con su mano serena ,
Cuando ya sus cabellos esparcía
El aire del almena».

No así sucede con la versión italiana, en que no se encuentra hecha con suficiente arte para que se halle exenta de violencia alguna :

E tutti i sensi miei dolce rapiva :
Nel colo mi feriva
Ei con la man serena ,
Ventilargli il bel crin lenta s'udiva
Quando poi l'aura amena.

En estas versiones no decimos que el autor pusiese cuidado sumo en competir con el estro de San Juan de la Cruz; pero se ve en ellas alguna dulzura, que no debilita los originales en su delicadeza, ni menos los oscurece con una mayor perfección :

Los conceptos conservan su singular armonía, y por la belleza del idioma italiano se leen con el agrado que una novedad de este género lleva consigo.

Pasemos á otra canción merecidamente afamada, de San Juan de la Cruz:

¿Adónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como ciervo huiste;
Habiéndome herido,
Salí tras ti clamando; ya eras ido.

Comparémosla leída de otra suerte:

«Salí tras ti clamando; ya eras ido.
Habiéndome herido
Como ciervo huiste,
Amado, y me dejaste con gemido.
¿Adónde te escondiste?»

Y prosigamos la comparación, llevada la estrofa al idioma de Petrarca y Tasso:

T'uscii dietro gridando; eri gia ito
Havendomi ferito,
Come cervo fuggisti
E mi lasciasti in gémito infinito
Dove asconder tem gisti.

Véase esta estrofa, algo difícil por cierto:

«Pastores los que fuerdes
Allá por las majadas al otero,
Si por ventura vierdes
Á aquel que yo más quiero,
Decidle que adolezco, peno y muero.»

De nuevo se lee y resulta con el mismo sentido:

Decidle que adolezco peno y muero
Á aquel que yo más quiero;

Si por ventura vierdes
Allá por las majadas al otero,
Pastores los que fuerdes.

Y el fenómeno literario, por así decirlo, si me lo permiten los lectores, se encuentra en la estrofa puesta en habla italiana:

Ditegli che languisco, peno e moro,
L' amato mio tesoro
Ser per sorte vedrete,
Colà di schiera in schiera al colle d' oro
Pestori quel che andrete (1).

Y aquí tenemos otra estrofa de la canción misma:

«Buscando mis amores
Iré por esos montes y riberas:
Ni cogeré las flores,
Ni temeré las fieras,
Y pasaré los bosques y fronteras.»

De otro modo:

«Y pasaré los bosques y fronteras;
Ni temeré las fieras,
Ni cogeré las flores,
Iré por esos montes y riberas
Buscando mis amores.»

---

(1) El maestro Fr. Luis de León, imitando el mismo cántico en verso, no tiene toda la fuerza de expresión que San Juan de la Cruz:

«Yo os protesto y conjuro,
Que si acaso á mi esposo
Viéredes por el prado ó bosque umbroso,
Le deis la nueva luego,
¡Oh hijas de Sión!, de cómo muero;
Que el amoroso fuego,
Me tiene en lo postrero
Con tal desmayo, que la muerte espero.»

Obsérvese que no pueden leerse de abajo arriba.

Otra estrofa más :

«¡Oh bosques y espesuras
Plantados por la mano del Amado!
¡Oh prado de verduras,
De flores esmaltado,
Decid si por vosotros ha pasado!»

Véase de otra manera :

«Decid si por vosotros ha pasado,
De flores esmaltado,
¡Oh prado de verduras,
Plantado por la mano del Amado!
¡Oh bosques y espesuras!»

Y en lengua itálica :

Ditemi se per voi il sia passato,
De' bei fiori smaltato
O prato di verdure!
Piantato per la mano del mio Amato
O selve dense oscure!

Sirva esta estrofa, de la misma canción, para poner fin á mis observaciones :

«Mil gracias derramando
Pasó por estos sotos con presura,
Y yéndolos mirando,
Con sola su figura,
Vestidos los dejó de su hermosura».

Trasladada de contrapuesto modo se halla así :

«Vestidos los dejó de su hermosura
Con sola su figura ;
Y yéndolos mirando,
Pasó por estos sotos con presura,
Mil gracias derramando».

Basta, pues, á mi intento. ¿En qué consiste tal manera de escribir? ¿San Juan de la Cruz lo hizo por artificio? ¿Con qué propósito? Si era para revelarlo á alguno ó algunos, ó hacerlo valer como mérito superior de sus poesías, esto disuena con el sencillo y candoroso espíritu de San Juan de la Cruz. Y sobre todo, en las tradiciones de la Orden hubiera quedado la memoria; y notorio es que las Órdenes religiosas las conservaban fielmente hasta el extremo, y más tratándose de varones que en tan supremo grado las honraban como este Santo, como el sabio teólogo místico y como el poeta dulcemente apasionado.

La Orden Carmelitana hubiera un día, en celebración de San Juan de la Cruz, descubierto el artificio de su ingenio, y aun por respetuoso y exaltado cariño á la misma, atribuido al hecho misterioso espirituales orígenes.

Pero nada de esto ha sucedido. El descubrimiento se debe á un anciano investigador de arcanidades literarias españolas; el cual, si le preguntan en qué estriba esta gala de ingenio en un poeta lejos de las vanidades del siglo, podrá decir, según su opinión, que el autor lo ejecutaba ignorando en qué consistía. No está dentro de la estructura del arte. Aquí no hubo enseñanza. Por eso aparece todo sin dificultad. Y, sin embargo, algunos juzgarán imposibles para ellos las que para San Juan de la Cruz eran seguramente incomprensibles ó no pensadas facilidades, habilidad aprendida de aquello mismo que no se sabía.

Rara vez se hallan ejemplos de estas lecturas en fray Luis de León, y para buscarlas hay que acudir á alguna que otra imitación bíblica.

«LA ESPOSA.

» Mi amado, mi querido,
Es cual racimo de uvas regalado,

Desde Chipre traído.
Cual racimo criado
En las viñas más fértiles de Engado.»

—

«En las viñas más fértiles de Engado,
Cual racimo criado
Desde Chipre traído.
Es cual racimo de uvas regalado
Mi amado, mi querido.»

«EL ESPOSO.

»¡Cuán apacible y bella
Que eres, amiga mía! ¡Oh, cuán graciosa!
¡Cuán hermosa doncella!
No hay semejante cosa;
Y son tus ojos de paloma hermosa.»

—

«Y son tus ojos de paloma hermosa;
No hay semejante cosa.
¡Cuán hermosa doncella
Que eres, amiga mía! ¡Oh, cuán graciosa!
¡Cuán apacible y bella!»

«LA ESPOSA.

»Yo soy flor olorosa
Del verde campo, sin lesión cogida:
Soy azucena hermosa,
Cuando está florecida,
De los profundos valles producida.»

—

«De los profundos valles producida,
Cuando está florecida,
Soy azucena hermosa;
Del verde campo, sin lesión cogida,
Yo soy flor olorosa.»

« EL ESPOSO.

» Cual la casta azucena,
Entre espinas y abrojos resplandece,
Así mi amiga, llena
De belleza, florece
Y entre todas las hijas resplandece.»

—

« Y entre todas las hijas resplandece :
De belleza florece
Así mi amiga llena :
Entre flores y espinas resplandece
Cual la casta azucena.»

« LA ESPOSA.

» Cual el manzano hermoso,
Con los salvajes árboles medido,
Parece más vistoso ;
Tal parece, metido
Entre todos los hijos, mi querido.»

—

« Entre todos los hijos, mi querido,
Tal parece metido :
Parece más vistoso,
Con los salvajes árboles medido,
Cual el manzano hermoso.»

—

« Con la mano siniestra
La caída cabeza sustentando,
Y con la mano diestra
Abrazos me está dando,
Mi flaqueza con ellos animando.»

—

« Mi flaqueza con ellos animando
Abrazos me está dando,

Y con la mano diestra ;
La caída cabeza sustentando
Con la mano siniestra.»

—

«Que ya pasó el invierno,
Ya se ausentó la tempestad lluviosa :
Del pimpollito tierno
Ya ha salido la rosa,
Ya con flores está la tierra hermosa.»

—

«Ya con flores está la tierra hermosa;
Ya ha salido la rosa
Del pimpollito tierno ;
Ya se ausentó la tempestad lluviosa,
Que ya pasó el invierno.»

Desde luego nuestros lectores habrán parado su complacida atención en que á veces, leída la estrofa de la canción al revés, aparece con fluidez más hermosa de lenguaje.

Aunque no hayamos conseguido otra cosa que descubrir en el estudio de esos escritores tan hasta hoy ignoradas bellezas, y dar motivo á que con más atractivo se lean y admiren, por bien empleadas tengo mis investigaciones.

Por vanidad considero la creencia de que esto no haya sido espontáneo. Pero ¿cómo se explica esta secreta fuerza de la ciencia en el idioma que escribiendo de un modo, el corriente, el usual, resulte dicho de otro, sin que en lo más pequeño sufra detrimento alguno el significado, ni en las voces ni en la estructura de la oración ?

He leído mucho de este género en copleros devotos de los siglos XVI, XVII y XVIII para celebrar festividades de canonizaciones y de restauración de templos y otros semejantes actos. Allí se escribían ramplonas ó malamente

gongorinas poesías con laberintos y caprichos, todos deplorables. Querían los autores ostentar una eximia agudeza de ingenio, y una facilidad portentosa para juguetes que juzgaban de lo más sublime, y dignos así de la celebración de aquellos objetos en su devota efervescencia. Mas en todo aparecían constantemente imaginaciones desmayadísimas por falta de estro, y puesto el cuidado sólo en construir versos que me atreveré á llamar mecánicos. Queriendo extender el vuelo como altaneras aves, volaban siempre á par de tierra.

No así acontece en los versos de Santa Teresa, no así en los de San Juan de la Cruz, no así en los de Fray Luis de León, que transcritos quedan.

Es regla infalible : cuando intencionadamente tales artificios se pretenden usar, hasta los hombres de más práctica y fluidez rítmica, en su mismo cuidado se ven en algún tanto entorpecidos. ¿Qué no sucederá á pretensos poetas ó á copleros baladíes ó á ingenios medianos ?

Estas reflexiones en mucho persuasivas me obligan á juzgar que en aquellos autores todo ha sido obra de una inspiración involuntaria. El dominio del idioma, la forma delicada de expresar el pensamiento, el impulso tierno que ha dictado los versos, todo ha contribuido á esta que fué recóndita belleza.

En nuestra literatura contamos con otros artificiosos juegos lingüísticos de diversa clase.

El gran Lope de Vega hizo una ingeniosa muestra de sí en su comedia famosa la *Arcadia*. Con celos una pastora muy discreta, logra tener en sus manos una carta, y, puntuándola de diverso modo, le da consiguientemente sentido distinto, con lo que el pastor amado aparece en odio, y el odiado ó indiferente como el dueño de su corazón.

He aquí el soneto, con su puntuación correspondiente :

« No hay que esperar, Olimpo, de mi vida
Otro gusto mayor que aborrecerte
Mi alma : es imposible ya quererte :
La firme voluntad está rendida.
»Estoy del grande amor reconocida
De Anfriso : no hay que hablar hasta la muerte.
Primero la veré que se concierte
Extraño amor, que quiero y soy querida.
»Necio será si intenta perseguirme
(Que en conocer el bien no soy tan ruda)
Quien quiere de sus lazos dividirme.
»Yo quiero á Anfriso : no mi amor se muda
En sí : no hay que esperar de fe tan firme.
Esto confieso : en lo demás soy muda.»

Todo el soneto, escrito en amor de Anfriso, se convierte en odio suyo y decidido afecto por Olimpo.

La pastora Anarda, al leerlo, dice :

« Bravamente lo desprecia ;
Pero el ingenio ha de ser
Sutil, como de mujer,
Que amando ninguna hay necia.
Con estas mismas razones,
Que es Olimpo aborrecido,
Le tengo de hacer querido.»

He aquí de la manera que con la puntuación queda completamente trocado el soneto :

« No hay que esperar, Olimpo de mi vida,
Otro gusto mayor ; que aborrecerte
Mi alma es imposible, y á quererte
La firme voluntad está rendida.
»Estoy del grande amor reconocida.
De Anfriso no hay que hablar hasta la muerte.
Primero la veré que se concierte
Extraño amor, que quiero y soy querida.

»Necio será, si intenta perseguirme,
(Que en conocer el bien no soy tan ruda),
Quien quiere de sus brazos dividirme.
»Yo quiero: á Anfriso, no: mi amor se muda
En ti: ¿no hay que esperar de fe tan firme?
Esto confieso: en lo demás soy muda.»

Lo principal de la acción de la *Arcadia* gira sobre este juguete lingüístico, que parece de artificio tan sencillo, por ser Lope de Vega, todo facilidad, quien lo pensó y puso en ejecución, sin que se note en el lenguaje violencia.

Baltasar Gracián, en su *Agudeza y Arte de ingenio,* nos cita un ejemplo semejante de puntuación variada y opuestos sentidos:

«Matar al Rey, no; es mal hecho;
Antes ser cuchillo afirmo
Del que lo matare, y firmo.»

Altérase la puntuación, y pónese una admiración y dos acentos, y viene á decir enteramente lo contrario de lo que se ha leído:

«¡Matar al Rey! No es mal hecho.
Antes ser cuchillo afirmo
Dél, que lo mataré, y firmo.»

Sabido es que en lo antiguo *de él* se solía escribir así: *dél.*

Una imitación más moderna del soneto de la *Arcadia,* de Lope de Vega, se encuentra en este epigrama que, leído en forma, sólo contiene disparates sobre disparates:

«Yo vi un toro bramar sobre un nublado,
Vi salir fuego de una cantimplora,
Vi dar agua de nieve en un arado,
Vi dos bueyes hablar á una señora,

Vi á dos mancebos muertos por un gallo,
Vi dos pollos mandar la Sacra Rota,
Al Papa vi tragarse dos navíos,
Vi al alta mar de miel y leche llena,
Vi una botija simular desvío,
Vi una dama comiendo sólo heno,
Vi dos vacas cantar con melodía,
Á un cura vi en el coro todo un día;
Todo lo vi; y aun tú verás lo mismo,
Si sabes descifrar este embolismo.»

Varíese la puntuación como en el soneto, y resultará el epigrama con sentido propio:

«Yo vi un toro bramar; sobre un nublado
Vi salir fuego; de una cantimplora
Vi dar agua de nieve; en un arado
Vi dos bueyes; hablar á una señora
Vi dos mancebos; muertos por un gallo
Vi dos pollos; mandar la Sacra Rota
Al Papa vi; tragarse dos navíos
Vi al alta mar; de miel y leche llena
Vi una botija; simular desvío
Vi una dama; comiendo sólo heno
Vi dos vacas; cantar con melodía
A un cura vi en el coro. Todo un día,
Todo lo vi; y aun tú verás lo mismo,
Si sabes descifrar este embolismo.»

Desde luego parece trabajo de mayor dificultad ingeniosa la de Lope de Vega; pues se trata de un soneto que ya lleva en sí alguna, además de que en uno y otro modo de leerse, siempre se encuentra su sentido juicioso y correlativo. No así sucede en el epigrama. Cuando al autor estorban consonantes, pone versos libres con los que vence á voluntad las contrariedades que se le presentan. Ciertamente, si bien alterando la puntuación, sale sentido razonable, no ha sabido preparar otro de condi-

ciones iguales. ¿Qué importaba al autor que uno de ellos fuese de retumbantes desatinos con tal que quedase un sentido cuerdo en el epigrama? Tuvo, pues, para componerlo, la mitad de las dificultades que Lope de Vega.

Estos juguetes lingüísticos sirven de ejercicio á la imaginación y á la práctica del idioma, y verdaderamente no son estudios vanos y sólo para el capricho. ¿Quién sabe si algún día, una de tantas combinaciones métricas y lingüísticas pueda utilizarse por algunos como medio de comunicar entre sí los pensamientos más ó menos graves secretamente, empleando este artificio de una manera segura?

Yo creo que no deben desestimarse.

Otro juego de ingenio merece traerse á la memoria, pues á ello convida la ocasión presente.

El maestro Tirso de Molina, en la comedia *Quien calla otorga* (segunda parte del *Castigo del Pensé que)*, una dama, apalabrada en casamiento con quien no quería, espera su venida. El que verdaderamente amaba, por timidez no se atrevía á declararle su amor, y ella, para ponerle en el caso de que rompiese el silencio, le obliga á que le dicte una carta al futuro esposo que ha de llegar al siguiente día, pues estaba resuelta á firmarla. Entonces el galán escribe la siguiente:

«Conde de mi vida, yo vivo muriendo;
No esperéis favor, mientras que callando
En ausencia amor pena me estáis dando,
Que es niño y olvida, cifras que no entiendo.
Amo, y no sois vos quien mi mal ignora.
De quien me enamoro mi vida maltrata;
El dueño, que adoro, hable, pues me mata.
Esto basta: Adiós. La marquesa Aurora.»

Manda la dama al galán que cierre la carta, pero éste

rasga el papel y la divide en dos; uno para dirigirlo al conde Carlos, otro para la marquesa Aurora.

Claro es que resulta todo con dos sentidos. La carta primera es un desengaño para el Conde:

«Conde, de mi vida,
No esperéis favor,
En ausencia amor,
Que es niño y olvida.
Amo, y no sois vos
De quien me enamoro,
El dueño que adoro.
Esto basta. Adiós.»

La carta para la Marquesa, es así:

«Yo vivo muriendo,
Mientras que callando
Pena me están dando
Cifras que no entiendo.
Quien mi mal ignora,
Mi vida maltrata;
Hable, pues me mata
La marquesa Aurora.»

Cuando niño, recuerdo haber visto en Cádiz representar esta comedia á la célebre y bellísima cuanto virtuosa actriz doña Joaquina Baus y á su esposo D. José Tamayo. Generalmente ponían en escena una obra de las mejores y poco conocidas del teatro antiguo español, que desempeñaban con mucha discreción, sabiendo medir los versos según las tradiciones teatrales desde el siglo XVII.

Este diálogo causó extraordinaria y agradabilísima sorpresa en el auditorio, que aplaudió con verdadera sorpresa aquella ingeniosa combinación que debió escribir Fr. Gabriel Téllez sin detenerse mucho en ello, pues no supo fingir toda la facilidad que en esos juguetes debe te-

nerse. Aquí el arte tiene que estar muy bien encubierto y sin que sombras de violencia aparezcan. Y en medio de todo, la travesura del autor siempre debe ser loada, y con razón este diálogo merece contarse entre los de más ingenio que tiene nuestro teatro (1).

Largo sería el catálogo de juguetes lingüísticos que pudiera presentar en este escrito. Sirvan estos últimos como ampliación al objeto principal del presente artículo, que no ha sido otro que un nuevo estudio que ofrecemos á los curiosos de la lengua ó literatura española, con presencia de las obras de tres venerables autores.

ADOLFO DE CASTRO.

Cádiz 22 de Mayo de 1889.

(1) Gregorio Silvestre escribió para un certamen á la Concepción una copla de arte mayor, que se divide en dos, ofreciendo dos contrarias lecturas. De ahí, aplicada á una escena teatral, la imitó felizmente Tirso de Molina.

CONGRESO INTERNACIONAL

DE AMBERES, 1890.

INFORME DE CONCEPCIÓN ARENAL

SEGUNDA SECCIÓN.

Primera cuestión.—¿Cuál es el mejor sistema de patronato para los penados y libertos?

Antes de hacer algunas indicaciones respecto de la mejor organización del patronato, creemos útil repetir lo que decíamos al Congreso penitenciario internacional de Estocolmo.

«Para comprender bien la alta misión de la obra del patronato, hay que hacerse cargo de lo que ha de ser ante la opinión pública; se la acusa de rechazar al que sale de presidio, y de hacer imposible su enmienda, suponiéndola imposible, empujándole á la reincidencia con los obstáculos que opone á su regeneración. Concedemos que la acusación es en gran parte fundada; pero la cuestión debe considerarse por todas sus fases.

»Primeramente, ¿conviene que la sociedad reciba al que ha sido penado sin desconfianza ni repugnancia alguna? Prescindiendo de los inconvenientes materiales, y en algunos casos de los peligros, y aun suponiendo que no

haya ninguno, ¿es conveniente, es razonable, es justo no hacer distinción alguna entre el hombre siempre honrado y el que ha sido delincuente? Aunque se haya corregido, lo cual nadie sabe con seguridad, ¿merece la misma consideración y aprecio que quien ha perseverado en la virtud, á pesar de las circunstancias más desfavorables y de las pruebas más duras? Nótese que la mayor parte de los trabajadores, pobres, miserables, viendo el lujo y la holganza, tienen grandes estímulos para hacer mal y resisten á ellos. ¿Qué pensaría el pobre honrado, que no se apropió nunca lo ajeno, aunque sus hijos tuviesen hambre y frío, si se le considera absolutamente lo mismo que al que ha sido condenado por robo? ¿Es elevar ó rebajar la moral pública, pasar un rodillo nivelador sobre las frentes puras y las frentes manchadas, y á fin de no conservar rencor, no hacer distinción entre faltas graves y grandes méritos? ¿Es un estímulo para perseverar en la práctica de virtudes difíciles, ver que no inspiran más respeto que los delitos, una vez transcurrido el tiempo que se supone necesario para castigarlos?

»¿Se estrechará con la misma efusión la mano que enjugó las lágrimas del afligido, que aquella que vertió la sangre del inocente? ¿Puede concederse igual estimación al que aspira á borrar su pasado y al que desea que se tenga presente, al que necesita perdón y al que reclama justicia?

»El progreso se manifiesta por acciones y reacciones, consecuencia desdichada y probablemente inevitable de la imperfección humana; el horrible anatema que pesaba sobre el penado, quieren algunos convertirle en candidatura á la estimación pública espontánea é inmediata: tan pronto como salga de la prisión, se equiparará al hombre siempre virtuoso, censurando á los que establecen dife-

rencias que han de convertirse en dificultades para el que se ha apartado del buen camino y quiere volver á él.

» Debe tenerse muy presente que estas dificultades, en cierto grado al menos, están en la naturaleza de las cosas, y que esta igualdad ante la opinión que algunos pretenden establecer entre el hombre honrado y el licenciado de presidio, no es natural ni es justa. Si bien se considera, hay más equidad en las severidades de la justicia que en las complacencias cuando son ciegas, que para favorecer la enmienda del criminal privan al hombre virtuoso de aquella consideración merecida, que con el testimonio de su conciencia constituye tal vez la única recompensa de grandes merecimientos.

» Hay dos hechos: la necesidad que tiene el que sale de presidio de que no se le cierren las puertas, y la propensión del público á cerrárselas, propensión hasta cierto punto necesaria.

» ¿Quién conciliará estos extremos? ¿Quién armonizará discordancias que tienen raíces tan profundas? La caridad, nada más que la caridad: sólo ella, valerosa y amante, alarga sin vacilar la mano al culpable, se sienta á su lado, le anima, le calma, le guía, le acompaña, llama con él á las puertas de la sociedad, que se las abre, viéndole bajo la custodia de esta divina protectora. Ama tanto, que no teme nada; su confianza generosa obliga al culpable, alienta á los que le temían, disminuye las repugnancias, con su amor prepara el perdón, el olvido, la rehabilitación, que tal vez se negaba á la justicia y obtiene la caridad. Á ella corresponde restablecer la armonía rota entre el delincuente y la sociedad, y probar por sus relaciones con él, que no ha perdido las cualidades esenciales de un ser razonable y moral.»

Definida la esencia del patronato, que es poner tér-

mino á un conflicto necesario, trátase de hallar los medios más adecuados para lograr el fin ; hay uno que para nosotros tiene importancia capital, y que indicábamos al citado Congreso de Estocolmo en los términos siguientes:

«.... Es aún más importante reclutar miembros (para el patronato) en todas las clases de la sociedad, lo cual comprendemos que ha de ser difícil por muchas razones: la primera es el error de gran número de personas persuadidas de que sin dinero no se puede hacer obra de caridad; así se excluyen los pobres de muchas obras benéficas, privándolos de un medio de perfección, y á la sociedad de auxiliares poderosos. La fraternidad no consiste en conceder derechos que no pueden rehusarse ni en dar limosna, no; la fraternidad es el amor, el aprecio, las relaciones establecidas bajo pie de igualdad, es la unión de los corazones. Si queremos fraternizar con el pueblo, es preciso que comulguemos con él, y que comulgue con nosotros en el altar de las buenas obras: muchas pueden hacerse sin dinero; con dinero sólo, no se hace ninguna.

» La cooperación del pueblo es indispensable para la obra del patronato de los libertos ; de poco les servirá que los ricos y los sabios los protejan, si son rechazados del taller : un protector allí les sería más útil muchas veces que todos los que puedan tener en los salones y en las academias. Los servicios que los socios de blusa podrían hacer á la obra del patronato, son inmensos; se hallan más cerca de los protegidos, trabajan tal vez á su lado, ven si vacilan y están para apartarse del buen camino, observan las faltas que preceden á los delitos, pueden con el buen consejo neutralizar la pasión que ciega y tender la mano al que está en peligro de caer. Los pro-

tectores de una condición social que los aleja del liberto, tienen pocas ocasiones de conocer á su protegido, aunque las busquen, lo cual no es muy común ni muy fácil. Tal vez se crea que el protector de blusa carezca de autoridad; pensamos, al contrario, que su autoridad será mayor, porque su ejemplo vale más que todos los discursos. ¡No se sabe cuánta fuerza pierde la exhortación hecha á un desdichado por el que es dichoso, ó se lo parece! El que disfruta de todas las ventajas inherentes á una buena posición social, despierta en el ánimo del desgraciado que intenta persuadir, la idea de que es fácil exhortar á la resignación de males que no se sufren, y pedir esfuerzos que no sería capaz de hacer el que los aconseja. Pero cuando la situación material del protector se aproxima mucho á la del protegido, cuando su tarea es ruda, cuando gana penosa y oscuramente su vida, sin lisonjas del mundo ni favores de la fortuna, entonces está autorizado para hablar de trabajo y de resignación, y ni hablar necesita; el ejemplo de un pobre honrado que lucha con la suerte adversa es más elocuente que todas las doctas peroraciones. Se dirá tal vez que la cooperación de los obreros á la obra del patronato de los libertos es imposible; no nos lo parece, y debería intentarse, contentándose al principio con resultados mínimos, y considerando que la historia está llena de imposibles (que lo parecieron) realizados.»

Hemos citado lo que decíamos hace doce años, no por la pretensión absurda y ridícula de autorizarnos con nuestra propia autoridad, sino por la que da el tiempo á las opiniones meditadas y sinceras cuando las robustece con la experiencia, y todo lo que hemos observado desde el año de 1878, corrobora, á nuestro parecer, lo que dejamos expuesto.

En cuanto á la organización para el patronato de los penados y libertos, creemos que debería partir de las bases siguientes:

1.ª Habrá cinco clases de socios, á saber:

Socios visitadores.

Socios protectores.

Socios hospitalarios.

Socios suscritores.

Socios bienhechores.

2.ª Son socios visitadores los que visitan al recluso en la prisión.

3.ª Son socios protectores los que, una vez puesto el recluso en libertad (sea provisional ó definitiva), le protegen según dispongan los reglamentos.

4.ª Son socios hospitalarios los que se comprometen á hospedar á los libertos por el tiempo que marquen los reglamentos ó ellos indiquen, mediante una retribución que se estipulará.

Esta base podrá parecer inútil, y acaso lo sea; pero creemos que debe intentarse el bien que con ella se podría realizar. Habría que hacer comprender (y no es fácil) que *retribuir* no es *pagar* en este como en muchos casos. Á la Hermana de la Caridad se le da el alimento y una asignación mensual: ¿habrá quien crea por esto que su misión no es caritativa? La indemnización material necesaria, porque lo es que el obrero viva de su trabajo, nada tiene que ver con la abnegación que exigen y el mérito que tienen cierta clase de servicios. Los que prestarían los socios hospitalarios serían de gran precio, pudiendo evitarse, merced á ellos, los asilos que tantos inconvenientes tienen y tan indispensables son á veces.

5.ª Son socios suscritores los que se comprometen

á dar periódicamente una cantidad para los gastos del patronato.

6.ª Son socios bienhechores los que, sin comprometerse á satisfacer una cantidad determinada, hacen uno ó más donativos.

7.ª Un socio puede ser á la vez visitador, protector, hospitalario y suscritor ó bienhechor.

8.ª Para ser socio visitador se necesita el beneplácito de la Administración, que admitirá ó rechazará los socios que el patronato le designe.

9.ª Para ser socio protector ú hospitalario basta ser admitido por el patronato en la forma que determinan los reglamentos. Los socios suscritores ó bienhechores pueden pertenecer á uno ó á otro sexo.

10. La visita debe preceder con toda la anterioridad posible á la libertad del recluso patrocinado, para contribuir á modificarle, para procurar conocerle, y para utilizar este conocimiento, ya por sí, ó dando instrucciones al socio que se encargue inmediatamente de la protección del liberto.

11. La visita es la base del patronato, que debe fijarse en su importancia esencial para que se haga, y se haga bien.

12. Si los medios del patronato. lo consienten, debe extender su protección á las familias necesitadas de los reclusos, ó al menos ponerse en relación con las colectividades ó personas que los protejan, y, en todo caso, manifestar su simpatía hacia ellas del modo que sea posible. Aun hombres que han cometido grandes delitos conservan á veces vivos y puros los sentimientos de familia, y el bien que á ésta se hace es un medio eficaz para influir en ellos. Si en vez de hombres se trata de mujeres, hay mayor probabilidad de que agradezcan el bien que por

su familia se haga, y la gratitud, como todo noble sentimiento, y tal vez más que ninguno, puede combatir las empedernidas reservas y abrir el corazón á la confianza, tan difícil de inspirar y tan necesaria para corregir y proteger con éxito.

13. Para que haya la cordialidad indispensable entre el recluso ó liberto y sus protectores, es indispensable que exista la libertad más completa. El recluso ha de ser dueño de admitir ó no al visitador en su prisión, de aceptarle como protector fuera de ella, y hasta de que se confíen ó no al patronato, para que los administre, los ahorros fruto de su trabajo. Esto parecerá tal vez excesivo; sabemos el abuso que hacen con frecuencia los libertos del dinero de que disponen, que, combinado con la libertad, constituye un peligro grave; la Administración puede combatir este mal por los medios que juzgue más adecuados, como dar á alguna autoridad del lugar de la residencia del liberto la administración de todo ó de una parte de su peculio; pero el patronato no puede admitir este depósito contra la voluntad de su dueño, sin el doble peligro de aparecer codicioso del dinero de su protegido y de connivencia con la Administración para tenerle bajo una tutela opresora é interesada: por más absurda que sea esta suposición, no dejarán de hacerla la inmensa mayoría de los patrocinados. El patronato debe procurar con el mayor empeño ser y parecer independiente de la Administración.

Así como los detenidos están en libertad de admitir ó no la protección del patronato, éste también es libre para no acoger bajo su protección aquellos reclusos que, en su concepto, no la necesiten ó no la merezcan. Si se hace la visita de los detenidos, los visitadores serán los mejores jueces de si el detenido debe ser patrocinado; si no

hay visita, el patronato la suplirá por los medios que le dicte su prudencia.

La visita se organizará conforme lo determinen los reglamentos (1).

14. Los socios visitadores necesariamente habrán de residir en los pueblos donde están las penitenciarías que visitan, ó en sus inmediaciones; pero los socios protectores y hospitalarios, no sólo pueden vivir lejos de ellos, sino que conviene que así suceda en muchos casos, para que protejan á los libertos que se alejen de los grandes centros de población, como es de desear que lo haga el mayor número posible.

15. Cuando la importancia del patronato y los medios de que dispone lo permitan, tendrá uno ó más miembros agentes retribuidos que se ocupen exclusivamente de los asuntos de la obra; la elección de este funcionario tiene una importancia capital, y no debe recaer en persona que no reuna, á una gran bondad, mucha actividad, firmeza y prudencia. Decimos que han de ser miembros del patronato, no sólo para que estén más identificados con él, sino para que tomen parte en las sesiones y den su parecer y oigan el de los consocios.

16. Cada patronato tendrá una circunscripción que se marcará, y en la cual su acción será directa; es decir, que, por medio de sus miembros ó de sus agentes, protegerá y vigilará al liberto; indirectamente podrá favorecerle, entendiéndose con otro patronato á cuya circunscripción pertenezca el pueblo adonde él vaya á establecerse.

17. La Junta directiva de cada patronato radicará en la población donde esté la penitenciaría de mayor im-

(1) Para dar reglas respecto del modo de hacer la visita, se necesita un libro que tal vez se escriba.

portancia, y tendrá secciones en todos los pueblos en que puedan formarse: en aquellos en que no haya socios bastantes para una sección, se agregarán los que hubiere á la más próxima. Estos socios diseminados pueden ser de grande utilidad, y contribuir á que los libertos no se agrupen en las grandes poblaciones.

Los reglamentos determinarán las relaciones de cada sección con la central de que formará parte la Junta directiva, y de ésta con las de los demás patronatos si los hubiere en el país.

Los socios suscritores y bienhechores no pueden asistir á las sesiones.

18. Los socios visitadores podrán llevar á la visita á los más jóvenes ó menos experimentados á quienes convenga recibir lecciones prácticas, pero con dos condiciones:

La anuencia del recluso visitado; y que el número de los que le visitan, no pase de dos.

19. Por regla general convendrá que un mismo socio sea el que visite siempre al mismo recluso, y le proteja cuando recobra la libertad, ó le recomiende á su nuevo protector, á quien instruya de las circunstancias del protegido, pero habrá casos en que convenga variar de visitador, porque los penados, lo mismo que los demás hombres, tienen sus simpatías y sus antipatías, y reciben á veces influencias de una persona que habían rechazado de otra.

20. El patronato ha de procurar la más completa armonía con la Administración en cuanto se refiere á la visita, sin alterar la disciplina y orden establecido en la penitenciaría, ni censurarle, aunque le parezca defectuoso; pero no consentirá nunca la fiscalización de los empleados; en la visita no ha de haber más que penados

y visitadores; la Administración puede rechazar á los visitadores que no le inspiren confianza; pero, una vez admitidos, tienen derecho á que no se mezcle la suspicacia oficial en las relaciones íntimas de la desgracia y la compasión.

21. Si el patronato da conferencias en la penitenciaría, deberá ponerse de acuerdo con el director, tanto sobre el asunto como sobre la forma y modo de tratarle.

22. La Junta directiva del patronato pondrá en conocimiento de la Administración cuáles son los libertos que patrocina, y la Administración le dará respecto de ellos cuantas noticias puedan ser útiles para evitar que reincidan, como también si su libertad es provisional ó definitiva, y si tienen ahorros, y cuántos.

Cuando el patronato deje de proteger á un liberto, sea porque no necesita protección, porque la rehuse ó sea indigno de ella, lo pondrá en conocimiento de la Administración.

23. Será muy conveniente fundar un periódico, que á la vez que trate las cuestiones que interesan al patronato, consigne hechos, recoja los frutos de la experiencia, y sirva para comunicar y estrechar las relaciones de las secciones con la central, y de unos patronatos con otros.

24. Sería de desear que el patronato pudiera subsistir sin el auxilio pecuniario del Estado; pero como esto sólo por excepción parece posible, por ahora al menos, pueden admitirse, y si es necesario solicitarse, subvenciones del Estado. Respecto á los libertos cuya libertad es condicional, hay razón para pedir mayor auxilio; el Estado, que había de sostenerlos en la penitenciaría, debe auxiliar más eficazmente al patronato que contribuye á que no vuelvan á ella.

25. El patronato, que debe manejar sus fondos con grande parsimonia y prudencia, ha de tener al mismo tiempo completa libertad respecto al modo de invertirlos, publicando anualmente cuenta detallada de su procedencia é inversión.

26. Deben reunirse con la mayor frecuencia posible los individuos de las secciones y los representantes de éstas con la central, máxime si no hubiese periódico que pueda servir de medio de comunicación.

27. El patronato debe procurar con el mayor empeño tener miembros de todas las clases de la sociedad.

28. Estas reglas son aplicables al patronato de las mujeres, sin más diferencia que la de que sean personas de su sexo las que forman el patronato.

***

Siguiendo estas reglas ú otras mejores, y como quiera que se organice el patronato de los penados y libertos, no hay que esperar que funcione de un modo perfecto desde el primer día, porque de todas las obras benéficas es la más difícil. Indiferencia de la opinión, hostilidades, si no constantes, frecuentes, del elemento oficial; contrariedades en la propia familia; desengaños é ingratitudes de los patrocinados; dudas sobre lo que debe hacerse; amarguras de que no está bien lo hecho; desalientos de no poder nada ó poder poco; peligros, horrores del mundo moral vistos de cerca y analizados; todo esto hay ó puede haber para el que tiende la mano al que cayó en el abismo penal. ¡Qué dificultades al intentar sacarle, pero qué mérito en intentarlo! ¡Caridad sublime la que se acerca á ese leproso moral de que todos huyen, abnegación que escarnecen á la vez el criminal que no se

corrige y el egoista que no se conmueve! Quien la practica, aparta los ojos de esas dos monstruosidades, una que la ley persigue, otra que la ley tolera, y busca en su corazón, no en la estadística, alientos para intentar el salvamento de aquel náufrago social, prosigue su obra honra de la patria, gloria del siglo, sostiene la más deplorable de las debilidades, y consuela la menos compadecida y la mayor de las desdichas: ¡bendito sea!

Segunda cuestión.—¿La institucion de los asilos provisionales debe recomendarse?—¿Cómo deben ser organizados?

Al discutir la utilidad de los asilos provisionales para los reclusos que recobran la libertad, hay que hacer una distinción, según que se trate de hombres ó de mujeres, porque respecto de éstas es para nosotros evidente la conveniencia de los asilos provisionales.

La mujer que sale de la prisión, encuentra para vivir honradamente los obstáculos que tiene que vencer el hombre, aumentados, más otros que el hombre no halla. La dificultad de proporcionarse trabajo y el descrédito es mayor para la mujer; el vicio que él paga, ella lo cobra, y lo que para el uno es causa de ruina, para la otra puede ser un medio de vivir sin trabajar. El poco amor al trabajo, y el libertinaje que la llevaron á la prisión, la esperan cuando sale, y la ignominia que la cubre estimula los atrevimientos más brutales. No es una excepción rara aquel jefe militar que se complacía en que sus soldados acechasen á las penadas al salir de la prisión y tuviesen íntimas relaciones con ellas, porque las suponía sanas, evitando así bajas en el regimiento y estancias en el hospital.

En el modo de pensar y de sentir de la sociedad actual, en su modo de ser, se exige de la mujer una pureza

que ni aun se sueña para el hombre; cuando la pierde, es objeto de menosprecio, y á poco que descienda por el camino de perdición, de persona se convierte en cosa para los que no la compadecen, y están dispuestos, no á fortalecer su debilidad, sino á explotarla: al salir de la prisión la esperan el vicioso y el proveedor del vicio; el desamparo, y la casa maldita cuya hospitalidad mata el cuerpo y el alma. Si la caridad compadece aquella mísera, si quiere ampararla, ¿dónde la llevará? Tal vez le ha preparado albergue y trabajo, tal vez ha podido conseguir que su familia la reciba, pero acaso no tiene donde recogerla ó no se atreve á llevarla á ninguna parte: los arrepentimientos de la prisión, aun cuando sean sinceros, no siempre son persistentes ni están á prueba de libertad. En una casa hay un muchacho que se puede seducir, en otra una niña ó una joven que se pueden corromper, y mal entendida sería la caridad que por favorecer á la que fué delincuente, y tal vez viciosa, la introdujera en una familia honrada, antes de tener pruebas de que se ha corregido, pruebas que sólo puede dar en libertad.

Este amparo para las absolutamente desvalidas, este lazareto moral para las que hay temor de que estén contagiadas, ¿dónde se establecería si no hay asilo?

La organización de estos asilos no debe ajustarse á reglas inflexibles, que no se podrán aplicar igualmente á todos los países, ni acaso á las diferentes localidades de una misma nación. Donde sea aplicable, nos parece excelente el sistema adoptado por *La Société des libérées de Saint-Lazare*, y de que Mmes. de Bareau y de Bogelot dan idea en estos términos:

«Creemos que es necesario para conseguir transformarlas (á las que han sido penadas), recogerlas en pequeños asilos, transitorios ó temporales, especie de casas

particulares, donde no pase de seis ú ocho el número de las asiladas. La Sociedad tiene ya dos asilos de esta clase, en el campo, en Billancourt, cerca de París: están organizados del modo más sencillo y en las condiciones más prácticas y económicas.

»Modestas madres de familia, mujeres respetables acostumbradas á trabajar, antiguas institutrices ó profesoras que aún no han obtenido plaza, viudas de empleados, he aquí la clase de personas en que se hallan fácilmente excelentes directoras para casas de salvamento. Su dirección, si ha de ser lo que debe, exige personas que conozcan prácticamente la vida y tengan hábitos de orden y de economía.

»No se exige á las asiladas sino aquellos esfuerzos que puedan estimular sus buenos sentimientos. Procuramos, sobre todo, que discurran sin ajeno auxilio, y darles, ó restablecer en ellas el hábito de dirigirse; por lo tanto, las dejamos en completa libertad de ir á buscar el trabajo según les parezca, limitándonos á facilitarles los medios de conseguir su objeto, indicándoles las casas donde pueden presentarse.

»Para apresurar su entrada en la vida normal, tienen completa libertad de salir, y de elegir la ocupación que prefieran, porque todos los oficios no exigen las mismas condiciones; vuelven á la casa á las horas de comer. La única cosa que entonces se les pide es que digan la verdad respecto al resultado de sus gestiones. Para comprobar sus relatos y apreciar con exactitud las noticias que dan, es necesaria la vigilancia de una señora del patronato.»

Como hemos dicho, hay que amoldarse á las circunstancias; en una localidad permitirán estas pequeñas agrupaciones y en otra impondrán la necesidad de reunir

mayor número de asiladas, ó aconsejarán la conveniencia de confiarlas á algún instituto religioso.

Respecto á la organización de los asilos, pueden darse, como reglas generales, las siguientes:

1.ª Que el trabajo, sin ser abrumador, sea verdadero trabajo: habiendo tantas dificultades para proporcionarle, no se pueden dictar reglas que habría que infringir, según las circunstancias; pero el establecimiento de talleres creemos que tendrá siempre más inconvenientes que ventajas.

2.ª Que el alimento, el albergue, el vestido, sean lo puramente necesario fisiológico.

3.ª Que la disciplina sea severa, inflexible, pero no dura, y que las asiladas tengan libertad para salir del establecimiento, libertad que podrá graduarse y limitarse según los casos, pero que es indispensable como cooperador de la enmienda, ó como prueba de que no existe.

4.ª Que el sentimiento religioso se considere como auxiliar principalísimo para que el arrepentimiento llegue á ser enmienda y para perseverar en ella.

5.ª Que en las horas de recreo y días festivos las distracciones no den pábulo á la frivolidad, sino que más bien eleven el ánimo ó fortalezcan el cuerpo.

6.ª Que la instrucción que pueda darse sea práctica y de las cosas más indispensables.

7.ª Que se atienda mucho á la salud de las reclusas y á robustecerlas, porque los desórdenes del sistema nervioso tienen con frecuencia parte en los extravíos de las mujeres delincuentes.

8.ª Siendo la entrada y la permanencia en el asilo voluntaria, la asilada que no se conforma con el orden establecido, de que debe enterarse antes de entrar, se

entiende que renuncia á permanecer en la casa : no debe haber penas disciplinarias ; alguna amonestación, la pérdida de alguna ventaja, es todo lo más que puede emplearse para corregir faltas que, repetidas, darán lugar á la expulsion : en ningún caso el asilo debe confundirse con la penitenciaría ; en él hay libertad para entrar, para salir, para rechazar á las que no conviene que entren, y para despedir á las que hayan entrado si no se conducen bien.

9.ª Que la permanencia en el asilo se prolongue cuanto sea necesario, que suele ser más de lo que comúnmente se cree ; porque la reincidencia de las mujeres es más bien en el vicio que en el delito, y el vicio es más pertinaz, más fácil de convertirse en hábito, y necesita más tiempo para desarraigarse.

Ya se comprende que la aplicación de estas reglas dependerá en gran parte de los medios de que dispongan las asociaciones protectoras de las mujeres desamparadas.

La cuestión de los asilos provisionales para hombres ofrece mayores dificultades : en pro y en contra se ha dicho mucho, y probablemente se dirá, hasta que la práctica y la teoría se pongan de acuerdo, cosa que, á veces, tarda años ó siglos en realizarse, tratándose de problemas arduos.

Se citan modelos como Couzon, se cita algún asilo que puede llamarse hospedería del delito, ó, por lo menos, del vicio ; pero estos casos excepcionales no deben tener mucho valor ni en pro ni en contra : los asilos que ha habido que cerrar por medida de buen gobierno son una excepción ; hombres como el abate Villion son otra : si hubiera uno inmortal para cada asilo, esta institución tendría menos adversarios ; pero hay que atenerse á la regla, á lo que por un orden regular se puede esperar ó

se debe temer de los asilos provisionales, prescindiendo de héroes que los transformen y purifiquen, y de miserables que los corrompan.

Hay que distinguir los asilos según que reciben libertos de las penitenciarías celulares ó de aquellos cuyo régimen es vivir en común ó graduado, de modo que durante la condena, ó al fin de ella, comunican con sus compañeros: respecto de estos últimos, no tiene valor la objeción de que se emplea mucho trabajo y mucho dinero en aislar á los penados en la penitenciaría para luego reunirlos en el asilo.

Convenimos en que nunca es conveniente reunir los libertos, que es preferible diseminarlos lo más y lo más pronto posible; pero ¿y cuando no se puede? Sobre el papel es fácil la lógica, y la consecuencia, y las simetrías intelectuales, pero sobre el terreno la realidad se impone. El liberto sale de la prisión; las personas honradas le rechazan; no hay asilo donde recibirle; se encuentra sin hogar y sin techo: ¿adónde va? La sociedad se encoge de hombros, como diciendo: que vaya donde pueda; y como no puede ir sino adonde se le recibe, y no se le recibe sino en casas donde hay gran peligro en que esté, donde se reune con gente viciosa ó criminal, lo probable es que vuelva á serlo. «Se deplora con razón el enorme »número de reincidentes, dice el profesor Prins, pero »debiera maravillarnos que este número no sea mayor.» El hombre honrado tiene razones para alejarse del delincuente; éste tiene motivos para volver á serlo cuando se ve rechazado por las personas honradas: el problema así planteado sin culpa de nadie ó por culpa de todos, sólo puede resolverlo la caridad. Y cuando la caridad no encuentra ninguna casa honrada donde albergar al que sale de la prisión, ¿no es preferible que le acoja en un

asilo provisionalmente y hasta que halle colocación? Allí se reune con otros criminales, dicen los adversarios de los asilos. ¿Y en la casa de mal vivir, se reunirá con personas honradas? En el asilo están, por lo común, los menos malos de entre los delincuentes, y su régimen severo y moralizador le da indiscutible ventaja sobre la casa de mal vivir. Alarma la reunión de delincuentes donde están vigilados, disciplinados, amonestados y sostenidos, y no alarma que se agrupen abandonados á sí mismos en focos purulentos, en lupanares de la última categoría, donde el vicio más grosero y repugnante aloja á los candidatos del crimen.

Creemos que los asilos tienen graves, gravísimos inconvenientes; (también los tienen los hospitales, que, no obstante, son un bien para el enfermo que está en la calle), y estos inconvenientes aumentan si los libertos han extinguido su condena en una prisión celular; por eso sería necesario que los patronatos pusieran el mayor empeño en tener *socios hospitalarios*, según hemos dicho al tratar la *primera cuestión;* sin esto, no vemos que el problema pueda resolverse satisfactoriamente.

Debemos advertir á los adversarios á todo trance de los asilos, que la comunicación en ellos no tiene tantos inconvenientes como en la prisión. El asilado está en libertad, debe disfrutarla una parte del día, y la libertad, que es peligrosa para el incurable, fortalece y posee un poder vivificador para el que es susceptible de curación: la esclavitud tiene fermentos nocivos; no hay animal tan manso que atado no se irrite, ni hombre cautivo que más ó menos no se deprave, á menos que no se purifique con una resignación excepcional: esta influencia bienhechora de la libertad debe tenerse muy en cuenta para no atribuir á los asilos más inconvenientes de los que tienen.

En cuanto á que el Estado subvencione los asilos de mujeres y hombres libertos, no nos parece conveniente. Se dirá tal vez que no es lógico auxiliar al patronato para que individualmente los socorra, y no al establecimiento donde se albergan; pero la lógica no es siempre la razón, porque hay que considerar, no sólo una institución en sí, sino por el efecto que puede producir en otras y en el público, y este efecto no creemos que sería bueno respecto de los asilos subvencionados.

Parece bien que se *sostenga* la prisión, pero parecería mal que se *subvencionase* el asilo; y hasta llegaría á creerse que era un insulto al buen proceder y un aliento al delito proporcionar tantas ventajas al delincuente. La cuestión, que tiene muchas fases, habría de ser considerada por ésta, principalmente por los miserables honrados, y mientras no se evite que existan, no puede prescindirse de su modo de discurrir.

Los asilos han de ser obra de la caridad y sostenidos por ella; al Estado incumbe la inspección por lo que al buen orden se refiere y como garantía de que no habrá aglomeración de libertos, ni en su reunión peligro para la sociedad: por eso debe aprobar los reglamentos y cerciorarse de que se cumplen. Fuera de esta vigilancia, toda ingerencia será abusiva y contraproducente. La caridad necesita libertad siempre, y cuando ejerce una obra tan misericordiosa y difícil como amparar al delincuente para que no vuelva á serlo, serían altamente injustas las suspicacias oficiales.

En cuanto á la organización de los asilos para hombres, pueden aplicarse las reglas que hemos dado para los de mujeres; advirtiendo que la permanencia en ellos debe ser más breve para los hombres, y que en ellos la influencia de los sentimientos religiosos será menor y exi-

girá más tino y circunspección al procurar ejercerla que respecto á las mujeres.

Los asilos deben estar dirigidos por personas del sexo de los asilados.

Tercera cuestión.—La vigilancia especial de la policía, ¿puede conciliarse con la obra del patronato?—¿Es posible reemplazar la vigilancia de la policía? ¿Cómo? Si debe conservarse, ¿cómo se ha de organizar?

Lo que diríamos para manifestar nuestra opinión respecto á las relaciones del Patronato de los libertos con la policía, lo ha dicho mejor que podríamos hacerlo Moreni, secretario del Patronato de las provincias toscanas, citado por Pratesi en su informe al Congreso Penitenciario internacional de Estocolmo.

«.... La vigilancia de la policía, como *pena legal* que debe necesariamente imponerse sin distinción á todos los penados, como se hace entre nosotros, y cuyos inconvenientes no se procuran evitar, tiene tantos, que ciertamente reclaman la atención de los publicistas. Un mismo delito, no indica siempre el mismo grado de moralidad. Hay penados respecto á los cuales la autoridad no puede, no debe hacerse ilusiones, y tratándose de ellos es doloroso, pero necesario, que, si es preciso, la ley se inspire solamente de su propia defensa; pero hay otros para los cuales la prudencia política y la moral pública reclaman ciertas consideraciones de equidad que es peligroso desconocer. Someter á la vigilancia de la policía al joven que el primer delito no ha corrompido, ó que la pasión extravía, ó que está en la prisión expiando faltas que no son suyas; denunciarle de este modo al descrédito universal; renovar para él la pena infame de la marca; hacer de modo que, despreciado por los demás, acabe por despreciarse á sí mismo; en fin, que la vigilancia de

la policía le señale como licenciado de presidio, dondequiera y para todo el mundo, en el taller donde pide trabajo, en la posada donde pide albergue, ¿cuál será el resultado más positivo de esta forma de penalidad? ¿Una garantía de seguridad social, ó un peligro más creado para la moral pública? ¿Se aumentan ó se disminuyen los males de la reincidencia? ¿Se reprimen las tentaciones, ó se las estimula á recorrer de nuevo el camino del crimen? Si la vigilancia de la policía puede producir todos estos efectos, ¿cómo puede tolerarse la regla absoluta que sin distinción da la ley? ¿Por qué se vacila en confiar al tacto é ilustración del magistrado la decisión de si debe ó no aplicarse? Basta lo dicho para probar que nuestra obra (la del patronato) no tiene nada de común con la vigilancia de la policía; diré más: no puede coexistir con ella.

»El patronato rehabilita, la vigilancia degrada; el uno intenta devolveros un nombre respetado, la otra os lo señala á la desconfianza general; aquí el propósito de borrar todo vestigio de la pena; allí el deber de recordarla, de continuarla, como el apéndice de otra pena. Pongo de manifiesto la naturaleza de los dos sistemas; no denuncio abusos ni menos acuso ninguna intención: no obstante, dejo á vuestro juicio, señores, si los dos sistemas pueden conciliarse.»

Los hechos prueban que el patronato de los libertos puede coexistir con la vigilancia de la policía; pero prueban también que esta coexistencia es perjudicial al patronato, á los patrocinados y á la sociedad. El patronato puede vivir, no *por* la vigilancia de la policía, sino *á pesar* de ella; es una dificultad más, y grande, con que ha de luchar obra que ya encuentra tantas. ¿Es justo, es racional suscitársela? Lo dicho por Moreni nos parece evidente, y á la pregunta

¿La vigilancia de la policía puede conciliarse con el patronato? no vacilamos en contestar negativamente.

Moreni prescinde de los abusos y del celo indiscreto; pero no puede prescindirse en la práctica, porque es imposible que deje de haberlos. La policía no es un cuerpo cuyos individuos son todos impecables, sabios y circunspectos; sus atribuciones, por más que se haga, no pueden determinarse con toda exactitud en la práctica; y los que quieren generalizar y pregonar las excelencias de su vigilancia, se parecen algo á los proteccionistas, que echan cuentas sin tomárselas al contrabando.

Pero como no depende de las personas caritativas é ilustradas suprimir la vigilancia de la policía, y como no deben esperar para constituir los patronatos á que se suprima, procuren al menos limitar su esfera de acción cuanto posible sea, y pidan lo que ya en algunos países se concede á los patronatos, cuyos patrocinados, por el hecho de serlo, están exentos de la odiosa y perjudicial inquisición.

Á la segunda pregunta de la cuestión tercera contestamos que la vigilancia de la policía puede y debe reemplazarse por la protección del patronato. Éste también vigila; pero su vigilancia caritativa, honra, ampara, sostiene, no es suspicaz ni implacable, ni exige instantáneas imposibles transformaciones. Cuando sus patrocinados se hagan indignos de su apoyo, ó se sustraigan á él, ó no le necesiten, lo pondrá en conocimiento de la Administración, dirigiéndose á la autoridad que marquen los reglamentos, nunca á la policía, con la que directa ni indirectamente debe tener relación alguna.

Tal vez se dirá que por sustraerse á la vigilancia de

la policía grandes criminales que no tengan propósito de corregirse buscarán hipócritamente el apoyo del patronato. El éxito de la hipocresía es inevitable en cierta medida; pero esta medida es pequeña cuando se observa bien y por personas experimentadas. El que ha observado al recluso en la prisión, y tiene los necesarios antecedentes de su vida anterior á la condena y de las circunstancias del delito, y sabe cómo se conduce en libertad, no es tan fácil de engañar, y está en mejores condiciones que la policía para distinguir el hipócrita que medita nuevos crímenes del arrepentido que se propone respetar las leyes.

La tercera pregunta de la cuestión tercera queda contestada con lo dicho respecto á las otras dos ; pero debemos añadir que cuando se trata de criminales muy peligrosos ó de reincidentes empedernidos, nos parece bien la vigilancia de la policía; lo que nos parece mal es la *especial*. ¿Á qué se reduce ésta? En último análisis, á ahorrar trabajo al que vigila y poner al vigilado en condiciones favorables para la reincidencia. Si es un liberto que se conceptúa peligroso , la policía debe saber cuándo sale de la prisión, observar lo que hace, adónde va, y si se dirige adonde le está prohibido ir ; en qué emplea el tiempo, con qué personas anda, etc., etc. Si le ve en mal camino, debe amonestarle *secretamente* de que está vigilado, de que se le siguen los pasos, de que se halla en gran peligro de infringir la ley, y que no la infringirá impunemente. Esta vigilancia secreta, positiva, esta amonestación severa, pero no pública, serán más eficaces para contenerle que las presentaciones á la autoridad, las prohibiciones de cambiar de domicilio y todas las vejaciones con que se denuncia al público el secreto, que el culpable quiere y necesita guardar, de su vida anterior.

Se dirá que esta vigilancia constante y disimulada exige más trabajo, y por consiguiente más personal; pero responderemos que sustrayendo á ella los miles de libertos que no deben vigilarse, queda personal de sobra para *vigilar*, sin *perseguir* ni *infamar*, á los centenares que deben ser vigilados.

CONCEPCIÓN ARENAL.

LA FILOSOFÍA ALEMANA

Y LA CULTURA FILOSÓFICA MODERNA

SOLUCIÓN SUJETIVA DEL PROBLEMA KANTIANO.

El primer pensador de alto vuelo, que, inspirándose en el gran maestro de la filosofía moderna, deduce una de las más fundamentales consecuencias del idealismo crítico, es Fichte.

En vez de admitir en la conciencia un elemento repulsivo á la espontaneidad del yo (concibiéndole como pasivo, cual parece desprenderse á veces del pensamiento de Kant), y cuyo origen queda inexplicable y sin reducción posible al análisis (la sensación, materia del conocimiento, según el tecnicismo kantiano), concibe Fichte que todo procede en el pensamiento de la actividad infinita del yo; la sensación (ó materia) de su actividad inconsciente y las formas *à priori* de su actividad reflexiva. El yo, en cuanto principio superior de la naturaleza y del espíritu, es el fundamento de toda realidad, *yo absoluto,* muestra, por un esfuerzo lógico de la especulación, la unidad necesaria para garantir la realidad de todo conocimiento y aun el acuerdo y la conformidad de su mate-

ria con su forma. Así es como el yo limitado (aunque en el fondo su sentido sea contradictorio, pues en las Críticas y en los Prolegómenos existen bases para diversas interpretaciones como yo fenomenal, nouménico y lógico) de Kant engendra la concepción del yo trascendental de Fichte. La forma suplanta y aun absorbe la materia del conocimiento.

Al dejar el filósofo de Kœnisberg, según hemos indicado, implícita, en su análisis del conocimiento, la exigencia (que constituye el problema crítico) de mostrar su objetividad por obra y virtud de la realidad de lo conocido como principio, que es á la vez base y nexo de la distinción de materia y forma en el conocimiento, recibe dicho problema la primera *solución idealista* del pensamiento de Fichte, que eleva el yo, el sujeto, á principio de unidad, en el cual se identifican los términos de toda relación intelectual.

Cuando expongamos las soluciones sucesivas que respectivamente han dado al mismo problema Schelling, identificando los términos en el objeto, y Hegel, declarando la identidad de ellos en la relación ó en la idea, resultará una vez más comprobado cómo la serie de los sistemas, según los cuales el pensamiento concibe la realidad, aparece en la Historia de la Filosofía con un orden y una ley, implícitos y latentes, en el fondo de lo pensado y en los antecedentes de que procede la inteligencia ; que sólo de esta suerte se puede y debe entender que la inteligencia, en sus grandes aciertos y en sus lamentables caídas, obedece á una lógica inflexible, aplicable por igual á la verdad y al error.

Continuando el examen de la doctrina de Fichte, llamada la filosofía de la libertad, por lo que exalta la personalidad, vale anticipar, para que no se crea que es es-

peculación lógica sin trascendencia á la práctica, que el idealismo fichtiano sirvió de base á la escuela humorista de Juan Pablo ó del principio de la ironía en el arte, y á la vez á las teorías estéticas y literarias de Sloger y los Schlegel, y, finalmente, al misticismo de Novalis.

Según Fichte, el principio único de la ciencia y de la realidad es el yô, sujeto y objeto indivisamente, que, al desenvolverse, da de sí (educe la virtud del pensamiento) el objeto cognoscible, es decir, la naturaleza y Dios. Toda su poderosa dialéctica, de vuelo genial en algunos casos, dotada de penetración y de sutileza excesivas en otros, va encaminada por Fichte á afirmar la existencia del yo, que no necesita ser demostrada.

Una vez admitido tal principio, queda en toda su pureza el sistema de Kant, sin las contradicciones en él implícitas. Es evidente que si las ideas necesarias, según las cuales concebimos á Dios, son formas de nuestra razón, Dios es una creación de nuestro pensamiento, y lo es el mundo exterior lo mismo que el sujeto, que se pone fuera de sí y se ofrece ante sí mismo al contemplarse en su conciencia. Todo lo pensado y lo pensable es posición del yo absoluto. Es, pues, el yo el principio de toda realidad, y la única realidad que, al desenvolverse, crea, por la virtud genésica del pensamiento, el universo, la naturaleza y el hombre.

Idealismo inflexible en su lógica el de Fichte, siquiera semeje castillo de naipes, cuya estructura viene á tierra al primer soplo, no puede ser estimado sólo en la crudeza de estas sus conclusiones extremas, puestas á veces en ridículo con una ligereza impropia de todo pensador serio, cuando se ha referido la anécdota, real ó fingida, de que despedía el gran filósofo á sus discípulos, diciendo: «Hoy hemos construido la naturaleza, mañana crea-

remos á Dios». Si es artificiosa la dialéctica de Fichte y contradictoria del buen sentido y de la realidad (verdades que nadie se atreverá siquiera á poner en duda), conviene tener presente á la vez la gestación laboriosa que trae el pensamiento reflexivo desde Kant, los precedentes que engendran esta conclusión idealista, y, por último, el fin á que sirve, escapando por la afirmación escueta del acto espontáneo y primordial del yo al escepticismo kantiano.

Hubiera pedido Fichte el natural auxilio á la intuición empírica, y con ello logrado quizá salvar los escollos, en que un aparatoso rigor lógico y especulativo hacía declinar, de modo inevitable, su propio pensamiento. Pero ni la filosofía, ni el estado general de la cultura podían aún apreciar el alcance que tenía la distinción establecida por Kant entre la crítica de la razón pura y la crítica de la razón práctica, que anunciaba ya que si toda la realidad se constituye en relación de conocimiento, no se diluye ni resuelve en la representación, sino que su naturaleza compleja requiere ser percibida mediante intuiciones empíricas. Nadie hasta ahora ha superado en esta perspicaz penetración del sentido kantiano á Schopenhauer (1).

Aunque falso en el orden especulativo el principio fichtiano, no es una palabrería todo su sistema, como en el ardor de la polémica apasionadamente afirma Schopenhauer. Ha convertido la doctrina de Fichte el derecho en una ciencia propia é independiente, cuyos fundamentos son la libertad y la persona humanas; ha rejuvenecido, trayéndola á la fuente pura de la conciencia, la moral estoica y justificado el deber y los sentimientos de

(1) Véase SCHOPENHAUER: *Le Monde comme Volonté et comme représentation*, tomo II. *Appendice: Critique de la Philosophie kantienne.*

abnegación y desinterés, y ha exaltado, con su idealismo sujetivo en el discurso á la nación alemana, los sentimientos patrióticos, preparando aquella *ciudad ideal,* que, sueño de poetas y filósofos, se ha convertido en realidad palpable bajo la férrea mano del canciller Bismarck.

Aparte estas consecuencias prácticas, que no son menospreciables, es de gran valor la que en el orden especulativo se infiere del pensamiento fichtiano. Dada la posición del problema crítico, queda agotado uno de sus términos por la reducción al absurdo. El mismo Fichte reconoció en los últimos años de su vida, con publicaciones tan bien pensadas como escritas (1), el error especulativo de su doctrina, que pretendió modificar, declinando en una especie de misticismo panteista, sinceridad que explica la causa de que Fichte no haya fundado escuela, ni tenido discípulos, aunque muchas de las conclusiones de su pensamiento son conquistas definitivas para la verdad y para la ciencia. Cuando se propuso distinguir la ciencia de la fe, no consiguió precisar el lazo que las une, y después de haber educido del yo el universo y Dios, intentó una subsunción del yo humano en el yo divino, dando de este modo la causa ocasional y el antecedente cronológico, no sólo para desechar la solución antes profesada por él, sino para poner en otros términos el problema crítico, y preparando la solución ideada después por Schelling, que representa nueva etapa de este ciclo evolutivo.

SOLUCIÓN OBJETIVA DEL PROBLEMA KANTIANO.

Comienza Schelling por la filosofía de la naturaleza, no por la filosofía de la libertad, para concebir un idea-

(1) Véase *Destino del hombre, Destino del sabio* y *Método para alcanzar la vida bienaventurada.*

lismo objetivo; pero en realidad, sacando toda la enseñanza de que es susceptible la doctrina fichtiana, descartando su solución, y tomando el problema crítico en los mismos términos en que le formuló Kant. Eleva Schelling su pensamiento por encima de los términos del conocimiento (materia y forma), y los identifica en uno superior, en cuyo seno sujeto y objeto se confunden. Tal es la Filosofía de la identidad, que, buscando el nexo del conocimiento con la realidad, identifica ambos.

Para Schelling desaparece la distinción del yo y del no-yo, de lo finito y de lo infinito, y si aún conserva algún valor, es siempre subordinada al principio uno é idéntico de que los términos distintos proceden. Hay que reconocer que por encima de la reflexión, que sólo conoce lo finito, existe la *intuición intelectual*, que percibe lo absoluto, lo *Uno* en especie de éxtasis alejandrino.

Continúa el exceso especulativo y el predominio exclusivo del idealismo, si bien sus anticipaciones procuran comprobarse en los datos de la experiencia; que es en fin de cuenta, aparte el proceso lógico, la ventaja real que para la cultura se recoge de esta evolución idealista, á cuya sombra prospera y aun se organiza todo el saber positivo de aquellos tiempos.

Si lo Uno es superior á toda distinción, reside dentro de toda la realidad, y la naturaleza no es cosa muerta, sino realidad viva (verdad hoy reconocida por el experimentalismo moderno al declarar el dinamismo general de las fuerzas y la realidad de lo orgánico y de lo vivo, de lo cual son residuos ó detritus los materiales inorgánicos), Dios está en ella, es divina, sus leyes y las del mundo moral son idénticas.

Las consecuencias prácticas de la doctrina de Schelling se refieren principalmente á la filosofía de la natura-

leza y del arte, cuyas leyes se identifican y descubren ancho campo para la imaginación. Así se ha dicho de Schelling que es un poeta-filósofo y un filósofo-poeta; porque su principio es una intuición algo semejante á la inspiración artística, la exposición de su doctrina dogmática y sintética, cualidades que son propias del genio poético, el método hipotético, el talento algo visionario y el lenguaje figurado. Diluyó Schelling la dialéctica de su pensamiento en especie de oráculos de vidente, en los cuales se mezcla la verdad con el misterio, apasionando los espíritus y los corazones, por el último quizá más que por la primera ; pues parece cierto que nadie se mata por lo que es claro y preciso, y todos se apasionan por lo nebuloso y por lo obscuro. Á este género de pensamientos pertenece el que expresa con frecuencia en su filosofía de la naturaleza y en sus estudios sobre el arte, cuando dice: «la naturaleza es un poema escrito con »caracteres misteriosos, en los cuales se debe reconocer »la odisea del espíritu».

Entre nosotros la filosofía de Schelling atrae á todos aquellos que sienten el arte; pero quien más se ha inspirado en la doctrina schelingiana, es Campoamor, que, en su filosofía personal, originalísima y aun paradógica, y en sus últimos tiempos zumbona y humorista (1), recurre á Schelling para concebir dogmáticamente una Ontología, que es el principio de identidad del filósofo alemán. De la Ontología deduce después, con aires de seria formalidad, todas aquellas oposiciones y contrastes que proporcionan encanto especialísimo á sus creaciones poéticas. Una de ellas, la dolora «Todo es uno y lo mismo», está calcada en la intuición de Schelling.

(1) V. *Lo Absoluto, El Personalismo y El Ideismo.*

La escuela de Schelling está formada en primer término por filósofos de la naturaleza, y entre ellos el principal Oken, al cual hubo de seguir, aunque corrigiéndole con su sentido certero de la experiencia y de la realidad, Gœthe. Fueron además discípulos de Schelling, Stefens, Goerres, Baader, Hegel y Krause.

Como Schelling no expuso de una manera completa y en obra continuada todo su pensamiento, modificó algo sus concepciones filosóficas al término de su vida. La intuición intelectual, simple, de la unidad suprema, de donde proceden todos los contrarios, se convirtió para Schelling, de una idea negativa y vacía (que lógicamente había de calificar Hegel diciendo «el ser es la nada»), en la concepción positiva del absoluto real, de lo que llamaba la libertad absoluta del querer ó de la voluntad. Principio de todas las cosas la voluntad para Schelling, concibe además en sus últimos tiempos que la voluntad se individualiza en los diferentes seres, y que los individuos deben renunciar á su propio querer é identificarse con la voluntad universal y suprema.

Lleva este nuevo aspecto del pensamiento de Schelling á un misticismo quietista, que (aparte la evolución de las soluciones lógicas tocantes al problema crítico), deja hilo suelto en la concepción filosófica, que más tarde recogerá Schopenhauer para echar las bases de su doctrina pesimista.

IDEALISMO ABSOLUTO DE HEGEL.

Con Hegel se llega á la última de las soluciones dadas al problema crítico por el idealismo dogmático, si audaz y genial en algunas de sus afirmaciones, siempre con una base deleznable por falta de datos positivos, á que

referir la justificación de sus asertos, que se limitan á tomar como causa ocasional de sus especulaciones el sedimento de la cultura común, producto que está siempre en vías de nueva y más amplia elaboración.

El sistema de Hegel es la construcción más gigantesca del esfuerzo personal, ha sido denominado «catedral del pensamiento humano». Para Vacherot es Hegel «el más grande y quizá el último de los héroes de las aventuras metafísicas». De la genialidad de Hegel no ha vuelto á aparecer filósofo ninguno, quizá porque él en su Enciclopedia condensa todo el saber y cultura de su tiempo, tal vez porque con él se cierra el ciclo evolutivo de las soluciones que puede recibir, en el orden especulativo, el problema crítico tal como lo formulara Kant. De Hegel acá, ni el mismo Hartmann (que parece haber copiado el proceso interno y aun la contextura exterior del hegelianismo) pretende emular su gloria (1), y todos los pensadores, de obra y de palabra, estiman terminado el proceso de la especulación idealista, consagrándose especialmente cada uno según sus aficiones y estudios predominantes á un orden determinado de las ciencias filosóficas, y conviniendo todos en que, respecto al problema general de la filosofía, ó sea el problema crítico, existe necesidad imprescindible de volver á Kant. «Volvamos á Kant, estudiemos al gran maestro», tal es la exclamación universal de los filósofos, dice Lange (2), pues nos basta de momento «un cierto espíritu de libre síntesis» para determinar construcciones filosóficas de alcance más ó menos general. Son la reserva crítica y el compás de espera, impuestos por la ley de la circunspección científica,

(1) La pasión de Schopenhauer contra Hegel, hija de un despecho mal entendido, prueba la grandeza del mismo Hegel.

(2) V. *Histoire du Materialisme.*

los caracteres más acentuados del neo-kantismo, imperante hoy, casi sin excepción alguna, en filósofos y científicos, y son además la resultante del abuso de la especulación idealista, llevada á su último extremo por Hegel.

Tomando Hegel el problema en los términos mismos de la célebre fórmula de Kant, pero teniendo en cuenta las soluciones insuficientes de Fichte (idealismo sujetivo) y de Schellig (idealismo objetivo), considera que el principio ó unidad de relación para el conocimiento y para la realidad no está en el sujeto (como pensara Fichte), ni en el objeto (según concibió Schelling), sino en la *relación* misma, en la *idea,* término primero y absoluto, pues es á la vez último y definitivo en la evolución, que es lo que constituye la solución de todo enigma. La ciencia de la idea ó la lógica es la ciencia de la realidad ó la metafísica, é identificadas ambas, la idea se realiza por sí misma y lleva en sí la necesidad de su propia existencia, de donde deduce el principio del idealismo absoluto ó *panlogismo* (que identifica lo intelectual con lo real) de que «todo lo racional es real», pero á la vez lo real no puede existir sin la necesidad de su existencia que le da la razón misma, de donde se infiere que «todo lo real es racional». De lo racional á lo real *deviene,* se sucede y pone en movimiento lo vivo. Este elemento del devenir constituye la novedad de la concepción hegeliana.

La realidad concreta y viva está en el *devenir,* y por tanto, en vez de afirmar con Schelling que las cosas proceden de lo absoluto, declara Hegel que lo absoluto mismo procede en las cosas, en sus propias manifestaciones. Para Hegel, Dios no es ó existe, sino que deviene, el ser no es, sino que se hace. Cuando Hegel considera la noción de ser como venía concebida en la filosofía tra-

dicional por medio de abstracciones, que le privaban de sus cualidades, llegando á la suma abstracción del *ente stático,* afirma que «el ser es la nada, *das sein ist das nicht*», y cuando examina el proceso y el desarrollo de la idea, declara que «el ser es el suceder, *das sein ist das werden*». Así, la evolución del pensamiento á través de los contrarios es idéntica á la evolución del ser, pues que no existe ser sino en el pensamiento, ni realidad más que en la razón. La lógica es la metafísica y la verdadera dialéctica, la que identifica los contrarios es la razón misma, realizándose de contrario en contrario para llegar á emanciparse de toda oposición, para llegar á la libertad: Tesis primordial, indistinta é indiferenciada (la idea), antítesis de contrarios (naturaleza y espíritu), síntesis concreta, que identifica los contrarios (la historia), y la ley que rige la oposición é identidad de los contrarios *(werden, devenir,* suceder, progreso ó evolución); tal es el esqueleto de la concepción hegeliana. La síntesis, conjunción de lo racional con lo real mediante el devenir, concluye con todas las antinomias de Kant.

La lógica de Aristóteles es un análisis de las formas del pensamiento y del raciocinio, tales como son expresadas en el lenguaje; la lógica de Kant, que contenía la obra de Aristóteles, es un análisis de las formas del entendimiento y de la razón, consideradas en el espíritu mismo con valor exclusivamente sujetivo. Para Hegel, al contrario, las ideas y las formas intelectuales, en vez de ser puras concepciones de nuestro espíritu, son leyes y formas de la razón universal, y poseen un valor absoluto, porque el mismo pensamiento divino se desenvuelve según ellas. *El mundo es una lógica visible.* Así es que Hegel admite y se asimila toda la arquitectónica intelectualista de Aristóteles; pero pone en acción y en movi-

miento todos los conceptos del peripatetismo, y en este sentido puede afirmarse que «la filosofía hegeliana es un aristotelismo dinámico».

De las consecuencias que han quedado como conquistas definitivas de la filosofía de Hegel, ninguna tan importante como la del devenir ó evolución, que llega á constituir la ley fundamental de todo el empirismo moderno y la hipótesis en que se apoya el trasformismo. Coinciden los discípulos más extremos de Hegel con los naturalistas del día. Previó el gran pensador la ley de la evolución, que confirmada á toda hora por el rico caudal de experiencias que incesantemente acumulan las ciencias naturales, va convirtiéndose, de hipótesis ó teoría, en verdad totalmente comprobada. No es aún clave del enigma, como pensara Hegel, porque otra vez la evolución se produce dentro de tipos y formas que se suceden según la ley de la unidad de composición de los organismos, é importa saber el orden y jerarquía de los tipos morfológicos y aun el valor cualitativo de cada uno de ellos, problemas que han de resolver en su día la Morfología y la Biología.

Obtuvo en su tiempo Hegel los favores del éxito como ningún otro pensador ; honores, gloria, numerosos discípulos, todo lo conquistó Hegel, seduciendo á sus contemporáneos, merced á la aplicación universal que hizo de su concepción filosófica á todos los ramos del saber. El principio fundamental de su doctrina era una abstracción lógica, menospreciaba el método experimental y pretendía explicarlo todo *à priori,* interpretando para ello violentamente la historia, y aun llegaba á consecuencias bien deleznables; pero no fué sustituido por pensador de igual importancia que la suya, y el imperio de Hegel, por su gran talento y porque su solución cerraba

completamente el ciclo del idealismo, persistió contra toda protesta hasta que tomó relieve la general contra las especulaciones *à priori*.

Múltiples son las causas que concurrieron á mantener hasta la muerte de Hegel y á conservar después durante muchos años entre los filósofos el imperio casi exclusivo del idealismo absoluto. Seducía lo aparatoso de las fórmulas definitivas del hegelianismo, que parecía poseer la última palabra del enigma y lisonjeaba el orgullo del pensamiento humano, identificándolo con el divino. El genio metafísico de su autor, su extensa y enciclopédica cultura, señaladamente histórica, la audacia contagiosa de su poder especulativo que, según la ingeniosa expresión del Dr. Mises, veía obedecer todo á su mandato cual si poseyera vara mágica para que se concretase en la realidad la evolución espontánea de sus conceptos; el apoyo que las tendencias conservadoras creían hallar en el hegelianismo (aplicando su teoría del Dios-Estado) contra los anhelos del espíritu revolucionario, y por último el carácter comprensivo de las vastas fórmulas de Hegel, todo, todo contribuía á hacer árbitro de ciencia y vida, de pensamiento y realidad al gran maestro de la Dialéctica.

Cedía, sin embargo, el encanto mágico del hegelianismo á medida que se veía comprobada la profecía de Haman que «la ciencia absoluta de los posibles se con»fundía con la ignorancia completa de lo real». La verificación experimental desmentía con excesiva, y por excesiva peligrosa frecuencia, las atrevidas generalizaciones del idealismo absoluto, y mientras Hegel afirmaba la imposibilidad absoluta, por ejemplo, de que existiese entre Marte y Júpiter ningún cuerpo celeste, Piazzi señalaba la existencia real de los pequeños planetas, ó asteroi-

des [1]. Abundaban las contradicciones de las pretendidas revelaciones intuitivas de la razón metafísica frente á los descubrimientos incontrovertibles del método científico, y el divorcio se acentuaba entre la especulación ideal y las ciencias físicas. Á él contribuían también las indagaciones de la crítica histórica y los estudios de la exégesis bíblica, emprendidos por los mismos discípulos de Hegel.

La reflexión libre se oponía á la apología del dogma cristiano, que parecía ser el coronamiento de la filosofía religiosa de Hegel, que llamaba al Cristianismo la Religión de lo absoluto. Feuerbarch [2] se había convertido (1830) en eco de tales protestas, que continuó Strauss [3] al rechazar por completo el racionalismo místico del maestro. La fría discusión de los textos bíblicos y las indeclinables exigencias de la crítica histórica ponían en tela de juicio la dialéctica hegeliana, comenzando de este modo la gradual pero rápida dispersión de la Escuela, subdividida de tiempo atrás en derecha, izquierda y centro, según el radicalismo, más ó menos perceptible, con que los discípulos deducían las consecuencias implícitas en los principios del maestro.

La derecha hegeliana, que en política equivalía al partido conservador y presumía representar la ortodoxia doctrinal, hubo de desaparecer rápidamente, y la izquierda, personificada en Baur, Feuerbach, Strauss y Max Stirner, marchó á pasos agigantados, sustituyendo la concepción de la idea por la de la materia, hacia el materialismo de Moleschott, Büchner y Vogt, de la cual toma hoy mismo punto de arranque, pues se apoya en la

(1) V. B. Erdmann: *Zur Charakteristik der Philosophie der Gegenwart in Deutschland.*
(2) V. *Esencia del cristianismo.*
(3) *Vida de Jesús.*

evolución progresiva, la hipótesis transformista del monismo heckeliano.

Pero en este período, relativamente corto por la extensión, é importante y de gran alcance por su intensión, durante el cual el hegelianismo conquistó el común pensar de sabios, filósofos y artistas, no limitó el idealismo absoluto su influencia á la cultura alemana; señales bien precisas de su benéfico influjo se hallan en la filosofía de Francia é Italia. En nuestro mismo país, la derecha hegeliana tuvo y aún conserva representantes de valía como los Sres. Benítez de Lugo y Fabié, traductor y comentador el último de la Lógica de Hegel, mientras que la izquierda contaba con propagandistas tan incansables como Rivero, Pi y Castelar. Aunque ninguno de ellos profesaba la filosofía pura, siempre será jalón de nuestra cultura moderna la serie de aplicaciones que en discursos, artículos y obras de polémica hicieron estos ilustres compatriotas nuestros de la doctrina hegeliana al derecho y á las ciencias sociales [1]. Tocada de un cierto doctrinarismo, é influida por un espiritualismo etéreo y vaporoso, profesaba la filosofía hegeliana, representando el centro de la escuela, el malogrado Moreno Nieto [2]. Aplicaciones del hegelianismo á las ciencias particulares, señaladamente á la estética y á la crítica histórica, abundan en toda la cultura moderna y en la de nuestra patria.

U. González Serrano.

(Concluirá.)

(1) V. Rivero, *Discursos;* Pi y Margall, *Estudios de la Edad Media;* y Castelar, *Fórmula del Progreso.*

(2) *Discursos.*

EDMUNDO DE GONCOURT

Y SU HERMANO

De 1850 á 1870, las letras francesas se transformaron, y su transformación actuó con incontrastable fuerza sobre la literatura del mundo civilizado todo. Aceptando la nueva forma ó rechazándola con indignación y tedio; abriendo los brazos ó cerrando los ojos y volviendo la cabeza; subyugado ó sublevado,—y á veces las dos cosas á un tiempo,—ningún autor, en nación alguna, podrá decir que le pasó inadvertida la profunda crisis, tránsito del romanticismo al naturalismo.

Lo que había de ser, fué, sin que humano poder bastase á estorbarlo. Mientras resonaba el fragor de las discusiones; mientras llovía cieno de insultos; mientras silbaban en los aires las flechas satíricas, barbadas de pluma de ganso, la obra se consumaba, el fruto llegaba á sazón, y hasta empezaba á corromperse. Apedréabanle por verde los chicuelos, y él reventaba de maduro, entreabriendo ya su roja piel para dejar caer la simiente nueva.

Nadie que lleve el alta y baja de estas cuestiones ignora que el naturalismo francés puede considerarse hoy un ciclo cerrado, y que novísimas corrientes arrastran á la literatura en direcciones que son consecuencia y sín-

toma del temple y disposición de las almas, en los últimos años del siglo. Cierzos del Norte que traen en sus alas grises vago aroma de incienso; rocíos de lágrimas que humedecen los ojos; auras de esperanza remota; latidos sordos y desiguales que anuncian la reposición de la convalecencia más bien que el desmayo de la agonía; inquietas aspiraciones á recobrar lo que se daba por perdido; rápidas miradas hacia atrás, con el ansia de restauraciones imposibles y la certeza de una armonía ó reconciliación indispensable entre el espíritu y la materia, la poesía y la verdad, la línea y el color...., de todos estos elementos procede la evolución verificada en la última década, de 1880 á 1890, reconocida por el sincero Zola, y que, á manera de reflejo estelar en oscura noche, anuncia la próxima salida del siglo xx.

Observemos una circunstancia muy importante al asunto que vamos á tratar. El ciclo naturalista (acepto la nomenclatura usual y corriente) encontró sus paladines en Francia: el ciclo nuevo, que podemos llamar realista ideal, los halló en Rusia. En el orden cronológico, ambos ciclos se desarrollaron en líneas paralelas. El realismo ideal ruso es tan viejo en fecha como el naturalismo francés. Lo reciente es su infiltración en las naciones occidentales, donde apareció á la hora oportuna como solución de irritante enigma, como satisfacción de legítimos descontentos, como muestra de la infalible plenitud del arte, siempre dispuesto á reencarnarse en la forma que sueña y solicita el sediento espíritu humano. En el orden jerárquico, si los Goncourt, Zola y Daudet no se eclipsan ante Turguenef, Dostoyewsky y Tolstoy, los modernos escritores franceses que han sentido la influencia del alma eslava, no llegan á la altura de sus ilustres modelos. El movimiento neo-ideal, en Francia,

carece por ahora de jefes de genio robusto y arrollador: tiene soldados y oficiales muy distinguidos, pero le faltan generales. Acaso hay en su índole nebulosa, en su difuso misticismo, algo que repugna á la lucidez, precisión y sequedad del carácter y del idioma franceses.

Por eso, después de la clausura del período naturalista militante, mantiénense en pie las figuras de sus iniciadores y corifeos. Edmundo de Goncourt, Zola y Daudet son todavía los tres grandes nombres, no eclipsados, de la literatura francesa. Si alguien puede hacerles temible sombra, no son ciertamente los agradables y brillantes *jeunes maîtres* que van desviándose con respeto de sus huellas, sino Tolstoy, cuando la traducción arroja al mercado francés alguno de sus fecundos y originales libros.

Distingamos, sin embargo, entre la trinidad de los maestros franceses. Su importancia y su papel no son para confundidos. Zola fué el aríete: desmanteló y barrió lo antiguo, y preparó, con sus mismos desafueros, la presente reacción. Daudet es la hembra artística de Zola: conciliador, seductor, menos poeta, en realidad, que su insigne macho. Por lo que hace á Edmundo de Goncourt, ó á los hermanos Goncourt mejor dicho, les correspondió el oficio más ingrato y glorioso: el de precursores.

Pablo Bourget, crítico eminente y sutil, dice terminantemente: «Nadie, desde Balzac hasta nuestros días, modificó en tanto grado el arte de novelar como los Goncourt. De ellos se deriva el autor del *Assommoir,* y de ellos también el del *Nabab*». Á este mérito indiscutible de los Goncourt puede sumarse otro; y es que su influjo, más insinuante y menos estrepitoso que, por ejemplo, el de Zola, es harto más duradero. Zola, lo repito,—aparte de su mérito y su valer,—es autor de transición y combate, de *sturm und drang,* y empuja mucho más que

impregna. Los Goncourt, por el contrario, largo tiempo desconocidos y arrinconados, nunca alzados sobre el pavés como el impetuoso poeta épico de *Germinal,* artistas frioleros y metidos en su concha, no sólo pueden reclamar el título de verdaderos generadores de Zola y Daudet, sino que hoy inspiran á la juventud decadentista y se filtran en las flamantes obras del psicologismo, haciendo competencia á los eslavos.

¿Á qué condiciones especiales de su ingenio deben esta gloria los indivisibles Goncourt? Á una suma de circunstancias que, si no aumentan su *cantidad,* modifican su *entidad,* dando por resultado una combinación felicísima de no indiscutible ni canonizable, pero de energía nunca igualada para penetrar hasta los tuétanos del arte contemporáneo. Al intentar el estudio de esa combinación tan activa y peregrina, trataré de evitar repeticiones de los demás y de mí propia, pues es la tercera vez que hablo de los hermanos Goncourt y de Edmundo sólo. La primera fué en 1882, en un capítulo de la *La cuestión palpitante;* la segunda en 1889, en una crónica que forma parte del libro de viajes *Al pie de la torre Eiffel.*

Edmundo y Julio de Goncourt, por su familia, pertenecen á la que en Francia se llama nobleza de toga; su padre militó en los ejércitos del gran capitán del siglo. Edmundo, el hijo mayor, nació al año de casarse sus padres, en la ciudad de Nancy; ocho años después, en París, vino al mundo el menor. En el intervalo habían nacido dos niñas, que fallecieron de corta edad.

¿Cómo se trabó desde la cuna, entre los dos hermanos, el ternísimo afecto que distingue su biografía de todas las biografías literarias contemporáneas? La novela cuya traducción ofrezco al público lo dirá mejor, por modo indirecto, que pudiera decirlo biógrafo ninguno. El mucha-

cho Edmundo, ya fuerte y crecido, siente despertarse en su corazón un cariño en cierto modo paternal por el hermanito que, contando ocho años menos, permanece ángel cuando el mayor raya en hombre. Fallece el padre, no llegando Julio á un lustro de edad, y la protección del mayor se acentúa, y la adhesión se duplica viendo al niño siempre delicado de salud, objeto de perpetuas angustias para la madre. Al perder á ésta y encontrarse doblemente huérfanos, Julio es ya el mozo fogoso y amante del placer—el Nelo de la novela—y Edmundo el grave compañero, el Juan, jefe nato de la fraternal asociación. El amor, palanca desquiciadora de los afectos masculinos, pudo haber separado entonces á los hermanos; pero su madre, al tiempo de exhalar el último aliento, juntara las manos del mayor y del menor...., y juntas habían de persistir, hasta que la misma muerte que las unió las separase.

Mucho se ha escrito acerca de esta viva pasión fraterna, exaltada y llevada á un grado de enfermizo lirismo, que excita la imaginación como pudiera excitarla un amorío desdichado. La historia sentimental de las letras, en la segunda mitad de nuestro siglo, no tiene página más elegíaca que la consagrada á la muerte de Julio de Goncourt y la soledad de Edmundo. Es el único suceso realmente dramático que ofrece su biografía gemela, historia casi vulgar de dos hombres inteligentes, ni espoleados por la miseria, ni torturados por la mujer, y que, sin embargo, vivieron más tristes que venturosos, persiguiendo un sueño fugitivo de gloria, ó rebuscando curiosidades y antiguallas para extraer de su contemplación, no el sereno deleite estético, sino una especie de *morbidezza* dolorosa y vehemente. ¡Ah! El hombre no necesita para ser desgraciado males positivos: bástanle las jugarretas de la imaginación, ó las propensiones hereditarias á la

melancolía, ó las aspiraciones calenturientas á bienes que no valen lo que han de costar, si cuestan la paz y el santo regocijo. Según lo que de él se refiere, Julio de Goncourt se suicidó una miaja todos los días. Un biógrafo de los dos hermanos (1) dice textualmente: «De 1867 á 1870, arrastraron los Goncourt miserable vida. Enfermos ambos, proseguían su tarea de escritores con tenacidad y fuerza de voluntad admirables. Á principios del mes de Junio de 1879, Julio se encamó: presentóse una lesión en la base del cerebro, y determinó una tisis galopante». Edmundo, en uno de sus libros, *La casa de un artista,* narra la agonía de su hermano con detalles desgarradores, entre los cuales se destaca siniestramente el que verá el lector: «Apenas espiró la pobre criatura...., ascendió á su rostro una tristeza terrenal que jamás he observado en la faz de ningún muerto. Sobre su juvenil fisonomía parecía leerse, más allá de la vida, el desesperado dolor de la interrumpida obra». Tan cruel observación la confirma Teófilo Gautier, que al dedicar á Julio de Goncourt un artículo necrológico, escribía los renglones siguientes: «Nunca afligió mis ojos cuadro más desconsolador.... La muerte, que suele aplicar una máscara de serena hermosura á los semblantes, no pudiera borrar de las facciones de Julio, tan correctas y finas, una expresión de honda pena é inconsolable nostalgia». ¡Qué amargo es el mundo! pienso toda entenebrecida, cuando leo estas cosas y veo la inutilidad de la fortuna, del talento y de la juventud para la dicha. Aún hay otro pormenor más lúgubre, si cabe. Cuenta el mismo Gautier, que mientras Edmundo, según la costumbre francesa, seguía á pie el féretro de su hermano, sus cabellos, poco á poco y visiblemente, iban descolorándose, palideciendo,

(1) Alidor Delzant: *Les Goncourt:* París, 1889.

blanqueando. «No era ilusión nuestra,—dice el insigne autor de *Tras los montes;*—muchos de los que seguían el duelo lo notaban.» No extraño que Flaubert, en el estilo familiarísimo que empleaba para cartearse con Jorge Sand, pudiese decir: «El entierro de Julio de Goncourt fué un lloradero. *Teo* lloraba á cántaros».

Insisto en que la biografía de los Goncourt no encierra otro drama sino esta triste página mortuoria, y ella y cuantas forman la vida afectiva de los dos hermanos, se encuentran, por modo simbólico, en la novela que he traducido. Sin que permitan los límites del presente estudio entretenerse en menudencias biográficas, basta lo indicado para que al lector le sea facilísimo establecer un paralelo entre la infancia de los acróbatas y la de los escritores, la muerte de la madre, la juventud estrechamente unida y consagrada austeramente á la investigación y al trabajo, y por último, la caída del gimnasta, que es la muerte de Julio, y el propósito del hermano de renunciar á la profesión que ya no pueden ejercer juntos como antes. Todo esto es autobiografía, sentida, de adentro, y nos ahorra repetir friamente lo que Edmundo escribió con pluma mojada en sangre del corazón. Los *Hermanos Zemganno* son la novela autobiográfica *interior* que todo novelista fecundo escribe una vez en la vida, irresistiblemente empujado por la necesidad de comunicar las penas, que las alivia tanto. Turguenef decía á un joven escritor ruso que le contaba sus sufrimientos: «Haga V. un libro con eso, y al punto quedará descansado». Yo no creo que Edmundo de Goncourt quedase descansado después de escribir los *Hermanos Zemganno*, pero sí que le serviría de bastante consuelo la hermosa creación que ha merecido el nombre de *poema del amor fraternal*.

Del afecto de Edmundo y Julio, lo que importa á las letras es que sirvió de base al raro fenómeno de una colaboración literaria no interrumpida, sin soldadura, envidia, competencia ni rompimiento posible; con un solo amor propio para dos escritores. Una de las personas de la gran trinidad novelesca francesa es doble. Á mí la colaboración literaria se me figura un caso tan singular, que la imaginación se resiste á concebirlo. Viene la idea creatriz tan del fondo del alma humana; es tan personal de cada artista el modo de ver y transcribir la realidad, que si en la obra erudita puede admitirse que uno suministre los materiales, y otro los labre y coloque, en la novela (donde no hay materiales propiamente dichos, por lo mismo que toda realidad lo puede ser, si impresiona artísticamente) parece cualquier asociación cosa monstruosa é híbrida. Los Goncourt no lo creyeron, mejor dicho, no lo sintieron así. La parte que cada cual ponía en la obra común se deduce de un pasaje de los *Hermanos Zemganno*. Edmundo reflexionaba, meditaba, indagaba, contribuía con el cerebro: Julio adornaba, poetizaba, *enflorecía*, bordaba con la imaginación los hallazgos é inventos del mayor. Á no haberse muerto Julio, á cumplir Edmundo el propósito formado en los primeros instantes de su desesperada pena, hoy creeríamos adivinar en Julio al poeta de la asociación, al delicado soñador, y presumiríamos que el mayor carecía de estas cualidades. Como Edmundo, pese á sus resoluciones, volvió á escribir novelas que en nada desmerecen de las antiguas, es fuerza reconocer en él al artista completo (completo *en sí*, según su género, porque decir plenitud no es decir perfección). La señora de Daudet, que escribía artículos de crítica en algunos diarios, observó esta plenitud de Edmundo sólo, y la explicó

ingeniosamente como sigue : «Creo que el hábito del trabajo en común, de los capítulos releídos por turno, logró fundir de tal suerte los sentimientos y el estilo de los señores Goncourt, haciendo de dos naturalezas artísticas un solo temperamento literario, que el trabajo del vivo debe de estar poblado de reminiscencias de una colaboración que duró cuatro lustros.»

Recordemos, una vez que los lectores españoles y americanos acaso no se encuentren tan familiarizados con el nombre de los Goncourt como con los de Zola y Daudet, los frutos de esta colaboración y los del trabajo aislado del hermano superviviente.

Para entender la índole de la producción literaria de los Goncourt, conviene recordar cierto párrafo de uno de los libros más autobiográficos de Edmundo, *La Casa de un artista*. Refiere en él que, siendo muchacho y hallándose en el colegio, iban todos los domingos á sacarle de asueto tres señoras: su madre, su tía y una cuñada de ésta. Dábanle al chico su merienda de fruta, y después se lo llevaban paseando por el bulevar de Beaumarchais, hacia el arrabal de San Antonio. Era la tía de Edmundo de las contadas personas que por entonces se dedicaban á escudriñar las prenderías y tiendas de anticuarios ; y las tres señoras, escoltadas por el chico, se pasaban la tarde entre polvo y trastos viejos, revolviendo por los rincones, no sin temor de mancharse los frescos guantes y el lindo zapato escotado, pescando en el revoluto esculturas y figurillas de bronce, y no regresando á casa ningún domingo sin hallazgos felices. Estas excursiones domingueras despertaron en el muchacho la vocación de coleccionista y el olfato y sutil sentido de la belleza, ó más bien de la *bonitura*. Porque la afición que originaron en Edmundo aquellas arrumbadas curiosidades, proceden-

tes, en su mayor parte, del siglo XVIII, fué madre de una estética especial, que antepone lo lindo, lo raro, lo exquisito, lo caprichoso en color y forma, á lo sencillo, robusto y sanamente hermoso. Aquellos domingos no hicieron á Goncourt, como él afirma, coleccionista á secas, no: le imprimieron carácter, le instituyeron pintor primero y literato después, en la doble forma que lo fueron él y su hermano, historiadores y novelistas. No se limitaron á educar su vista, su tacto, sus finísimos sentidos de bizantino moderno: dominaron también su alma. Le marcaron con un sello tan profundo, como á Renán la vieja catedral á cuya sombra corrió su niñez.

Cuando los dos hermanos llegaron al período de la vida en que es fuerza elegir carrera, mientras Edmundo se secaba en una oficina de Hacienda alineando guarismos, Julio daba un indicio enérgico de inteligencia y voluntad, declarando terminantemente que *no quería ser nada*. ¡Frase que en boca del inútil merece atraer todo desprecio, y en labios de Julio era una estrofa del canto de independencia salvaje que entre los veinte y los treinta debe entonar todo artista!

Habiendo heredado una fortuna modesta, pero suficiente para vivir sin sujetarse á trabajos ajenos á sus aficiones, deliberaron los hermanos y determinaron consagrarse á la pintura. Nótese bien: en literatura no pensaban. Hablando de esta primitiva vocación de los Goncourt, Pablo Bourget, con agudeza analítica, insinúa que de todo escritor debiera averiguarse si empezó por las letras, ó si le arrastraron primero otras inclinaciones, cuyas huellas no suelen borrarse nunca. Á los ejemplos que ofrece Bourget para demostrar cómo persiste en el espíritu la dirección que obtuvo las primicias de su virginidad, podríamos añadir cien y cien, aunque ninguno

tan evidente como el de los Goncourt. Por pintores comenzaron, y pintores fueron con la pluma hasta el último instante: los modernos procedimientos pictóricos en las letras, ellos los inician, y de ellos proceden; ellos, precisando lo que habían sugerido Rousseau y Diderot, dieron el golpe mortal á la prosa abstracta y monótona del *gran siglo* y á las vaguedades románticas, y refinaron hasta un extremo patológico el goce de nuestras embriagadas pupilas.

Salieron, pues, los dos hermanos, allá por los años de 1849, á un viaje artístico por Francia, impidiéndoles seguir á Italia razones que á muchos nos tentarían á entrar en ella inmediatamente: la revolución ensangrentaba las calles y las atronaban las descargas. Pero los Goncourt nunca fueron hombres de acción ni espíritus aventureros: tan revolucionarios como aparecen en letras, dudo que se encuentren, en la vida real, burgueses más pacíficos, más retraídos, más metódicos. Julio, al tiempo del viaje, era mozo y lindo, hasta tal punto, que le tomaban por una señorita disfrazada que se había escapado con su novio. Según metían en color sus apuntes de acuarelas, ocurrióseles escribir un diario de viaje, que fué el germen de toda su literatura. Al regresar de su excursión por Francia y Argelia, entretuvieron el invierno pintando, y hasta el siguiente año no remaneció la idea de escribir. Edmundo nos dice cuándo y cómo: «Sobre el gran tablado del modelo, á cuyo extremo trabajábamos noche y día en nuestras acuarelas, una tarde del otoño de 1850, á esas horas en que se enciende el quinqué y no hay modo de seguir lavando colores, mi hermano y yo, bajo el impulso de no sé qué inspiración rara, nos pusimos á escribir un *vaudeville,* con un pincel mojado en tinta china.»

No soltaron el pincel los Goncourt, desde que brotó

aquel olvidado *vaudeville*. Con pincel siguieron escribiendo; y no pincel de acuarelistas, sino de miniaturistas, delicado, menudo, sutil. La imparcialidad que los Goncourt merecen me obliga á decirlo: cuando ejercen de historiógrafos y noveladores, siguen siendo pintores y coleccionistas. ¿Defecto ó mérito? Mérito, sí, en cuanto es personalidad, y en cuanto cooperó su influjo poderoso sobre las letras en este siglo, y hasta sobre las costumbres y el mobiliario.

En la misma patria de los Goncourt, sus obras históricas son menos conocidas, y, como es natural, menos influyentes que sus obras novelescas, aunque unas y otras guardan estrechísima conexión. La sinceridad de la obra histórica de los Goncourt se prueba considerando que no hablaron sino del siglo que les interesaba, del que les había cautivado la voluntad, por medio de su arte, injustamente desdeñado hasta entonces; el siglo de Watteau, que sin gran hipérbole podría llamarse también el *siglo de Goncourt*. Después de algunos juegos y ensayos periodísticos, el primer libro importante de los dos hermanos fué la *Historia de la sociedad durante la Revolución*. Revelábase en ella el carácter innovador de los autores. Los historiógrafos de entonces, Lamartine y Michelet, ó escribían sonoras generalidades, ó sostenían tesis políticas. Los Goncourt, al contrario, sepultáronse en un abismo de documentos, huyeron como del fuego de las *síntesis*, y no escribieron un renglón sin comprobantes. Si no les ayudase la doble vista, la intuición del poeta, que tanto se revela en sus libros de historia, habrían producido un seco centon. Así y todo, á veces se les enreda la pluma en el detalle minucioso y pintoresco. No son filósofos de la historia, sino coleccionistas, siempre coleccionistas, y á la vez zahoríes, autores sugestivos,

que saben encerrar la visión de una época en la luna de un espejillo de mano.

Á la *Historia de la sociedad durante la Revolución* siguieron los *Retratos íntimos del siglo XVIII,* y la primorosa *Historia de María Antonieta,* muy superior en factura y en franqueza de toques á los anteriores trabajos, sentida, poética, digna en todo de la calurosa alabanza de Michelet. Luego, el *Arte en el siglo XVIII,* que la muerte de Julio dejó por concluir. Allí los dos hermanos ensalzaron resueltamente los méritos de una escuela pictórica hoy estimada y en aquel entonces desdeñada casi, tachada de afeminación y mezquindad. Así como habían sido los primeros á rebuscar los deliciosos grabados y estampas «antes de la letra y á toda márgen», los agua-fuertes de Cochin, Boucher y Fragonard, las sanguinas y pasteles de lánguido colorido, los muebles rococó y las porcelanas rancias, fueron los primeros también á aquilatar el mérito de Watteau el mago, creador de poemas y ensueños sobrenaturales, que tienen por teatro encantados jardines de Armida; de Chardin el realista, gran reproductor de bodegones y objetos inanimados, de gentes mesocráticas entregadas á faenas humildes, retratista de la mujer sencilla de aquel *tiers état,* que antes de abrirse camino por boca de Sièyes, aspiraba á encontrar representación en la esfera del arte; de Boucher, que, arrinconando el estilo fastuoso, ornamental y solemne de la época de Luis catorceno, trajo al reinado siguiente una manera no menos artificiosa, pero original y amable, adornada con el encanto de estudiadas negligencias;—Boucher, que modeló la Venus Luis XV, de lascivos contornos, frente cándida, carne amasada con hojas de rosa, y le dió por escolta unos amorcillos dignos de rivalizar con los ángeles murillescos, pues no

pudiendo emularlos en pureza, los eclipsan por la picardía y la gracia;—de Latour el pastelista, el que sustituyó á los ceñudos retratos de armadura, cotilla y pelucón, la gentil imagen, la abuela bonita y empolvada, que vemos sonreir misteriosamente con una rosa en la mano, quitando tal vez el sueño á sus nietos varones; de Greuze, el intérprete de la inocencia simulada, de las caritas ensoñadoras y melancólicas, virginales á primera vista, y donde un examen concienzudo descubre la mordedura del gusano del vicio; de los grandes decoradores ó adornistas Saint-Aubin; del viñetista Gravelot...., pléyade escogida que trajo al arte la necesaria, la bienhechora, la refrigerante molicie, después de tanta rigidez, tanta sequedad, tanto asfalto, tanta crucifixión y tanto martirio como habían derramado sobre el lienzo los siglos XV, XVI y XVII.

Perseverantes en su criterio, los Goncourt, después de vindicar el arte del XVIII, emprendieron el estudio de sus inspiradoras, las favoritas de Luis XV; la duquesa de Chateauroux y sus hermanas; la excelsa Pompadour; la Dubarry, de trágicos destinos; y bajando luego las gradas del trono, pasaron de las amantes regias á un estudio general sobre *La Mujer en el siglo XVIII.* Enlace indispensable y fatal del asunto. El arte, las costumbres y la historia de aquella sociedad que llevaba en sus entrañas el terrible titán 93, no tienen más que una clave: la mujer, arriba como abajo, desde los dorados aposentos de Versalles hasta el mercado de las sardineras,—las futuras calceteras de la guillotina.

Ya dije en otra ocasión lo que voy á repetir ahora: y que se me perdone la repetición, porque si es extravagante el supuesto, tan extravagantes como él son otras ideas que con mucha formalidad han propalado eminentes

críticos respecto á los Goncourt. Sábese—hasta donde pueden saberse cosas tan peliagudas—que á los dos hermanos no los esclavizó nunca el niño Amor. Ningún nombre de mujer se destaca sobre las páginas de su biografía. Una noble amistad, la princesa Matilde Bonaparte; un cariño paternal de Edmundo, la señora de Daudet...., y nada más, y el lector confesará que no podía ser menos. En varias novelas de los hermanos hasta se descubre una inquina profunda contra la mujer, una negación explícita de su capacidad intelectual, y un recelo especial de su perfidia, de su bajeza, de su acción maléfica sobre las facultades del artista y del escritor. En concepto de los Goncourt, la mujer puede ser *la mitad* de un burgués, no de un refinado. La capaz de complacerles á ellos, á los autores, no ha de pasar de *agradable animal (sic)*. Como si la invisible providencia de las ideas, que en casos semejantes se llama lógica, quisiera castigar á los dos hermanos por esa enorme, y, después de todo, vulgar herejía, lo femenino les persigue y les envuelve; infíltrase en su literatura, en sus investigaciones históricas, en sus gustos artísticos, en sus novelas, que apenas son sino estudios de mujer, en su propio estilo, que sufre á cada paso neuralgias é histerismos nada viriles. El siglo predilecto de los Goncourt es el siglo en que la mujer reina y domina cabalmente por las perversidades de su sexo: las manos blancas é impuras de la favorita llevan las riendas del Estado; en los libros de investigación que los Goncourt dedican á la época de Luis XV, no resuena chocar de armas como en Herodoto y Jenofonte, sino crujir de tornasolada seda y de varillas de abanico, murmurio de madrigales, risitas, chillidos, el ¡ay! de las melancolías de la pobre Pompadour, que no sabía cómo entretener y quitar la murria al *bien amado,* ahito de la miel del

deleite. Historia escrita tomando por documentos retales de raso chiné y minutas de convite; historia que desfilacha hilo por hilo la tela de las costumbres, ha de considerar á la mujer principal rueda de la máquina, y por eso los libros históricos de los Goncourt descansan de un modo casi exclusivo en la mujer y su acción social. Cuando escribieron *La mujer en el siglo XVIII*, proyectaban dos libros más, *El hombre* y *El Estado*. Ni uno ni otro llegaron á escribirse. La mujer absorbió á los dos misóginos, á los célibes por sistema, pero mujeriegos de imaginación como nadie.

La singularidad de que escritores tan *feministas* repugnen y desdeñen á la mujer de la época en que viven, me sugirió la idea de si estarían enamorados, fantástica y quijotescamente, de la del siglo XVIII, como lo están del siglo en conjunto. Adviértase que el caso de prendarse un historiador de una mujer ya eternamente desvanecida, que evoca á la luz de la erudición, no es nuevo en los anales de las letras francesas contemporáneas, y, si no me vende la memoria, algo semejante le ocurrió á Cousin, loco por la duquesa de Longueville (amor que Sainte Beuve calificó de *ex cathedra)*. Nótese también que la mujer del siglo XVIII es acaso la más seductora de las desvanecidas, la más propia para inflamar la imaginación y aun los sentidos. En primer lugar, no parece muerta: tantas y tales cosas se conservan de ella, penetradas por su aroma y casi tibias de su contacto, y son cachivaches tan graciosos y tan atractivos, que no los podemos mirar sin embeleso. Blondas, hebillas, cajas de rapé, piochas, relojes, chapines, telas floreadas, cuanto procede de ese siglo coquetón, reviste una suavidad muy tentadora. Teófilo Gautier describe en una conocida novela el enamoramiento que le entró á un inglés por la

momia de una infanta egipcia. Esto, á la verdad, lo encuentro sorprendente, porque una momia es así como una especie de bacalao ó cecina de mujer; y habiendo corrido tantos siglos desde sus lozanías, parece que no ha de estimular el amor más de lo que estimularía el apetito un pez fósil. Pero las damas del XVIII diríase que alientan, que se mueven: en los cajones encontramos sus amarillentas blondas; y en sus pomos queda esencia todavía. Y tal vez el menor hechizo de la mujer de entonces—de la francesa sobre todo—fuesen sus adornos, sus incitantes afeites, sus lunares postizos y sus lindos peinados. Eso, en suma, puede imitarse y se imita: la señoras lucen hoy polvos á la mariscala, trajes á lo Watteau y abanicos incrustados. Lo que enamora en la dama del siglo XVIII es su agudeza, su ingenio, su fuerte personalidad literaria y artística. Si era frívola, libertina y *filósofa*, éralo también el hombre: como él estudiaba, como él discurría, como él reía, y á veces se le adelantaba y mostraba mayor instinto renovador, anteponiendo, verbigracia, Rousseau á Voltaire. Nuestra política sálica, que rehusa á la mujer más apta derechos que otorga al hombre más inepto, ha mermado la *persona* femenil contemporánea, dejándola muy inferior á la del siglo XVIII, apartándola del oleaje de las ideas, haciéndola indiferente á la vida cerebral. ¿Qué importaba la aparente frivolidad de un siglo que, en momentos de prueba, podía suscitar mujeres como la Roland? ¡Ah! ¡No hay cosa más distinta del *agradable animal,* suficiente para divertir un rato á los Goncourt, que aquellas mujeres tan al diapasón de la inteligencia de su siglo, pensadoras, matemáticas, protectoras del arte, filántropas, políticas, y, además, encantadoras!

En suma, no estoy tan encariñada con mi hipótesis del enamoramiento retrospectivo de los hermanos, que

no la suelte si me convencen de que es pura fantasía. Lo indudable, lo reconocido por cuantos estudian á los Goncourt, es que la mujer informa sus escritos y los domina con absoluto imperio. Lo hemos comprobado en sus libros de historia. En sus novelas resalta más todavía. Son cuadros donde se destaca una sola figura femenil. Repasemos la galería para comprobar la exactitud de este aserto.

Sor Filomena es la niña criada con austeridad, predispuesta por educación y temperamento al misticismo y á la abnegación pasiva: un día su corazón se despierta, y en el hospital, entre laceria y dolores, sueña un idilio triste, que desenlaza la muerte. Novela más casta y, en el fondo, más religiosa, no puede salir de pluma alguna. En *Renata Mauperin* encontramos á la joven de la clase media contemporánea, libre en sus modales y pura de corazón, que aspira por instinto á la toga viril para poder amar el arte, cultivar su inteligencia y elegir libremente compañero; pero comprimida por las preocupaciones hereditarias, y crucificada por este dualismo de su espíritu, que la mata al fin. Con *Germinia Lacerteux* los autores adoptan distinta orientación, la que escandalizó á sus contemporáneos, la que suscitó la famosa y resobada cuestión del documento humano y de la práctica clínica en la amena literatura. *Germinia* es, en la novela moderna, el primer estudio de un caso patológico, tratado con el rigor de la ciencia médica y con los refinamientos del arte. Este libro marca la verdadera crisis del talento de los Goncourt, la nueva vía ¡dolorosa! en que entraron. El corregir las pruebas de aquel libro ponía á los autores, según propia confesión, nerviosos y abatidos; y la crítica, que había comenzado por extrañar otras producciones de los Goncourt, se encabritó ante *Germinia,* calificándola de *fango cincelado* y de *obra pútrida.* En ella hay, no

un estudio de mujer, sino tres figuras femeninas admirables, cada una por su estilo : la infeliz histérica protagonista, la solterona y la lechera, madre de Jupillón.

En *Manette Salomón,* en *Carlos Demailly,* el resorte principal y la razón de ser de la novela consisten también en dos mujeres, malas de remate : una modelo hebrea, interesada y calculadora, que anula á un pintor, y una actriz frívola y sin alma, que lleva al manicomio á un literato. *Madama Gervaisais* no perjudica á nadie : no hay á su lado figura masculina : ella sola ocupa todo el libro, y lo colma con su importancia de mujer cultísima, reflexiva, seria, necesitada de fe y dispuesta á beberla por todos sus poros en una ciudad como Roma, donde sólo se conciben místicos ó escépticos. Los Goncourt, los del consabido *animal agradable,* tienen el mérito de haber estudiado el tipo nada común de la mujer ilustrada, ilustrada como un hombre, no literata ni pedante, que lleva la ilustración como llevan las grandes señoras la ropa interior fina y rica : para todo uso y á diario. Hasta *Madama Gervaisais* llega la colaboración novelesca de los dos hermanos : Julio muere, herido por el mal éxito del exquisito libro. Solo ya Edmundo de Goncourt, ¿variará de rumbo y se decidirá á analizar la humanidad masculina con la misma acuidad y fuerza que la femenina? No por cierto. El primer libro que escribe Edmundo es otra monografía ginecológica y penitenciaria, *Elisa la ramera,* libro que con *Germinia Lacerteux* contribuyó á instituirle pontífice del naturalismo rotulado y oficial,—aunque tan verdadera es, en mi concepto, *Madama Gervaisais,* la libre pensadora y filósofa convertida, como la criada ninfómana ó la criminal moza del partido. Pero el lector pío y juicioso no ignora que hemos atravesado un período de algunos años, du-

rante los cuales *naturalismo* significaba mancebía y hospital.

He dicho al principiar á emborronar estas páginas, que Edmundo de Goncourt no encuentra en el arte la serenidad del deleite estético, sino una especie de *morbidezza* dolorosa. La génesis de *Elisa,* como la de *Germinia*, lo comprueba. Cada salida de Edmundo á la rebusca de los susodichos *documentos humanos* era una tirantez de nervios encalabrinados, un dolor de muelas, un trago de ajenjo. «Nadie,—habla el mismo Edmundo,—sino quien comprenda mi timidez natural, mi malestar cuando alterno con la plebe, mi horror de la canalla, podrá comprender lo que me cuestan los feos y antipáticos documentos que recojo para mis libros. Este oficio de concienzudo agente de policía de la novela popular es el más abominable que puede ejercer un hombre esencialmente aristocrático. Pero al mismo tiempo, la cantidad de observación, el esfuerzo de la memoria, el juego de las percepciones, el trabajo rápido de un cerebro consagrado al espionaje de la verdad, embriagan al observador y le causan una especie de fiebre en que olvida lo duro y repulsivo del oficio.» En suma, Goncourt,—que es efectivamente persona fina, organización selecta,—repelido y fascinado á la vez por el espectáculo de la miseria humana, pudo decir de sí propio:

Je bois avec horreur le vin dont je m'enivre.

Otras tres novelas más escribió Edmundo solo, después de *Elisa,* y antes de renunciar y retirarse para siempre del estadio, como si comprendiese que el edificio de su fama ya tenía puesta hasta la veleta, y que ésta marcaba buen viento. Dos de esos libros de última hora y primera fuerza son también estudios de mujer, *La*

Faustin y *Chérie :* el otro es el que traduzco, *Los Hermanos Zemganno,* el cual ofrece, entre todas las producciones de los Goncourt gemelos y del Goncourt descabalado, las singularidades siguientes : primera, ser el único libro de Goncourt donde se estudia á fondo la psicología masculina y donde casi no aparece la mujer ; segunda, ser autobiografía simbólica, pero sincera y auténtica; tercera, presentar los retratos de cuerpo entero y parecidísimos, de Edmundo y Julio ; cuarta, ser un libro donde, alardeando de minuciosa exactitud y profundo conocimiento técnico de la profesión y del medio social descrito, el autor se precia de idealista, y confiesa que, por una vez, siéndole antipática la verdad nimiamente verdadera, produjo imaginación mezclando ensueños y memorias.

Acaso podrá el lector español, mediante este libro, encariñarse con Edmundo de Goncourt, si he tenido la fortuna de interpretarle de tal modo que se trasluzca la emoción que lo anima; pero sepa que una mosca no hace verano, que los Goncourt no se han acostumbrado á la academia masculina, y que son ante todo, como psicólogos, grandes y admirables retratistas de mujeres, maestros *feministas,*—y que después de negar casi á la mujer el alma, por curioso contraste, descollaron en analizar almas de mujer.

Siempre existe cierta armonía preestablecida entre el pintor y el asunto ; pero cuidemos de distinguir bien, porque una cosa son las condiciones femeniles del talento, otra la afeminación. La palabra afeminación supone mezquindad, flaqueza, relajación de la fibra, linfatismo, limitación, miedo, y debieran poseer los idiomas otro vocablo correspondiente á los defectos característicos de la excesiva masculinidad, de la masculinidad brutal,

cuyo tipo acabado es, por ejemplo, *Bazarof,* héroe de una preciosa novela rusa. No así las condiciones femeniles del talento, que implican dotes de finura y delicadeza innegables en los Goncourt, y suelen ir unidas á una *nerviosidad* exaltada. Confieso que esta clasificación de las cualidades literarias por el sexo no la hago sin gran escrúpulo, y pareciéndome confusa, incompleta y acaso falsa en su misma base. El carácter del hombre moderno, en los centros de extremada civilización y de intensa vibración artística, como es París, como fué sobre todo en los últimos años del segundo Imperio, propende por mil razones á determinarse según se determinó en los Goncourt, y á presentar esas complicaciones, esos refinamientos, esos gustos exóticos y esa sensibilidad enfermiza. En otra ocasión he dicho que Edmundo repite á cada paso que su arte es fruto de la enfermedad, cual los hermosos verdes esmeralda de la colesterina son resultado de la litiasis. «Nuestro arte es un padecimiento», declara Goncourt; «yo siento las impresiones como un desollado, y si creo, es porque sufro.» En su modo de hablar del trabajo artístico se trasluce la angustia del que realiza un esfuerzo penoso, nunca el placer del que obedece á un impulso de su organismo sano. Acaso los dos hermanos olvidaron demasiadamente las lecciones de la sabia naturaleza: en vez de aquel ejercicio corporal reiterado que recomienda Schopenhauer y que ordenan los higienistas al que ha de ejercitar el cerebro también, se propinaron largas y violentas encerronas en archivos y bibliotecas, interminables sesiones de revolver y extractar documentos, y terribles bregas de esas en que, después de forcejear con el ángel de la inspiración, se quedaban jadeantes y rendidos. Á veces buscaban de propósito el régimen malsano del encierro y de la vigilia para

conseguir «la calentura alucinatoria». Creían ellos que un hombre firme y robusto no sabría expresar la vida parisiense, tejida de matices y filigranas, perceptibles sólo para una sensibilidad refinadísima.... Así lo dijeron tratando de Gustavo Flaubert, al cual, por su buena salud, reconocieron apto solamente para la novela provinciana.

Imagino que la teoría de la desolladura del artista, del San Sebastián asaeteado por las flechas del arte, no ha cruzado todavía el Pirineo. Aquí nos reiríamos á carcajadas del novelista que nos hablase de su talento, dándolo por fruto de una enfermedad del hígado ó del sistema nervioso. Verdad es que—lo confieso de plano, yo que traduzco una novela de Goncourt, yo que rindo al talento de los dos hermanos culto tan entusiasta—en España, los Goncourt apenas pueden encontrar admiradores, ni servir directamente de modelo á nadie. En cuanto á su influencia indirecta, es forzoso que se deje sentir, no sólo en el marcado *japonismo* de nuestros mejores dibujantes, sino en el estilo literario de todo verdadero artista, que habrá de propender cada día más á reemplazar la pálida abstracción, la nebulosa generalidad, con la palabra gráfica y pintoresca, la intensidad de la sensación y la visión lúcida de las cosas exteriores, que ya no nos parecen materia inerte, que gracias al esfuerzo del arte expresan, hablan y hasta lloran. Los Goncourt tendrán siempre la gloria especial de los grandes iniciadores literarios; los que vengan en pos de ellos, *aun cuando no los imiten, no podrán prescindir de atender á ciertas condiciones y de observar ciertos cánones.* Es decir que hombres como los Goncourt no dejan el arte según lo encontraron. Nadie puede disputarles esta corona.

Pertenecen sin embargo los Goncourt á la categoría

de los escritores discutidos en todos los tonos que puede adoptar el disentimiento literario: indignación, desdén, cólera, burla. Champfleury les llamaba *animales de sangre blanca;* Monselet les acusa de cincelar el barro; otros les han calificado de pintores japoneses, acuarelistas de abanico y biombo; y los puristas y elocuentistas del estilo les tienen por osados violadores de todo orden y regla, por desenfrenados secuaces de Góngora y Marino, y si cupiese buen humor en las letras francesas, no faltaría quien escribiese, para dar en la cabeza á Goncourt, un nuevo *Arte de navegar cultos*. Á los franceses les pasa con su prosa lo que á nosotros con la nuestra: tuvieron una época oficial de esplendor, un siglo ó dos siglos áureos, en que se escribió la música más adecuada al instrumento; es decir, en que la literatura sacó el mayor partido posible del idioma. Pero vino la Revolución, y en pos los primeros años de nuestra centuria, con el gran somatén romántico, y fué preciso alterar la procesión majestuosa del estilo de los Borbones, deshacer la simetría, difumar la precisión de los contornos, equiparar el colorido con la línea, y, en suma, adaptar aquel clavicordio afinado, melódico, suave, pero pobre de voces, á la riqueza sinfónica de la música moderna. Los grandes escritores *nuevos* de Francia tenían, pues, que ser innovadores, profanadores, iconoclastas; tenían que atacar con la piqueta el templo estilo Luis XIV, y erigir luego una basílica de arquitectura compuesta, mezcla de pagoda y catedral gótica, de árabe mezquita y de *hall* contemporáneo. La obra del romanticismo hubo de extremarla la literatura de la última mitad del siglo, que no me atrevo á llamar, de un modo impropio por lo genérico, literatura naturalista. El estudio de los medios populares é ínfimos; el análisis sutil y exal-

tado de las sensaciones; el exotismo artístico; la complejidad del alma moderna, habían de traer nuevos elementos léxicos y otra retórica más amplia y libre aún, más insubordinada, más indagadora. Si en este movimiento general que nos arrastra elegimos el escritor en quien con más intensidad vibra la sensación artística — que es Goncourt;—si consideramos la acción indeleble que sobre él ejercieron los procedimientos de otro arte, de la pintura, comprenderemos perfectamente esas inversiones y dislocaciones de lenguaje, esa coacción ejercida sobre la palabra para que imite el color, el olor, el sonido, la fugitiva forma y la línea ideal. Coacción no siempre estéril: acaso lo demostrarán algunas páginas de *Los Hermanos Zemganno*. Léase aquella descripción del niño bañado por la luna; léase todo el primer capítulo, y díganme si quien así puede escribir, no se deja atrás en vigor de evocación á la inmensa mayoría de los acuarelistas y pintores, como Lamartine, en sus momentos dichosos, supo dejarse tamañitos á los músicos más sublimes. ¡Oh palabra humana, instrumento del cielo, entre todos divino y admirable! La Poesía—y entiéndase el universal sentido que doy á este nombre—puede disputar á todas las demás artes, y con ventaja, su lauro propio.

Los Goncourt así lo entendieron. Siempre fueron de la clase de los literatos-sacerdotes con fe, que no pueden reirse de su Dios, que se acercan al altar trémulos y conmovidos. Su vida entera, sus ocios, los hermosos años de su juventud, la cara salud del cuerpo y la paz del alma, todo lo sacrificaron, dándolo por bien empleado, á las letras. La enfermedad de Julio, según afirma su hermano, fué causada por exceso de trabajo; no ese trabajo material de jornalero de la literatura que ara cuartillas desde la mañana hasta la noche, sino de explora-

dor y descubridor, buscando epítetos, traduciendo sensaciones, siendo «el bordador y el filigranista de las creaciones practicables de su hermano»; ensayando, en fin, el famoso ejercicio, el salto vertical, «en condiciones que la antigüedad no realizó nunca». Al releer la historia interna de los dos hermanos, que simboliza con palabras de la profesión acrobática el noble trabajo del escritor seriamente prendado de su arte, me ocurre si la idea de *Los Hermanos Zemganno* se la habrá inspirado á Goncourt aquella opinión de Barbey d'Aurevilly, que solía decir en el Circo: «Aquí está la única escuela de estilo literario. Lo que éstos hacen con el cuerpo, tenemos que hacerlo con el ingenio nosotros».

Que quepa exageración y amaneramiento en el acrobatismo del estilista, no lo negaré; sólo afirmo que para renovar la lengua y salir de la rutina se necesita ese esfuerzo insensato, esa fiebre, esa gimnasia. Comparad el método de los Goncourt al de los escritores que vierten prosa como la fuente agua clara, que desdeñan, no ya la lima (herramienta ridículamente aristocrática), sino el cedazo, el filtro, el cepillo y el peine, y decidme cuál de los dos os parece más vividero y más digno de vivir. Sólo autores como Stendhal, repletos de pensamiento, pueden bravatear diciendo que por la mañana, como modelo de estilo, leen una página del Código. Por la *forma* persistirá el nombre de Goncourt en los anales literarios, por haber alcanzado el límite supremo de la intensidad gráfica, por haber pintado con la palabra cuanto cabe humanamente, por haber fundido dos manifestaciones distintas de la Belleza, dos artes.

En cuanto al *fondo* de los Goncourt, indicaré algunas restricciones. Los Goncourt no son moralistas: quien busque en ellos consejo ó enseñanza, pierde el tiempo

miserablemente. Tampoco son de los escritores que consuelan y reconcilian con la vida. Pesimistas y algo misántropos, todo en ellos, hasta el goce artístico, parece espasmo doloroso. Sin embargo, tienen su médula: dejan en el espíritu, más que ideas, impresión de profundidad: nadie suelta un libro de Goncourt creyendo que ha pasado el rato entretenido solamente en leer bonitas descripciones. ¿Por qué? Porque, si bien desdeñan las pretensiones docentes, son ejemplares, son un mundillo, un compendio, una abreviatura de ciertas tristezas de la decadente civilización latina. Su predilección por el arte asiático, sus manías de coleccionistas, su rebuscamiento de estilo, su sensibilidad vergonzante y oculta, su indiferencia por la mujer y casi por la patria (véanse sus impresiones durante el sitio), su estado de enfermedad perpetua.... resumen la caducidad de una nación y de una raza, cifradas en dos cerebros escogidos. En ellos se patentiza el marasmo, la misantropía, el agotamiento del espíritu francés de veinte años á esta parte, pueden estudiarse los síntomas de esa lesión de la energía moral de que habla Bourget, esa parálisis de la médula que pide tratamiento por el hierro candente.

Insisto en que Goncourt no logrará nunca excesiva popularidad en España. Acaso le salve la riqueza del color, cualidad que por acá se estima mucho. ¿La habrá perdido al pasar por mis manos?

EMILIA PARDO BAZÁN (1).

(1) El presente estudio ha de servir de prólogo á la magnífica edición de *Los Hermanos Zemganno* que, ilustrada por Apeles Mestres y traducida por la Sra. Pardo Bazán, publicará muy pronto «La España Editorial».

DISONANCIAS Y ARMONIAS

DE LA MORAL Y DE LA ESTÉTICA

I.

Al Sr. D. Salvador Rueda.

Mi querido amigo: Mucho siento tener que decir á V. que Monte-Cristo, que oye turbio y que, además, suele distraerse, hubo de engañarse, y tal vez engañó á V., sin la menor malicia, cuando le aseguró que me había parecido muy bien el *Himno á la carne*. Ni bien ni mal podía parecerme una obra que yo aún no conocía. Acaso al hablarme Monte-Cristo, yo, que también me distraigo, dije algo, como acostumbro, en alabanza del talento poético de V., que tan claro me parece, y él lo aplicó al *Himno* de que me hablaba, y que yo no podía alabar por serme entonces desconocido.

Ahora, que ya le conozco, creo de mi deber dar á V. con toda sinceridad y franqueza la opinión que me pide.

Muchísimo hay que decir, y he de decirlo, aunque incurra en la nota de pesado.

No obstante la pesadez y el desaliño con que irá escrita mi carta, yo consiento en que V. haga de ella lo que guste: ó guardarla para sí, ó rasgarla, ó dejar que el público la lea.

Desde luego el título de *Himno* me desagrada. Un himno es un himno, y catorce sonetos son catorce sonetos. Además, el ir dirigidos *á la carne* presupone cierta trascendencia teológica ó filosófica que los sonetos apenas tienen.

Los enemigos del alma son tres: mundo, demonio y carne. Y fuerza es confesar que todos los hombres, salvo raras y dichosas excepciones, estamos empecatadillos y entonamos himnos en loor de uno de estos tres enemigos, cuando no de los tres á un tiempo; pero debe notarse que, ó bien no caemos, por extraviados ó ilusos, en que hacemos semejante elogio, ó bien aparentamos no caer, envolviendo nuestro consciente propósito en delicada hipocresía. El elogiar con premeditación á tales enemigos implica un descaro que repugna á las creencias religiosas de la gran mayoría de los españoles, los cuales son, ó se supone que son, católicos.

Ya se entiende que, partidario yo del arte por el arte, he de prescindir y prescindo de toda religión positiva y de toda moral que en ella se funde, para juzgar una composición poética. De lo que es difícil prescindir es de la moral universal que coincide con la belleza artística, y de algunas conveniencias sociales, que son ineludible requisito para que esa belleza artística se produzca sin que lo estorbe la disonancia entre la obra del poeta y las costumbres, los usos, y hasta, si se quiere, las preocupaciones y los disimulos de la sociedad en que el poeta vive.

Aún voy más allá en el *quidlibet audendi*. Supongo que el poeta se rebela contra esos usos, costumbres y creencias, porque los considera malos ó tontos. No por eso he de escandalizarme. Antes bien, aplaudiré al poeta como poeta, si impugna con primor y con brío lo que yo crea más santo, aunque yo, pongo por caso, como católico.

lico, considere que él, como impío, acabará, en castigo de sus bien rimadas blasfemias, por arder eternamente en lo más profundo del infierno.

Así me sucede con el *Himno á Satanás,* de Carducci. Sin dejar de creer en todo lo que enseña la Doctrina cristiana, los hombres, en mi sentir, pueden haber inventado ó descubierto la pólvora, la imprenta, la brújula, el pararrayos, el telégrafo, el teléfono, la fotografía, la mecánica celeste y la terrestre, las estrellas más remotas, los microbios y el protoplasma: pero, si algún poeta entiende de buena fe que Dios se oponía á que inventásemos y descubriésemos todas esas cosas, que quizá hagan la vida menos aburrida y amarga, y que con auxilio del diablo las hemos inventado y descubierto, mejorando y sublimando nuestra condición, yo le aplaudo si compone un himno á diablo tan benéfico, á quien llama él Satanás porque se le antoja, y á quien seguiré llamando energía y luz interior que pone Dios en el alma, hecha á su imagen y semejanza.

En análogo sentido comprendo yo que se componga un *Himno á la carne,* el cual me guste tanto ó más que el *Himno al demonio* de Carducci. Si entendemos por carne la sustancia organizada y viviente de que se vale el Artífice supremo para revestir de forma sensible su idea, haciendo patente la hermosura, ya por operación de naturaleza, ya por intervención de la voluntad y del entendimiento humanos, que pulen, acicalan y asean lo que naturaleza preparó y dispuso cual primitivo bosquejo, declaro que el *Himno á la carne* me parece muy bien, prescindiendo del título, porque ni las nubes nacaradas, ni la cándida luna, ni el sol, ni las flores, ni los verdes bosques, ni los lozanos verjeles, ni nada de cuanto he visto y veo por esos mundos, es más hermoso

que una mujer aseada y hermosa. Y es ello tan indiscutible que, para expresar materialmente los más altos objetos, potencias y virtudes, les damos forma de mujer. Y así la fama, la patria, la religión, la ciencia, la filosofía, la justicia, la fe, la caridad y la esperanza, se representan como otras tantas guapísimas señoras.

Pero su himno de V. (sigamos llamándole himno), no se mete en tales honduras. Mejor sería apellidarle himno á la Pepa, á la Juana ó á la Francisca, de cuya carne gusta V. La generalización filosófica ó teológica sólo está en el epígrafe.

Y lo peor que yo noto (admirando más la inspiración y la habilidad poéticas, que no faltan á V. aun errando el camino) es que V. analiza y resta en vez de sintetizar y añadir, al ir ponderando sus deleites amorosos. Pues qué, ¿no es más que la carne lo que enamora á V. en su innominada querida? Nunca, ni el más materialista de los poetas gentiles, sustrajo tanto del amor los elementos no materiales, que le idealizan y hermosean, y le redujo al mero concepto de la lascivia, como si fuera amor de perros ó de gatos. Y como V. no hace la sustracción y el despojo por vehemencia afrodisíaca, sino por preocupación de escuela ultra-naturalista, los versos, ni siquiera resultan fervorosos de libertinaje, sino fríos, afectados y artificiosos, con refinamientos de sensualidad enfermiza, que apela á espejos y á otras diabólicas travesuras. Parece lascivia de viejo, y, por consiguiente, falsa, pues V. es mozo.

Prescribe Horacio que no se hagan ciertas cosas delante del pueblo:

Nec filios coram populo Medea trucidet:

y lo que Horacio prescribe para lo trágico debe aplicarse

á lo erótico también. No conviene introducir al pueblo en la alcoba ni imitar al rey de Lidia con Giges. Contra esto peca V., no pasando de ligero, sino deteniéndose en pormenores con exceso de morosa delectación. No cae V. en que ciertos actos tienen mucho de grotescos, si no van acompañados de misterioso recato. Y esto, no porque seamos cristianos, sino en la risueña religión gentílica, en que, según V. asegura, Citerea prevalece. Así es de advertir que los poetas más libertinos de la docta gentilidad nos dejaban á la puerta de la cámara nupcial, si trataban el asunto por lo serio. Sólo cuando querían hacer reir lo describían todo. El cisne venusino dice desvergonzadamente los estímulos de que se valía la vieja berrionda, mientras que de Glícera sólo nos dice que le aguarda en estancia perfumada; y él va á verla, invocando á Venus para que le acompañe y traiga consigo al Amor:

«Trae al muchacho ardiente,
Y á las Gracias, la ropa desceñida,
Y á Mercurio elocuente,
Y de ninfas seguida
La Juventud sin ti no apetecida»;

pero, en cuanto Horacio entra á ver á Glícera, con todo este cortejo, nos da con la puerta en los hocicos, y acaba la oda, sin que nos cante ni nos deje ver lo que pasa dentro. Ya nos lo presumimos.

Lo antiestético del goce de amor, patentizado por el arte y descrito con circunstancias menudas, se ve hasta en los poemas más primitivos. Sube Juno á la cumbre del Gárgaro, adornada con el cinto de Venus, que la hace irresistible:

«....allí el deseo,
Allí la dulce persuasión estaba,
Que á los más cuerdos la prudencia roba.»

Júpiter pierde la suya, requiebra á Juno y quiere al punto gozarla; pero antes, él y ella se envuelven en nubes doradas y densísimas, que ningún Dios ni el Sol omnividente traspasa, y que Homero cuida bien de no traspasar, respetando el pudor y el decoro de la dichosa é inmortal pareja.

El tálamo de los dioses, el de los héroes, y aun el de cualquier hombre que se respeta, han de estar rodeados de impenetrable misterio. La prueba más evidente por donde Penélope reconoce á Ulises, es porque éste le describe su tálamo, que sólo él había visto entre los varones todos.

El espíritu de V. es recto por naturaleza y está sano; pero yo advierto en el *Himno* insanos extravíos y disparatadas disonancias. No extrañe V. que lo atribuya á la vaga lección de malos libros franceses, de los que están de moda, de cuyo pesimismo, naturalismo falso y caprichosa impiedad, se hace V. eco. V., de por sí, sería como Dios manda.

Supone V. que la religión de Cristo condena la carne, y luego dice V. para sí: pues voy á glorificar la carne, rebelándome contra la religion de Cristo. Parte V. de un error, fundado en el doble sentido de la palabra *carne*. Sin presumir de teólogo, sino como hombre de mundo, lego y profano, aunque no olvidado del Padre Ripalda, que aprendí en la escuela, digo que no tiene V. razón. La carne, considerada como enemigo del alma, es la concuspiscencia, es el vicio, es la lujuria, que toda religión, no sólo la de Cristo, condena. Pero la carne, el cuerpo humano, considerado como obra de Dios, ¿dónde está condenado? El Verbo se hizo carne, y con cuerpo humano subió al cielo. Todos, según nuestra fe, hemos de resucitar con carne, y los cuerpos de los bienaventu-

rados han de ser muy hermosos y gloriosos. Lo primero que manda Dios al hombre y á la mujer es que crezcan, se multipliquen y llenen la tierra. ¿Cómo, pues, ha de suponerse que Dios condena el amor sexual cuando ordena que nos multipliquemos? El ascetismo, la vida penitente, la virginidad como la más perfecta condición, no son tampoco exclusivos ideales cristianos. En todas las demás religiones se da algo semejante. En la gentílica, por ejemplo, hubo coribantes y vestales.

Lo que exigen la religión cristiana, y toda religión, y toda moral, y, hasta sin religión y sin moral, la estética y el decoro, es el recato. En la naturaleza de las cosas está que sea cómica, y no seriamente bella, la exhibición ó la representación del abrazo amoroso, más ó menos apretado. Si el cínico Crates se une en público con Hiparca, á pesar de la licenciosa libertad de Atenas, los pilluelos de la calle le silban y escarnecen. Sólo en Otahiti, cuando llega allí el capitán Cook, se toma por lo serio el hacer en público tales actos, como ceremonia religiosa.

Fuera de estos casos rarísimos, lo general es que el sigilo y el secreto presidan á los amores. Júpiter, aunque era tan desaforado y tan propenso á ponerse el mundo por montera, satisfaciendo su regalado gusto, elige para unirse á la ninfa Maya, haciéndola madre del dios de la elocuencia, inventor de la lira, alma de la danza, una noche oscurísima y un antro nemoroso y esquivo; y aun todavía, para ocultar mejor su unión á los dioses y á los hombres, les infunde antes dulce sueño. Jano bifronte, no menos precavido y púdico, cuando se propone dar ser á los briosos primitivos pueblos de Italia, se une á la gigantesca ninfa Camesena, en la desierta cumbre del Apenino, y circunda el agreste y amplio tálamo de tenebrosas tempestades.

En resolución, ya que sería cuento de nunca acabar el ir citando sucesos semejantes de hombres y dioses, yo vuelvo á prescindir de religión y de moral : no echo sermón, aunque ya estamos en Cuaresma : pero, tratándose de arte, ¿cómo prescindir de lo artístico? No es artístico el describir prolijamente los placeres de la alcoba.

Admirable es la belleza del cuerpo humano. En otros mundos, sujeta la materia á otras condiciones y con otra conformación los sentidos, ¿quién sabe cómo podrá ser la aparición sensible de la belleza? Esto es lo relativo. Pero la esencial y sustancial belleza, que se nos revela en el Apolo de Belvedere y en la Venus de Milo, es la belleza absoluta. Todo entendimiento, capaz de comprenderla, aunque venga del más extraño y lejano mundo de cuantos pueblan el éter, lo reconocerá y lo proclamará como nosotros.

Si imaginamos vivos, y no de mármol, sino de carne, á la Venus y al Apolo, hombres y mujeres los contemplarán con pasmo, y se podrán enamorar de ellos ; pero sería grosero no ver, en tanta animada hermosura, sino un instrumento de material deleite. Habría en ello algo de profanación sacrílega, no ya en virtud de la religión del espíritu, sino del respeto hasta religioso que la materia misma, tan bien organizada, debe infundir.

Ya V. notará, que, en realidad, yo no voy contra V. en lo que digo. Voy contra la escuela mal llamada naturalista, que le pervierte y extravía. Si V. no valiese ya mucho, y si no prometiese más de lo que ya vale, no me mostraría yo severo.

Demos por seguro que no hay bien, ventura, ni goce mayor que el de los amores; pero, ¿todo bien, todo goce es para referido ó representado estéticamente, por lo

sublime? Esta es la cuestión. Este es el error del naturalismo ; error que se ve más claro aún en las desventuras que en las venturas. Sobre la muerte de un amigo, sobre la ruina de la patria, sobre los suplicios y trabajos de un apóstol, está bien escribir elegías. Pero desventuras son, y no menores, que se le pudran las narices al Dr. Pangloss, que á otro le dé tiña y se le caiga el pelo, que á otro le sobrevenga una debilidad en las encías y escupa los dientes, y que á otro le ocurra cada tres días una indigestión molesta y apestosa, y, sin embargo, ¿son estos percances á propósito para componer versos elegíacos? Nosotros, en la vida real, nos compadeceremos en extremo del paciente, aunque sólo sea prójimo, y no amigo ó deudo ; pero si hablamos, en verso heroico, de lo que le acontece, haremos reir en vez de llorar.

Es indudable que hay desventuras y venturas, triunfos y derrotas, dolores y placeres grandísimos, que, en la vida real, se lamentan ó se celebran ; pero sobre los cuales hay que pasar con rapidez en la representación artística, si no queremos hacer reir con ellos.

Así, Ariosto, por ejemplo, no sería por su afición á lo moral y á lo decente, sino por estas reglas de estética, más ó menos reflexiva ó irreflexivamente percibidas, por lo que no cuenta con circunstancias íntimas lo que pasa entre Angélica y Medoro; pero cuando quiere dar en lo grotesco y provocar á risa, lo cuenta todo sin aprensión. Así, en el caso del viejo nigromántico ó mágico que adormece con sus malas artes á la hermosísima dama y la tiene á su talante. El chiste está en que el nigromántico, con toda su magia, si bien adormece á la dama, no atina á despertar en él ó á resucitar algo que hacía años dormía ó estaba muerto, y se lleva un chasco feroz, quedando en salvo la honestidad y entereza de la dama,

con apacible risa y júbilo de los lectores. Si el Ariosto hubiera tratado el suceso trágicamente, lo hubiera errado.

Yo no recuerdo haber leído escena tan viva como la del nigromántico, referida con épica dignidad y que produzca efecto, sino una en *El Bernardo* de Valbuena; pero esto se explica, porque va todo acompañado de un poderoso elemento fantástico que lo dignifica, lo hace simbólico y hasta le da un valor moral. Hablo del tremendo lance de Ferragut con la hechicera Arleta. El héroe penetra en el maravilloso palacio tan estupendamente rico. La gallarda, joven y elegante princesa le recibe á solas, y se entrega. Una sola lámpara de extraña luz ilumina la estancia, y sobre todos los objetos derrama encantados resplandores. Pero cuando la luz de la lámpara oscila, la portentosa beldad de la princesa se confunde; los perfiles, las sombras, los colores, todo se altera y se combina por tal arte, que Ferragut se asusta y cree tener un vestiglo entre sus brazos. Vuelve la luz á arder sin oscilación, y la princesa recobra sus admirables atractivos. La luz, al fin, se apaga, y Ferragut se encuentra en inmunda caverna y entre los brazos de horrible y asquerosa vieja, cuya fealdad abominable ve á la luz de la luna, y cuyos secos brazos y cuyas manos, á modo de garras, le retienen sin dejarle escapar.

Dirá V. acaso que en sus sonetos hay algo parecido á la moral de la fábula de la hechicera Arleta; que de ello dan prueba las cuatro últimas palabras del último soneto *¡Qué tétrica es la vida!* Pero yo, en honor de la verdad, no descubro dicho sentimiento en V., y, si le descubro, es expresado débilmente y como ahogado en los pormenores que preceden á las dichas cuatro palabras.

No hay en el himno nada semejante á lo que hay en casi todos los poetas libertinos ó epicúreos de todos los tiempos; aquel sentimiento terrible que asalta el ánimo de ellos en medio de sus deleites; que hace exclamar á Lucrecio:

....Medio de fonte leporum
Surgit amari aliquid quod in ipsis floribus angat;

que mueve á Catulo, entre los brazos de Lesbia, cubriéndola de besos, en noches consagradas al amor, á pensar en aquella perpetua noche que tenemos que dormir todos,

Nox est perpetua una dormienda;

y que lleva á Musset á hallar en el fondo del vaso de los placeres el hastío que le mata, á Lamartine á suspirar por el amor ideal que no tiene nombre ni objeto en la tierra, y á Espronceda á pedir un bien, una gloria que él imagina, y que en el mundo no existe, y á desesperarse porque palpa la realidad, odia la vida, y sólo cree en la paz del sepulcro.

No hay en el himno esta contraposición entre el placer ruin é incompleto de la tierra y la infinita aspiración del alma; pero hay algo más tétrico; algo que se deplora en todos los *naturalistas,* ya escriban en prosa, ya en verso: lo mismo en Zola que en Rollinat.

La pintura minuciosa, vehemente y sobrado material de la pasión, convierte su fisiología en patología; hace pensar, no en robustez y energía, sino en desequilibrio de facultades, en el hospital ó en el manicomio.

No ya el amor de un hombre y de una mujer, ambos de carne y hueso, sino el amor de un santo ó de una santa

hacia Dios, resulta enfermedad; caso de neurosis, hiperestesia, ninfomanía ó satiriasis más ó menos alambicada.

La cuestión queda discutida de sobra. No me hubiera detenido tanto si, por una parte, no estimase mucho el ingenio de V. y no sintiese sus extravíos, y si, por otra parte, no viese yo en estos extravíos el resultado de malas teorías estéticas, y de una escuela de moda que es menester combatir.

Sólo añadiré ahora algunas explicaciones sobre la acusación implícita en la dedicatoria autógrafa que pone V. al ejemplar del *Himno á la carne* que me ha destinado. No sin intención viene este ejemplar para el traductor de *Dafnis y Cloe*. ¿Quiere V. dar á entender que quien ha traducido aquella novela debe aplaudir el *Himno á la carne?*

La consecuencia está mal sacada. Aun suponiendo que *Dafnis y Cloe* tenga cuantas faltas yo censuro, no se ha de inferir que por haber yo cometido esas faltas no las pueda y deba reconocer como tales. Malo es ser pecador, pero es pésimo jactarse del pecado y procurar que se tome como primor y acierto.

La diferencia, sin embargo, es grandísima. *Dafnis y Cloe* viven hace catorce ó quince siglos; son paganos, están en cierto campo ideal, pastoril y primitivo. No choca el que se desnuden, como cuando se desnudan un caballero y una dama de ahora, quitándose levita, pantalones, corsé, etc. En fin; es otra cosa.

El naturalismo de la novela es, además, enteramente contrario al de los sonetos de V. Hay en el naturalismo de *Dafnis y Cloe* una condición sobrenatural ó fantástica que cambia su condición. El dios Amor, el dios Pan y las Ninfas, por no interrumpida serie de milagros, con-

servan inocentes á los dos pastorcillos, hacen que se amen, y los dotan de hermosura más que humana, que no marchitan las inclemencias del cielo: ni los vientos, ni el sol, ni el calor, ni el frío.

La descripción poetizada de las alternadas estaciones del año, de la rustiqueza selvática y de una imaginaria vida pastoril de color de rosa, y que no se da en el mundo real, prestan á todo el cuadro, y aun á las más vivas escenas, cierto velo ó esfumino aéreo que no las hace tan *shocking*. Y, por último, aunque se funde el amor de Dafnis y Cloe en la material hermosura de ambos, en su contemplación, y hasta en el deseo de lograr su posesión por completo, todavía, á par de este deseo, hay una amistad, un afecto entrañable, una terneza pura en ambos pastorcillos, que evitan el que sea su amor mera lascivia, y que le purifican y realzan.

Recuerde V. que Dafnis aprende al cabo cuál es el verdadero fin de amor, y, á pesar de su pasión, se domina por temor de lastimar á Cloe, y no la hace suya hasta después de la boda.

En suma, y para no cansar, yo no me defiendo de haber traducido el libro de Longo, aunque en Francia le tradujo un obispo. Quiero suponer, ó quiero afirmar y confesar que hice mal. Valgámonos de un símil. Sea como si yo expusiera al público esculturas lascivas; pero de esto á exponerme yo mismo como actor, me parece que dista mucho.

Por último, se ha de notar que la novela de *Dafnis y Cloe* no quiere ser seriamente sublime, sino que, por cierta malicia candorosa y cierta amañada inocencia, propende á infundir regocijo en quien lee, lo cual podrá ser censurable por el lado de la moral, pero no es anti-estético, que es de lo que aquí tratamos.

Si V., en otro tono más ligero, risueño y jocoso, hubiera escrito catorce sonetos, catorce veces más verdes aún, como yo soy viejo pecador, y nada tengo de misionero, respecto á la moral y á la decencia me hubiera callado; pero en punto á estética, hubiera echado á V. mi absolución, y, si los sonetos alegraban las pajarillas, hubiera concedido á V. indulgencia plenaria y hasta hubiera aplaudido.

JUAN VALERA.

CRÓNICA INTERNACIONAL

Estado triste de la política portuguesa. — Despego de la dinastía británica con la dinastía lusitana. — Exageradísimas pretensiones de los ingleses en Manicá. — Patriotismo. — Sus sobreexcitaciones en Francia. — Temerario viaje de la emperatriz de Alemania á París. — Daños y peligros de tan impremeditada peregrinación. — Las relaciones entre la Iglesia y la República en Francia. — Tacto exquisito de León XIII y patente claridad de propósitos. — Confirmación solemne á las ideas de Lavigerie. — Analogías entre las ideas católicas y las ideas republicanas. — El movimiento religioso en Prusia. — Explicación del hegelianismo cristiano. — Papel que se reserva el Emperador. — Dimisiones de grandes dignidades eclesiásticas en Prusia. — Su significación. — Movimiento religioso en Inglaterra. — Grandeza de ánimo en Gladstone. — El nuevo ministerio de Italia. — Conclusión.

APARECE Portugal mucho más tranquilo en los días últimos, porque aparece Inglaterra mucho más conciliadora. El ministro Salisbury comprende cómo las mermas intentadas en el patrimonio lusitano y requeridas para compañías inglesas que preside un yerno del heredero de la corona británica, pueden descoronar á los Coburgos portugueses, con lo cual conseguiría tan sólo traerse á sí mismo un grave cuidado y complicar más de lo que todavía está la difícil situación de nuestra Europa. No merece la paz doméstica del príncipe de Gales un holocausto de suyo tan cruento como esa inmo-

lación de dinastía, muy próxima, por varias afinidades, á su propio trono. Aquí, en el Parlamento español, suele llamarse yernocracia de antiguo al conjunto de diputados, idos allí por el influjo de sus correspondientes suegros ministros, que desmienten de tal modo las generales supersticiones, empeñadas en descubrir guerras contínuas entre tales géneros de agnados. Pues parécenme á mí cosa de poco momento las satisfacciones de un yerno, aunque sea para los ingleses yerno imperial, comparadas con el reposo de un pueblo, aunque sea para los ingleses pueblo ibero. Los protegidos no quieren verse abandonados por su poderosa protección; y se reunen ahora en Londres al fin de revolver fuerza tan incalculable como la fuerza británica en contra de pueblo tan débil como el pueblo lusitano. Hasta el gobernador de la colonia del Cabo ha ido al palacio de Negocios extranjeros en demanda y requerimiento del criminal despojo. Un Imperio como el inglés, poseedor hoy de la desembocadura del Nilo, y poseedor del cabo de Buena Esperanza, los dos extremos del África, no puede conformarse con que interponga entre tales posesiones su cuerpo el viejo Portugal, y así como la toma del protectorado de Zanzíbar indica un gran paso en el proyecto de unir por medio de factorías el Cabo al Nilo, debe indicar otro gran paso la toma del territorio de Manica, hoy reclamado, y desde cuyos senos puede con facilidad aquistarse la codiciadísima desembocadura del Zambeze, objeto entre Portugal é Inglaterra de tantos y tan ruidosos litigios. Muy tentadores aparecerán tales proyectos á las ambiciosas miradas de un ministro tory, pagado del poder colonial de su nación, á cuyo aumento han cooperado, como por tradición y costumbre, las clases aristocráticas y conservadoras en aquel Imperio de

los contrastes bruscos y enormes. Pero un átomo de territorio arrancado á Portugal es un mazazo destructor dirigido sobre la corona del Monarca ; y un mazazo destructor sobre la corona del Monarca equivale á la fundación de tres ó cuatro Repúblicas occidentales más; y tres ó cuatro Repúblicas occidentales más no deben prosperar gran cosa los intereses de la excelsa monarquía de Occidente, la monarquía británica. Parlmeston procedió en su tiempo de otra suerte. Dondequiera que se levantaba una monarquía parlamentaria en el continente nuestro, allí estaba él con su intervención diplomática para combatir los dos grandes enemigos de Inglaterra, que son, á saber: el absolutismo, por cuanto Inglaterra tiene de parlamentaria, y el republicanismo, por cuanto Inglaterra tiene de monárquica. Fenómeno curiosísimo ciertamente que un Rey tan Rey como el férreo Guillermo de Prusia llevase ayer, mal de su grado, á Francia la República; y que una Monarquía tan tradicional como la monarquía inglesa la trajese á Iberia. Por tal consideración, debe dejarse ya Salisbury de acaparamientos que pueden salirle muy costosos. Y si el ministro debe proceder así por su parte, los portugueses por la suya deben proceder con grandísima cautela. Enardecida la juventud, exaltada la Universidad, minado el ejército, las gentes extremas en pujanza, la monarquía tradicional en decaimiento, una grande agitación por todos los ánimos, erupciones políticas por todas las ciudades, ejemplos como el del Brasil muy recientes, los temores á España muy disminuidos, tanto y tanto prodromo terrible, no convida, no, á las represalias y venganzas de un gobierno débil, que puede confundir los sacudimientos causados por el escalofrío de sus terrores con internas tensiones de su poder y de su fuerza. Por tal

razón, todos reprobamos á una que un escritor como Emigdio Navarro sople soplos de ira sobre las personas exaltadas y encrespe tantas olas amargas y tempestuosas como allí braman al golpe de terribles y desatados huracanes. Jamás la política de persecución prosperó la fortuna de los perseguidores, jamás. Nada en el mundo social abona tanto las doctrinas contrarias al Gobierno y al Estado como las cenizas del martirio echadas por el Gobierno y el Estado mismo sobre sus gérmenes. Al partido republicano portugués le faltan, para subir como un organismo real y vivo á la superficie política, el combate y el dolor. Legión de pensadores, aparece hoy como un sacerdocio consagrado al culto y religión de lo ideal. Mas, para convertirlos en guerreros, no hay como destinarlos á mártires. El estado de sitio permanente, los consejos de guerra en actividad, las supresiones de periódicos, el apresamiento de publicistas, las denuncias y delaciones, no resultarán más eficaces que los potros, y los torcedores, y los tormentos, y las hogueras de otras edades, en que tenía el poder medios superiores de resistencia y no lograba ningún positivo resultado; pues la mayor parte de las ideas perseguidas han concluido por subir, triunfantes y soberanas, el trono de sus perseguidores. Lo que necesita Portugal en esta crisis gravísima que padece hoy, no es tanto presentarse á los ojos de la soberbia Inglaterra, comido por una lepra como el odio entre sus hijos, ó destrozado por una epilepsia como la guerra civil, cuanto presentarse gobernándose á sí mismo con plena soberanía é imponiéndose por el tranquilo ejercicio de su propio derecho, que pide y necesita verdadera calma. El Gobierno y la dinastía no pueden exigir mucho de los demás, cuando necesitan ellos del olvido y del perdón. Mantengan la integridad territorial sin alardeos

ridículos y sin desfallecimientos femeniles; prueben, asistidos por la calma de quien tiene razón, la verdad completa de su derecho; créanse mandatarios, y no dueños del pueblo portugués; dirijan por la delegación y confianza de éste, con arreglo al Código fundamental y á las demás leyes vigentes, aquella sociedad; arreglen su presupuesto y cuiden de su administración; prueben al mundo la sabiduría con que regentan las colonias, y estarán seguros del concurso de un pueblo dócil, ordenado, culto, pacífico, el cual solamente necesita que le respeten los de dentro el conjunto de sus derechos y los de fuera la integridad de sus territorios.

El sacrificio por la patria es un deber de cada ciudadano, y un deber irredimible y perdurable, porque á la patria se une desde la cal de los huesos hasta el verbo de los labios, y desde la cuna, donde como un ángel custodio sonríe á nuestro advenimiento, hasta el sepulcro, donde nos guarda por toda una eternidad en su amorosísimo regazo. Los pueblos despegados de su tierra y suelo, ¿á qué podrán ya en el mundo apegarse? Así no huelgan jamás las demostraciones patrióticas. Y como no huelgan jamás, paréceme una temeridad en el Gobierno alemán tolerar viaje tan provocador á tales manifestaciones en Francia, como el viaje á París de la Emperatriz madre, unida por siempre á los que arremetieron últimamente con Francia y la desmembraron sin piedad. Dícese que la Emperatriz ha ido por causas y razones de orden puramente familiar y doméstico: el ajuar de un palacio en construcción, y el deseo de que concurran los pintores franceses al próximo certamen germano hanla movido á esta peregrinación. Pero quien ocupa las cumbres altísimas del Estado por honor ó por necesidad solamente, á la razón de Estado tiene que consultar y obede-

cer. Muy natural empeño, propio de una señora de su casa, ver con sus propios ojos los muebles fabricados en París, capital del gusto artístico aplicado á la industria, y ajustarlos regateándolos, que todos necesitamos, en la carestía hoy reinante, del ahorro; pero no justifica el pretexto la presencia de la Princesa en ciudad como París, quien todavía lleva las frescas cicatrices de las heridas abiertas por bombas, que lanzaran, si no las manos, las disposiciones y las órdenes del Príncipe imperial. Hay en ese viaje un desacato á Francia viva y otro desacato á la memoria del esposo muerto. ¿Pudo ir después del 48, una emperatriz de Austria con familia y séquito á Turín? De hacerlo, ¿no hubiera dicho todo el mundo que se proponía insultar á los vencidos en campos tan funestos como los de Sedán, y recordar la reincorporación al Imperio del Estrasburgo y del Metz de entonces, ó sea, de Venecia y Milán? ¡La Exposición de pinturas y sus dulces emociones artísticas! No hay dulce y artística emoción que valga, cuando tratamos de otras terribles, como las promovidas por el combate, por el saco, por el incendio, cortejo infernal de las desmembraciones, á una conquista consiguientes. Los pueblos desmembrados y los pueblos oprimidos están en la obligación moral de aborrecer al conquistador y al déspota. El pueblo español aparecerá siempre como un modelo de los pueblos que saben pelear y morir por la tierra patria. Y este su heroismo se halla mantenido en el horror eterno que le inspiran los Bonapartes. Hay una táctica, una poesía, un teatro, un arte, hasta una manera de hablar, nutridos por tan sublime horror. Cuando, tras cuarenta ó más años de los combates horribles y titánicos por nuestra independencia, vinieron aquí el príncipe Jerónimo Napoleón, como embajador de su primo el entonces príncipe

Luis Napoleón, ó la princesa Murat acompañando á la emperatriz Eugenia, nuestro Madrid, sin faltar al decoro propio y á la cortesía debida con los ajenos, les mostró cuán viva estaba su memoria y cuán lastimado su corazón á las evocaciones hechas con sus dos visitas de tales dolorosísimos recuerdos. En Francia se corre hoy un peligro : el grave de que las correrías continuas del más ó menos importante cortejo imperial por las calles, traigan un desagrado á la Emperatriz; y este desagrado genere nuevas dificultades entre alemanes y franceses, tan enemigos y enconados. Algún que otro patriota exaltadísimo hase puesto á soplar los rescoldos y encender las llamas de pasiones ¡ay! nunca extintas. Poned á Deroulède coronando nuevamente la estatua de Estrasburgo y ofreciendo al mártir artista Regnault homenajes en otras condiciones, antes de su entrega increíble al nuevo César, y promueve una formidable manifestación en París, que acaso hubiera interrumpido las relaciones de los dos Estados contrapuestos, y quizá, quizá, quizá abierto la guerra. Molesta el célebre viaje tanto más cuanto que la Emperatriz no se ha propuesto con él cosa ninguna y para cosa ninguna entró de rondón en Francia. Por opuestas razones, la Emperatriz madre de Alemania desempeña un papel tan insignificante de suyo en la política de Alemania, como el que representa su augusto hermano en la política de Inglaterra. La Emperatriz madre no pincha ni corta en Alemania, porque hay allí un Emperador absoluto, y el príncipe de Gales no pincha ni corta en Inglaterra, porque hay allí un Parlamento nacional. Y, sin embargo, todo el mundo cree que late un misterio en todos los hechos últimos, en todos; en la desgracia de Crispi, tan batallador é imperioso, y su reemplazo por un ministerio de ahorro y economía; en la vuelta de

Ferry á la política, muy partidario de inteligencia y paz perpetua con Alemania é Inglaterra; en el viaje á Petersburgo del Príncipe imperial austriaco, nacido para tener tarde ó temprano una guerra con Rusia, y evitándola por todos los medios; en el silencio y apaciguamiento de los Principados danubianos, que hace dos meses no dicen palabra ni del regente de Servia, Ristich, ni del dictador de Bulgaria, Stambouloff, ni del divorciador monarca Milano, ni de la divorciada Natalia; en el celo con que Alejandro de Rusia se consagra desde su retiro campestre á procurar la paz y el celo con que Abdul de Constantinopla se consagra desde su áureo santuario á promover la industria; en la protesta unánime de todos los pueblos contra el armamento universal de todos los Estados; en el impulso que arrastra todos los ánimos á una reconciliación; en el sentimiento de la humana fraternidad, cada día más divulgado y manifiesto. Pero ¡ah! que actos como el tan deplorable y deplorado viaje, sólo sirven á contrariar la obra progresiva que los espíritus superiores labran á una, sin curarse de las sonrisas burlonas con que los zahieren aquellos otros espíritus que se creen á sí mismos consumados y expertos. Habían ido los publicistas franceses al Congreso de las doctrinas socialistas en Berlín ; habían ido los doctores al Congreso de las Ciencias médicas iniciado por el ilustre Virchow ; habían ido los micrógrafos á las experiencias del sabio Koch y al estudio de sus linfas ; preparábanse los artistas al certamen de bellas artes ; cuando la Emperatriz tan á dehora se presenta y detiene todo este impulso, consiguiendo una reunión de pintores franceses, en la cual por unanimidad se ha decidido la irrevocable abstención, á las reapariciones de recuerdos que relampaguean todos con siniestros y continuos relampagos en las

noches caliginosas compuestas dentro de nosotros mismos por las tristezas del alma. Si una inteligencia soberana como la inteligencia de Bismarck, si un brazo fuerte como el brazo de Moltke, si una omnipotente autoridad como la incontestable de Guillermo I, si una reserva como la consuetudinaria en los años últimos, si un sistema como el tan tristemente abandonado, si un principio claro y un objeto explícito la política germana tuviera, cual en días no lejanos, con seguridad no viéramos el espectáculo de un viaje así, cuyo sentido nadie adivina, cuyo resultado se reduce á retrasar la reconciliación entre dos pueblos, expuestos uno y otro al desagrado de hostilidades y desaires que sólo evita la cultura indudable de los parisienses y los respetos debidos á una señora. Mas los alemanes tienen el entendimiento hecho de manera que todo lo ven al revés de como lo vemos nosotros con la vista propia de un entendimiento latino. Fuera del conato frustrado de la manifestación Deroulede no hubo en París ningún otro, y han tomado pie de tan fútil pretexto los diarios germánicos para dirigirse á Francia en términos descompuestos é insultantes. Esto de insultar á un pueblo vecino, cuando se halla en él uno entre los primeros personajes del pueblo que insulta, no sabemos cómo se llamará, de no llamarlo premeditada provocación al desquite severo, muy tentador de suyo en los enardecimientos de sangre naturales al herido é insultado. Así es que las palabras del periodismo alemán sobreexcitan á Francia, cuando todavía de Francia no se ha partido la huésped ilustre, pero provocativa y temeraria. ¡Deliciosa institución la Monarquía! Sus representantes álzanse á una con todos los privilegios y todos los provechos congénitos á estas instituciones de casta, y luego, al toque de sus conveniencias, pretenden pasar como particula-

res é irse por donde se les antoje, sin género ninguno de circunspección propia y sin miramientos á lo que significan en el mundo. La Emperatriz viuda y madre tiene derecho á toda clase de respetos por su posición y por su sexo; mas debe también ella, ó los que tal viaje le han aconsejado, guardarlos á gentes tan susceptibles como son siempre los vencidos. Pues qué, ¿no buscaba con mucha razón el emperador Guillermo, cuando entró vencedor en París, de Príncipe y de joven, allá con los aliados el año 14, un desquite á Jena y una venganza de los insultos á su madre inferidos por Napoleón el Grande? Consideremos el mundo, y procedamos con arreglo á lo que nos impone su reconocida complexión y naturaleza. Para convencerse de cómo anda todo, no hay sino ver que á mediados de mes hubiera sido más barata que á fines la excursión de S. M., pues no hubiesen bajado los fondos todos en las Bolsas europeas al preciso momento de la última liquidación mensual. ¿Quién le habrá podido aconsejar á la Emperatriz un acto de tal género? Indudablemente (dicen) que la persona del embajador francés, y sin para cosa ninguna contar con el ministro de Negocios extranjeros en Francia. Pues no puedo explicarme tal error en persona tan lista sino por la explicación que doy á tantos errores como suelen cometer los emigrados respecto de la patria lejana y ausente, á espejismos dibujados en el horizonte ó en los ojos por la separación y ausencia del suelo nativo. ¡Dios quiera sacarnos en bien del viaje de la Emperatriz!

No podemos apartar de Francia nuestros ojos, pues diríase que lleva sobre sí esta inspirada nación los destinos de la humanidad. El problema que hoy priva más en Europa y más á la humanidad entera, cuando tantos y tantos surgen, resulta el problema de las relaciones entre

su clero católico y su República liberal en pueblo tan eximio. Desde que pronunció un discurso republicano el arzobispo de Argel en banquete ofrecido á la Marina, y luego las músicas religiosas entonaron la *Marsellesa*, el debate sobre la doctrina y la conducta del clero en sus relaciones con el Gobierno republicano, á la verdad no tiene tregua, pues el ánimo y el espíritu estarán en tensión indudable, hasta las completas y definitivas soluciones. Así no conozco pregunta que tanto se haya repetido como la que interroga, si el Papa está con las declaraciones republicanas del arzobispo Lavigerie ó contra. Abrid cualquier periódico y las encontrareis á cada columna repetidas. Los impacientes y los nerviosos quisieran una respuesta clara, como la que pudiese dar un publicista de cualquier parte á un examinador é interrogante de cualquier calidad y origen. Desconociendo la soberana prudencia del Vaticano; aquella circunspección propia de quien goza un poder moral tan enorme y puede contraer una responsabilidad histórica tan duradera; el respeto guardado por todos los sacerdocios á todas las tradiciones, hurgan muchos á León XIII, para que declare con declaración paladina, sin ambajes y sin reservas, como si el Pontificado no tuviese consideraciones que guardar, él, tan por todos considerado, cuál decisión toma y cuál sentencia dicta. Pero el Papa, muy reservado, en cumplimiento de sus deberes y en observancia de su tradición secular, dice lo relativo á política y á su desarrollo con una extraordinaria mesura. Y lo dicho por él basta para sondear hasta el fondo último de su pensamiento que parecía insondable. Dadas las relaciones entre los Estados modernos y la Iglesia católica, tendentes de antiguo á formar como los órganos de un solo cuerpo con el trono y el altar, una indicación dividiendo los intere-

ses pontificios de los intereses políticos basta para la nueva orientación de las sociedades modernas y para el comienzo de una inteligencia verdadera entre la fe cristiana y la libertad democrática. Repugnando el Papa unir la suerte del Catolicismo á la realeza, rinde al progreso un homenaje tan profundo y le presta un servicio tan grande que no puede pedírsele más en este período, sino por quién ignore la naturaleza y el ministerio de institución tan alta como el Pontificado. Así, un hormigueo de continuas peregrinaciones dirige sus pasos á Roma en busca de la correspondiente aclaración. La necesitan hoy con mayor imperio los católicos que se han republicanizado y la piden á una con mayor urgencia. El político heredero de la gloriosa tentativa iniciada por Raoul Duval para unir los conservadores franceses con la República vigente, M. Piou, hase ido á Roma y recabado con fortuna del Papa un prudente comentario á las palabras pronunciadas por Mons. Lavigerie confirmativo de la propensión del Pontífice á las instituciones republicanas. En cuanto se ha sabido esto, el monarca honorario, Felipe de Orleans, ha enviado un orador tan aristócrata, como Haussonvile, con los rayos de la excomunión apercibidos para fulminarlos á una sobre todos los conservadores monárquicos y católicos capaces de cualquier veleidad republicana. Pero Piou ha respondido con arrogancia que no puede ligarse la Iglesia, la propiedad, la familia, la religión, los intereses de la estabilidad social á forma de gobierno, tan destruida en el suelo francés como la forma monárquica. Y vista semejante insistencia, escudada tras nombre tan prestigioso cual el nombre de León XIII, ha ido el señor obispo de Angers al Vaticano, so pretexto de una visita episcopal y de liturgia, pretexto que no ha colado en Europa, pues

acaba de ver al Papa, y, no obstante la prudencia y la reserva eclesiástica, el malhumor de tan combatiente Prelado ha trascendido á todas partes y determinado innumerables comentarios. Freppel se distingue por sus arrojos de combatiente. Dentro de las conveniencias religiosas, á que no falta nunca, paréceme un Casagnac verdadero con báculo y mitra. Esta complexión guerrera crece por fuerza en su cargo de diputado, que le obliga y constriñe á perdurable lucha. Y en las diarias luchas pierden hasta los más serenos ánimos el sentido de lo justo. Así el gladiador no ha podido comprender cómo el Pontífice no ha bajado á su arena. Y no ha bajado, por absorto en la serenidad celestial, propia de su ministerio altísimo. Hasta la duquesa de Uzes, la célebre captadora de Boulanger, ha ido á Roma, quizá en la seguridad completa de que puede la tiara venderse como en tiempo de las Marozias. Pero el Papa no es Boulanger; y se ha resistido al áureo prestigio de la célebre compradora, no obstante llegarle por mil conductos cómo se aperciben los monárquicos franceses á mermar su dinero, el dinero de San Pedro mejor dicho, si bendice la trilogía sublime que forman la libertad, la democracia, la República. Solamente á quien desconozca por completo el enlace de una idea con otra en la serie lógica del desarrollo dialéctico de todo sistema, puede maravillarle que, dentro del Catolicismo, se haya encontrado, como natural consecuencia, la República. Un Evangelio como el nuestro, dictado á favor de todos los oprimidos; una vida y una muerte como la vida y la muerte del Salvador; unas indignaciones como las fulminadas por los profetas sobre los tiranos; aquel sermón de la montaña tan sublime; los acentos republicanos del *Magnificat;* los coloquios de Cristo con la Samaritana en favor

de los derechos del espíritu á sus creencias religiosas ; la confederación democrática, compuesta por los obispos frente á los bárbaros; el combate con los poderes monárquicos durante siglos y siglos ; la igualdad y la fraternidad naturales al Cristianismo, traen consigo tal acerbo de pensamientos y de afectos propicios á la República y á la democracia, que no pueden menos de cuajarse por necesidad en verdaderas instituciones. Así como trajo la sinagoga el Evangelio sin quererlo y sin saberlo, el Evangelio ha traído á su vez la República. Por consecuencia, nadie se ha extrañado menos que yo, iniciador de la reconciliación entre la Iglesia y la democracia desde las alturas del gobierno un día, nadie se ha extrañado menos que yo del asentimiento publicado por los periódicos del Pontífice á las ideas de su hermano en la Iglesia ecuménica el cardenal y arzobispo Lavigerie. Lo que traen, así los movimientos de las ideas creadoras como los movimientos del tiempo eterno, jamás podrá evitarse por género alguno de sofismas.

Esta especie de agitación teológica saludable se nota en los pueblos protestantes también ; y para enterarnos debemos ver lo que pasa en Alemania é Inglaterra. Las disposiciones tomadas por el Emperador en materia religiosa, desde luego revelan en él un propósito de poner en ejercicio sus facultades varias de supremo Jerarca sobre su Iglesia, cual ha puesto las de generalísimo sobre su ejército y las de César sobre su Imperio. No hay mucho que calcular para presentir con cuál terquedad el joven César luterano defenderá la Iglesia ortodoxa, la Iglesia unida, tal como su ilustre bisabuelo, el heredero inmediato de Federico II, la ideara en sus combinaciones religioso-políticas. Un proceder así está en sus antecedentes, en su historia, en sus compromisos, en

todo cuanto se halla por naturaleza propia, por atavismo, á su persona vinculado, según mil varias y diversas concausas. Guillermo II nunca se desasirá de la ortodoxia. Mas, aunque la ortodoxia protestante pueda llegar en la reacción política tal vez allende la ortodoxia católica, en todo cuanto al dogma se refiere, admite una latitud completamente desconocida en el catolicismo, cuya rigidez canónica y dogmática nada puede poner en duda. El inmenso trabajo metafísico iniciado en Leibnitz y concluido en Lotze y Hartmann, compenetra la Iglesia oficial misma de su espíritu, y le sugiere, así para la Exposición del dogma cristiano como para la historia del desarrollo suyo, una multitud incalculable de ideas, bien comprensible dentro de la fluidez, y de la variabilidad, y de la grande amplitud naturales en la Reforma. Imposible pasar almas como el alma de Kant, Fichte, Schelling y Hegel, sin que tal paso por la mente nacional deje de trascender á todas las manifestaciones sociales. Kant y Fichte, puros metafísicos, tenderán á comentar la religión natural más que la religión positiva; pero Schelling y Hegel, que llevan su idealismo el primero al universo, el segundo al universo y á la historia, tratarán de comentar y explicar hasta el cristianismo por su sistema. Hegel, además de metafísico, de naturalista, de historiador, se mostró teólogo tan admirable como admirable maestro en estética. Tal pensador no podía menos que tener extraordinarios discípulos, y estos discípulos habían de ingerir su pensamiento en el mundo luterano eclesiástico. Las exageraciones de la escuela ortodoxa llevaban por necesidad los ánimos con verdadero impulso hacia las escuelas filosóficas. Ninguna tan dominante entonces como la escuela hegeliana. En su afán de constituir una síntesis, dentro de la cual cupieran todas las manifestaciones de

la actividad, Hegel acepta la religión como fase necesaria del espíritu, como instante preciso en el total desarrollo de la idea. En este concepto servía su sistema á los teólogos. Pero la religión, superior al arte en la teoría de Hegel, es inferior á la filosofía. En este concepto servía poco, muy poco, el sistema hegeliano á los teólogos protestantes. No era posible que las almas piadosas admitiesen, como manifestación más digna de fe, más pura, más luminosa, la ciencia humana, que las revelaciones tradicionales de Dios. Y los excesos de la escuela teológica habían sido tales y tantos, que el sentido general se refugiaba, huyendo de ese dogmatismo asolador, en el seno de la filosofía, donde á lo menos el aire de la libertad volvía á refrigerar y templar las almas. Uno de los teólogos más eminentes de este tiempo y de esta tendencia era Daub. Y Daub se extasiaba, primero ante la contemplación de las fórmulas kantistas; de su imperativo categórico, dictado por la conciencia como ley suprema del deber; de su pura subjetividad, donde el individuo recababa para sí todas las libertades internas; de su severa y austerísima moral; de su Dios, enterrado en las frías eminencias donde la razón pura se aisla, y resucitado luego en los hondos valles de la realidad, en la razón práctica; y desde la filosofía crítica se precipitaba de un salto, como tocado de vértigo, en el inmenso océano del idealismo objetivo; en su vida embriagadora, en su naturaleza exuberante, en su magnetismo misterioso, en sus corrientes eléctricas, en su gigantesca flora de ideas, en su intuición sobrenatural, en sus milagros y en sus revelaciones; para irse después, como cansado de todo reposo, como repulsivo á toda constancia, hacia el hegelianismo y sus viajes eternos desde el ser primitivo á la idea pura, desde la idea pura á la dialéctica, desde la

dialéctica á la naturaleza, desde la naturaleza al Estado, desde el Estado, que se desarrolla en mil formas y que vive en innumerables siglos, al arte, que pone el universo material sobre la conciencia en el Oriente, que armoniza el espíritu y la materia en Grecia, que eleva el alma sobre la naturaleza en el mundo moderno; y pasa de allí á la religión, y de la religión á la filosofía, siempre bajo una ley de contradicción, la cual engendra abiertas oposiciones, para resolverlas en síntesis y trinidades sublimes; hasta llegar por fin á la plena conciencia de sí misma, siendo la idea, por esfuerzos sobrehumanos y por desarrollos sucesivos, eterno y absoluto Dios. Marheineke es el gran teólogo de la escuela hegeliana; lucha por consecuencia contra todos los extremos, así contra aquellos que se entregan, retrocediendo, al idealismo objetivo; como contra aquellos que caen por completo en los excesos y en las violencias de la extrema izquierda hegeliana. La ciencia es el desarrollo lógico de la idea en sí; la teología, por consiguiente, á su vez, el desarrollo lógico de la idea como Dios. La idea de Dios no es una pura representación de Dios, no es un puro espejo donde Dios se refleja: es Dios mismo, inmanente en el alma del hombre. La idea de Dios no comienza á tener conciencia de sí misma, sino cuando un objeto exterior á ella la solicita fuertemente á definirse, á concretarse, y este objeto es el Evangelio. De aquí la revelación, á la cual se somete ciegamente la idea recién nacida, como el niño se somete á su madre. Y de la revelación, tenida por sobrenatural, proviene la fe ciega y obediente; pero esta fe primitiva, esta creencia ciega, es el borrador primero del conocimiento y el grado más elemental de la idea. No hay certidumbre verdadera sino en el momento en que el objeto de la fe se reconoce por la filosofía, como idéntico y uno

con el contenido de la conciencia subjetiva. La dogmática es la fe comprendiéndose á sí misma. Así como la conciencia de Dios no se revela en el hombre, sino por la tesis y la antítesis, la dogmática no se presenta sino en forma de contradicción. Pero como todas las contradicciones se resuelven al cabo en verdaderas armonías, el descubrimiento de estos principios está llamado á reconciliar todas las iglesias. La división del sistema se explica por estas premisas filosóficas. En su desarrollo lógico, la idea divina «Dios» se concibe primero como sustancia absoluta, y por consiguiente impersonal. Así el ser de Dios y sus atributos constituyen la parte primera de la teología dogmática. Distinguiendo en seguida de este espíritu absoluto aquel espíritu que lo piensa, que lo ama, que lo adora; la dogmática, en su segunda parte, trata del Hombre-Dios, revelado en su Hijo. La idea divina rompe en Cristo su forma subjetiva, y se eleva, sin dejar de ser individual, á universal, como Cristo, sin dejar de ser hombre, llega á ser Dios; hasta que el espíritu adquiere plena y definitiva conciencia de sí mismo en el seno de la Iglesia. Y la ciencia de la Iglesia forma la tercera sección de la dogmática. Si el hombre se niega á sí mismo la posibilidad de comprender á Dios, niega en el mismo hecho á Dios, puesto que el pensamiento del hombre no es otro sino el pensamiento del Creador. Dios es comprensible. El conocimiento de Dios se llama religión. La historia religiosa es el desarrollo del trabajo empleado para llegar á la idea de Dios, y el desarrollo del trabajo empleado por la idea de Dios para llegar á su vez á la plena conciencia de sí misma. La religión cristiana es la religión definitiva; porque en ella el espíritu llega á la plena evidencia de ser en sí mismo absoluto. Como la idea de Dios es Dios concibiéndose á

sí mismo, no puede haber otra prueba de la existencia de Dios, sino esta idea misma. Dios es pensamiento. Y como el pensamiento es idéntico al ser, Dios es el ser. Sus atributos se refieren á la substantividad, al Padre; á la subjetividad, al Hijo; y á la beatitud, al Espíritu Santo. La creación es eterna, incesante, sin ningún género de interrupciones, ni eclipses, necesaria, porque sin ella Dios no sería más que una abstracción. El objeto de la naturaleza es revelar Dios á Dios mismo. Idéntica á lo absoluto en cuanto á su esencia, diversa en cuanto á su individualidad; el alma humana es la imagen de Dios. La identidad, que confunde el espíritu finito con el espíritu infinito, como el feto está confundido con el vientre de su madre, constituye la inocencia ó el estado inconsciente. El espíritu se distingue pronto en subjetivo y en objetivo, y por consecuencia se distingue de Dios. Y el individuo llega pronto al egoismo, y somete el mundo á sus goces. De aquí el nacimiento del mal. El pecado tiene su raíz en la naturaleza del hombre. El pecado es primero original, vicio inherente á nuestra naturaleza. El hombre no puede existir sin Dios, ni Dios sin el hombre, porque lo finito necesita de lo infinito, y lo infinito de lo finito. Dios y el hombre son eternos. Dios es esencialmente Dios-Hombre, y el hombre es esencialmente Hombre-Dios; y las religiones no tienen más objeto que divinizar al hombre y humanizar á Dios. El Cristianismo es la síntesis absoluta de lo finito y de lo infinito. El Cristo histórico es la realización del ideal divino en una individualidad humana. Todo por el mundo, nada para sí propio, es su divisa. Así domina todo instinto, borra todo pecado, sujeta toda pasión, y es el centro luminoso de la historia. Cristo se llamará siempre nuestro Redentor, porque nos ha mostrado con el ejemplo de su vida y de su muerte

que es posible llegar á la santidad. Su vida es la realización de la virtualidad de justicia existente en la naturaleza humana. Dios se descompone en trinidad y se recompone en unidad. El individuo muere, pero la personalidad es inmortal, y de grado en grado de perfección subirá hasta Dios. Tal aparece á los ojos de la posteridad el pensamiento religioso de Hegel, encaminado á reconciliar el Cristianismo con la filosofía. Este pensamiento se hallaba representado en la Iglesia germánica por quien parecía con mayor derecho á representarlo, por un hijo del gran Hegel. Presidente del Consistorio de Brandeburgo, núcleo de la monarquía en Prusia, ocupaba lugar eminentísimo y propio para influir sobre la conciencia de sus conciudadanos é impeler las ideas religiosas hacia los ideales de su padre. Y no ha dimitido tan sólo este personificador de la idea filosófico-cristiana, también ha dimitido quien personificaba otra más ortodoxa tendencia, también ha dimitido Hermer, presidente del Consejo superior de la Iglesia unida en Prusia. Esta unión de las dos Iglesias protestantes, predicada por el ilustre orador Scheleimaker, más para hecha por medios morales, hízola de golpe y porrazo un rey tan extraño, como el heredero de Federico. Supremo jerarca de todos estos institutos religiosos, nacidos unos de la tradición y otros de la historia, es el joven Guillermo, por lo que intenta con reflexión tenerlos á todos bajo su poder y dirigirlos según su guisa. La Iglesia protestante no adolece del absolutismo que su imperial Estado en Alemania. Bajo un régimen parlamentario vive, pues Parlamentos deben llamarse aquellos consistorios formados de pastores evangélicos y de cristianos laicos. Tal composición trae una muy natural consecuencia, el combate continuo entre ambos factores, propenso el uno al acrecenta-

miento de la influencia eclesiástica y el otro al acrecentamiento de la influencia civil. Hegel ha tendido siempre á la reacción luterana, renegando así del Cristianismo humanitario que su padre difundiera, con lo cual, no solamente ha olvidado una gran idea, sino que también ha olvidado su gloria personal y el brillo de su ilustre familia. Metido en tal empeño, tiende á incapacitar á los pensadores progresistas, por grandes que parezcan, para el ejercicio y profesión de sus cátedras. El ilustre historiador de la filosofía griega, Zeller, que ampliara las maravillosas ideas de Hegel en esta materia tan sublime y alta; Welhausen, el historiador de Israel, no han encontrado piedad á sus ojos. Ha llevado el hijo su descastamiento al extremo de regalar la mesa en que su ilustre genitor, á quien debiera nombre y vida, escribió dos monumentos de la ciencia humana como su *Estética ó Filosofía de las Artes* y su *Fenomenología del Espíritu*. Por eso la dimisión suya y la dimisión del cómplice que le ayudaba en impeler atrás las ideas religiosas de Alemania, muestran cómo hasta la fe cristiana hoy atraviesa una crisis en el Imperio, y cómo todos los alemanes en todos aquellos territorios, ó algo temen, ó algo esperan de su Emperador. Cuando éste arenga, con una elocuencia semi-pajarera, en discursos entre pretorianescos y místicos, á los caballeros feudales de Brandeburgo; cuando, á guisa de Parsifal ó de Lohengrin, como si estuviese por Dios destinado á guardar el Santo Graal, el misterioso cáliz en que beben los ángeles del cielo, pronuncia tocatas wagnerianas en los oídos muy abiertos de los mílites á la teutónica orden adscritos como los cachivaches de antaño á los museos arqueológicos, creeríaisle un aparecido y evocado por impenitente reaccionario; mas así que despide al energúmeno anti-

semita llamado Hæker, ó constriñe para que presenten su dimisión de altísimos cargos religiosos á Hegel y á sus cómplices, lo tomaríais por un innovador y un revolucionario. ¿Qué es? Averígüelo Vargas.

Todas estas agitaciones religiosas demuestran que no está el mundo moderno tan alejado de lo ideal como creen algunos torvos ó extraños pesimistas. Lo que nunca perdonaré yo á muchos pensadores contemporáneos es el empeño insensato de sostener y propagar el ateismo. Desconfiemos de todos aquellos sistemas que suprimen adrede, y por prejuicios y preocupaciones verdaderamente sistemáticas, ora la razón, como quieren los místicos exagerados, ora la intuición, como quieren los exagerados racionalistas; ya la fe viva en lo sobrenatural y divino, ya los arrobos y los éxtasis de la poesía y del arte. La verdad es que, mientras el filósofo en sus abstracciones y en sus apotegmas niega la necesidad imprescindible del sentimiento religioso, los corazones heridos por la muerte de los seres amados buscan más allá del sepulcro esperanzas y consuelos inenarrables; los arquitectos erigen templos y altares, donde van á cuajarse aquellas lágrimas y aquellos lamentos, brotados de nuestros dolores eternales; los pintores trazan esas vírgenes revestidas de la luz increada y ceñidas de inextinguibles estrellas, que guardan en su mirar extático nuestras nostalgias celestes; y los músicos y los poetas llenan el espacio inmenso que se dilata entre las miserias nuestras y lo infinito misterioso con himnos, á cuyas cadencias el movimiento de nuestro corazón se acelera, el vuelo de nuestra inteligencia se agranda, y nosotros, gusanos del estiércol, infusorios perdidos en el llanto, generados por la corrupción, puestos bajo el dominio de la muerte, nos creemos ángeles descendidos del cielo por

misteriosa manera, y al cielo destinados por una sublime transformación de nuestra contingente naturaleza. La razón pura podrá decirnos que el paso de los seres contingentes al ser necesario sería un salto mortal de la imaginación más que una deducción lógica del entendimiento ; que la existencia de una idea en la mente no supone su realidad en el espacio, y, por lo mismo, la perfección aparecerá como un arquetipo del alma, cuya existencia espiritual no implica la existencia real de un ser absoluto y perfecto ; que las armonías y el orden reinantes en el Universo no suponen la conclusión racional de un Supremo Hacedor omnipotente, incomprensible á todas nuestras especulaciones é indemostrable por el estrecho criterio de nuestra experiencia: mientras meditamos absortos en una larga meditación sobre todos estos argumentos, álzanse los ojos al cielo estrellado, ábrense los oídos al coro de las aves, sube la idea en raudo vuelo al círculo de las esferas luminosas, el dolor nos trae á los labios amargados la oración, el sepulcro nos comunica la esperanza de nuestra inmortalidad ; y el Dios, negado por la razón abstracta en sus apotegmas teóricos, ¡ah! surge como un sol místico, esclareciendo y avivando todos los seres á una en el Océano infinito de la vida. Naturalmente, Dios no es demostrable, porque no hay verdad ninguna que pueda contener en sí esta verdad suprema y eterna. Mas ¿por ventura no hay en las ciencias mismas cosmológicas, en las ciencias exactas, mil principios verdaderos que no pueden por prueba ninguna vigorosa obtener una demostración? Las ciencias matemáticas, las ciencias más exactas, se fundan sobre teoremas conocidos con el nombre de postulados, los cuales son de una evidencia irrefragable al par que de una demostración imposible. De-

mostradme por algún medio esta verdad evidente, á saber: que las líneas paralelas no podrán encontrarse jamás ni en lo infinito. Demostradme otra verdad, que dos líneas no cerrarán una superficie. Tronáis contra la metafísica, y en todas partes, y á cada minuto habréis de tropezar en la metafísica. Vuestra ciencia tiene por principal principio el átomo, y el átomo no se ve ni se toca en punto alguno del espacio y en instante alguno del tiempo. Habláis de la fuerza y de la materia, cuando la unión entre vuestra materia y vuestra fuerza resulta de suyo tan inexplicable como la unión de mi alma con su cuerpo y de mi planeta con su Dios. Decís alcanzar todos los misterios de la fisiología, y no alcanzáis la razón de que la imagen invertida en la retina rectifique tal inversión en el nervio llamado por antonomasia óptico. Está vuestro universo material tan rodeado de misterios como el Dios de mi conciencia y de mi alma. Por eso admiro yo tanto las grandes almas, como el alma de Gladstone, adscritas á una creencia religiosa, y dentro de su creencia personal abiertas á la tolerancia cristiana. La proposición presentada por el gran orador pidiendo á la Cámara de los Comunes que pueda ser un católico gran canciller en Inglaterra y visorrey en Irlanda, honra su nombre. Pocas religiones tan del Estado como la religión anglicana. Intereses políticos, voluntariedades regias, pasiones varias, y hasta misterios de alcoba, cambiaron allí la Religión católica en religión denominada con fundamento anglicana por su carácter exclusivamente insular y británico. Enrique VIII produjo lo que llamaban la cisma de Inglaterra nuestros padres, para poner la primacía de su persona sobre los Papas y sobre los cleros, así ortodoxos como heterodoxos. Á virtud y eficacia de tal pretensión, castigó con pena de muerte á dos católicos y dos

protestantes, audaces hasta negarle su eclesiástica primacía; sólo que ahorcó á los protestantes y quemó á los católicos. Tal resultaba la iglesia de Inglaterra, que seguía las mismas oscilaciones del Estado. Reinó Enrique VIII, y la iglesia fué anglicana; reinó Eduardo VI, y la iglesia fué protestante; reinó María Tudor, y la iglesia volvió al dogma católico; reinó la hija de Ana Bolena, y la iglesia recayó de un modo definitivo é inapelable ya en la ortodoxia luterana, conservando siempre cierto carácter nacional, y esgrimiendo, según la exigencia de su propio interés, persecuciones horribles. La monarquía ejerció, pues, un tal pontificado en Inglaterra, que con su amor á la legalidad, el cual hízola llegar hasta recibir como Rey al hijo de su víctima ilustre, al vástago de María Estuardo, no pudo consentir en su trono á la tercera generación de príncipes católicos, y buscó en una revolución príncipes protestantes, aunque fuesen extranjeros. Por esta serie de tradiciones me parecen de suyo tan excelsos todos cuantos estadistas se han sobrepuesto á las fuerzas oficiales, mantenedoras de los antiguos privilegios anglicanos, y los han abierto al espíritu y al viento de la libertad. La última proposición de Gladstone corona un edificio bien gigantesco, la supresión de aquella iglesia protestante que llevaba la católica Irlanda, como la marca de una esclavitud, cuyos últimos eslabones romperá el divino viejo, por un favor providencial bien justo y bien merecido, antes de su muerte. Precisa esperarlo del Dios de la libertad. Así nos lamentamos todos los liberales á una de que el convenio entre las dos fracciones irlandesas entre sí mismas y con Gladstone acaba de romperse por la terquedad invencible de Parnell, empeñado en guardar su jefatura, bajo la cual el partido irlandés no puede, no, dejar primero de escindirse y luego disol-

verse. Tema el emperador estadista que lleguen los celtas en sus retrogradaciones futuras, á creerle víctima de un atavismo irremediable, que le condena, como nuevo Edipo, á, por un salto atrás de su aristocrática sangre inglesa y de su fe viva y protestante, revolverse contra la tierra y contra la gente celtas. Tal como se va en esta ocasión poniendo el desvariadísimo, delátase á sí propio de un crimen imperdonable, de poner su jefatura personal sobre la libertad y sobre la patria. Su horror á Gladstone, al admirable redentor de Irlanda, no puede comprenderse y explicarse hoy, sino por la dureza del corazón y de la memoria que se llama en todas las lenguas con el odioso nombre de infame ingratitud. Mal momento ha escogido el irlandés para herirle. Jamás un estadista se levantó á tantas alturas morales como ahora Gladstone. El discurso último en defensa de que los católicos lleguen á dos dignidades que les vedan leyes y costumbres, á cancilleres de Inglaterra y Visorreyes de Irlanda pasa en estos instantes por todas las grandes almas europeas como un soplo del cielo. Parécenos que las palabras de humanidad, vibrantes en aquellos labios inspirados; las invocaciones en pro del derecho de los que fueron seculares contrarios á su Iglesia; la idea de justicia brillando sobre las conveniencias y las utilidades pasajeras; todo ello, expresado en lengua digna de los profetas antiguos y contenido en obra de arte inmortal, resplandece como una idealidad y resuena como un himno, á los cuales nuestra especie se transfigura y asciende un grado más hacia la posible perfección. Y cuando tantas furias de intolerancia se desatan por todas partes, aquí en España los Obispos católicos fulminando sentencias de proscripción sobre los que quieren aliar la democracia con la Iglesia; en Rusia los legisladores volviendo

sus códigos al horror de la Edad Media; en Francia los republicanos creando una especie de Jacobinismo intransigente y ortodoxo; en todas partes los antisemitas destruyendo la igualdad sobre las conciencias y empujando atrás la sociedad; palabras como las dichas por el orador excelso, bajo las bóvedas sublimes de aquel Parlamento sacro, tráennos consuelos á los dolores presentes, muy necesarios en la tribulación, y esperanzas en que las generaciones por venir jamás destruirán la obra religiosa nuestra de libertad y de paz.

Así, nos place mucho ver en Roma un gobierno que no sea, ni tan por extremo anti-francés, ni tan por extremo anti-clerical, como el gobierno de Crispi. Las relaciones del nuevo presidente con la derecha le prestaban cierto aire de retroceso, repulsivo á nuestra conciencia, y le teñían de cierto matiz muy conservador, nada grato á nuestra vista. Pero se notan dos propensiones en su política muy plausibles, y á las cuales un verdadero demócrata liberal tendrá que prestar todo su concurso. La propensión al desarme y la propensión al ahorro merecen universal aplauso. Yo conozco muy bien la grande autoridad necesaria en los llamados á emprender obra tan extraordinaria y excelsa. Yo conozco muy bien las aptitudes que para desempeñar un ministerio hay en Rudini, y sus deficiencias para personificar toda una situación. Mediana oratoria, mediana riqueza, mediana política, mediano carácter, decía de Rudini un diario del Piamonte. Pero, ¿quién sabe si todas estas medianías concluirán por componer un verdadero estadista, como varias candelas concluyen por componer un cirio pascual? Rudini está rodeado por hombres de verdadero mérito. Si el senador Ferrari, ministro de Justicia, octogenario, reemplaza con desventaja en el ministerio á un

repúblico del valor de Zanardelli, en cambio Luzzatti representa la ciencia económica de su tiempo, Villari la ciencia histórica, Nicotera la tradición liberal, catedrático en Universidad, como la de Padua, tan gloriosa, Luzzatti, de origen semítico y de religión judía, logra la gloria de representar un triunfo más de la tolerancia religiosa, por ser el primero entre los de su fe y sangre que llega en el pueblo italiano á las alturas del gobierno. Muy experimentador, el estado social de su patria le debe muchos cuidados, y los libros que sobre tal punto ha escrito le granjean mucha consideración. Así procurará iniciar el nuevo régimen social, un régimen que huya de la guerra y prospere á conciencia el trabajo. Únicamente hallo á su breve administración esta falta, que denuncio como la veo, su empeño en robustecer y aumentar contribución añeja, tan desmoralizadora de los pueblos meridionales, como la triste lotería. Pero, con esto y con todo, Luzzatti será un buen ministro de Hacienda. También lo será bueno de Instrucción Villari. Yo he leído mucho sus libros y admirado mucho las enseñanzas en ellos contenidas. Casualmente ha estudiado con esmero dos personajes tan opuestos y tan extraordinarios como aquel Savonarola que intentó fundar la República de Cristo, y aquel Maquiavelo que intentó fundar la Monarquía de Satanás. En el aire y en el suelo, y en los monumentos, y en los recuerdos italianos hay mucha política que recoger y muchas revelaciones que mirar. El primero entre los dones de familia nacional tan excelsa resulta la destreza, que pide siempre una ejemplar prudencia. Y si se necesita esta virtud en grado sumo al objeto y fin de cambiar sin sacudimientos peligrosos la orientación del espíritu italiano, muy desorientado hace tiempo, servirá también á esta obra el prestigioso Nicotera. Un poco

violento, como Crispi, á la postre, sus violencias propias le han golpeado y herido más á él que á todos aquellos contra quienes las asestara. Vuelto al poder tras larga experiencia, tendrá Italia en Gobernación un ministro experto. Bien lo necesita, pues vanle faltando sus hombres más eminentes. La muerte de Magliani abre un hueco en la Cámara que pocos podrán rellenar. Habiendo hecho conversiones cuantiosísimas, abolido el curso forzoso del papel-moneda, manejado incalculables tesoros, ha muerto muy pobre; y la nación le ha pagado sus virtudes y su ciencia en unos esplendorosos funerales. Volvemos á decirlo: Italia, como Europa, no puede salvarse ya sino por estos tres lemas: libertad, economía, desarme. Cuando veamos la realización completa de tal trilogía, nos moriremos en paz.

Emilio Castelar.

REVISTA ECONÓMICA

SUMARIO.— Declaraciones financieras del Mensaje de la Corona.—El empréstito de consolidación.—La emisión de billetes del Banco de España.—Reformas del sistema tributario.—Programa económico del partido liberal.—Mercados bursátiles de Madrid, Barcelona, París y Londres.—Conversión de la Deuda, 6 por 100 de Cuba.—La Compañía de Tabacos.—El Banco de España.—El Banco de Zaragoza.—El Banco de Castilla.—La Equitativa.—Crédito y Docks de Barcelona.

DESPUÉS de las campañas que el partido conservador había hecho contrarias á la gestión financiera de los gobiernos liberales, teníamos derecho á esperar algo más que las pocas é incoloras afirmaciones que el Mensaje de la Corona contiene en orden á los propósitos del señor ministro de Hacienda.

Anuncios del próximo empréstito para liquidar y consolidar la deuda del Tesoro; de autorización al Banco de España para que pueda ensanchar su límite de emisión de billetes y de probables aumentos en los ingresos y gastos del Estado, es cuanto el Mensaje ofrece digno de alguna consideración.

Y que nada de esto ha de ser parte á mejorar la situación económica de la nación y del Estado, es evidente de todo en todo.

El empréstito de liquidación y de consolidación es una medida que en verdad se impone. Á 303 millones asciende la deuda del Tesoro, de cuya suma corresponde al presupuesto en curso cerca de 34 millones. El total importe de ella está en poder del Banco de España, el cual guarda en su cartera 800 millones de reales del Estado y del Tesoro.

Se comprende que con esta suma inmovilizada la esfera de la emisión del Banco resulta estrecha; y que se vea obligado á abandonar el mercado de efectos mercantiles, con gravísimo perjuicio para la producción nacional.

De lamentar es, sin embargo, que, ya que el empréstito se impone, no se procure crear favorable atmósfera á la emisión. Con unos presupuestos en déficit crónico y sin esperanzas de remedio, no es posible pedir milagros al crédito. Abunda mucho el dinero disponible en los mercados, y la llamada «alta banca» está ansiosa de grandes operaciones, pero esto no es bastante para alcanzar un éxito completo, ni aun cuando lo fuera debiera ser motivo suficiente para dejar de poner en orden nuestra desdichada Hacienda.

Los empréstitos públicos son una letra que se gira á cargo de la producción del porvenir: revelan la insuficiencia de lo presente. En España estos giros están á la orden del día desde tiempo inmemorial; y tantos y en tan gran número van siendo, que las generaciones venideras no han de estar ociosas con sólo atender al pago de nuestras deudas.

Las más grandes perturbaciones en las Haciendas de las naciones se justifican en períodos de guerras y de trastornos públicos. Inglaterra en sus conquistas orientales, Francia en la guerra franco-prusiana, é Italia en la reconquista de su unidad nacional, se vieron precisadas á con-

tratar grandes empréstitos, y la última llegó hasta el curso forzoso del papel moneda.

Las épocas de paz son las llamadas á cicatrizar estas heridas y á curar estos males. Francia é Italia consiguieron desde 1875 á 1880 poner orden en su Hacienda y saldar sus presuestos con grandes sobrantes, y si de nuevo han vuelto á dar extraordinarios desarrollos á sus gastos, explícase por el estado de *guerra pacífica* en que viven las grandes naciones del centro de Europa. Libre de este estado Inglaterra, cada año ve disminuir su pasivo del Estado, y aplica 100 millones anuales al reembolso de sus deudas, y ha podido convertir sus consolidados del 3 al 2 ½ por 100.

España, por ventura, vive apartada de las grandes contiendas internacionales. Su situacion geográfica le libra de extrañas asechanzas, y desde hace algunos años disfruta de una vida interior y exterior completamente tranquila y pacífica.

¿Qué justificación pueden tener los aumentos desordenados en los gastos, los déficits y los empréstitos? Absolutamente ninguna. La inmensa mayoría proceden del personal, y por ende traen su origen del apetito de los partidos y del feudalismo anárquico que ellos engendran.

Sabe aquí todo el mundo que nuestra administración es complicada y dificultosa; sabe que puede mejorarse y simplificarse, y hasta los medios de conseguirlo; y sabe que no hay departamento en que no pueda prescindirse de la tercera parte del personal.

Nadie, sin embargo, quiere acometer esta operación quirúrgica, por temor á los dolores que produce, y á las quejas y clamoreos de los propios correligionarios. Los ayes de los contribuyentes y las ruinas de los productores no logran conmover de igual manera, y el presu-

puesto es especie de tienda-asilo donde se come por turno, según la dirección de los vientos.

Muchas veces ha clamado, y con la energía propia de su carácter, el Sr. Cos-Gayón contra los cuarenta millones de aumento en los gastos del personal que habían autorizado, según él, los liberales. En sus manos está ahora el remedio. Ya veremos cómo, por desgracia, no lo aplica.

El preliminar indispensable para contratar un empréstito en buenas condiciones consiste en ofrecer los presupuestos con sobrantes, ó al menos equilibrados realmente. Puede inspirar fe y confianza el pródigo ó derrochador que dé inequívocas muestras de arrepentimiento. No la inspira quien continúa encenagado en todos los vicios.

Encontrará, no lo dudamos, el Gobierno banqueros y capitalistas que recojan la deuda flotante y le presten dinero sobrado : también los encontró el último duque de Osuna. La nación los pagará bien caro.

***

Relacionada con esta cuestión del empréstito está la de la emisión fiduciaria del Banco de España. Por desdicha y fatalidad de las circunstancias, esta Sociedad ha venido paulatinamente trocándose en un Banco del Estado á la moda rusa y alemana. El Tesoro dispone de sus recursos, y del Tesoro salen la mejor parte de sus beneficios. La industria y el comercio obtienen de él poquísimas utilidades, no obstante el gran desarrollo de la circulación de billetes, que en el año pasado alcanzó un máximo de 749.991,975 pesetas.

Como la mayor parte de su activo está inmovilizado, no es maravilla que el límite legal de 750 millones de pesetas resulte estrecho é insuficiente. Solamente las deudas del Estado y del Tesoro ascienden á mucho más.

Hace ya tiempo que el Consejo de administración del Banco viene trabajando porque se le permita mayor expansión fiduciaria, y en las Cortes pasadas se presentó un proyecto de ley que á este fin conducía.

Ni la ciencia ni la experiencia han acertado hasta ahora á determinar qué relación deben guardar las reservas activas de la banca con la emisión de los billetes en circulación. Tres sistemas distintos se han aplicado y se aplican en el mundo de los negocios, y todos, como es natural, tienen sus ventajas y sus inconvenientes. El sistema continental ó clásico es el más aplicado (Alemania, Francia, Austria, etc., etc.), y consiste en mantener constantemente una relación entre las reservas metálicas de la caja y los billetes en circulación de uno es á tres. El sistema inglés (sistema de la *currency principle)* es menos elástico; no permite jamás emitir billetes al descubierto de metálico, más que por una suma equivalente á los préstamos hechos al Tesoro ó al Estado. El tercer sistema, llamado americano, es de libertad de emisión para todos los Bancos que previamente hacen un depósito de fondos públicos en las tesorerías.

Aun cuando la ciencia bancaria y económica tiene predilección por el último, en la práctica predomina el primero. En España la emisión de billetes tiene una doble base: el capital de fundación y el metálico en caja. La cantidad de billetes viene dada en función de ambas. Es una excelente garantía, pero á las veces resulta excesiva, y no vemos peligro alguno en que se entrase de lleno dentro del sistema continental.

Con la condicional de movilizar su cartera en un período relativamente breve, y poseer en oro la cuarta parte del valor de los billetes circulantes, no vemos peligro en ensanchar los límites de la emisión del Banco. Es artificiosa cualesquiera que se adopte. Las necesidades del mercado son, en realidad, la única norma.

***

Habla también el Mensaje de la Corona de la necesidad de reforzar los ingresos, y no sería malo, en verdad, que esto se consiguiera, siempre que no fuera preciso aumentar los impuestos, y procediera el alza del mayor y mejor celo en la administración y en la recaudación de las actuales.

Necesitada está nuestra Hacienda en orden á este punto de una revolución radical, pero dudamos mucho que el partido conservador la lleve á cabo. Le faltan las nobles iniciativas y entusiasmos de los partidos reformistas.

En el período de medio siglo ha cambiado profundamente la economía de los pueblos y de las Naciones. La propiedad mueble, en forma de valores de crédito, antes casi desconocida, constituye hoy la base de las riquezas y de las fortunas. Por el *Lombard street* de Londres atraviesan mensualmente más valores de los que puede crear la agricultura inglesa en un año.

Los Códigos financieros de algunos países no se han dado cuenta todavía de estas transformaciones, y continúan apreciando las riquezas por el tamaño, el peso y el volumen, y midiendo las rentas por hectolitros y kilogramos.

Nuestro sistema tributario está juzgado con decir que es del año 1845. Tiene más años que el primer ferrocarril.

***

El jefe del partido liberal reunió el día 2 del corriente en el Senado á sus minorías parlamentarias, y vale la pena de que dejemos registradas en estas crónicas sus principales declaraciones en orden á la cuestión financiera y económica:

«Lo fundamental de la cuestión económica (dijo) está en el fomento de nuestra agricultura, cuya decadencia ha llegado ya al mayor límite y necesita pronto y enérgico remedio.

»Reducir los gastos públicos cuanto sea posible; mejorar nuestros ingresos sin aumentar el gravamen que ya pesa sobre los contribuyentes; distribuir equitativamente las cargas del Estado; transformar, ya que no sea posible destruir, esa antipática contribución de consumos; más moralidad y menos fraude; procurar que desaparezca el *déficit* del presupuesto para marchar á la nivelación de los gastos con los ingresos *(Aplausos)*; fomentar por todos los medios imaginables los intereses materiales del país, creando Bancos agrícolas que puedan dar espera al pobre labrador á quien apura una mala cosecha, hasta que venga otra mejor; procurar, de acuerdo con las Compañías de ferrocarriles, modificación en las tarifas de transportes para todos los artículos de nuestra producción; establecer la enseñanza agrícola local, de manera que la haya hasta en el último pueblo; llevar la cuestión arancelaria como el timonel experto lleva su nave, con el cuidado de que nuestros intereses no vayan á naufragar en las aguas de nuestras relaciones interna-

cionales y que salven á nuestras preciadas Antillas por deber, por justicia y por patriotismo *(Grandes aplausos)*: yo creo que todo esto puede y debe hacerse pronto, porque me parece á mí que nuestros hacendistas pueden estudiar una combinación financiera de la cual resulte que, sin mayores gravámenes para el contribuyente, se realicen en diez ó quince años todas las obras importantes, no sólo para fomentar nuestra agricultura, nuestra industria y nuestro comercio, sino todas aquellas que tiendan á la defensa de nuestro territorio y al bienestar de nuestros soldados.»

No se puede hablar ni mejor, ni más claro, ni con más acierto. Si este programa—que es el mismo que ha mantenido una fracción importante del partido liberal—hubiera procurado realizarle el Sr. Sagasta desde las esferas del poder, otro sería el presente y el porvenir de la agrupación que acaudilla. Pero, al fin, de estos pecados los tienen á millares todos los hombres políticos, y aún es tiempo de que el partido liberal corrija sus antiguos errores y ponga orden en nuestra desdichada administración económica.

***

Los mercados bursátiles no dejan de ofrecer alicientes á la especulación en estos días.

Se hizo con toda felicidad la liquidación de fin de mes, á pesar de las oscilaciones que sintieron muchos valores por los sucesos relacionados con el viaje de la emperatriz Federico á París.

El dinero abunda; la política internacional en calma, y aun cuando los negocios presentes no son muchos, hay bastantes en perspectiva. París se prepara para la con-

versión de algunos empréstitos otomanos, rusos y húngaros ; Londres para el empréstito argentino, que, según se dice, será de 100 millones de duros ; los mercados de Barcelona y Madrid para la conversión de las deudas cubanas, tanto tiempo hace anunciadas.

Todo esto contribuye á dar en estos días mayor animación á los mercados.

El proyecto de la conversión de las deudas 6 por 100 de Cuba, está dando lugar á no pocos comentarios. Recordemos con brevedad los antecedentes. En virtud de una disposición de la ley de presupuestos de Cuba, se dictó, en 27 de Setiembre último, un decreto creando 1.750,000 billetes hipotecarios de dicha Isla, de 500 pesetas cada uno y 5 por 100 de interés, para obtener 875 millones nominales de pesetas. De aquella suma se emitieron entonces 340,000 billetes, que equivalían á 170 millones de pesetas, y debían aplicarse á recoger parte de los billetes de guerra, al pago de la Deuda flotante y á los gastos de la emisión y conversión ; y los restantes 1.410,000 billetes, por valor de 705 millones, había que emitirlos con destino á la conversión de los billetes del año 1886, que disfrutan 6 por 100 de interés, y á la recogida del resto de los billetes de guerra y demás deudas de 1882.

El fin es laudable, porque tiende á recoger una deuda del 6 por 100 de interés para convertirla en otra que reditúa el 5, con cuya economía se facilita el medio de retirar el papel-moneda que circula en Cuba y saldar los descubiertos que por todos conceptos tiene el Tesoro.

La suscrición de los 340,000 billetes se cubrió tres veces; y como el ensayo salió bien, y el mercado está en buenas condiciones, y los billetes hipotecarios se cotizan á 104 por 100, parecía haber llegado la ocasión y el mo-

mento de lanzar el resto á la circulación. Los billetes están estampados, y todos los gastos hechos. ¿Á qué obedece la demora?

Dícese que el señor ministro de Ultramar aguarda á que las Cámaras se constituyan, y que no emitirá los nuevos billetes hasta que las Cortes no le hayan otorgado un bill de indemnidad por la primitiva operación. Pero es el caso, que estos temores de última hora están costando muy caros. De la primera emisión sobraron 120 millones de pesetas que se han llevado á la cuenta corriente del Banco, y no producen interés alguno, en tanto que al Tesoro de Cuba le cuesta seis millones de pesetas anuales.

El 4 por 100 exterior que dejamos en nuestra anterior revista á 78,25, cerró ayer (9 del corriente) á 78,90. El 4 por 100 interior perpetuo ha pasado en la misma fecha de 76,70 á 77,45. El amortizable de 89,35 á 89,90. Los billetes de Cuba 6 por 100, de 103,20 á 103,90. Las acciones del Banco de España de 398,00 á 402,00. Los de la Compañía de tabacos de 90 á 91,25. Las cédulas hipotecarias del 5 por 100, de 101,50 á 101,90.

En la Bolsa de Barcelona muy movidos los valores industriales, en especial los ferrocarriles, por la fusión que se proyecta del Norte, Almansa y Francia. Parece que las negociaciones de arreglo van teniendo completo éxito. Las acciones del *Norte* oscilan entre 75 y 75,90; las de *Almansa* entre 131 y 132. Las de *Francia* se cotizan á 40.

También en las Bolsas de París y Londres son muy solicitados algunos valores de España. Las acciones del *Banco Hipotecario* y las del *Banco de Madrid* han ganado ventajas en las últimas semanas.

***

Capítulo de Bancos y Sociedades. La *Compañía Arrendataria de Tabacos* celebró su junta general el día 5 y siguientes. No ha distribuido dividendo activo, pero la recaudación es buena, y el capital y un módico interés anual parecen asegurados. Se abre camino la idea de modificar el contrato por modo más ventajoso para la Compañía y para el Tesoro.

El *Banco de España* obtiene cada año mayores beneficios, lo cual se justifica y explica por el verdadero monopolio que ejerce en la banca á virtud de su privilegio de emisión.

El *Banco de Crédito de Zaragoza* ha realizado operaciones en el año pasado por 10 millones de pesetas más que en el anterior; ha distribuido á sus accionistas el 11 por 100 de interés por sus beneficios.

El *Banco de Castilla* con pocas operaciones, por los impedimentos que le crean las obligaciones de Osuna. Cuando termine la serie de pleitos que éstas le han acarreado, se propone dar grandes impulsos á sus negocios. Ha distribuido el 3 por 100.

La *Equitativa* de los Estados Unidos cada año en mayor apogeo. Sus nuevos seguros de 1890 importan 203.826,107 pesos, y la cartera de seguros en vigor 720.662,473. Jamás en ningún tiempo, ni en ninguna parte del mundo ha logrado ninguna otra Compañía cifras y sumas semejantes.

El *Crédito* y *Docks* de Barcelona ha tenido también un ejercicio favorable en 1890. Distribuye un dividendo activo de 7,50 pesetas por acción.

Nada más por hoy.

UN EX MINISTRO.

Sección Extranjera.

VICTORIANO SARDOU

I.

He de poner una tacha á Victoriano Sardou: la de no modificarse, la de repetir eternamente la misma obra, cortada por idéntico patrón. Pero ¿á qué variar? Tiene una fórmula que le ha salido bien, y es demasiado amante del éxito para alterar esa fórmula mientras el público no se canse. Que el público exija mañana otra cosa, y puede abrigarse la certidumbre de que él abandonará el molde que viene utilizando desde sus comienzos. Sólo una vez ha tenido la ambición de escribir una obra maestra: *El odio*. Pero una vez no sienta costumbre; y como los espectadores le significaron bien á las claras que no querían obras maestras, se comprometió solemnemente á no volver á escribirlas en una carta del dominio público. Y cumplirá su palabra; no me cabe duda.

¡La verdad es que venir ahora á discutir las obras de Sardou! Él se encoge de hombros, lleno de lástima. Le echamos en cara sobra de artificio, nos quejamos de los maniquíes que nos enseña, llevamos á mal que teja las situaciones con hilos tan gruesos, y él se sonríe, saca á relucir su popularidad, cita las doscientas ó trescientas

representaciones que alcanzan sus obras. ¿Por ventura puede equivocarse un hombre á quien el teatro da lo suficiente para pagar un palacio? Además, yo apostaría á que está muy orgulloso de su destreza: debe defender sus escamoteos con la convicción de un hombre apasionado. Figuraos un almacenista de juguetes que tuviese á la venta un muñeco parlante. Sus personajes dicen «papá» y «mamá», y está dispuesto á probarnos que son personas verídicas.

Dora es una de las producciones en que pueden sorprenderse con más facilidad los procedimientos de Sardou. En toda obra de este autor dramático hay siempre dos partes muy distintas: lo que yo llamaría el marco, y lo que llamaré la acción. Sardou busca el marco en las cosas de actualidad; posee el instinto del momento oportuno para explotar tal ó cuál materia. Así, *Dora* no se hubiera podido representar algunos años antes, y algunos años después nadie la hubiera comprendido.

Veamos el marco ante todo. El autor debió meditar allá consigo que sería curiosa la pintura del *demi-monde* extranjero, de las condesas improvisadas, de las grandes señoras venidas no se sabe de dónde, de las aventureras que París acoge con sólo que sean guapas y parezcan ricas. Pero como no era suficiente, echó mano del *demi-monde* lindante con la esfera parlamentaria, y ensanchó su medio prolongándolo hasta los bastidores de la política. He ahí el hallazgo que debió decidirlo. Concibió el papel de una espía que trabaja por cuenta de un ministro austriaco. Hasta inventó un batallón entero de espías á las órdenes de un barón de comedia. Esto de los espías ¿no era un golpe maestro? Aquí, en Francia, tenemos la idea fija de que nos espían por todas partes; han corrido leyendas á este propósito; el asunto iba á caer en un terreno admirablemente preparado.

No puedo detenerme á discutir la importancia que concede á sus espías Sardou. Me han parecido una cosa pueril. Que haya mujeres largas de lengua, que haya mujeres que se paren á escuchar, y hasta que provoquen

confidencias y las repitan, nada más verosímil. Pero que los Estados tengan á sus órdenes mujeres de semejante catadura, que obren casi oficialmente, regimentadas bajo el mando de un sujeto, me parece un poco dudoso. De todas maneras, las cosas no pasarían tan sencilla y descocadamente como cree Sardou.

Con todo, acepto la espía. Hete aquí al autor con ese gran papel en sus manos: una extranjera, de rara hermosura, que viene á París á confesar á los personajes políticos. La comedia está ya á dos dedos del drama. En todo caso, la espía debe ser una figura extraña, que está pidiendo relieve, y que ha de dejar adivinar profundidades. Se concibe que tiente á un autor. Pero Sardou, que conoce su público, anda dando vueltas con escama alrededor de esa figura. ¿Á qué subirse á las nubes? No sale la cuenta. Prefiere mil veces lo ingenioso. Y de repente le sale al paso lo que busca: le basta hacer de su espía una falsa espía. Ya tenemos con eso doscientas representaciones.

Vamos ahora á la acción. Figuraos un joven diplomático, Andrés, que se enamora de una joven española, á quien encuentra en Niza con su madre. Las dos mujeres tienen unas trazas algo sospechosas, que inducen á tomarlas por aventureras. El toque está en convertirlas en personas de una perfecta honradez. Andrés se casa con Dora, la hija de la marquesa de Río-Zares. Pero el día de la boda cree descubrir que se ha casado con una espía, cuyas delaciones han llevado á la cárcel á un amigo suyo. Además, le han robado un papel importante, y todos los indicios acusan á su mujer. Naturalmente, en el quinto acto queda proclamada la inocencia de Dora. Era simplemente víctima de la condesa Zicka, la verdadera espía, autora del robo del papel y causante de la prisión del joven, todo ello por vengarse de Dora y de Andrés, á quien idolatraba.

Eso es lo que se llama teatral, y dejémonos de cuentos. Se acabó la gran figura : la falsa espía es una criatura inocente que ha venido á dar en una guarida de lo-

bos; la verdadera espía es un traidor de melodrama. Pero ¡cómo está trabajado, cómo está urdido todo aquello! Conozco juegos de destreza menos divertidos. Por el pronto es menester que la Condesa tienda sus lazos, y la intriga es muy regocijada. Sobre todo para el robo del papel, hay un manojo de llaves que pasa de mano en mano con gran contentamiento de la concurrencia. Luego es preciso que la Condesa caiga en sus propias redes, y aquí empieza la maniobra en sentido inverso. ¿Qué más se puede pedir? ¿No es bastante distracción para un público que digiere?

Recomiendo con especialidad el último acto. Andrés y Dora han roto; todo ha acabado entre ellos. Un amigo, un diputado, Favrolle, que lleva el documento, está encargado de confundir el vicio y recompensar la inocencia. Y confunde á la Condesa con una perspicacia superfina. Andrés le ha dejado las señas de su notario en un papel, que Favrolle ha metido en una carpeta. La Condesa, que se ha quedado sola, quiere leer ese papel, y lo tiene en la mano enguantada algunos segundos. Ahora bien : da la casualidad de que Favrolle ha olido los guantes de la Condesa, y, cuando vuelve á coger el papel, reconoce aquel mismo olor, de que se ha impregnado la hoja. Es delicioso, ¿verdad? Y aún es más sorprendente la rápida intuición del diputado, que en algunas frases reconstruye el drama entero. En fin, para que la sorpresa suba de punto, representa una comedia con la Condesa : la obliga á confesarlo todo, gracias á una hoja de papel en blanco que le entrega, fingiendo que es un documento de la policía sobre su pasado.

No trato de negar el valor de las pocas escenas de efecto que esos elementos han sugerido á Sardou. Cuando él llega á armar una obra con toda clase de tramas, logra la más de las veces situaciones interesantes. La horrible lucha de aquel marido, que el día mismo de la boda cree haberse casado con una criatura indigna, es una lucha dramática. Citaré sobre todo la escena del tercer acto, en que Teckli, el joven á quien hace prender

la Condesa, acusa abiertamente á Dora en presencia de Andrés, cuyo matrimonio ignora. Favrolle está presente. El anonadamiento de Andrés, su necesidad de saber la verdad, las reticencias de Teckli, la intervención de Favrolle, todo eso está maravillosamente entendido. Se asiste á un combate punzante y verdadero. No me gusta tanto, ni con mucho, la gran escena de explicaciones entre Andrés y Dora en el cuarto acto. Es falsa. Bastaría una sola palabra para que todo se explicase, y ninguno de ellos dice esa palabra. Dora está fuera de su papel, negándose á hablar por pujos de dignidad ofendida. Los dos no pueden tener más que un deseo : inquirir juntos la verdad, buscarla hasta descubrirla.

Pero entonces se hubiera acabado el drama, y nos habríamos perdido el curioso desenlace del quinto acto, los guantes, el papel y todo lo demás. Sardou, cuando cae el telón en el cuarto acto, parece decir al público :

«Ha terminado el drama ; ahora va un sainetito para acabar alegremente.» Y mete entre bastidores á los personajes serios para sacar los monigotes. En vez de desatar el nudo Andrés y Dora, los únicos interesados, los seres cuyo corazón palpita aún á impulsos de las violentas pasiones agitadas en su seno, confíase á simples comparsas la decisión de su suerte. El drama no concluye; se interrumpe, lo cual es poco noble y poco literario. Si Dora y Andrés llegasen á la verdad por sí mismos, la obra tendría con eso sólo muy otro valor.

He dicho que *Dora* acababa en sainete. Explicaré esta comparación, que no cesa de asaltarme. Parece como si Sardou quisiese ocupar toda la noche con sus obras en cinco actos, y dar al público un espectáculo variado, por el estilo del que anuncian los carteles de los teatros de provincia. Ante todo, hay que empezar con dos actos alegres, y Sardou hace sus dos primeros actos alegres fuera de la acción. Después se necesita algo de fuerza, un drama, y Sardou anuda un drama en el tercer y cuarto acto. Finalmente, como ya he dicho, hace falta un sainete para fin de fiesta, y Sardou se las compone de

modo que su quinto acto, su desenlace, sea un sainete. He ahí un programa bien combinado. El patrón debe ser bueno, cuando el más hábil de nuestros dramaturgos jamás se aparta de él.

Por esta vez, no obstante, los dos primeros actos alegres han parecido un poco largos. El primero pasa en Niza, en un hotel, por donde desfilan los tipos excéntricos de la obra; el segundo pasa en Versalles, en el salón de la princesa Bariatine, una gran dama rusa, atacada de la locura pacífica de la política, hasta el punto de creer que hace y deshace ministerios. En esta parte hay sin duda muchos pormenores graciosos. Pero todo eso es fácil. Las grandes señoras sin un céntimo, las mamás que pasean por las estaciones balnearias muchachas con zapatos viejos y vestidos de seda, á caza de un marido, no son ya cosas muy nuevas que digamos. Por lo que hace á los diputados, nada más sencillo que pintarlos en caricatura. Los tipos que presenta en escena Sardou están cansados de rodar por los periodiquillos. No ha descubierto un solo perfil verdaderamente nuevo, no ha encontrado una sola frase profunda. Son siluetas sin ningún interés. Apenas se vislumbran acá y allá algunas alusiones candentes.

Lo peor es que esos dos actos son obscuros. No se sabe adónde va á parar el autor. Todo el comienzo del primer acto dejó frío al público. El tercero y el cuarto, al revés, alcanzaron gran éxito. El quinto hizo sonreir por sus artimañas. Tal es el balance exacto de la función.

Siento, al concluir, tener que tomar la palabra para una cuestión personal. En una de mis últimas novelas, en *Su Excelencia Eugenio Rougon,* yo también presento dos grandes damas, la condesa Balbi y su hija Clorinda, que recorren las poblaciones de recreo y los círculos políticos, como la marquesa de Río-Zares y su hija Dora, tratando una de ellas de casar á la otra. Mi Clorinda sostiene correspondencia con un Gobierno extranjero. Mi Clorinda se casa con un diplomático, y se ve envuelta en el mismo medio que la Dora de Sardou. Para acabar,

en el tercer capítulo de mi novela, mis dos extranjeras se presentan como las de Sardou en el primer acto, con rasgos de una gran semejanza.

¡Líbreme Dios de insinuar que Sardou haya leído mi libro antes de escribir su obra! Las analogías se reducen á lo dicho, y las dos acciones son completamente diferentes. Pero, como puede darme la idea de trasladar al teatro *Su Excelencia Eugenio Rougon,* y como mi punto de partida en el primer acto será idéntico al de Sardou, no está de más que tome mis precauciones. Dicho y hecho.

II.

No tengo que volver para nada sobre la manera como he juzgado *Los Burgueses de Pont-Arcy ;* pero la nueva obra de Sardou me ha inspirado reflexiones que creo interesantes. Tomaré las cosas un poco de lejos.

Me ha llamado la atención con frecuencia el hecho de que la gloria literaria de cada siglo brilla en un género particular. Parece como si todas las fuerzas creadoras de una época adoptasen instintivamente la fórmula que ha de permitirles su más amplio desarrollo, dentro del medio y de las circunstancias existentes. Así, es manifiesto que en el siglo XVII, lo mejor del genio nacional se concentra en el teatro, en la tragedia y en la comedia ; basta citar á Molière, á Corneille y á Racine. En el siglo XVIII cambia ya la fórmula : Diderot, Voltaire y Rousseau son filósofos, historiadores, críticos. Por fin, en nuestro tiempo, en el siglo XIX, los géneros menospreciados y puestos á la zaga de todos los demás en los tratados de retórica, la poesía lírica y la novela, derraman de pronto tal brillo, que reinan en primera fila. Evocad simplemente los grandes nombres de Balzac y Víctor Hugo.

No insisto, porque me parece cosa fuera de duda que

cada gran período literario tiene un molde, que él amplía, donde le es más fácil vaciar su pensamiento. Y estoy convencido de que ese molde no se elige á la ventura, sino que es creado é impuesto por las costumbres, por las tendencias del espíritu, por el momento fisiológico y psicológico de la nación. Sería harto prolijo examinar aquí por qué la obra dramática ha sido la obra característica del siglo XVII, y por qué la historia y la crítica han nacido en el XVIII. Pero, ante la inferioridad palmaria de nuestras comedias y de nuestros dramas actuales, me atreveré á decir por qué creo yo que absorbe hoy la novela todos los verdaderos temperamentos literarios que se producen.

Notad qué terreno tan maravilloso era el teatro para desenvolver personajes abstractos y trozos de elocuencia, para hacer gala de la retórica armoniosa de una lengua madura. Molière y Corneille escribían comedias y tragedias, porque encontraban en ellas la fórmula propia del genio de su edad; yo estoy convencido de que en nuestro tiempo hubiesen escrito novelas. Más tarde Diderot y Voltaire no dejan de ocuparse del teatro; pero han cambiado las fórmulas; se han producido nuevos elementos, como el amor á la naturaleza, la precisión del análisis, la preocupación de la verdad física; y vemos á Diderot bregando con dramas que no logran ser escénicos, al par que Voltaire no da á luz más que tragedias mediocres, después de proyectar toda la llama de su genio literario en cuentos de veinte páginas. Así llegamos á nuestra época, en la cual se acentúa el movimiento del último siglo. El teatro degenera más cada vez en un molde falso que desanima al genio; la novela, á la inversa, abre su molde libre, su marco universal, tan amplio como los conocimientos humanos, y llama hacia sí á todos los creadores.

Sería extraño sobremanera que los grandes escritores viniesen así por hornadas : primero, todos los autores dramáticos á la vez; luego los filósofos y los críticos; después los novelistas. Si la fórmula literaria fuese independiente de la época, tendríamos grandes hombres en todos

los géneros simultáneamente. Puesto que nacen de ese modo, por capas sucesivas, fuerza es admitir que el clima intelectual del siglo entra por algo en las flores que producen.

Estamos, pues, en el siglo de la novela; pero es un movimiento que apenas se inicia. Preguntad, si no, á gentes sesudas, de las que viven metidas entre libros, y os dirán con un gesto de desdén que no leen novelas jamás. La novela sigue siendo á sus ojos una ficción ligera, un simple pasatiempo, bueno para mujeres. No sospechan, ni menos pensarlo, la amplitud que se ha dado á esos estudios, comprensivos á la vez de la naturaleza y del hombre. Se quedarían estupefactos si se les demostrase que en lo sucesivo ahí encontrarán la crítica, la historia, la ciencia. Y, naturalmente, á medida que la novela ha adquirido esa amplitud, el teatro ha venido estrechándose cada vez más. Todo lo que contribuía á ensanchar la primera,—la libertad del desarrollo, la expresión de la vida con sus palpitaciones, el análisis minucioso de los personajes, la atención á las fuentes, la continua investigación, —todo eso reducía *ipso facto* al segundo, que no vive entre nosotros más que de convencionalismos y de aproximaciones. Puede sentarse como axioma que el movimiento naturalista ha empequeñecido el teatro en la misma proporción que agrandaba la novela.

Y aquí vuelvo á Sardou. Dícese que Sardou prepara sus obras durante meses, que forma un legajo para cada personaje, que dibuja los planos de los lugares donde pasa la acción, que calcula los menores episodios con la mayor minuciosidad. Pero, ¡por Dios!, nosotros, los novelistas, no hacemos otra cosa. También acumulamos notas, instruimos el proceso de nuestros héroes, y no ponemos manos á la obra hasta que nos sentimos firmes en el terreno de la realidad. ¿Cómo se explica, pues, que Sardou llegue á resultados tan pasmosos como el de *Los Burgueses de Pont-Arcy?* ¿Cómo los tipos que observa, las notas que toma y los planos que delinea pueden dar de sí esas ridículas caricaturas, esa ciudad de cartón, de

una invención tan burda y tan poco admisible? La explicación es muy sencilla: es que Sardou escribe para el teatro.

Recuérdese la famosa determinación que tomó al día siguiente del fracaso de *El Odio*. Escribió una carta de hombre herido, declarando que, puesto que el público no quería obras maestras, no volvería á escribirlas. Y está dispuesto á cumplir su juramento. En el teatro, el éxito es el todo; hace falta alcanzarlo, é inmediato, bárbaro, absoluto. Un libro puede esperar; una obra escénica, ó triunfa ó se hunde. Así, Sardou no se propone más que una cosa cuando escribe: conquistar al público á toda costa, achicándose á su medida cuanto haga falta. Su ambición no va más allá de los aplausos.

Ya con esto se empieza á comprender. Nada tan penoso como una verdad. Sardou ameniza las verdades dislocándolas. Exagera todos los pormenores hasta ponerlos en caricatura, coloca en un rinconcito novios de mantequilla, y divierte á la concurrencia con sus escamoteos. En medio de esos ejercicios, las notas que tomó se quedan en la estacada, los planos no son más que reclamos excelentes, buenos para publicarse en un periódico, y los personajes se convierten en Polichinelas para solaz de niños, grandes y pequeños. Se ha dicho delante de mí que quizá Sardou no era un buen observador, sino que, creyendo observar, no pasaba de la superficie de las cosas. Es posible; pero, ¡Dios mío!, así fuese el observador más perspicaz, no dejaría de guardarse para sí propio sus observaciones, á querer seguir siendo el hombre de teatro cuya habilidad se complace en reconocer todo el mundo.

¡Un hombre de teatro! En nuestra época, con eso está dicho todo. Un hombre de teatro es un hombre que concibe los asuntos de una manera particularísima, reñida con la verdad; un hombre que baila en la punta de una lanza, que apuesta á que hace andar de cabeza á sus personajes, y lo consigue; un hombre que falsea por oficio todos los elementos de análisis que toca; un hombre, en fin, que va contra la actual corriente de la literatura, y

tiene que resignarse á hacer volatines para vivir de las caricias del público.

¿Por qué está condenado á esas galeras Sardou? Por su culpa. En el día no hay más que dos situaciones posibles para el autor dramático: ó sacrificarlo todo al éxito, rodando hasta abajo la pendiente de la medianía, y consolándose con recoger bravos y sendas monedas, ó bien llevar la literatura á las tablas, procurando presentar personajes de carne y hueso, y preparándose á sufrir las más tremendas caídas imaginables.

Sardou, sin duda por temperamento, ha escogido la senda sembrada de flores. Tanto peor para él. Á medida que avanza, el público le pide pantomimas más groseras. «¡Vamos! ¡Más abajo! ¡Más abajo! ¡Arrodíllate más! ¡Todavía más! ¡Al arroyo! Nos da la gana; á nosotros nos gustan las gentes á quienes ensuciamos.» Y no puede levantarse en alas de su genio libre é indomable, porque él es el primero que se ha puesto de rodillas para exhibir sus juegos más divertidos.

Sí: llega un momento en que el artificio de los que se dedican á entretener al público se acentúa, asomando y crujiendo por todas partes; no se ve ya más que la armazón defectuosa, y la gente empieza á bostezar. Entonces el autor, aturdido, quiere redoblar su destreza; pero la destreza es ya impotente cuando todo se desploma y aparece el vacío. Asistid á la reaparición de una de las antiguas obras de Sardou, y sentiréis la impresión de ese vacío. Cuando nuevas, las escenas tienen una especie de belleza diabólica que agrada, pero la batería de la escena no tarda en dar buena cuenta de esa belleza, y se queda uno enfrente de un esperpento. Y no son sólo las las obras pasadas las que han envejecido; las mismas obras nuevas trascienden á vejeces. Es que se repiten, dislocándose más cada vez; es que el autor se ve obligado á extremar su manera, á medida que comprende que se le marcha el público.

No hay más obras sólidas que las que se apoyan sobre el hombre verdadero, sobre la verdadera naturaleza.

Esas viven, tengan ó no tengan éxito en el momento de su aparición; se producen lógicamente en una época hecha para ellas; son resultado de un medio y de un temperamento. Se achaca á los novelistas el defecto de no ser hombres de teatro, y es un gran elogio. Es cosa de oir á los espíritus distinguidos de Rusia y de Inglaterra asombrarse de la medianía de nuestra producción dramática, rayando á tanta altura nuestra novela. «Son dos producciones absolutamente diferentes (dicen); jamás podría concebirse que un mismo pueblo pudiera tener en un mismo momento dos literaturas tan distintas.» Y cuesta todos los trabajos del mundo explicarles por qué han fracasado nuestros novelistas siempre que han querido probar fortuna en el teatro.

¡Perezca el teatro, pues, si no han de romperse sus moldes convencionales! Desde el siglo XVII viene palideciendo y degradándose. Los más grandes que se han acercado á él casi siempre han desmerecido. Hoy es el refugio de las medianías hábiles; depara fortunas y crea colosales reputaciones á hombres que no saben aderezar una frase afortunada. Personas que no hubiesen podido vivir con la novela, llegan á las mayores alturas dando tajos y mandobles en las tablas contra el idioma, contra el sentido común, contra todas las realidades que nos rodean. Y se dice: «Inclinaos; han recibido un don celeste: son hombres de teatro». ¡Pues no!, no nos inclinaremos, porque ese don es una farsa, desde el momento en que no puede dar vida á las obras más que durante algunas noches, desde el momento en que no produce nada valioso y durable. En el siglo de la novela, el teatro se halla condenado, si no aprovecha el movimiento del siglo para ensanchar su fórmula.

Por lo que hace á Sardou, no es seguramente un advenedizo. Como cuentan sus biógrafos, emplea los procedimientos de trabajo de Balzac y de Flaubert; se interesa mucho por los pormenores; tiene á su alrededor multitud de papelitos de todas clases; mira los hombres y las cosas, aunque, á decir verdad, con unos anteojos

singulares que deforman los objetos más sencillos. Hasta pretende ser un observador que sigue la pista de las ridiculeces y los vicios de los tiempos presentes. Pero no tiene nuestra estima literaria.

Sardou logra el movimiento, ya que no puede llegar á la vida. Á veces hay en sus obras buenas escenas, tratadas muy diestramente. Es maestro consumado en todas las habilidades del oficio, y sabe con corta diferencia los bravos que ha de valerle un final de acto. Algunos de sus desenlaces se han hecho célebres, como juegos de sorpresa peregrinos. Se citan las frases de sus personajes, y hasta se le forja una reputación de escritor. Pero no tiene nuestra estima literaria.

Sardou cuenta tras sí una larga serie de éxitos. *La familia Benoîton* ha promovido una revolución en París; después de *Rabagas* llegó á pronunciarse el nombre de Aristófanes. En el estreno de *Los Intimos* hubo señoras que rompieron sus banquetitas de entusiasmo. *Patria* se puso al lado del *Cid*. Es el hombre de sensación dos ó tres veces al año. Los periódicos del *boulevard* lo tutean cariñosamente. Ha habido *bueyes gordos* (1) que han llevado los nombres de sus héroes. Pero no tiene nuestra estima literaria.

Sardou, si no me engaño, es oficial de la Legión de Honor. La Academia, que recibió á Scribe, lo acogió con lágrimas de gozo. Helo ahí en medio de una apoteosis, á la mayor altura á que puede llegar un autor dramático. Todo lo tiene: fortuna, gloria, un público atiborrado de golosinas, una crítica idólatra. Pero no tiene nuestra estima literaria.

IV.

Tengo que hablar de *Daniel Rochat*, drama en cinco actos de M. Sardou, representado en la Comedia Francesa.

(1) Se sabe que en París llaman el «buey gordo» *(bœuf gras)* al que pasean los carniceros en los días de Carnaval. *(N. del T.)*

Me importa declarar ante todo que dejo á un lado la política, la filosofía y la religión. Los republicanos, con su acierto de siempre en materias literarias, están prestando un gran servicio al autor, merced á su violenta polémica. ¡Vaya por Dios! Á propósito de esa podre comedia, hete aquí á los pontífices y á los tribunos, hete aquí á todos nuestros graves hombres de Estado pasados, presentes y futuros, gritando mohinos que se insulta á la ley y que se halla amenazada la República. ¡Eso, eso!, coged un peñasco para aplastar una mosca. ¡Cómo se reirá Sardou de esa táctica tan bien entendida, que da á su obra la mayor importancia! Ahora París anda revuelto, y no me sorprendería que *Daniel Rochat*, después de sucumbir la primera noche bajo el hastío y la impaciencia de toda la sala, alcanzase un gran éxito de curiosidad.

Con que dejémonos de discusiones religiosas, y sobre todo de discusiones políticas. Me es perfectamente indiferente que Sardou sea espiritualista ó materialista; lo que me importa es ver si piensa como espíritu superior ó como espíritu vulgar, si ha escrito una obra de talento ó una obra adocenada. ¿Á qué viene ese empeño de los partidos políticos de ponerse en ridículo con sus sandeces? No son dueños de ocuparse de las letras sin que tengamos que encogernos de hombros. ¡Ah! ¡Qué pequeños son, y cómo se evaporan sus vanas pasiones al soplo de la verdad eterna y de la eterna justicia!

El primer pensamiento de Sardou fué presentar el conflicto entre un hombre ateo y una mujer creyente. Con su instinto de las tablas, pensó que el doble problema del matrimonio civil y el matrimonio religioso podría proporcionarle un excelente terreno dramático; y, en esta hipótesis, la situación capital de su obra debió formularse así: ya están casados los esposos en la alcaldía, cuando en el instante de ir al templo se declara entre ambos la lucha de las creencias, una lucha de fe y de amor, que debe llenar la obra. Eso era muy tentador, porque la situación es muy bella; sólo que para llegar á plantear esa situación se ofrecían enormes dificultades. Notad que los espo-

sos deben ser personas de la mejor buena fe ; no se tienden un lazo ; se dirigen á la alcaldía lealmente, muy ajenos al drama que ha de sobrevenir, cuando el uno se estime perfectamente casado, y la otra, sublevada su conciencia, se niegue á recibirlo en su aposento mientras un sacerdote no bendiga la unión. En resumen, es preciso que medie entre ellos alguna mala inteligencia. Ahora, echaos á buscar una mala inteligencia que no sea pueril; y más habrá de serlo cuanto más inteligentes y honrados sean los personajes elegidos.

He ahí el primer obstáculo contra el cual se ha estrellado Sardou. Toma por personajes á Daniel Rochat, jefe de partido, hombre de primer orden, y á Lea Henderson, joven intachable, de sentimientos nobles, de alma ardiente y sincera ; y su problema es precipitar á esos dos espíritus inteligentes y honrados en una situación terrible, que una simple palabra hubiese debido evitar. ¿Cómo? ¡Daniel y Lea se casan sin concertar las condiciones de su matrimonio! Ya sé yo que el autor los ha rodeado de circunstancias atenuantes ; su amor es como un rayo, el casamiento se verifica en el curso de un viaje y con una precipitación extraordinaria. Pero eso no hace más que aumentar la inverosimilitud. Y lo que acaba de estropearlo todo es el juego infantil de palabras sobre que gira la situación. Daniel cae á ciegas en aquel foco de propaganda protestante ; nada ve, nada sospecha. Cuando exclama : «¡Ya saben Vds. : nada de sacerdotes ni de iglesia!» Lea y su tía, responden : «Sí, sí, por supuesto ; nada de sacerdotes ni de iglesia.» Y en seguida, no bien se efectúa el matrimonio civil, dicen las señoras : «Aquí tenemos el pastor ; vamos al templo.» Eso es pura y simplemente cómico , cosa de sainete.

Sardou tiene una habilidad terrible. Si él hubiese afrontado resueltamente la inverosimilitud, creo que se le hubiese tenido en cuenta la resolución ; pero jugar así con las palabras, presentar al gran Daniel y á la honrada Lea, á quienes debieran haber abierto los ojos mil circustancias, comprometiéndose en la más cruel de las

aventuras por un equívoco tan ridículo, es un artificio de espíritus pobres, una artimaña indigna de una obra seria. Verdad es que se le han perdonado otras muchas á Sardou, y estoy seguro de que él, por su parte, no se explica ese repente del público reclamándole verdad y sensatez. ¿Pues no es el teatro el dominio de lo convencional? ¿No ha hecho él mil veces en sus comedias, con aplauso de la multitud, escamoteos más garrafales? Positivamente; pero es que aquí se trata de una obra de grandes pretensiones, de una obra de alto vuelo; y claro, si la base es una pura broma, todo el edificio se bambolea y se derrumba. Dudamos de la inteligencia de Daniel; dudamos de la honradez de Lea; los dos protagonistas se empequeñecen; hay una brecha en el análisis que nos pone en guardia contra las consecuencias lógicas de los caracteres: he ahí por qué resulta inaceptable.

Pero aceptémosla por un momento, y veamos el drama. Se ha conseguido la situación: Lea y Daniel están casados ante el alcalde, y surge la lucha entre ella, que quiere ir al templo, y él, que no quiere ir. Añadid á esto que se adoran. Tal es el drama.

Es de gran potencia. Hay que tener en cuenta á Sardou el gran esfuerzo que ha querido hacer. Ha archivado por el momento sus chirimbolos habituales, las eternas cartas que anudan y dasatan las situaciones, los golpes teatrales basados en alguna palabra mágica que todo el mundo sabe y nadie pronuncia. Por esta vez nos encontramos en el terreno del análisis puro; después de los dos primeros actos de exposición, en que se desliza la deplorable jugarreta de que he hablado, los tres últimos hubiesen podido adquirir un sesgo magistral, porque ya no hay nada que interrumpa su severa desnudez. Por mí, hasta apruebo en absoluto la marcha de esos tres actos. Se ha clamado mucho contra el momento de debilidad de Daniel, cuando, perdido de amor, consiente en ir al templo secretamente; el hecho es, no obstante, muy humano, y arguye observación de buena ley. El desenlace

lo mismo, muy hermoso: evidentemente, después de la larga lucha que los ha ensangrentado á los dos, no puede haber ya nada de común entre Lea y Daniel; los separa un abismo, y cada cual se va por su lado. Nada más lógico. He ahí un desenlace nuevo y sencillo, que me ha sorprendido sobremanera.

Pero entonces ¿por qué es tan mala esa obra? ¿por qué parece á ratos obra de un aprendiz que anda á tientas echando los bofes? La respuesta es sencilla: Sardou no llega á la altura de su empresa, ni más ni menos. Quiso levantar una molé, que lo ha aplastado. Se espera un golpe de genio á cada minuto, y hasta el talento se desvanece en aquel cuadro demasiado vasto.

Sí, no está mal proyectado todo aquello; las grandes indicaciones allí se encuentran. Pero ¡qué vacío, santo Dios! Querría uno ver personajes vivos, y se enoja contra los muñecos que saltan por las tablas. Todavía Lea es un buen diseño; no es más que una mujer testaruda, y, por lo mismo, fácil de pintar, máxime con frases hechas, con poesía al uso, y con una afirmación de Dios en estilo de catecismo. Pero aquel Daniel, ¡qué figura tan pobre y tan mal dibujada! Es que Daniel es muy complejo, según lo ha comprendido Sardou: ese hombre honrado, fiel á su situación política; ese enamorado combatido por su razón, tan leal y cobarde, pero tan firme á la postre, pedía una mano sumamente poderosa para sostenerlo á la altura de su verdad. Ahora bien: Sardou no es poderoso; por eso no ha podido imponer el personaje, que ha disgustado á todo el mundo, porque no vive, ni tiene la grandeza de la verdad.

No he de rehacer aquí el drama; me limito á decir simplemente que necesitaría ser rehecho por un hombre de genio. Es una prueba irrefragable de que no basta la habilidad para el teatro; cuando se aborda ciertos asuntos, hace falta fuerza ante todo. Los que acusen á Sardou de haberse mostrado menos hábil que en sus otras obras, se engañarán de medio á medio; estudien la obra, y encontrarán un primer acto encantador, una destreza

constante en la ponderación y desarrollo de las escenas, una precaución infinita para sortear los escollos. Y eso es cabalmente lo que empequeñece la obra. Figuraos otro temperamento que marche de frente, rompiendo por todo; al punto tendréis un drama intenso, que podría herir susceptibilidades, pero que quedaría como una página original en nuestra literatura dramática. Lo repito: jamás tuvo Sardou intención más decidida de hacer una obra maestra, jamás demostró más talento, jamás soñó en dar un aletazo más vigoroso, y jamás ha sufrido más estupenda caída. Era inevitable. Si torna á las andadas, tornará á caer. Que vuelva á sus Polichinelas.

Cada cual debe permanecer en su sitio. Sardou no es más que un autor de los que entretienen. Atesora mucha fantasía; rebosa movimiento; posee la intuición del teatro, el don de la oportunidad, y un ingenio de periodista que da rienda suelta á su vena con ocasión de las ridiculeces contemporáneas. Pero no piensa, no escribe, y es incapaz de crear nada sólido y vivo. No hay sino ver el atolondramiento y los saltitos nerviosos con que se revuelve, en *Daniel Rochat*, en medio de los problemas más graves del corazón y de la inteligencia. Su ateo es un mascarón hecho con retazos de artículos de periódico; ensarta unos tras otros los chistes que están hartos de correr por los periódicos reaccionarios, y cree encarnar la alta figura de la negación moderna, esa negación que se apoya en todo un conjunto de verdades científicas. Eso es miserable. Se tolera el procedimiento en *Las patas de mosca;* en *Daniel Rochat* hiere. Cuando produjo el *Rabagas,* conservaba su vena traviesa y bullidora, y divertía; pero hoy disgusta profundamente; hoy exaspera, con su trabajo de ardilla inquieta, cuando se le ve estrechar la cuestión, para girar luego en torno suyo.

El vacío, el aburrimiento, he ahí la impresión que deja esta comedia. Es una obra sin relieve, en donde transpira un espíritu vulgar que forcejea por empinarse hasta la grandeza. Y eso es tanto más visible cuanto mayor es el desarrollo de los actos. No hay allí un grito

humano, no hay un arranque que nos lleve al corazón mismo de la terrible cuestión debatida. Todo se trata en interminables conversaciones. Á cada paso se ve á tres caballeros discutir, sin ánimos de acabar, sobre el deismo y el ateismo; á cada hora hay que plantear de nuevo el asunto; las conferencias se eternizan. Luego tenemos las tres escenas entre Lea y Daniel, que patalean y se agitan sin ir adelante ni atrás. La lucha degenera en lo cómico: «Ven al templo.—No, no voy»; y el desgraciado del templo hace reir. Poned por contera un estilo infame, plagado de descuidos al lado de hinchazones poéticas, es decir, una ignorancia absoluta del arte de escribir. En resolución: *Daniel Rochat* es el caso más notable de impotencia que yo conozco.

Repito que me preocupan poco las intenciones políticas y religiosas de Sardou. Me parece hasta tímido en demasía, si ha hecho concesiones en favor de su Daniel por no chocar demasiado con los republicanos. De fijo habría escrito una obra más franca, si no mejor, sacrificándolo á Lea—nueva prueba de que no siempre se ve recompensada la habilidad.—Pero yo quiero creer que no ha encendido una vela á San Miguel y otra al diablo para contentar á todo el mundo, concesión de que hoy se arrepentiría. Prefiero su obra tal y como aparece, sin concluir, mostrando la separación completa y definitiva de la mujer y del hombre por la idea de Dios. Eso es más terrible de lo que parece pensar el mismo Sardou, y yo no trato de saber quién tendrá razón, si Daniel ó Lea. Aun sin tomar partido, con sólo plantear el problema sin resolverlo, la obra era soberbia. ¿Quién diablos le mandaba á M. Sardou farfullar un asunto tan admirable? No ha conseguido pintar el amor en lucha con la fe, ni podía conseguirlo; para eso hacían falta otros puños. Como se ha dicho, esos dos seres, Lea y Daniel, no tienen un movimiento, un arranque de verdadera pasión; para los espectadores no se aman, y desde ese momento á nadie le interesa su trágico debate. Lo difícil era hacer que se oyese el rugido de su amor entre el fragor de la lucha de

sus creencias. Ahí precisamente es donde ha claudicado la obra.

Después de los *Burgueses dePont-Arcy,* de esa pintura tan pobre de las provincias, me permití decir que Sardou no tenía nuestra estima literaria, lo cual le enfadó mucho. Nos entretiene, es sin duda uno de los espíritus más hábiles y agitados del día; pero no piensa, ni escribe. Un soplo de aire bastará para arrastrar toda la polvareda que ha movido. Repitámoslo, por consiguiente, después de *Daniel Rochat:* Sardou no tiene nuestra estima literaria, ni la tendrá nunca.

V.

Es singular la suerte de ciertas obras. He aquí un drama, *Los Desterrados,* que parecía destinado al mayor éxito. Estaba tomado de una novela rusa del príncipe Lubomirski, *Ratiana,* novela plagada de aventuras, que el público devoró en folletines; tenía por padre á M. Eugenio Nus y por ilustre padrino á M. Sardou en persona; los directores de la Porte-Saint-Martin habían prometido no economizar decoraciones, ni trajes, ni animales vivos. Pues bien : á pesar de todos esos elementos de triunfo, y á pesar del talento y del dinero empleados, *Los Desterrados* estuvieron á pique de naufragar el día del estreno.

¡Qué lección para las gentes del oficio, para los autores y directores á quienes se supone infalibles! Después de una prueba tan decisiva, todo el mundo debe ser modesto, y reconocer que en asuntos de teatro los hábiles no pueden contárselas más felices que los torpes. Uno de nuestros autores dramáticos de gran talento, que ha dado á la escena un centenar de obras, me decía : «Un éxito en el teatro es un número en la lotería». Jamás, hasta el día siguiente al del estreno, se encuentran motivos justificados para explicar el éxito ó el fracaso de una obra.

¿Por qué no han pasado más que á medias *Los Deste-*

rrados? Por muchas causas que trataré de indicar. Cada drama tiene su caso personal, pero el caso de éste es á todas luces uno de los más complejos que pueden imaginarse.

Ante todo, he aquí en dos palabras el asunto, purgado de incidentes. Cierto Schelm, director de la policía rusa, hijo de un siervo emancipado, ama á Nadege, hermana de un joven oficial, el conde Wladimiro Kanine. Pero Nadege es la prometida de un noble francés, Max de Lussière. Schelm, rechazado por esos aristócratas, aplastado bajo el peso de su desprecio, concibe un odio feroz, y jura vengarse. Empieza por complicar á Wladimiro y á Max en una conspiración, y cuando logra que los manden á Siberia, va él también en calidad de «revisor», para seguir atormentándolos. Aquí los acontecimientos se enredan. Schelm, apelando á un medio abominable, arranca á Nadege promesa de matrimonio. Se casa con ella; pero Wladimino y Max acuden á librar á la joven al frente de una partida de sublevados. Los salvadores caen á poco en su poder, y quiere hacerlos fusilar, cuando aparece un príncipe, el príncipe Pedro, y los libra. Schelm se envenena, con lo cual todo acaba bien.

El primer error me parece que es haber tomado por protagonista un malvado. Lo usual, en un drama hecho según la receta convenida, es que el traidor quede en segundo término. Su presencia hace falta para asegurar al fin el triunfo brillante de la virtud, pero no ha de destacarse y crecer hasta el punto de eclipsar á los demás personajes. Schelm ocupa demasiado puesto. El simpático francés, Max de Lussière, y la dulce paloma Nedege, se desvanecen en su sombra.

¡Y qué bribón tan original! Sería muy interesante hacer el estudio de la maldad en el teatro. Esta maldad, según nos enseña el manual del perfecto autor dramático, debe ser absoluta, de una pieza, sin ningún atenuante. Un traidor es un traidor, y no otra cosa; no puede tener nada de humano. Desde el punto en que entra en escena hasta el desenlace en que expía su fechorías, en sus

triunfos lo mismo que en sus derrotas, conserva siempre su mirada atravesada, y nunca se mueve más que por la pasión del crimen. Es el coco, el fantasma sediento de sangre que hace temblar en sus camas á los niños.

Ese tipo estereotipado es cosa corriente; el público tolera todas las monstruosidades, con tal que se trate de un monigote de madera. Un hermano que quiere matar á su hermano; un amante que envenena á toda una familia por obtener la mano de la que adora; un poderoso que tortura á una joven para obligarla á ser su mujer: todo eso son abominaciones de teatro aceptadas por tradición. El traidor no es más que un argumento, y sólo sirve para dar realce á la virtud. Hace falta un verdugo para que la víctima solloce, y se ha hecho del verdugo un maniquí, sobre el cual descarga sus imprecaciones el público sensible.

Pero si tuvieseis la ocurrencia de hacer un malvado de carne y hueso, ¡ah!, entonces cambiarían las cosas. Sacad el hombre del seno del malvado, en vez de dejarle su rigidez de figura de madera toscamente tallada; presentadlo á la vez como un pobre diablo y como un sér terrible; copiad los matices y flexibilidades de la naturaleza viva, y el personaje que resulte será una laceria; se os preguntará de qué cloaca habéis sacado aquella inmundicia y nadie se atreverá á tocar vuestra obra sino con tenazas. La maldad no se admite en el teatro como una verdad humana, sino como una idea abstracta exigida por el mecanismo dramático. Los cuentos maravillosos han simplificado las cosas, apelando al buen genio y al mal genio, que resumen en todas las historias humanas la lucha del bien y del mal.

No quiere esto decir, ni mucho menos, que el tipo de Schelm haya desagradado por su verdad. Al revés, es un tipo cortado por el patrón del malvado abstracto. Jamás se ha visto hombre que acumule más perversidades. Parece que no le cuestan nada las infamias. No sólo hace el mal, sino que lo hace descaradamente, á la vista de todos, y sin flaquear una sola vez. Es una máquina de

iniquidades que funciona regularmente, desde el principio hasta el fin de los nueve cuadros. De ahí la mala acogida del público. Le ha parecido demasiado recargada la nota sombría, y ha faltado poco para que silbase, al verlo en primer término, el maniquí á quien hubiese aplaudido en segundo.

Figuraos la escena siguiente. Nadege y su cuñada Tatiana huyen para reunirse en los bosques con Max y Wladimiro; pero se extravían, llegan demasiado tarde, y Tatiana, aterida de frío, cae sobre la nieve en un sueño mortal. Á esta sazón Schelm, que las seguía, se presenta con una escolta. Nadege le suplica que salve á Tatiana. Consiente en ello, pero á condición de que Nadege le otorgue su mano. La joven se niega horrorizada, él insiste, y la odiosa puja se prolonga lo indecible al lado de la agonizante. Por fin, cede Nadage. Pero vuelve á renovarse la escena en el siguiente cuadro. Schelm, que acaba de casarse con la joven, quiere llevarla á la cámara nupcial; llega casi hasta la violencia, y no suelta á su víctima hasta que ella amenaza herirse con un cuchillo. Las dos escenas fueron recibidas con murmullos.

Me he detenido en lo que se refiere al empleo deplorable de ese bribón, porque él es ante todo el que ha puesto en peligro el drama. Pero hay otros muchos errores en la obra. Sacada de una novela de aventuras, apenas es más que una sucesión de cuadros. Los primeros son los mejores; cree uno que va á asistir á un drama poderoso de policía; pero luego se eclipsa la acción; el episodio de la conspiración aborta, y viene á paso de carga una historia nueva en plena Siberia. Con eso la obra resulta larga y confusa. Los cuadros desfilan unos en pos de otros, sin que el espectador pueda llegar á interesarse grandemente por ninguno.

Y el caso es que no faltan elementos de interés; más bien puede decirse que se agolpan hasta aplastarse. Tenemos el arresto de los conspiradores con disparos de revólver, el incendio de la casa de madera en que las gentes sublevadas dejan maniatado á Schelm, el combate á

tiros de Max y su criado contra todo un regimiento ruso. ¿Cómo no se ha dejado cautivar el público por tanta maravilla y tanto estrépito? Yo tengo la seguridad de que autores y directores debían prometerse un éxito enorme, y no habrán vuelto de su sorpresa. El hecho es que á esa gran máquina le falta el centro de gravedad; y, vuelvo á mi idea fatalista: *Los Desterrados* han sacado mal número en la lotería del éxito.

Por supuesto, dejo aparte toda literatura. Tampoco me detengo en las inverosimilitudes, que son pasmosas. Ya, á propósito de los últimos cuadros, que se desarrollan con pocas horas de diferencia en el mismo país, ha llamado la atención que unos aparezcan cubiertos de nieve, y otros dorados por el sol. Nada tan extraordinario asimismo como ver á Schelm casarse con Nadege de la noche á la mañana, sin más preparativos ni formalidades. También son deplorabilísimas las inverosimilitudes que se refieren á las torturas de los deportados en Siberia. Rusos, á quienes yo he interrogado, afirman que jamás hubiesen podido realizarse tales cosas. Ya en *Los Danicheff* se nos había aderezado á Rusia en una extraña salsa francesa; pero las invenciones de *Los Desterrados* pasan de la raya.

En resumen: la obra es un error de Sardou. Si no se hubiese hecho tanto ruido con la colaboración de ese autor dramático, creo que el público se habría mostrado menos exigente. La noche del estreno se comentaba con asombro en los pasillos que un hombre de la habilidad de Sardou se hubiese apasionado por una cosa tan desbarajustada y violenta, sin pizca de originalidad. Probablemente contó con la omnipotencia del aparato escénico. Los amigos de Sardou, para defenderlo, afirman que la obra hubiese salido bien, si no hubiese habido que suprimir á última hora los trineos, tirados por renos y perros, que debían atravesar la escena. Francamente, es estimar bien poco la literatura del autor de *Dora*, hacer depender de animales el mayor ó menor éxito de una de sus producciones.

VI.

Fernanda, que acabo de ver en escena, me ha parecido envejecida, y no data más que de hace siete años. La intriga, tomada, como se sabe, de una novela de Diderot, aquella mujer abandonada por un amante, y que se venga de ese amante, dejándole casarse con una muchacha perdida, conserva su fuerza y su interés. Lo que ha envejecido son los pormenores, las precauciones escénicas que el autor ha creído necesarias para hacer viable y conmovedor el asunto en el teatro.

Es un mago el tal Sardou. Cuando da una obra á la escena, seduce por su habilidad, por el conocimiento que tiene de las tablas; pero no hay que dejar que el hechizo tenga tiempo de enfriarse. Sus obras son de las que alcanzan trescientas representaciones seguidas, pero que mueren de un golpe después de ese largo éxito. Y la razón es que carecen en absoluto de verdad y de profundidad. Sardou compra su hechizo al precio de las cualidades sólidas. El asunto más espinoso tórnase agradable en sus manos. Sortea las dificultades, salva las peripecias, evita los choques, y os lleva al desenlace por cómodos senderos. La desgracia es que, al escamotear tan diestramente las dificultades, escamotea al propio tiempo las pasiones verdaderas, los análisis profundos, todo lo que constituye las obras potentes. No deja más que un charloteo entretenido, una zambra de personajes que aturden, la caricatura de una obra original.

He oído imputatarle como un grave error haber variado el medio de la novela de Diderot, transportándola del siglo XVIII al XIX. Es indudable que las maneras de ser de los sentimientos y de las pasiones se transforman. Así nada resulta más inverosímil que la escena del segundo acto, aunque tan hábilmente tratada, en que Clotilde

tiende un lazo á Andrés, diciendo que no lo ama ya, y llevándolo á confesar su traición. Hay ahí en el amor una ligereza que hoy día nos parece monstruosa; nosotros somos más graves y más trágicos. Y como ése es precisamente el nudo del drama, el drama toma un sesgo falso y algo violento. Pero hasta aquí no hay aún más que un defecto de óptica; lo que á mí más me hiere es la manera que ha tenido Sardou de apabullar el asunto.

El primer acto es muy movido. Antes hacía reir mucho. Hoy parece más el ruido que la vida. Sardou es demasiado hábil para ser amargo. Por eso, cuando baja á las cloacas de la sociedad parisiense, lleva anteojos alegres que le permiten ver los vicios de color de rosa. Pomerol, el hombre restituido á la vida honrada, dice á cada paso en el garito de la Sénéchal: «¡Qué cosa tan fea y tan inmunda!» Y eso le parece bastante á Sardou. En cuanto á la fealdad y á la inmundicia, se quedan entre bastidores. Lo que se ve son mujeres de una virtud sospechosa que entran, ríen, comen y juegan. Si no se nos previniese, podríamos tomarlas por colegialas en horas de asueto. Durante todo el acto, la gran sombra de Balzac me obstruía toda la escena; yo volvía á ver la casa de huéspedes de Mad. Vauquer, aquella terrible agua fuerte tan profundamente grabada por la mano del genio.

Ya sé lo que puede responderse. El teatro no tiene la libertad de la novela; para que pasen en él ciertas cosas, hay que suavizarlas. Bueno, pues entonces tanto peor para el teatro: desciende á la categoría de género inferior. Si ciertos cuadros son imposibles en la escena, vale más renunciar á exhibirlos, porque es un desconsuelo mentir. ¿Se acuerdan Vds. de mamá Vauquer, aquella mujerona de una suciedad y de unas malas pasioncillas formidables? Pues vayan Vds. al Gimnasio, y vean la Sénéchal. Sardou no ha encontrado nada más á propósito que hacer de la Sénéchal una Magdalena arrepentida, que llora sus culpas y aspira á la honradez. Vean Vds. si el caso es novelesco. ¡Y qué bofetada á la verdad de todas horas!

Aquí tocamos al procedimiento de Sardou, que he indicado antes. Sardou no retrocede ante los asuntos audaces, porque sabe que son buenos para fustigar la curiosidad pública. Pero sabe también que basta con la muestra, y que, después de haber anunciado audacia, sería hasta peligroso tenerla de veras en una obra. En consecuencia, dispone su juego de ajedrez. Se figura uno que va á armarse una gresca general; plantéanse las cuestiones más arduas; las situaciones llegan al límite en que empieza lo escabroso. Pero tranquilícense las señoras. Todo se arregla; no era más que una broma de M. Sardou: cosa de pasar un rato entretenidos simplemente.

La muchacha perdida, con quien Clotilde hace casarse á Andrés, es tan poco perdida que no vale la pena de hablar del asunto. Y luego ¡qué de circunstancias atenuantes! No ha cedido más que á un solo hombre, y eso por haber sido casi violada, cuando no podía vigilarla su madre, que estaba presa. Á mayor abundamiento, esa Fernanda posee todas las virtudes: es buena, dulce, piadosa, y siente tantos remordimientos, que quiere matarse. En conclusión, un hombre honrado que la amara no vacilaría en casarse con ella. Ya sé que también Diderot quería que su muchacha perdida fuese simpática. Pero ésa, al menos, era una muchacha perdida y bien perdida; sólo le quedaban la juventud y el amor. Al perdonarla el Marqués, perdonaba su belleza en nombre del cariño que por ella sentía.

Evidentemente la única preocupación de Sardou ha sido llevar al teatro un asunto difícil. Después, sin curarse de la verdad de las pasiones, sin ánimos de llegar á la realidad y á la grandeza, modeló sus dominguillos según las exigencias de su plan, violentó ese plan, y no se declaró satisfecho hasta que le pareció ganada la partida. Eso explica todos los expedientes, la figura angélica de Fernanda, los arrepentimientos de su madre, las continuas inverosimilitudes de la intriga. Á cada acto bastaría una palabra para dar en tierra con la obra; pero,

naturalmente, nadie pronuncia esa palabra. La obra llega hasta el fin, gracias á las continuas precauciones del autor.

En fin, que allí todo el mundo es simpático, y nadie lo es. ¿Á quién se debe amar? ¿Á quién no se debe amar? Clotilde tiene razón en vengarse; pero se venga tan desdichadamente, que da á Andres una mujer adorable. Esta mujer fué seducida, es verdad, pero el seductor ha muerto; y, dejando á un lado las ideas corrientes, creo que Fernanda hará por la felicidad de Andrés más de lo que hubiese hecho Clotilde.

Lo que más me ha llegado al alma es el cuarto acto. No acierto á comprender cómo se ha privado Sardou de un desenlace humano y soberbio. Su desenlace es como sigue: Clotilde se lo revela todo á su antiguo amante; el último tiene una explicación dolorosa con Fernanda; la joven se arrastra á sus pies, y él la rechaza, reconviniéndola por no habérselo confesado todo, cuando llega Pomerol con la famosa carta que Fernanda escribió á Andrés, pero que éste no conoce por una serie de circunstancias. Y esa carta es lo único que enternece al joven y lo mueve á abrir los brazos á su mujer. Ya en el acto tercero había corrido de mano en mano la misma carta, estremeciendo á los espectadores. Ahí se ve entero á Sardou: sustituye las peripecias de las pasiones por peripecias de papeles.

Suprimamos la carta, y desde ese momento adquiere el desenlace una grandeza magistral. Clotilde se lo dice todo á Andrés. Éste, anonadado, tiene una explicación con Pomerol, que puede abogar en cuatro palabras por la causa de Fernanda y explicar el pasado de aquella infeliz niña. Pero Andrés guarda un silencio terrible. De pronto llama á su mujer, que adivina y se echa á sus plantas. Pomerol cree que va á arrojarla. Y entonces es cuando Andrés, grave y ceremonioso, dice la frase de Diderot: «¡Levantaos, señora Marquesa!». De ese modo se habría esquivado la explicación tan penosa entre marido y mujer. De sobra se comprenderían los sentimien-

tos á que Andrés obedece: el honor de su nombre, el olvido absoluto del pasado, el cariño que, á despecho de todo, siente hacia Fernanda. La carta es ridícula; la situación, después de ella, sigue siendo la misma que antes; que Fernanda quisiese advertir al Marqués, ó se dejase aturdir por la situación que se le ofrecía, son cosas que apenas alteran el drama: el juego de las pasiones se desarrolla mucho más alto. El «¡Levantaos, señora marquesa!» pierde entonces toda su grandeza. Si en eso se cifra el arte dramático, habrá que convenir en que es un arte asaz estrecho é inferior.

Adviértase que á mí me parece deliciosa la factura de *Fernanda*. Es labor del más diestro de nuestros obreros. Los actos giran sobre sí mismos, oponiéndose y equilibrándose con una elegancia suprema. Todo aquello es airoso, sutil, con su puntita de especias y hasta su humillo literario. Sólo que Sardou no es más que un obrero; no es un creador.

VII.

Pero necesito estudiar una cuestión que ha hecho algún ruido en estos últimos tiempos. Quiero hablar del pretendido peligro con que amenaza al arte dramático la hora de la comida. Suscitó la cuestión Sarcey, autorizadísimo en todo lo que atañe al teatro. Hoy un autor aplaudido, Sardou, pretende haber lanzado el primer grito de alarma, y examina á su vez la situación en una carta que acaba de escribir á Noël y Stoullig, á guisa de prefacio al segundo volumen de sus *Anales del teatro y de la música*. Hablemos, pues, de eso, ya que todo el mundo habla.

Sardou, por quien empezaré, cuenta con su donaire cómico lo que pasa en un estreno. Se anuncia el principio de la representación para las ocho. Á las ocho y media la sala está aún vacía. Se espera diez minutos. Aparecen

algunos raros espectadores. No obstante, se decide alzar el telón. Y entonces empiezan las apreturas y empujones, y pasan las primeras escenas en medio de tal desfile de rezagados y de tal ruido de puertas, que no se oye una palabra. Muchos no llegan siquiera hasta el segundo acto. Naturalmente, todo eso perjudica á la obra. «¡Culpa de la hora de comer! (exclama Sardou.) Se come demasiado tarde; de ahí viene todo el mal.»

¿Está muy seguro de ello M. Sardou? ¿Cree que si se comiese antes, ó si no se comiese, llegaría la gente á la hora en punto? Yo estoy convencido de lo contrario. Muchas primeras representaciones empiezan á las nueve, y hasta las nueve y media. ¿Están ocupadas todas las localidades en esos días? Ni por asomo. Para muchos espectadores, llegar al principio es llegar después de levantarse el telón. ¿No habéis oído cien veces decir estas palabras: «Tenemos un palco; ¿á qué darnos prisa?» Sobre que hay un argumento decisivo: al final de los entreactos se nota la misma barahunda, y, sin embargo, allí está todo el mundo; sólo que el uno se retrasa en la calle, el otro en el café, el de más allá en los pasillos. Preguntad á los avisadores: por más que llamen, el público se hace el sordo; la primera escena y á veces la segunda, se pierden en medio de la confusión. Y esto es tan cierto, que ningún autor perito aventurará jamás una escena importante al principio de un acto, porque no se oiría.

Así, pues, es cosa probada por la experiencia que el público de los estrenos llegará siempre tarde, sean las que fueren la hora de la comida y de la función, y ni siquiera obedecerá al timbre de los intermedios, sino que al comienzo de cada acto habrá la misma aglomeración á las puertas, los mismos empellones, los mismos ruidos, los mismos retrasos. Es que ese público es un público especialísimo. Va allí por la sala tanto como por la escena; la casi totalidad de las veces se burla de la obra. Además, es un público estragado; como se dice, «no cree que haya sucedido aquello;» por poco que vea de

la representación, tendrá siempre de sobra ; lo adivinará todo, así falten dos actos. Es una candidez querer reglamentarlo y esperar que sea menos turbulento y escéptico dándole una ó dos horas para digerir. No tenéis más que mirarlo, y ver de qué elementos se compone ; si estuviese en ayunas, mucho me temo que se portase todavía peor.

Lo más gracioso de todo es que Sardou habla como si no se representasen las obras más que una vez. En su carta no se preocupa ni poco ni mucho sino del público de los estrenos ; no tiene una sola palabra para los millares de espectadores que vienen detrás. Eso es muy de autor dramático ; no se cuenta más que con el público de la primera representación , porque es el que juzga la obra, y la hunde ó la levanta. El rebaño que sigue no entra en cuenta : recibirá el impulso que le den, y tan campante. Con todo , ese rebaño es el que llena la taquilla, ese es el verdadero público, y añadiré que, al fin y á la postre, para él se hacen las obras. Veamos, pues, cómo se conduce, ya que Sardou no ha tenido por conveniente estudiar este lado de la cuestión, que es el más importante, que es el único importante.

Id á un teatro á ver representar una obra de éxito. Observaréis que todos los espectadores están en su sitio mucho antes de levantarse el telón. Esas buenas gentes comen á la misma hora que las del estreno; sólo que han hecho sus arreglos, han adelantado la hora de la comida, han procurado, en fin, la manera de ser puntuales. ¡Hay que ver el movimiento de una casa los días que la familia va al teatro! La señora no quiere perder nada, ni el momento de alzarse el telón. La muchacha tiene que bajar á consultar el cartel. Llegan con demasiada anticipación, y tienen que dar una vuelta por la calle, ó aguardar media hora en el local. ¡Y qué temores de no llegar oportunamente á sus puestos después de los entreactos! Cuando sube el telón, allí están todos, poniendo sus cinco sentidos, y subyugados hasta el punto de no poder respirar. Yo os aseguro que no se pierde ni una sílaba; desde la

primera frase reina el más completo silencio. Tal es el público de todos los días; un público convencido, obediente, que sacrifica al placer del teatro su comida, su digestión, y cuanto hay que sacrificar.

Á esto, y no á otra cosa, se reduce toda la cuestión de la hora de la comida y de la hora del espectáculo. Puesto que el verdadero público nunca se retrasa, puesto que halla modo de comer y ser puntual, puesto que no se queja, y da millones á los autores que lo entretienen, ¿por qué diablos lanza Sardou su grito de alarma? ¿Por qué concede una importancia tan desmedida á la digestión más ó menos fácil del reducido círculo de los estrenos?

Hace todo un drama de esa digestión. Al leerlo, cualquiera diría que la *Familia Benoîton* y *Rabagas,* v. gr., han despoblado á París más que una epidemia. Forma una estadística de las enfermedades que produce esa digestión laboriosa en la atmósfera sobrecargada del teatro: convulsiones, sofocación, neuralgia, cefalalgia, apoplejía, parálisis, etc. ¿Por qué no ha reservado ese gracioso parlamento para una de sus obras? Hubiese hecho reir, porque es un buen chiste de sainete, con toda la exageración apetecible. En un estudio serio, no es posible detenerse un segundo en tales argumentos.

Pero lo capital de la carta es el trozo en que Sardou aborda lo que llama él la cuestión de arte. Yo no creo que nadie se haya burlado jamás de la gente de una manera más donosa. ¿Saben Vds. por qué no se representan ya en nuestros días *El Cid, Andrómaca* y *El Misántropo?* Pues sencillamente porque se come demasiado tarde, porque el público va al teatro antes de haber digerido, y no se encuentra todavía en situación de gustar las bellezas literarias de una obra. He ahí una crítica fenomenal.

Oid esto: «¿De dónde nace, en fin, esa falta de atención seria, esa necesidad enfermiza de una acción rápida, febril, que vaya á escape al hecho descarnado, al esqueleto de la obra, suprimiendo la sustancia, la carne, la sangre, la vida, es decir, el desarrollo de las ideas, de

los sentimientos, de los caracteres?» Y Sardou responde que eso dimana de la mala digestión de los espectadores, que han atropellado la comida. ¡Ah, señor! ¿Está V. seguro de no ser tan culpable, por su parte, como esa digestión trastornada? Repase V. su repertorio. Desde hace quince años trabaja V. en suprimir la sangre y la carne de las obras. Empezó Scribe, y V. extrema la manera. Ya sé que V. no lo hace á mal hacer; su crimen se reduce á buscar el éxito contra viento y marea. Lisonjeando los gustos del público, se rebaja una literatura. Al día siguiente de *El Odio* debió V. volver á la carga. La verdad: es muy cómodo venir á insinuarnos que escribe V. obras ligeras y superficiales, porque no quiere perturbar la digestión de sus contemporáneos.

Lamento no poder seguir á Sardou en su examen del *Misántropo*. Hay en él otro pasaje que no se paga con nada. Resulta que, para soportar el primer acto del *Misántropo,* es menester no haber comido, y, si se ha comido, el acto parece demasiado largo é inútil. No insisto. Pero ¿qué más? Según Sardou, el éxito de la opereta es también una cuestión de digestión; parece que la opereta ayuda á digerir, como el te y el *chartreuse*.

¿Ha escrito Sardou su carta de buena fe? Me lo temo. Es un espíritu superficial, que acomete con el mayor desenfado las cuestiones serias, y las despacha con la lógica de un clown. No carece ciertamente de ingenio; es siempre vivo y ameno; pero no tiene ninguna solidez, ningún punto de vista amplio, ningún sistema de ideas. Añádase que el teatro lo ha echado á perder, y que ahora lo ve todo por un prisma convencional. Su carta es característica. Bastaría para juzgarlo: ilustra sus obras dramáticas.

¿Me oirá, si le digo que en la actual evolución de nuestro arte dramático no entra absolutamente para nada la hora de la comida? Otras razones, razones históricas y sociales, son las que han dado á Molière por descendientes Scribe y el mismo Sardou. Es una desgracia, no lo niego; pero las cosas cambiarán, sin que sea preciso sentarse á la mesa ni más pronto ni más tarde. En cuanto á

la opereta, es hermana de la *Familia Benoîton*, y no anda muy acertado Sardou atacándola. Sus obras han tenido bajo el Imperio las mismas cualidades digestivas que las operetas de éxito. Unas y otras se volverán juntas por donde han venido, porque son producciones correspondientes. Y ha sonado la hora.

Lo que me maravilla es que un espíritu tan práctico y sensato, como Sarcey haya dado importancia á la hora de la comida. Verdad es que no ha llevado las cosas hasta el extremo de la puerilidad, y que se ha ceñido á un razonamiento, que al pronto parece de cierta fuerza. Sienta como premisa que la hora de comer se retrase regularmente una media hora cada diez años. No estaría, pues, lejos la época en que, comiendo los espectadores, primero á las ocho, luego á las ocho y media, después á las nueve, los teatros acabarían por no poder abrir sus puertas hasta muy avanzada la noche. Como expediente, aconseja sustituir la comida con una cena, y hace la observación de que las representaciones vespertinas, cuyo éxito va en aumento, son una vuelta á los antiguos usos : la comedia antes de la última comida del día. No puedo entrar en las consideraciones secundarias.

Todo eso es ingenioso y ofrece materia para artículos interesantes cuando faltan estrenos. Pero, en el fondo, ¿qué importa? Las cosas seguirán su curso ; nunca ha podido impedirse á una sociedad que se forme sus costumbres por sí propia, por la fuerza misma de la vida. Si se retrasa la hora de la comida, si los teatros tienen que volver á las representaciones diurnas, si continúan abriendo sus puertas hacia las ocho, y si nosotros pasamos por no tomar á las seis más que un refrigerio y cenar después de media noche, eso ya se verá. ¿Á qué preocuparse de antemano, puesto que se trata de cosas fatales, colectivas, ajenas á nuestra voluntad personal? Y, sobre todo, ¿qué daño ó qué beneficio puede reportar todo ello á la literatura dramática?

Es asombroso de todas veras ver á hombres del talento de Sardou y Sarcey no encontrar más que esa

cuestión de la hora de la comida para explicar la decadencia de la escena francesa. Lo que debe temer nuestra literatura dramática es el código redactado por las gentes del oficio, es la condescendencia de los autores en aras del éxito, es la erección en leyes inmutables de la tradición y el convencionalismo, es la producción de esas obras, calificadas tan bien por Sardou, que se reducen á intriga y á palabras, sin carne y sin vida : he ahí lo que amenaza á nuestro teatro, y he ahí el atolladero de que lo sacará indefectiblemente el movimiento naturalista, cuando se extienda del libro á la comedia y al drama. Siempre que escribo estas cosas, que vengo repitiendo hace años, la gente se encoge de hombros, pretendiendo que insulto á nuestras glorias. ¡De lo que hay que hablar es de la hora de la comida! ¿Eh? ¡qué hallazgo! ¡qué explicación tan concluyente! ¡Esto al menos lo entiende cualquiera! Y ellos se congratulan, y se toman en serio sus discusiones, y pasan por protectores del teatro contra mis ataques de loco furioso. ¡Yo al cabo me desespero, porque tanta simpleza pasa de castaño oscuro!

VIII.

Sardou ha presentado á la Academia un informe asombroso sobre los premios á la virtud. Ese trabajo no deja de entrar en los límites de mi jurisdicción, porque toca más de cerca al teatro que á la elocuencia. Yo me figuro que el autor, al escribirlo, debía estar pensando en Parade ó en Saint-Germain. Es un largo monólogo, hecho para la escena, con las picardías habituales, y que ha producido en los espectadores, á lo que parece, un enorme efecto. Lo leía Sardou, á falta de un cómico idolatrado de las multitudes; y sabido es que lee muy bien, declamando sus frases.

De modo, pues, que éxito completo : risas, aplausos, aclamaciones. ¿Y qué otra cosa había de suceder? La obra está casi dialogada, y abundan los puntos suspen-

sivos, como en las comedias económicas de estilo. Por remate, la obra está á la altura del público: todos los temas manoseados por los periodiquines sesudos, todos los lugares comunes de forma y de fondo, todas las afirmaciones superficiales que cautivan á las medianías. Poned por aditamento el ingenio parisiense, ese escepticismo acomodaticio que se bromea con Dios ó con la ciencia, según vienen dadas; esa manera cómoda de salir de las cuestiones más graves haciendo una pirueta; esa fórmula estereotipada de cierta risita, que á la larga os saca de quicio más que la misma sandez. ¡Oh! ser tonto, pero tonto de ganas, ¡qué fortuna y qué alivio, al salir de una página de Sardou!

Por ejemplo, tocamos ahora á la cuestión de la responsabilidad humana—cuestión terrible y que hace palidecer á los criminalistas de siglos atrás.—La justicia empezó por quemar á los brujos. Se ahorcaba á los epilépticos y los histéricos, acusándolos de asistir al aquelarre. Luego vino la ciencia, y se mandó á esos supuestos culpables al hospital. Desde entonces la justicia ha tenido que contar con la ciencia. Carlos Desmaze acaba de publicar precisamente una obra interesantísima sobre el asunto: *Historia de la Medicina legal en Francia*. No puedo extenderme; me limito á decir que uno de los más nobles resultados de nuestra evolución científica será definir mejor la idea de la responsabilidad humana. Eso es manifiesto para todo el mundo, y la materia no se presta á bromas grandemente.

¡Pues bien! Cátate aquí á Sardou, que con su olfato delicado rastrea en la cuestión asunto muy divertido para un sainete. Es un don natural: ha nacido para empequeñecer las ideas, y hacerlas degenerar en lo cómico. En eso se ve al ingenio parisiense con toda su vena paradójica. Está uno serio; el ingenio hace una morisqueta con motivo de una mosca que pasa volando, y la galería de ociosos y de niñotes suelta la carcajada. Eso se llama amenizar la situación. Nunca falta un payaso en las muchedumbres. Felizmente, la cosa no trae malicia, porque

luego que la multitud se desahoga, deja al payaso con sus zapatetas.

Paro á lo que vamos: M. Sardou se encara con la ciencia, y le dice cuántas son cinco. «No es ya el virtuoso el que nos preocupa, sino el criminal. Una filosofía nueva, que se presume autorizada por la ciencia para no ver en el hombre sino una combinación de la materia, declara que su moralidad no depende más que del perfecto equilibrio de sus órganos; y, como esa doctrina tiene muchos partidarios entre los médicos, no hay que asombrarse de que no vea más que enfermos en la humanidad.» Siguen los chistes conocidos, los que ha leído uno en todas partes. Y lo peor es que la observación de que se parte aquí ni siquiera es exacta, porque en todo tiempo, incluso bajo la antigua escolástica, los espíritus se han apasionado más por el criminal que por el virtuoso: fenómeno naturalísimo, una vez que el accidente es el que trastorna y exige intervención. La ciencia no tiene la culpa de que los monstruos absorban nuestra curiosidad. Lejos de eso, la ciencia destruye lo maravilloso, expulsa al diablo, define el mal, derrama luz, hace justicia, y, aunque aún puede vacilar en muchos casos, eso no impide que su obra sea una obra de civilización. Pero á mí sólo se me ocurre defender á la ciencia contra el donaire parisiense.

¿Quieren Vds. resolver la cuestión de la responsabilidad humana? ¡Vaya, hombre, pues si es lo más sencillo! Empiezan Vds. por poner el asunto en escena. Allá, en un patio, colocan Vds. el Mal, y aquí, en un jardín, colocan Vds. el Bien. Luégo entran por el foro la Justicia y la Academia; gran escena; y, para bajada de telón, la Academia recompensa al Bien, en tanto que la Justicia castiga al Mal. Y punto concluido. Llaman á los autores. Aparece Sardou, y dice, dirigiéndose al público:

«Felicitémonos por mantener la sana tradición de los premios á la virtud como una protesta del buen sentido francés contra esas doctrinas disolventes; y gloriémonos de no conocer aquí más que una moral sola: la que se

limita sencillamente á amar el bien y execrar el mal. ¡Es el método antiguo, y es el bueno!» Tempestad de bravos.

Ya veía yo venir el «buen sentido francés» y las «doctrinas disolventes». Puede que sientan Vds. tentaciones de advertir á Sardou que él da por resuelto el problema, cuando dice en redondo : Éste es el mal, éste es el bien. La cuestión estriba cabalmente en determinar el bien y el mal, para dominarlos. Pero M. Sardou se os reiría en las barbas. ¡Cómo! ¿No han comprendido Vds.? El bien está á la derecha, el mal está á la izquierda, y os regalaría una segunda representación. Todo eso no es para él más que mecanismo dramático. Dicen que es muy instruido, y que tiene una hermosa biblioteca. Es posible ; pero, como nosotros no podemos juzgarlo más que por sus obras, queda en pie que todo su saber lo resuelve en simples juegos de escena. *Daniel Rochat* es otro buen ejemplo de la profundidad de sus ideas filosóficas : el templo á un lado, la alcoba al otro. Siempre la tramoya de Scribe.

Bien sé yo que eso á nadie daña y hasta divierte á muchos. Pero hay horas en que le crispan á uno los nervios esa medianía triunfante, esos volatines en medio de la gran labor de la época. Mientras Sardou se circunscribe á hacer pasar el rato, nada mejor ; ha dado á la escena excelentes juguetes, de una observación nimia y falsa, pero de un movimiento endiablado. La contra es que, á caza siempre de las cosas de actualidad, la toma á lo mejor con nuestros más graves problemas, y los resuelve como un pilluelo de París. La muchedumbre se regocija, y él se cree un pensador. Á menos que no lleve la broma hasta embromarse á sí mismo, que lo dudo.

Lo que más atónito me ha dejado en su pasmoso discurso es el estilo. Sería cosa de explicar un día al público lo que entendemos por estilo. Se habla del estilo de Sardou. Pero, ¡por Dios bendito!, si Sardou ni siquiera se da cuenta de cómo se hace una frase. Enfrente de Flaubert hubiese yo querido ponerlo, y oirlos discutir una página. ¡Ay, amigos míos, figuraos el aturdimiento del académico ante los preceptos del gran estilista! Habría

sacado de allí una de esas jaquecas de que tanto se habla. Pasemos aún que Sardou escriba mal en el teatro ; quizá lo hace adrede, porque, como ya se sabe, la crítica enseña que una obra teatral debe estar escrita en mal estilo. Pero helo ahí en la Academia ; bonita ocasión para revelarse escritor correcto y potente. No hay duda, va á apovecharla. Puede, pues, esperarse un serio esfuerzo en su discurso. ¡Ay!

Parecerá que me ensaño ; pero es que, de veras, ese discurso da mucho que pensar. Es una cuestión de higiene literaria. De una vez para siempre debe proclamarse que Sardou no es más que un santo varón de la forma, un santo varón que tiene el baile de San Vito, si Vds. quieren, pero un santo varón, al fin y al cabo, que emplea las locuciones viciosas, las frases de pacotilla, las tonterías corrientes. No conozco una lengua chapucera cuyas frases arrastren más escorias.

Para patentizar bien lo adocenado del discurso, habría que anotar todas las frases, toda aquella sarta de lugares comunes en mal estilo ; eso sin contar las incorrecciones. Pero desconfío mucho de abrir los ojos á Sardou sobre su deplorable manera de escribir. Es un inocente en materias de lengua. No comprende lo que nosotros buscamos y encontramos á veces. No tiene el sentimiento de la solidez, ni del color, ni de la línea, en la frase. Cierto que un informe sobre los premios concedidos á la virtud por la Academia es un asunto desgraciado ; pero, aun así, debe tratarse como es debido, sin hacer un derroche tan increíble de chispa parisiense y de pesadeces vulgares. No se concibe á Gavroche sin Prudhomme. Yo escribí un día que Sardou no tenía nuestra estima literaria , y parece que eso le hirió mucho. Quise decir simplemente que Sardou no era un escritor ; y, por si no era bastante *Daniel Rochat,* su ensayo de gran estilo, ahora se ensaña y viene á demostrárnoslo de nuevo en plena Academia Francesa.

Emilio Zola.

EL COCHE DE ALQUILER

He aquí una anécdota parisiense de que nuestros mayores hubiesen hecho una historieta regocijada si hubiese habido coches de alquiler en los tiempos del rey Luis XI. Tiene su moraleja, y es: que si existen miles de medios infinitamente variados para atraerse el amor de las mujeres, como, v. gr., suspiros, jovialidad, atenciones menudas, convites exquisitos y perlas raras, el mejor medio de perderlas es mostrarse cobarde, así sea por un solo minuto.

¿Quién no conoce al compositor Janoty? Aunque pobre como Job, y aunque sus obras no se hayan oído todavía más que en las Folies-Marigny, nuestro excelente sujeto, rubio soso, afligido por una de esas caras que llamaba *superfluas* Enrique Heine, no hace un mes aún que era amado por su persona, y poseía ese bien más raro que las rimas triunfales: ¡una mujer fiel! Ahora se encuentra exactamente lo mismo que Sganarelle. Hecho un perfecto Minotauro, cuando sale á la calle, es un bosque que anda; lleva adornada la frente de una selva tan tupida, que no sería difícil oir cantar en ella á los ruiseñores, y no se podría pasar por los arcos de ramaje sin bajar la cabeza. Si tiene hijos, no sólo serán los hijos de alguien, como exige Fígaro, sino los hijos de todo el mundo; porque su señora, la agraciada y encantadora Colette, es una personita que encuentra el mundo pintiparado para encasquetárselo en su linda cabeza.

Rindiendo piadoso tributo á la memoria de su madre Eva, hunde sus hermosos dientecitos de nieve en montones de manzanas verdes, y está en conversación seguida con la serpiente. Si en el Bosque veis bajarse la cortinilla de un coche, y desaparecer de repente una cabeza pizpereta y leonada, ese perfil desvanecido es el suyo. Si encontráis en un corredor una mujer de esbelta presencia, muy entapujada y arropada, llamando en el cuarto de un mancebo, es la propia Colette. Ella en persona es asimismo quien sube la escalera del Café Inglés, y quien baja la de la Maison d'Or; ella, en fin, es la que anda por todas partes menos en su casa: detrás de los bastidores de boca, en los bailes de aldea, en los figones, y donde quiera que el hábil cazador Amor prepara su liga y sus señuelos. En cuanto á Janoty, se muerde los puños desde la mañana hasta la noche con tal encarnizamiento, que pronto no dejará ni rastro. Tal es su trágico destino, y vais á ver qué bien ganado.

Colette era una mujercita adorable, que hacía todo lo posible por creer en el genio de su marido, que tenía la casa aseada y reluciente sin ayuda de criada, que economizaba de donde no había qué, que aderezaba platos exquisitos con ingredientes quiméricos; siempre amable, gentil y sonriente, capaz de ejecutar al piano las obras de Janoty hasta cien veces seguidas, si él lo deseaba; ducha en guisar la carne con salsas ideales y divinas, que sacaba de su propio y exclusivo cacumen, y que con un sol de justicia subía hasta el mercado de Batignolles, donde se encuentran á veces cangrejos de á sueldo! Janoty era completamente feliz, amado, mimado, acariciado y alimentado como un canónigo. Colette, que tiene ojos grandes y acariciadores, labios de granada y sangre árabe en las venas por parte de madre, no dejaba de exhalar á veces suspiros capaces de partir las piedras, pensando en un poeta más negro que un zapato, que la seguía por las calles y le disparaba miradas de náufrago; pero ella se atrincheraba en el sentimiento del deber. Hoy la rabia de ese sentimiento se le ha bajado á los talones, y salta y

brinca por encima. Si Janoty necesitase un pseudónimo, podría llamarse, sin exponerse á ninguna reclamación, maese Cornelio, y hay algunas docenas de parisienses á quienes tiene el derecho de escribir, sin jactancia : «Muy señor mío y querido colega». ¿Cómo ha podido llegar con tanto acierto á semejante resultado? Es lo que voy á decir.

La gran Tata, esa estrella de las Folies-Marigny á quien no faltan ni los pudores de Mme. Judic, ni la segunda intención terrible de Juana Granier, ni el vaporoso cabello de Mme. Théo, y que llegará á ser célebre como la que más, si place á la hada estrafalaria que preside á los absurdos; la elegante, la rubia, la delgada, la frívola Tata, estaba muy infatuada con la canción : *Mon frère pompe, pompe, pompe, car il est pompier,* é iba á pedir á Janoty que le compusiese para la nueva obra un tema como el de *Mon frère pompe, pompe, pompe,* sin ser el mismo. Cabalmente nuestro maestro tiene el talento que exige esa clase de transposiciones, y hubiera podido servir á pedir de boca á una Patti de mal humor. Colette fué quien le abrió la puerta; estaba mondando legumbres con toda escrupulosidad, y llevaba en la mano una rodilla.— «Anúncieme V.», le dijo Tata, soltando su retahila; y Colette, que no es orgullosa, la anunció. Tata estaba tratando de deslumbrar á Janoty, mariposeando alrededor de sus ojos estúpidos y haciéndole ver las estrellas, cuando empezó á caer una de esas lluvias que en el mes pasado estropearon tantos sombreros y abrieron tantas rosas. «¡Ay, Dios mío! ¡Qué modo de caer agua! (dijo la Tata.) Mande V. á la muchacha á buscar un coche.»

Janoty tenía una bonita ocasión para mostrarse hombre animoso ó siquiera caballero, diciendo : «Yo no tengo criada; es mi mujer». Pero fué cobarde, y respondió : «¡Con mucho gusto!». En esto entra, dando vueltas á los pulgares, en el comedor que servía de recibimiento, y donde Colette seguía limpiando la verdura con más ahinco que nunca, raspa que te rasparás, como una mujercita de su casa.

—Ya habrás visto (murmuró); la señorita Tata trae

vestido de raso y zapatos de raso, y está lloviendo á cántaros ; si tú fueses tan buena que quisieses ir....

—¿Á buscar un coche? (concluyó Colette, lanzando á su marido una mirada llameante, que hubiera debido hacerle meterse siete estados debajo de tierra). ¿Á buscar un coche? Pero, ¿como no? ¡En seguida!

Allá fué, calándose el único par de botinas, y hasta tomó la moneda de veinte sueldos que la gran Tata le puso en la mano como propina. Á partir de ese instante, Janoty debió sentirse satisfecho, si era curioso, porque, sin salir de su casa, pudo asistir diariamente á una pantomima en cien cuadros y con mutaciones á la vista, más rara que la de los Funámbulos. Conoció la sopa helada y el vino recalentado, vió sustituida la lámpara por una vela que se corría, y en el momento de sentarse á la mesa se encontró reemplazada la comida por un trozo de embutido servido en un papel. Colette, que poco antes se levantaba al rayar el alba, necesita que la saquen del brazo á las once, y sale suspirando : «¡Calla! ¿Es que es de día?» Esa casita tan reluciente en otro tiempo, donde en vano se hubiese buscado una mota de polvo, parece una ciudad de Italia tomada por los vándalos. Hay telas de araña en los platos, y cacerolas encima del reloj; no hay botones en la ropa de vestir ni en las camisas ; en cambio, ¡vaya una de puntos en los calcetines! Pero eso no es nada todavía. Janoty pertenece á la escuela de la melodía, es decir, que expresa la pasión á la manera de *Yo tengo buen tabaco,* del *Minué de Exaudet* y de *María, moja el pan en la salsa.* Antes de su crimen, Colette fomentaba esa manía ; pero ahora ha tirado la careta y ha echado los trastos á rodar. ¡No toca más que Wagner!

Sus manos crispadas despiertan los huracanes sonoros ; el piano está lleno de Tanhausers, de Valkirias, de Rheingolds y de crepúsculos de los dioses ; de su seno surgen mujeres-cisnes, Venus encastilladas en sus fortalezas y caballeros matadores de monstruos, cubiertos de armaduras de oro esmaltadas de lagartos azules. En medio de esos tumultos, Janoty cree ver al irónico Ber-

lioz, con su nariz de papagayo, subido en un estante de su biblioteca, y lanzándole una maldición reforzada con platillos. Ve también al escuálido Wagner, con calzón de damasco color de azufre y bata color de rosa, desplegando alas de murciélago para llevárselo á algún Brocken infernal. Cuando se aprieta la frente con desesperación y dice: «Esa música me da dolor de cabeza», Colette responde con dulzura: «¡He ido á buscar el coche!» Y esta frase ha pasado á ser el estribillo de todos los diálogos. «Colette, la sopa está fría.—He ido á buscar el coche.—Mi camisa no tiene ya ningún botón.—He ido á buscar el coche.—No me amas ya, ya no me abrazas.—No, amigo mío; pero he ido á buscar el coche.»

Inútil es decir que Colette empezó por colmar los deseos del poeta negro como un zapato; pero á bien poco le dió tantos sucesores como ojos de lapizlázuli tiene la cola de un pavo real. En fin, ha resuelto operar á Janoty batiéndole las cataratas. Ha ido al baño á la hora á que no hay baños; ha ido á cuidar á tías, muertas hacía treinta años; se ha convidado á la comedia en todos los teatros donde no había función. Claro que los vestidos de cincuenta francos el metro le han nacido en el cuerpo naturalmente, como las alas en las espaldas de los ángeles; los diamantes y las piedras preciosas se han encendido espontáneamente en sus oídos y en su garganta, y los cajones se han llenado por sí mismos de camisas de batista con encajes y de cajas de guantes de treinta botones. Á pesar de todo, á Colette le ha parecido que no ha puesto bastantes puntos sobre las *íes,* y ha añadido otros.

Se ha presentado en pleno *boulevard* de día y de noche, por la mañana y por la tarde, á la luz del sol y á la del gas, con amantes jóvenes, viejos, altos, bajos, feos, divinos, de todas clases; se ha sentado á las mesas de los cafés; se ha paseado en carretela descubierta; ha comido en las mesas de los *restaurants,* y, al volver á su casa, ha dejado las cartas amorosas tan bien abiertas, que, al fin y á la postre, su marido ha acabado por en-

trar en escama. Una vez movido por el aguijón de los celos, ha leído las cartas, seguido los coches, tomado informes en el barrio y en otras partes, y ha llegado un día en que ha sabido de corrido su propia historia. Ha acumulado pruebas, ha escrito notas, ha reunido legajos, y, ya en posesión de todo ello, ha hecho sentarse á Colette, como Augusto á Cinna, y entonces ha declamado una acusación en regla, empezando por estas palabras: «¡Señora, me ha engañado V.!» Una vez en el disparadero, lo ha dicho todo, los números de los gabinetes, los nombres de los amantes y los de los alquiladores de coches, ¡y lo demás! Durante el discurso, Colette estaba fresca y lozana como una rosa, alegre como unas pascuas, risueña como una mañanita de Abril; y como Janoty siguiese enumerando sus calaveradas, mezclando las actitudes nobles con los sollozos, y reconviniéndole haber convertido en una criba el contrato de matrimonio á fuerza de alfilerazos, ella ha respondido con una alegría inalterable:

—«Verdad, querido mío, todo eso es exacto, pero.... ¡he ido á buscar el coche!»

Teodoro de Banville.

JULIANA DE KRÜDNER

Al estudiar, con motivo de sus producciones, la fisonomía y el carácter de individuos contemporáneos, plácenos á veces descubrir los rasgos que en ellos predominan de las edades pasadas, y el momento social á que deberían referirse como para situarlos en su verdadera luz. Semejante figuración, no violentándola, tiene sus ventajas, porque sucede lo que con un cuadro: que se comprende mejor alejándonos nosotros para contemplarlo desde diversos puntos de vista, ó variando su colocación, ya subiéndolo, ya bajándolo poco á poco, hasta acertar con la verdadera perspectiva. Así como Mme. de Souza, por ejemplo, parece una mujer del siglo XVIII, y Mme. Duras,—no obstante representar de cerca la restauración bajo sus mejores colores,—por su vida, por la elegancia de sus páginas, por sus apasionados sentimientos seguidos de reminiscencias cristianas, y por su muerte, evoca en una lontananza poética algo de los más conmovedores destinos del siglo XVII; así también, al contemplar á Juliana de Krüdner con su aureola mística, con su blancura vaporosa, con la vaga y dorada luz desde la cual nos sonríe, nuestra vista y nuestras conjeturas la transportan mucho más allá de nuestro siglo y de los dos precedentes. Es como una santa de la Edad Media aparecida en nuestros días, una santa del Norte, del siglo XIII, una

Santa Isabel de Hungría, ó bien alguna hermana del Gran Maestre de los Caballeros de la Espada, que, atraída al Rhin desde el fondo de su Livonia, y partícipe durante cierto tiempo de los deleites de las cortes, después de haber amado é inspirado á los ilustres *minnesinger* de la época, después de haber hecho á su vez algún romance como un poeta del Wartzburgo, ó, mejor, habiendo querido imitar á nuestro Chrestien de Troyes ó á cualquier otro famoso trovador en rima francesa,—en la lengua *más deleitable* de entonces,—hubiese vuelto finalmente al seno de Dios y á la penitencia, hubiese renegado de todas las ilusiones y seducciones que la rodeaban, hubiese predicado contra Thibaut, consolado de las calumnias y santificado á Blanca, entrado en una orden estrecha y cual otra Santa Clara, siguiendo las huellas de un San Francisco de Asís, hubiese removido, como él, multitudes, y hablado á los pájaros en el desierto.

He ahí, en efecto, á Juliana de Krüdner, tal y como hubiera debido venir para cumplir todo su destino, para no ser únicamente una novelista encantadora y á poco una iluminada que hace sonreir; para no fracasar, como le ha sucedido, en esa segunda parte de su papel y de una vida que quiso consagrar sin reserva á Dios, á la caridad, á la obra de la santa palabra, á la salvación y regeneración del mundo. Pero ¿qué remedio? Había nacido en plena mitad del siglo XVIII; los descendientes del Orden Teutónico se habían hecho luteranos; luterana, pues, y mujer, además, de un embajador, tuvo que pasar por toda esa vida mundana de escepticismo y de placeres; y cuando se sustrajo á ella, cuando el fuego de los acontecimientos públicos inflamó ese alma tan ferviente, encerrada en tan frágil envoltura, y creyó llegada la hora de profetizar, de anatematizar y consolar, según los casos, resultó que muy pocos la entendieron; que fué como la profetisa estéril de Ilión reducida á cenizas; que aun aquellos á quienes había subyugado un instante la fogosa elocuencia de su corazón, como el polvo disperso que la nube eléctrica levanta, pasada la nube volvieron á caer;

y que ella misma, sin norte fijo, sin disciplina, sin tradición, agitada por el soplo ardiente de las catástrofes, sin haber entrevisto más que resplandores, perdió inmediatamente el rastro del porvenir, y murió en una Crimea, sin dejar nada, sin servir de nada, pobre copo de nieve, traído y llevado por el aquilón, un simple relámpago y un grito más en la vasta tormenta!

El último límite en que se concibe la posibilidad de una figura, como la de Juliana de Krüdner, con la integridad de sus facultades y toda la armonía de su desarrollo, es el fin del siglo XVI ó el comienzo del siglo XVII. Entonces, como Santa Teresa, y como algo después Mme. de Chantal, hubiese podido encontrar apoyo todavía en una de las columnas subsistentes del gran edificio conmovido del catolicismo ; hubiese reabierto una nueva senda monástica en el camino aún indicado de las sagradas profesiones; hubiese tenido, en sus momentos de vértigo y ofuscación, esos sabios y seguros doctores de las almas, un San Francisco de Borja, un venerable Pedro de Alcántara, un San Francisco de Sales. No le habría yo aconsejado que viniera más tarde, ni aun en tiempo del adorable Fénélon, que ya hubiese abundado más de lo justo en su sentido y acariciado quizá sus quimeras. Pero, en nuestros días, ¿qué hacer? ¿dónde estuvieron sus guías? Débil mujer en sus más hermosos anhelos, vaso de amor desbordado, ¿dónde bebió su doctrina? Caña parlante , pero agitada por todos los vientos encontrados, ¿á quién pedía el soplo puro de la palabra? Yo escudriño y no encuentro á su lado ni la sombra siquiera de un Fénélon; no veo más que apóstoles de circunstancias. Estréchesela á cuestiones, apúresela á preguntas sobre los medios, sobre el objeto, sobre la tradición legítima y y el símbolo, y la veréis quedarse parada, perder la espontaneidad de su elocuencia y volverse con aire interrogador á M. Empeytas.

Sin embargo, para nosotros, que hemos de mirarla especialmente como autora de una obra deliciosa, es bastante completa ; y la misma imperfección, la falta de com-

plemento de su destino truncado, es un nuevo aliciente novelesco. Puesto que no ha sido una santa, *Valeria* sigue siendo su título principal, aquel en cuyo derredor gira su vida, de grado ó por fuerza. Sin tratar ya, pues, de transportarla en idea fuera de los términos lejanos del horizonte, veamos y examinemos lo que le fué lícito ser en el día en que vivió.

Nacida en Riga, á orillas del Báltico, hacia el año en que Mme. de Staël nacía en Francia, Juliana de Krüdner, hija del barón de Wietinghoff, uno de los grandes señores del país, y de una familia cuyo nombre había ilustrado recientemente el mariscal de Münnich, tuvo una primera infancia como la que se ha complacido en pintarnos en los recuerdos de su *Valeria*. Crióse en un principio en el seno de una naturaleza pintoresca y agreste: aquel encantador laguillo en donde el viento lanzaba á veces las piñas de los pinares, y por donde ella dirigía, jugando, una barca ligera; aquellos serbales, amigos de los pájaros; aquellos abetos piramidales poblados de ardillas que se miraban en las ondas; aquellas quejas de los juncos; aquellos rayos de luna que hacían palidecer los abedules: tal fué el fondo del cuadro para siempre querido donde surgieron sus inocentes y ya apasionados sueños. No tardaron en juntarse á esas influencias las elegancias del mundo y de la sociedad. La alta nobleza del Norte se sentía á la sazón arrastrada por un atractivo irresistible hacia París, hacia esa Atenas de las artes y de los placeres. Príncipes y reyes se honraban yendo á pasar á ella algunos instantes, para graduarse, por decirlo así, de espíritus cultos y superiores. Sus embajadores eran, por su parte, uno de los ornatos esenciales de la filosofía y de la conversación francesa: se recuerda el pie de distinción en que allí vivían el barón de Gleichen, embajador de Dinamarca, y el de Suecia, barón de Creutz. Cuando la joven livonesa fué á París, pudo ver la continuación de esa sociedad. Casada á los diez y ocho con el baron de Krüdner, su pariente, que, aunque joven todavía, le llevaba buen número de años, nunca parece

que se ocupó de él, salvo para hacer su pintura, algo idealizada, al retratar al *Conde,* esposo de Valeria. Eso era entonces cosa corriente en las costumbres del mundo elegante: el marido daba á la mujer un nombre definitivo y una posición social cómoda y ventajosa; no pretendía él mucho más que tal honor, y, á no ser por eso, nadie se acordaba del santo de su nombre en la vida de la mujer célebre. Se le columbraba á lo sumo de perfil, ó vuelto de espaldas, en un rincón de la consabida novela. El barón de Krüdner, embajador de Rusia en diversas cortes de Europa, fué introduciendo en ellas la persona que nos ocupa, y que en todas partes arrebataba, encadenando á su paso los corazones.

Los pormenores de su primera vida están ya harto lejos. Había cumplido los veinte años antes de empezar la Revolución francesa; sin ninguna celebridad aún, ni pretensiones literarias, era simplemente una mujer de moda; cuanto pudiera inspirar entonces su gracia y su ingenio, y cuanto pudo sentir su alma, no ha dejado sino leves vestigios, como ella. Inútil y enojoso sería buscarlos en ninguna parte más que en *Valeria,* que concentra, como un espejo, todos sus rayos más puros.

No parece que la Revolución francesa alterase, al estallar, la vida y el corte aún enteramente mundano de la que tanto había de exaltarse después con los acontecimientos finales. La voz de sus pasiones, de sus afectos y alegrías sonaba todavía demasiado en esa edad feliz, para que oyese otra cosa. Á fin de servirme de una expresión de *Valeria,* la parte profunda de su alma era como esas fuentes cuyo rumor se pierde en medio del bullicio y de los demás ruidos del día, y que sólo se destaca al acercarse la noche. Á pesar del 89, á pesar del 93, cuando ya se percibían distintamente voces proféticas y bíblicas, cuando Saint-Martin, menos desconocido que antes, escribía su *Éclair,* cuando De Maistre profería sus primeras amenazas, cuando Mme. de Staël, hablando de *sentimiento,* llegaba á poderosas explosiones de elocuencia poética, parece que Juliana de Krüdner no había

dejado de ver en ese París, que tratará de Nínive finalmente, una perpetua Atenas.

Á lo más, una carta, escrita desde Leipzig en Febrero del 93 á Bernardino de Saint-Pierre, prueba que, durante los catorce últimos meses, algunos grandes dolores personales, como la muerte de su padre, y quizá cierta herida secreta de otra índole, junto con el clima de Livonia, habían causado en ese organismo nervioso una conmoción de que al cabo empezaba á reponerse. «La fiebre que me abrasaba la sangre—dice—ha desaparecido ; ya no se me resiente la cabeza, como antes, y de nuevo tornan la esperanza y la salud á mi alma agitada por amargas penas y terribles tempestades. Sí: la naturaleza me ofrece otra vez sus dulces y consoladoras distracciones ; ya no aparece á mis ojos cubierta de un velo fúnebre.... Al recuperar mis facultades, al recobrar mis recuerdos, mi pensamiento á volado hacia V..... ¿Qué es de su vida en momentos de perturbaciones tan universales?» Esta es la única frase de la carta que hace alusión á la marcha de los acontecimientos públicos. El barón de Krüdner desempeñaba entonces en Dinamarca su cargo de embajador. La esposa, de acuerdo con él, debía habitar en Leipzig , con motivo de la educación de su hijo. Pero su primera mirada, no bien renaciente su vida moral, se dirigía hacia el autor de *Pablo y Virginia* (de Virginia, que sería un día una hermana para Valeria) y hacia París.

Allí vuelve, después de varios viajes por Europa, en 1801, en ese momento de paz y de renacimiento brillante de la sociedad y de las letras. Todavía era bastante joven, bella y de una gracia deliciosa : pequeña, blanca, rubia, —tenía esos cabellos *de un rubio ceniciento que no pertenecen más que á Valeria,*—con ojos de un azul profundo, voz tierna, un hablar lleno de música y dulzura, que es el encanto de las mujeres livonesas, y un valsar embriagador, admirado. Sus trajes no sentaban á nadie más que á ella; su imaginación los combinaba sin cesar, y ha dejado traslucir algunos de sus secretos. Recuérdese

el baile del chal y aquel tocado que ostenta Valeria, adornando el rubio cabello con primorosa guirnalda azul de malvas. Así me la imagino siempre, entrando de pronto en un sarao espléndido en el momento en que se deja oir la voz de Garat : todos se vuelven al rumor aéreo de sus pisadas ; se creía oir la Música misma.

En París, donde acababa de aparecer *Renato,* y en Berlín, adonde volvió en seguida, y donde recibía todos los correos nuevas cajas de adornos; allí, mientras Mme. de Staël publicaba en Francia *Delfina,* la baronesa de Krüdner, reuniendo recuerdos ya antiguos, y quizá también páginas escritas precedentemente, se puso á componer su *Valeria.*

Valeria apareció en París el año XII (1804), sin nombre de autor. Cuando Mme. de Staël, en plena celebridad, y calurosamente acogida por la escuela francesa del siglo XVIII, empezaba á inclinarse hacia Alemania, la baronesa de Krüdner, desde el seno de la patria alemana, y á pesar de la literatura de ese país, tan gloriosa entonces, no tenía ojos más que para el nuestro. En esa lengua preferida nos enviaba una obrita maestra, donde las tintas del Norte venían á enriquecer y ensanchar, sin confusión ninguna, el género de las La Fayette y de las Souza. Después de Saint-Preux, después de Werther, después de Renato, supo ser, juntamente, de su país y del nuestro, é introducir su melancólica Escandinavia en un estilo verdaderamente francés. Gustavo, en lo más fuerte de su delirio amoroso, escribe en su diario : «Llevo en mi compañía algunos autores favoritos ; tengo las odas de Klopstock, tengo á Gray y á Racine. Leo poco, pero me hacen soñar en algo más allá de la vida....» Nótese bien : Gray, y, sobre todo, Racine, después de Klopstock ; cosas que se equilibran y templan. La inspiración germánica, en efecto, por sentimental que sea, corrígese al expresarse en *Valeria* más que en Mme. de Staël, y siempre acaba, por decirlo así, con cierto gusto y en cierta forma discreta y francesa. Lo que, en su origen, se hubiera convertido fácilmente en una oda de Klop-

stock, llega á nosotros en algunos sonidos del lenguaje de *Berenice*.

Delfina es sin duda un libro lleno de poder, de pasión, de detalles elocuentes; pero el conjunto deja mucho que desear, y el lector se ve frecuentemente desconcertado y confundido, á medida que avanza. Al contrario, los libros hechos fielmente con sujeción á su propio pensamiento, y cuya lectura va componiendo en el espíritu como un cuadro continuo desarrollado hasta la última pincelada, sin que se rompa el lápiz ni se confundan los colores, esos libros, sea el que quiera su tamaño, tienen un valor artístico superior, porque son completos en sí mismos. Leía yo días pasados en una colección inédita de pensamientos: «La facultad poética no es otra cosa que el don y el arte de presentar *en flor* todo sentimiento verdadero, según su medida, desde el lirio real y la dalia hasta la margarita». Lo que se dice aquí de la poesía, puede aplicarse propiamente á toda obra creada y compuesta donde se refleja la idea de lo bello. *Eugenio de Rothelin* es ciertamente un cuadro de menores dimensiones, y, si se quiere, de menor *alcance* que *Delfina*, pero es una obra maestra en su género y en su límite. Un brillante riachuelo de aljofaradas ondas, bien recogido, y deslizándose por un lecho de menuda arena bajo una atmósfera transparente, tiene su precio; y, como belleza, es superior, á los ojos del pintor, al río más ancho, más desigual, quebrado, y repentinamente cenagoso ó brumoso. Si nos remitimos á los maestros, Juan Jacobo, para recomendar la cuarta parte de *La Nueva Eloísa* por sus delicadezas de sentimiento, no se ha desdeñado de compararla con *La princesa de Cléves*, y parece mirar esta última como modelo. Hacía bien en creerlo, y á estas horas más sobrevive quizá, por su encanto, si no por su vigor, *La Princesa de Cléves*, que *La Nueva Eloísa*. De la propia suerte, *Eugenio de Rothelin*, *Valeria* y *Adolfo* son obras de calidad y precio muy superiores á su tamaño. Esto, aparte de que *Valeria*, por lo que hace al orden de sus pensamientos y sentimientos, no es inferior

á ninguna novela de composición más vasta; pero sobre todo conserva espontáneamente la debida proporción, la verdadera unidad; posee, como la persona de su autora, el encanto indefinible del conjunto.

Tiene *Valeria* aspectos durables al par que cosas de moda cuyo tiempo ha pasado. Ha habido en la novela talentos muy notables que no han alcanzado más que éxitos vitalicios, y cuyas producciones, ensalzadas al pronto, se han desvanecido algunos años después. Mlle. de Scudéry y Mme. Cottin, no obstante el gran espíritu de la una y la animación patética de la otra, han hecho su tiempo. No hay una de sus obras que pueda leerse, si no es por curiosidad, para conocer las modas de la sensibilidad de nuestras madres. Lo mismo sucede con Mme. de Montolieu: *Carolina de Lichtfiel,* que tanto arrebataba al principio á los quince años, no puede leerse por segunda vez, como tampoco *Clara de Alba; Valeria,* al contrario, encierra un fondo duradero y eternamente conmovedor; es una de esas obras que pueden leerse hasta tres veces durante la vida, á diversas edades.

La situación de esa novela es sencilla, la misma que en *Werther :* un joven que se enamora de la mujer de su amigo. Pero se barrunta aquí, al través del disfraz y la idealización, una realidad particular, que da al relato vida no prestada. Werther se mataría, así no amase á Carlota ; se mataría por lo infinito, por lo absoluto, por la naturaleza ; Gustavo no muere realmente sino por amor á Valeria. El nacimiento de ese amor, sus progresos, ese soplo de todos los sentimientos puros que á él conspiran, llenan cumplidamente toda la primera mitad de la obra : escenas variadas y graciosas imágenes expresan y figuran de un modo feliz esa situación de un amor devorador y borrascoso, al lado de una amistad inocente que lo ignora. Así, cuando Gustavo, que no ha ido al baile de la Villa-Pisani, en Venecia, oye la música al pasar junto á un pabellón, y, subido en una gran maceta de flores, se acerca á la ventana para mirar ; cuando asiste desde fuera al maravilloso baile del chal bailado

por Valeria, y, finalmente, embriagado y fuera de sí á la vista de la joven que se aproxima á la ventana, pega los labios al cristal que toca por dentro el brazo de la que adora, á él le parece respirar torrentes de fuego, mientras que ella no ha sentido nada, no ha notado nada. ¡Qué símbolo más perfecto de sus destinos y de tantos destinos más ó menos semejantes! ¡Un simple cristal entre los dos : á un lado, fuego abrasador ; al otro, afectuosa indiferencia! —Así también, cuando, en el día del Santo de Valeria, estando el Conde á punto de reñirla, Gustavo envía un niño á felicitarla, y recuerda al Conde de ese modo que no debe afligirla en tal día, Valeria se conmueve, besa al niño y lo envía de nuevo á Gustavo, que le besa en el mismo sitio de la mejilla, y encuentra en él una lágrima : «Sí, Valeria (exclama interiormente); tú no puedes enviarme ni darme más que lágrimas». Esa misma idea de separación y de duelo, ese anillo nupcial que siente en el dedo de Valeria siempre que le estrecha la mano, reaparece bajo una forma nueva en cada escena conmovedora.

El retrato de Valeria pasa y repasa sin cesar al través de todo eso, en diversas situaciones y actitudes, sonriente, triste, móvil, y como amorosamente repetido por mil espejos fieles.

El segundo volumen degenera á veces en lo novelesco: creo notar que allí empieza la *invención*. Y es que el fin de esas novelas íntimas, sacadas de los recuerdos, casi nunca conforma con la realidad. Son novelas verdaderas á medias ó en sus tres cuartas partes; pero es menester continuarlas y acabarlas idealmente, lo cual exige atención extrema para que no dejen de parecer naturales. Hay que hacer morir de la manera más verosímil al héroe, cuando él vive medio curado en alguna parte, en Baden ó en Ginebra. Existe un pasaje en la segunda mitad, en que Gustavo, próximo á abandonar á Valeria, y estando hablándole con turbación, se hiere de pronto en la frente al apoyarse en una ventana : una herida un poco ilusoria y convencional; el más delicado de los amantes no llegaría á herirse así. Algo después, Gustavo, pasando de no-

che cerca del cuarto de Valeria, castamente dormida, no puede resistir al deseo de mirarla una vez más, y le oye murmurar en sueños las palabras *Gustavo* y *muerte;* es un sueño novelesco de rúbrica, fábula sentimental pura, color de 1803. Felizmente, la verdad de la situación de Gustavo no tarda en recobar sus fueros. Uno de los pasajes mejor sentidos es aquel en que Valeria, asustada ligeramente durante un paseo en góndola, se lleva con familiaridad al corazón la mano de Gustavo; pero al menor susto serio se precipita en el seno del Conde : «¡Oh! ¡Qué bien comprendí entonces toda mi nada, y todo lo que nos separaba!» Cuando Gustavo se marcha á las montañas, solo con su herida; cuando, durante los meses de otoño que preceden á su muerte, se embriaga locamente con sus sueños en medio de furiosas tormentas; cuando casi se convierte en Renato, ¡qué pronto se distingue de él y vuelve á ser el mismo, merced á esa graciosa imagen del almendro, con el cual se compara—del almendro desterrado en medio de una naturaleza demasiado vigorosa, y que, á pesar de todo, ha dado flores que el viento lanza dispersas al precipicio!—¡Cómo reaparece aquí aquella frágil y tierna adolescencia arrojada al borde del abismo; aquella alma amable, mística, ossiánica, pariente de Swedenbourg, amante del sacrificio; aquel joven que, como Renato, ha pasado de su edad sin haber acertado á poseer su espíritu, su felicidad, ni sus defectos; pero á quien el Conde, con voz menos austera que el P. Aubry para Chactas, invitaba á buscar sólo esos dulces afectos que son las gracias de la vida, y que funden en un todo nuestra sensibilidad y nuestras virtudes!.... Gustavo, que en ciertos momentos de su estudiada soledad se acerca tanto á Werther; que hasta iguala esa voz elocuente y poética en aquella especie de himno en que exclama : *Me paseo por estas montañas perfumadas de espliego....,* también se distingue de él á tiempo y subsiste el mismo, al rechazar la idea de herirse, piadoso, inocente y puro hasta en su extravío, dando gracias hasta en su desesperación. En

suma : Gustavo consigue dejar realmente en el alma del lector, como en la de Valeria, lo que él más ambiciona, *algunas lágrimas no más,* uno de esos recuerdos que duran toda la vida, y que honran á los que son capaces de tenerlos.

M. Marmier, que ha escrito páginas sentidas sobre la baronesa de Krüdner, ha notado muy bien en *Valeria* cierto número de pensamientos profundos y religiosos, que permiten ya entrever á la mujer del porvenir bajo el velo de las primeras elegancias. También yo quiero citar algunos pasajes que son presagios :

«Su cuerpo delicado es una flor que el más ligero soplo hace inclinar, y su alma fuerte y animosa arrostraría la muerte por la virtud y el amor.»

«.... No,—prosigue,—no es verdaderamente irresistible la belleza sino cuando nos explica algo menos pasajero que ella misma, cuando nos hace meditar en lo que constituye el encanto de la vida, más allá del momento fugitivo en que nos seduce ; es menester que el alma siga encontrándola, luego que los sentidos la han percibido bastante.»

«Tú lo sabes, amigo mío,—escribe á Gustavo,—necesito amar á los hombres ; los creo en general estimables ; y si así no fuese, ¿no estaría destruída hace tiempo la sociedad? En el universo persiste el orden ; lo más fuerte es, pues, la virtud. Pero el gran mundo, esa clase á que tanto separan del resto de la humanidad, la ambición, las grandezas y la riqueza, el gran mundo me parece una palestra erizada de lanzas, donde teme uno ser herido á cada paso ; la desconfianza, el egoismo y el amor propio, enemigos naturales de todo lo grande y bello, velan sin cesar á la entrada de esa palestra, y dictan dentro leyes que ahogan los movimientos generosos y simpáticos que elevan el alma, que la hacen mejor, y, por consecuencia, más feliz. Yo me he preguntado frecuentemente á qué causas se debe el que cuantos viven en el gran mundo acaben por detestarse unos á otros, y mueran casi todos calumniando la vida. Existen pocos malos ; los que no

son refrenados por su conciencia lo son por la sociedad; el honor, ese arrogante y delicado producto de la virtud, guarda las avenidas del corazón, y rechaza las acciones viles y bajas, como el instinto natural rechaza las acciones atroces. Cada uno de esos hombres, separadamente, ¿no tiene siempre algunas buenas prendas, algunas virtudes? ¿Qué es, pues, lo que produce esa multitud de vicios que nos hieren sin cesar? ¡Es que la indiferencia por el bien es la más peligrosa de las inmoralidades!....»

Como se ve, la baronesa de Krüdner, al sustituir la experiencia de Gustavo por la suya, se expresa ya en esa página con la seriedad de sus futuras predicaciones. En ella denuncia una llaga que no afecta sólo al gran mundo, sino al mundo entero, esa antigua llaga de Pilatos que Dante castigaba con el *infierno de los tibios,* y que tantos innovadores generosos, comenzando por la autora, se han fatigado en denostar en nuestros días.

El estilo de *Valeria*, como las escenas que traza, tiene algunos falsos colores de la moda sentimental del tiempo. Á mí no me enamora, v. gr., que el Conde envíe, para la tumba de su hijo, una hermosa lápida de mármol de Carrara, *color de rosa* (dice), *como la juventud, y veteada de negro, como la vida.* Pero son raras esas faltas de gusto, lo mismo que algunas locuciones viciosas, que corregiría un tachón de la pluma. En conjunto, es excelente el estilo de ese libro encantador, atendida la poca severidad del género ; tiene la medida, el ritmo, la vivacidad del giro, un perfecto y perpetuo sentimiento de la frase francesa.

El éxito de *Valeria* fué prodigioso en la alta sociedad de Francia y Alemania. En el interminable fárrago titulado *Misceláneas militares, literarias y sentimentales* del príncipe de Ligne, hay una continuación de *Valeria,* que no es más que una broma de ese hombre de ingenio. No habiendo podido cenar en su casa—dice—la encantadora princesa Sergia Galitzin, de afligida que la había puesto la lectura de *Valeria,* quiso él arreglar las cosas para el día siguiente enviándole un desenlace tranquiliza-

dor en que Gustavo resucita. Es una parodia, cuya sal, harto ligera, se ha evaporado hace tiempo. Por lo demás, en las regiones poéticas alemanas no se agradeció mucho á la baronesa de Krüdner el abandono de su lengua por la francesa, y el mismo Goethe se ha dolido en alguna parte de que se pasara á Francia una mujer de ese talento.

Sin embargo, el movimiento teutónico de reacción contra Francia, ó, por lo menos, contra el hombre que la tenía en sus manos, iba á ganar bien pronto á Juliana de Krüdner, y á arrastrarla gradualmente hasta los extremos en que cayó á la postre. Ya en *Valeria* hay indicios de alguna oposición al Cónsul, á propósito de las reflexiones del Conde sobre los cuadros y las estatuas de los grandes maestros, que es preciso ver en la misma Italia, bajo su cielo y que sería absurdo arrancar de su sitio. La muerte del duque de Enghien agregó la indignación á esas primeras prevenciones. La estancia en Berlín, la intimidad con la reina de Prusia y los acontecimientos de 1806 pusieron el colmo; hacia ese tiempo, y creo que en Suecia, en medio de una vida plenamente brillante aún, pero á la edad en que huye para siempre la juventud, fué cuando se operó una revolución en el espíritu de la baronesa de Krüdner; cuando la tocó un rayo de la gracia, según decía ella, y se volvió hacia la religión, aunque al pronto con matices ligeramente humanos, y sin aquel carácter absoluto y profético, que no se pronunció hasta más tarde. En el segundo tomo de las Memorias de Mlle. Cochelet, y destacándose en medio de páginas muy insulsas, puede verse una admirable carta suya, fechada en Riga el mes de Diciembre de 1809, que marca perfectamente la disposición á que se inclinaba entonces aquel alma maravillosa. Si todavía no profetizaba, predicaba ya á sus amigos con todo el celo y con toda la obsesión de una santa ternura. Su cristiana influencia sobre la reina de Prusia, su adhesión sin límites á ese heroico y conmovedor infortunio, y los consuelos y esperanzas bienhechoras de que la rodeó, cosas son de sobra sabidas. Parece que en esa época había com-

puesto otras obras, que no llegaron á publicarse nunca; en su carta á Mlle. Cochelet cita una *Otilde,* en que parece quiso pintar la abnegación caballeresca de la Edad Media. «¡Oh! ¡cuánto le gustaría esta obra!—escribe candorosamente.—Ha sido hecha con el cielo; por eso me atrevo á decir que encierra bellezas.» Al colocarse así en la Edad Media, en los horizontes de la cruzada teutónica y cristiana, Juliana de Krüdner parecía volver por instinto á sus orígenes naturales.

Un gran poeta, el Tasso, propenso á la ilusión como la baronesa de Krüdner, é idealmente conmovedor como ella, debió, en mi sentir, sugerirle para su cuadro algunos tonos de la misma armonía, y me figuro que esa *Otilde* pudo concebirse y escribirse á imagen de Clorinda bautizada.

Juliana de Krüdner pasó esos años de transición recorriendo Alemania, tan pronto en Baden, con nuevas veleidades mundanas, como visitando á Hermanos moravos, ó escuchando en Carlsruhe al iluminado Jung Stilling, y predicando con él á los pobres. Trabajaba por elevarse, por desprenderse más cada vez, según su nuevo lenguaje, de los pensamientos de los *hombres del torrente,* pero cambió en realidad menos de lo que creía. Si de la conversión á Dios de algunas almas tiernas ha podido decirse: *Es amor después de todo,* parece que la frase debió hacerse expresamente para ella. Á esos nuevos senderos y á ese *camino real del alma,* como decía la baronesa con Platón, llevaba toda la sensibilidad y toda la imaginación afectuosa de su primer modo de ser y como la seducción de su primera manera. La necesidad inagotable de agradar se había trocado en una necesidad inmensa de amar, subsistiendo y perpetuándose la una en la otra (1).

(1) Cuéntase (y era esto ya en los años de conversión) que un hombre distinguido que iba frecuentemente á su casa, prendado de los encantos de su hija, que se parecía á ella cuando joven, se espontaneó, y habló un día á la madre de los sentimientos que hacía tiempo experimentaba y de esperanzas que no se atrevía á concebir. A esa perorata, bastante larga y premiosa, la baronesa tan pronto había respondido con un *sí* como

Los sucesos de 1815 acabaron de iluminar, de dibujar la misión que la baronesa de Krüdner se figuraba haber recibido; y aquel movimiento de la Alemania regenerada, que produjo tantos entusiastas guerreros, tantos poetas nacionales, tantos folletistas elocuentes, púsola también en su rango á ella, la Velleda evangélica, la profetisa del Norte. Amén del carácter religioso que toma, y que la distingue, lo que ofrece de particular su papel entre todos los entusiasmos teutónicos de entonces, es que se apoya más bien en el extremo Norte, en Rusia y en los pueblos del Aquilón, como ella dice, pueblos que asocia en su intimidad con un amor ardiente á Francia. Su fantasía excitada va á buscar el remedio y el renacimiento de la civilización aún más allá de la antigua Germania, en lo que era helada barbarie, que, según su sentir, ha venido á ser el manantial de la pureza perdida. Lo que anhela, lo que pinta en visión por contraste, es el desquite y la contrainvasión de Atila, esta vez para bien del mundo.

En 1814 estuvo en París, pero más en Suiza, en Baden, en el valle de Lichtenthal, adonde afluían tras sus huellas los pobres alimentados y consolados; en Strasburgo, en donde vió morir trágica y cristianamente al prefecto M. de Lézai-Marnésia, y en la aldea del *Banc-de-la-Roche* (Vosgos), fertilizada y edificada por Oberlin. Cuanto veía entraba en su inspiración y la fomentaba. No conocía aún al emperador Alejandro más que indirectamente, aunque ya lo llamase el *Salvador universal,* el *Angel blanco,* que sin cesar oponía al *Angel negro,* á Napoleón. La sola idea, la mera sombra del último, en cuanto hablaba de él, le producía el vértigo sagrado de las sacerdotisas: á todo el que llegaba predecíale su salida de la isla de Elba y los males que des-

guardado silencio; pero al final, cuando oyó el nombre de su hija, se desvaneció de repente: había creído que se trataba de ella.—Por supuesto, para entender bien, dentro de los límites debidos, ese resto de facilidad novelesca de Juliana de Krüdner al comienzo de su conversión, como también el decoro que conservó siempre en medio de sus inconsecuencias mundanas, no hay que olvidar su singular mezcla de ligereza y pureza livonesa, que lo explica todo. *(N. del A.)*

encadenaría. Su idea fija era el año 15, para cuya fecha próxima anunciaba la catástrofe y renovación de la tierra.

El año 1815, justificando una parte de sus predicciones, exaltó su fe y aseguró su influjo político. Había visto en Suiza al emperador Alejandro poco antes de los cien días, y encontrado en él una naturaleza completamente dispuesta. Ya se había comparado á ese príncipe con el otro Alejandro ó con Ciro; ella, rejuveneciéndolo todo, lo comparó á Jesucristo. Lo creía sinceramente sin duda; pero también andaba de por medio, y no venía mal, un resto de habilidad y de lisonjas mundanas. Al pronto fué inmenso su ascendiente. En cuanto llegó á París Alejandro, ella fué su habitual consejero. El Emperador salía del Elíseo-Borbón por una puerta de jardín para ir expresamente á su casa varias veces al día, y allí oraban juntos, invocando las luces del Espíritu. En aquella época confesó la Baronesa á un amigo que á veces le costaba trabajo reprimir sus accesos de vanidad, cuando pensaba en su omnipotencia sobre el Soberano más poderoso. En los primeros días de Setiembre de ese año se verificó una gran revista de las tropas rusas á presencia de Alejandro en las llanuras de Vertus, en Champaña. La baronesa de Krüdner, con los suyos, con su hija, su yerno y el joven ministro Empeytas que la dirigía, fué á instalarse cerca de allí en el castillo del Mesnil. Por la mañana fueron en su busca los coches del Emperador, y los honores que tributó á Mme. de Maintenon Luis XIV en el campamento de Compiègne, no superan á la veneración con que la trató el conquistador. No era la nieta del mariscal de Münnich, su súbdita favorita; era una enviada que recibía del cielo, y que él presentaba á sus ejércitos. Sin nada á la cabeza, ó con un sombrero de paja, á lo sumo, de que gustaba despojarse; con sus cabellos siempre rubios, partidos y colgando sobre los hombros, y á veces con un rizo echado sobre la frente; con su traje oscuro, de talle largo, elegante por su manera de llevarlo, y sujeto con un simple cordón, tal se la

veía en esa época; así llegó á esa llanura al apuntar la aurora, y así apareció en pie, en el momento de la oración, cual otro Pedro el Ermitaño, al frente de las tropas prosternadas. Á propósito de esa solemnidad escribió y publicó entonces un folletito con el título de *Campamento de Vertus;* allí se explican sus sentimientos y las magnificencias de sus deseos mejor que podríamos interpretarlos nosotros:

«.... ¿Quién no se ha dicho, al asistir á las llanuras de Champaña que presenciaron la derrota de Atila: «Otra »vara se ha roto?....» Es que jamás ha existido más que un solo crimen, el de querer pasarse sin el Dios vivo.... ¡Qué satisfechos han debido sentirse los inmensos anhelos de vuestro corazón, feliz Alejandro, cuando habéis visto, durante esa jornada celeste, en esas llanuras, donde hace seiscientos años vieron cien mil franceses, en presencia de un rey de Navarra, el suplicio de ciento ochenta herejes al resplandor de las antorchas fúnebres, cuando visteis, digo, á ciento cincuenta mil rusos dar una reparación pública á la religión del amor!.... ¡Ah! ¿Quién, al ver esa jornada del cielo, no ha vivido con nosotros en toda clase de esperanzas? ¿Quién, al ver á Alejandro bajo aquellos grandes estandartes, no ha pensado en todas las victorias de la fe, en todas las lecciones de la caridad? ¿Quién se ha atrevido á dudar que no debió él sentir altas inspiraciones, y decir con el Apóstol: «Las cosas viejas han pasado; todas las cosas se han »hecho nuevas?»

«¡Eh! ¿Quién no ha experimentado necesidad de algo nuevo en medio de tantas ruinas? Los hombres colocados por sus grandes luces en lo alto de la escala han visto esta época á la claridad que proyectaba sobre ella la majestad de las Escrituras.... La naturaleza la ha confiado á sus observadores; las ciencias la han compredido; la política, corrida de vergüenza, la ha presentido en sus caídas....

»Sí, todos, ora gozando de este gran secreto, todavía velado como Isis, ora temblando por temor de que se

desgarrara el velo de los tiempos, todos han tenido la esperanza ó el terror de esta época....

»¡Qué corazón, al ver todo esto, no ha latido también por ti, ¡oh Francia! en otro tiempo tan grande, y que volverás á salir más grande aún de tus desastres! ¡Francia, que has querido desterrar de tus consejos al Todopoderoso, y has visto caer de espanto brazos de carne, y quedar impotentes, á pesar de apoyarse sobre imperios!

»¡Decid á los pueblos asombrados que los franceses se ven castigados por su misma gloria; decid á los hombres sin porvenir que el polvo que se levanta vuelve á caer para ser restituido á la tierra de los sepulcros!

«¡Y tú, Francia primera, antigua herencia de los Galos, hija de San Luis y de tantos Santos que sobre ti atrajeron eternas bendiciones, pensamiento *(¿patria?)* de la caballería, cuyos ensueños han encantado al universo, vuelve toda entera, porque tu vida es inmortal! Tú no te hallas cautiva en los lazos de la muerte, como todo aquello que no ha tenido más dominio que el del mal para reinar ó servir.»

Y concluye señalando la cruz que se dejó en esos lugares como un altar magnífico que debe rehacerlo todo, y que dirá: «Aquí fué adorado Jesucristo por los héroes y el ejército caro á su corazón: aquí los pueblos del Aquilón pidieron la felicidad de Francia».

Esas páginas expresan claramente el sentido en que concebía y aconsejaba Juliana de Krüdner la *santa alianza*; pero aquel su sueño, que fué un momento el de Alejandro, se desconcertó y desvaneció á poco en presencia de los encontrados intereses y las ambiciones positivas, que dieron al traste con esas nobles quimeras. La especie de triunfo de la baronesa de Krüdner en el campamento de Vertus marcó el punto culminante y, por decirlo así, la cima luminosa de su influjo. Hubo serios temores, y se procuró alejarla del Emperador, y hacer de modo que la viese menos. Luego que Alejandro abandonó á Francia, la Baronesa perdió rápidamente en

su espíritu: la veneración piadosa que por ella sentía acabó en aversión y hasta en persecución.

Los que creen seriamente en la intervención de la Providencia en las cosas de este mundo, no deben reirse demasiado del papel y de la tentativa de Juliana de Krüdner; 1815 fué, á no dudar, un momento decisivo, y los espíritus religiosos deben estimar que el trance era bastante de prueba para suscitar su testigo místico y su profeta. La Baronesa no se engañó tanto en cuanto á la importancia de 1815 como en punto á las consecuencias que de allí auguraba. En esos momentos de universal crujir se diría que el ideal que hay detrás de este mundo terrestre se revela un instante y aparece rápidamente ante algunos ojos, hasta el punto de hacer creer que va á penetrar; pero en seguida se cierra la hendidura, y los ojos que habían visto un momento certera y profundamente, se equivocan al creer que siguen mirando los rayos desvanecidos, cuando ya sólo están llenos de su propia luz. La desgracia de ciertas almas, lo que perjudicó á la baronesa de Krüdner, es sólo quizá haber concebido el bien de las cosas humanas en un momento decisivo y terrible, en que bastaba positivamente un gran hombre para realizarlo. Pero faltó el hombre, y el que concibió el papel no fué ya más que un visionario. Y nosotros mismos, soñadores, ¿no decimos todos los días: «qué hubiera sido, si en 1830 hubiese habido en el gobernalle un gran corazón?» Si el noble, si el interesante, pero asaz frágil Alejandro, hubiese sido un verdadero Carlomagno, un monarca completamente al nivel de su fortuna, quedaba más justificada Juliana de Krüdner; pero entonces, ¿hubiera sido necesaria? Su mayor ilusión fué creer que cabe aconsejar é inspirar semejantes pensamientos allí donde ellos no germinan de suyo.

Después de todo, bajo una forma particular, en su vago lenguaje bíblico, pero con un sentimiento vivo y nuevo, ella no hizo otra cosa que entrever á su manera y proclamar temprano desde el seno de la borrasca política, esa llaga de la nada de la fe, de la indiferencia y de

la miseria moderna, que, con más ó menos autoridad, genio, ilusión y suerte, han sondeado, suavizado, exacerbado, deplorado y atormentado alternativamente todos los que en diversos sentidos tienden al mismo fin de la gran regeneración del mundo : Saint-Martin, de Maistre, Saint-Simon, Ballanche, Fourier y Lamennais.

Fuera de la política, el influjo de Juliana de Krüdner sobre París en 1815, su acción puramente religiosa, fué muy pasajera, pero no menos viva y asombrosa aun sobre aquellos en quienes no persistía. Todos los que la trataban con alguna frecuencia sufrían el encanto de su palabra, y se impregnaban del perfume copioso y siempre difundido de su espíritu. Podrían citarse multitud de ejemplos. La señora de Lézai-Marnésia, una joven encantadora que había visto perecer tan afrentosamente á su marido en Strasburgo, acudió en su dolor á la baronesa de Krüdner, y todas las noches participaba del mismo cilicio, esperando encontrar, mediante ella, alguna comunicación con el que había perdido, y que ya se revelaba á la santa amiga, más desprendida del mundo. En aquel castillo en que se alojó, cerca del campamento de Vertus, cuantos la rodeaban predicaban más ó menos á su ejemplo ; su hija y su yerno predicaban á la familia del viejo castellano ; hasta la doncella predicaba al anciano criado del castillo. Algunas palabras cambiadas al encontrarse en cualquier sitio y sobre cualquier cosa, servían de tema; y en una escalera, en una escalinata, en el umbral de un cuarto, la conversación no tardaba en transformarse en predicación. Sin embargo, el respeto y cierta admiración hacia ella corregían la impresión que producían sus allegados.

Muchos burlones de París, que iban á oirla en su gran salón del faubourg Saint-Honoré, abierto á todos, volvían, si no convencidos, por lo menos encantados y penetrados de su persona. Quién de sus conocimientos familiares, que se creía obligado á resistir cuando ella estaba presente, no dejaba de predicar algo á su imitación, desde el momento en que faltaba. Tenía una elocuencia sin-

gularmente admirable, y redoblaba su autoridad cuando hablaba de las miserias humanas de los grandes : «¡Oh, cuántos palacios he habitado!—decía á una joven muy digna de oirla.—¡Oh, si V. supiese cuántas miserias y cuántas angustias se ocultan allí! Jamás veo uno sin que se me oprima el corazón.» Pero sobre todo, cuando hablaba á los pobres de esas miserias que igualan á las suyas, entonces es cuando era soberano el efecto de su palabra. Una vez, á instancias de un hombre de bien amigo suyo, M. Dégérando, penetró, con autorización del prefecto de policía, en la prisión de Saint-Lazare de París, donde se encontró en presencia de la parte más verdaderamente enferma de la sociedad. Comenzó su obra en medio de aquellas mujeres asombradas y á poco conmovidas : exhibió las llagas de los poderosos; se fustigó á sí misma; se confesó tan gran pecadora como todas ellas; habló de ese Dios que, como decía frecuentemente, *la había recogido de en medio de los placeres del mundo.* Duró eso varias horas; el efecto fué súbito y creciente; todo eran sollozos, todo eran explosiones de reconocimiento. Cuando salió, las puertas se veían asediadas, las galerías ocupadas por una doble hilera de mujeres. Le hicieron prometer que volvería, que enviaría buenos libros. Pero vinieron otras emociones, y no volvió. En esa poca constancia es en lo que se deja sentir sobre todo su falta de disciplina, de norte fijo y también de doctrina definida.

Cuántas veces, instada á explicarse sobre esa doctrina, interrogada sobre sus fuentes y testimonios, cuando se decía á sus ideas místicas: «¿Qué sois? ¿De dónde venís?», después de las primeras palabras, se contentaba con hacer un movimiento hacia Empeytas, que respondía: «Yo se lo explicaré á V.»; y el viento de la inspiración tornaba, y no volvía á pensarse más en la explicación.

Esas vacilaciones aparecían de nuevo en los resultados y en los actos de la vida. Quizá hubiese salvado á Labédoyère, si hubiese obedecido á un solo pensamiento; pero cerca de ella se sucedían sugestiones diversas; su

inspiración variaba á merced de la última persona que veía; y una de esas personas, hostil á Labédoyère, tenía buen cuidado de no abandonarla hasta algunos momentos antes de la hora de llegar el emperador Alejandro, que encontraba bien combatida y enfriada la inspiración clemente.

Su sensibilidad y su imaginación, no contenidas, tomaban libre vuelo. Sus ilusiones sobre las cuestiones de hecho eran extremas y á menudo sorprendentes; las había tenido con facilidad en todo tiempo. En 1815 decía un día á una persona que fué á verla de noche, á la hora de sus oraciones: «Se cumplen grandes obras; todo París ayuna....» Y ese amigo, que salía del Palais-Royal, donde había visto á todo el mundo comiendo, no pudo sacarla de su error, á pesar de sus mejores deseos. Es un rasgo bien característico de la que, siendo mujer de sociedad, se había figurado de buena fe que *Gustavo* ó algún otro había muerto de amor por ella (1).

Es interesante investigar cuáles fueron las relaciones de Juliana de Krüdner, en esa época de 1815, con algunos personajes célebres, cuya alma debía tener más de un punto de contacto con la suya. Mme. de Staël gustaba de la baronesa de Krüdner, autora de *Valeria;* pero era un espíritu político é histórico demasiado pronunciado para simpatizar con su exaltación profética, que más bien le hacía sonreir. El que no se sonreía era Benjamín Constant. Visitó mucho en 1815 á la Baronesa, á cuyo lado encontraba consuelo en sus crisis, y alimento para toda una parte de su alma. Se sabe cuáles fueron entonces las vicisitudes políticas del ilustre publicista; sus sentimientos religiosos no se hallaban menos agitados, y, volviendo á la carga en su interior, en ese límite extremo de la juventud, libraban como un último combate. Á todo se unían otras contrariedades secretas, que condensaban

(1) «Pero ¡qué!—replicaba alguien á quien ella decía que el joven había muerto.—¿Muerto? ¡Si está en Ginebra!»—«¡Oh, querido! (exclamaba con su gracia natural.) Si no ha muerto, no por eso se encuentra mucho mejor.»

una postrera tempestad. Cerca de la baronesa de Krüdner iba á buscar algún reposo durante horas, y á asociarse á alguna de sus oraciones. Adolfo, siempre el mismo, al lado de Valeria regenerada. Una galantería inestimable nos permite reproducir algunas líneas que pintan esa situación interior : «He visto ayer á Mme. de Krüdner,—escribía Benjamín Constant,—primero con gente, luego sola, durante varias horas. Me ha producido un efecto que yo no había experimentado aún, y esta mañana ha venido á aumentarlo una circunstancia. Me ha enviado un manuscrito con súplica de comunicarlo á V. y de no entregarlo á nadie más. Yo quisiera leerlo con V.; me ha hecho bien; no contiene cosas muy nuevas, ni puede ser muy nuevo lo que sienten todos los corazones, ya como una felicidad, ya como una necesidad; pero me ha llegado al alma en más de un pasaje.... Encierra verdades que son triviales, y que, sin embargo, me han desgarrado de repente. Al leer estas palabras, que no tienen nada de particular : *¡Cuántas veces envidiaba á los que trabajaban con el sudor de su frente, á los que amontonaban una labor tras otra, y se acostaban al acabar todos esos días sin saber que el hombre lleva en sí mismo una mina que debe explotar! Mil veces me he dicho : Sé como los demás;* al leer eso, me he deshecho en lágrimas. Me ha embargado de una manera que no puedo describir el recuerdo de una vida tan asolada, tan borrascosa, como la que yo mismo he llevado contra todos los escollos con cierta especie de furor.»

¡Contradicción singular y conmovedora! En el momento mismo en que se quejaba, cerca de una persona admirada y amada, de cierto rigor acostumbrado, que hubiese querido ablandar, se hacía órgano de cierta santidad mística que trataba de sugerir. Escribía : «Á veces me digo que conviene que yo sea así para atraer á V. á la esfera de ideas en que no tengo la suerte de entrar de lleno, por mi parte ; pero la lámpara no ve su propia luz, y la difunde, sin embargo, en torno suyo.... Había pasado el día solo, y no salí más que para ir á ver á Mme. de

Krüdner. ¡Excelente mujer! No lo sabe todo, pero ve que me consume una horrible pena, y me ha tenido tres horas para consolarme; me decía que rezase por los que me hacen sufrir; que ofreciese mis sufrimientos en expiación de ellos, si lo necesitaban.» Y en otra parte: «.... soy una lira que rompe la borrasca, pero que, al romperse, suena con una armonía que V. está destinada á escuchar.... Ya estoy destinado á iluminar á V., consumiéndome.... Quisiera creer, y trato de orar....» Por desgracia para Benjamín Constant, esos anhelos que al lado de la baronesa de Krüdner se reanimaban, y que llegaban á su apogeo durante el *Padre nuestro* que recitaba con ella, no se sostuvieron, y volvió á caer en seguida en el anonadamiento, en la ironía y en el disgusto de las cosas, de donde únicamente lo sacaban por sacudidas sus nobles pasiones de ciudadano.

A su salida de Francia, después de 1815, la baronesa de Krüdner atravesó sucesivamente diversos Estados de Alemania, conmoviendo por doquiera á las poblaciones con su voz, y viéndose despedida á muy poco por los gobiernos. Como M. de Bonnald la hubiese ridiculizado con este motivo, en el *Diario de los Debates* del 28 de Marzo de 1817, en el tono de burla más completa, una pluma amiga, que no es otra acaso que la de Benjamín Constant, la defendió en el *Diario de París* del 30, recordando al patricio ofensor las consideraciones elementales que, cuando menos, debía él, el hombre de alcurnia, á la nieta del mariscal de Münnich. En breve, alejándose de los ecos de Suiza y del valle del Rhin, cesaron de llegar á nosotros los acentos de Juliana de Krüdner. La perderemos también de vista en nuestro relato, porque lo que habríamos de añadir apenas sería más que una variante monótona de lo que precede. Publicó algunas cosas sueltas en alemán. Varios profesores de Universidad imprimieron en extenso conversaciones que habían tenido con ella. En toda esta última parte de su apostolado, no me parece que difiere la baronesa de Krüdner de los numerosos sectarios que brotan diariamente en Inglaterra y en

los Estados Unidos de América: la originalidad de su papel acabó. Habiendo obtenido permiso para ir á San Petersburgo, poco después se vió desterrada de allí por declararse á favor de los griegos, y murió en 1824 en Crimea, donde trataba de fundar una especie de establecimiento penitenciario. ¡Honremos y bendigamos á la que supo ser hasta el fin, y en medio del escándalo de su celo, una mártir infatigable de la caridad!

Pero Francia, sobre todo, si no ha de ser ingrata, es quien debe conservar el recuerdo de una persona, que desde temprano dirigió hacia ella sus miradas, que embelleció su sociedad, que adoptó su lengua, que adornó su literatura, que en todo tiempo la amó como María Estuardo, y que, denunciando aún el fondo de su alma en su hora de embriaguez mística, no soñó otro papel al volver á verla, sino el de una Juana de Arco de la paz, de la unión y de la misericordia.

C. A. Sainte-Beuve.

LA DELICADA

TRADUCCIÓN DE CATULO MENDES.

Llevé á mi amiga á la aldea,
Cruzando bosques y prados;
Al mugido de las olas
Con versos le contestábamos.
Entre espinosos zarzales
Subimos á los collados;
Su falda de muselina
Los zarzales engancharon.
Junto al arroyo reíamos,
Reíamos y charlábamos;
Mas su pie se estremecía
Cuando iba el agua á besarlo.
La corriente bulliciosa
Huyendo entre los guijarros,
Copiaba mal su hermosura,
Y le dije: «¡Oh Musa, vamos!»
Sobre una espléndida nube,
Vellón purpurino y cándido,
Del ideal la conduje
Á los imperios fantásticos.
Allí, en edenes sin velo,
Arrancaba jugueteando
Y prendía en sus cabellos,
Cual flores de oro, los astros.
Fatigóse mucho un día
Persiguiendo á un fuego fatuo,
Y «tengo miedo», me dijo,
Arrojándose en mis brazos.
Á la amable caprichosa
Pregunté: «¿Cuál es tu encanto?
No amas la festiva aldea,
Ni su agudo campanario,
Ni los grillos en las mieses,
Ni los pastores sesteando;

Ni tienes pupilas de águila,
Que del sol beban los rayos.
¿Quieres, sobre helada tumba,
Entonar lúgubres cantos?
Una lágrima vertida
Enrojeciera sus párpados.
¿Quieres, amazona intrépida,
Conquistar bélicos lauros?
La espada goteando sangre
Mancharía tus pies blancos.»
Me dijo: «Más que las sombras
Apacibles del ocaso;
Más que la esencia purísima
De las frescas rosas, amo
La penumbra y los efluvios
Del camarín perfumado.
¡Todo se afemine en torno!
En el mundo, á cada paso,
Como al alción y al armiño,
Me asaltan terrores vagos.
Las tinieblas pavorosas
De la noche dan espanto
Á mis ojos, á otras sombras
Más suaves acostumbrados;
Y el rojo incendio del día
Ofende mis tedios lánguidos.
En el tranquilo aposento
Donde pálida resalto
Entre sombríos tapices
Y cortinajes opacos,
Quiero antorchas aromáticas
Y pebeteros balsámicos.
Quiero un diván bien oscuro,
Do extienda mis miembros lacios,
Cual blanco cisne dormido
Sobre tenebroso lago.
Quiero túnicas de seda
Que, á mi cutis adecuados,
Guarden cambiantes reflejos
Entre su tejido diáfano;
Y al llegar el fatal día,
Por galas propias del caso,
Quiero un sudario de encaje
En un ataúd de sándalo.»

Teodoro Llorente.

NOTICIAS

El Sr. D. César Silió y Cortés ha publicado un interesantísimo libro, *La crisis del Derecho penal,* que estos días es objeto de las conversaciones de cuantos se dedican al estudio de la antropología criminal.

Damos á continuación el índice de la obra, mientras llega el artículo que acerca de la misma está escribiendo para La España Moderna el ilustre Ferri, jefe de la escuela antropológica italiana.

Capítulo preliminar.—*Las nuevas doctrinas.*—La lucha por la existencia en la vida de las ideas.—La venganza privada y el talión. —Los tormentos y César Beccaria.—Resistencia que hallaron las doctrinas contenidas en su libro «Dei delitti é delle pene».—La escuela clásica y la escuela positiva.—El correccionalismo.—Difusión de las nuevas doctrinas penales.

Capítulo primero.—*Teoría de la responsabilidad criminal.*— *I. Materialismo y determinismo.*—Inconveniencia y falta de fundamento de estas dos premisas, tenidas como indiscutibles por la nueva escuela.—Los datos suministrados por la Fisiología moderna y la existencia del espíritu.—Relación entre el espíritu y el cuerpo y recíproca influencia del uno sobre el otro.—El libre albedrío de los clásicos frente al determinismo de los positivistas.—Limitaciones del libre albedrío.—Argumentación de Ferry negando la libertad humana.—Contestación.—Afirmación del libre albedrío.— *II. Fundamento de la responsabilidad criminal.*—La pena como reacción defensiva contra el crimen.—Defensa individual y defensa social.—Inconsecuencias de los clásicos.—Absurdos que habrían de resultar necesariamente de la aplicación lógica de sus doctrinas.— Afirmación de la teoría de la defensa social mantenida por los positivistas.

Capítulo II.—*El Delito.*—Concepto del delito según la nueva escuela.—Embriología del delito en L'Uomo Delinquente.—Importancia de estos estudios.—El delito en los salvajes.—Garofalo y su concepto del delito natural.—Refutación de la teoría de Garofalo.— Los factores del delito.

Capítulo III.—*El Delincuente.*—Razón de método.—Realidad del tipo criminal.—Los estudios fisionómicos en la antigüedad y en nuestros días.—Caracteres somáticos del criminal.—Crítica de estos caracteres.—Opiniones de Aramburu y su refutación.—Caracteres psíquicos.—Insensibilidad moral.—El tatuaje.—Su significación y su origen.—Opiniones de Lombroso, Lacassagne y Salillas.—Crítica. —Religiosidad de los criminales.—Asociaciones.—Caló.—Escritura.

Capítulo IV.—*Clasificación de delincuentes.*—Delincuentes locos.—Delincuentes natos.—Delincuentes natos y locos morales.— Refutación de las afirmaciones de Garofalo.—El atavismo de Lombroso.—Falta de solidez de esta teoría.—Delincuentes habituales.— Delincuentes de ocasión.—Delincuentes pasionales.—Diferenciación de estas cinco categorías de delincuentes.—Objeciones hechas por Aramburu á las clasificaciones de delincuentes.

Capítulo V.—*Temperatura y Delictuosidad.*—La temperatura influyendo en todas las manifestaciones de la vida.—Predominio de los delitos contra la propiedad al Norte y los de sangre al Mediodía, comprobado con la estadística.—Teorías de Tarde acerca de este punto, y su refutación.—Mapas y cuadros estadísticos.

Capítulo VI.—*Los factores sociales del delito.*— Importancia especialísima de este orden de factores.—El socialismo y la miseria. — Escasa influencia de esta última sobre las manifestaciones de la actividad criminal. — Comprobación de estas afirmaciones con los resultados de la estadística.—Instrucción y Criminalidad.—Poder de la educación.— Cuadro de la instrucción y criminalidad en España.

Capítulo VII.—*Estadística criminal.*—Aumento extraordinario de los delitos en el presente siglo.—Cifras referentes á algunos países europeos.— Ingeniosa teoría de Poletti y su refutación.— La reincidencia.—Sus causas.— La reincidencia en España.— Los procedimientos antropométricos y la fotografía como medio de conocer las reincidencias. — Cuadro gráfico de la marcha de los delitos en España.

Capítulo VIII.—*Homicidio-suicidio.*—El suicidio, ¿es un acto legítimo?—¿Debe ser castigado?—Opinión de Ferri.—Necesidad de prevenir los suicidios. — Homicidio-suicidio doble. — Homicidio-suicidio simple.—El duelo como caso de homicidio-suicidio.—Ley de Ferri y Morselli sobre la oposición de estos dos fenómenos en el cuerpo social.— Refutación.—Cuadros gráficos del homicidio y el suicidio en España.

Capítulo IX.—*La pena de muerte.*—Síntesis de los capítulos anteriores.—La *última pena.*—La ley de selección en el orden social.—Eliminación y muerte. —Breves razones en contra de esta pena.

En el próximo número publicaremos el segundo artículo «Un poco de todo» del insigne escritor cubano D. Rafael María de Merchán.

El ilustrado redactador de *La Época*, D. Eduardo Gómez de Baquero, ha publicado en un folleto la curiosa conferencia que acerca de «La nueva tesofía», dió recientemente en el Ateneo de Madrid, con gran contentamiento y aplauso de los socios.

Después de los elogios hechos por la prensa de los méritos del Sr. Gómez de Baquero, sólo nos resta mandar una entusiasta enhorabuena al distinguido escritor.

Buenos vientos han corrido para la novela española durante los pocos meses transcurridos del año actual.

Á *La Espuma*, de A. Palacio; *Nubes de Estío*, de Pereda; *Febre d'or*, de Narciso Oller; *Angel Guerra*, de Galdós; *Pequeñeces*, del P. Coloma, y *Quien mal anda, ¿cómo acaba?*, de Polo y Peyrolón, seguirá muy pronto *La piedra angular*, de la señora Pardo Bazán.

De todos estos libros ha de emitir un juicio el Sr. Ixart, que en breve volverá á ocupar las páginas de La España Moderna con estudios críticos y literarios de diversas clases.

En los escaparates de algunas librerías llaman la atención dos libros españoles traducidos al inglés, *La revolución y la novela en Rusia*, de la Sra. Pardo Bazán, y *La Espuma*, de Palacio Valdés.

INDICE

SECCIÓN ESPAÑOLA.

Páginas.

Curiosidades lingüísticas, por Adolfo de Castro..... 5
El Congreso internacional de Amberes, por Concepción Arenal..... 28
La filosofía alemana y la cultura filosófica moderna, por U. González Serrano..... 53
Edmundo de Goncourt y su hermano, por Emilia Pardo Bazán..... 68
Disonancias y armonías de la moral y de la estética, por Juan Valera. 95
Crónica internacional, por Emilio Castelar..... 109
Revista económica, por un ex Ministro..... 138

SECCIÓN EXTRANJERA.

Victoriano Sardou, por E. Zola..... 149
El coche de alquiler, por Teodoro de Banville..... 188
Juana de Krüdner, por C. A. de Sainte-Beuve..... 194
La delicada (poesía), traducción de Catulo Mendes, por Teodoro Llorente..... 220
Noticias..... 222

AP
60
E8
año 3
no.25-27

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY